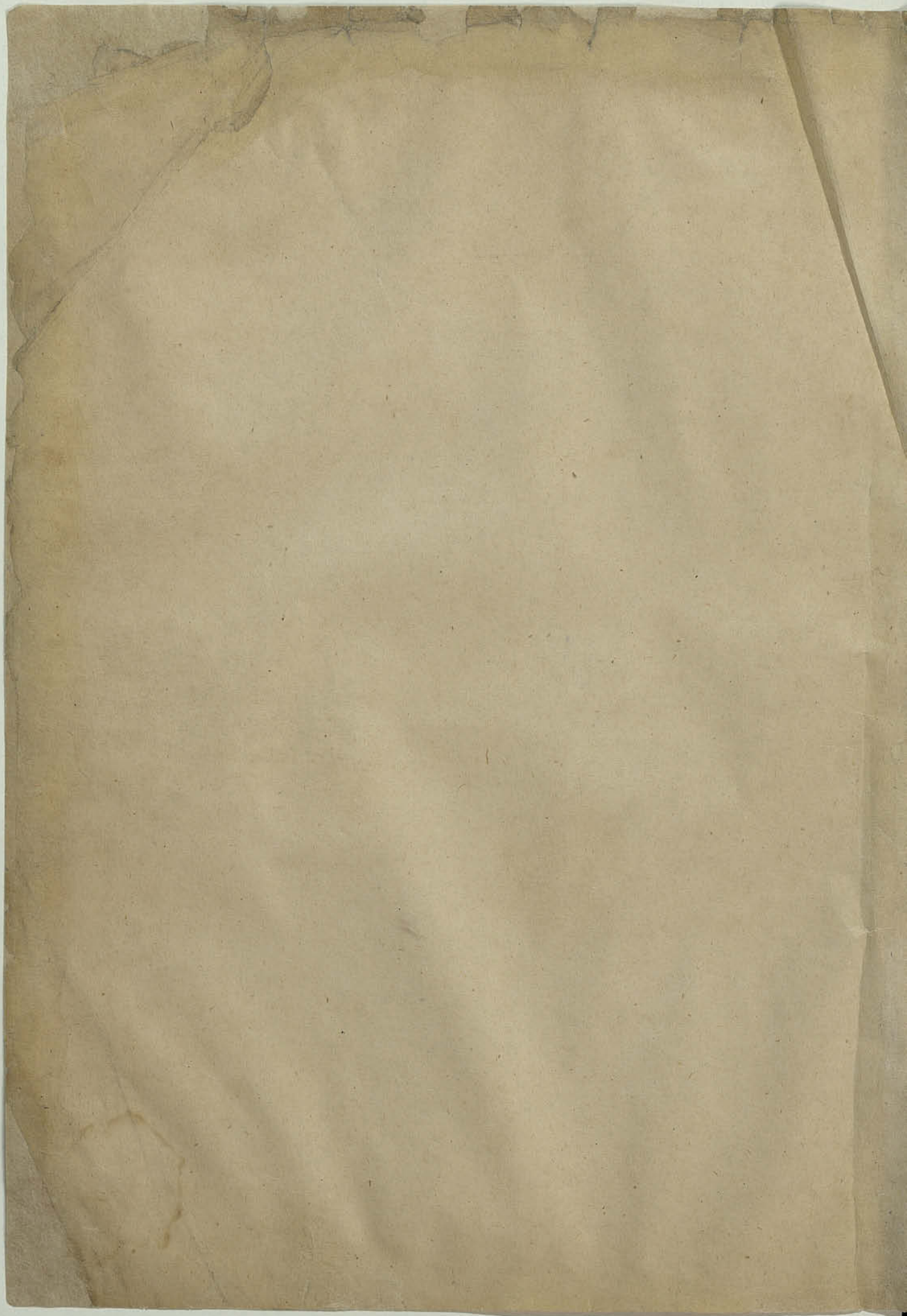


85 2734

109



REPORT OF THE

COMMISSIONER

OF THE

LAND OFFICE

IN RESPONSE TO A RESOLUTION OF THE SENATE

PASSED JANUARY 1, 1881

BY THE

COMMISSIONER

OF THE

LAND OFFICE



TIEMPO IRREMEDIABLE

PRIMERA PARTE

Novela

por

Torestin

(Para el concurso de la Sociedad de Escritores de Chile)

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección ~~Novela~~



Ubicación: 10; (1428-100)

Año: _____ c: 1

SYS: 858431

1950

BIBLIOTECA NACIONAL



1165325

TIEMPO IRREMEDIABLE

Novela

por

Forrestin

(Para el concurso de la Sociedad de Escritores de Chile)

Sección (Novela)

1950

PRIMERA PARTE

¿Cómo y por qué llegué hasta allí? No recuerdo cómo ni por qué, así es como recuerdo por qué y cómo he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa; la culpa es mía: nunca he podido recordar algo como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor cuando se me hace a otro, al azar, ^{tomando} ~~alzando~~ los que aparecen primero y voy dando sobre sus pasos sólo cuando los otros, más cercanos o más densos, parecen a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, por eso, estaba preso; sí, así debió empezar aquello, así es que empezó de mí. Esta historia, esta importante, por supuesto; acusación de asesinato a una joyería, una joyería que jamás había visto y cuya existencia y situación ignoraba; a la vez, y tenía, según parece, complicada, a los que tampoco conocía; y como nombres o apodoso sabía tanto como ellos los míos; la única que sabía algo, algo no más, era la policía. Alrededor de cárcel y muchos otros acontecimientos como; además, una vez, entonces se cierra la etapa; así, después, por, una vez que brotaba de alguna parte del pecho herido. Cuando fui dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un muerto. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no era fácil morir. No podía pensar en trabajar -- no habría caído de la cárcel -- y menos podía pensar en robar -- al menos, al menos, no podía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas salí a la calle.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PAINTING

1911

1912

1913

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1914

1915

1916

--Está en libertad. Firma aquí. ¡Cabe de guardia!
Sol y viento, mar y cielo.

I

¿Cómo y por qué llegué hasta allí? No recuerdo cómo ni por qué, así como no recuerdo por qué y cómo he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa; la culpa es mía: nunca he podido recordar algo como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro, al azar, ^{tomando} ~~un momento~~ los que aparecen primero y volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero, estuve preso; sí, así debió empezar aquello, si es que empezó de algún modo. Nada importante, por supuesto: acusación de asalto a una joyería, a una joyería que jamás había visto y cuya existencia y situación ignoraba e ignora aún; y tenía, según parece, cómplices, a los que tampoco conocía y cuyos nombres o apodos sabía tanto como ellos los míos; la única que sabía algo, algo no más, era la policía. Muchos días de cárcel y muchas noches sobre el suelo de cemento, sin una frazada; como consecuencia, pulmonía; después, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Cuando fui dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -- me habría caído de la escalera -- y menos podía pensar en robar -- el ~~un~~ pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas salí a la calle.

I

En ese estado y con esas expectativas salí a la calle.
respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

-- y menos podía pensar en robar -- el ~~primer~~ ^{primer} ~~herido~~ ^{herido} me impedía no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -- me habría caído de la cabeza. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgada de mi como de un clavo. Después, los, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. ches sobre el suelo de cemento, sin una fraxada; como consecuencia, pulmo- dia algo, algo no más, era la policía. Muchos días de cárcel y muchas no- y cuyos nombres o apodos sabía tanto como ellos los míos; la única que sa- a ignora aún; y tenía, según parece, cómplices, a los que tampoco conocía a una joyería que jamás había visto y cuya existencia y situación ignoraba a un modo. Nada importante, por supuesto; asociación de asalto a una joyería. metro, estaba preso; sí, así dejó empezar aquello, si es que empezó de al- empezaban a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Otro que, pri- viendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más peregrinos o más densos, salida de un hecho a otro, al estar, ~~entonces~~ ^{comando} los que aparecen primero y vol- centímetros, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no se movió mejor dar algo como pudiera hacerlo un metro, líneas tres líneas, centímetros tres- larga y, lo que es peor, confusa; la culpa es mía: nunca he podido recor- no no recuerdo por qué y cómo he llegado a tantas partes. En una historia ¿Cómo y por qué llegué hasta allí? No recuerdo cómo ni por qué, así co-

--Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!

Sol y viento, mar y cielo.

II

...había un amigo; era lo único que tenía en ese tiempo; pero lo había perdido; así como alguien pierde, en una calle muy concurrida o en una plaza pública, un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, había perdido a mi amigo; no es que hubiese muerto; era que me había desentendido de él; simplemente, se fue. Llegamos con el ánimo de encontrar a cualquier hombre que parara hacia el norte, pero no pudimos, por lo menos yo no pude encontrar a ningún individuo, policía, conductor de tren, sául, capitán de puerto, patrón, patrona, cargador y otros tantos iguales y desiguales a él, en todas partes, impidiendo el paso a cualquiera que quisiera moverse hacia el norte y como quiera.

--¿Dónde está el amigo?

--¿Dónde?

--Argentina.

--¿Dónde está el amigo?

--No sé.

--¿De qué país?

--No sé.

--¿Cómo se llama?

--En un vagón lleno de animales.

(No era mentira. La culpa fue del conductor del tren: nuestra condición en vez de provocarle piedad, le causó ira; no hizo caso alguno de las ruegas que se le dirigieron -- por qué poder hacer sus intereses -- y me dejó en el vagón con los animales.)

--Está en libertad. Vírtus agui. 1880 de 1881.

Sol y viento, mar y oleo.

II

. Tenía un amigo; era lo único que tenía en ese tiempo; pero lo había perdido; así como alguien pierde, en una calle muy concurrida o en una plaza solitaria, un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, había perdido a mi amigo; no es que hubiese muerto; no es que nos hubiésemos disgustado; simplemente, se fué. Llegamos con el ánimo de embarcar en cualquier buque que zarpara hacia el norte, pero no pudimos, por lo menos yo no pude: cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patronos, sobrecargos y otros tantos iguales y es pantosos seres, están aquí, están allá, en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

--Quisiera sacar libreta de embarque.

--¿Nacionalidad?

--Argentino.

--¿Certificado de nacimiento?

--No tengo.

--¿Lo ha perdido?

--Nunca tuve uno.

--¿Cómo entró a Chile?

--En un vagón lleno de animales.

(No era mentira. La culpa fué del conductor del tren: nuestra condición en vez de provocarle piedad, le causó ira; no hizo caso alguno de los ruegos que se le dirigieron -- ¿en qué podía herir sus intereses el hecho de que cinco pobres diablos viajáramos colgados de los vagones de un tren de

. Tenía un amigo; era lo único que tenía en ese tiempo; pero lo había perdido; así como alguien pierde, en una calle muy concurrida o en una plaza solitaria, un objeto que necesita, así yo, en aquel puerto, había perdido a mi amigo; no es que hubiese muerto; no es que hubiesese disgregado; simplemente, se fue. Llegamos con el ánimo de embarcar en cualquier buque que zarpara hacia el norte, pero no pudimos, por lo menos yo no pude; cientos de individuos, policías, conductores de trenes, estantes, capitales y gobernadores de puertos, patronos, sobrecargos y otros tantos iguales y es- antos seres, están aquí, están allí, en todas partes, invadiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

--Quisiera saber librete de embarque.

--¿Nacionalidad?

--Argentino.

--¿Certificado de nacimiento?

--No tengo.

--¿Lo ha perdido?

--Nunca tuve uno.

--¿Cómo entró a Chile?

--En un vagón lleno de animales.

(No era mentira. La culpa fue del conductor del tren: nuestra condición en vez de provocarle piedad, le causó ira; en dicho caso alguno de los que- tos que se le dirigieron -- en qué podía servir sus intereses el hecho de que cinco pobres diácos viajáramos colgados de los vagones de un tren de

carga? -- y fué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus destrozados zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinticinco días que caminaba, que tenía los pies hechos una llaga y que de no permitírsele seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre en aquel desolado valle de Uspallata. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado alguno: el conductor del tren, más divertido que conmovido ante aquel hombre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, mostró una última vez sus dientes, lanzó un silbido y desapareció en la oscuridad, seguido de su farol. El tren partió; y apenas hubo partido, el hombre de los destrozados zapatos limpió sus lágrimas y sus mocos, hizo un corte de manga en dirección al desaparecido conductor y corrió tras los vagones; allá fuimos todos: eran las dos o las tres de la madrugada, corría un viento que pelaba las orejas y estábamos a muchos kilómetros de la frontera chilena; sólo un inválido podía asustarse de las amenazas del conductor. El tren tomó su marcha acostumbrada y durante un rato viajé de pie sobre un peldaño de la escalerilla, tomado a ella con una mano y sosteniendo con la otra mi equipaje. Al cabo de ese rato empecé a darme cuenta de que me sería imposible mantenerme así toda la noche: un invencible cansancio y un profundo sueño se iban apoderando de mí y aunque sabía que dormirme o siquiera adormilarme significaba la caída en la línea y la muerte, sentí, dos o tres veces, que mis músculos, desde los de los ojos hasta los de los pies, se abandonaban ~~poro-~~ ~~samente~~ al sueño. El tren nos despertó mientras yacíamos como piedras en el suelo, durmiendo tras una jornada de cuarenta y tantos kilómetros, andados paso a paso. Ni siquiera comimos; el cansancio no nos dejó. A tientas, dándonos de cabezazos en la oscuridad, pues dormíamos todos juntos, recogimos nuestras ropas y corrimos hacia los vagones, yo el último, feliz poseedor de una maldita maleta cuyas cerraduras tenía que abrir y cerrar cada vez que quería meter o sacar algo. Mirando hacia lo alto podía ver el cie-

cargar? -- y qué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus desastrosos zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinticinco días que caminaba, que tenía los pies hechos una llaga y que de no permitírsele seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre en aquel desolado valle de Uspallata. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado alguno: el conductor del tren, más divertido que conmovido ante aquel hombre que lloraba y urgido por los pitazos de la locomotora, mostró una última vez sus dientes, lanzó un silbido y desapareció en la oscuridad, seguido de su ferocidad. El tren partió; y apenas hubo partido, el hombre de los desastrosos zapatos limpió sus lágrimas y sus narices, hizo un corte de manga en dirección al desaparecido conductor y corrió tras los vagones; allí últimos todos: eran las dos o las tres de la madrugada, corría un viento que pelaba las orejas y estábamos a muchos kilómetros de la frontera chilena; sólo un invisible policía saustase de las amenazas del conductor. El tren tomó su marcha silenciosa y durante un rato viajé de pie sobre un pedazo de la escalera. Allí, tomado a ella con una mano y sosteniendo con la otra mi equipaje. Al cabo de ese rato empecé a darme cuenta de que me sería imposible mantenerme así toda la noche: un invisible cansancio y un profundo sueño se iban apoderando de mí y cuando sabía que dormirme o adormillarme significaba la caída en la línea y la muerte, sentí, dos o tres veces, que mis músculos, desde los de los ojos hasta los de los pies, se abandonaban momentáneamente al sueño. El tren nos despertó mientras yacíamos como piedras en el suelo, durmiendo tras una jornada de cuarenta y tantos kilómetros, andados poco a poco. Ni siquiera comimos; el cansancio no nos dejó. A tientas, damos golpes de cabezas en la oscuridad, pues dormíamos todos juntos, recostados nuestras ropas y corrimos hacia los vagones. Yo el último, tal vez porque por de una maldita maleta cuyas cerraduras tenía que abrir y cerrar cada vez que quería meter o sacar algo. Mirando hacia lo alto podía ver el cielo

lo y el perfil de las montañas; a los costados la oscuridad y alguna que otra mancha de nieve y arriba y abajo y en todas partes el helado viento cordillerano de principios de primavera entrando en nosotros por los pantalones, las mangas, el cuello, agarrotándonos las manos, llenándonos de tierra y de carboncillo los ojos y zarandeándonos como a trapos. Debía escoger entre ~~morir~~ morir y permanecer despierto, pero no tenía conciencia para hacerlo. Los ruidos del tren, monótonos, parecían arrullarme, y cuando por algunos segundos fijaba los semicerrados ojos en los rieles que brillaban abajo, sentía que ellos también, con su suave deslizarse, me empujaban hacia el sueño y la muerte. Durante un momento creí que caería en la línea y ~~moriría~~ moriría: el suelo parecía llamarme; era duro, pero sobre él podría descansar. Estallé en blasfemias. "¿Qué te pasa", preguntó el hombre de los destrozados zapatos, que colgaba de la escalerilla/^{anterior}del vagón siguiente y cuya espalda rozaba la mía cada vez que el tren perdía velocidad. No contesté; trepé la escalerilla, me encaramé sobre el techo y desde allí, y a través de las aberturas, me deslicé al interior del vagón, forcejeando con la maleta. Allí, por lo menos, no iría colgando y, sobre todo, no correría el riesgo de encontrarme de nuevo con el desalmado conductor. No sabía lo que me esperaba: cuando caí entre los animales no pareció que era un hombre el que caía sino un león; hubo un estremecimiento y los animales empezaron a girar en medio de un sordo ruido de pezuñas. Se me quitó el sueño, el frío y hasta el hambre: tan pronto debí correr con ellos, aprovechando el espacio que me dejaban, como, tomado de sorpresa por un movimiento de retroceso, afirmar las espaldas en las paredes del vagón, estirar los brazos y apoyando las manos y hasta los codos en el cuarto trasero de algún buey, retenerlo, impidiendo que me apabullara. Después de unas vueltas los animales se tranquilizaron y pude respirar; la próxima curva de la línea los puso de nuevo en movimiento. El hombre de los sollozos, trasladado a la escalerilla que yo abandonara, sollozaba de nuevo,

lo y el perfil de las montañas; a los costados la oscuridad y alguna que otra mancha de nieve y arena y abajo y en todas partes el ruido viento cordillero de principio de primavera entrando en nosotros por los pantalones, las mangas, el cuello, agrietándonos las manos, llenándonos de tierra y de carboncillo los ojos y ensandándonos como a troyanos. Leía algo entre ~~muchos~~ ruidos y permaneciendo despierto, pero no tenía conciencia para hacerlo. Los ruidos del tren, monótonos, parecían arrastrarme, y cuando por algunos segundos fijaba los semicerrados ojos en los rieles que iban llaban abajo, sentía que ellos también, con su suave deslizarse, me empujaban hacia el sueño y la muerte. Durante un momento creí que estaba en las líneas y ~~muchos~~ ruidos: el sueño parecía llamarme; era duro, pero sobre él podría descansar. Batallé en blasfemias. "¿Qué te pasa", preguntó el hombre de los destruidos zapatos, que colaba de la escalera del vagón siguiente y cuya espalda rozaba la mía cada vez que el tren perdía velocidad. No contesté; trepé la escalera, me encaramé sobre el techo y desde allí, y a través de las aberturas, me deslicé al interior del vagón, forajando con la maleta. Allí, por lo menos, no iría colgando y, sobre todo, no correría el riesgo de encontrarme de nuevo con el desalmado conductor. No sabía lo que me esperaba; cuando caí entre los animales no percibí que era un hombre el que caía sino un león; hubo un estremecimiento y los animales empezaron a girar en medio de un sorbo ruidoso de respiración. Se me quitó el sueño, el frío y hasta el hambre: tan pronto debí correr con ellos, aprovechando el espacio que me dejaban, como, tomado de sorpresa por un movimiento de retroceso, afirmar las espaldas en las paredes del vagón, estirar los brazos y apoyar las manos y hasta los codos en el cuando pasara de algún buey, resaca, impidiendo que me apabullara. Después de unas vueltas los animales se tranquilizaron y pude respirar; la próxima curva de la línea los puso de nuevo en movimiento. El hombre de los sollozos, trasládase a la escalera que yo abandonara, sollozaba de nuevo,

aunque ahora de risa: el piso del vagón, cubierto de bosta fresca, era como el piso de un salón de patinar, y yo, maleta en mano, aquella maldita que no debía soltar si no quería verla convertida en verdosa tortilla, y danzando entre los bueyes, era la imagen perfecta del alma pequeña y errante. . . En esa forma había entrado a Chile. ¿Para qué hubiese necesitado un certificado de nacimiento?)

--Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

--¿Y quién le acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

--No, señor.

--¿Su libreta de enrolamiento?

--No, señor.

--¿Entonces?

--Señor: necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.

--Escriba y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?

--Sí, pero. . .

--Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita. Certificado por certificado. ¿Dónde nació usted?

Bueno, yo había nacido en Buenos Aires, pero eso no tenía valor alguno; lo que valía era el certificado; nunca me había servido de nada el decirlo y las personas a quienes lo daba no demostraban, en sus rostros ni en sus palabras, entusiasmo ni simpatía alguna; faltaba el certificado; y los papeles que me daban eran mis compatriotas: además de serles indiferente que fuera natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, un certificado. ¡Tipos raros! A mí no me habían creído, pero le habrían creído al papel, que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser sino verdadero. No es difícil conseguir un certificado que asegure, con timbres y estampillas, que se es turco; no es fácil, en cambio, nacer en Turquía. Y si modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo

hiciera, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aun, un bonaerense, que no pueda ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tío, por ser descendiente de padre de descendientes de italianos, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no tenía valor y gracias a

III

ello estaba convencido de que lo mío no habría dado lugar en las selvas del Amazonas o en las montañas del Tibet, y si continuaba asediando, inge-

--Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

mente, mi ciudadanía bonaerense, era porque me resultaba más sencillo

--¡Ajá! ¿Y quién me acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

hombre de buena raza... Pero me ocurría esto con aquella gente; con la

--No, señor.

otra, con la de mi condición, con aquellas que rara vez poseen certifica-

--¿Su libreta de enrolamiento?

los a los países de varias nacionalidades, cuando lo contrario me basta-

--No, señor.

ba decir que era de Buenos Aires para que lo aceptaran como artículo de

--¿Entonces?

la. Meas orales en las personas; aquellos, en los papeles, y recuerdo

--Señor: necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.

en la empresa que experimenté el día en que un hombre alto, flaco, de

--Escriba y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?

para venir aquí, ojos grises y nariz que hacía hermoso juego con la na-

--Sí, pero. . .

ria -- es como una réplica -- y a quien encontraba mirando con extraña ex-

--Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certifi-

probado los papeles de la fuente de una plaza pública de la ciudad de

cado que necesita. Certificado por certificado. ¿Dónde nació usted?

hombre, de pronto, luego de escuchar varios rasgos de una voz en una

(Bueno, yo había nacido en Buenos Aires, pero eso no tenía valor algu-

no; lo que valía era el certificado; nunca me había servido de nada el de-

hombre, en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos una orla de

cirlo y las personas a quienes lo decía no demostraban, en sus rostros de

funcionarios, entusiasmo ni simpatía alguna; faltaba el certificado; y los

peores ~~mamamán~~ eran mis compatriotas: además de serles indiferente que

fuese natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, un

certificado. ¡Tipos raros! A mí no me ~~mamamán~~ creían, pero le habrían creído

al papel, que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser si-

no verdadero. No es difícil conseguir un certificado que asegure, con tim-

bres y estampillas, que se es turco; no es fácil, en cambio, nacer en Tur-

quía. Y mi modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo

III

Y mi modo de hablar no se prestaba a equívocos; lo hiciera como lo
 pues y estampillas, que se es torco; no es fácil, en cambio, hacer en tur-
 no verdadero. No es difícil conseguir un certificado que asegure, con tim-
 el papel, que podía ser falso, en tanto que el nacimiento no podía ser si-
 certificado. Tipos raros! A mí no me muerde creían, pero la habían creído
 fuese natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, un
 georas ~~fundamental~~ eran mis compatriotas; además de serlo indiferente que
 funcionarios, ambiciosos ni simpatía alguna; faltaba el certificado; y los
 cirlo y las personas a quienes lo debía no demostraban, en sus rostros de
 no; lo que valía era el certificado; nunca me había servido de nada el de-
 (Bueno, yo había nacido en Buenos Aires, pero eso no tenía valor algu-
 cada que necesitaba. Certificado por certificado. ¿Dónde nació usted?
 --Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certifi-
 --Sí, pero. . .
 --Escríbala y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?
 --Señor: necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.
 --¿Entonces?
 --No, señor.
 --¿Su libreta de enrolamiento?
 --No, señor.
 --¿Alá! ¿Y quién me acredita que lo es? Tiene su certificado de naci-
 --Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.
 ¿mienta?

hiciera, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aun, un bonaerense, que no puede ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tono, por ser descendiente de ^{de} personas ~~de~~ lengua ~~matahuate~~ española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no tenía valor y gracias a ello estaba convencido de que lo mismo me habría dado nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba asegurando, ingenuamente, mi ciudadanía bonaerense, era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-lejano-país-de-los-hombres-de-cara-roja... Pero ^{esto} me ocurría sólo con aquella gente; con la otra, con la de mi condición, con aquellos que rara vez poseen certificados o los poseen de varias nacionalidades, sucedía lo contrario: me bastaba decir que era de Buenos Aires para que lo aceptaran como artículo de fe. Estos creían en las personas; aquellos, en los papeles, y recuerdo aún la sorpresa que experimenté el día en que un hombre alto, flaco, de gran nariz aguilena, ojos grises y nuez que hacía hermoso juego con la nariz -- era como una réplica -- y a quien encontré mirando con extraña expresión los pececillos de la fuente de una plaza pública de la ciudad de Mendoza, me contó, luego de engullir varios racimos de uva cogidos en una viña a que yo, casi en brazos, lo llevara, que era vasco. ¡Vasco! Si aquel hombre, en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos una cría de caimán o un polluelo de ñandú, mi sorpresa y regocijo no ^{habrían} habrían sido más vivos. ¡Un vasco! Había conocido muchos, allá, en mi lejana Buenos Aires, pero estos vascos, lecheros todos, de pantalones bombachos y pañuelo al cuello, desaparecieron junto con mi infancia y no tenían nada que ver con éste, encontrado por mí en una plaza pública: este vasco era mío. Después de animarle a que comiera, ahora con más calma, otro par de racimos, le pregunté todo lo que un hombre que ha salvado a otro de la muerte puede tener derecho a preguntarle, y finalmente, y mientras fumábamos unos apeto-

...nisiens, en vez alta o a media voz, era un argentino, más aún, un bonaerense, que no puede ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tonto, por ser descendiente de portugueses, al hablar tenía una entonación española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no tenía valor y gracia a ello estaba convencido de que lo mismo me habría dado nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba asegurando, ingenuamente, al ciudadano bonaerense, era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-Jajano-pala-de-los-hombres-de-cara-roja... Pero me ocurría algo con aquella gente; con la otra, con la de mi condición, con aquellos que rara vez poseen certificaciones o los poseen de varias nacionalidades, sucedía lo contrario: me bastaba decir que era de Buenos Aires para que lo aceptaran como argentino de fe. Estos creían en las personas; aquellos, en los papeles, y recuerdo aún la sorpresa que experimenté el día en que un hombre alto, flaco, de gran nariz aguileña, ojos grises y nariz que hacía hermosos juegos con la nariz -- era como una réplica -- y a quien encontré mirando con extraña expresión los pascos de la fuente de una plaza pública de la ciudad de Mendoza, me contó, luego de engullir varios raciones de sus cogidos en una viña a que yo, casi en brazos, lo llevé, que era vasco. ¡Vasco! Si aquel hombre, en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos una cinta de calán o un polluelo de bandó, mi sorpresa y recogito no habrían sido más vivos. ¡Un vasco! Habla conocido muchos, allá, en mi lejano Buenos Aires, pero estos vascos, lecheros todos, de pantalones bombachos y pañuelo al cuello, desaparecieron junto con mi infancia y no tenían nada que ver con éste, encontrado por mí en una plaza pública: este vasco era mío. Después de animarle a que comiera, ahora con más calma, otro par de raciones, le pregunté todo lo que un hombre que se salvaba a otro de la muerte puede tener derecho a preguntarle, y finalmente, y finalmente, y finalmente, una especie

sos cigarrillos ofrecidos por uno de los vagabundos que conocía yo en Men-
 doza y que ~~mamá~~ llegó, como nosotros, a dar ~~mamá~~ fe de la calidad de
 las uvas cuyanas, le rogué me hablara algunas palabras en su lengua natal;
 pero aquel hombre, que sin duda se había propuesto deslumbrarme, hizo más:
 cantó, sí, cantó. No entendí, por supuesto, nada, ni una palabra -- dun-dun-
 ga-sí-bañolé --; no obstante, aunque no entendí y aunque la canción y sus
 palabras podían ser, menos o más que vascas, checas o laponas, no cometí,
 ni por un segundo, la insolencia de sospechar que no lo eran. ¿Para qué y
 por qué me iba a engañar? . . . Aquel vasco, junto con todos los otros vas-
 cos, desapareció en medio de los días de mi juventud. Era piloto de barco.
 ¿Qué hacía en Mendoza, a tantas millas del mar? Me contestó con un gesto
 que tanto podía significar naufragio como proceso por contrabando. No le
 vi más. Sin embargo, si dos días después alguien hubiera venido a decirme
 que aquel hombre no era vasco sino catalán y que lo que cantaba no eran
 zorzicos sino sardanas, ese alguien habría pasado, con seguridad, un mal
 rato.)
 reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios -- sencillos
 unos, complicados o peligrosos otros -- que les permitan conservar su con-
 tinua de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, por-
 quinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a
 quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco todas
 las puertas. . . Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos crecie-
 ron, llevaron vida sedentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de per-
 sonas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de re-
 sidencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido, como los pa-
 dres emigrantes, permanecer ^{en} un mismo lugar hasta que la pollada pudiese
 valerse por sí misma, pero la estrategia económica de la familia por un
 lado y las instituciones jurídicas por otro, se oponían a ello: mi padre,
 niño de gran clase, tenía una profesión complicada y peligrosa. Ni mis
 hermanos ni yo supimos, durante nuestra primera infancia, qué profesión

...os cigarrillos ofrecidos por uno de los vapores que conocía yo en Ken-
... y que me había llevado, como nosotros, a dar un paseo de la calidad de
... las uvas cocinadas, le rogue me hablara algunas palabras en su lengua natal;
... pero aquel hombre, que sin duda se había propuesto desahucarme, dijo más:
... "Ento, sí, entó. No entendi, por supuesto, nada, ni una palabra -- dan-dan-
... ga-al-banó --; no obstante, aunque no entendí y aunque la canción y sus
... palabras podían ser, menos o más que vascas, chesas o japonesas, no cometi,
... ni por un segundo, la insolencia de sospechar que no lo eran. Para qué y
... por qué me iba a engañar? . . . Aquel vasco, junto con todos los otros vas-
... cos, desapareció en medio de los días de mi juventud. Era piloto de barco.
... Qué hacía en Mendoza, a tantas millas del mar? Me contestó con un gesto
... que tanto podía significar naufragio como proceso por contrabando. No le
... vi más. Sin embargo, al dos días después alguien hubiera venido a decirme
... que aquel hombre no era vasco sino catalán y que lo que cantaba no eran
... canciones sino arribas, ese alguien habría pasado, con seguridad, un mal
... rato. . . .

era a igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre se decía comerciante en tabacos, aunque no hiciera otra cosa que fumar, pero como poco después de casados mi madre le dijera, entre irónica y curiosa, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de su casa durante el día y si casi todas las noches, regresando al amanecer, mi padre, sonriendo bajo su bigote color castaño, aunque

IV

aturallado, confesó que en realidad no era comerciante sino jugador, y en
¿Escribir? ¿A quién? Menos absurdo habría sido proponerse encontrar un
jugador perseguido, aunque no por largo tiempo: un mes o dos meses después,
camello pasando por el ojo de una aguja que un pariente mío en alguna de
el presunto tabaco, salido de su casa al amanecer, no llegó, en contra de
las ciudades del Atlántico sur, preferidas por ellos. Mi familiares eran
su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subseguiente
seres nómades, no nómades esteparios, apacentadores de renos o de asnos,
te y ya iba mi madre a echarse a dormir por las paredes desconocidas, allí
sino nómades urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en repú-
blica, Perteneían a las tribus que en los albores de la vida civilizada
un ser que más que andar parecía deslizarse y que más que cruzar los umbrales
prefirieron los ganados a las hortalizas y el mar a las banque-
tas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortu-
na, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los
reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios -- sencillos
unos, complicados o peligrosos otros -- que les permiten conservar su cos-
tumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, pere-
grinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a

quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco todos
los caminos. . . Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos crecie-
ron, llevaron vida sedentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de per-
sonas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de re-
sidencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido, como los pá-
jaros emigrantes, permanecer/un mismo lugar hasta que la pollada pudiera
valerse por sí misma, pero la estrategia económica de la familia por un
lado y las instituciones jurídicas por otro, se oponían a ello: mi padre,
nómade de gran clase, tenía una profesión complicada y peligrosa. Ni mis
hermanos ni yo supimos, durante nuestra primera infancia, qué profesión

IV

¿Escribir? ¿A quién? Menos absurdo habría sido proponerse encontrar un camello pasando por el ojo de una aguja que un parente mío en alguna de las ciudades del Atlántico sur, preferidas por ellos. Mi familia era seria nómada, no nómades esteparios, apacentadores de renos o de ranos, sino nómades urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en república, pertenecían a las tribus que en los albores de la vida civilizada ~~permanecían~~ prefirieron los ganados a las hortelanas y al mar a las banderas del artesanado y cuyos individuos se resistan aún, con variada forma, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios -- sencillos unos, complicados o peligrosos otros -- que les permitan conservar en el libre de vagar por sobre los traslantes asientos gradas de la rosa, por algunos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cediendo poco a poco todas las caminos. . . Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos crecieran, llevaron vida sedentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de personas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de residencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido, como los ~~pa-~~ jaros emigrantes, permanecer en el mismo lugar hasta que la pollada pudiera valerse por sí misma, pero la estrategia económica de la familia por un lado y las instituciones jurídicas por otro, se oponían a ello: mi padre, nómada de gran clase, tenía una profesión complicada y peligrosa. Mi hermano ni yo tampoco, durante nuestra primera infancia, qué profesión

era e igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre se decía comerciante en tabacos, aunque no hiciera otra cosa que fumar, pero como poco después de casados mi madre le dijera, entre irónica y curiosa, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de su casa durante el día y sí casi todas las noches, regresando al amanecer, mi padre, sonriendo bajo su bigotazo color castaño, aunque aturullado, confesó que en realidad no era comerciante sino jugador, y en jugador permaneció, aunque no por largo tiempo: un mes o dos meses después, el presunto tatur, salido de su casa al anochecer, no llegó, en contra de su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsiguiente y ya iba mi madre a echarse a andar por las ~~para ella~~ desconocidas calles de Río de Janeiro cuando apareció ante ella, y como surgido mágicamente, un ser que más que andar parecía deslizarse y que más que cruzar los umbrales de la puerta parecía pasar ^{au} a través de ~~ellas~~. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas, musitadas por el individuo, supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose guiar por ~~un individuo~~ la sombra, que se hacía más deslizante cuando pasaba cerca de un ^{polizone} ~~monstruo~~, llegó ante un sombrío edificio, y allí la sombra, que por su color y aspecto parecía nacida tras ^{esos} ~~esos~~ muros, ~~monstruo~~ dijo, estirando un largo dedo:

--Pregunte usted ahí por El Gallego.

--¿Quién es El Gallego? -- preguntó mi madre, asombrada.

--Seu marido -- susurró el casi imponderable individuo, asombrado también, desapareciendo, junto con decir ^{ello} ~~ello~~, en el claro y caliente aire de Río; era la cárcel, y allí, detrás de una reja, aquella mujer encontró a su marido, pero no al que conociera hasta dos días atrás, el limpio y apacible cubano José del Real y Antequera, que así decía llamarse, sino al sucio y excitado español Aniceto Hevia, apodado El Gallego, famoso ladrón. Tomándose de la reja, cuyos barrotes abarcaban apenas sus manos, mi madre lanzó un sollozo, en tanto El Gallego, sacando por entre los barrotes sus

era a igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre se había acostumbrado en tabacos, aunque no hubiera otra cosa que fumar, pero como poco después de casados mi madre le dijera, entre irónicas y curiosas, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de su casa durante el día y al casi todas las noches, regresaba al amanecer, mi padre, sonriendo bajo su bigote color caatano, aunque estupefacto, confesó que en realidad no era comerciante sino jugador, y en jugador permaneció, aunque no por largo tiempo: un mes o dos meses después el presunto tatar, salido de su casa al anochecer, no llegó, en contra de su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsecuente y ya iba mi madre a echarse a andar por las ~~paradas~~ desconocidas calles de Río de Janeiro cuando apareció ante ella, y como surgido mágicamente, un ser que más que andar parecía deslizarse y que más que cruzar los umbrales de la puerta parecía pasar a través ^{de ellas}. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas, misturadas por el individuo, supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose guiar por ^{políticas} ~~políticas~~ sombras, que se hacía más deslizante cuando pasaba cerca de un ~~mueble~~ ^{mueble}, llegó ante un sombrero estilado, y allí la sombra, que por su color y aspecto parecía nacida tras ^{esos} ~~unos~~ muros, ~~mirando~~ ^{estirando} un largo dedo: --Pregunte usted ahí por El Gallego.

--¿Quién es El Gallego? -- preguntó mi madre, asombrada.

--Su marido -- susurró el casi imponderable individuo, asombrado también, desapareciendo, junto con ^{el} ~~el~~ claro y caliente aire de Río; era la cárcel, y allí, detrás de una reja, aquella mujer encontró a su marido, pero no al que conociera hasta dos días atrás, el flmole y apacible cubano José del Real y Antepuera, que así debía llamarse, sino al ávido y excitado español Aniceto Hevia, apodado El Gallego, famoso ladrón. Tomándose de la reja, cuyos barrotes abarcaban a unas sus manos, mi madre lanzó un sollozo, en tanto El Gallego, sacando por entre los barrotes sus

dedos manchados de amarillo, le dijo, acariciándole las manos: "No llores, Rosalía; esto no será largo; tráeme ropa y cigarrillos." Le llevó ropa y cigarrillos, y su marido, de nuevo limpio, presentó el mismo aspecto de antes, aunque ahora detrás de una reja. Un día, sin embargo, se acabó el dinero, pero al atardecer de ese día la dueña de casa, muy excitada, acudió a comunicarle que un senhor coronel preguntaba por ella. "Será. . .", pensó mi madre, recordando al casi imponderable individuo, aunque éste jamás llegaría a parecer coronel, ni siquiera cabo; no era él: así como éste parecía estarse diluyendo, el que se presentó parecía recién hecho, ^{rosado} recién hecho su ~~manman~~ cutis, su rubio bigote, sus ojos azules, su ropa, sus zapatos. "Me llamo Nicolás", dijo, con una voz que sonaba como si fuese usada por primera vez; "paisano suyo; soy amigo de su marido y he sido alguna vez su compañero. Saldrá pronto en libertad; no se aflija", y se fué. Sobre la mesa quedó un paquetito de billetes de banco, limpios, sin una arruga, como él, y como él, quizá, recién hechos. Mi madre quedó deslumbrada por aquel individuo -- y aunque no volvió a verle sino detrás de una corrida de barrotes y de una fuerte rejilla de alambre, vivió deslumbrada por su recuerdo: su aparición, tan inesperada en aquel momento, su apostura, su limpieza, su suavidad, su desprendimiento, convirtieron a aquel hombre, a sus ojos, en una especie de arcángel; por eso, cuando mi padre, varios años después, le comunicó que Nicolás necesitaba de su ayuda, ella, con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó: "¿Dónde está?" El arcángel no estaba muy lejos: mi padre, dejando sobre la mesa el molde de cera en que trabajaba, contestó, echando una bocanada de humo por entre su bigotazo ya entrecano: "En la penitenciaría. ¿Te acuerdas de aquellos billetes que regalaba en Brasil? Veinticinco años a Ushuaia." Mi madre me llevó con ella: allí estaba Nicolás, recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su rubio bigote, sus ojos azules, su gorra y su uniforme de penado; hasta el número que lo distinguía parecía recién impreso

dedos manchados de amarillo, le dijo, acariciándole las manos: "No flores,
 rosales; esto no será largo; tréame ropa y cigarrillos." La llevó ropa y
 cigarrillos, y su marido, de nuevo limpio, presentó el mismo aspecto de
 antes, aunque ahora detrás de unareja. Un día, sin embargo, se acordó el
 dinero, pero al atender de ese día la duña de casa, muy excitada, con-
 dió a comunicarle que un señor coronel preguntaba por ella. "Parece...".
 Pensó mi madre, recordando al casi imponderable individuo, aunque éste ja-
 más llegaría a parecer coronel, ni siquiera cabo; no era él: así como es-
 te parecía estarse diluyendo, al que se presentó parecía recién hecho, re-
 cado
 cado hecho su ~~manera~~ cutis, su rubio bigote, sus ojos azules, su ropa, sus
 zapatos. "Me llamo Nicolás", dijo, con una voz que sonaba como si fuera
 usada por primera vez; "paseo aquí; soy amigo de su marido y he sido al-
 guna vez su compañero. Saldré pronto en libertad; no se alista", y se fue.
 Sobre la mesa quedó un paquetito de billetes de banco, limpios, sin una
 arruga, como él, y como él, guiso, recién hecho. Mi madre quedó deslum-
 brada por aquel individuo -- y aunque no volvió a verle sino detrás de una
 cortina de barcos y de una fuerte rejilla de alambre, vivió deslumbrada
 por su recuerdo; su aparición, tan inesperada en aquel momento, su aparen-
 cia, su limpieza, su suavidad, su desprendimiento, convirtieron a aquel hom-
 bre, a sus ojos, en una especie de angelito; por eso, cuando mi padre, ve-
 nidos años después, le comentó que Nicolás necesitaba de su ayuda, ella,
 con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó: "¿Dónde es-
 tá?" El arcángel no estaba muy lejos: mi padre, dejando sobre la mesa el
 molde de cera en que trabajaba, contestó, echando una bocanada de humo
 por entre su bigote ya entrecano: "En la penitenciaría... Te acuerdas de
 aquellos billetes que regalaba en Brasil? Veinticinco años a Usualis".
 Mi madre me llevó con ella: allí estaba Nicolás, recién hecho, recién he-
 cho su rosado cutis, su rubio bigote, sus ojos azules, su forma y su uni-
 forme de panadero; hasta el número que lo distinguía parecía recién impreso

sobre la recia mezcla. Hablaron animadamente, aunque en voz baja, mientras yo, cogido de la falda de mi madre, miraba a la gente que nos rodeaba; penados, gendarmes, mujeres que lloraban, hombres que maldecían o que permanecían silenciosos, como si sus mentes estuvieran ausentes, vagando en libertad, y niños que chupaban tristes caramelos o lloraban al unísono con sus madres. Nicolás, ayudado por un largo alambre, pasó a mi madre, a través de los barrotes y la rejilla, un gran billete de banco, no limpio y sin arrugas, como los de Río, sino estrujado y flácido, como si alguien lo hubiese llevado, durante años y doblado en varias partes, oculto entre las suelas del zapato. Ni aquel billete, sin embargo, ni las diligencias de mi madre sirvieron de nada: después de dos tentativas de evasión, en una de las cuales sus compañeros debieron sacarle a tirones y semiasfixiado, del interior de los cañones del alcantarillado de la penitenciaría, Nicolás fué sacado y enviado a otro penal del sur, desde donde, luego de otro intento de evasión, frustrado por el grito de dolor que lanzara al caer al suelo, de pie, desde una altura de varios metros, fué trasladado a Tierra del Fuego, en donde finalmente, huyendo a través de los lluviosos bosques, murió, de seguro tal como había vivido siempre: recién hecho --; pero, a pesar de lo asegurado por él, mi padre no salió tan pronto en libertad: los jueces, individuos sin imaginación, necesitaron muchos días para convencerse, aunque de seguro sólo a medias, ^{de} que Aniceto Hevia no era, como ellos legalmente opinaban, un malhechor sino que como aseguraba, también legalmente, el abogado, un bienhechor de la ~~humanidad~~ sociedad, puesto que era comerciante: su visita al departamento que ocupaba la Patti en el hotel se debió al deseo de mostrar a la actriz algunas joyas que deseaba venderle. ¿Joyas? Sí, señor: joyas. Un joyero alemán, cliente de los ladrones de Río, facilitó, tras repetido inventario, un cofre repleto de anillos, prendedores y otras baratijas. ¿Por qué eligió esa hora? ¿Y ~~qué~~ a qué hora es posible ver a las artistas de teatro? ¿Cómo entró? La puerta estaba

es posible ver a las artistas de teatro? ¿Cómo entró la puerta estaba
prendedores y otras baratijas. ¿Por qué alidó esa hora? Y ~~en~~ a qué hora
de Río, facilitó, tras repetido inventario, un sobre repleto de anillos,
terle. ¿Joyas? Sí, señor: joyas. Un joyero alemán, cliente de los ladrones
del se debió al deseo de mostrar a la actriz algunas joyas que deseaba ven-
der como corolantes: su visita al departamento que ocupaba la Pabell en el ho-
telamente, el abogado, un bienhechor de la ~~inmortalidad~~ sociedad, puesto que
ellos legalmente opinaban, un malhechor aún que como aseguraba, también
encerrarse, aunque de seguro sólo a medias, que Antonio lleva no era, como
los jueces, individuos sin imaginación, necesitaban muchos días para con-
seguir de lo asegurado por él, mi padre no salió tan pronto en libertad:
muerto, de seguro tal como había vivido siempre recién hecho --; pero, a
del fuego, en donde finalmente, huyendo a través de los livianos bordes,
suelo, de pie, desde una altura de varios metros, fue trasladado a tierra
tanto de evasión, frustrado por el éxito de dolor que lanzara al caer al ma-
luz sacado y envuelto a otro penal del sur, desde donde, luego de otro in-
terior de los cañones del alcantarillado de la penitenciaría, Nicolás
las cuales sus compañeros debieron sacarle a tirones y samatillado, del
madre alvieron de nada: después de dos tentativas de evasión, en una de
sueles del aspecto. Mi aquel billete, sin embargo, ni las diligencias de mi
andarse llevado, durante años y doblado en varias partes, oculto entre las
sin arrugas, como los de Río, sino estropeado y flácido, como si alguien lo
viera de los barcos y lax vejilla, un gran billete de banco, no limpio y

abierta: "El señor juez sabe que la gente de teatro es desordenada; todos lo que para un concertista de guitarra puede ser un clavijero vencido; pero los artistas lo son; mi defendido, después de llamar varias veces. . ."

Escabía las cerraduras, las miraba con curiosidad y con ternura, como pre-
Mi madre, próxima a dar a luz, fué llevada por el abogado ante el tribunal preguntándole por qué molestaban, y luego, con una habilidad imperceptible, y allí no sólo aseguró todo lo que el ente jurídico le indicó que aseguraba aquí, soltaba allá, apretaba esto, llamaba lo otro y volvía a otro-
ra sino que lloró mucho más de lo que aquél le insinuara. Días después, y carías, graduando con cuidado la presión de los tornillos; metía la llave a las pocas horas de haber nacido Joao, su primogénito, El Gallego llegó y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, jugaba en silencio su parte y a su casa, aunque no más solo: un agente de policía, con orden de no abandonar su molestia. ¿Por qué no se estableció? Una cerradura le hubiese hecho docharle ni a sol ni a sombra y de embarcarlo en el primer barco que zar-
pico; pero ¿qué estaba su oficio como un artista y no como un obrero y no para hacia el sur o hacia el norte, le acompañaba. Otros días más y mi pa-
quería desvirtuarse. No tenía a quien escribir.
dre, acompañado de su mujer, que llevaba en brazos a su primer hijo, partió hacia el sur; el abogado, con la cartera repleta de aquellos hermosos bi-
lletes que repartía Nicolás, fué a despedirle al muelle, y allí estaba tam-
bién el casi imponderable individuo, mirando con un ojo a mi padre y con el otro al agente de policía. . . Y así' siguió la vida, de ciudad en ciu-
dad y de república en república; nacían los hijos, crecíamos los hijos; mi padre desaparecía por cortas o largas temporadas: viajaba, se escondía o yacía en algún calabozo; reaparecía, a veces con unas preciosas barbas, siempre industrioso, trabajando sus moldes de cera, sus llaves, sus cerra-
duras. Cuando pienso en él me pregunto: ¿por qué? Más de una vez, y a juz-
gar por lo que le buscaba la policía, tuvo en sus manos grandes cantida-
des de dinero; era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asun-
tos -- de no haber sido ladrón habría podido ser elegido, entre muchos, como el tipo del trabajador con que sueñan los burgueses y los marxistas de todo el mundo. Las cerraduras de las casas, o a veces sólo cuartos, en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: no rechinaban, no oponían resistencia a las llaves y casi parecían abrirse con la sola aproximación de las manos, como si entre el frío metal y los tibios dedos existiera alguna oculta atracción. Odiaba las cerraduras des-
compuestas o tozudas y una llave torpe o un candado discolorado eran para él

adictas: "El señor juez sabe que la gente de teatro es desordenada; todos los artistas lo son; mi defendido, después de llamar varias veces. . .".

mi madre, próxima a dar a luz, fue llevada por el abogado ante el tribunal y allí no sólo aseguré todo lo que el ente jurídico le indicó que asegurara sino que le dije mucho más de lo que aquél le insinuara. Dos días después, a las pocas horas de haber nacido José, su primogénito, El Gallego llegó a su casa, aunque no más solo: un agente de policía, con orden de no abandonarle ni a sol ni a sombra y de embarcarlo en el primer barco que zarpara hacia el sur o hacia el norte, lo acompañaba. Otros días más y mi padre, acompañado de su mujer, que llevaba en brazos a su primer hijo, partió hacia el sur; el abogado, con la cartera repleta de aquellos hermosos billetes que repartía Nicolás, fue a despedirle al muelle, y allí estaba también el casi imponente indio, mirando con un ojo a mi padre y con el otro al agente de policía. . . Y así siguió la vida, de ciudad en ciudad y de república en república; nacían los hijos, crecíamos los hijos; mi padre desaparecía por cortas o largas temporadas; viajaba, se escondía y yacía en algún calchaco; reaparecía, a veces con unas preciosas barbas, siempre indolente, trabajando sus machos de cera, sus llaves, sus cortaduras. Cuando planea en él me pregunto: ¿por qué? Más de una vez, y a juzgar por lo que le pasaba la policía, tuvo en sus manos grandes cantidades de dinero; era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos -- de no haber sido también había podido ser alegre, entre muchos, como el tipo del trabajador con que unían los burrueros y los marxistas de todo el mundo. Las corrientes de las casas, o a veces sólo cuartos, en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: recibían, no oponían resistencia a las llaves y casi perfectas abrían con la sola aproximación de las manos, como al entrar el frío metal y los tipos dados existiera alguna oculta atracción. Había las corrientes descompuestas o torcidas y una llave torpe o un candado discreto eran para él

lo que para un concertista de guitarra puede ser un clavijero vencido; ~~hacía~~ sacaba las cerraduras, las miraba con curiosidad y con ternura, como preguntándoles por qué molestaban, y luego, con una habilidad imperceptible, tocaba aquí, soltaba allá, apretaba esto, limaba lo otro y volvía a colocarlas, graduando con cuidado la presión de los tornillos; metía la llave, y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, jugaba en silencio su barba y su muletilla. ¿Por qué no se estableció? Una cerrajería lo hubiese hecho rico; pero quizá amaba su oficio como un artista y no como un obrero y no quería desvirtuarse. Y no tenía a quien escribir.

Miré hacia el mar: el barco viraba en ciento ochenta grados, enfilando en ese momento hacia el sur derecho; pasó después hacia el suroeste y por fin y tras un momento que pareció de vacilación y luego de haber recorrido los dos cuadrantes, navegó hacia el noroeste. Helucian al sol de la tarde los bronceos y las pinturas, los blancos botes, las oscuras chismas. Lo recorri de popa a proa: en algún lugar de la cubierta, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, desazonado: allí se quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacionalidad, sin amigo.

Me había ido al taller; estaba sentado en el suelo y cuando llegué a él me levantó la cabeza y me miró:

—¿Te gustan?

Sobre el pasto se movían dos pequeñas tortugas.

—Son tuyas?

—Sí. Míralas. Vámonos, camina.

Con una ramita empujó a una de ellas; el animalillo, sorprendido, se detuvo.

—¿Las lleva con usted?

—Sí.

Me miró de nuevo, examinándome, y me preguntó: ¿algo llamaba su aten-

Lo que para un contertista de guitarra puede ser un claviero vendido; nam-
bada las certaduras, las miraba con curiosidad y con ternura, como pre-
suntivos por qué molestaban, y luego, con una nublada imperceptible,
tocaba aquí, soltaba allá, apretaba esto, limaba lo otro y volvía a colo-
carlas, guardando con cuidado la presión de los tornillos; metía la llave,
y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, jugaba en silencio su danza y
su majestuosidad. ¿Por qué no se estableció? Una cerradura lo hubiese hecho
rico; pero quizá amara su oficio como un artista y no como un obrero y no
quería desvirtuarse. ¿De tanta a quien escribir.

ción, quizá mi modo de hablar.

--¿Y usted?

Se supo qué contestar a aquella pregunta y callé, esperando otra.

--¿De dónde viene?

Giré el cuerpo y señalé las altas montañas.

--¿De Argentina?

V

Moví la cabeza afirmativamente. Me miró de arriba a abajo, estuvo un

No podía embarcar: era un ser sin documentos y a pesar de mis piernas

y de mis brazos, a pesar de mi estómago, a pesar de mi hambre y de mi so-

ledad, parecía no existir para nadie. Me senté en la escala del muelle y

miré hacia el mar: el barco viraba en ciento ochenta grados, enfilando en

ese momento hacia el sur derecho; pasó después hacia el sursurweste y por

fin y tras un momento que pareció de vacilación y luego de haber recorrido

los demás cuadrantes, navegó hacia el norweste. Relucían al sol de la tarde

los bronce y las pinturas, los blancos botes, las oscuras chimeneas. Lo

recorrí de popa a proa: en algún lugar de la cubierta, en un camarote, en

la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado:

allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacio-

nalidad comprobada, sin amigo.

Me había ^{acercado} a él lentamente; estaba sentado en el suelo y cuando

llegué a su lado levantó la cabeza y me miró:

--¿Le gustan?

Sobre el pasto se movían dos pequeñas tortugas.

--¿Son suyas?

--~~Mías~~ Mías. Vamos, camina.

Con una ramita empujé a una de ellas; el animalillo, sorprendido, se

detuvo.

--¿Las lleva con usted?

--Sí.

Me miró de nuevo, examinándome, y se irguió: algo llamaba su aten--

No podía embargar: era un ser sin documentos y a pesar de mis piernas
de mis brazos, a pesar de mi estómago, a pesar de mi hambre y de mi so-
ledad, parecía no existir para nadie. Me senté en la escalera del muelle y
miré hacia el mar: el barco vibraba en ciento ochenta grados, oscilando en
ese momento hacia el sur derecho; pasó después hacia el suroeste y por-
fin y tras un momento que pareció de vacilación y luego de haber recorrido
los demás cuadrantes, navegó hacia el noroeste. Reflejaban el sol de la tarde
los bronceos y las pinturas, las blancas botas, las oscuras chimeneas. Lo
recorrió de popa a proa: en algún lugar de la cubierta, en un camarote, en
la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado:
allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacio-
nalidad comprobada, sin amigo.

Me había acercado a él lentamente; estaba sentado en el suelo y cuando
llegué a su lado levantó la cabeza y me miró:

--¿Eres portugués?

Sobre el pecho se movían dos pequeñas tortugas.

--¿Son tuyas?

--Míralas. Vámonos, camina.

Con una ramita empujé a una de ellas; el animalillo, sorprendido, se

--¿Las lleva con usted?

--Sí.

Me miró de nuevo, examinándome, y se frunció: algo llamaba su aten-

ción. Quizá mi modo de hablar.

Aguí, ¿usted? le servía para muchos usos; ¿usted por qué no se
--¿Y usted?
fué? ¿usted quién es? ¿usted de dónde viene? ¿usted qué dice?
No supe qué contestar a aquella pregunta y callé, esperando otra.
Respondí, por intuición:

--¿De dónde viene?

--Yo quiero ir al sur; mucha agua. No me interesan las minas.

Giré el cuerpo y señalé las altas montañas.

Incliné la cabeza y dije:

--¿De Argentina?

--Sí, pero es lindo. ¿Cómo sabe que es lluvioso?

Moví la cabeza afirmativamente. Me miró de arriba a abajo, estuvo un
momento silencioso y luego ~~estalló~~ estalló:

--¡Caráfitá!

--Es cierto; llueve mucho. . . También he estado en Argentina.

Señaló mis zapatos, que ya no tenían tacos, contrafuertes ni suelas.
Me enderecé.

--¿Cómo camina?

--Sí; volví hace dos años.

--Con los pies.

Estábamos sentados en la orilla sur del río Aconéagua. Las aguas, ba-
Sonreí tristemente mi chiste.

Las aguas, sonaban al arrastrarse sobre los guijarros. Recogió las tortu-
--Siéntese -- me invitó.

gas, que avanzaban hacia el río.
Cuando lo hice y estiré las piernas, las plantas de mis pies, negras

--¿De dónde sacó esos bichos?
de mugre y heridas, le arrancaron otra exclamación:

--¡Los regalé y no he querido abandonarlos. No dan trabajo.

--¿Cómo puede andar!

--¡Por qué ha dejado su casa?

Me eché hacia atrás, tendiéndome sobre el pasto, mientras él, abando-
nando sus tortugas, seguía mirando mis pies. Oí que decía:

--¿Y usted?

--De Argentina. . . ¿Buenos Aires?
Me tocó a mí sorprenderme: era la misma pregunta hecha ya dos veces y

--Mendoza.

que pude dejar sin respuesta. Ahora no podía evitarla!

--¿Todo a pie?

--No tengo casa.

--Ochenta kilómetros en tren, escondidos, en la cordillera.

Miró en derredor:

--¿No anda solo?

--Ahora, sí.

--¿Qué se han hecho sus compañeros?

--Marcharon hacia el sur.

--¿Y usted?

--Yo, como ha muerto, es decir, creo que ha muerto; no la conocí y

lón. Quizá mi modo de hablar.

--¿Y usted?

No supe qué contestar a aquella pregunta y callé, esperando otra.

--¿De dónde viene?

Diré el cuerpo y señalé las altas montañas.

--¿De Argentina?

Volví la cabeza afirmativamente. Me miró de arriba a abajo, estuvo un

momento silencioso y luego murmuró: estáis:

--¡Caríflis!

Señaló mis zapatos, que ya no tenían tacón, contrariados ni suelas.

--¿Cómo camina?

--Con los pies.

Sonrei tristemente mi cabeza.

--Siéntese -- me invitó.

Cuando lo hice y activé las piernas, las plantas de mis pies, negras

y duras y heridas, le arrancaron otra exclamación:

--¿Cómo puede andar!

Me eché hacia atrás, tendiéndome sobre el pasto, mientras él, abando-

ando sus torzuras, seguía mirando mis pies. Ol que decía:

--De Argentina. . . ¿Buenos Aires?

--Mendoza.

--¿Todo a pie?

--Ochenta kilómetros en tren, escondidos, en la cordillera.

Miró en derredor:

--¿No anda solo?

--Ahora, sí.

--¿Qué se han hecho sus compañeros?

--Marcharon hacia el sur.

--¿Y usted?

Aquel ¿y usted? le servía para muchos usos: ¿y usted por qué no se fué?, ¿y usted quién es?, ¿y usted de dónde viene?, ¿y usted qué dice? Respondí, por intuición:

--No quiero ir al sur; mucha agua. No me interesan las minas.

Inclinó la cabeza y dijo:

--Sí, pero es lindo. ¿Cómo sabe que es lluvioso?

Me encogí de hombros.

--Lo habré leído.

--Es cierto: llueve mucho. . . También he estado en Argentina.

Me enderecé.

--Sí; volví hace dos años.

Estábamos sentados en la orilla sur del río Aconcagua. Las aguas, bajas allí, sonaban al arrastrarse sobre los guijarros. Recogió las tortugas, que avanzaban hacia el río.

--¿De dónde sacó esos bichos?

--Me los regalaron y no he querido abandonarlos. No dan trabajo.

--¿Y por qué ha dejado su casa?

Me miró sorprendido:

--¿Y usted?

Me tocó a mí sorprenderme: era la misma pregunta hecha ya dos veces y que pude dejar sin respuesta. Ahora no podía evitarla:

--No tengo casa.

Pareció sorprendido.

--Pero tendrá familia.

--Sí. . .

--Y vivirá en alguna parte.

Callé. ¿Cómo decirle que no sabía nada de mis hermanos ni de mi padre? Quizá se dió cuenta de ello y no insistió. Habló:

--Mi madre ha muerto, es decir, creo que ha muerto; no la conocí y no

Apuel ¿y usted? le servía para muchos usos: ¿y usted por qué no se fue? ¿y usted quién es? ¿y usted de dónde viene? ¿y usted qué dice? Respondi, por intuición:

--No quiero ir al sur; mucha agua. No me interesan las minas. Incliné la cabeza y dije:

--Sí, pero es lindo. ¿Cómo sabe que es lindo?

Me encogí de hombros.

--Lo habré leído.

--Es cierto: llueve mucho. . . También he estado en Argentina.

Me encogí.

--Sí; viví hace dos años.

Estábamos sentados en la orilla sur del río Aconcagua. Las aguas, de-

las allí, sonaban al arrastrarse sobre los guijarros. Recogí las tortu-

gas, que avanzaban hacia el río.

--¿De dónde sacó esas piedras?

--Me las regalaron y no he querido abandonarlas. No dan trabajo.

--¿Y por qué ha dejado su casa?

Me miró sorprendido:

--¿Y usted?

Me tocó a mí sorprendeme: era la misma pregunta hecha ya dos veces y

que pude dejar sin respuesta. Ahora no podía evitarla:

--No tengo casa.

Pareció sorprendido.

--Pero tendrá familia.

--Sí. . .

--Y vivirá en alguna parte.

Callé. ¿Cómo decirle que no sabía nada de mis hermanos ni de mi pa-

dre? Quizá se dio cuenta de ello y no insistió. Habló:

--Mi madre ha muerto, es decir, creo que ha muerto; no la conocí y no

sé nada de ella. En mi casa no ha existido nunca un recuerdo de ella, un retrato, una carta, un tejido, cualquiera de esas cosas que dejan las madres y que las recuerdan. Y no es porque mi madrastra las haya guardado o destruido; no las había antes de que ella viniera a casa. Durante años vivimos solos con mi padre.

--¿Qué hace su padre? --; pero no era fácil decirlo y no era fácil. Me miró, sorprendido de nuevo. Sin duda le tocaba a él preguntar y a mí responder, ya que acababa de hablar de sí mismo; me había adelantado, infringiendo la etiqueta.

--¿Que qué hace? --; parecerle vulgar o que él me pareciera tonto, como

--Sí, en qué trabaja. sus costumbres o sus movimientos me fuesen des-

--Es profesor. --; sus mios le parecieran extraños. Ya me había pasado --

La conversación no lograba tomar una marcha regular; avanzaba a bordadas muy lentas. Nos dábamos, por turno, minuciosas miradas, examinando nuestros rostros, nuestros cuerpos, nuestras ropas, nuestros movimientos, como si por el examen de todo ello pudiéramos llegar a saber algo de nuestras vidas y de nuestra constitución. Hablaba correctamente, quizá más correctamente que yo y debía ser unos siete años mayor, años que representaban, sin duda, una gran porción de experiencia y de conocimientos. Cosa inverosímil: usaba lentes y no lentes con varillas, de esos con los cuales puede uno correr, saltar, agacharse, pelear y hasta nadar sino de esos que se sujetan a la nariz con unas pinzas que pellizcan apenas la piel. Un vagabundo con lentes resulta tan raro como uno con paraguas y no me cabía duda alguna de que lo era: sus zapatos, aunque intactos aún, estaban repletos de tierra -- ¿cuántos kilómetros llevaba andados ese día? --; unos calcetines color ratón le caían flojamente sobre los tobillos y los bajos del pantalón aparecían tan sucios como los zapatos. Su ropa era casi nueva, pero se veía abandonada, llena de polvo, como si su dueño no tuviera nada que hacer con ella. Su camisa, sin embargo, aunque no resplandeciente, estaba

organillero terminaba de girar la manivela y el platillero de tocar y brin-

se nada de ella. En mi casa no se existió nunca un recuerdo de ella, ni retratos, ni cartas, ni talido, cualquier de esas cosas que dejan las manos y que las recuerdan. Y no es porque mi madre las haya guardado o destruido; no las había antes de que ella viniera a casa. Durante años vi-

vimos solos con mi padre.

--¿Qué hace su padre?

Me miró, sorprendido de nuevo. Sin duda le tocaba a él preguntar y a mí responder, ya acostumbrado de hablar de sí mismo; me había adelantado, in-

truyendo la estirpe.

--¿Qué hace?

--Sí, en qué trabaja.

--Es profesor.

La conversación no logró tomar una marcha regular; avanzaba a borbotones muy lentos. Nos dábamos, por turno, minuciosas miradas, examinando nuestros rostros, nuestros cuerpos, nuestras ropas, nuestros movimientos, como si por el examen de todo ello pudiéramos llegar a saber algo de nues-

tras vidas y de nuestra constitución. Hablaba correctamente, pero más correctamente que yo y debía ser unos años mayor, años que representaban, sin duda, una gran porción de experiencia y de conocimientos. Cosa inverosímil: usaba lentes y no lentes con varillas, de esas con las cuales

queda uno corriendo, saltando, volando, y hasta nadar como si uno se sujetara a la nariz con unos pines que pellizcan apenas la piel. En vez de lentes con lentes resultaba tan raro como con paraguas y no me cabía duda alguna de que lo era: sus zapatos, aunque intactos aún, estaban rajados

de tierra -- ¿cuántos kilómetros llevaba andados así él? -- unos calzones sencillos como los zapatos. Su ropa era casi nueva, pero se veía abandonada, llena de polvo, como si se hubiera hecho para ser con ella. Su camisa, sin embargo, aunque no respaldante, estaba

aún presentable y en ella una corbata negra, pelada y con algunas hila--
 chas, iba para allá y para acá, buscando el desbocado cuello. Lo mejor ha--
 bría sido declarar que era necesario interrogarnos por turno sobre todo
 aquello que queríamos saber, nuestro origen, por ejemplo, y nuestro rum--
 bo, si alguno teníamos, nuestro destino, si es que sospechábamos cuál fue--
 se y por qué, cuándo y cómo; pero no era fácil decidirse y no era fácil
 porque, en realidad, no sentíamos aún la necesidad de saber lo que concer--
 nía al otro. Estábamos en los primeros finteos y desconfiábamos: ¿y si re--
 sultaba que a la postre no teníamos interés el uno por el otro, Podía su--
 ceder/que yo llegara a parecerle vulgar o que él me pareciese tonto, como
 también podía ocurrir que sus costumbres o sus movimientos me fuesen des--
 agradables o que los míos le pareciesen extraños. Ya me había pasado -- y
 quizá a él también -- encontrar individuos con los cuales no sólo es di--
 fícil congeniar sino que hasta conversar o estar parados juntos en alguna
 parte, individuos constituidos de un modo único, duros e impenetrables,
 por ejemplo, o blandos y porosos, como trozos de ubres de vaca, con los
 cuales, en muchos casos y engañados por las circunstancias, es un^oabierto,
 comunicativo, y cuenta su vida o algo de ella, dice su chiste y ríe, para
 descubrir, al final, que no sólo ha perdido el tiempo hablando sino que,
 peor aún, ha hecho el ridículo, hablando a ese individuo de asuntos que a
 ese individuo le son tan indiferentes como a un sordo que no hubiese oído
 nada de lo que se le ha contado. Había en él, no obstante, algo con que se
 podía contar desde el principio: las tortugas, en primer lugar, y sus an--
 teojos, después: un individuo con dos tortugas en su equipaje y un par de
 lentes sobre la nariz, no era alguien a quien se pudiera despreciar, allí,
 a la orilla del Aconcagua: era preciso tomarlo en consideración. Son esca--
 sos los vagabundos con anteojos y sólo había conocido uno, un individuo
 que viajaba en compañía de un organillero y de un platillero con bombo, no
 en calidad de músico, que no lo era, sino de agregado comercial: cuando el
 organillero terminaba de girar la manivela y el platillero de tocar y brin-

un presentable y en ella una corbata negra, blanca y con algunas nitas...
...las, las para allá y para acá, buscando el deseado cuallo. Lo mejor ha-
ría sido declarar que era necesario interrogarnos por turno sobre todo
aquello que queríamos saber, nuestro origen, por ejemplo, y nuestro nom-
bre, al menos, nuestro destino, si es que sospechábamos cuál era
el y por qué, cuándo y cómo; pero no era fácil decidirse y no era fácil
porque, en realidad, no sabíamos aún la necesidad de saber lo que cono-
cía al otro. Estábamos en los primeros minutos y las conversaciones; y al re-
sultado que a la postre no teníamos interés el uno por el otro, podía su-
cederme yo llegar a parecerse vulgar o que él me pareciera tonto, como
también podía ocurrir que sus costumbres o sus movimientos me fuesen des-
agradables o que los míos le parecieran extraños. Ya me había pasado -- y
podía a él también -- encontrar individuos con los cuales no sólo se di-
fícil conseguir sino que hasta conversar o estar juntos en alguna
parte, individuos constituidos de un modo único, duros e incomprensibles,
por ejemplo, o blandos y porosos, como trozos de urres de vaca, con los
cuales, en muchos casos y enajenados por las circunstancias, es imposible
comunicativo; y cuando se ve a algo de ellas, dice su chiste y río, para
escuchar, al final, que no sólo ha perdido el tiempo hablando sino que
por eso, ha hecho el ridículo, hablando a ese individuo de asuntos que a
ese individuo le son tan indiferentes como a un cerdo que no hubiese oído
nada de lo que se le ha contado. Nada en él, no obstante, algo con que se
podía contar desde el principio: las tortugas, en primer lugar, y sus an-
teojos, después: un individuo con dos tortugas en su equipaje y un par de
antes sobre la nariz, no era alguien a quien se pudiera despreciar, allí,
la orilla del Acapulco; era preciso tomarlo en consideración. Son esas
las cosas que los vagabundos con anteojos y sólo había conocido uno, un individuo
que viajaba en compañía de un organillero y de un platero con bombo, no
en calidad de músicos, que no lo era, sino de agremiado cometales: cuando el
organillero terminaba de girar la manivela y el platero de tocar y batir

car, el judío, pues lo era, polaco además, se adelantaba hacia el público y empezaba a hablar: tenía un rostro infantil, lleno de luz, mejillas sonrosadas y bigote rubio; una larga y dorada cabellera, que se escapaba por debajo de una mugrienta gorra, ^{daba} ~~ma~~ a su ser un aire de iluminado. Unos ojos azulencos, de lejano y triste mirar, examinaban a la clientela desde detrás de unos redondos anteojos. Sus ademanes sobrios, casi finos, y su voz suave, impresionaban a la gente, haciéndola creer que aquel hombre hablaba de algo muy importante, talvez, por su exótico aspecto, de una nueva revelación. Nadie entendía, en los primeros momentos, lo que decía: llevaba bajo el brazo un paquete de folletos y de allí extraía uno, que tendía hacia los circunstantes. ¿Estaba allí el Verbo? Algunos espectadores habrían deseado tomarlo inmediatamente, pero como hasta ahora ningún elegido del Señor ha aparecido en el mundo en compañía de un organillero que toca "Parlame d'amore, Mariú" y de un timbalero que salta y lanza alaridos, se retendían, aguzando la inteligencia y el oído. A los pocos instantes, los que estaban más cerca y que ^{eran} ~~pena~~, generalmente, los primeros en entender lo que aquel hombre hablaba, sentían como si una enorme mano les hiciera cosquillas en varias partes del cuerpo al mismo tiempo y se inclinaban o se echaban hacia atrás o hacia un lado, dominados por ^{una} ~~un~~ irreprimible risa: el iluminado de la gorra mugrienta vendía cancioneros y no hacía, al hablar, otra cosa que anunciarlos y ofrecerlos, pero con palabras tan desfiguradas, tan cambiadas de género y sonido que nadie podía oírlos sin echarse a reír. La gente compraba cancioneros con la esperanza de que su contenido resultara tan gracioso como el vendedor, encontrándose con que no ocurría eso: no había en ellos otra cosa que tangos y milongas con letras capaces de hacer sollozar a un antropófago. Entre tanto, indiferentes a las ilusiones o desilusiones ajenas, el organillero, inclinado bajo el peso de su instrumento, el platillero, con su bombo y su corona de campanillas, y el hombre del rostro iluminado, con su paquete de folletos bajo el brazo

el hombre del rostro iluminado, con su paquete de folios bajo el brazo
y el instrumento, el platillo, con su bombó y su corona de campanillas, y
las oñes o destilaciones ajenas, el organillero, inclinado bajo el peso de
los pesos de hacer sollozar a un antropólogo. Entre tanto, indiferentes a las
tristezas: no habla en ellos otra cosa que tango y milonga con letras ca-
lidas resultara tan gracioso como el vendedor, encontrándose con que no con-
ta a reír. La gente compra cancioneros con la esperanza de que su conte-
nido, tan cambiadas de género y sonido que nada podía oírse sin echar-
se a reír, otra cosa que anunciarlos y ofrecerlos, pero con palabras tan desli-
llaminadas de la forma magistral vendida cancioneros y no hablar al ha-
echado hacia atrás o hacia un lado, dominados por una irreprimible risa:
quillas en varias partes del cuerpo al mismo tiempo y se inclinaban o se
que aquel hombre hablaba, sentían como al una enorme mano les pisaba los
estaban más cerca y que ^{era} ~~era~~, generalmente, los primeros en entender lo
cien, agitando la inteligencia y el oído. A los pocos instantes, los que
de amor, María" y de un timbalero que saltó y lanzó alaridos, se refe-
lor se aparecido en el mundo en compañía de un organillero que tocó "Patria
sado tomarlo inmediatamente, pero como hasta ahora ningún elegido del ge-
los circunstantes. ¿Estaba allí el Verbo? Algunos espectadores habrían de-
to el brazo un paquete de folios y de allí extraía uno, que tendía hacia
ción. Nadie entendía, en los primeros momentos, lo que decía: llevaba pa-
algo muy importante, tal vez, por su exótico aspecto, de una nueva revela-
ve, impresionaban a la gente, haciéndola creer que aquel hombre hablaba de
de unos redondos antojos. Sus ademanes sobrios, casi típicos, y su voz ana-

y sus anteojos brillando sobre la naricilla rojiza, retomaban su camino, mudos como postes. No, un vagabundo con anteojos es una rara ave y allí están, además, las tortugas, caminando sin ruido sobre el pasto: nunca he visto a nadie, ni oído hablar de nadie, que viaje a pie llevando un animal cualquiera, un perro, por ejemplo, o un gato, que exigen atenciones y cuidados especiales y que además muerden, rasguñan, destrozan, ladran, maúllan, roban, hacen el amor, se reproducen, desaparecen, aparecen. Por otra parte, todos los animales domésticos son sedentarios -- de otro modo no serían ni lo uno ni lo otro -- y nadie ha visto nunca un viajero que recorra el mundo en compañía de una gallina o de una vaca. ^{Por mi parte odio} ~~me gustan~~ a esos individuos que viven en los alrededores de las ciudades, en terrenos eriazos, bajo armazones de latas y de sacos, rodeados de gatos, perros y pulgas; me ^{parecían} ~~parecen~~ hombres sórdidos, sin atmósfera propia o con una de perros o de gatos, seres alumbrados por una imaginación tan oscura como sus pocilgas y que no encuentran nada más interesante que imitar a otros hombres sus casas y sus comodidades, rodeándose para ello de animales repelentes, gatos enfermos, perros sarnosos; y muchos se creen dueños de los terrenos en que viven y ahuyentan a los niños que van a jugar sobre el pasto, cerca de sus ~~manantiales~~ ^{prefería} pestoso rancho; prefiero los vagabundos sin casa. Pero estas son tortugas, pequeñas, torpes y graciosas al mismo tiempo, color tierra; caben las dos en una mano y se desplazan como terrones sobre el húmedo pasto fluvial. Le dan prestancia, originalidad, distinción. ¿Por qué las lleva? No podrá comérselas en caso de necesidad ni le servirán de guardaespaldas o de cómplices en ninguna pilatunada. Su ventaja es su pequeñez.

No era, pues, un ser vulgar, uno de esos, tan comunes en todas las clases sociales, que repelen a sus semejantes como puede repeler un perro muerto. Algo brotaba de él, clara y tranquilamente. Sus ojos, como ^{los} ~~del~~ de vendedor de cancioneros, eran también ~~mmm~~ poco brillo, aunque no azulencos

sus antecesoras brillando sobre la sencilla rojiza, rodeadas en camino,
 unos como postes. No, un vagabundo con antecesoras es una rara ave y allí
 están, además, las tortugas, caminando sin rumbo sobre el pasto; nunca
 se visto a nadie, ni oído hablar de nadie, que viaje a pie llevando un ani-
 mal cualquiera, un perro, por ejemplo, o un gato, que exigen atenciones
 cuidadosas especiales y que además muerden, rasgan, destruyen, ladran,
 maullan, roban, hacen el amor, se reproducen, desaparecen, aparecen. Por
 otra parte, todos los animales domésticos son sedentarios -- de otro modo
 no serían ni lo uno ni lo otro -- y nadie ha visto nunca un viajero que re-
 corre el mundo en compañía de una gallina o de una vaca. ^{Por mi parte odio}
 esas individuos que viven en los alrededores de las ciudades, en terre-
 nos eriazos, bajo armazones de latas y de sacos, rodeados de gatos, perros
 vulgares; me parecen nombres adrididos, sin atmósfera propia o con una de ^{paranormal}
 errros o de gatos, seres alumbrados por una imaginación tan oscura como
 las poelias y que no encuentran nada más interesante que imitar a otros
 ombras sus casas y sus comodidades, rodeándose para ello de animales re-
 elentes, gatos enfermos, perros sarnosos; y muchos se creen dueños de las
 errenos en que viven y amueblan a los niños que van a jugar sobre el pas-
 o, cerca de sus ~~numerosos~~ ^{propios} pastos ranchos; ~~propios~~ los vagabundos sin casa,
 to estas son tortugas, paduanas, torpes y graciosas al mismo tiempo, co-
 on tierra; caben las dos en una mano y se desplazan como terneros sobre el
 llado pasto livial. Le dan prestancia, originalidad, distinción. Por
 las llevar? No podré comérselas en caso de necesidad ni le servirán
 e guardaspidas o de cónclitas en algunas platanadas. Su ventaja es su
 eduzness.
 No era, pues, un ser vulgar, uno de esos, tan comunes en todas las
 lases sociales, que repelen a sus semejantes como puede repeler un perro
 uerto. Algo protaba de él, clara y tranquilamente. Sus ojos, como el de
 andador de cancioneros, eran también como poco brillo, aunque no azules

sino oscuros, castaños quizá, de pequeño tamaño y cortas y tiesas pestañas, ojos de présbite. Pero, sin duda, le tocaba a él preguntar:

--¿No tiene dinero?

--No. ¿Para qué?

Señaló mis zapatos:

--Con esas chancletas no llegará muy lejos.

Era cierto, aunque ya ni chancletas pudiera llamárseles. Un trozo de alambre, tomado de la jeta de la puntera y unido al cerquillo, impedía la desatomización.

--Es cierto; ~~namán~~ pero todo lo que tengo son veinte centavos argentinos. Aquí están.

Era el capital con que entraba al país. Examinó la moneda y la dejó sobre el pasto, donde quedó brillando: una cabeza de mujer y un gorro frigio: sean eternos los laureles. . .

--Tengo ropa, que puedo vender.

--No la venda; le hará falta.

--¿Qué hago, entonces?

--Llevo unas alpargatas en mi mochila; se las prestaré.

--Me quedarán chicas.

--Les cortaremos lo que moleste; lo esencial es no pisar sobre el suelo desnudo sino sobre algo. Cuénteme ahora para dónde va; pero no me cuente sino lo que quiera. Lo demás, guárdelo.

...sino sacuros, castaños, dorados, de pedregno tamaño y cortas y lisas pesta-
nas, ojos de presbitero. Pero, sin duda, le tocaba a él preguntar:
--¿No tiene dinero?
--No. ¿Para qué?
--Señaló mis zapatos:
--Con esas chanclas no llegará muy lejos.
Era cierto, aunque ya mi chancla podía llamarse. Un trozo de
Alambre, tomado de la jeta de la puntera y unido al corchillo, impedía la
descomposición.
--Es cierto; pero todo lo que tengo son veinte centavos en co-
lones. Aquí están.
Era el capital con que entraba al país. Examinó la moneda y la dejó
sobre el pasto, donde quedó brillando; una espesa de mujer y un gordo fri-
to; sean eternos los familiares.
--Tengo ropa, que puedo vender. En las intervenciones que hacen a
--No la venda; le hará falta.
--¿Qué hay, entonces?
--Llevo unas alpergatas en mi mochila; as las prestaré.
--Me quedarán cortas.
--Les cortaremos lo que moleste; lo esencial es no pisar sobre el sue-
lo desnudo sino sobre algo. Guéntame ahora para dónde va; pero no me enen-
a sino lo que quiere. Lo demás, guárdalo.

industriales que lo despojan, lo achican, para después volver a llenarlo con el río muere allí. Hay algo como una neblina hacia el oeste y detrás de esa algo como neblina está el mar. Hacia el este, en cambio, la muralla de la cordillera es de una dureza impresionante: relámpagos de hielo quizá tan viajeros como el mar, mareas Violentas. El Asencogus, padre del río, parece llenar el horizonte. Mi vida por lo demás, era breve. Había pasado malos ratos. Miró hacia el norte. El cauce del río es allí ancho, pero su caudal es escaso y está, además, dividido en brazos que aparecen aquí o allá, entre los matorrales, buscando niveles más bajos o terrenos más blandos, adelgazándose o engruesando, según la suerte que les toca, pues ocurre que tan pronto es aquél despojado íntegramente de sus aguas por un canal como es éste aumentado por el caudal de uno más pequeño, que habiendo hallado dificultades en su marcha, terrenos duros, por ejemplo, o lechos con ^{guijarros} gujarros muy gordos, renuncia a sus ambiciones de independencia y se une con el primero que encuentra; y hay algunos que luchaban durante un gran trecho con las piedras que los ~~XXXXXXX~~ areneros dejan amontonadas en uno y otro lado o que el mismo río, en épocas de crecida, al arremeter contra todo, acumula, y se oye al agua deslizarse prolijamente, como contando las piedras, hasta alcanzar un remanso donde parece descansar, para luego seguir, silenciosa. La orilla contraria muestra hileras o grupos de árboles, sauces y álamos, principalmente; hay un corte a pique, de poca altura, luego un trozo plano, breve, y enseguida el terreno empieza a subir hacia las colinas marítimas, amarilleando algunas de rastros de trigo o cebada y todas mostrando graciosos grupos de arbolillos, espinos, maitenes, boldos, que aparecen sobre ellas como amigos que estuvieran allí o como viejas que conversaran sobre la ~~vidaxxxxx~~ vida dura y las terribles enfermedades de la infancia, de la adolescencia, de la edad madura y de la vejez. Mirando hacia el oeste ocurre que no se ve nada. ¿Puede el río correr allí a su gusto, libre de altas orillas, de vegas, de matorrales, de guijarros, de canales de riego o in-

dustriales que lo despojan, lo achican, para después volver a llenarlo? No: el río muere allí. Hay algo como una neblina hacia el oeste y detrás de ese algo como neblina está el mar. Hacia el este, en cambio, la muralla de la cordillera es de una dureza impresionante: relámpagos de hielos quizá tan viejos como el mar, cumbres violentas. El Aconcagua, padre del río, parece llenar el horizonte. Mi vida por lo demás, era breve. Había pasado malos ratos, pero me pareció natural pasarlos: eran quizá, una contribución que cada cierto tiempo hay que pagar a alguien, desconocido aunque exigente; no era posible que uno solo, mi padre, continuase pagando por todos; los cuatro hermanos estábamos ya crecidos y debíamos empezar a aportar nuestras cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo único que en ese tiempo, y como hijos de ladrón, teníamos: libertad y lágrimas. Siempre me había gustado el pan untado en mantequilla y espolvoreado de azúcar, y aquella tarde, al regresar del colegio, me disponía a comer un trozo y a beber un vaso de leche cuando sonaron en la puerta tres fuertes golpes. Mi madre, que cosía cerca de donde me encontraba, levantó la cabeza y me miró: los golpes eran absurdos; en la puerta, a la vista de todos, estaba el botón del timbre. El que llamaba no era, pues, de la casa ni conocido de ella; además, traía prisa, no confiaba más que en sus manos y quería hacerse oír inequívocamente. ¿Quién podía ser? Mis hermanos llegaban un poco más tarde y, por otro lado, podían hallar a ojos cerrados el botón del timbre; en cuanto a mi padre, no sólo no golpeaba la puerta ni tocaba el timbre sino que ni siquiera le oíamos entrar: aparecía de pronto, como surgiendo de la noche y del aire, magicamente, alto, sonriente, limpio. Sus hijos recordaríamos toda la vida aquella noche en que apareció ante la puerta del comedor en los momentos en que ~~taxmáx~~ terminábamos una silenciosa comida; hacía algún tiempo que no le veíamos -- quizá estaba preso-- y cuando le vimos surgir y advertimos la larga y ya encanecida barba que traía, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo de antemano rom-

nustras que lo desolaban, lo achicaban, para después volver a llenarlos. No;
 el río muerde allí. Hay algo como una neblina hacia el oeste y detrás de esa
 algo como neblina está el mar. Hacia el este, en cambio, la muralla de la
 orillera es de una dureza impresionantemente relampaguea de hielo, quizá tan
 helosa como el mar, con tres violentas. El Aconcagua, padre del río, parece
 llenar el horizonte. Mi vida por lo demás, era breve. Había pasado malos re-
 os, pero me parecía natural pasarlos: eran quizá, una contribución que ca-
 a cierto tiempo hay que pagar a alguien, desconocido aunque exigente; no
 re posible que uno solo, mi padre, continuase pagando por todos; los que-
 ro hermanos entábanse ya crecidos y debíamos empezar a aportar nuestras
 cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo
 único que en ese tiempo, y como hijos de la tierra, teníamos: libertad y la-
 trimas. Siempre me había gustado el pan untado en manteca y en capullos
 de azúcar, y aquella tarde, al regresar del colegio, me disponía a co-
 mer un trozo y a beber un vaso de leche cuando sonaron en la puerta tres
 fuertes golpes. Mi madre, que estaba cerca de donde me encontraba, levantó
 la cabeza y me miró: los golpes eran espasmos; en la puerta, a la vista de
 todos, estaba el botón del timbre. Mi que llamada no era, pues de la casa
 la conocida de allá; además, traba prima, no confiaba más que en sus manos
 y quería hacerlas oír inadvertidamente. ¿Quién podía ser? Mis hermanos llega-
 ran un poco más tarde y, por otro lado, podían hallar a otros contrarios al
 botón del timbre; en cuanto a mi padre, no sólo no golpeaba la puerta al
 tocar el timbre sino que ni siquiera le oíamos entrar: aparecía de pronto,
 como surgiendo de la noche y del aire, majestuosamente, alto, sonriente, lla-
 mado. Sus hijos recordábamos toda la vida aquella noche en que apareció
 ante la puerta del comedor en los momentos en que terminábamos una
 silenciosa comida; hacía algún tiempo que no le veíamos -- quizá estaba
 preso -- y cuando lo vimos surgir y adelantarse la tarde y ya envejecido
 con el pelo que traba, como si nos hubiéramos puesto de repente de enfrente

pimos a llorar, tal vez de alegría, quizá de miedo o quién sabe si. . . Mi madre, sin embargo, parecía saberlo, pues me dijo, levantándose: --Bébetelo pronto esa leche.

La bebí de un sorbo y me metí en la boca, en seguida, casi la mitad del pan; me sentí azorado, con el presentimiento de que iba a ocurrir algo desconocido para mí. Mi madre guardó sin apresuramientos el hilo, la aguja, el dedal, el alfilerero y la ropa que zurcía; miró los muebles del comedor, como para cerciorarse de que estaban limpios o en orden y se arregló el delantal; me miró a mí también, pero me miró con una mirada diferente a la anterior, una mirada que no había visto en sus ojos y que parecía prepararme para lo que podría ocurrir; estaba dándole fin al pan y nunca lo había hallado más sabroso: la mantequilla era suave y el azúcar que brillaba sobre ella me proporcionó una deliciosa sensación al recogerla con la lengua, apresuradamente, de las comisuras de los labios. Cuando mi madre salió al patio la puerta retumbó bajo tres nuevos, más fuertes y más precipitados golpes y después del último -- sin duda eran dos o más las personas que esperaban -- sonó el repiqueteo de la campanilla, un repiqueteo largo, sin intervalos: el que llamaba estaba próximo a echar abajo la puerta. Concluí de comer el pan, recogí el vaso y su platillo, que puse sobre el aparador y di un menotón a las migas que quedaban sobre la mesa. Entre uno y otro movimiento oí que mi madre abría la puerta y que una voz de hombre, dura y sin cortesía, casi tajante, decía algo como una pregunta; la voz de mi madre, al responder, resultó increíblemente tierna, casi llorosa; la frase que pronunció en seguida el hombre pareció quemar el delicado brote. Hubo un breve diálogo, la puerta sonó como si la empujaran con brusquedad y un paso de hombre avanzó por el corredor de baldosas. Yo escuchaba desde la distancia ^{desde} la puerta de calle hasta la del comedor era de quince pasos, quince pasos contados innumerables veces al recorrer ~~la distancia~~ en diversas formas: caminando hacia adelante o hacia atrás; de este lado

diversas formas, formando hileras de las que se veían
las, algunas pocas contaban innumerables veces el
distancia en la puerta de enfrente era de cinco pe-
nados y un poco de hombre venía por el corredor de
lado un provechoso, la puerta se abrió como si la
que se pronunció un segundo el hombre pareció quemar el del lado pro-
madre, al responder, se volvió hacia el lado de la
una y sin contestar, con la boca como una pregunta, la voz de
un movimiento de su madre hacia la puerta y que una voz de hombre,
donde y al un momento a las niñas que quedaban sobre la mesa. Entre uno y
los de comer el pan, se cogió al vaso y su plato, con que sobre el que-
en intervalos el que llamaba estaba próximo a abrir hacia la puerta, con-
se esperaban -- como al repiqueteo de la campanilla, un repiqueteo largo,
tadas golpes y después del último -- sin duda eran dos o más las personas
al patio la puerta también bajó por un momento, más fuerte y más presu-
ranga, apresuradamente, de las comisiones de los niños. Cuando el niño se
sobre él se proporcional una deficiente sensación al respirar, con la
había hallado más suave la manifestación, era suave y el niño que brillaba
repararme para lo que podría ocurrir; estaba dentro del pan y nunca lo
a la anterior, una mirada que no había visto en sus ojos y que parecía
de el lateral; me miró a él también, pero me miró con una mirada diferente
medor, como para cerciorarse de que estaban fijos a un orden y no a un
que, al final, el alfiler y la ropa que cubría; miró los muebles del
desconocido para mí. El niño guardó sin apuramiento el hilo, la
algun; me senté a un lado, con el presentimiento de que iba a ocurrir al-
al lado de un cuerpo y me senté en la banca, en silencio, casi la mitad

y con los ojos abiertos o de este otro y con los ojos cerrados, sin hallar nunca una mayor o menor diferencia. Detrás de los pasos del hombre sonaban, precipitados, los de mi madre: para ella, baja de estatura como era, los pasos eran dieciocho o diecinueve... Cuando el desconocido -- pues no me cabía duda alguna de que lo era -- apareció frente a la puerta del comedor, yo, todavía relamiéndome como gato, estaba de pie detrás de la mesa, los ojos fijos en el preciso punto en que iba a surgir; no se me ocurrió sentarme ni moverme del lugar en que estaba en el instante en que di el manotón a las migas, o, quizá, el diálogo y los pasos me impidieron hacerlo. El hombre llegó, se detuvo en aquel punto y miró hacia el interior: allí estaba yo, con mis doce años, de pie, sin saber qué cara poner a su mirada, que pareció medir mi estatura, apreciar mi corpulencia, estimar mi desarrollo muscular y adivinar mis intenciones. Era un hombre alto, erguido, desenvuelto; entró, dió una mirada a su alrededor y vió, sin duda, todo, los muebles, la puertas, el bolsón con mis cuadernos sobre una silla, las copas, los colores y las líneas de los papeles murales, quizá si hasta las migas, y se acercó a mí:

--¿Cómo te llamas?

Hice un esfuerzo y dije mi nombre. La voz de mi madre, más entonada, ahora, irrumpió:

--El niño no sabe nada; ya le he dicho que Aniceto no está en casa.

Otros dos hombres, cuyos pasos no había oído, aparecieron en la puerta; uno de ellos, al girar, mostró una espalda que parecía hecha de madera.

--¿Dónde está tu padre?

Mi madre se acercó, y el hombre, después de mirarla, pareció reaccionar; su voz bajó de tono:

--Me doy cuenta de todo y no quiero molestarla, señora, pero necesito saber dónde está El Gallego.

La voz de mi madre tornó a hacerse tierna, como si quisiese persuadir,

con los ojos abiertos o de este otro y con los ojos cerrados, sin hallar
ninguna una mayor o menor diferencia. Detrás de los párpados del hombre sonaban
resacaídas, los de mi madre: para ella, baja de estatura como era, los
cuerpos eran demasiado o demasiado... Cuando el desconocido -- que no me
parece haber ninguno de que lo era -- apareció frente a la puerta del comedor,
yo, todavía relajándome como gato, estaba de pie detrás de la mesa, los
ojos fijos en el preciso punto en que iba a surgir; no se movió sen-
tarme ni moverme del lugar en que estaba en el instante en que él se
acercó a las sillas, o, quizás, el diálogo y los pasos me impidieron hacerlo.
El hombre llegó, se detuvo en aquel punto y miró hacia el interior allí
estaba yo, con mis doce años, de pie, sin saber más que poner a su mirada,
que parecía mirar mi estatura, apreciar mi corpulencia, estimar mi desarro-
llo muscular y adivinar mis intenciones. Era un hombre alto, erguido, desar-
rollado; entró, miró una mirada a su alrededor y vió, sin duda, todo, los
muebles, la puerta, el bolso con mis tabaqueros sobre una silla, las co-
loradas, los colores y las líneas de los papeles murales, quizá al hasta las
sillas, y se acercó a mí.
--¿Cómo te llamas?
Hice un esfuerzo y dije mi nombre. La voz de mi madre, más entonada,
interrumpió:
--Mi hijo no sabe nada; ya le he dicho que Andrés no está en casa.
Otros dos hombres, cuyos pasos no había oído, aparecieron en la puerta;
uno de ellos, el grueso, miró una espalda que parecía estar de madera.
--¿Dónde está tu padre?
Mi madre se acercó, y el hombre, después de mirarla, pareció resaca-
se; su voz bajó de tono.
--Mira hoy cuánto de todo y no quiero molestarte, señora, pero necesito
ver dónde está el Gallego.
La voz de mi madre tornó a hacerse tierna, como al volar por el viento.

por medio de su ternura, a aquel hombre:

--Ya le he dicho que no sé dónde está; desde ayer no viene a casa.

Si había algo que yo, en esos tiempos, quería saber siempre, era el punto en que mi padre, en cualquier momento, pudiera encontrarse.

--¿Para dónde vas?

--Para el Norte; tal vez llegue hasta Brasil o Perú.

--¿Por dónde?

--A Rosario, y después... río arriba.

Seguía su camino en los mapas de mis textos de estudio y procuraba adivinar el punto que mencionaría en su próxima carta; venían nombres de pueblos, de ríos, de oscuros lugares, selvas, montañas; después, sin aviso previo, las cartas empezaban a llegar desde otro país y entonces me sentía como perdido y sentía que él también estaba un poco perdido para nosotros y quizá para él mismo. Caminaba, con sus silenciosos y seguros pasos, las orillas de los ríos del noreste argentino, las ciudades de las altas mesetas bolivianas y peruanas, los húmedos pueblos de la costa tropical del Pacífico oriental, los lluviosos del sur de Chile: Concordia, Tarija, Paso de los Libres, Arequipa, Bariloche, Temuco, eran, en ciertos momentos, familiares para nosotros.

--Aquí está.

Iba hacia el norte, giraba hacia el este, tornaba al sur, sus pasos seguían el sol o entraban en la noche; de pronto desaparecía o de pronto volvía. Aquella vez, sin embargo, a pesar de haberle visto la noche anterior, ignoraba su paradero:

--No sé.

Uno de los policías intervino:

--¿Lo buscamos en la casa?

El hombre rechazó la sugerión:

--No; si estuviese habría salido.

... medio de su ternura, a aquel hombre:

--Yo le he dicho que me he dado satis; donde ayer no vivía a casa.

Si había algo que yo, en esos tiempos, quería saber siempre, era si

esto en que me había, se cumplían o no, palabras encontradas.

--¿Y ahora dónde está?

--En el Norte, tal vez, luego hasta Brasil o Perú.

--¿Por dónde?

--A Rosario, y después... río arriba.

Según el camino en los mapas de mis textos de estudio y recuerdo así:

En el punto que mencionaría en su próxima carta, venían nombrar de pas-

los, de ríos, de grandes lagos, selvas, montañas, después, sin vías pre-

las, las cartas empezaban a perderse dando otro país y entonces me sentía como

extranjero y sentía que él también estaba un poco perdido para nosotros y así-

lo pensaba él mismo. Cansado, con sus silencios y sus largos pasos, los orlitos

de los ríos del nordeste argentino, las ciudades de las altas montañas del

interior y peruanas, los pequeños pueblos de la zona tropical del Tíbet

oriental, las llanuras del sur de Chile: Concepción, Talca, Paso de los

Andes, Arequipa, Parícuta, Toluca, eran, en ciertos momentos, familiares

...--¿Dónde está?

Le había el Norte, giraba hacia el este, tornaba al sur, sus pasos se-

guían el sol o entraban en la noche; de pronto desaparecía o de pronto vol-

ta. ¿Dónde está, sin embargo, a pesar de haberle visto la noche anterior,

ignoraba su paradero?

--No sé.

Uno de los policías intervino:

--No buques en la casa?

El hombre rechazó la pregunta:

--No, al estufa había estado.

Hubo un momento de indecisión; mi madre, con las manos juntas sobre su vientre y debajo del delantal, miraba el suelo, esperando; el hombre de la voz tajante pensaba, vacilando, sin duda, sobre qué medida tomar; los otros dos policías, sin explicaciones previas, los tres policías, que después de la voz tajante pensaba, vacilando, sin duda, sobre qué medida tomar; los otros dos policías, sin responsabilidad, de pie aun en el patio, miraban, con aire de aburrimiento muscular, los racimos de uva que pendían del peral. Yo miraba a ~~todos~~ todos. El hombre se decidió:

--Lo siento, pero es necesario que me acompañen.

--¿A dónde?-- interrogó mi madre. Su voz, inesperadamente, se hizo dura.

--Al Departamento de Investigaciones.

--Pero, ¿por qué?

--Es necesario.

Mi madre calló; preguntó, después:

--¿Y el niño?

El hombre me miró y miró de nuevo el bolsón de mis libros. Dudó un instante: su mente, al parecer, no veía claramente el asunto, pero, como hombre cuya profesión estaba basada en el cumplimiento del deber a pesar de todo, optó por lo peor:

--El niño también.

--¿Por qué el niño?

Nuevamente vaciló el hombre: el deber lo impulsaba sin dirigirlo; por fin, como quien se desprende de algo molesto, dijo:

--Tiene que ir; estaba aquí.

Después de vestirse mi madre y de hablar con una vecina, encargándole la casa y los niños, salimos a la calle y vi que los ojos de mis hermanas relucían entre los árboles de la plaza pública situada frente a nuestra casa. Se dieron cuenta, al llegar, de que algo extraño ocurría y evitaron entrar, espiándonos desde la plaza. No fuimos, sin embargo, al Departamento de Investigaciones: el resto de esa tarde y la para nosotros larga de la presencia de mi madre, se desarrolló. Pasó a mi alrededor una

Hubo un momento de indecisión; mi madre, con las manos juntas sobre su vientre y debajo del delantal, miraba al niño, esperando; el hombre de la voz tajante pensaba, vacilando, sin duda, sobre qué medida tomar; los otros dos policías, sin respuestas, de pie uno en el patio, miraban, con aire de apuramiento muscular, los rastros de una que quedaba del primer. Yo miraba a todos. El hombre se decidió:

--Lo siento, pero es necesario que se acompañen.

--¿A dónde?-- Interrogó mi madre. Su voz, inesperadamente, se hizo dura.

--El Departamento de Investigaciones.

--¿Por qué?

--Es necesario.

El hombre calló; preguntó, después:

--¿Y el niño?

El hombre me miró y miró de nuevo el bolsón de mis libros. Pudo un instante: su mente, al parecer, no veía claramente el asunto, pero, como hombre cuya profesión estaba basada en el cumplimiento del deber a pesar de todo, optó por lo peor:

--El niño también.

--¿Por qué el niño?

Nuevamente vaciló el hombre: el deber lo impulsaba sin titubamiento; pero, como padre, como quien se desprende de algo querido, dijo:

--Tiene que ir; estaba aquí.

Después de vestirse mi madre y de hablar con una vecina, encargada de la casa y los niños, salimos a la calle y vi que los ojos de mis hermanos estaban entre los árboles de la plaza pública mirando frente a nosotros. Se dieron cuenta, al llegar, de que algo extraño ocurría y volvieron entrar, espeluznados desde la plaza. No fueron, sin embargo, al Departamento de Investigaciones: el resto de esa tarde y la parte nocturna la pasamos en casa.

noche que siguió, permanecimos sentados en los bancos de una comisaría: allí nos dejarón, sin explicaciones previas, los tres policías, que desaparecieron. Mi madre no habló casi nada durante esas doce o catorce horas, ~~xxi~~ excepto al pedir a un gendarme que nos comprara algo de comida: no lloró, no suspiró. Por mi parte, la imité; mientras estuviera al lado de ella me era indiferente que hablara o enmudeciera: lo importante era que estuviese. A las siete u ocho de la mañana, con el cuerpo duro, nos sacaron de allí: ella debía ir también al Departamento de Investigaciones, pero a la sección de mujeres; a mí se me consideraba ya hombre y debía ir a la sección correspondiente; tampoco habló nada ~~más~~ al bajar del carro policial, frente al Departamento, donde ~~xxxxx~~ nos separarón, yéndose ella en compañía de un agente y siguiendo yo a otro. ¿qué podía decirme? Su corazón, sin duda, estaría atribulado, pero cualquier ~~xxxxxxx~~ frase, aun la más indiferente, habría empeorado las cosas; por otra parte, ¿cómo decir nada, allí, delante de los policías?

Al entrar al calabozo común, empujado por la mano de un gendarme, noté que los detenidos me miraban con extraordinaria curiosidad: no era, aquél, sitio adecuado para un niño de doce años, de pantalón corto aún, vestido con cierta limpieza y de aspecto tímido. ¿Quién era y qué delito podía haber cometido? A un Departamento de Investigaciones no se entra así como así: es lugar destinado a individuos que han cometido, que se supone han cometido o que se les atribuye haber cometido un hecho punible; llegar por una contravención municipal, por haber roto un vidrio o por haberse colgado de un tranvía, es trastornar todo el complicado aparato judicial. Debía ser, dada mi edad, un raterillo, aunque un raterillo extraordinario. Pero si ellos no sabían quién era yo, yo, por mi parte, no podía decirlo; ~~xx~~ apenas entrado al calabozo sentí que toda mi entereza, todo el valor que hasta ese momento me acompañara, y que no era más que el reflejo de la presencia de mi madre, se derrumbaba. Busqué a mi alrededor dónde

noche que siguió, permanecimos sentados en los bancos de una comisaría; allí nos detuvieron, sin explicaciones previas, los tres policías, que después nos llevaron. Mi madre no habló nada durante esas doce o catorce horas, excepto al pedir a un guardarme que nos comprara algo de comida: no llegó, no aspiró. Por mi parte, la imité; mientras estuviera al lado de ella me era indiferente que hablara o enmudeciera: lo importante era que estuviera. A las siete u ocho de la mañana, con el cuerpo duro, nos sacaron de allí: ella debía ir también al Departamento de Investigaciones, pero a la sección de mujeres; a mí se me consideraba ya hombre y debía ir a la sección correspondiente; tampoco habló nada más al bajar del carro policial, frente al Departamento, donde nunca nos separaríamos, yéndose ella en compañía de un agente y siguiendo yo a otro. ¿Qué podía decirme su corazón, sin duda, en tanta atribulación, pero cualquier frase, aun la más indiferente, me sería engorroso las cosas; por otra parte, ¿cómo decir nada, allí, delante de los policías?

Al entrar al calabozo común, empujado por la mano de un guardarme, noté que los detenidos me miraban con extraordinaria curiosidad: no era, verdad, esto adecuado para un niño de doce años, de pantalón corto y vestido con cierta limpieza y de aspecto tímido. ¿Quién era y qué delito podía haber cometido? A un Departamento de Investigaciones no se entra así como así: es lugar destinado a individuos que han cometido, que se supone han cometido o que se les atribuye haber cometido un hecho punible; llegar por una contravención municipal, por haber roto un vidrio o por haberse colgado de un tranvía, es transformarse todo el complicado aparato judicial. Debía ser, dada mi edad, un ratonillo, aunque un ratonillo extraordinario. Para el ellos no estaban quién era yo, yo, por mi parte, no podía decirlo; me apenas entrado al calabozo sentí que toda mi entereza, todo el valor que hasta ese momento me acompañaba, y que no era más que el reflejo de la personalidad de mi madre, se desmenuzaba. Fui a mi alrededor donde

sentarme y no vi otro asiento que los tres escalones de ladrillo que acababa de pisar para llegar hasta el piso del calabozo, en desnivel con el patio; allí me senté, incliné la cabeza, y mientras buscaba, a prisa, un pañuelo en mis bolsillos, lancé un espantoso sollozo que fué seguido de un torrente de lágrimas. Los presos me miraron con más curiosidad aun; los que se paseaban se detuvieron y los que hablaban, callaron. Ignoro cuánto tiempo, entre el silencio de unos y la inmovilidad de otros, sollocé y lloré, sin que, durante ese tiempo, nadie se acercara a hablarme; parecía reinar allí la misma indiferencia o la misma timidez que en todas partes. Cuando hube llorado bastante, apaciguado mis nervios, secado mis ojos y sonado mis narices, sentí que me invadía una sensación de vergüenza; miré a mi alrededor; un hombre estaba frente a mí, un hombre que no sentí acercarse --usaba alpargatas--, y que, a dos pasos de distancia, parecía esperar que terminara de llorar para hablarme. Sonreía, como disculpándose o como queriendo ganar mi confianza, y me dijo, acechándose más, y poniéndose en cuclillas ante mí:

--¿Por qué lo traen?

Su voz resultó tan bondadosa que casi ~~xxx~~ rompí a llorar de nuevo. Me retuve, sin embargo, y, como no supe qué contestar, me encogí de hombros:

--¿Viene con proceso?

No sabía qué significaba aquello y callé. El hombre, era poco más que un mocetón se turbó y miró a los demás presos, pidiendo ayuda. Un individuo entrado ya en la vejez, bajo y calvo, derrotado de ropa, la barba crecida y la cara como sucia se acercó. Los demás presos esperaron:

--¿Por qué está preso? ¿Qué ha hecho?

Su voz era menos suave que la del joven, aunque más directa y urgente. ¿Era curiosidad la de ellos, o simpatía? Contesté:

-- No he hecho nada.

--¿Por que lo han traído, entonces?

...y no vi otro estorbo que las tres escaleras de ladrillo que
...para llegar hasta el piso del estorbo, en desfilé con el
...allí me senté, incliné la cabeza, y mientras buscaba, a penas, en
...en mis bellos, lancé un espantoso grito que los señores de la
...de la tierra. Los señores me miraron con una curiosidad sana; los
...se pasaba, se detuvieron y los que hablaban, callaron. Ignoro cuánto
...entre el silencio de unos y la inmovilidad de otros, solloz y llo-
...aún que, durante ese tiempo, nadie se acercó a hablarme; parecía que
...allí la misma indiferencia o la misma timidez que en todas partes. Quan-
...de mi lado bastante; apagué mis nervios, secó mis ojos y cuando
...mis nervios, sentí que me invadía una sensación de vergüenza; miré a mi al-
...rededor; un hombre estaba frente a mí, un hombre que no sentí acercarse
...y que, a los pasos de distancia, parecía esperar que
...terminara de llorar para hablarme. Sonaba, como disculpándose o como que
...me dijo, secándose más, y poniéndose en cual-
...las ante mí:
--Por qué lo lloras?
...en vos resultó tan horrible que casi rompí a llorar de nuevo. Me
...resurre, aún embargado, y, como no supe qué contestar, me encogí de hombros:
--¿Vienes con proceso?
...no había que significaba aquello y callé. El hombre, era poco más que
...un momento se turbó y miró a los demás presos, plácidamente. Un individuo
...entrado ya en la vejez, bajo y calvo, desfilado de ropa, la barba crecida
...la cara como si se avergüenzara. Los demás presos esperaban:
--Por qué estás preso? ¿qué has hecho?
...en vos era menos suave que la del joven, aunque más directa y urgente.
...curiosidad la de ellos, o alabanza? Contesté:
--No he hecho nada.
--Por qué lo han traido, entonces?

--Buscaban a ~~mi~~ mi padre; no estaba y nos trajeron a nosotros.

--¿quién más?

--Mi madre.

--¿Quién es su padre?

--Aniceto Hevia.

--El Gallego? -- preguntó el joven.

Asentí, un poco ~~avergonzado~~ avergonzado del apodo: en la intimidad mi madre lo llamaba así y era para nosotros un dulce nombre familiar. Allí resultaba tener otro sentido y casi otro sonido. Los hombres se miraron entre sí y el viejo habló de nuevo, siempre urgente, como si no hubiera tiempo que perder:

--Pero usted no ha hecho nada...

--Nada -- dije, encogiéndome de hombros, extrañado de la insistencia.

El viejo se irguió y se alejó. Los inocentes le importaban un comino. El joven dijo:

--Su padre está aquí.

Miré hacia el patio.

--No puede ser. No estaba en casa y nadie sabía dónde estaba.

Aseguró:

--Lo tomaron anoche.

Lo miré, incrédulo:

--Sí; acaba de pasar; lo llevaban a la jefatura.

Me tranquilicé por una parte y me dolí por otra: me tranquilicé porque supe dónde estaba y me dolí porque estuviese allí. De modo que lo habían detenido. . . Me expliqué el abandono en que nos dejaron en la comisaría. Durante aquellas horas lo imaginé marchando hacia el sur, no caminando ni viajando en tren sino deslizándose a ras del suelo, en el aire, rápida y seguramente -- tal como a veces me deslizaba yo en sueños --, inaprehensible e inencontrable, perdiéndose en la pampa.

--Buenos días a mi padre; no estaba y me trajeron a nosotros.

--¿Quién más?

--Mi madre.

--¿Quién es su padre?

--Antonio Nevila.

--¿El Gallego? -- preguntó el joven.

--Sí, un poco xxxxxxxx avergonzado del apodo: en la intimidad me llaman.

--Lo llamaba así y era para nosotros un buen nombre familiar. Allí re-

alaba tener otro sentido y casi otro sentido. Los hombres se miraron entre

ellos y el viejo habló de nuevo, siempre urgente, como si no hubiera tiempo

no perdiera.

--Pero usted no ha hecho nada...

--Nada -- dijo, encogiéndose de hombros, extralado de la incertidumbre.

El viejo se irguió y se alejó. Los inocentes se importaban un comino.

Joven dijo:

--Su padre está aquí.

Miró hacia el patio.

--No puede ser. No estaba en casa y nadie sabía dónde estaba.

Así que:

--Lo tomaron en coche.

Lo miró, incrédulo:

--¿Usted de pasar; lo llevaron a la telera.

Se tranquilizó por una parte y se dolió por otra: se tranquilizó porque

aunque donde estaba y se dolió porque sabía que allí, de modo que lo habían

atenido. . . Me explicó el abandono en que nos dejaron en la comisaría.

Después de unas horas lo habían marchando hacia el sur, no caminando al

vistiendo en tren sino desfilando a pie del suelo, en el aire, los pies y se

lamentando -- así como a veces me desfilaba yo en sueños --, impensablemente

a inencontrable, perdiéndose en la penumbra.

--Lo tomó Aurelio. como todos los demás hombres, un deber que no podía
 --¿Aurelio? de ser lo que obligadamente era: para nuestros planes era
 --Sí. ¿No lo conoce? enemos en ellos, sin pasar del uno al otro.
 --No. unas veces, forzados por las circunstancias y sin dejar de ser lo
 La conversación se hacía difícil, no sólo porque no parecía existir nin-
 gún punto de contacto entre aquel hombre y yo sino que, con seguridad, por-
 que no lo habría aunque los dos llegáramos a ser -- ¿quién sabe si ya habia-
 mos llegado a serlo? -- de la misma categoría. Veía en él algo que no me
 gustaba y ese algo era, me lo imagino, su excesivo desarrollo muscular, vi-
 sible ~~hacia~~ principalmente en las piernas, gruesas en demasía, y en sus hom-
 bros, anchos y caídos. ¿Quién era? Sin duda, un delincuente, aunque ignora-
 ba de qué categoría. A pesar de su voz bondadosa no había en él nada fino y
 ni sus ojos claros ni su pelo rubio y ondeado, ni su piel blanca ni sus ma-
 nos limpias me inclinaban hacia él. Noté, de pronto, que me hacía con los
 ojos un guiño como de advertencia: "Mire hacia el patio." Miré: el hombre
 de la tarde anterior, el de la voz tajante, atravesaba el patio, saliendo
 de la sombra al sol. Caminaba con pasos firmes, haciendo sonar los tacos
 sobre las baldosas de colores. ~~que me erguía para verlo a mi gusto y para~~
 --Ese es Aurelio. ~~Se dio vuelta al extremo del corredor; era siempre el~~
 Durante un instante sentí el deseo de llamarle: "Eh, aquí estoy", pero
 me retuve; aquello sería impropio e infantil. Estaba ya en una zona en que
 la infancia empezaba a transformarse en un recuerdo y mi conciencia se da-
 ba un poco cuenta de ese cambio. Una noche en una comisaría y un día, o
 unas horas no más, en el calabozo de una Sección de Investigaciones, junto
 a hombres desconocidos, era toda mi nueva experiencia y sin embargo eso
 era suficiente y sería, con seguridad, suficiente para cualquier niño. En
 adelante nada me sorprendería y todo lo comprendería, por lo menos en los
 asuntos que a mí y a los ~~mí~~ míos concernieran. No tenía ningún resentí-
 miento contra el hombre cuyo nombre acababa de conocer; sospecha ^{que} que cum-

--Lo tomé anillo.

--¿Anillo?

--Sí. ¿No lo conoces?

--No.

La conversación se hacía difícil, no sólo porque no parecía existir ni un punto de contacto entre aquel hombre y yo sino que, con seguridad, por-
que no lo habría conocido los dos liérganos a ser -- ¿quién sabe si ya había-
mos llegado a serlo? -- de la misma categoría. Veía en él algo que me
parecía y que algo era, me lo imaginé, un excesivo desarrollo mental, vi-
sible en su principalmente en las piernas, gruesas en demasía, y en sus hom-
bros, anchos y caídos. ¿Quién era? Sin duda, un delirante, un hombre igno-
ra de qué categoría. A pesar de su voz bondadosa no había en él nada fino y
algunos ojos claros ni su pelo rubio y ondulado, ni su piel blanca ni sus
manos limpias me inclinaban hacia él. Noté, de pronto, que me había con los
ojos un signo como de advertencia: "Mira hacia el patio." Miré: el hombre
de la tarde anterior, el de la voz tajante, atravesaba el patio, saliendo
de la sombra al sol. Caminaba con pasos firmes, haciendo sonar los pasos
sobre las baldosas de colores.

--Ese es Aurelio.

Durante un instante sentí el deseo de llamarle: "¡Ah, aquí estoy!", pero
me retuve; aquello sería impropio e infantil. Estaba ya en una zona en que
la infancia empezaba a transformarse en un recuerdo y mi conciencia se ha-
bía un poco cuenta de ese cambio. Una noche en una comisaría y un día, o
unas horas no más, en el calabozo de una Sección de Investigaciones, junto
a hombres desconocidos, era todo mi nueva experiencia y sin embargo eso
era suficiente y serio, con seguridad, suficiente para cualquier niño. En
adelante nada me sorprendería y todo lo comprendería, por lo menos en los
momentos que a mí y a los demás niños concernieran. No tenía ningún resentimi-
ento contra el hombre cuyo nombre acababa de conocer; simplemente me sum-

plía, como mi padre y como todos los demás hombres, un deber que no podía eludir sin dejar de ser lo que obligadamente era; pero nuestros planes eran diversos y debíamos mantenernos en ellos, sin pasar del uno al otro sino sólo algunas veces, forzados por las circunstancias y sin dejar de ser lo que éramos: un policía y un hijo de ladrón. No era antipático, no se había mostrado ni violento ni insolente con mi madre y su conducta era su conducta. Sería para mí, en adelante y para siempre, el hombre que por primera ^{vez} me llevó preso. En el momento en que volvía la cabeza para mirar otra vez al hombre con quien mantenía el dificultoso diálogo, sentí unos pasos que conocía muy bien y que me hicieron detener el ~~movimiento~~ movimiento: los pasos de mi padre, esos pasos que sus hijos y su mujer oíamos en la casa, durante el día, cuando caminaba como sólo para nosotros, haciendo sonar el piso rápida o lentamente, pero con confianza, sin temor al ruido que producían ni a quienes lo escuchaban, esos pasos que iban disminuyendo de gravedad y de sonido en tanto se acercaba la noche, tornándose más suaves, más cautelosos, hasta hacerse inaudibles: parecía que ~~ya~~ a medida que se dilataban las pupilas de los gatos los pesos de mi padre ~~perdían~~ perdían su peso. Giré de nuevo la cabeza, al mismo tiempo que me erguía para verlo a mi gusto y para que él también me viera. Dió vuelta el extremo del corredor: era siempre el hombre delgado, alto, blanco, de bigote canoso, grandes cejas, rostro un poco cuadrado y de expresión adusta y bondadosa. Miraba hacia el suelo mientras caminaba, pero al entrar al patio y alcanzar la luz levantó la cabeza: frente a él y tras la reja de un calabozo para detenidos comunes estaba su tercer hijo. Su paso se entorpeció y la dirección de su marcha sufrió una vacilación: pareció detenerse; después, arrepentido, tomó hacia la derecha y luego hacia la izquierda:

--Por aquí -- le advirtió el gendarme, tocándole el brazo.

El sabía de sobra para dónde y por dónde debía ir. Me había visto, pero nada en él, fuera de aquella vacilación en su marcha, lo denotó. Llevaba un

pañuelo de seda negra alrededor del cuello y su ropa estaba limpia y sin arrugas, a pesar de la mala noche que, como nosotros, había pasado. Desapareció en el otro extremo del patio y yo, volviéndome, ~~inadvertidamente~~ me senté de nuevo en el escalón. Los hombres del calabozo, testigos de la escena, estaban todavía de pie, inmóviles, mirándome y esperando la reacción que aquella me produciría. Pero no hubo reacción visible: había llorado una vez y no volvería a llorar una segunda. Lo que sentí les pasó ^{inadvertido} ~~desapercibido~~ y era algo que no habría podido expresar con palabras en aquel momento: una mezcla de sorpresa, de ternura, de pena, de orgullo, de alegría; durante un rato sentí un terrible espasmo en la garganta, pero pasó. Mi padre sabía que yo estaba allí y eso era lo importante. Los hombres, abandonando su inmovilidad y su mudez, se movieron de nuevo para acá y para allá y reanudaron sus conversaciones, y hasta el joven, que pareció al principio tener la esperanza de ser actor de una escena más larga y dramática, quedó desconcertado e inició un paso para irse: otro ruido de pasos lo detuvo: era ahora un caminar corto y rápido, un poco arrastrado, pero tan poco que sólo un oído fino podía percibir la claudicación; unos años más, sin embargo, y la claudicación sería evidente. La marcha se detuvo detrás de mí y en el mismo momento sentí que una mano tocaba mi hombro. El joven detuvo su movimiento, como yo antes había detenido el mío, y se inmovilizó, en tanto yo, girando de nuevo, me erguía: detrás de la reja, dentro de un traje gris verdoso de gendarme, estaba un viejecillo pequeño y delgado: sus cejas eran quizá tan largas y tan canosas como sus bigotes y unos ojos azules, rientes, miraban como de muy lejos desde debajo de un quepis con franja roja; me dijo, con voz cariñosa:

--¿Es usted el hijo de El Gallego?

No sé por qué, aquella pregunta y aquel tono de voz volvieron a hacer aparecer en mi garganta el espasmo que poco antes había logrado dominar. No pude hablar y le hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Algunas de estas cosas me las enseñó el cuñado y en pocas palabras y sin
 esfuerzo, a pesar de la mala noche que, como nosotros, había pasado. Después
 sólo en el otro extremo del patio y yo, volviéndome, me senté de
 nuevo en el escalón. Las palabras del cuñado, resacas de la noche, se
 enroscaban en pie, inmóviles, mirándose y esperando la reacción que
 produjeran. Pero no hubo reacción visible; había pasado una vez y no
 volvía a tener una segunda. Lo que sentí fue una ^{indefinida} ~~extraña~~ ~~curiosa~~ y
 algo que no habría podido expresar con palabras en aquel momento: una ex-
 trañeza, de sorpresa, de ternura, de pena, de orgullo, de alegría; durante un
 momento sentí un terrible espasmo en la garganta, pero pasó. Mi padre había
 ido a estar allí y eso era lo importante. Los hombres, abandonando su in-
 movilidad y su mudas, se movieron de nuevo para ir y para salir y resaca-
 ron sus conversaciones, y hasta el joven, que parecía un principio de
 una experiencia de ser actor de una escena más larga y dramática, quedó des-
 contentado e incluyó un paso para irse: otro ruido de cosas lo detuvo: era
 ahora un estallar corto y rápido, un poco ensordecido, pero tan poco que
 a un lado otro podía percibir la elasticidad, unos ruidos más, sin impor-
 te, y la elasticidad sería evidente. La marcha se detuvo detrás de él y
 a un momento sentí que una mano tocaba mi hombro. El joven detuvo su
 movimiento, como yo antes había detenido el mío, y se inclinó, en tan-
 to, girando de nuevo, me miró dentro de la tela, dentro de un traje
 una variedad de fundidos, estaba un vistoso pedazo y debajo sus cal-
 ces, mis piernas tan largas y tan suaves como sus dedos y unos ojos azules,
 blancos, miraban como mis ojos desde debajo de un ángulo con trazo
 claro; me dijo, con voz cariñosa: "¿Te gusta el traje de mi hijo?"
 --¿Te gusta el hijo de mi hijo?
 No sé por qué, aquella pregunta y aquel tono de voz volvieron a hacer
 aparecer en mi memoria el aspecto que poco antes había formado dentro.
 y pude hablar y la idea me vino al presente con la cabeza.

--Acérquese -- me dijo.

Me acerqué a la reja y el viejecillo colocó una mano como de niño, pero arrugadita, sobre mi antebrazo:

--Su papá pregunta por qué está aquí; qué ha pasado.

Me fijé en que llevaba de la mano izquierda, colgando de un gran aro, una cantidad de llaves de diversos tamaños. Respondí contándole lo sucedido. Me preguntó:

--¿Así es que su mamá también está detenida?

--En la Sección de Mujeres.

--Y usted, ¿necesita algo?

--Nada.

--¿Dinero?

No se me ocurrió para qué podía necesitar dinero.

--No. ¿Para qué?

Sonrió.

--¿Qué le preguntaron en la comisaría?

No, nadie nos hizo el menor caso: los policías nos miraron apenas y cuando lo hicieron fué con miradas que parecían preguntarnos, con sorpresa, qué hacíamos allí, inmóviles como estatuas; era raro que una señora y un niño hallaran placer en estar sentados en una oscura pieza y sobre un duro banco. Mi madre y yo sospechábamos, sin embargo, que había alguien que sabía por qué estábamos allí y qué debería hacer con nosotros, pero era un alguien que no tenía prisa para con nadie, talvez ni consigo mismo; nos consideraba, y consideraría a todo el mundo, a policías y ladrones, de seguro no a sí mismo, como abstracciones y no como realidades: un policía era un policía y un detenido era un detenido, es decir, nombres o adjetivos, y cuando por casualidad llegaba a darse cuenta de que eran, además, seres humanos, sufriría gran disgusto: tenía que preocuparse de ellos. El viejo volvió a palmearme el brazo:

--Así que -- me dijo.

Me acordé a la vez y al vistecillo coló una mano como de niño, pe-

o arrugada, sobre mi antepecho:

--Su papá pregunta por qué está así; qué ha pasado.

Me fijé en que llevaba de la mano izquierda, colgando de un gran are,

una cantidad de llaves de diversos tamaños. Respondí contándole lo sucedido.

Se preguntó:

--¿Así es que su mamá también está detenida?

--En la Sección de Mujeres.

--Y usted, ¿cómo está?

--Basta.

--¿Dinero?

No me ha ocurrido para qué podía necesitar dinero.

--No. ¿Para qué?

Contó.

--¿Qué le preguntaron en la comisaría?

No, nadie nos hizo el menor caso: los policías nos miraron apenas y con-

to lo hicieron fú con miradas que parecían preguntarnos, con sorpresa, qué

nosotros allí, inmortales como estatuas; era raro que una señora y un niño

quisieran pisar en estar sentados en una oscura pieza y sobre un duro pa-

no. Mi madre y yo sospechábamos, sin embargo, que había alguien que es-

peraba que entráramos allí y qué debería hacer con nosotros, pero era un al-

guen que no tenía prisa para con nadie, tal vez ni con él mismo; nos con-

sideraba, y consideraba a todo el mundo, a policías y ladrones, de seguro

no a él mismo, como observaciones y no como realidades: un policía era un

policia y un detenido era un detenido, es decir, nombres o adjetivos, y

cuando por casualidad llegaba a darse cuenta de que eran, además, seres hu-

manos, miraba gran distancia: tenía que presuponerse de ellos. El vis-

volvía a palmarlo el preso:

--Bueno: si necesita algo haga llamar a Antonio y vendré en seguida.

Se alejó por el patio, tiesesito como un huso, haciendo sonar contra su pierna el manajo de llaves. Y allí me quedé, como en el aire, esperando nuevos acontecimientos. ¿Quién vendría ahora? Transcurrió largo rato antes de que alguien se preocupara de mí, largo rato que aproveché oyendo las conversaciones de los presos: procesos, condenas, abogados. ¿De qué iban a hablar? Antonio y un gendarme aparecieron ante la puerta y me llamaron; salí y fui llevado, a través de largos corredores, hasta una amplia oficina, en donde fui dejado ante un señor gordo, rosado, rubio, ~~manchado~~ cubierto con un delantal blanco. Me miró por encima de sus anteojos con montura dorada y procedió a afiliarme, preguntándome el nombre, apellido, domicilio, educación, nombres y apellidos de mis padres. Al oír los de mi padre levantó la cabeza: y son los que más dan que hacer. La policía estaría más tran-

--¡Hombre! ¿Usted es hijo de El Gallego?

Su rostro se animó.

Respondí afirmativamente.

--Lo conozco desde hace muchos años.

La noticia me dejó indiferente. Se inclinó y dijo, con voz confidencial: ~~gualte el dedo, por favor; no haga fuerza; así.~~

--Fui el primero que le tomó en Argentina las impresiones digitales y me las sé de memoria; eran las primeras que tomaba. ¿Qué coincidencia, No? Es un hombre muy serio. A veces lo encuentro por ahí. Claro es que no nos saludamos. ~~tro; no ponga los dedos tiesos; sueltos, si me hace el favor; eso~~

Se irguió, satisfecho.

--A mí ^{me}no importa lo que es, pero a él seguramente le importa que yo sea empleado de investigaciones. Nos miramos, nada más, como diciéndonos: "Te conozco, mascarita", pero de ahí no pasa. Yo sé distinguir a la gente y puedo decir que su padre es. . ., cómo le diré. . ., decente, sí, quiero decir, no es un cochino; es incapaz de hacer barbaridades y no roba

--Bueno, si necesitas algo para llamar a Antonio y vendré en seguida.
 Se alejó por el patio, pensando como un loco, pensando como un loco.
 un pie en el manojo de lianas. Y allí se quedó, como en el aire, esperando
 nuevas acontecimientos. ¿Quién vendría ahora? Transcurrió tanto rato antes
 que alguien se preocupara de él, tanto rato que aprovechó cuando las
 conversaciones de los presos: procesos, condenas, ahorcos. De qué iban a
 hablar? Antonio y un gendarme aparecieron ante la puerta y se llamaron; se-
 ñal y fui llevado, a través de largas corredores, hasta una oficina
 en donde fui dejado ante un señor gordo, rudo, vestido militar
 con un delantal blanco. Me miró por encima de sus anteojos con montura de-
 rada y procedió a afirmarme, preguntándome el nombre, apellido, domicilio,
 educación, nombres y apellidos de mis padres. Al oír los de mi padre levantó
 la cabeza: --Hombre! Usted es hijo de El Gallego?
 Su rostro se animó.
 Respondí afirmativamente.
 --Lo conozco desde hace muchos años. La noche me dejó indiferente. Se inclinó y dijo, con voz confiden-
 cial: --Fui el primero que le tomé en Argentina las impresiones digitales y
 las sé de memoria; eran las primeras que tomaba. ¿Qué coincidencia! No?
 Es un hombre muy serio. A veces lo encuentro por ahí. Claro es que no nos
 saludamos. Es tímido, estético. --A mí no importa lo que es, pero a él seguramente le importa que yo
 sea empleado de inversión. Nos miramos, nada más, como diálogos.
 --El conocido, "mascara", pero de ahí no pasa. Yo sé distinguir a la vez
 la y puedo decir que su padre es... como la tiene... de pronto, sí,
 quiero decir, no es un secreto; se inclina de hacer paréntesis y no roba

porquerías, claro, no roba porquerías. No. El Gallego no.

Mientras hablaba distribuía fichas aquí y allá en cajas que estaban por todas partes. Luego, tomando un pequeño rodillo empezó a batir un poco de tinta negra sobre un trozo de mármol.

--Por lo demás, yo no soy un policía, un pesquisa, nada; soy un empleado, un técnico. Todos sabemos distinguir a la gente. Además, sabemos quién es éste y quién es aquél. ¿Por qué traen a éste? Acogotó a un borracho para robarle dos pesos. Hágame el favor: por dos pesos. . . ¿Y a este otro? Se metió en una casa, lo sorprendieron y agredió al patrón e hirió a un policía. ¿Qué hace usted con malevos así? Y este otro y el de más allá asaltaron a una mujer que iba a su trabajo o mataron a un compañero por el reparto de una ratería. Malas bestias, malas bestias. Palos con ellos; pero hay muchos y son los que más dan que hacer. La policía estaría más tranquila si todos los ladrones fuesen como su padre. Permítame.

Me tomó la mano derecha.

--Abra los dedos.

Cogió el pulgar ^e ~~mancha~~ hizo correr sobre él el rodillo lleno de tinta, dejándomelo negro.

--Suelte el dedo, por favor; no haga fuerza; así.

Sobre una ficha con varias divisiones apareció, en el sitio destinado al pulgar, una ^{mancha} ~~mancha~~ chata, informe, de gran tamaño. ¿Era aquella la huella de mi dedo y por ella me podrían identificar? No lo veía claro.

--El otro; no ponga los dedos tiesos; sueltos, si me hace el favor; eso es. ¿Sabe usted lo que ocurrió cuando ~~mancha~~ por primera vez tomaron preso a su padre en Rosario? Los sorprendieron con las manos en la masa y no había caso de negar; cantó claro. Ciento treinta mil pesos en joyas. ¿Se da cuenta? Ciento treinta mil de la nación. . . Bueno, cuando lo desnudaron para registrarlo -- se había perdido, ¿sabe?, un solitario que no apareció nunca -- se armó un escándalo en el Departamento: toda su ropa interior

the form in which it is presented.

— 100 —

era de seda y no de cualquiera sino de la mejor. Ni los jefes habían visto nunca, y tal vez no se pondrían nunca, una ropa como aquella. El director se hizo llevar los calzoncillos a su oficina; quería verlos. Usted sabe: hay gente que se disloca por esas cosas. El Gallégo... Salió en libertad a los tres meses. A los pocos días de salir le mandó un regalo al gendarme del patio en que había estado detenido y que, según parece, se portó muy bien con él; dicen que él le escondió el solitario; quién sabe: un juego de ropa interior, pura seda; pero con eso arruinó al pobre hombre; renunció a su puesto y se hizo ratero; y a los dos o tres meses, ozas, una puñalada y si te he visto no me acuerdo; y no crea usted que lo mató: un policía o algún dueño de casa o de negocio bueno para la fama; nada; sus mismos compañeros, que cada vez que lo miraban se acordaban que había sido policía. El otro: así. Venga para acáigo y el resulta tan buen agente. Me hizo sacar los zapatos y midió mi estatura.

--¿qué pichón! Le faltan cinco centímetros para alcanzar a su padre. ¿Usted estudia? limitadas, que muy poco les importa el año y que podrían... --Sí, señor. el tiempo que a alguien, cualquiera que fuese, se le ocurre... --Hace bien hay que estudiar; eso ayuda mucho en la vida. ¿Y dónde estudia? los otros, receptores, agentes, se ocupaban de...

--En el Colegio Cisneros. escribiendo montañas de papel con declaraciones...

--Buen colegio. ¿Tiene alguna señal particular en el cuerpo? En la cara? Una cicatriz en la ceja derecha; un porrazo, ¿eh? ojos oscuros; orejas, regular tamaño; pelo negro; bueno, se acabó. Seguramente le tocará estar al lado de su padre, no por las impresiones, que son diferentes, sino por el nombre y el apellido. Váyase no más. cuando salga...

Tocó un timbre y apareció el gendarme. la penitenciaría o la calle, y...

--Lléveselo: está listo. qué le vaya bien, muchacho. o años. el hombre...

Volví al calabozo. Los detenidos continuaban paseando y conversando.

Se había formado una hilera que marchaba llevando el paso; al llegar al...

... de sede y no de cualquier sino de la mejor. Y los jefes habían vis-
... ramos, y talvez no se pondrían nunca, una ropa como aquella. El direc-
... se hizo llevar los calzoncillos a su oficina; quería verlos. Usted as-
... Hay gente que se disfrazó por esas cosas. El Callesco. . . Salí en li-
... rtes a los tres meses. A los pocos días de salir le mandó un regalo al
... andarme del patio en que había estado detenido y que, según parece, se
... tortó muy bien con él; dicen que él le acordó el solitario; cuánta aspa-
... a juego de ropa interior, para cada; pero con eso arruinó el pobre hom-
... re; renunció a su puesto y se hizo ratero; a los dos o tres meses, zas,
... me puñalado y así se ha visto no me acuerdo; y no eres usted que lo mató
... de policía o al algún dueño de casa o de negocio bueno para la fama; nada;
... las mismas compañías, que cada vez que lo miraban se acordaban que había
... tido policía. El otro: así. Venga para acá.
... Me hizo sacar los zapatos y midió mi estatura.
... --¿Le dieron? Le faltan otros centímetros para alcanzar a su padre.
... Usted estudia?
... --Sí, señor.
... --Bueno bien hay que estudiar; eso ayuda mucho en la vida. Y dónde
... estudia?
... --En el Colegio Cisneros.
... --Buen colegio. Tiene alguna señal particular en el cuerpo? En la
... cuerpo una cicatriz en la cota derecha; un portazo, qué otra cicatriz: que-
... tas, regular tamaño; pelo negro; bueno, se acordó. Seguramente le tocará
... sacar al lado de su padre, no por las impresiones, que son diferentes, si-
... no por el nombre y el apellido. Véase no más.
... Teó un timbre y apuntó el gendarme.
... --Lléveselo: está listo. Qué le vaya bien, muchacho.
... Volvó al calabozo. Los detenidos continuaban paseando y conversando.
... a había formado una hilera que se iba llevando el peso; al llegar al

final del espacio libre, frente al muro, giraban al mismo tiempo y quedaban alineados, sin equivocarse. Largo rato, casi un día, que estuvo así.

--Le dije al juez: soy ladrón, señor, no tengo por qué negarlo y si me toman preso es porque lo merezco; no me quejo y sé que alguna vez me soltarán: no hay tiempo que no se acabe ni tiento que no se corte; ~~pero~~ no soy un criminal: robo no más; pero me da rabia que ^{me} tome preso este individuo: ha sido ladrón y ha robado junto conmigo, sí, señor, ha robado conmigo, hemos sido compañeros y nos hemos repartido algunos robos. No quiero que me tome preso: que llame a otro y me haga llevar, pero no quiero que me lleve él y siempre me le resistiré. Es agente ahora, dice usted; lo sé, pero que tome a otros, no a mí, que he sido su compañero. Un día me va a tomar con luna y no sé qué le va a pasar.

--Es un desgraciado. También robó conmigo y si resulta tan buen agente como era buen ladrón dentro de poco lo echarán a patadas.

Paseando y conversando daban la sensación de que ^{sus} ~~muchas~~ preocupaciones eran muy limitadas, que muy poco les importaba algo y que podrían estar allí todo el tiempo que a alguien, quienquiera que fuese, se le ocurriera, en tanto que escribientes, jueces, secretarios, copistas, abogados, ministros, ~~receptores~~ receptores, agentes, se ocupaban de sus causas y procesos, escribiendo montañas de papel con declaraciones de testigos y contratestigos, recusaciones, pruebas, apelaciones, condenandos, resoluciones, sentencias, viajes para acá, viajes para allá, firme aquí y deme veinte pesos para papel sellado; pídaselos a la vieja; la vieja dice que no tiene un centavo, ni para yerba; a mi hermano, entonces; también está en cana; qué le parece que se los dé cuando salga; ¿cuando salga?, ¿tengo cara de zonzo?, y por fin, a la penitenciaría o a la calle, a seguir robando o a languidecer en una celda durante meses o años. El hombre joven, sentado en el suelo, sobre una colcha, parecía pensativo; a su lado, otro individuo, tendido sobre una frazada, dormía y roncaba suavemen-

...del del espacio libre, frente al muro, girando el mismo tiempo y quedando
...sin moverse.
--Le dije al juez: soy ladrón, señor, no tengo por qué negarlo y si
tengo preso en carcel en merced; no me quejo y sé que alguna vez me
liberarán: no hay tiempo que no se acaba ni tiempo que no se acaba; pero
soy un criminal: robo no sé; pero me da rabia que me roben a mí, pero
también he sido ladrón y he robado junto contigo, al señor, he robado
contigo, hemos sido compañeros y nos hemos repartido algunos robos. No
quiero que me tome preso: que libere a otro y me haga llevar, pero no quisiera
que me libere él y siempre me lo resistiré. Ya agente ahora dice usted:
no sé, pero que tome a otros, no a mí, que he sido un compañero. Un día
me va a tomar con una y no sé qué le va a pasar.
--Es un desgraciado. También robé contigo y al resultado tan buen agente
como era buen ladrón dentro de poco lo echaban a patadas.
Pasando y conversando daban la sensación de que ~~eran~~ ^{eran} ~~propios~~
algunos eran muy limitados, que muy poco les importaba algo y que podrían
estar allí todo el tiempo que a alguien, cualquiera que fuese, se le con-
tribuya, en tanto que escribientes, jueces, secretarios, copistas, aboga-
dos, ministros, ~~receptores~~, agentes, se ocupaban
de sus cosas y procesos, escribiendo montañas de papel con declaraciones
e testigos y contestaciones, recusaciones, pruebas, apelaciones, conde-
naciones, resoluciones, sentencias, vistas para más, vistas para más, vistas
y demás veinte cosas para papel sellado; dándose a la vista; la vis-
ta dice que no tiene un centavo, ni para verter; a mi hermano, entonces; tan-
tísimo está en casa; qué le parece que se los dé cuando salga; cuando sal-
ga, ¿tengo cara de robar? y por fin, a la penitenciaría o a la calle, a
según robando o a lavándose en una celda durante meses o años. El hombre
joven, sentado en el suelo, sobre una colcha, parecía pensativo; a solas
de, este individuo, tendido sobre una franela, dormía y roncaba suavemen-

te. En todos ellos se notaba algo inestable y hablaban de asuntos que acentuaban esa sensación. Durante el largo rato, casi un día, que estuve oyéndoles, ninguno habló de sus hijos, de sus padres, de su mujer, de su familia, y todos la tendrían o la habrían tenido y aunque sin duda no era ese sitio adecuado para intimidades familiares y sentimentales ¿cómo era posible que entre algunos de ellos, compañeros entre sí, no ~~hablaron~~ hablasen, aunque fuese a media voz y en un rincón, de cosas íntimas?

--Me notificaron de sentencia y apelé. ~~me moriré dentro de esta semana.~~

--Sí; el abogado pide doscientos pesos; el reloj no valía ni veinte. ~~me~~
Lindo negocio ser ladrón. ~~ladrón conocido; conocido, sí, pero inútil; loco~~

Con el tiempo, y sobre asuntos de su especialidad o profesión, oíría hablar así, aburrida y continuamente, a decenas de personas que parecían no tener más preocupaciones que las de su profesión o especialidad: carpinteros y albañiles, médicos y abogados, zapateros y cómicos. El hombre bajo y calvo, derrotado de ropa, de barba crecida y cara como sucia, se detuvo en el centro del calabozo.

~~Las herramientas! Los recuerdos a todos, con sus~~
cambres y sus alías, sus mañas y sus virtudes y recuerdos, sobre todo, ~~de~~
Pasado era un gran ladrón más antipático que toda una colección de Invasi-
onistas; nadie quería robar con él y los que, por necesidad, lo hacían, lo
hacían a veces de pura rabia. Tenía un bigote que le nacía más arriba de
donde terminan los narices y que por abajo le habría llegado hasta el cha-
lco al fi, casi diariamente, no se lo hubiera recortado; pero lo recortaba
sólo por debajo y de frente, dejándolo crecer a sus anchas hasta ser una
larga bigote, ahí! Robando era un fenómeno; perseguía a las personas, las pi-
rueteaba, las baboseaba y algunas casi le entregaban la cartera con tal de
que los dejara tranquilos. Los agentes hacían como que no lo veían, tan
pasado era, y cuando alguna vez caía por estas leoneras los ratas pedían
que los cambiara de calabozo. ¿Qué tenía? Era enorme, alto, ancho, le sa-
laba algo por todas partes y era antipático para todo, para hablar, para

noviembre, para robar, para comer, para dormir. Lo maté en la Estación del
 Sur, con locomotora que venía retrocediendo; de frente no habría sido ne-
 cesario de matarlo... Hace muchos años. Ahora, apenas me pongo delante de una
 puerta o frente a un hombre que lleva una cartera en el bolsillo, me tiri-
 tan las manos y todo se me cae, la galleta o el cigarro; y he sido de todo,
 cuentero, puntero, tendero, llavero. Tal vez debería irme de aquí, pero ¿a don-
 de? No hay ciudad mejor que esta y no quiero ni pensar en que podría estar
 preso en un calabozo extraño. Es cierto; esta ciudad era mucho mejor; se re-

VII

-- Ya no paso más que preso y creo que moriré dentro de esta leonera.
 Gracias a la nueva ley los agentes me toman donde esté, aunque sea en una
 peluquería, afeitándome; ladrón conocido; conocido, sí, pero inútil; hace
 meses que no robo nada y me moriría de hambre si aquí no nos dieran de co-
 mer. Estoy acobardado y viejo; empecé a robar cuando era niño, tan chico
 que para alcanzar los bolsillos de los demás tenía que subirme sobre un ca-
 jón de lustrador de zapatos que me servía de disimulo. ¡Cuánto he robado y
 cuántos meses y años he pasado preso! ¡Cuántos compañeros he tenido y cuán-
 tos han dejado caer ya las herramientas! Los recuerdo a todos, con sus
 nombres y sus alias, sus mañas y sus virtudes y recuerdo, sobre todo, a El
 Pesado, era un gran ladrón, más antipático que toda una Sección de Investi-
 gaciones; nadie quería robar con él y los que, por necesidad, lo hacían, lle-
 raban a veces de pura rabia. Tenía un bigotazo que le nacía más arriba de
 donde terminan las narices y que por abajo le habría llegado hasta el cha-
 leco si él, casi diariamente, no se lo hubiera recortado; pero lo recorta-
 ba sólo por debajo y de frente, dejándolo crecer a sus anchas hacia arriba.
 ¡Qué bigote, che! Robando era un fenómeno: perseguía a las personas, las pi-
 soteaba, las baboseaba y algunos casi le entregaban la cartera con tal de
 que los dejara tranquilos. Los agentes hacían como que no lo veían, tan
 pesado era, y cuando alguna vez caía por estas leoneras los ratas pedían
 que los cambiaran de calabozo. ¿Qué tenía? Era enorme, alto, ancho, le so-
 braba algo por todas partes y era antipático para todo, para hablar, para

VII

-- Ya no paso más que preso y creo que moriré dentro de esta leonera. Gracias a la nueva ley los agentes me toman donde esté, aunque sea en una peluquería, alfetándome; ladrón conocido; conocido, sí, pero inútil; hace meses que no toco nada y me moriría de hambre si aquí no nos dieran de comer. Estoy acostumbrado y viajé; empecé a robar cuando era niño, tan chico que para alcanzar los bolsillos de los demás tenía que andar sobre un tron de instructor de espaldas que me servía de estímulo. ¡Cuánto he robado y cuántos meses y años he pasado preso! ¡Cuántos compañeros he tenido y cuántos han dejado caer ya las herramientas! Los recuerdo a todos, con sus nombres y sus alias, sus mañas y sus virtudes y recuerdo, sobre todo, al mi pasado era un gran ladrón, más entpático que toda una Sección de Investigación; nadie quería robar con él y los que, por necesidad, lo hacían, le daban a veces de pura rabia. Tenía un dicotazo que le hacía más arribar de donde terminan las narices y que por abajo le hacía llegar hasta el oído izquierdo al él, casi diariamente, no se lo hubiera recordado; pero lo recordaba sólo por debajo y de frente, dejándolo crecer a sus anchas hacia arriba. ¡Qué pigote, eh! Robando era un fenómeno: perseguía a las personas, las pisotaba, las baboseaba y algunas casi le entregaban la cartera con tal de que los dejara tranquilos. Los agentes hacían como que no lo veían, tan pasado era, y cuando alguna vez caía por estas leoneras los ratas pedían que los cambiaran de calabozo. ¿Qué tanta? Era enorme, alto, ancho, la cabeza algo por todas partes y era entpático para todo, para hablar, para

moverse, para robar, para comer, para dormir. Lo mató en la Estación del Sur, una locomotora que venía retrocediendo; de frente no habría sido capaz de matarlo... Hace muchos años. Ahora, apenas me pongo delante de una puerta o frente a un hombre que lleva una cartera en el bolsillo, me tiritan las manos y todo se me cae, la ganzúa o el diario; y he sido de todo, cuentero, punga, tendero, llavero. Tal vez debería irme de aquí, pero ¿a donde? No hay ciudad mejor que esta y no quiero ni pensar en que podría estar preso en un calabozo extraño. Es cierto: esta ciudad era mucho mejor; se robaba con más tranquilidad y menos peligro; los ladrones la echaron a perder. En esos tiempos los agentes lo comprendían todo; exigían, claro está, que también se les comprendiera, pero nadie les negaba esa comprensión: todos tenemos necesidades. Ahora... No sé si ustedes se acuerdan de Victoriano Ruiz; tal vez no, son muy jóvenes; el caso fué muy sonado entre el ladronaje y un rata quedó con las tripas en el sombrero. ¡Buen viaje! Durante años Victoriano fué el terror de los ladrones de carteras. Había entrado joven al servicio y a los treinta era ya inspector. Vigilaba las estaciones y estaba de guardia, doce o catorce horas diarias, en la Central. Para entrar allí había que ser un señor punga, no sólo para trabajar sino que también para vestir, para andar, para tratar. Ningún rata que no pareciera un señor desde la cabeza hasta los pies podía entrar o salir, y no muy seguido; Victoriano tenía una memoria de prestamista: cara que veía una vez, difícilmente se le borraba, mucho menos si tenía alguna expresión o señal especial. El Pesado entró dos veces, no a robar sino a tomar el tren, y las dos veces Victoriano lo mandó a Investigaciones; no volvió más. Victor Rey, gran punga, logró entrar una vez y salir dos; pero no parecía un señor: parecía un príncipe; se cambiaba ropa dos veces al día y sus uñas relucían como lunas. Había salido retratado en una revista francesa; alto, moreno, de bigotito y pelo rizado, un poco gordo y de frente muy alta, parecía tan punga como yo parezco fiscal de la corte de Apelaciones. Conocía a Victoriano co

... para robar, para comer, para dormir. Lo mató en la estación del
 ... una locomotora que venía retrocediendo; de frente no había sido co-
 ... de matarlo... Hace muchos años. Ahora, apenas me pongo delante de una
 ... o frente a un hombre que lleva una cartera en el bolsillo, me tirit-
 ... en las manos y todo se me cae, la cartera o el diario; y he sido de todo,
 ... punja, tendero, llavero. Tal vez debería irme de aquí, pero ya don-
 ... No hay ciudad mejor que esta y no quiero ni pensar en que podría estar
 ... en un calabozo extraño. Es cierto; esta ciudad era mucho mejor; se re-
 ... con más tranquilidad y menos peligro; los ladrones la echaban a perder
 ... en esos tiempos los agentes lo comprendían todo; exigían, claro está, que
 ... también se les comprendiera, pero nadie les negaba esa comprensión: todos
 ... tenemos necesidades. Ahora... No sé al instante se acuerdan de Victoriano
 ... tal vez no, son muy jóvenes; el caso fue muy sonado entre el ladrona-
 ... y un rato quedó con las tripas en el sombrero. ¡Buen viaje! Durante años
 ... Victoriano fue el terror de los ladrones de carteras. Había entrado joven
 ... al servicio y a los treinta era ya inspector. Vigilaba las estaciones y es-
 ... anda de guardia, doce o catorce horas diarias, en la Central. Para entrar
 ... allí había que ser un señor punja, no sólo para trabajar sino que también
 ... para vestir, para andar, para tratar. Ningún rata que no pareciera un se-
 ... por desde la oscura hasta las diez podía entrar o salir, y no muy seguido;
 ... Victoriano tenía una memoria de prestamista: era que veía una vez, difícil-
 ... mente se le borraba, mucho menos si tenía alguna expresión o señal especial
 ... El pasado entró dos veces, no a robar sino a tomar el tren, y las dos ve-
 ... los Victoriano lo mandó a Investigaciones; no volvió más. Victor Rey, gran
 ... punja, logró entrar una vez y salir dos; pero no parecía un señor: parecía
 ... príncipe; se cambiaba ropa dos veces al día y sus alas volaban como las
 Había salido retratado en una revista francesa; alto, moreno, de rigo-
 ... tivo y pelo rizado, un poco gordo y de frente muy alta, parecía tan punja
 ... como yo parecían fiscal de la corte de Apelaciones. Conocía a Victoriano co-

mo a sus bolsillos -- antes de venir se había informado -- y la primera vez salió ~~de~~ de la estación con veinticinco mil pesos y varios cheques; era el tren de los trigueros. Victoriano recibió la noticia como un joyero recibe una pedrada en el escaparate; ningún punga conocido ni ningún sospechoso entró aquel día a la estación ni fué visto en un kilómetro a la redonda; no se podía hablar de una pérdida de la cartera: el hombre la traía en un bolsillo interior del chaleco y Víctor debió desabrochárselo para sacarla. No había duda. Victoriano recorrió en su imaginación todas las caras extrañas vistas en ese día y a esa hora; conocía a todos los estancieros y gente rica de la provincia, y ellos, claro está, también lo conocían; al salir y pasar frente a él lo miraban de frente o de reojo, con admiración, pero también con temor, pues la policía, cosa rara, asusta a todo el mundo y nadie está seguro de que el mejor día no tendrá que verse con ella. Entre aquellas caras extrañas no encontró ninguna que le llamara la atención. No se podía pensar, por supuesto, en gente mal vestida; los pungas de toda la república y aun los extranjeros sabían de sobra que meterse allí con los zapatos sucios o la ropa mala, sin afeitarse o con el pelo largo, era lo mismo que presentarse a una comisaría y gritar: "aquí estoy; abajo la policía". Los ayudantes de Victoriano lo sacaban como en el aire. ¿Había entrado y salido el ladrón o había entrado no más? Lo primero era peligroso; no se podía entrar y salir entre un tren y otro sin llamar la atención de Victoriano y sin atraerse a uno de sus ayudantes. Víctor Rey salió, pues venía llegando, y bajó de un coche de primera, con su maletín y con el aire de quien viene de la estancia y va al banco a depositar unos miles de pesos. Al pasar miró, como todos los de primera lo hacían, es decir, como lo hacían todos los que llevaban dinero encima -- y él lo llevaba, aunque ajeno--, a Victoriano, que estaba parado cerca de la puerta y conversaba con el jefe de estación. Todo fué inútil: no encontró nada, una mirada, un movimiento, una expresión sospechosa. La víctima le dió toda clase de detalles: donde

donde venía sentado, quién o quiénes venían al frente o a los lados, con quién conversó, en qué momento se puso de pie y cómo era la gente que bajaba del coche, todo. Todo y nada. Victoriano se tragó la pedrada y declaró que no valía la pena detener preventivamente a nadie: el ladrón, salvo que fuera denunciado por otro ladrón, no sería hallado. Victor Rey, que supo algo de todo esto por medio de los diarios, dejó pasar algún tiempo, dió un golpe en ~~xxxxxxx~~ el puerto y otro en un banco y después, relamiéndose, volvió a la Central; mostró su abono, subió al coche, se sentó y desde ahí miró a su gusto a Victoriano, que vigilaba la entrada en su postura de costumbre, debajo del reloj del andén, las piernas entreabiertas y las manos unidas en la espalda a la altura de los riñones; se bajó en la primera estación, llamó al mejor coche y se fué: siete mil pesos. Victoriano fué a la dirección y preguntó al jefe si era necesario que presentara su renuncia; el jefe le preguntó ^{que} qué había comido. ¿Iba a despedir a su mejor agente nada más que porque un boquiabierto dejaba que le robaran su dinero? Andate y no seas zonzo. Se metió el puro hasta las agallas y siguió escribiendo. El inspector volvió a la estación y durante varios días pareció estar tragándose una boa. Aguien se ~~estaba~~ ^{estaba} riendo de todos; y no es que Victoriano fuese una mala persona, que odiara a los ladrones y que sintiera placer en perseguirlos y encarcelarlos; nada de eso: no iba jamás a declarar a los juzgados; mandaba a sus ayudantes; pero era un policía que estaba de guardia en una estación y que debía cuidarla; era como un juego; no le importaba, por ejemplo, que se robara en un banco, en un tranvía o a la llegada de los barcos y nunca detuvo a nadie fuera de la Central. Su estación era su estación. Llamó a los ayudantes, sin embargo, y les pidió que fueran a Investigaciones y tiraran de la lengua a todos los ratas que encontraran; por infelices que fueran; era necesario saber si algún punga extranjero había llegado en los últimos tiempos; y no se equivocaba en lo extranjero: Victor Rey era cubano; pero no sacarón nada en limpio: nadie sabía una palabra. Días después, a la llegada de un tren de la tarde, un señor

donde venia sentado, entre o quienes venian al frente a los lados, con
alguna conversación, en un momento se puso de pie y como era la gente que bajaba
del coche, todo, todo y nada. Victoriano se trajo la cabeza y declaró
que no valia la pena detenerse preventivamente a nadie; el ladrón, salvo que
fuese denunciado por otro ladrón, no seria hallado. Victor Rey, que solo al-
go de todo esto por medio de los diarios, dejó pasar algún tiempo, dio un
golpe en ~~xxxxxxx~~ el puesto y otro en un banco y después, relajándose,
volvió a la Central; mostró su abono, subió al coche, se sentó y desde ahí
miró a su gusto a Victoriano, que vestía la entrada en su postura de co-
mún, debajo del reloj del andar, las pletinas entrecruzadas y las manos
puestas en la espalda a la altura de los hombros; se bajó en la primera es-
tación, llamó al mejor coche y se fue; aleteó allí pocas. Victoriano fue a
la dirección y preguntó al jefe si era necesario que presentara su renun-
cia; el jefe le preguntó qué había ^{que} comido. Él se despidió a su mejor ager-
e nada más que porque un bozalado de la que le robaban en dinero
indate y no sea cosa. Se metió el puro hasta las ayaes y siguió esori-
biendo. El inspector volvió a la estación y durante varios días persistió es-
cribiendo ^{estaba} una cosa. Aquella se ~~xxxxx~~ riendo de todos; y no es que victo-
riano fuese una mala persona, que odiara a los ladrones y que sintiera pla-
cer en perseguirlos y enroscarlos; nada de eso; no iba jamás a declarar
los juicios; mandaba a sus ayudantes; pero era un policía que estaba de
guardia en una estación y que debía escribir; era como un fuego; no se in-
terrompe, por ejemplo, que se robará en un banco, en un tranvía o a la sta-
ción de los barcos y nunca detuvo a nadie fuera de la Central. Su estación
era su estación. Llamó a los ayudantes, sin embargo, y les pidió que fue-
ran a Investigaciones y dieran de la lengua a todos los ratas que encontra-
ran; por instintos que fueran, era necesario saber al algún punga extra-
pero había llegado en los últimos tiempos; y no se equivocaba en lo extra-
terno. Victor Rey era cubano, pero no accedía nada en limpio; nada sabía
una palabra. Días después, a la llegada de un tren de la tarde, un señor

de maletín y ponchito de vicuña pidió hablar con el inspector: ¿qué es lo que sucede?, ¿para qué sirve la policía?, ¿hasta cuándo van a seguir los robos? ¡Me acaban de sacar la cartera; tenía en ella doce mil nacionales! ¡Cien, doscientas, quinientas vacas! Victoriano sintió deseos de tomarle el maletín y deshacérselo en la cabeza; se contuvo, sin embargo, y pidió al señor del maletín que se tranquilizara y le diera algunos datos: qué o quién llamó su atención, quién se paró frente a él o al lado suyo con algo sospechoso en la mano, un pañuelo, por ejemplo, o un maletín, un sobretodo. El señor no recordaba; además, era corto de vista, pero, sí, un poco antes de echar de menos la cartera percibió en el aire un aroma de tabaco habano. Se puso los anteojos para ver quién se permitía fumar tan fino, pero nadie estaba fumando cerca de él. Por lo demás, toda la gente que le rodeaba le había parecido irreproachable. ¿Por qué va a ser sospechoso un señor que saca un pañuelo o lleva un diario en las manos? Total: nada. Victoriano rogó al señor que no dijera una palabra acerca del aroma del tabaco fino, y el señor, a regaña dientes, pues aquello le parecía una estupidez, se lo prometió. De modo que se trataba de un fumador de finos tabacos... Bueno, podía ser, y no se equivocó: Víctor Rey adoraba el tabaco de su tierra y manejaba siempre, en una cigarrera con monograma, dos o tres puros de la más fina hebra de Vuelta Abajo. Un fumador de buenos tabacos debería ser un señor... ¿cómo? Se imaginó uno, pero sólo la casualidad hizo que diera con el punga, Víctor Rey, pasó a su lado sólo minutos después de terminar uno de sus puros y llevando aún en los bigotes el perfume del Corona y Corona; Victoriano recibió en sus narices de perro de presa el aroma de que le había hablado el señor de las vacas. Se quedó de una pieza. Lo dejó alejarse y se colocó de modo de no perderlo de vista. Observó los movimientos; llevaba sobretodo en el brazo izquierdo y un maletín en la mano derecha; dejó éste en el asiento y ya iba a dejar también el sobretodo, cuyo forro de seda era resplandeciente, cuando vio que un vejete se acercaba; lo tocó a la pasada: llevaba una cartera con la que apenas podía. Victoriano subió a la plata-

llevaba una cartera con la que apenas podía. Victoriano subió a la plaza...
replanificante, cuando vio que un vejete se acercaba; lo tocó a la pierna;
el asiento y ya iba a dejar también el sonetado, cuyo forro de seda era
brevado en el brazo izquierdo y un maletín en la mano derecha; dejó este en
colocó de modo de no perderlo de vista. Observó las movilizaciones; llevaba
hablado el señor de las vendas. Se quedó de una pieza. Lo dejó aljarse y se
toriano recibió en sus narices de perro de presa el aroma de que se había
sus puros y llevándolo aún en las pinzas el perfume del Corona y Corona; vio
puer. Victor Rey, pasó a su lado sólo minutos después de terminar uno de
tor... ¿cómo se imaginó uno, pero sólo la casualidad hizo que fuera con el
una hora de vuelta abajo. Un fumador de buenos tabacos debía ser un se-
lejaba siempre, en una cigarra con monograma, dos o tres puros de la ma-
la ser, y no se equivocó: Victor Rey ahora el tabaco de su tierra y me-
estió. De modo que se trataba de un fumador de finos tabacos... Bueno, po-
señor, a resaca dientes, pues aquello le parecía una estupidez, se lo pro-
señor que no dijera una palabra acerca del aroma del tabaco fino, y el
un pañuelo o lleva un diario en las manos? Total: nada. Victoriano rogó
había parecido irreprochable. Por qué va a ser sospechoso un señor que ha-
raba tomando cerca de él. Por lo demás, toda la gente que se rodeaba le
puso los anteojos para ver quién se permitía fumar tan fino, pero nadie
se oír de menos la cartera percibió en el aire un aroma de tabaco habano.
El señor no recordaba; además, era corto de vista, pero, sí, un poco antes
conspicuo en la mano, un pañuelo, por ejemplo, o un maletín, un sonetado.
también llamó su atención, quien se paró frente a él o al lado suyo con algo
El señor del maletín que se tranquilizara y le diera algunos datos: qué o
maletín y desahuciado en la cabeza; se contuvo, sin embargo, y pidió
bien, docelentes, quinientas veces! Victoriano sintió deseos de tomarle
obst: me acaban de sacar la cartera; tenía en ella doce mil nacionalistas
un suéter? ¿para qué sirve la policía? ¿hasta cuándo van a seguir los
a maletín y poniendo de vuelta pidió hablar con el inspector: ¿qué es lo

forma de un salto y cuando Víctor Rey, ya lanzado sobre su presa, se colocaba en posición de trabajo y ponía una mano sobre el hombro del viejo para hacerlo girar, sintió que otra mano, más dura que la suya, se apoyaba sobre su hombro; viró, sorprendido, y se encontró con la cara de Victoriano. El inspector pudo haber esperado a tomar al punca con las manos en la masa, es decir, con la cartera del vejete en su poder, con lo cual lo habría metido en un proceso, pero eso no tenía importancia para él; no le importaba el vejete ni su cartera y apenas si le importaba Víctor: lo que él quería era que nadie robase en su estación ni hasta unas diez estaciones más allá. Victoriano corrió, lo tomó de los hombros y tiró de él; era tarde, la de la suya, por lo menos, Víctor Rey, por su parte, pudo haber resistido y protestar, decir que era un atropello, sacar billetes de a mil, mostrar sus anillos, su reloj, su cigarrera, pero, hiciera lo que hiciera, jamás volvería a entrar a aquella estación. ¿Para qué, entonces? El escándalo, además, no le convenía. Sonrió a Victoriano y bajó del tren sin decir una palabra; nadie se enteró de la detención de un punca que llevaba robados allí una punta de miles de nacionales. Victoriano fué con él hasta Investigaciones, en coche, por supuesto, ya que Víctor se negó a ir de otra manera, lo dejó en buenas manos y regresó a la estación fumándose uno de los puros de Víctor; el rata se lo obsequió. Al día siguiente Víctor Rey fué embarcado en un vapor de la carrera Rosario - Buenos Aires - Montevideo, dejando en manos de la policía -- que no habría podido probarle sus golpes en la estación ni en los bancos -- sus impresiones digitales, su retrato de frente y de perfil, sus medidas antrópométricas -- como decimos los técnicos -- y todos los puros que le quedaban. Victoriano había ganado otra vez. Pero no siempre ganaría; era hombre y alguna falla debía tener. Un día apareció: miraba desde el andén, como la gente pasaba y repasaba por el pasillo de un coche de primera, cuando vió un movimiento que no le dejó duda: alguien se humedecía con la lengua las yemas de los dedos, es decir, había allí un punca que se preparaba para desvalijar a alguien y que empezaba por asegurarse de que la cartera no se le escurriría de entre los dedos.

forma de un salto y cuando Víctor Rey, ya lanzado sobre su presa, se colo-
caba en posición de ataque y ponía una mano sobre el hombro del viejo pa-
ra hacerlo girar, sintió que otra mano, más dura que la suya, se apoyaba so-
bre su hombro; viró, sorprendido, y se encontró con la cara de Victoriano.
El inspector pudo haber esperado a tomar el puno con las manos en la masa,
a decir, con la cartera del vejete en su poder, con lo cual lo habría me-
lido en un proceso, pero eso no tenía importancia para él; no le importaba
el vejete ni su cartera y apenas si le importaba Víctor: lo que él quería
era que nadie robase en su estación ni hasta unas diez estaciones más allá
de la suya, por lo menos. Víctor Rey, por su parte, pudo haber resistido y
protestar, decir que era un atropello, sacar billetes de a mil, mostrar sus
medallas, su reloj, su cigarrero, pero, hiciera lo que hiciera, jamás volver-
ría a entrar a aquella estación. ¿Para qué, entonces? El escándalo, además,
no le convenía. Sonrió a Victoriano y bajó del tren sin decir una palabra;
nadie se enteró de la detención de un puno que llevaba robados allí una
cuenta de miles de nacionales. Victoriano fue con él hasta Investigaciones,
en coche, por supuesto, ya que Víctor se negó a ir de otra manera, lo dejó
en buenas manos y regresó a la estación fumándose uno de los puros de Víc-
tor; el rate se lo olvidó. Al día siguiente Víctor Rey fue embarcado en
un vapor de la carrera Rosario - Buenos Aires - Montevideo, dejando en ma-
nos de la policía -- que no había podido probarle sus golpes en la esta-
ción ni en los bancos -- sus impresiones digitales, su retrato de frente y
de perfil, sus medidas antropométricas -- como decimos los técnicos -- y to-
dos los puros que le quedaban. Victoriano había ganado otra vez. Pero no
siempre ganarla; era hombre y alguna falla debía tener. Un día apareció:
miraba desde el andén, como la gente pasa y repasa por el pasillo de un
coche de primera, cuando vio un movimiento que no le dejó dudas: alguien se
inclinaba con la lengua las yemas de los dedos, se decía, había allí un
puno que se preparaba para desvalijar a alguien y que empezaba por asgu-
rarle de que la cartera no se la escurriría de entre los dedos.

cuando la tomase. (Es una mala costumbre, muchachos; cuidado con ella.) Corrió hacia la portezuela del coche y subió a la plataforma; cuando miró hacia el pasillo, el rata salía por la ~~plataforma~~ otra puerta: escapaba; llegó a la plataforma y giró para el lado contrario del andén, saltando a tierra. Victoriano retrocedió e hizo el mismo movimiento; se encontró con algo tremendo: una máquina que cambiaba línea había tomado al infeliz, que ^{yacía} ~~ya hacía~~ en el suelo, las piernas entre las ruedas y la cara hundida en la tierra; en la mano derecha tenía la cartera que acababa de sacar al pasajero. Victoriano corrió, lo tomó de los hombros y tiró de él; era tarde; la máquina le había destrozado la pierna derecha. El inspector, que notó algo raro, le palpó los brazos y descubrió que el desgraciado tenía un brazo postizo... Gritó y acudió gente, empleados del tren y pasajeros, entre éstos la persona recién robada, que al ver la cartera se palpó el bolsillo, la recogió y volvió al tren, mudo de sorpresa. Victoriano, al arrastrar el cuerpo del hombre que se desangraba, se dió cuenta, por primera vez en su vida, de lo que representaba para la gente de esa ~~xxxxxxx~~ estofa: su papel era duro y su presencia los asustaba hasta el extremo de hacerles perder el control. Ese hombre era un ladrón, es cierto, pero la sangre salía espantosamente de su pierna destrozada y la cara se le ponía como de papel; se asustó y se sintió responsable. Vinieron los ayudantes, se llamó a la ambulancia y el herido fué trasladado al hospital; Victoriano fué con él y no lo dejó hasta que los médicos le dijeron que el hombre se salvaría: la pierna estaba amputada un poco más arriba de la rodilla. No volvió a la estación; se fué a su casa; al otro día, a primera hora, visitó al detenido. Pasaron los días y conversó con él: El Manco Arturo había perdido el brazo en un encuentro parecido, al huir de la policía en una estación; robaba utilizando el que le quedaba; cosa difícil; un punja con un sólo brazo es como un prestidigitador con una sola mano. Robaba sólo; le era imposible conseguir compañeros; nadie creía que con un solo brazo y con sólo

cuando la tomase. (En una mala costumbre, muchachos; cuidado con ella.)
Corrió hacia la portezuela del coche y abrió a la pista; cuando miró
dentro el pasillo, el resto salió por la pista y otros prates escapados;
llegó a la pista y abrió para el lado contrario del andén, saltando a
terras. Victoriano retrocedió e hizo el mismo movimiento; se encontró con
algo tremendo: una máquina que cambiaba líneas había tomado al infeliz, que
había en el suelo, las piernas entre las ruedas y la cara hundida en la
terras; en la mano derecha tenía la cartera que acababa de sacar al pasar.
Victoriano corrió, lo tomó de los hombros y tiró de él; era tarde; la
máquina le había destruido la pierna derecha. El inspector, que notó al-
go raro, le palpó los brazos y descubrió que el destruido tenía un bra-
zo positivo... Gritó y corrió gente, empleados del tren y pasajeros, entre
ellos la persona recién robada, que al ver la cartera se palpó el bolsillo.
La recogió y volvió al tren, mudo de sorpresa. Victoriano, al intentar el
cuerpo del hombre que se desangraba, se dio cuenta, por primera vez en su
vida, de lo que representaba para la gente de esa estación estos: su pa-
pel era duro y su presencia los sentaba hasta el extremo de hacerlos por-
der el control. Ese hombre era un ladrón, es cierto, pero la sangre salió
espantosamente de su pierna destruida y la cara se le ponía como de pa-
pel; se asustó y se sintió responsable. Vinieron los ayudantes, se llamó
a la ambulancia y el herido fue trasladado al hospital; Victoriano fue con
él y no lo dejó hasta que los médicos le dijeron que el hombre se salvaría;
la pierna estaba amputada un poco más arriba de la rodilla. No volvió a la
estación; se fue a su casa; al otro día, a primera hora, visitó al deten-
do. Pasaron los días y conversó con él: El Manco Arturo había perdido el
brazo en un encuentro parecido, al huir de la policía en una estación; ro-
baba utilizando el que le quedaba; cosa difícil; un punto con un solo bra-
zo es como un prestidigitador con una sola mano. Robaba sólo; la era im-
posible conseguir compañeros; nadie creía que con un solo brazo y con sólo

cinco dedos se pudiera conseguir jamás una cartera, mucho menos una de esas gordas, que se llevan, a veces abrochadas con alfileres de gancho, en el bolsillo de la americana. Era un solitario que vivía feliz en su soledad y que por eso contaba con el respeto y la admiración de los demás ratas. Y ahora perdía una pierna... Victoriano se hizo su amigo y contribuyó con algunos pesos a la compra de la pierna de goma que algunos pungas de alto bordo regalaron a Arturo. Conversó también con ellos; jamás había conversado con un ladrón más de unos segundos; ahora lo hizo con largueza. Arturo era un hombre sencillo; había viajado por Europa, hablaba francés -- aprendido durante unos años de cárcel en París-- ~~xx~~ y era hombre limpio, que hablaba despacio y sonriendo. El inspector que en sus primeros años de agente lidió con lo peor del ladronaje, ratas de baja categoría, insolentes y sucios, seguía creyendo que todos eran iguales; es cierto que había pescado algunos finos truchimanes, especies de pejerreyes si se les comparaba con los cachalotes de baja ralea, pero nunca se le ocurrió conversar con ellos y averiguar qué clase de hombres eran, y no lo había hecho porque el juicio que tenía de ellos era un juicio firme: eran ladrones y nada más. Arturo le resultó una sorpresa, aunque una dolorosa sorpresa: nadie le quitaba de la cabeza que el culpable de que ese hombre hubiese perdido una pierna era él y fué inútil que Arturo le dijese que era cosa de la mala suerte o de la casualidad. No. Después de esto empezó a tratar de conocer a los ladrones que tomaba y a los que, por un motivo u otro, llamaban su atención en los calabozos de Investigaciones. Se llevó algunas sorpresas agradables y recibió, otras veces, verdaderos puntapiés en la cara; había hombres que hablaban y obraban como dando patadas; desde allí la escala subía hasta los que, como Arturo, parecían pedir permiso para vivir, lo que no les impedía, es cierto robar la cartera, si podían, al mismísimo angel de la guardia; pero una ~~xxxxx~~ cosa es la condición y otra la

vinco debida se probaba conseguir jamás una cartera, mucho menos una de
 esas gordas, que se llevaban a veces apocadas con alfileres de bronce,
 en el bolsillo de la americana. Era un solitario que vivía feliz en su
 soledad y que por eso contaba con el respeto y la admiración de los de-
 más ratas. Y ahora perdía una pluma... Victoriano se hizo un silencio y
 contribuyó con algunos pesos a la compra de la pluma de ganso que al-
 nos perras de alto bordo regalaban a Arturo. Conversó también con ellos;
 jamás había conversado con un ladrón más de unos segundos; ahora lo hi-
 zo con la calma. Arturo era un hombre sencillo; había viajado por Euro-
 pa, hablaba francés -- aprendido durante unos años de cárcel en París --
 y era hombre limpio, que hablaba despacio y sonriendo. El inspector
 que en sus primeros años de agente había con lo peor del ladronaje, re-
 las de baja categoría, insolentes y sucios, seguía creyendo que todos
 eran iguales; es cierto que había pasado algunos fines truchimanes, es-
 pecies de pejerreyes al se les comparaba con los cachalotes de baja ca-
 les, pero nunca se le ocurrió conversar con ellos y averiguar que clase
 de hombres eran, y no lo había hecho porque el juicio que tenía de ellos
 era un juicio firme: eran ladrones y nada más. Arturo le resultó una
 sorpresa, aunque una dolorosa sorpresa: nadie le gustaba de la calma
 que el culpable de que ese hombre hubiese perdido una pluma era él y
 fue inútil que Arturo le dijese que era cosa de la mala suerte o de la
 casualidad. No. Después de esto empezó a tratar de conocer a los ladro-
 nes que tomaba y a los que, por un motivo u otro, llamaban su atención
 en los calabozos de investigaciones. Se llevó algunas sorpresas extra-
 ñas y recibió otras veces, verdaderos puntapiés en la cara; había hom-
 bres que hablaban y obraban como dando patadas; desde allí la escuela su-
 bla hasta los que, como Arturo, parecían pedir permiso para vivir, lo
 que no les impedía, en cierto robar la cartera, al momento, al momento
 no angel de la guardia; pero una vez más en la condición y otra la

profesión. Los mejores eran los solitarios, aunque tenían algo raro que algunas veces pudo descubrir y otras, no; el carácter, las costumbres, de dónde salían. Terminó, sin embargo, por darse cuenta de que eran hombres, todos hombres, que aparte de su profesión eran semejantes a los demás, a los policías, a los jefes, a los abogados, a los empleados, a los trabajadores, a todos lo que él conocía y a los que habría podido conocer. ¿Por qué no cambiaban de oficio? Es difícil: los carpinteros mueren carpinteros y los maquinistas, maquinistas, salvo raras excepciones. Pero faltaba lo mejor: un día apareció ~~xxxxxx~~ El Camisero, ladrón español, célebre entre ~~xxxxxx~~ el ladronaje, hombre que a las dos horas de estar detenido en una comisaría tenía de su parte a todo el personal, desde los gendarmes hasta los oficiales; pocos podían resistir su gracia y si en vez de sacarle a la gente la cartera a escondidas se la hubiese pedido tal como le pedía a un vigilante que le fuese a traer una garrafa de vino, la verdad es que sólo los muy miserables se la habrían negado. Cuando Victoriano lo tomó y lo sacó a la calle, oyó que El Camisero ^{le preguntaba} lo que ladrón alguno le ^{preguntara} preguntaba hasta entonces: ¿a dónde vamos? Le contestó que a Investigaciones, ¿A dónde podía ser? Hombre, creí que me llevaba a tomar un vaso de vinillo o algo así; por ^{aquí} hay muy buenas aceitunas. Dos cuadras más allá Victoriano creyó morirse de risa con las ocurrencias del madrileño y siguió riéndose hasta llegar al cuartel, en donde lo dejó, volviendo a la estación. A los pocos días, y como no existía acusación contra él, pues fué detenido únicamente por sospechas, ^{él} El Camisero salió en libertad, y en la noche, a la llegada del tren de los millonarios, Victoriano, con una sonrisa que en su vida sintiera, vió cómo El Camisero, limpio, elegante, con los grandes bigotes bien atusados, bajaba de un coche de primera, sobretodo al brazo, en seguimiento de un señor a quien parecía querer sacar la cartera poco menos que a tirones, Victoriano quedó con la boca abierta porque EL Camisero, al verlo, no sólo no hizo lo que la mayoría de los la-

protestación. Los mejores eran los voluntarios, aunque tenían algo raro que
algunas veces pudo descubrir y otras, no; el carácter, las costumbres, de
mundo bellos. Terminó, sin embargo, por darse cuenta de que eran hombres,
y otros hombres, que aparte de su profesión eran semejantes a los demás, a
los policias, a los jueces, a los abogados, a los empleados, a los traba-
jadores, a todos lo que él conocía y a los que habría podido conocer. Por
qué no cambiaba de oficio? Ha difícil: los carpinteros mueren carpinteros
y los maquinistas, maquinistas, salvo raras excepciones. Pero tal vez lo
mejor: un día conoció a un tal Camisero, ladrón español, célebre entre
los ladrones del extranjero, hombre que a las dos horas de estar detenido en
una comisaría tenía de su parte a todo el personal, desde los guardas
hasta los oficiales; pocos podían resistir su gracia y al en vez de su-
bir a la gente la gente se escondía de la mirada pedida tal como se re-
siste a un vigilante que lo toque a traer una cartita de vino, la verdad es
que sólo los muy miserables se le habían negado. Cuando Victoriano lo re-
conoció y lo sacó a la calle, oyó que el Camisero le que ladrón alguno le pre-
fiera hasta entonces: ¿a dónde vamos? Le contestó que a Investigaciones,
¿a dónde podéis ser? Hombre, ojalá que me llevada a tomar un vaso de vino
o algo así; por ^{algo} hay muy buenas costumbres. Dos cuartos más allá Victor-
iano creyó morir de risa con las ocurrencias del mediano y siguió
haciéndolo hasta llegar al cuartel, en donde lo dejó, volviendo a la esta-
ción. A los pocos días, y como no existía acusación contra él, pues fue
detenido únicamente por sospechas, el Camisero salió en libertad, y en la
noche, a la llegada del tren de los millonarios, Victoriano, con una senti-
da que en su vida sintiera, vio cómo el Camisero, limpio, elegante, con los
grandes bigotes bien atados, bajaba de un coche de primera, rodeado
al brazo, en seguimiento de un señor a quien parecía querer sacar la car-
tera poco menos que a tiro, Victoriano quedó con la boca abierta por-
que el Camisero, el verio, no sólo no sólo lo que la mayoría de los la-

drones hacia al verlo, esconderse o huir, sino que, por el contrario, le guiñó un ojo y sonrió, siguiendo a prisa tras aquella cartera que se le escapaba. Cuando reaccionó, el rata estaba fuera de la estación, en la calle: allí lo encontró, pero no ya alegre y dicharachero como la primera vez sino que hecho una furia: el pasajero se salió con la suya. ¡Maldita sea! ¡Qué no veo una desde hace un año! Tuvo que apaciguarlo. ¡Tengo mujer y tres hijos y estoy con las manos como de plomo! ¡Vamos a ver qué pasa! Y nadie sabe, hasta este momento, qué más dijo el rata ni qué historia contó ni qué propuso al inspector; lo cierto es que desde ese día en adelante se robó en las estaciones como en despoblado; las carteras y hasta los maletines desaparecían como ~~xx~~ si sus dueños durmieran y como si los agentes no estuviesen para impedir que aquello sucediera. El jefe llamó a Victoriano: ¿qué pasa? Nada, señor. ¿Cómo nada? ¿Y todos esos robos? Se encogió de hombros: Vigilo pero no veo a nadie; ~~xxx~~ ¿qué quiere que haga? Se le sacó de la estación y fué trasladado a los muelles; allí aliviaron de la cartera al capitán de un paquete inglés: puras libras; lo mandaron a un banco: el gerente pidió que lo retiraran: los clientes no se atrevían a entrar; y allí donde aparecía, como si cien ladrones llegasen junto con él, no se sentían más que gritos: ¡mi cartera!, ¡mi cartera!, ¡mi cartera! Se le llamó a la jefatura, pero no se sacó nada en limpio y lo peor fué que se empezó a robar en todas partes, estuviere Victoriano o no; los ladrones habían encontrado, por fin, su oportunidad y llegaban de todas partes, en mangas, como las langostas, robando a diestro y siniestro y marchándose en seguida, sospechando que aquello era demasiado lindo para que durase; la población de pungas aumentó hasta el punto de que en la Estación Central se veía a veces tantos ladrones como pasajeros, sin que por eso se vieran más detenidos en Investigaciones; sólo caían allí los muy torpes o los que eran tomados por los mismos pasajeros y entregados, en medio de golpes, a los vigilantes de la calle, ya que los pesquisas brillaban por su ausencia. Los

esperó un momento y salió: en la vereda, como dos postes, estaban

20020

...ones hacia el verlo, encontrarse o mirar, sino que, por el contrario, se
... un ojo y sonrió, señalando a unas tres o cuatro personas que se le
... Cuando reaccionó, al estar en la estación, en la ca-
... allí lo encontró, pero no ya alegre y dicharachero como la primera
... sino que hecho una furia: el pasajero se salió con la suya. Inmedi-
... no ve una deuda hace un año; tuvo que apagarla. Tengo un
... tres hijos y estoy con las manos como de plomo; ¡vamos a ver que pase!
... hasta sabe, hasta este momento, qué más, dijo el tal que al salir con
... que propio al inspector: lo cierto es que desde ese día en adelante
... en las estaciones como en despididos; las carteras y hasta los ma-
... como en sus dueños durmieron y como si los agentes
... para impedir que aquello sucediera. El jefe llamó a Víctor-
... ¿qué pasa? Nada, señor. ¿Cómo nada? ¿Y todos esos robos? Se encogió
... Víctor: Víctor pero no veo a nadie; ¿qué quiere que haga? Se le sa-
... la estación y fue trasladado a los cuartos; allí alivian de la car-
... el capitán de un paquete inglés: unas libras; lo mandaron a un banco;
... gerente pidió que lo rescataran: los clientes no se atrevían a entrar; y
... allí donde aparecía, como si eran ladrones llevasen junto con él, no se
... más que gritos: ¡mi cartera! ¡mi cartera! ¡mi cartera! Se le li-
... la cartera, pero no se sacó nada en limpio y lo peor fue que se empa-
... a robar en todas partes, estuvieron Victoriano o no; los ladrones habían
... por fin, su oportunidad y llevaban de todas partes, en todas
... las langostas, robando a diestro y siniestro y marchándose en segun-
... que aquello era demasiado lindo para que durase; la población
... punto aumentó hasta el punto de que en la Estación Central se veía a
... tantos ladrones como pasajeros, sin que por eso se vieran más deteni-
... en investigaciones; sólo están allí los muy torpes o los que eran to-
... por los mismos pasajeros y entregados, en medio de golpes, a los vi-
... de la calle, ya que los policías trillaban por en suero.

Los jefes estaban como sentados en una parrilla: interrogaban a los agentes y nadie sabía una palabra, aunque en verdad lo sabían todos muy bien, así como lo sabían los carteristas: Victoriano y los demás inspectores y hasta los agentes de segunda y aun de tercera clase recibían una participación de la banda con que cada uno operaba. Habían caído en una espantosa venalidad, Victoriano el primero. Un día, sin embargo, todo terminó, y la culpa, como siempre, fué de los peores: El Negro Antonio, que de atracador pasara a punja, sin tener dedos para organista ni para nada que no fuese pegar o acogotar en una calle solitaria y que no era más que una especie de sirviente de la cuadrilla que trabajaba bajo el ojo bondadoso, antes tan terrible, de Victoriano, fué detenido, borracho, en la Central; no sólo había intentado sacarle a tirones la cartera a un pasajero sino que, además, le pegó cuando el hombre se resistió a dejarse desvalijar. Era demasiado. En Investigaciones empezó a gritar y a decir tales cosas que el jefe, que lo oyó desde su escritorio, lo hizo llevar a su presencia. ¿Qué estás diciendo? La verdad. ¿Y cuál es la verdad? A ver, tú eres un buen gaucho; aclaremos. Y El Negro Antonio, fanfarrón y ~~extremado~~ estúpido, lo contó todo: Victoriano y con él la mayoría de los agentes, recibían coimas de los ladrones. Mientes. ¿Miento? ¿Quiere que se lo pruebe? Te pongo en libertad incondicional. Hecho. El jefe le entregó cinco billetes de a cien pesos, dejando apuntados los números y las series; El Negro fué soltado; una vez en libertad tomó un tren dos o tres estaciones antes de aquella en que estaría Victoriano, llegó, bajó y a la pasada le hizo una señal. Minutos después, en un reservado del restorán en que Victoriano acostumbraba a verse con El Zurdo Julián, jefe de la banda, Antonio le entregó los cinco billetes. ¿Y esto? Se los manda Julián; siguió viaje para Mar del Plata. El inspector se quedó sorprendido: no acostumbraba a entenderse con los pájaros de vuelo bajo, pero allí estaban los quinientos pesos, que representaban varias veces lo que ganaba al mes, y se los guardó: El Negro se fué. Victoriano esperó un momento y salió: en la ~~vereda~~, como dos postes, estaban

aceña

Los jefes estaban como sentados en una patilla: interrogaban a los agen-
tes y nadie sabía una palabra, aunque en verdad lo sabían todos muy bien,
así como lo sabían los carteristas: Victoriano y los demás inspectores y
antes los agentes de segunda y aun de tercera clase recibían una partici-
pación de la banda con que cada uno operaba. Habían caído en una espantosa
vernalidad, Victoriano al primero. Un día, sin embargo, todo terminó, y la
culpa, como siempre, fue de los pobres: El Negro Antonio, que de arrojador
pasaba a puntero, sin tener dados para organizarse ni para nada que no fuese
pagar o escogotar en una calle solitaria y que no era más que una especie
de sirviente de la cuadrilla que trabajaba bajo el ojo bondadoso, antes
tan terrible, de Victoriano, fue detenido, borracho, en la Central; no sólo
había intentado sacarle a tirones la cartera a un pasajero sino que, ade-
más, lo pegó cuando el hombre se resistió a dejarse desvalijar. Era denun-
ciado. En Investigaciones esperó a gritar y a decir tales cosas que al je-
fe, que lo oyó desde su escritorio, lo hizo llevar a su presencia. ¿Qué
estás diciendo? La verdad. ¿Y cuál es la verdad? A ver, tú eres un buen
ganchero; saltemos. Y El Negro Antonio, tan pronto y tan rápido, lo
contó todo: Victoriano y con él la mayoría de los agentes, recibían coimas
de los ladrones. ¿Mientes? ¿Quieres que se lo pruebe? Te pongo en
libertad incondicional. Hecho. El jefe le entregó cinco billetes de a cien
pesos, dejando apuntados los números y las series; El Negro fue soltado una
vez en libertad tomó un tren dos o tres estaciones antes de aquella en
que estaba Victoriano, llegó, bajó y a la pasada le hizo una señal. Minu-
tos después, en un reservado del restaurante en que Victoriano acostumbraba
verse con El Zurdo Julián, jefe de la banda, Antonio le entregó los cinco
billetes. Y estos se los mandó Julián; algún viaje para Mar del Plata.
El inspector se quedó sorprendido: no acostumbraba a entenderse con los je-
fes de vuelo bajo, pero allí estaban los delincuentes pasos, que represen-
taban varias veces lo que ganaba al mes, y se los guardó: El Negro se fue.
Victoriano esperó un momento y salió: en la vereda, como dos postes, estaban

dos vigilantes de uniforme que le comunicaron que tenían orden de llevarlo a Investigaciones. Victoriano rió, creyendo que se trataba de una equivocación, pero uno de los vigilantes le dijo que ya no era tiempo de risitas; sabían quién era y lo único que tenía que hacer era seguirlos. Quiso resistirse y el otro vigilante le dijo que era preferible que se riera: pertenecían al servicio rural, que perseguía bandidos y cuatreros y habían sido elegidos por el propio jefe. Con que andando y nada de meterse las manos en los bolsillos, tirar papelititos u otros entretenimientos. Victoriano se dio cuenta de que el asunto era serio y agachó la cabeza. En la oficina del jefe éste ordenó que lo registraran: en la cartera estaban los cinco billetes; no había duda. Váyanse. Victoriano no negó y explicó su caso: tenía veintitrés años de servicio; entrado como agente auxiliar, y como se hiciera notar por su ojo para detener y reconocer ladrones de carteras, se le pasó al servicio secreto, en donde, en poco tiempo, llegó a ser agente de primera; a los pocos años, inspector; allí se detenía su carrera; llevaba diez años en el puesto y tenía un sueldo miserable: cualquiera de los estancieros que viajaban en el tren de las 6.45 llevaba en su cartera, en cualquier momento, una cantidad de dinero superior en varias veces a su sueldo anual; tenía que cuidarles ese dinero, sin esperanzas de ascender a jefe de brigada, a subcomisario o a director; esos puestos eran políticos y se daban a personas que estaban al servicio de algún jefe de partido. No podía hacer eso; su trabajo no se lo permitía y su carácter no se prestaba a ello; tampoco podía pegar a nadie ni andar con chismes o delaciones, como un matón o un alcahuete. Había perseguido y detenido a los ladrones tal como el perro persigue y caza perdices y conejos, sin saber que son, como él, animales que necesitan vivir, y nunca, hasta el día en que El Manco Arturo cayó bajo las ruedas de una locomotora al huir de él, pensó o sospechó que un ladrón era también un hombre, un hombre, con las ^{mismas} siguientes necesidades que todos los hombres, con casa, con mujer, con hijos. Esa era su revelación:

los vigilantes de uniformes que tenían orden de llevarlo
investigaciones. Victoriano rió, creyendo que se trataba de una equivo-
ca, pero uno de los vigilantes le dijo que ya no era tiempo de risas;
que quien era y lo único que tenía que hacer era seguirlos. Como resis-
tiera y el otro vigilante le dijo que era preferible que se riera: por-
que en el servicio rural, que perseguía bandidos y contrabando y había sido es-
tado por el propio jefe. Con que andando y nada de meterse las manos en
los bolsillos, tirar papeles o otros entretenimientos. Victoriano se dio
cuenta de que el asunto era serio y agachó la cabeza. En la oficina del je-
fe este ordenó que lo registraran: en la cartera estaban los cinco billetes;
copia dada. Victoriano no negó y explicó su caso: tenía veinte
años de servicio; entrado como agente auxiliar, y como se había notado
en su caso para detener y reconocer ladrones de carteras, se le pasó al ser-
vicio secreto, en donde, en poco tiempo, llegó a ser agente de primera; a
pocos años, inspector; allí se detuvo su carrera; llevaba diez años en
puesto y tenía un sueldo miserable; analista de los estacioneros que
estaban en el tren de las 5.45 llevaba en su cartera, en un bolsillo, un
cantidad de dinero superior en varias veces a su sueldo anual; tenía
a su cuidado ese dinero, sin apartarse de ascender a jefe de brigada, a
comandante o a director; esos puestos eran políticos y se daban a perso-
nas que estaban al servicio de algún jefe de partido. No podía hacer eso;
trabajo no se lo permitía y su carácter no se prestaba a ello; tampoco
le pagaban a nadie ni andar con chismes o delaciones, como un matón o un
chamuscado. Había perseguido y detenido a los ladrones tal como el perro
callejero y casa perdidos y conejos, sin saber que son, como él, animales
que necesitan vivir, y rones, hasta el día en que El Banco Arturo cayó pa-
ra las ruinas de una locomotora al salir de él, pensó o sospechó que un la-
drón era también un hombre, un hombre con las mismas necesidades que
los los hombres con casa, con mujer, con hijos. Era era su revelación.

había descubierto al hombre. ¿Por qué era policía? Porque no podía ser otra cosa. ¿No le pasaría lo mismo al ladrón? Luego vino el maldito Camisero: jamás, ningún ladrón, tuvo el valor de conversar con él; lo miraban nada más que como policía, así como él los miraba nada más que como ladrones; cuando tomaba uno lo llevaba al cuartel, lo entregaba y no volvía a saber de él hasta el momento en que, de nuevo, tenía la desgracia de caer bajo su mirada y su mano; jamás una palabra, una conversación, una confianza, mucho menos una palabra afectuosa, una sonrisa. El Camisero fué diferente; le sonrió y lo trató como hombre y se rió de él, de su fama, de su autoridad, de su amor al deber: ese era un hombre. Había recibido dinero, sí, pero eso era otra cosa: el jefe debía saber que en su vida no había hecho sino dos cosas: detener ladrones y procrear, y si en el año anterior había batido el record de detenciones, ese mismo año tuvo su undécimo hijo... El jefe, hombre salido del montón, pero que había tenido la habilidad de ponerse al servicio de un cacique político, lo comprendió todo; las cosas, sin embargo, no podían seguir así y aunque estimaba a Victoriano como a las niñas de sus ojos, ya que era su mejor agente, le hizo firmar la renuncia, le dió una palmadita en el hombro y lo despidió, y aquella noche, a medida que los agentes llegaban a investigaciones a entregar o a recibir su turno, fueron informados de su suerte: despedido, interino, confirmado. Victoriano vive todavía y por suerte para él sus hijos han salido personas decentes. Aurelio es su hijo mayor. ¿El Negro Antonio? El Zurdo Julián le pegó una sola puñalada; y ustedes saben: puñaladas de zurdo...

Al atardecer me junté con mi madre en la puerta de Investigaciones y regresamos a casa. Había pagado la primera cuota de su profesor, como se le dijo, me recibía con un rosario de preguntas: ¿qué estudiabas hoy? Me quedaba con la cuchara a medio camino, entre el plato y la boca.

--Francés, castellano, biología, matemáticas.

--¿Matemáticas? ¿Qué parte de las matemáticas?

...desapareció al hombre. ¿Por qué era policía? Porque no podía ser otra cosa. ¿No le parecía lo mismo al ladrón? Luego vino el maléfico Gamisano: ¡ah, ningún ladrón, tuvo el valor de conversar con él; lo miraban desde lejos como policía, así como él los miraba desde más que como ladrones; cuando estaba uno lo llevaba al cuartel, lo entregaba y no volvía a saber de él. En el momento en que, de nuevo, tenía la desgracia de caer bajo su mirada y un mano; jamás una palabra, una conversación, una confidencia, mucho más una palabra electrizada, una confidencia. El Gamisano fue diferente; se acercó y lo trató como hombre y se rió de él, de su fama, de su autoridad, de su poder al deber: eso era un hombre. Había recibido dinero, sí, pero eso no era cosa: el jefe debía saber que en su vida no había hecho sino cosas buenas: defender ladrones y procurar, y así en el año anterior había batido el record de detenciones, ese mismo año tuvo un magnífico hijo... El jefe, siempre salido del montón, pero que había tenido la habilidad de ponerse al servicio de un escuadrón político, lo comprendió todo; las cosas, sin embargo, no podían seguir así y anunció estrepitosamente a Victoriano como a las líneas de una ley, ya que era su mejor agente, le hizo firmar la renuncia, le dio una libreta en el hombre y lo despidió, y aquella noche, a media noche los agentes llegaron e investigaciones a entregar o a recibir su turno, fueron informados de su suerte: despedido, interino, confirmado. Victoriano vivió tranquilo y por suerte para él sus hijos han salido personas decentes. Victoriano es su hijo mayor. El Negro Antonio? El Negro Julián le pagó una sola palabra y ustedes saben: ¡palabras de zorro...

Al amanecer me levanté con mi madre en la puerta de investigaciones y fuimos a casa. Había pagado la primera cuota.

--Por parte -- ya he olvidado cuáles son. ¿los decimales? ¿las as-

ciones de primer grado?

--¡Ah!

--Teníamos matemáticas hasta el postrero. Es un hombre que domina el ál-

gebra como un pescador domina sus redes. ¿qué hacer? Todo hacer, pero más

VIII

que nada las matemáticas. Pensé en el mar: ¿habría allí Algebra, geometría

trigonometría y álgebra? Quería horizontes, no muy amplios porque soy

Caía la tarde y el cauce del río y el valle del Aconcagua se llenaban

medio castrón pero más extensos que los que me permitían los muros de la

como de una clara neblina. Oscuros pájaros se abatían entre los matorrales

o surgían de ellos; algunas garzas volaban en busca de sus dormideros y

bandadas de pájaros más pequeños aparecían volando desde el norte. Las

aguas seguían sonando en su marcha hacia el mar y los bosquecillos de las

colinas alargaban ya desmesuradamente sus sombras, perdiéndolas en las que-

bradas. Una brisa fresca empezó a soplar desde el mar hacia la cordillera.

--Caminaremos mientras conversamos.

Las alpargatas me quedaban un poco chicas, pero no me molestaban. Reco-

gimos el equipaje y nos pusimos en marcha. *mi amigo empezó a hablar:*

--Voy para Valparaíso y pienso seguir para el norte, hasta donde pue-

da, quizá hasta Panamá o quizá hasta el Estrecho de Bering. Esta es mi ter-

cera salida; mi padre ~~me~~ dice que son como las del Quijote; tal vez, aunque

no sé por qué. La primera vez me fui de puro aburrido: me fatigan las mate-

máticas y la gramática, la historia antigua y la moderna, la educación ci-

vica y el francés; antes de saber limpiarme las narices me enseñaron los

nombres de los dioses egipcios. ¿Para qué? Cultura. Gracias a la cultura

mi padre no me dejaba comer: llegaba a casa a la hora de almuerzo o de la

comida, cansado de intentar aprender algo, y él, que es profesor, como le

he dicho, me recibía con un rosario de preguntas: ¿qué estudiaste hoy? Me

quedaba con la cuchara a medio camino, entre el plato y la boca.

--Francés, castellano, biología, matemáticas.

--¿Matemáticas? ¿Qué parte de las matemáticas?

VIII

Cala la tarde y el cauce del río y el valle del Acconagua se llenaban como de una clara neblina. Oscuros pájaros se abatían entre las montañas y surgían de ellos; algunas garzas volaban en busca de sus dormideros y bandadas de pájaros más pequeños aparecían volando desde el norte. Las aguas seguían sonando en su marcha hacia el mar y los bosques de las colinas alargaban ya desmesuradamente sus sombras, perdiéndose en las quebradas. Una brisa fresca empezó a soplar desde el mar hacia la cordillera. --Caminaremos mientras conversamos.

Las algaratas me quedaban un poco chicas, pero no me molestaban. Recorrimos el sendero y nos pusimos en marcha. *Me unió un hijo a la vida:*

--Voy para Valparaíso y pienso seguir para el norte, hasta donde pueda, quizá hasta Panamá o quizá hasta el Estrecho de Bering. Esta es mi tercera salida; mi padre me dice que son como las del Quijote; tal vez, aunque no sé por qué. La primera vez me fui de puro aburrido; me fatigan las matemáticas y la gramática, la historia antigua y la moderna, la educación clásica y el francés; antes de saber siquiera las raíces me enseñaron los nombres de los dioses egipcios. ¿Para qué? Cultura. Gracias a la cultura mi padre no me dejaba comer: llegaba a casa a la hora de almuerzo o de la comida, cansado de intentar aprender algo, y él, que es profesor, como lo es dicho, me recibía con un rosario de preguntas: ¿qué estudias hoy? Me quedaba con la cabeza a media camino, entre el plato y la boca.

--Francés, castellano, biología, matemáticas.
--¿Matemáticas? ¿Qué parte de las matemáticas?

--Tal parte -- ya he olvidado cuáles son. ¿Los decimales? ¿Las ecuaciones de primer grado?

--¡Ah!

--Teníamos matemáticas hasta el postre. Es un hombre que domina el álgebra como un pescador domina sus redes. ¿Qué hacer? Todo cansa, pero más que nada las matemáticas. Pensé en el mar: ¿habría allí álgebra, geometría, verbos auxiliares y sépalos? Quería horizontes, no muy amplios, porque soy medio cegatón, pero más extensos que los que me permitían los muros de la sala de clases y los bigotes del profesor de francés. Me fui, pues, hacia el mar; los náufragos esperan un barco que los lleve al continente; yo quería uno que me llevara a una isla, fuese la que fuese. Caí en un barco de guerra; ya era algo: marinero; no había humanidades, aunque sí un sargento de mar que no hablaba ni gritaba sino que bramaba: ¡Alza arriba, marinero! ¡Trinca coy! ¡Coyes a la batayola! y agregaba, entre serio y zumbón: ¡Se acabó la buena vida!. . . La buena vida. . . La verdad es que no era tan mala; navegando toda la costa de Chile y más allá, "desde el polo al ardiente ecuador", como cantaba mi abuela. Lo había elegido y lo aguanté hasta que pude; soy malo para estudiar y malo para los trabajos manuales; nunca he podido clavar derecho un clavo ni cortar a escuadra una tabla cualquiera. ¿Para qué sirvo? Vaya uno a saber; pero me cansé también: vira a babor, vira a estribor, despeja la cubierta, atrinca ese cabo, barre aquí, limpia allá, arrea el bote del capitán, guarda con la escotilla, temporal en Cabo Raper, nubes barbadas, viento a carretadas. Deserté en Punta Arenas: tenía bastante de navegación y quería pisar tierra firme; en tierra, sin embargo, era necesario trabajar y no sabía hacer nada. Dí vueltas y vueltas, durmiendo en un hotelucho como para loberos en desgracia, hasta que me ~~en~~ encontré con un amigo.

--¡Tú por aquí! ¿Qué demonios te trae?

--Deserté de mi barco y busco trabajo.

--Después de mi barco y poco trabajo.

--¡Tú por aquí! ¿Qué demonios te trae?

Hasta que me encontré con un amigo.

Y así y así, durmiendo en un hotelucho como para lobos en desgracia, sin embargo, era necesario trabajar y no sabía hacer nada. Di vueltas; tenía bastante de navegación y quería pisar tierra firme; en tierra, en Cabo Habor, nubes barbaudas, viento a carretadas. Después en Punta Agui, limpia allí, entre el bote del capitán, guarda con la escotilla, dentro, mira a estribor, después la cubierta, arriñaca ese cabo, dentro cualquier. ¿Para qué sirvo? Voy a saber; pero me cansé también; vino nunca he podido elevar derecho un clavo ni cortar a escuadra una tabla hasta que pude; soy malo para estudiar y malo para los trabajos manuales; "ordenado escudador", como cantaba mi abuela. Lo había elegido y lo aguanté tan mal; navegando toda la costa de Chile y más allá, "desde el polo al polo" acabé la buena vida. . . La buena vida. . . La verdad es que no era malo; ¡Trinca coy! ¡Coyes a la batayola! y agredaba, entre serio y zombón; lo de mar que no hablaba ni gritaba sino que bramaba; ¡Alza arriba, mar! ¡Arriba! ya era algo: marinero; no habla humanidades, aunque al un argen-

la uno que me llevara a una isla, fuese la que fuese. Caí en un barco de mar; los navegantes esperan un barco que los lleve al continente; yo que- ría de clases y los chicos del profesor de francés. Me fui, pues, hacia el océano, pero más extensos que los que me permitían los conocimientos auxiliares y separados. Quería horizontes, no muy amplios porque soy de nada las matemáticas. Pensé en el mar; ¡habría allí álgebra, geometría, trigonometría como un pescador domina sus redes. ¿Qué hacer? Todo cansa, pero más --Teníamos matemáticas hasta el postrero. Es un hombre que domina el ál-

--¡Ah!

iones de primer grado?

--Tal parte -- ya no olvidado cuáles son. ¿Los decimales? ¡Las cosas--

--Trabajo en Punta Arenas, y en este tiempo.

Era otoño.

--Sin embargo, déjame pensar, aunque, a la verdad, no hay que pensar-
lo mucho: ¿te gustaría ser agente de policía?

--¿Policía? ¿Con uniforme, sable, botas, pistolón, etcétera? No, gra-
cias.

--No, hombre: policía secreto, ¿cómo se llaman?, agente, pesquisa, de
esos que andan vestidos de civiles. Había cuatro aquí, pero se va uno y
necesitan un reemplazante; el sueldo no es tan malo y el trabajo no es mu-
cho.

--¿Hay muchos ladrones aquí?

--¿Ladrones? Aquí no hay ladrones. ¿Cómo quieres que los haya en una
ciudad en que el termómetro baja en invierno hasta los veinte bajo ^{grados} cero?
Ni ladrones ni mendigos; se helarían en las calles. Apenas hay uno que otro
robo, así, de circunstancias; asesinatos, poquísimos; suicidios, sí, sobre
todo cuando el viento weste sopla durante muchos días seguidos; pero a los
suicidas no hay que perseguirlos ni encarcelarlos; se les entierra y lis-
to. Qué te parece.

--¿Qué me iba a parecer? Acepté. Peor es comer ratones. El barco ha-
bía zarpado y no tenía otra salida: agente de policía; lindo oficio. Y allí
me quedé, en la ciudad de los días cortos y de las noches largas, o al re-
vés, según la estación, con un revólver del cuarenta y cuatro a la cintu-
ra, esperando que pasara el ~~invierno~~ otoño y el invierno para poder zar-
par hacia el norte. Pasé un invierno macanudo. Un día hubo un incendio: un
almacén, ayudado por el viento, se quemó en dos minutos; pura madera; cuan-
do llegaron los bomberos todo era ceniza. Se averiguó: el dueño le había
arrimado fuego y lo declaró a gritos. Era un italiano; estaba aburrido del
almacén y quiso venderlo; no encontró comprador por ningún precio; quiso
regalarlo a un compatriota, pero el compatriota, que estaba buscando oro

0

--Trabajo en Punta Arenas, y en este tiempo.

ra otoño.

--Sin embargo, déjame pensar, aunque, a la verdad, no hay que pensar--

mucho: ¿te gustaría ser agente de policía?

--Policia? Con uniforme, sable, botas, pistola, etcétera? No, gra-

--No, hombre: policía secreto, como se llaman, agente, espías, de

los que andan vestidos de civiles. Había cuatro aquí, pero se va uno y

necesitan un reemplazante; el sueldo no es tan malo y el trabajo no es mu-

--Hay muchos ladrones aquí?

--Ladrones? Aquí no hay ladrones. ¿Cómo dices que los haya en una

ciudad en que el termómetro baja en invierno hasta los veinte bajo cero?

Ladrones ni mendigos; se belan en las calles. Apenas hay uno que otro

de, así, de circunstancias; asesinatos, suicidios, sí, sobre

todo cuando el viento oeste sopla durante muchos días seguidos; pero a los

policias no hay que perseguirlos ni encarcelarlos; se les entierra y lis-

ta. Qué te parece.

--¿Qué me iba a parecer? Acepté. Por es como razones. El barco ha-

la cargado y no tenía otra salida; agente de policía; lindo oficio. Y allí

quedé, en la ciudad de los días cortos y de las noches largas, o al re-

ta, según la estación, con un revolver del cuarenta y cuatro a la cintu-

ra, esperando que pasara el ~~invierno~~ otoño y el invierno para poder zar-

par hacia el norte. Pasé un invierno macanudo. Un día hubo un incendio; un

macan, ayudado por el viento, se quemó en dos minutos; pura madera; quan-

to llegaron los bomberos todo era ceniza. Se averiguó; el dueño le había

pedido fuego y lo declaró a gritos. Era un italiano; estaba aburrido del

macan y quiso vengarlo; no encontró comodador por ningún precio; quiso

pagarlo a un compatriota, pero el compatriota, que estaba buscando uno

era un hombre bajo y fuerte, de cabeza un poco cuadrada, y en Tierra del Fuego y que, al parecer, había encontrado sus pepitas, de blanco y pelo negro; llevaba bigotes, hablaba y hablaba durante largas horas y de vez en cuando me dirigía unas rápidas y sombrías miradas, no resaban los bienes ~~www~~ de ese género: a otro perro con ese hueso. El italiano sintió un desesperación tremenda: no podía arrendarlo; quería marcharse y cuando, junto con el otoño, llegaron los días cortos y el viento empezó a soplar de firme día y noche, no soportó más y decidió quemarlo. Podía abandonarlo, pero eso le parecía tremendo. El almacén no tenía seguros. Así lo declaró y se sospechó que estaba demente: un almacenero, italiano o no, que quema su negocio sin tenerlo asegurado no puede estar sano de mente. El loco callaba y yo continuaba leyendo, pero a veces, cuando estaba picado de vinagre y en realidad lo estaba, y de remate. Se le detuvo y como allá no había manicomio fué internado en un hospital, encargándose a la policía que lo custodiara en tanto llegaba el barco que pudiera llevarlo a Valparaíso. Tenía que ser un policía sin uniforme; el loco, no sé por qué, no podía soportar la vista de los uniformes; empezaba a hablar de literatura, se había lanzado como un libro. Cuando después de él, Garibaldi y se ponía furioso. Me tocó uno de los turnos: ¡qué suerte! Cuando lo vi por primera vez hablé un poco con él para ver qué tal andaba y me convencí de que lo mejor sería, si no deseaba terminar como él, no hablarle una sola palabra, y allí nos quedamos, encerrados los dos en una pieza del hospital, mudos como tablones de a dos pulgadas, él sentado o acostado en su cama, yo de pie, apoyado en la puerta o sentado en una silla. El asunto duró varios días; cuando el otro me entregaba el turno -- le tocaba el de noche -- parecía convaliente de una pulmonía bilateral, y yo, cuando se lo entregaba al atardecer, me sentía como después de baldear solo la cubierta de un acorazado. Llevé libros y me dediqué a leer, pero no podía hacerlo con tranquilidad; sentía que el loco me miraba y estudiaba mis movimientos, esperando el instante en que pudiera tirarse encima. Era muy entretenido; de pronto se largaba a recitar un largo monólogo en italiano, a media voz, del cual no se entendía nada o casi nada, salvo alguna que otra palabra. Dejaba de leer y lo miraba, esperando

tierra del fuego y que, al parecer, había encontrado sus papas, de-
 and que aceptaría cualquier regalo que no fuese un almacén; no le inte-
 aban los planes nuevos de ese género; otro perro con ese hueso. El
 italiano sintió un desesperación tremenda; no podía arrendarlo; quería
 robarse y cuando, junto con el otoño, llegaron los días cortos y el vien-
 empezó a soplar de firme día y noche, no soportó más y decidió quemar-
 . Podía abandonarlo, pero eso le parecía tremendo. El almacén no tenía
 . Así lo decidió y se escapó con estas dementes: un almacén,
 italiano o no, que quema su negocio sin tenerlo asegurado no puede estar
 no picado de vinagre y en realidad lo estaba, y de repente. Se le detuvo
 como allí no había maniobra; fue internado en un hospital, encurándose
 la policía que lo custodiaba en tanto llegaba el perro que pudiera lle-
 rlo a Valparaíso. Tenía que ser un policía sin uniforme; el loco, no sé
 qué, no podía soportar la vista de los uniformes; empezaba a hablar de
 maldad y se ponía furioso. Me tocó uno de los turnos; qué suerte! Cuando
 lo vi por primera vez hablé un poco con él para ver qué tal andaba y me
 unavez de que lo mejor sería, si no deseara terminar como él, no hablar-
 una sola palabra; y allí nos quedamos, encerrados los dos en una pieza
 hospital, muchos como tablonas de a dos pulgadas, él sentado manman
 estado en su cama, yo de pie, apoyado en la puerta o sentado en una si-
 . El asunto duró varias días; cuando el otro me policía se entregaba el
 mo a la locura el de noche -- parecía convaleciente de una pulmonía bi-
 tal, y yo, cuando se lo entregaba al otro loco, me sentía como después
 haber solo la cubierta de un ahorcado. Lléve libros y me dediqué a
 er, pero no podía hacerlo con tranquilidad; sentía que el loco me mira-
 y estaba mis movimientos, esperando el instante en que pudiera tie-
 rme encima. Era muy entretenido; se propuso se largaba a recibir un lan-
 monólogo en italiano, a media voz, del cual no se entendía nada o casi
 da, salvo alguna que otra palabra. Dejó de leer y lo miraba, esperando

que callara. Era un hombre bajo y fuerte, de cabeza un poco cuadrada, piel blanca y pelo negro; llevaba bigotes. Hablaba y hablaba durante largos ratos y de vez en cuando me dirigía unas rápidas y sombrías miradas, como escondiéndolas de mí, la cabeza baja, los ojos rojos. Se me ocurría, sin embargo, que no me daba más importancia que a las sillas o a las tablas del piso, pero sus miradas, aunque eran iguales para todo, me producían intranquilidad. ¿Qué le pasaría a ese barco, que no llegaba nunca! Habría dado mi sueldo de un año por no estar allí y renegaba contra la estupidez que había hecho al desertar del barco; el sargento era, con mucho, preferible al loco. El loco callaba y yo continuaba leyendo, y un día, en los momentos en que la novela que leía llegaba a su más alto grado de interés, sentí que me caía encima algo así como una casa de dos pisos; di de cara contra el suelo y la silla en quem me sentaba estalló como una nuez apretada por un alicate: el loco, aprovechando mi descuido y mi pasión por la literatura, se había lanzado como un tigre. Quedé debajo de él, en una mano la novela y la otra tratando de tomar al loco de alguna parte vulnerable, fuese la que fuese. Durante unos segundos sostuve la novela en la mano: algo inconsciente me impedía soltarla, como si ese algo temiera que durante la lucha llegara a destrozarse y nos quedáramos sin saber qué pasaba en los últimos capítulos. Volviendo en mí, la dejé, arrojándola con cuidado a cierta distancia, y me dediqué en seguida al italiano. Me tenía tomado por el cuello, pero de lado, por sobre el hombro derecho -- estaba nada más que a medias sobre mí -- y ~~me~~ apretaba con bastante fuerza, aunque un poco débilmente, con una sola mano, la izquierda, mientras la derecha andaba por mis costillas, tanteándome. ¿Qué buscaba? Cuando me di cuenta de lo que pretendía, sentí terror: quería apoderarse de mi revólver. Mientras me tenía así y me manoseaba rompió en un monólogo que empezó con las palabras "la rivoltella, la rivoltella" y en el cual, como en todos ~~los~~ otros, mencionó a Garibaldi. Nadie me quita de la cabeza la se-

las celdas. Era un hombre bajo y fuerte, de cabeza un poco cuadrada, ojos
blancos y pelo negro; llevaba bigotes. Hablaba y hablaba durante largos
minutos y de vez en cuando me dirigía unas rápidas y sombrias miradas, co-
mo escondiéndolas de mí, la cabeza baja, los ojos rojos. Se me ocurría,
sin embargo, que no me daba más importancia que a las almas o a las ta-
blas del piso, pero sus miradas, aunque eran iguales para todo, me produ-
cían intranquilidad. ¿Qué le pasaría a ese barco, que no llegaba nunca! Ha-
bía dado mi apellido de un año por no estar allí y renegaba contra la esta-
ción que había hecho al despertar del barco; el sargento era, con mucho,
preferible al loco. El loco callaba y yo continuaba leyendo, y un día, en
los momentos en que la novela que leía llegaba a su más alto grado de in-
terés, sentí que me caía encima algo así como una casa de dos pisos; di de
cabeza contra el suelo y la silla en que me sentaba estalló como una nuez
apretada por un alicate: el loco, aprovechando mi descuido y mi pasión
por la literatura, se había lanzado como un tigre. Quedé debajo de él, en
una mano la novela y la otra tratando de tomar al loco de alguna parte vol-
vible, fuese la que fuese. Durante unos segundos sostuve la novela en
la mano: algo inconscientemente me impedía soltarla, como si ese algo temiera
que durante la noche llegara a destruirse y nos quedaríamos sin saber qué
pasaba en los últimos capítulos. Volviendo en mí, la dejé, arrojándola con
cuidado a cierta distancia, y me dediqué en seguida al italiano. Me sentía
tomado por el cuello, pero de lado, por sobre el hombro derecho -- estaba
nada más que a medias sobre mí -- y una apretada con bastante fuerza, aun-
que un poco débilmente, con una sola mano, la izquierda, mientras la de-
recha andaba por mis costillas, tanteándome. ¿Qué buscaba? Cuando me di
cuenta de lo que pretendía, sentí terror: quería apoderarse de mi revol-
ver. Mientras me tenía así y me menoscaba rompió en un monólogo que empe-
zaba con las palabras "la revolución, la revolución" y en el cual, como en
todas mis otras, mencionó a Garibaldi. Nadie me quitó de la cabeza la se-

seguridad de que aquel hombre era uno de los de Marsala, el último quizá. Pesaba y me retenía en una situación que me impedía hacer fuerzas; aprovechando, sin embargo, un instante en que la presión se aflojó en alguna parte, me di vuelta, al mismo tiempo que lanzaba un bramido que pudo haberse escuchado en el Canal Beagle, pero que, desgraciadamente, nadie escuchó: la habitación era una de las últimas del edificio, soplaban un viento de los demonios y el edificio estaba situado de oeste a este. ¡Mami! Me di cuenta de todo y cuando logré colocarme encima del loco, venciendo su resistencia, procedí como me lo aconsejaban desesperadamente las circunstancias: un puñetazo en la cabeza, que le habría aclarado las ideas si no las hubiera tenido ya tan oscuras, lo dejó fuera de combate; murmuró por última vez "la rivoltella" y me soltó; me levanté, recogí la novela, que me eché al bolsillo y le rocié la cara con unas gotas de agua. Se recobró en seguida, se irguió y fué a sentarse en el sitio de costumbre, en donde, inclinando la cabeza, inició un monólogo en que omitió ya la "rivoltella". Por mi parte, después de esperar un momento y de arreglarme y sacudirme un poco la ropa y lanzar dos o tres desahogados suspiros para normalizar la respiración, me senté y pretendí seguir leyendo; no pude hacerlo: la emoción había sido demasiado fuerte. Sentía, por allá adentro, algo así como un remordimiento, que procuré desvanecer diciéndome que no me habría sido posible proceder en otra forma. ¿Cómo discutir con él o intentar disuadirlo? Allí quedamos, hablando él, callado yo, con el libro en la mano y sin poder recobrarme. Pero nuestro martirio terminó al día siguiente, al llegar el barco en que iba a ser enviado a Valparaíso, y aunque no podíamos llevarlo a bordo sino un momento antes del zarpe, descansamos, pensando que ya no nos quedaban más que dos o tres días. Cuando bajamos del barco, luego de entregar al italiano a un contramaestre con cara de pocos amigos, el otro agente y yo fuimos a celebrar nuestra liberación: tres botellas de vino por cabeza, adquiriendo una borra-

... de que aquel hombre era uno de los de Marsala. El último puñal
 ... y me retentaba en una situación que me impedía hacer fuerza; pero
 ... sin embargo, un instante en que la presión se alzó en alguna
 ... me di vuelta, al mismo tiempo que lanzaba un grito que pudo haber-
 ... en el Canal Beale, pero que, desgraciadamente, nadie escuchó.
 ... la habitación era una de las últimas del edificio, ocupada por una
 ... de los demonios y el edificio estaba situado al oeste de este. Me
 ... de todo y cuando logré colocarme encima del foso, volviendo en
 ... procedí como me lo aconsejaban desesperadamente las circuns-
 ... un puñetazo en la cabeza, que le habría soltado las ideas si no
 ... ya tan oscuras, lo dejó fuera de combate; murmuró por
 ... vez "la rivalidad" y me soltó; me levanté, recogí la novela, que
 ... el bolsillo y le rocé la cara con unas gotas de agua. Se resacó
 ... se irguió y fue a sentarse en el sitio de costumbre, en don-
 ... inclinando la cabeza, inició un monólogo en que omitió ya la "rival-
 ...". Por mi parte, después de esperar un momento y de arreglarme y sa-
 ... un poco la ropa y lanzar dos o tres desolados suspiros para
 ... la respiración, me senté y pretendí seguir leyendo; no pude
 ... la emoción había sido demasiado fuerte. Sentía, por allí adre-
 ... algo así como un remolimiento, que procuré desvanecer diciéndome
 ... me habría sido posible proceder en otra forma. Como discutir con
 ... intentar disuadirlo? Allí quedamos, hablando él, callado yo, con el
 ... en la mano y sin poder recuperarme. Pero nuestro marfil terminó
 ... el siguiente, al llegar el barco en que iba a ser enviado a Valparaiso.
 ... y aunque no podíamos llevarlo a bordo sino un momento antes del zar-
 ... pensamos que ya no nos quedaban más que dos o tres días.
 ... dando bajamos del barco, luego de entregar al italiano a un contramaes-
 ... con cara de pocos amigos, el otro agente y yo fuimos a celebrar nues-
 ... liberación: tres botellas de vino por cabeza, adquiriendo una corte-

chera de no te muevas; y allí quedé, todo un invierno, oyendo aullar en las calles y silbar en las chimeneas el viento del weste. Vida agradable: engordé varios kilos, a pesar de los quince bajo cero y de la falta de verduras. Pero no había salido de mi casa para irme a enterrar por toda la vida en Punta Arenas; llegó la primavera, una primavera llena de aguanieve y con ella recaló un crucero que constituía toda la flota de guerra de la República Oriental del Uruguay. Durante dos días lo estuve mirando desde el muelle, calculando su manga, su eslora y su puntal, haciendo conjeturas respecto al rancho que darían a bordo y buscando el modo de embarcar en él y zarpar para el norte por el Atlántico. Me atreví, por fin, a hablar con un cabo, y con gran sorpresa de mi parte, cuando se enteró de que había navegado en un barco de guerra chileno, alcanzado hasta el Cabo de Hornos, atravesado varias veces el Golfo de Penas y aguantado, sin marearme, un temporal de otoño en Cabo Raper, que es lo más que un cristiano puede aguantar, y que conocía, además, toda la maniobra y los reglamentos de mar, el hombre, que sin duda me tomó por Simbad el Marino, me dijo que no tenía el menor inconveniente en hablar con el comandante; éste me hizo llevar a bordo, me interrogó, le repetí toda la historia, aumentándola un poco ahora y terminó por aceptarme para hacer la travesía hasta Montevideo como marinero de segunda, con todas las obligaciones de tal y sin más remuneración que la ropa y la comida. Además, no figuraría en el rol. Acepté. Era lo más que podía desear: renuncié a mi oficio de agente de segunda clase, devolví el cuarenta y cuatro y me embarqué, zarpando días después ESE en busca de la salida del Estrecho. A los dos días, y ya en pleno Atlántico, navegando norte derecho, nos pescó por la cola un temporal que barrió con todo y con todos de la cubierta, hasta el punto de que no quedamos a bordo sino dos personas que no estaban mareadas: el ingeniero de máquinas y yo; los demás, de capitán a pinche, con el estómago en la boca y las piernas ~~manchadas~~ perdidas,

...de no te muevas; y allí quedé, todo un invierno, oyendo anidar en
las calles y alisar en las chimeneas el viento del oeste. Vida arada-
da; acordé varios kilos, a pesar de los quince bajo cero y de la fal-
ta de verduras. Pero no había salida de mi casa para irme a enterar por
la vida en Punta Arenas; llegó la primavera, una primavera llena de
manieve y con ella nació un error que constituyó toda la flota de
barra de la República Oriental del Uruguay. Durante dos días los estu-
vamos desde el muelle, olvidando su manga, su saeta y su punto, ha-
biendo conjeturado respecto al tamaño que darían a bordo y pensando al no-
de embarcar en él y zarpar para el norte por el Atlántico. Me atreví,
al fin, a hablar con un cabo y con gran sorpresa de mi parte, cuando se
enteré de que había navegado en un barco de guerra chileno, alcanzado has-
ta el Cabo de Hornos, atravesado varias veces el Golfo de Patas y aguan-
do, sin mararme, un temporal de otoño en Cabo Raper, que es lo más que
un cristiano puede aguantar, y que conocía, además, toda la maniobra y
los reglamentos de mar, el hombre, que sin duda me tomó por Simón el Na-
vino, me dijo que no tenía el menor inconveniente en hablar con el coman-
dante; éste me hizo llevar a bordo, me interrogó, le repetí toda la histo-
ria, argumentándole un poco ahora y terminé por aceptarme para pasar la
naves hasta Montevideo como marinero de segunda, con todas las obliga-
ciones de tal y sin más remuneración que la ropa y la comida. Además, no
trabajaría en el rol. Acepté. Era lo más que podía desear; renuncié a mi
último puesto de agente de segunda clase, devolví el cuarenta y cuatro
y me embarqué, zarpando días después ESE en busca de la salida del Estre-
cho. A los dos días, ya en pleno Atlántico, navegando noche tras noche,
pasé por la cola un temporal que duró con todo y con todos de la
noche hasta el punto de que no quedamos a bordo sino dos personas que
estaban a bordo; el ingeniero de máquinas y yo; los demás, de caídas
o ahogados, con el estómago en la boca y las piernas completamente perdidas.

yacían aquí y allá como trapos; llegó un momento en que me sentí perdido en medio de aquel barco y de aquel océano. Todo pasó, sin embargo, y llegamos a Montevideo en condiciones de parecer lobos de mar. Devolví las ropas, recibí unos pesos que me ofrecieron como propina, rechacé un contrato como cabo de mar y zarpé para Buenos Aires en un barco que ~~zarpaba~~ hacía la travesía durante la noche. Me sentía endurecido y contento: todo me salía ~~alimento~~ a favor del pelo. Linda ciudad Buenos Aires; su tierra, ¿no es así? Bueno, allí estaba y ¿para qué y por qué iba a gastar un dinero, que no me sobraba, en hoteles que no me hacían falta? Estábamos en plena primavera y el norte soplaba a veces como si saliera de la barriga del infierno. Dormiría al aire libre, en el banco de cualquier plaza o en el hueco de una ~~puerta~~ puerta. Mi dormitorio resultó ser uno que hallé en la dársena sur: ¿se ha fijado que en los puertos hay siempre, abandonados y medio hundidos en la arena o en la tierra, unos enormes tubos? Permanecen ahí años y años y nadie sabe por qué están allí y qué van a hacer con ellos; tampoco se sabe para qué servían. Me sentía cansado después de vagar todo el día por la ciudad, mirándolo y observándolo todo, y cuando, ya cerca de ~~las~~ la medianoche, empecé a pensar en una caleta en que la recalada ofreciera más condiciones de seguridad, recordé aquel agujero y aquel tubo y hacia allá me ~~me~~ dirigí. Cuando lo enfrenté me dije: "Aquí está mi camarote y no hay capitán mercante o de guerra que esta noche vaya a dormir mejor que yo." No se veía alma, ^y a pesar de que ~~estaba~~ muy cerca/se escuchaba el ruido de las cabrias de un barco que descargaba o cargaba mercaderías o cereales; me agaché un poco, ya que la entrada del tubo no estaba calculada como para seres humanos y avancé un paso en la oscuridad: puse justamente el pie, por suerte con cuidado, encima de algo que se recogió con rapidez; retiré el pie y oí el ruido de algo que se arrastraba, al mismo tiempo que alguien decía: ~~de vagabundos, pero de unos vagabundos muy~~
 --Cuidado: hay alojados. ~~se encontraban hasta individuos que habían~~

...allí como iras; llegó un momento en que me sentí perdido
medio de aquel barco y de aquel océano. Todo pasó, sin embargo, y lle-
nos a Montevideo en condiciones de parecer lobos de mar. Devolví las ro-
as, recibí unos pasos que me ofrecieron como propina, recibí un contra-
como cabo de mar y zarpe para Buenos Aires en un barco que ~~me~~ había
travesía durante la noche. Me sentía embriagado y contento; todo me sa-
la ~~manejaba~~ a favor del pelo. Linda ciudad Buenos Aires; su tierra, pero
Bueno. Allí estaba y para qué y por qué iba a gastar un dinero, que
me sobraba, en hoteles que no me hacían falta? Estábamos en plena pri-
vera y al norte soplaban a veces como el saliente de la barba del in-
verno. Dormiría al aire libre, en el banco de cualquier plaza o en el in-
de una ~~infinita~~ puerta. Mi dormitorio resultó ser uno que había en la dar-
na sur; sea la lizada que en los puertos hay siempre, abandonados y me-
lo mandados en la arena o en la tierra, unos enormes tubos? Permanecen
al años y años y nadie sabe por qué están allí y qué van a hacer con
ellos; tampoco se sabe para qué servían. Me sentía cansado después de ve-
ar todo el día por la ciudad, mirándolo y observándolo todo, y cuando, ya
cerca de fin la medianoche, empecé a pensar en una cacha en que la realia-
la ofreciera más condiciones de seguridad, recordé aquel agujero y aquel
tubo y hacia allí me dirigí. Cuando lo enfrenté me dije: "Aquí está mi
camarote y no hay capitán neciente o de guerra que esta noche vaya a dor-
mir mejor que yo." No se vaía alma, ~~camarote~~ ^{pero a pesar de que} se escondaba el xul-
to de las caprias de un barco que descargaba o cargaba mercancías o co-
tales; me acoché un poco, ya que la entrada del tubo no estaba ~~abierta~~
da como para seres humanos y avancé un paso en la oscuridad; pues hasta
frente al pie, por suerte con cuidado, empujé de algo que se recordó con
trápidas; retiré el pie y oí el ruido de algo que se arrastraba, al mismo
tiempo que alguien decía:
--Cuidado: hay alacranes.

--Perdone. La caja de ahorros y hasta en un banco. Allí dormían personas
--Perdonado. Venían y de levante y del poniente, españoles y chilenos,
--Salió en verso. Italianos y argentinos, algunos que andaban en
--¿Qué busca? otros, y ninguno era más lo que la gente llama un vago,
--Nada extraordinario. Un motivo u otro no quiero trabajar; el con-
--Entonces lo vana encontrar. Ofesionos, zapateros, por ejemplo, como
--¿Es de la policía? abogados, como el español Rodríguez.
--No; esos pisan más fuerte y no piden perdón. No se demuestre lo con-
--¿Qué nenes!
--Adelante, entonces; todo nos une y nada nos separa. ii. Arrojando en
--Hay una cama disponible. ¿Hombres de trabajo? Sencillos, no po-
--Quisiera verla. Estaba en Buenos Aires y no podía creer que ni tenían
--Sí; la luz deja algo que desear. Era usted: cada uno tenía su grado
--Son los inconveniente de recogerse tarde. No en otra parte, qué es-
--Por aquí. Seaba hacer. Treich, por ejemplo, esperaba una oportuni-
--Por favor, cuidado con mis piernas. de muchos yugoslavos; no había
--Esto no era un diálogo; las voces salían de todas partes. Alguien en-
cendió un fósforo y pude ver: había allí, alojados, catorce hombres. Me
acomodé en un rincón disponible. por qué lo iba a gastar en un pasaje que
--Pieza número quince. Era joven y estaba muy lejos de ser un inva-
--¿Encontró cerrada la puerta de su casa? de arriba o los que tenían
--No. Él no lo tenía, y cuando se oyó decir que vivía en Punta Aren-
--¿Se le perdió la llave? cómo era el clima, vivían allí muchos yugo-
--Ni una ni otra cosa: no tengo casa ni llave. Estoy cansado y quiero
dormir. no llegaría él demasiado tarde? No, Treich, y si no ha sacado el
--Lo dicho: todo nos une y nada nos separa. de fantasía una doble
--Con confianza: buena ventilación; precios módicos. dan todavía ma-
--Era aquella un albergue de vagabundos, pero de unos vagabundos muy
especiales, ya que entre ellos se encontraban hasta individuos que tenían

--Perdone.
--Perdonado.
--Salíó en verso.
--¿Qué busca?
--Nada extraordinario.
--Entonces lo va a encontrar.
--¿Es de la policía?
--No; esas planas más fuertes y no piden perdón.
--¿Qué necesi?
--Abogado, entonces; todo nos une y nada nos separa.
--Hay una cama disponible.
--Quisiera verla.
--Sí; la iba de la algo que desear.
--Son los inconvenientes de recogerse tarde.
--Por aquí.
--Por favor, cuidado con mis piernas.
Esto no era un diálogo; las voces salían de todas partes. Algunos en-
trando en el teatro y otros por la puerta; había allí, alojados, catorce hombres. Me
acomodé en un rincón disponible.
--Pase número quince.
--Encontré cerrada la puerta de su casa?
--No.
--¿Se le perdió la llave?
--Ni una ni otra cosa; no tengo casa ni llave. Estoy cansado y quiero
--Lo dicho; todo nos une y nada nos separa.
--Con confianza; buena ventilación; precios módicos.
Era aquella un albergue de vagabundos, pero de unos vagabundos muy
escolares, ya que entre ellos se encontraban hasta individuos que tenían

cuentas en la caja de ahorros y hasta en un banco. Allí dormían personas de los dos hemisferios y de levante y de poniente, españoles y chilenos, yugoeslavos y peruanos, italianos y argentinos, algunos que andaban en pareja, solitarios otros, y ninguno era ~~un~~ lo que la gente llama un vago, es decir, un hombre que por un motivo u otro no quiere trabajar; al contrario, tenían oficios y hasta profesiones, zapateros, por ejemplo, como el chileno Contreras, y ~~un~~ abogados, como el español Rodríguez.

--Todo español, por el hecho de serlo y mientras no se demuestre lo contrario, es abogado.

Había también mecánicos y carpinteros. ¿Qué hacían allí, durmiendo en una caldera abandonada, si eran hombres de trabajo? Sencillamente, no poseían ni casa ni familia en Buenos Aires y no podían crear una ni tenían dinero o no querían arrendar otra. Y no crea usted: cada uno tenía trazado su posible destino y sabía por qué estaba allí y no en otra parte, qué esperaba y qué deseaba hacer. Trecich, por ejemplo, esperaba una oportunidad para trasladarse a Punta Arenas, meta de muchos yugoeslavos; no había podido llegar sino hasta Buenos Aires, trabajando en un barco, y esperaba otro que, trabajando también, lo llevara hasta el Estrecho de Magallanes. Tenía dinero en el banco, pero ¿por qué lo iba a gastar en un pasaje que podía pagar con su trabajo? Era joven y estaba muy lejos de ser un inválido; que pagaran pasaje los que tenían dinero de sobra o los que temían al trabajo; él no lo temía, y cuando me oyó decir que venía de Punta Arenas me asaltó a preguntas: ¿cómo era el clima, vivían allí muchos yugoeslavos, es cierto que todos se han enriquecido, quedaba oro en Bahía Valentín, no llegaría él demasiado tarde? No, Trecich, y si se ha acabado el oro, si el viejo Mustá se ha hecho para su chaleco de fantasía una doble cadena con las últimas pepitas sacadas de El Páramo, quedan todavía muchas tierras que colonizar, muchos indios que matar, muchas ovejas que trasquilar, muchos bultos que cargar, mariscos que pescar, mercaderías

...en la caja de ahorros y hasta en un banco. Allí dormían personas
los dos hemisferios y de levante y de poniente, españoles y chilenos,
guatemaltecos y peruanos, italianos y argentinos, algunos que andaban en
veja, solitarios otros, y ninguno era más lo que la gente llama un vago,
decir, un hombre que por un motivo u otro no quiere trabajar; al con-
trario, tenían oficios y hasta profesiones, zapateros, por ejemplo, como
chileno Contreras, y un abogado, como el español Rodríguez.
--Todo español, por el hecho de serlo y mientras no se demuestre lo con-
trario, es abogado.
Había también mecánicos y carpinteros. ¿Qué hacían allí, durmiendo en
las celdas abandonadas, al estar hombres de trabajo? Sencillomente, no po-
dían ir a casa ni familia en Buenos Aires y no podían crear una ni tenían
dinero o no querían arrendar otra. Y no crea usted: cada uno tenía su trabajo
y posible destino y sabía por qué estaba allí y no en otra parte, que es-
taba y que deseaba hacer. Treisch, por ejemplo, esperaba una oportuni-
dad para trasladarse a Punta Arenas, meta de muchos yugoeslavos; no había
podido llegar sino hasta Buenos Aires, trabajando en un barco, y esperaba
otro que, trabajando también, lo llevara hasta el Estrecho de Magallanes.
Tenía dinero en el banco, pero ¿por qué lo iba a gastar en un pasaje que
podía pagar con su trabajo? Era joven y estaba muy lejos de ser un invál-
do; que pagaran pasaje los que tenían dinero de sobra o los que tenían
el trabajo; él no lo tenía, y cuando me oye decir que venía de Punta Are-
nas me realizó a preguntas: ¿cómo era el clima, vivían allí muchos yugo-
eslavos, es cierto que todos se han enriquecido, quedaba oro en Santa Va-
lentina, no llegaría él demasiado tarde? No, Treisch, y si se ha acabado el
oro, al viejo Musté se ha hecho para su chileco de fantasía una doble
cadena con las últimas perlas sacadas de El Tórreño, quedan todavía mu-
chas tierras que colonizar, muchos indios que meter, muchas ovejas que
pastorear, muchos buques que cargar, mariscos que pescar, mercaderías

que vender, basuras que recoger y mugre que limpiar; con todo ello pueden ganar todavía mucho dinero los roñosos que no tienen otra finalidad que la de ser roñosos y ganar dinero. Le tomé antipatía; todo lo reducía a dinero y no disimulé mi regocijo cuando supe que tenía embarque para Punta Arenas; por allá debe andar todavía, buscando plata hasta debajo de la bosta de los animales. En comparación con aquel repugnante tragaplata, el chileno Contreras resultaba un gentilhombre: viajaba por el placer de viajar y utilizaba para ello todos los medios que el progreso ha puesto al servicio del hombre, aunque sin pagarlos; cuando lo echaban de un tren de carga o de uno de pasajeros en que viajaba sin boleto, no se incomodaba y continuaba el viaje a pie, con su mochila a la espalda, hasta tomar otro; de este modo había llegado, desde Santiago de Chile hasta Buenos Aires, sin gastar un centavo en movilización.

--Tanto que hablan de la Argentina y de Buenos Aires; vamos a ver si es cierto lo que dicen.

Y allí estaba; en todo el tiempo que llevaba viajando, cuatro meses, pues la travesía de Mendoza a Buenos Aires le llevó dos -- no era aún tiempo de trabajo en los campos y los conductores de trenes perseguían a los que se trepaban a ellos -- no había trabajado sino en dos ocasiones: una semana en Mendoza y otra en Rosario, con gran pesar de sus ocasionales patrones, que no comprendían cómo un obrero con tales manos podía dedicarse a vagar. Le rogaban que se quedara unos días más, unas semanas más, unos meses más; tenían mucho trabajo y los clientes, sobre todo los de pies imposibles, estaban entusiasmados con un zapatero como aquel.

--He venido a pasear y no a trabajar; hasta luego, patrón.

Y después del inevitable diminutivo se iba paso a paso por los durmientes de la ferrovía.

--Si fuera por trabajar me habría quedado en Chile, en donde tengo trabajo para toda la vida y algo más. Soy casado y mi mujer me espera. Le

me dije: me voy para la Argentina, a pie, y no puedo llevarte; te dejo en el taller; espérame. Es aparadora y gana casi tanto como yo. ¿Cómo, entonces, el pagar y el llevar, y lo su todo. Los patronos aprovechaban eso, quedarme en Mendoza o en Rosario trabajando para un patrón que no quiere más que ganar dinero conmigo? Ni loco. Pasaré aquí la primavera y el verano y en el otoño regresaré.

Era bajo de estatura y un poco gordo, con suave mirada, pelo largo y rizado. En sus últimos días, con la esperanza y la seguridad de ser en forma de melón y aire de poeta provinciano. Sabía recitar algunas poesías y hablaba mucho de la libertad del individuo; sospeché que fuese anarquista. Pasé largo rato conversando con él y hablábamos sobre todo de Santiago, nuestra ciudad natal. Pero no se trataba de conversar mucho tiempo y las amistades que se hacían en aquel tubo no era, tampoco, para siempre; cada uno tenía su derrotero y su destino y debía realzarlo; aunque lo no era un club, aunque se le conociera con el nombre de Hotel de los Emigrantes; había que seguir y seguimos. Empecé a buscar trabajo, un trabajo cualquiera, en donde fuese, oficina, tienda, fábrica, almacén o camión; pero era difícil; decenas de hombres se juntaban frente a las puertas de las casas o establecimientos en que se solicitaba un empleado para cualquier trabajo; decenas y aun centenas de seres de todas las nacionalidades y procedencias, vagabundos sin domicilio, como yo, y otros con domicilio, y todos sin tener qué comer, mendigando en las calles de la ciudad, a veces en grupos de treinta o de veinte pesos mensuales. Eso era en la ciudad de inmigrantes, algunos de ellos llorando por las calles, italianos o españoles, palestinos o checos, que venían a hacerse ricos y que en esos momentos habrían dado cualquier cosa por haber nacido en la "porca América". Y en los campos era peor: vagaban por miles, de un punto a otro, hablando diferentes lenguas y ofreciéndose para todo y aunque sólo fuese por la comida; se les veía en los techos de los vagones de carga, como pájaros enormes, macilentos, muertos de hambre, esperando el momento de caer.

... me voy para la Argentina, a pie, y no cuando llegaste; te dejó el
... esperame. Me esperaba y me salió como yo. Juntos, enton-
... quedarme en Londres o en Rosario trabajando para un patrón que no
... más que ganar dinero con ellos. Trabajé toda la primavera y
... verano y en el otoño regresé.
... de bajo de estatua y un poco de oro, con nueva vida, pero largo
... forma de melancolía y algo de poca provincialismo. Había recibido algunas pos-
... y había hecho de la libertad del individuo; esperaba que fuese
... más largo pero convenciéndome con él y habiéndome sobre todo de
... nuestra ciudad natal. Pero no se trataba de convencer mucho
... y las cosas que se hacían en aquel tiempo no era, tampoco, para
... cada uno tenía su dormitorio y su destino y todo se resolvía; pero
... no era un club, aunque se lo conociera con el nombre de Hotel de las
... mentes; había que seguir y seguir. Después de haber trabajado, un día
... en donde fuese, oficina, tienda, fábrica, siempre a algún
... pero era difícil; personas de hombre se juntaban allí
... las puertas de las casas o establecimientos en que se necesitaba
... un empleado para cualquier trabajo; personas y con centenas de cosas de
... todas las nacionalidades y profesiones, trabajando sin descanso, como
... y otros con domicilio, y todos sin tener que comer, trabajando en-
... de frente o de atrás para mantenerse. Pero era en la gran ciudad
... algunas de ellas viviendo por las calles, algunas en ca-
... países, países a veces, que vanían a hacerse ricos y que en esos mo-
... mentos habían sido cualquier cosa por haber nacido en la "gran América"
... por no estar en ella. Y en los campos era peor: vagaban por miles, en
... un punto a otro, haciendo diferentes trabajos y sacrificios para todo y
... sólo fuese por la comida; se les veía en los techos de las casas
... como pájaros, enojados, hambrientos, muertos de hambre, ane-

rando la cosecha: "de Tucumán a Salta, de Salta a Tucumán, vaga la linyera, linyera de Tucumán. . ." ¡América! Para muchos era el hambre y el cansancio, el vagar y el llorar, y lo es todavía. Los patrones aprovechaban la abundancia y un día casi acogoto a uno; me quedaban diez centavos y compré el diario para ver los avisos: "Necesito joven. . ." Yo era joven, pero el lugar ~~estaba~~ muy lejos, al otro extremo de la ciudad; allí me fui, gastando mis últimos diez centavos, con la esperanza y la seguridad de ser el primero en llegar; había comprado el diario al amanecer, a la salida de la imprenta, calientito aún; el empleo me pertenecía: fui el primero en llegar y cualquier hombre con dos brazos, y aun con uno, podía hacer el trabajo: hacer paquetes, llevar paquetes, repartir paquetes; nada de matemáticas; puro paquete; pero algo hubo que no le gustó al patrón, la forma de mis orejas, el color de mis ojos, el corte de mi chaleco, qué se yo, el caso es que me dijo que el puesto ya estaba ocupado; le contesté que no podía ~~mm~~ ser: nadie más que yo había llegado hasta ese momento; lo sabía; entones, descubierto, mintió, diciendo que lo había pensado mejor y que no iba a tomar empleado. Me dió rabia: era un individuo gordo, bajo, con el pelo tieso y cortado en forma cuadrada; estaba en camiseta detrás de un escritorio con muestras de mercaderías y chorreado de café y de tinta; me ~~mm~~ fui sobre él y le pregunté si creía que la gente experimentaba algún placer en venir a contemplar su camiseta o su escritorio, que había gastado mis últimos ~~mm~~ centavos en comprar el diario y llegar hasta allí, despreciando otros avisos; que era un abusador y que si no me daba el empleo debía indemnizarme; de otro modo, procedería en justicia rápida. El tipo, más asustado que una lagartija, abrió tamaños ojos y se quedó mirando mis manos, creyendo talvez que de pronto me llevaría una a la cintura, sacaría un cuchillo y le rebanaría el mugriento pescuezo. Era tiempo de malevos en Buenos Aires. Por fin, sacando la respiración, que con el susto se le había metido para adentro, me preguntó que con cuánto me quedaría tranquilo: "¡Cinco pesos!", le grité, estirando una mano y re-

cuando la conocí: "de Thomas a Smith, de Smith a Thomas, vea la lista-
 ta, lista de Thomas. . .". ¡Mierda! Para muchos era el nombre y el con-
 cepto, el pagar y el libro, y lo se todavía. Los patrones aprovechaban
 la abundancia y un día casi se agotó a uno; me quedaban diez centavos.
 Compré el diario para ver los avisos: "Necesito joven. . .". Yo era joven,
 pero el lugar ^{estaba} muy lejos, al otro extremo de la ciudad; allí me fui.
 Mantengo mis últimos diez centavos, con la esperanza y la seguridad de ser
 el primero en llegar; había comprado el diario al amanecer, a la salida
 de la imprenta, casi al amanecer; el empleo me pertenecía; fui el primero
 en llegar y cualquier hombre con dos brazos, y aun con uno, podía hacer
 el trabajo: hacer paquetes, llevar paquetes, repartir paquetes; nada de
 matemáticas; pero paquetes; pero algo hubo que no le gustó al patrón, la
 forma de mis orejas, el color de mis ojos, el corte de mi cabello, así se
 yo, el caso es que me dijo que el puesto ya estaba ocupado; lo contesté
 que no podía ser así: nadie más que yo había llegado hasta ese momento; lo
 sabía; entonces, desconfiado, miré, diciendo que lo había pasado mejor
 y que no iba a tomar empleos. Me dijo: era un individuo gordo, pa-
 leo, con el pelo tieso y cortado en forma cuadrada; estaba en camisa de-
 más de un escritorio con muestras de mercancías y alrededor de café y
 de tinta; me miró así y le pregunté al oído que le gustaba experi-
 mentar algún placer en venir a contemplar un catálogo o un escritorio,
 que había gastado mis últimos diez centavos en comprar el diario y llevar
 hasta allí, despreciando otros avisos; que era un hombre y que él no me
 daba el espacio de la indolencia; de otro modo, procedía en justicia
 rápida. El tipo, más amable que una lagartija, miró también ojos y se
 quedó mirando mis manos, arrojando tal vez que de pronto me llevaría una
 la cintura, sacaría un cachillo y le rebasaría el anzuelo pescador. En
 tiempo de miaves en Buenos Aires, por fin, cuando la rapidez, que
 con el gusto de la vida había para saber, me preguntó que con cuánto
 me quedaba trasquilos: "¡Poco personal!", le dije, astutando una mano y re-

teniendo, al mismo tiempo, la risa y la cachetada. Sacó algunos arrugados billetes de a peso, tan sucios como él, y me apoderé de ellos, marchándome antes de que reaccionara y antes de que me diera vergüenza; qué diablos, hay gente que quisiera abusar de uno cuando lo ve derrotado. . .

Estuve allí un mes y medio y no encontré trabajo ni para matar cucarachas. Un día me ocurrió algo curioso: estaba en una calle cualquiera, afirmado en una pared y pensando cómo salir del paso y desesperando ya de mi situación, que era ófrica, como dicen los peruanos, cuando ví pasar a un hombre joven, delgado, de lentes, que durante unos segundos, mientras pasaba ante mí, me observó; me molestó su curiosidad y le dí una mirada de reojo mientras se alejaba; se le veían muy gastados los ^{tacones} ~~tacones~~ de los zapatos y el traje oscuro mostraba brillos en las posaderas y en la espalda; no nadaría en la abundancia. Instantes después, y cuando ya lo tenía olvidado, sentí que alguien, que se acercara sin ser sentido, me tomaba de la mano y deslizaba algo en ella, alejándose en seguida. Me miré la mano: tenía en ella un billete de a un peso. ¿quién era? Lo ignoro. Si fuese judío habría creído que era el profeta Elías, pero, en verdad, no era necesario ser profeta para darse cuenta, por mi cara y mi aspecto, que estaba en una brava encrucijada. Le agradecí profundamente el peso y me alejé, un poco avergonzado, pero apretando bien el peso en la mano. Por suerte mi padre, a quien había escrito, me mandó dinero y pude regresar a Chile. Volvía el hijo pródigo. Mi padre seguía tan profesor como antes: las matemáticas, la gramática, la biología, la física. Entré a aprender carpintería en una escuela de artes y oficios. Mis hermanastros habían crecido, pero no lo suficiente y no nos entendíamos, a pesar de que el menor me demostraba gran afecto. Pero allí, en la carpintería, también había que estudiar historia, no historia de la carpintería, sino historia patria, que no tiene aplicación alguna en la madera, y castellano y geometría; y eso no era lo peor: lo peor era que tampoco servía para carpin-

...el mismo tiempo, la casa y la habitación. Pero algunos argumentos
...de un peso, tan sencillos como él, y me apoderé de ellos, marchando
...antes de que me acordara y antes de que me diera cuenta; pero al-
...que, así, sentí que quisiera saber de uno cuando lo ve desahogado.
...allí un mes y medio y no encontraba trabajo ni para hacer cosas
...me ocurrió algo curioso: estaba en una calle cualquiera, esperando
...y pensando cómo salir del paso y desahogarme ya de mí al-
...que era difícil, como dicen los parientes, cuando vi pasar a un
...frente mío, de repente, de repente, que durante unos segundos, mientras po-
...me acordé; me acordé en un momento y le di una mirada de
...mientras se alejaba; se le veían muy grandes los ojos de los pa-
...y el traje oscuro más allá brillaba en las posibilidades y en la reali-
...no quedaba en la abundancia, instantes después, y cuando ya lo tenía
...sentí que alguien, que se acercaba sin ser sentido, me tomaba
...la mano y deslizaba algo en ella, alejándose en seguida. Me miré la ma-
...tenía en ella un billete de a un peso. ¿Quién era? Lo ignoré. El fue-
...había hablado creído que era el protista él, pero, en verdad, no era
...necesario ser protista para hacer cuenta, por mí era y al momento, que es-
...de en una buena oportunidad. Le agradecí profundamente el peso y me ale-
...un poco avergonzado, pero apretando bien el peso en la mano. Por enor-
...mi padre, a quien había escrito, me mandó dinero y pudo regresar a Chi-
...Volví al hijo prodigo. Mi padre seguía tan profesor como antes; las
...atenciones, la granjería, la biología, la física. Entré a aprender cor-
...historia en una escuela de artes y oficios. Mis hermanos habían cre-
...do, pero no lo suficiente y no nos entendíamos, a pesar de que el me-
...on se demostraba gran afecto. Pero allí, en la carpintería, también ha-
...la que estudia historia, la historia de la carpintería, sino historia
...que no tiene aplicación alguna en la madera, y castellano y geo-
...y eso no era lo peor: lo peor era que tampoco servía para carpi-

pero; tengo unos ojos que no me sirven sino para lo indispensable. Durante el tiempo que permanecí en la escuela no pude jamás cepillar bien una tabla ni cortar correctamente un listón: todo me salía torcido. Mi madre es una mujer hermosa, pero muy triste; tiene treinta años menos que mi padre, que se casó con ella a los cincuenta y dos. Este hombre, dedicado toda su vida a su profesión y a sus estudios, ha tenido siempre, al parecer, gran atractivo para las mujeres, aunque se me ocurre que ha sido nada más que un atractivo de dominio, es decir, las mujeres, más que enamoradas de él, han debido sentirse dominadas por él. A veces quiero suponer cómo era mi madre y cómo debió sentirse en las manos de ese hombre con atractivo amoroso y tan competente para el álgebra, que le estrujó la juventud y las entrañas con su pasión de hombre indiferente a lo que no es propuesto con rigor matemático. Nunca me ha hablado de ella. Ha sido casado dos veces y sospecho que además tuvo amores, largos y fructíferos, aunque ocultos, con una tercera mujer, muerta en el anonimato o que aún vive y de la cual sospecho que soy hijo. Mi hermano mayor no soportó por mucho tiempo la presión y partió hacia Estados Unidos; hace tiempo que no lo veo. Yo llevo tres salidas. Recuerdo siempre los caminos y se me ocurre que en alguna parte del mundo desconocido alguien me espera para hacer de mí lo que en definitiva debo ser; en busca de ese alguien voy, hombre, mujer, comarca, río o árbol; para algo he de servir, aunque sea algo humilde y con ello me conformaré.

pero, tengo dos ojos que no me sirven sino para lo indispensable. Por-
tanto el tiempo que paseses en la escuela no pude jamás capillar bien
la tabla ni contar correctamente un millón: todo me salió torcido. El es-
tudio es una mujer hermosa, pero muy caparrosa; tiene treinta años cuando
el padre, que se casó con ella a los diecinueve y dos. Este hombre, habi-
endo toda su vida a su profesión y a sus estudios, ha tenido siempre, al
morir, gran atractivo para las mujeres, aunque no se cuenta que ha sido
nunca más que un atractivo de dominio, es decir, las mujeres, más que ama-
moradas de él, han debido sentirse dominadas por él. A veces quiero anu-
ciar cómo era mi madre y cómo debió sentirse en las manos de ese hombre
un atractivo amoroso y tan competente para el estudio, que lo estudió la
inventiva y las entrañas con su pasión de hombre indiferente a lo que no
es propuesto con rigor matemático. Nunca me ha hablado de ella. En vida
pasó dos veces y acompañado que además tuvo amoros, largos y fructí-
vos, aunque ocultos, con una tercera mujer, muerta en el momento o que
ahí vive y de la cual sospecho que soy hija. Mi hermano mayor no contó
por mucho tiempo la presión y pasión hacia Estrella Unida; hace tiempo
que no lo veo. Yo llavo tres asidas. Recuerdo siempre los caminos y se-
me ocurre que en alguna parte del mundo desconocido alguien me espera pa-
ra hacer de mí lo que en definitiva debo ser; en busca de ese alguien soy,
hombre, mujer, hombre, río o árbol; para algo he de servir, aunque sea
algo humilde y con ello me conformaré.

IX 2

(Y así, caminando sin prisa, uno junto al otro, como embarcaciones virando el cielo nocturno, vi que avanzaban dos personas que llevaban mochilas a la espalda. Esto ya eran recuerdos, los nuestros recuerdos y por los personajes de nuestros recuerdos, que caminaban, esta vez, dentro de nosotros. Durante un trecho el río desapareció y dejamos de verlo; reapareció, avanzando desde el norte, muy cambiado: había reunido todas sus pequeñas y húmedas lenguas, cansadas de arrastrarse trabajosamente durante kilómetros sobre capas de guijarros; llegaba grueso e importante, reposado, como si no tuviera nada que ver con el río de unas cuadras más atrás, ese río dividido y saqueado por campesinos e industriales. Pero era demasiado tarde para engrosar y tomar aires de importancia: el mar estaba allí y era inútil la aparente grandeza de los últimos momentos: no tienes más remedio que entregarte; ya no puedes devolvete, desviarte o negarte. Por lo demás, saldrás ganando al echar tus turbias aguas, nacidas, no obstante, tan claras, en esas otras tan azules, que te esperan. Está anocheciendo y pronto encenderán las luces de Valparaíso.)

IX

(Y así, caminando sin prisa, uno junto al otro, como empujados
 por nosotros al mar, llevados por nuestras piernas, por nues-
 tros recuerdos y por los pensamientos de nuestras recuerdos, que caminaban,
 en su parte, dentro de nosotros. Durante un tiempo el río descendió y
 bajó de verlo; respiró, avanzando hacia el norte, muy cansado; ha-
 bía perdido todas sus pesadas y húmedas piernas, cansadas de avanzar.
 Inconscientemente durante kilómetros sobre aguas de cristal; ligero
 como e importante, reposado, como si no tuviera nada que ver con el río.
 En una ciudad más allá, ese río dividido y agitado por corrientes e
 industriales. Pero era demasiado tarde para entrar y tomar agua de im-
 portancia: el mar estaba allí y era inútil la aparente grandeza de los
 últimos momentos: no tienen más remedio que entregarse; ya no pueden de-
 volver, devuelto o negarse. Por la noche, salían cuando el sol se
 hundía en las aguas, nacidas, no opacadas, tan claras, en esas aguas tan az-
 ules, que te esperan. Qué enloqueciendo y pronto encenderán las luces de
 (algunas.)

X

¶ *Siguió diciendo:* conversando; busqué mis ropas en la oscuridad.

--Y una noche que me encontraba en mi pieza, asomado a la ventana y mirando el cielo nocturno, vi que ~~parxaxax~~ dos personas avanzaban lentamente; llevaban mochilas a la espalda. Esto me puso nervioso. La casa está junto a una línea de ferrocarril por donde pasan los trenes que van a Valparaíso y los Andes; mi pieza está en el segundo piso y su ventana da hacia esa línea. Las dos personas conversaban y reconocí sus voces: eran antiguos compañeros de colegio. Era verano y la brisa agitaba el follaje de los sombríos árboles. Cuando pasaron bajo las ventanas los llamé:

--¡Eh! ¡Ipinza! ¡González!

Se detuvieron y ~~ixxxxxxxxxxxxx~~ levantaron la cabeza, aunque sin verme, pues yo estaba oculto por las ramas; me reconocieron, sin embargo, por la voz y porque sabían que vivía ahí. ¿Metros de mi casa, de

--¡Qué hay! ¿Cómo estás? ¿A qué de aquellos compañeros a quienes hubo

--¡Para dónde van? ¿artes, casi en bruto, pues se lastimaron los

--Para la Argentina. ¿cómo tuve que lavarlos, vestirlos y hacerlos

--¿A qué? completamente inútiles para la lucha al aire libre; si

Se encogieron de hombros: ¿qué explicación iban a dar? ¿que si en vez

--Nos vamos; nada más. ¿se trata de niños? uno de ellos entró

Allí se quedaron, con el rostro vuelto hacia arriba, iluminados por

la luz de un foco que a mí me dejaba en la penumbra. Durante unos segun-

dos sentí que mis pensamientos volaban hacia todas partes, como una ban-

dada de aves desperdigada por un tiro de escopeta: Argentina, el espacio

de respeto al pie, no tenía nada que envidiar al primero; ambos pa-

libre, la cordillera, la pampa, los días sin prisa y sin libros de textos, estábamos a principios de Enero y la brisa del mar soplaba en las tardes hacia las montañas. Sentí que una oleada de sangre me subía a la cabeza:

--Espérenme.

Allí se quedaron, conversando; busqué mis ropas en la oscuridad, hice un atado con ellas y las lancé hacia la calle, con el gesto del marinero que desde la borda lanza su saco hacia el muelle, al abandonar el barco. Las recogieron. Bajé la escala: mi padre leía en el salón y mi madrastra, con su rostro hermoso y triste, cosía; ninguno de los dos hablaba. Mi padre levantó la cabeza:

--¿Para dónde vas?

--A dar una vuelta por ahí...

--No te demores; ya son las diez.

--Volveré enseguida.

Y salí: demoré ~~un~~ año y medio en volver. Al amanecer dormíamos en las afueras de Los Andes, tirados en el suelo, al abrigo de unos arbustos, y cuatro días más tarde estaba a trescientos kilómetros de mi casa, bajando hacia Mendoza, en compañía de aquellos compañeros a quienes hube de llevar, en algunas partes, casi en brazos, pues se lastimaron los pies de una manera horrorosa; tuve que lavarlos, vestirlos y hacerles de comer: eran completamente inútiles para la lucha al aire libre; si no hubiese ido con ellos habrían muerto en la cordillera, como si en vez de hombres hechos y derechos se tratara de niños: uno de ellos entró a Mendoza con un aspecto que habría ablandado el corazón de una hiena: afirmado en mi hombro, barbudo, sucio, derrengado y con un pie envuelto en un trozo de arpillera, mientras ^{seguía} ~~seguía~~ apoyado en un palo, nos seguía, próximo a soltar el llanto, con una apariencia que, salvo en lo que respecta al pie, no tenía nada que envidiar al primero: ambos pa-

libre, la cordillera, la pampa, los días sin prisa y sin libros de textos
estábamos a principios de Enero y la prisa del mar sopla en las tar-
des hacia las montañas. Sentí que una oleada de sangre me subía a la

cabera:

--Repárenme.

Alí se quedaban, conversando; después mis ropas en la oscuridad,
hice un atado con ellas y las lancé hacia la calle, con el grito del
marinero que desde la borda lanza su saco hacia el muelle, al abandonar
el barco. Las recogieron, a Baté la sacaba; mi padre leía en el salón
al mediodía, con su rostro hermoso y triste, cosas; ninguno de los
dos hablaba. Mi padre levantó la cabeza: en el silencio y en la

--¿Para dónde vas? --Para dónde voy? --A dar una vuelta por ahí... --

--No te demores; ya son las tardes, cuando la luz se va... --Volveré ensuciada.

Y así: demoré X años y medio en volver. Al amanecer dormíamos en
las afueras de Los Andes, tirados en el suelo, al abrigo de unos arbustos,
y cuatro días más tarde estaba a trescientos kilómetros de mi casa, ha-
ciendo hacia Mendoza, en compañía de aquellos compañeros a quienes hubi-
a de llevar, en algunas partes, casi en brazos, pues se lastimaron los
pies de una manera horrible; tuve que lavarlos, vestirlos y hacerles
de comer: eran completamente inútiles para la lucha al aire libre; al
no hubiese ido con ellos habría muerto en la cordillera, como si en vez
de hombres hechos y duros se tratara de niños: uno de ellos entró
a Mendoza con un aspecto que habría aplanado el corazón de una hiena:
estirado en mi hombro, barbudo, sucio, derrengado y con un pie envuelto
en un trozo de arpillera, mientras ^{seguía} apoyado en un palo, nos
seguía, próximo a soltar el llanto, con una apariencia que, salvo en
lo que respecta al pie, no tenía nada que envidiar al primero: ambos pa-

recían arrancados a las garras de la muerte en un terremoto o diluvio universal; pero esto era frente a la naturaleza, cuando debían valerse de sus piernas, de sus brazos, de sus músculos, luchando contra un ambiente físico adverso; en la ciudad me resultaron distintos, pero tanto, que me dejaron asombrados: eran un par de truchimanes capaces de embaucar al padre eterno -- si es que hay algún padre que pueda ser eterno--, llenos de astucias y de argucias, incansables para divertirse, para comer, para beber, para reír; parecían haber estado presos o amarrados durante veinte años y haber recuperado su libertad sólo el día anterior o cinco minutos antes. En Mendoza me convertí en su protegido, pues no olvidaron las atenciones que había tenido para con ellos en sus momentos difíciles. Descubrieron cómo se podía vivir de los demás ~~xxxx~~ sin trabajar y lo pusieron en práctica con una decisión pasmosa, es decir, descubrieron que en el mundo existía la libertad de comercio y que ellos, como cualesquiera otros, podían ejercerla sin más que tener las agallas y los medios de hacerlo; y medios no les faltaron, así como no les faltan nunca a quienes tienen idénticas agallas, en grande o en pequeño. Se dedicaron al comercio de joyas, de joyas baratas, por supuesto, relojes de plata o bañados en oro, prendedores de similor, anillos con unas piedras capaces de dejar bizcos, por lo malas, a todos los joyeros de Amsterdam, joyas que cualquier paletó podía comprar en un bric-a-brac a precios bajísimos, pero que ofrecidas por ellos con el arte con que lo hacían, alcanzaban precios altísimos; eso debía pagarse, claro está, así como hay que pagar los escaparates lujosos y los horteras atildados. La treta era muy sencilla y yo mismo colaboré con ellos en dos o tres ocasiones, asustado de lo fácil que resultaba comerciar; sólo se necesitaba resolución de hacerlo y dominio de sí mismo: y saqueo ~~ba-~~

X --Señor: tengo un buen reloj que vender; regalado; es recuerdo de familia.

...aprovechados a las garras de la muerte en un terremoto o dilu-
 universal; pero esto era frente a la naturaleza, cuando debían va-
 rse de las piedras, de sus brazos, de sus musculos, luchando contra
 ambiente físico adverso; en la ciudad me resultaron distintos, pero
 tanto, que me dejaron asombrados: eran un par de trionfantes capaces
 embarrancar al padre eterno -- al es que hay algún padre que pueda ser
 turno--. llenos de sátiras y de argucias, incansables para divertirse,
 para comer, para beber, para reír; parecían haber estado presos o ama-
 rados durante veinte años y haber recuperado su libertad sólo al día
 anterior o cinco minutos antes. En Mendoza me convertí en su protegido,
 mas no olvidaron las atenciones que había tenido para con ellos en sus
 momentos difíciles. Descubrieron como se podía vivir de los demás, sin
 trabajar y lo pusieron en práctica con una decisión pasmosa, se de-
 jar, descubrieron que en el mundo existía la libertad de comercio y
 ellos, como cualquier otro, podían ejercerla sin más que tener
 las agallas y los medios de hacerlo; y medio no les faltaron, así como
 no les faltan nunca a quienes tienen idénticas agallas, en grande o
 en pequeño. Se dedicaron al comercio de joyas, de joyas baratas, por
 supuesto, relojes de plata o baratas en oro, prendedores de similar, ani-
 llos con unas piedras capaces de dejar chicos, por lo menos, a todos
 los joyeros de Amsterdam, joyas que cualquier pajeito podía comprar en un
 pajeito a precios bajísimos, pero que ofrecidas por ellos con el ar-
 to con que lo hacían, alcanzaban precios altísimos; eso debía pagarse,
 claro está, así como hay que pagar los escarapates, infijos y los horre-
 tes estibados. La trata era muy sencilla y yo mismo colaboré con ellos en
 las o tres ocasiones, gustados de lo fácil que resultaba comerciar; sólo
 se necesitaba resaca de nuestro y dominio de sí mismo:
 --Señor: tengo un buen reloj que vender; regalado; es recuerdo
 de familia.

A la voz de recuerdo de familia, el cliente, a quien no impresionaban las palabras "buen reloj" ni "regalado", se detenía, excepto cuando tenía ideas propias sobre la familia y los recuerdos que suele dejar.

--¿Un reloj?

--Sí, ¿Se interesaría por verlo? -- decía el

vendedor. Había un momento de duda. Tengo que hacer una revista y com-

--¿Será muy caro? -- decía el cliente.

Hacia esta pregunta como pidiendo clemencia.

--No; es decir, es un buen reloj y lo vendo sólo porque tengo un apuro muy grande: mi madre está enferma.

--Veamos -- susurraba el posible comprador, como si se tratara de una conspiración.

--Aquí está -- decía el vendedor, con igual soplo de voz.

Sacaba el reloj, comprado el día anterior en la compra-venta que un judío mantenía frente a la estación de los ferrocarriles, y dando una mirada en redondo, como si se tratara de ocultar algo que había interés público en ocultar, lo mostraba. Era el reloj más vulgar que el de una oficina de correos, pero el hecho de que se ofreciera con esa voz y en esa forma y asegurando que era un recuerdo de familia le daba una impagable apariencia de reliquia. El cliente lo miraba con interés, aunque con desconfianza, como se mira a todas las reliquias: como viejo el reloj lo era y andaba más por tradición que por propia iniciativa.

--Pertenece a mi abuelo; se lo vendió un sargento negro, de las tropas que atravesaron la cordillera con el general San Martín; parece que fué robado en el saqueo de la casa de un godo.

Aquí debía bajarse un poco la voz: las palabras godo y saqueo hacían subir el precio del reloj.

--¿Y cuánto?

A la voz de recuerdo de familia, el cliente, a quien no impresionaban las palabras "buen reloj" ni "regalo", se detenía, excepto cuando tenía ideas propias sobre la familia y los recuerdos que sabía de ella.

--¿Un reloj?

--Sí, ¿se interesaría por verlo?

Había un momento de duda.

--¿Será muy caro?

Había esta pregunta como pidiendo clemencia.

--No; se decía, es un buen reloj y lo vendo sólo porque tengo un poco muy grande; mi madre está enferma.

--Veamos -- examinaba el posible comprador, como si se tratara de una conspiración.

--Aquí está -- decía el vendedor, con igual soplo de voz.

Sacaba el reloj, comprado el día anterior en la compra-venta que un judío mantenía frente a la estación de las ferrocarriles, y quería dar una mirada en redondo, como si se tratara de ocultar algo que había interés público en ocultar, lo mostraba. Era el reloj, más vulgar que el de una oficina de correos, pero el hecho de que se ofreciera con esa voz y en esa forma y asegurando que era un recuerdo de familia le daba una impenetrable apariencia de reliquia. El cliente lo miraba con interés, aunque con desconfianza, como se mira a todas las reliquias: como visto el reloj lo era y andaba más por tradición que por propia iniciativa.

--Perteneció a mi abuelo; se lo vendió un sargento negro, de las tropas que atravesaron la cordillera con el general San Martín; parece que fue robado en el saqueo de la casa de un godo.

Aquí debía bajarse un poco la voz: las palabras godo y saqueo habían sido el precio del reloj.

--¿Y cuánto?

--Por ser usted, dieciocho pesos. el vendedor agregaba

Súbitamente, el hombre perdía interés y con razón, pues el reloj, aunque hubiese sido todo lo que ^{de} él decía, no costaba más de cuatro pesos y cualquiera habría podido adquirirlo en un ~~xxxxxxx~~ bric-a-brac por tres cuarenta.

--No lo vendería si mi madre no estuviese tan enferma -- decía el vendedor con voz compungida --. Tengo que mandar hacer una receta y comprarle algo de comer. ¿No daría quince pesos?

El cliente volvía a cobrar interés: la esperanza de que la desgracia que afligía al vendedor resultara una ventaja para él, nacía en su conciencia: "Si demuestro menos interés me rebajará un poco más; la vieja está enferma y sin remedios y sin comer se morirá". Cuando el honesto juego de la oferta y la demanda llegaba a su límite, lo cual se podía observar hasta de lejos por los movimientos y las actitudes de los transantes, el socio, con una preciosa cara de inocente, se acercaba a los dos hombres: había estado sentado, durante todo ese tiempo, en un banco cercano -- todos estos negocios se llevaban a cabo, por lo común, en una plaza pública --, mirando hacia la pareja que discutía el precio del recuerdo de familia, y por fin, como comido por la curiosidad, se aproximaba:

--Perdonen-- decía, con una sonrisa de intruso que teme lo Xechen a puntapiés --, hace rato que los veo discutir y no he podido resistir la curiosidad. ¿De qué se trata? ¿El señor vende algo? Cahn -- como ya se ha

El posible comprador no decía una palabra, aunque lanzaba al entrometido una mirada de desprecio; el vendedor, por su parte, aparentaba indiferencia. se le había rebajado hasta quince pesos, estallaba:

--No estamos discutiendo -- decía, friamente --; es un asunto de negocios. intruso --; yo estaba, antes que usted, en tratos con el señor.

No añadía una sola palabra. El intruso, con cara de confundido y con una sonrisa idiota que producía lástima, esperaba un momento; luego, ha-

--Por ser usted, desdichado pensó. --
Súbitamente, el hombre paró de andar y con una mirada, que al verlo,
había sido todo lo que él podía, no costaba más de cuatro pesos
X
habría podido adquirirlo en un momento por
las casacas.
--No lo vendería al mal hombre no estuviese tan enfermo -- decía el
vendedor con voz apagada --. Tengo que andar hacer una receta y com-
praría algo de comer. ¿No daría quince pesos?
El cliente volvió a comprar interés: la esperanza de que la desgracia
se alivie al vendedor resultaba una ventaja para él, más en su con-
dición: "Si demostramos menos interés me rebajará un poco más; la vieja
está enferma y sin remedio y sin comer se morirá". Cuando el honesto ju-
da de la oferta y la demanda llegaba a su límite, lo cual se podía obser-
var hasta de lejos por los movimientos y las actitudes de los transac-
tas, con una preciosa cara de inocente, se acercaba a los dos hom-
bres estado sentado, durante todo ese tiempo, en un banco X. --
Los estos negocios se llevaban a cabo, por lo común, en una plaza pública
-- mirando hacia la parte que discutía el precio del rescate de la
milla, y por fin, como comido por la curiosidad, se aproximaba:
--Perdonen-- decía, con una sonrisa de intruso que lea lo X
-- hace rato que los veo discutir y no he podido hablar la
curiosidad. ¿De qué se trata? El señor vende algo?
El posible comprador no decía una palabra, aunque lanzaba al enton-
do una mirada de desprecio; el vendedor, por su parte, se lamentaba in-
fancia.
--No estamos discutiendo -- decía, tristemente --; es un asunto de
sociedad. --
No había una sola palabra. El intruso, con cara de confundido y con
una sonrisa idios que producía lástima, esperaba un momento: luego, ha-

cía además de retirarse; en ese momento el vendedor agregaba:

X --Se trata de un reloj, recuerdo de familia, que quiero vender al señor, pero lo encuentra caro; no lo vendería si no...

Y agregaba lo demás. La cara del socio se iluminaba:

--¿Un recuerdo de familia?

--Sí.

Relampagueaban los ojos del intruso; mirando al cliente como pidiéndole disculpa, preguntaba:

--¿Podría verlo?

--Cómo no: aquí está.

Lo recibía y lo pasaba de una mano a otra, como si nunca hubiese visto cachivache semejante, contemplándolo de frente, de costado y por detrás y preguntando cuántos años de existencia se le suponían, cuántos días de cuerda tenía y si estaba garantizado. La víctima, entre tanto, se mordía labios y maldecía al intruso, el cual preguntaba finalmente al vendedor, devolviéndole el reloj:

--Y... ¿cuánto?

--Por ser usted y porque ha demostrado tanto interés, se lo dejaría en quince pesos.

El cliente daba una mirada de indignación al vendedor: a él, de entrada, le había pedido dieciocho pesos, tres pesos más.

--Pero -- añadía el vendedor, con todas las de Caín -- como ya se hace tarde y estoy apurado, se lo daría hasta en doce.

El amante de los recuerdos de familia, que veía escársele el reloj y a quien sólo se le había rebajado hasta quince pesos, estallaba:

--Permitame, señor -- decía, metiéndose entre los dos socios y dando cara al intruso--; yo estaba, antes que usted, en tratos con el señor.

--Bueno, bueno -- respondía tímidamente el interpelado --, pero como el señor...

la además de retirarse; en ese momento el vendedor agregaba:
--Se trata de un reloj, recuerdo de familia, que quiero vender al se-
ñor, pero lo encuentro caro; no lo vendería al no...
Y agregaba lo demás. La cara del socio se iluminaba:
--Un recuerdo de familia?
--Sí.
Relampagueaban los ojos del intruso; mirando al cliente como pidién-
dole disculpas, preguntaba:
--¿Podría verlo?
--Cómo no: aquí está.
Lo recibía y lo pasaba de una mano a otra, como si nunca hubiese via-
do. Observaba semejante, contemplándolo de frente, de costado y por detrás
y preguntando cuántos años de existencia se le suponían, cuántos días de
vida tenía y el estado garantizado. La víctima, entre tanto, se mordía
labios y maldecía al intruso, el cual preguntaba finalmente al vendedor,
dándole el reloj:
--Y... ¿cuánto?
--Por ser usted y porque me demostró tanto interés, se lo dejaré
en quince pesos.
El cliente daba una mirada de indignación al vendedor: a él, de en-
trada, le había pedido dieciocho pesos, tres pesos más.
--Pero --añadía el vendedor, con todas las de Galán -- como ya se ha-
ce tarde y estoy apurado, se lo daré hasta en doce.
El amante de los recuerdos de familia, que veía escudarse el reloj y
a quien sólo se le había rebajado hasta quince pesos, estallaba:
--Permitame, señor -- decía, metiéndose entre los dos socios y dando
cabeza al intruso --; yo estaba, antes que usted, en trato con el señor.
--Bueno, bueno -- respondía tímidamente el interpelado --, pero como
el señor...

--Cuando yo me haya ido usted podrá continuar hablando con él si tanto lo desea.

Y agregaba, volviéndose impetuosamente hacia el vendedor:

--Es mío por los doce pesos.

--Muy bien -- respondía el hijo modelo, con una cara que demostraba claramente que le importaba un comino que fuese uno u otro el comprador; lo único que a él le interesaba era la viejita --. Es suyo.

La víctima sacaba los pesos, los entregaba, recibía la reliquia y se iba, lanzando de pasada una gran mirada de desprecio al entrometido, que se quedaba en amena charla con el vendedor, marchándose después los dos en busca de un nuevo comprador. Ganaron así bastante dinero, aunque todo se les hacía poco, pues llevaban una vida de millonarios, con ^{comilonas} millones y francachelas. Me hacía cruces: en el colegio los había visto como seres, si no tímidos, tranquilos y, aparentemente por lo menos, incapaces de engañar a nadie; la libertad de comercio los había corrompido. Hube de abandonarles, sin embargo; un día me expusieron a un serio disgusto: tenían relaciones con una muchacha, pensionista de una casa de prostitución, que les acompañaba, con otra, en sus fiestas; una ~~xxxxxxx~~ noche, borrachos, decidieron quedarse con ellas para hacerlas sus queridas, pero las muchachas no podían dejar así como así el prostíbulo: era necesario arreglar, con el dueño o la regenta, las cuentas de pensión, ~~x~~ de préstamos y anticipos, descuentos por esto, regargos por ^{lo} estotro, cuentas siempre más enredadas que herencia de brasilero, sin contar con que los patrones jamás ven con buena cara el retiro de sus pensionistas, salvo que tengan que irse a un hospital a curarse sus llagas. Era preciso, sin embargo, hacer algo, pues las ^{mu}muchachas tenían sus ropas en aquella casa. Hablaron conmigo y me convencieron de que fuera a hablar por lo menos por una de ^{ellas} ~~las~~ muchachas. ~~de la prostituta se detuvo.~~

--La regenta -- me dijeron -- es una mujer muy tímida -- y como vie-

--Cuando yo me haya ido usted podrá continuar hablando con él si le

lo desee.

Y agregaba, volviéndose impetuosamente hacia el vendedor:

--Es más por los doce pesos.

--Muy bien -- respondía el hijo modelo, con una cara que demostraba
claramente que le importaba un comino que fuese uno u otro el comprador;
lo único que a él le interesaba era la visita --. Es suyo.

La víctima sacaba los pesos, los entregaba, recibía la reliquia y se
iba, lanzando de pasada una gran mirada de desprecio al entrometido, que
se quedaba en eterna charla con el vendedor, marchándose después los dos
en busca de un nuevo comprador. Ganaron así bastante dinero, aunque todo
se las hacía poco, pues llevaban una vida de millonarios, con ^{convivencias} ~~casados~~ y
tranquilidad. Me hacía gracia: en el colegio los había visto como seres,
al no tímidos, tranquilos y, aparentemente por lo menos, incapaces de
engañar a nadie; la libertad de comercio los había corrompido. Hube de
abandonarlos, sin embargo; un día me expusieron a un serio disgusto: to-
man relaciones con una muchacha, pensionista de una casa de prostitución,
que les acompañaba, con otras, en sus fiestas; una ~~muchacha~~ noche, por-
tando, decidieron quedarse con ellas para hacerles sus queridas, pero las
muchachas no podían dejar así como así el prostíbulo; era necesario que
dieran, con el dueño o la regenta, las cuentas de pensión, y de préstamos
y anticipos, descuentos por esto, regalos por aquello, cuentas siempre
más entredadas que herencia de prestadero, sin contar con que los patronos
jamás van con buena cara el retiro de sus pensionistas, salvo que tengan
que irse a un hospital a curarse sus llagas. Era preciso, sin embargo,
hacer algo, pues las muchachas tenían sus ropas en aquella casa. Hablaron
conmigo y me convencieron de que fuera a hablar por lo menos por una de

llaves.

--La regenta -- me dijeron -- es una mujer muy tímida -- y como vie-

ran que ponía cara de incrédulo, rectificaron --. Tímida con la policía; le dices que eres agente de investigaciones y que traes tales y cuales órdenes y dará todo en seguida.

Me dejé convencer y aleccionar, animado por la sonrisa de una de las muchachas, que parecía acariciarme con los ojos. Llegué frente a la casa, situada en el límite urbano de Mendoza, y allí me detuve y miré a mí alrededor, como capitán que estudia el terreno antes de iniciar la batalla; la soledad era absoluta; por esa calle parecía no transitar gente sino por las noches; el suelo se veía recién barrido frente a la casa; las ventanas y las puertas estaban cerradas y no se oía dentro ningún ruido; la casa parecía estar deshabitada y juzgué que podría escapar tranquilo si algo, que no esperaba, llegara a ocurrir. Toqué el timbre, que sonó larga, fuerte y extrañamente en la silenciosa casa; talvez encontraba raro que lo tocasen a esa hora. Después de un rato muy largo sentí que alguien bajaba la escalera, tanteaba la puerta, corría barras y picaportes y abría la puerta: era una vieja.

--¿Qué quiere usted? -- preguntó, escoba en mano.

--Quiero hablar con la patrona.

--¿A esta hora? Está en cama todavía; se levanta a las cuatro.

Eran sólo las diez.

--Vengo de Investigaciones y traigo orden de hablar con la señora.

La vieja me miró asustada; al parecer, también tenía miedo a la policía. Me miró de nuevo, pero como viera mi semblante adusto de representante de la ley, dijo, juntando un poco la puerta:

--Espere un momento.

Subió la escalera y allí quedé, con el corazón saltándome en el pecho y con unas ganas terribles de emprender una vertiginosa carrera; la lejana sonrisa de la prostituta me detuvo.

--¡Eh, ~~si~~ dice la señora que suba!

que podía ser de interés, recibí un --. Fijada con la policía;
a veces que esas agencias de investigaciones y que esas tales y cuales de
Me dejó convenir y almorzar, animado por la sonrisa de una de las
muchachas, que parecía acordarme con los ojos. Llegué frente a la casa
situada en el límite urbano de Mendoza, y allí me detuve y miré a mi al-
rededor, como capitan que estudia el terreno antes de iniciar la batalla;
la soledad era absoluta; por esa calle parecía no transitar gente sino
por las noches; el suelo se veía recién barrido frente a la casa; las ven-
anas y las puertas estaban cerradas y no se oía dentro ningún ruido; la
casa parecía estar deshabitada y juzgué que podría escapar tranquilamente
fácil, que no esperaba, llegara a ocurrir. Toqué el timbre, que sonó lar-
go, fuerte y extrañamente en la silenciosa casa; tal vez encontrara raro
que lo tocaran a esa hora. Después de un rato muy largo sentí que alguien
abía la escalera, tanteaba la puerta, corría barras y picaportes y abría
la puerta: era una vieja. -- ¿Qué quiere usted? -- preguntó, escoba en mano.
-- Quiero hablar con la patrona.
-- ¿A esta hora? Está en cama todavía; se levanta a las cuatro.
Eran sólo las diez.
-- Vengo de investigaciones y traigo orden de hablar con la señora.
La vieja me miró asustada; al parecer, también tenía miedo a la poli-
cía. Me miró de nuevo, pero como viera mi semblante adusto de representante
de la ley, dijo, juntando un poco la puerta: -- Espere un momento.
Subió la escalera y allí quedé, con el corazón saltándome en el pe-
cho y con unas ganas terribles de comprender una vertiginosa carrera; la
patrona sonría de la prostituta me detuvo.
-- ¡En, mira dice la señora que anda

La vieja hablaba a media voz desde lo alto de la escalera. Me encomendé a todos los santos, me abroché bien el paletó, me afirmé el pantalón y empecé a subir. Cuando llegué a lo alto de la escalera miré a mi alrededor; jamás había estado en un prostíbulo a esa hora y nunca, por otra parte, había tenido relaciones con una prostituta. El salón parecía el de cualquier casa burguesa, plantas de aspirita, maceteros, cuadros baratos en las murallas, pequeñas alfombras, el piso bien encerado, el papel de las paredes limpio y sin desgarraduras. Allí estaban los dormitorios, en fila y cerrados. Oí que crujía una cama, sentí unos pies descalzos talonear en el suelo y después de un momento se entreabrió una puerta y apareció por ella una mujer morena, alta, de pelo negrísimo, el cuerpo cubierto por una bata que no la tapaba bien, ya que dejaba al descubierto el nacimiento y algo más de unos altos y redondos pechos. Sentí que la lengua se me empujaba y que la boca se me secaba, cerrándoseme la garganta. La mujer se acercó y mientras se acercaba alzó los brazos para sujetarse el pelo que se le caía, movimiento que provocó la abertura de la bata y la aparición de una camisa de dormir, de seda y color rosa, que terminó con la desaparición de mi lengua y causó la absoluta sequedad de mis fauces; pero, contra lo que esperaba, la voz de aquella mujer, que se me ocurría debía ser llena, rica en inflexiones, aterciopelada, como se dice, acariciante, resultó ronca, desagradable, ácida, voz de mujer acostumbrada a decir y gritar palabras destempladas o groseras, yegua, por ejemplo, si se dirigía a una mujer, o cabrón tal por cual si el interesado era un hombre. Sentí gran desencanto; su cuerpo merecía otra voz. La miré acercarse; a diez pasos de mí gritó:

--¡Edelmira! ¡Lléveme el desayuno!

contestó,
Edelmira era la vieja sirvienta, que ~~salía~~ saliendo de una pieza, que se lo llevaría enseguida, alejándose después hacia el fondo de la casa. La mujer, entre tanto, sonriendo y cambiando un poco el tono de

La vieja hablaba a media voz desde lo alto de la escalera. Me enco-
ntré a todos los santos, me abroché bien el paletó, me aliné el pantalón
y me fui a subir. Cuando llegué a lo alto de la escalera miré a mi alrededor
y jamás había estado en un prostíbulo a esa hora y nunca, por otra parte,
había tenido relaciones con una prostituta. El salón parecía el de
un buen casa burguesa, plantas de sapitis, maceteros, cuadros baratos
en las murallas, pequeñas lámparas, el piso bien encerado, el papel de
paredes limpio y sin desgarraduras. Allí estaban los dormitorios, en
y corredores. Oí que cruje una cama, sentí unos pies descalzos talonarse
en el suelo y después de un momento se entreabrió una puerta y apareció
allí una mujer morena, alta, de pelo negro, el cuerpo cubierto por
una bata que no la tapaba bien, ya que dejaba al descubierto el nacimiento
de los muslos y unos altos y redondos pechos. Sentí que la lengua se me enco-
ntraba y que la boca se me secaba, cerrojé los ojos, cerrojé los ojos, cerrojé
los ojos y mientras se acercaba alzó los brazos para sujetarse al pelo que
le caía, movimiento que provocó la apertura de la bata y la aparición
de una camisa de dormir, de seda y color rosa, que terminó con la desapa-
rición de mi lengua y causó la absoluta sequedad de mis fauces; pero, contra
lo que esperaba, la voz de aquella mujer, que se me ocurría debía ser lla-
mante y inflexiones, aterlopeladas, como se dice, acortadas, resu-
nantes, desagradable, ácida, voz de mujer acostumbrada a decir y gritar
cosas desatempladas o groseras, yegua, por ejemplo, al se dirigía a una
puerta, o capón tal por cual al el interesado era un hombre. Sentí gran
nerviosismo; un cuerpo maraca era voz. La miré acercarse; a diez pasos de
mí:

--¡Bendita! ¡Llévame al baño!

contendí, saliendo de una plaza,
así lo llevaría conmigo, alejándose después hacia el fondo de la
la mujer, entre tanto, cambiando y cambiando en poco el tono de

voz, me dijo:

--¿Qué lo trae por aquí? venga ella a buscar sus cosas y que cuando

Me pareció que había algo de ternura en su voz, una ternura ronca también, y me sentí cogido y acariciado por ella, a tal punto que estuve tentado de decirle que lo que me traía era un estupidez sin importancia, una grosera farsa y que la verdad era que había venido sólo para mirarla y acariciarla, etcétera; el ridículo y el recuerdo de su voz natural me detuvieron: no podía cambiar nada y debía desempeñar mi papel en la mejor forma posible, ciñéndome a lo prescrito; había declarado ser agente de investigaciones y era necesario que dijera e hiciera sólo lo que era digno de ese ser, y como ya no tenía tiempo de inventar nada declaré, buscando en el fondo de mi garganta alguna humedad y el resto de mi lengua:

--Se ha recibido en Investigaciones una denuncia contra usted; se trata de Olga Martínez.

Al oír el nombre la mujer se irguió:

--¿Olga Martínez? Estaba aquí de pensionista y se ha ido, quedándome a deber una cantidad de plata. ¿Qué hay con ella?

--Asegura que no le debe nada y que lleva ^{aquí}cerca de dos años, sin que nunca se le haya dado un centavo. Exige, por el momento, que usted me entregue su ropa.

Sentí que la mujer iba a estallar y miré, de reojo, la ^{era}escalera: estaba libre y recién barrida y allá abajo, donde terminaba, por entre las hojas de la puerta entornada, se veía un rayo de luz. ¿Cuántos saltos debía dar para llegar hasta la calle? La mujer estalló, en efecto: su voz, esa voz profesional, llena de rasgaduras, me raspó los tímpanos:

--¡Yegua de mierda! Después que la he tenido dos años aquí, dándole de comer y vistiéndola y permitiéndole que tuviese todos los amantes que quiso tener, me hace esta porquería. ...

Se dió vuelta hacia mí, que miraba un sombrero hongo y un bastón que

me dijo:

--¿Qué lo trae por aquí?

pareció que había algo de ternura en su voz, una ternura torca también,
me sentí cogido y acariciado por ella, a tal punto que estuve tentado de
decirle que lo que me traía era un estúpido sin importancia, una grosera
cosa y que la verdad era que había venido sólo para mirarla y acariciarla,
ésta; el ridículo y el recuerdo de su voz natural me detuvieron: no po-
ría cambiar nada y debía desempeñar mi papel en la mejor forma posible, si-
no me lo prescribió; había declarado ser agente de investigaciones y era
necesario que dijera e hiciera sólo lo que era digno de ser, y como ya
tenía tiempo de inventar nada declare, buscando en el fondo de mi car-
ta alguna humildad y el resto de mi lengua:

--Se ha recibido en investigaciones una denuncia contra usted; se tra-
ta de Olga Martínez.

Al oír el nombre la mujer se irguió:

--¿Olga Martínez? Estaba aquí de pensionista y se ha ido, quedándose

deber una cantidad de plata. ¿Qué hay con ella?

--Asesura que no le debe nada y que llévase los dos años, sin que nun-
ca se le haya dado un centavo. Exige, por el momento, que usted me entregue

unos.

Sentí que la mujer iba a estallar y alzó, de golpe, la cabeza; estaba
que y recién parida y allí abajo, donde terminaba, por entre las nubes
la puerta entornada, se veía un rayo de luz. ¿Cuántos saltes debía dar
para llegar hasta la calle? La mujer estalló, en efecto: su voz, su voz
profesional, llena de rasgaduras, me rasgó los tímpanos:

--¡Venga de mírala! Después que la he tenido dos años aquí, dándole de
comer y vistiéndola y permitiéndole que tuviera todos los amantes que qui-
siera, me hace esta pordiosera...

Se dio vuelta hacia mí, que miraba en asombro hacia y un bastón que

colgaban de una percha y dijo:

--Dígale a esa fulana que venga ella a buscar sus cosas y que cuando me haya pagado lo que me debe podrá llevarse sus camisas sucias y sus vestidos viejos.

Estaba furiosa y si aquella pobre muchacha hubiese estado presente lo habría pasado bastante mal. Abandonando todo recato, no se preocupaba ya de su bata, que se abría libremente y dejaba ver su camisa y al más allá de sus preciosos pechos, sin que ello me causara ya sentimiento alguno de ternura o de sensualidad: para llegar a acostarse con esa mujer se necesitaba dinero o fuerza y yo no tenía nada de eso ni esperanza de llegar a tenerlo algún día. La ternura, esa preciosa flor humana, debía morir entre sus manos o entre sus piernas como quemada por un ácido; la vida no le había permitido cultivarla o quizá nunca supo que existiera ni la echó de menos. Mi único deseo era el de alejarme de allí, huir, pero era un representante de la autoridad y ~~mandaba~~ un representante de la autoridad no debe huir, salvo que haya motivos para hacerlo. Respondí, tartamudeando:

--Habló con el jefe y es el jefe el que me manda a decirle que se le entregue su ropa.

La mujer hizo un gesto de sorpresa y de nuevo la miré con atención: era realmente hermosa: ojos negros, grandes cejas, labios gruesos, morena. ¿Qué tendrían que hacer con ella ese sombrero hongo y ese bastón? Contestó:

--¿Dice usted que el jefe lo mandó? ¿Antoñito?

Asentí: don Antonio de Larrazábal era el jefe de Investigaciones, mi jefe, por lo demás.

La mujer prosiguió:

--¿Y cómo no lo dijo desde el principio? Si está aquí. . . Se quedó anoche con la Julia. Espérese un momento: voy a hablar con él. Puede ser

[illegible]

que haya despertado. . .

Dió una media vuelta; yo también; la escalera continuaba desierta. ¿De modo que Antofito había pasado la noche allí? No sé cuánto tiempo demoró la mujer en llegar frente a la puerta ante la cual se detuvo y golpeó; años quizá. Una voz soñolienta contestó y la dueña abrió y entró. Por última

vez, antes de que entrara, la miré: por detrás, y como de nuevo se había ajustado la bata, era tan deseable como por delante, cimbreado de izquierda a derecha, de babor a estribor, embarcación muy marinera, con sus

altos tacones, sus finos tobillos y sus poderosas piernas: a esa mujer, en tanto se mantuviera así, no le haría jamás nada desagradable ningún re-

presentante de la ley o de la autoridad. Fué la última vez que la ví; segundos después estaba en la calle. Ya en la acera sentí una rabia tremenda, no contra las muchachas, que eran víctimas y que siempre lo serían, ya

de un truhán, ya de una cabrona, sino contra los que me habían metido en esa aventura; debía separarme de ellos si no quería verme, el día menos

pensado, metido en un lío más gordo. No volví, pues, al hotel y les mandé decir con un niño que se fueran a la misma mierda. Al día siguiente partí

hacia la pampa, colgado de un vagón de carga, y meses después, de regreso en Mendoza, al entrar al calabozo a que me llevaban por supuesto sabo-

taje en unas obras de enmaderación en que trabajaba, ¿a quién cree usted que ví?, a mi amigo Ipinza, deshecho, la barba crecida, la cara como de

ermitaño, sentado en un rincón sobre el culo de una botella vacía y con el

aire de quien sólo espera la hora de su fusilamiento. Al verme se abrazó a mí y rompió a llorar.

--¿Qué te ha pasado?

No pudo contestar y lo dejé que llorara a satisfacción: con el llanto sus ojos enrojecieron, la barba pareció enredársele y las babas y los mocos empezaron a correr por sus pelos; se puso espantoso y me produjo verdadera lástima: no sé por qué, a pesar del mal rato que me habían hecho pasar, sentía un poco de cariño por esos badulaques.

... me despertaba.

Dio una media vuelta; yo también; la escalera continuaba desierta. De
 que Antonio había pasado la noche allí? No sé cuánto tiempo demoró
 mujer en llegar frente a la puerta ante la cual se detuvo y golpeó; años
 más. Una voz soñolienta contestó y la puerta abrió y entró. Por última
 vez, antes de que entrara, la miré: por detrás, y como de nuevo se había
 pasado la bata, era tan desahogado como por delante. Me impresionó de in-
 terés a derecha, de dolor a estribor, embarrascada muy marimera, con sus
 los tacones, sus finos tobillos y sus poderosas piernas: a esa mujer, en
 tanto se mantuviera así, no le haría jamás nada desagradable. Ningún re-
 presentante de la ley o de la autoridad. Fue la última vez que la vi; se-
 ñoras después estaba en la calle. Ya en la escena sentí una radiante tremen-
 da, no contra las muchachas, que eran víctimas y que siempre lo serían, ya
 un triunfo, ya de una catrota, sino contra los que me habían metido en
 aventuras; debía separarme de ellos si no quería verme, el día menos
 pensado, metido en un lío más gordo. No volví, pues, al hotel y les mandé
 salir con un niño que se fueran a la misma mierda. Al día siguiente parti-
 cular la pompa, colgado de un vagón de carga, y meses después, de regreso
 en Mendoza, al entrar al calabozo a que me llevaban por supuesto aspo-
 rado en unas obras de enmaderación en que trabajaba, ¿a quién cree usted
 que vi? a mi amigo Ipiñea, deshecho, la barba crecida, la cara como de
 fantasma, sentado en un rincón sobre el culo de una botella vacía y con el
 una de esas caras sólo espere la hora de su tráfalamiento. Al verme se apuró a
 y rompió a llorar. ¿Qué te ha pasado?
 No pudo contestar y lo dejó que llorara a satisfacción: con el llanto
 los ojos entrojados, la barba parecía enredarse y las pajas y los mo-
 dos empezaron a correr por sus pelos; se puso espantoso y me produjo verda-
 dera lástima; no sé por qué, a pesar del mal rato que me habían hecho pa-
 rar, sentía un poco de cariño por esos padecidos.

XI

--Estoy preso por la muerte de Olga, que se envenenó hace dos meses; no sé si te enteraste por los diarios.

--Llegué hace sólo quince días. ¿Y González?

--No sé nada de él; ha huido, pero nada más que de miedo, pues ~~me~~ no tiene culpa alguna. Estábamos borrachos, pero no tanto como para no recordar que ni él ni yo tuvimos nada que ver con su muerte. Se suicidó porque le dije que iba a volver a Chile, abandonándola. La idea de volver al prostíbulo, a ganarse la vida acostándose con uno y otro, la ponía como loca. Pero yo no podía hacer otra cosa; debía irme a terminar mis estudios y no podía llevarla conmigo: ¿dónde meterla y cómo alimentarla y vestirla? Recibí la visita de mi hermano mayor y de un tío, además de montones de cartas de mi madre; el cónsul me llamó varias veces, dos veces me mandaron dinero para el pasaje y dos veces me lo gasté y cuando ya creía que terminaría ~~mi~~ siendo para siempre un truhán, el amante de una prostituta y con el tiempo un rufián, resulta que una mañana, no sé por qué, amanezco vuelto hacia Chile y decido regresar y se lo digo. No lo creyó, pero me amenazó:

--Si te vas y me dejas, me mató^x.

Me reía.

--Nadie se mata ya por amor.

no

Pero/se trataba de amor; después lo comprendí: se trataba de terror.

La conocí a las dos o tres semanas de llegar aquí, en el Gato Gris, ese prostíbulo a donde fui^{te} a buscar su ropa; no sé si te acuerdas.

--Ratoy preso por la muerte de Olga, que se envenenó hace dos meses; se si te enteraste por los diarios.

--Algunos hace sólo quince días. ¿Y González?

--No sé nada de él; ha huido, pero nada más que de miedo, pues me no

lancé algunos. Estábamos borrachos, pero no tanto como para no recordar

le ni él ni yo tuvimos nada que ver con su muerte. Se suicidó porque le

que iba a volver a Chile, abandonándola, la idea de volver al prosti-

to, a ganarse la vida acostándose con uno y otro, la ponía como loco. Pe-

yo no podía hacer otra cosa; debía irme a terminar mis estudios y no

podía llevarle conmigo: ¿dónde meterla y cómo alimentarla y vestirla? Reo-

la visita de mi hermano mayor y de un tío, además de montones de cartas

mi madre; él cuando me llamó varias veces, dos veces me mandaron dinero

en el pasaje y dos veces me lo gasté y cuando ya creía que terminaría un

largo para siempre, un truhán, el amante de una prostituta y con el tiem-

po un truhán, resultó que una mañana, no sé porqué, amaneció vestido hasta

los pies y decidió regresar y se lo dijo. No lo creyó, pero me amenazó:

--Si te vas y me dejas, me mato.

Me reía.

--Nadie se mata ya por amor.

Pero se trataba de amor; después lo comprendí: se trataba de terror.

Conoció a las dos o tres semanas de llegar aquí, en el Gato Gris, ese

prostituto a donde fuiste a buscar su ropa; no sé si te acuerdas.

Olga --Me acuerdo demasiado. De haber bebido allí con una nueva amante, una

--Era la querida de un muchacho dibujante, Mateo Benedetti, es decir, querida, no sé, tal vez sería más correcto decir amor, si la palabra no resultara demasiado fina para una prostituta, quiero decir, estaban enamorados uno del otro, enamorados de cierto modo, pues no vivían juntos; Olga hacía su vida, o sea, se acostaba con él que pagaba y a él esto le parecía normal; algunas veces, cuando llegaba a verla, debía esperar que se desocupara. Cuando él estaba, ella no aceptaba ofrecimiento alguno; él no le daba dinero, es cierto, pero tampoco lo recibía: hay algunos que lo reciben, pero él conservaba todavía esa dignidad, que es difícil conservar para siempre. Nada es más difícil que negarse a recibir dinero. Todo esto te parecerá raro y es porque, siendo como eres, no sabes que el corazón humano, por miserable que sea, nunca renuncia a lo que le es propio, la ternura, el amor o la amistad, aunque no tengan la misma calidad de otros amores, de otras ternuras o de otras amistades. No sé si has oído decir o contar que algunos hombres que se pierden en lugares en que no hay agua, terminan por beber sus propios crines o los ~~ajenos~~ ajenos cuando ya la sed los enloquece: ella no podía tener un marido y tenía un amante o algo o alguien que era menos que un amante, pero que podía parecerlo, ya que no le pagaba ni le cobraba. Las prostitutas dicen tener "un amorcito". Iba casi todos los días a verla y cuando tenía dinero la sacaba a pasear e iban al campo, a los restaurantes o a otras casas de diversión, a beber, a bailar, a lucirse; él es hermoso, con el tipo del bohemio elegante, la cara como de cera, fina, melena rizada, bien vestido, zapatos de charol, de buenas maneras; borracho, es cierto; sin voluntad, es cierto; ~~vencido~~ vencido por el vicio en plena juventud, es cierto, pero... y un día la plantó; mejor dicho, se presentó en el Gato Gris con otra mujer, ebrio, con un gran ramo de violetas en las manos, como una actriz de los tiempos de Dumas hijo, y hablando de tuberculosis, hospital, ajeno y otras porquerías. Olga se tragó el espectáculo y él se fué,

--Me acuerdo demasiado.

--Es la guerra de un momento, Natus Benediti, es decir,
 vida, no es, tal vez sería más correcto decir amor, si la palabra no re-
 que demasiado tiene para una prostituta, quiere decir, estaban enamorados
 uno del otro, enamorados de cierto modo, pues no vivían juntos; él
 la veía, o sea, se acostaba con él que pagaba y a él esto le parecía
 mal; algunas veces, cuando llegaba a verla, debía esperar que se desocu-
 . Cuando él estaba, ella no aceptaba oficialmente alguno; él no le daba
 ro, es cierto, pero tampoco le recibía; hay algunas que lo reciben, pe-
 ro conservaba todavía esa dignidad, que es difícil conservar para siempre.
 es más difícil que negarse a recibir dinero. Todo esto te parecerá ra-
 y se porque, siendo como eres, no sabes que el corazón humano, por mis-
 la que sea, nunca renuncia a lo que le es propio; la tumba, el amor e
 amistad, aunque no tengan la misma calidad de otros amoros, de otros ter-
 ra o de otros sentimientos. No sé si has sido capaz o contar que algunos
 res que se pierden en la arena en que no hay agua, terminan por beber
 propios orines o los de otros animales cuando ya no les queda nada; esto
 podía tener un sentido y tenía un sentido o algo o alguien que era humano.
 un amante, pero una pobre prostituta. ¿Ya que no le pagaba ni la comida.
 prostitutas dicen tener "un amorcito". En casi todos los días a verla
 cuando tenía dinero le hacía a pasar a él al baño, a las habitaciones
 otras cosas de diversión, a beber, a bailar, a fumar; él es hermoso,
 el tipo del bohemio elegante, la cara como de cera, fino, melosa risa-
 blan vestido, ropas de charol, de buenas maneras; por eso, es cierto,
 voluntad, es cierto; también venía por el vino de buena juventud,
 cierto, pero... y en la vida; mejor dicho, se presentaba en el caso
 a con otra mujer, esto, con una vida de violencia en las manos, con
 a ella de los campos de Dama Nijo, y habiendo de haberlo, como
 a tanto y otras porquerías. O sea, se trata de un espectáculo y él se fue.

siguiendo la farra, después de haber bebido allí con una nueva amante, una muchacha paraguaya, muy linda también, que está ahora en el hospital, no con una romántica tisis sino con una sífilis de agárrate, Catalina. Si se hubiera tratado de otro hombre talvez Olga habría reaccionado de otro modo, pero esperaba aquello. Esa noche caí yo al baile y la ví triste y con los ojos rojos; la invité a una copa y aceptó en silencio y como la viera ~~xxxx~~ así tuve el tino de no preguntarle nada ni de decir ninguna palabra que la hiciera suponer que mis intenciones podían ser otras; momento después, sin embargo, me preguntó si podría sacarla a pasear, a comer por ahí o a bailar si lo prefería. Me llamó la atención el que las otras mujeres la miraran de un modo especial y se acercaran a ella muy a menudo a acariciarla o a decirle algo en voz baja, caricias y palabras que recibía y parecía agradecer con ojos bajos y muy seria. Le respondí que la sacaría con mucho gusto y entonces pidió permiso a la Elisa, aquella mujer que tú conociste, para salir la Elisa me dió una mirada y accedió; se arregló y salimos; tomé un coche y le dije al cochero que fuera hacia cualquier ~~xxxxx~~ lado; apenas partió el coche estalló en sollozos. Le pregunté que le ocurría, pero no me pudo responder y la dejé que llorara; a poco, ya calmada, me lo contó todo y me pidió disculpa. Me sentí magnánimo, y aunque así por encima no me hacía mal-dita la gracia pasear con una mujer que estaba en ese estado de ánimo, le respondí que aquello no tenía importancia, que la comprendía y que no pensaba molestarla en ninguna forma. Comimos por ahí, la llevé al Casino y a las dos o tres de la madrugada la fui a dejar al Gato Gris y me despedí, metiéndole primero en la cartera algún dinero; la Elisa podía molestarla por haber perdido la noche. Estaba muy agradecida y dijo que desde hacía mucho tiempo no había encontrado un hombre tan caballeroso; le contesté que cualquier hombre habría hecho lo mismo con ella y que estaba dispuesto, etcétera, etcétera. Al día siguiente me acosté con ella y substituí al hermoso Mateo, convirtiéndome en su nuevo amor, pero, claro está, no soy romántico

cuando la carta, después de haber leído allí con una nueva emoción, una
 mucha sorpresa, muy linda también, que está ahora en el hospital, no
 una romántica más sino con una silila de ardiente, Catalina. Si se ha
 tratado de otro hombre tal vez Oiga había reaccionado de otro modo,
 en aquellos días. Las noches así yo al baile y la visita y con los
 niños; la invitó a una copa y aceptó en silencio y como la vista era
 tuve el tipo de no preguntarle nada ni de decir ninguna palabra que la
 una suponer que mis intenciones podían ser otras; momentos después, sin
 embargo, me preguntó si podría sacarla a pasear, a comer por ahí o a bailar
 lo prefería. Me llamó la atención el que las otras mujeres la miraran de
 modo especial y se acercaran a ella muy a menudo a conversar o a de-
 cir algo en voz baja, caricias y palabras que recibía y parecía entender
 los ojos bajos y muy serios. Le respondí que la sacaría con mucho gusto y en-
 tonces pidió permiso a la Elisa, aquella mujer que tú conocías, para salir
 Elisa me dijo una mirada y accedió; se arregló y salimos; tomé un coche y
 dije al cochero que fuera hacia cualquier sitio que quisiera; apenas paré el
 coche estalló en sollozos. Le pregunté que le ocurría, pero no me pudo res-
 ponder y la dejé que llorara; a poco, ya calmada, me lo contó todo y me pi-
 dió consejo. Me sentí magnánimo, y aunque así por entonces no me hacía mal-
 la gracia pasar con una mujer que estaba en ese estado de ánimo, le
 dije que aquello no tenía importancia, que la comprendía y que me pen-
 saba en algunas cosas. Comencé por ahí, la llevé al Casino y a
 los o tres de la madrugada la fui a dejar al Gate Gris y me despedí.
 Cuando primero en la cartera algún dinero; la Elisa podía molestarse
 haber perdido la noche. Estaba muy arrebolada y dijo que desde hacía
 un tiempo no había encontrado un hombre tan capellano; le contesté que
 cualquier hombre habría hecho lo mismo con ella y que estaba dispuesto, en-
 tonces, a casarse. Al día siguiente me acosté con ella y estuve al momento
 en, convirtiéndose en un nuevo amor, pero, claro está, no soy romántico

ni creo en la tuberculosis, en el ajeno ni en el hospital; eso está bueno para los bohemios; dejó el prostíbulo después de una noche de juerga y me la lleve al hotel. Vivimos juntos unos meses, unos meses ~~Y~~nada más, ya que aquello no podía durar mucho; soy tan joven como tú, un poco mayor que tú quizá, y llevo tres años de estudios universitarios; no sé trabajar en nada y no puedo, no podía, quedarme así para siempre, y si durante un año o más pude hacer el vivo y el sinvergüenza llegó un momento en que sentí un miedo terrible; así como ella tenía miedo al prostíbulo, yo tuve el terror de llegar a ser un truhán sin remedio. Habría podido dejar mis malas costumbres y buscar un trabajo cualquiera, honorable, casándome con ella o siguiendo así como estábamos, pero, ~~francamente~~ francamente, no sentí que eso fuera natural; me pareció falso. Olga no podía ser mi mujer para toda la vida; había ~~siempre~~sido prostituta y eso es muy difícil de olvidar; ella no lo había olvidado, no hice nada para que lo olvidara y tenía a veces palabras y gestos que recordaban sus días, sus noches, mejor dicho, de ramera. Por otra parte, tú sabes, porque me conoces algo, que llega un momento en que, mucho antes que tú o que otros como tú, me siento cobarde. Puedo ser pícaro y lo he sido, aunque yo mismo estoy asombrado y no sabría cómo explicarlo ni disculparlo; tal vez fué el rebrote o el fruto de una adolescencia envenenada por los vicios que algunos muchachos adquirimos sin darnos cuenta, como quien adquiere una gripe, por contagio. Es cierto que soy de una familia de almacenes, ^{de}vendedores de mercaderías al detalle, de esos que a un kilo le sacan cinco mil gramos y ocho cuartos a un litro, gente sin más conciencia que la que puede tener una balanza arreglada, pero de ahí a salir a la calle a engañar a la gente sin pagar siquiera una patente de tercera categoría, hay distancia; lo hice, sin embargo, y no lo olvidaré ni me lo perdonaré jamás, así como, de seguro, no lo olvidarás ni lo perdonarás tú. Bueno: llegó un instante en que sentí la

de la responsabilidad y, además, no la había sacado del prostíbulo, la de-

el caso en la tuberculosis, en el asunto ni en el hospital; eso está bueno
para los hombres; dejó el prostíbulo después de una noche de guerra y
se la llevó al hotel. Vivimos juntos unos meses, unos meses ~~tristes~~ más, yo
me acordaba no podía cantar mucho; soy tan joven como tú, un poco mayor que
tú quizás, y llevo tres años de estudios universitarios; no sé trabajar en
la y no puedo, no podía, quedarme así para siempre, y al durante un año
pude hacer el vivo y el alivianamiento llegó un momento en que sentí un
miedo terrible; así como ella tenía miedo al prostíbulo, yo tuve el terror
de llegar a ser un truhan sin remedio. Habría podido dejar mi mala con-
ciencia y hacer un trabajo cualquiera, honorable, casándome con ella o si-
guendo así como estábamos, pero, ~~temerariamente~~ temerariamente, no sentí que
una fuera natural; me pareció falso. Ella no podía ser mi mujer para to-
da la vida; había sido prostituta y eso es muy difícil de olvidar;
ella no lo había olvidado, no hice nada para que lo olvidara y tenía a ve-
ces palabras y gestos que recordaban sus días, sus noches, mejor dicho, de
temerosa. Por otra parte, tú sabes, porque me conoces algo, que llevo un mo-
mento en que, mucho antes que tú o que otros como tú, me siento cobardes.
Puede ser porque yo lo he sido, aunque yo mismo estoy asombrado y no sé
cómo explicarlo ni disculparlo; tal vez fue el resorte o el fruto de una
adolescencia envenenada por los vicios que algunos muchachos adquirimos
sin darnos cuenta, como quien quiere una tripa, por ejemplo. Es cierto
que soy de una familia de almohorcos, ^{de} vendedores de mercaderías al detalle,
de esos que a un kilo le sacan cinco mil francos y ocho cuartos a un litro,
gente sin más conciencia que la que puede tener una balanza artesanal,
pero de ahí a salir a la calle a engañar a la gente sin parar siquiera
una patente de torero ante ellos, hay distancia; lo hice, sin embargo,
y no lo olvidaré ni me lo perdonaré jamás, así como, de seguro, no lo
olvidarás ni lo perdonarás tú. Bueno: llegó un instante en que sentí la

obligación de regresar; me parecía que cada día que permanecía aquí me alejaba mil kilómetros de mi casa; si continuaba así no regresaría jamás. Se lo dije:

--Me voy el sábado.

--Me mataré; no volveré al prostíbulo.

--¿Por qué dices eso? ¿Tengo la culpa de que estuvieras allí?

--No tienes culpa alguna, pero me mataré; no volveré a ser puta.

Decía esta palabra con una desazón que dolía como debe doler una puñalada en el bajo vientre. Me irritaba:

--Es que dices eso para impedir que me vaya.

--No lo diré más.

No lo dijo más, pero lo hizo. Amanecí durmiendo al lado de una mujer muerta: después de la comida de despedida, todos borrachos, nos acostamos y me dormí como piedra; cuando desperté, Olga estaba de espaldas, con la boca terriblemente abierta, la piel azulada y los ojos como los de un animal embalsamado, secos, entreabiertos. Me levanté de un salto y ~~llegué~~ llamé a González, pero el animal, más cobarde que yo, despertó a la mujer con quien dormía y ambos huyeron; no lo he visto más y no sé si regresó a Chile o anda escondido por ahí. Tuve que armarme de un valor de que carezco en absoluto y avisar al dueño del hotel, quien avisó a la policía. Entonces me vine a dar cuenta de lo sucedido: era un maricón ~~y un cobarde~~ y un cobarde. No dije a aquella mujer palabra alguna que la hiciera suponer que viviría con ella toda la vida, y ella, por su parte, tampoco lo esperaría, pero ¿por qué la abandonaba? Por mezquinos cálculos, en los que ella, que había compartido mi cama y mi comida durante varios meses, como si fuera mi real mujer, no entraba para nada; era lo que se ^{despreciaba} ~~despreciaba~~, el resto, la basura. Mateo la había ^{ab}andonado también, pero su abandono no era igual al mío y él tenía una disculpa que yo no tenía: es un borracho sin sentido de la responsabilidad y, además, no la había sacado del prostíbulo, la de-

...la asociación de regresar; me parecía que cada día que pasaba me alejaba más de mi casa; al continuar así no regresaría jamás. Se dijo:

--Me voy al extranjero.

--Me mataré; no volveré al prostíbulo.

--Por qué dices eso? Tengo la culpa de que estuviera allí?

--No tienes culpa alguna, pero me mataré; no volveré a ser puta.

Decía esta palabra con una desazón que dolía como dolo de una pu-

lida en el bajo vientre. Me irritaba:

--Ea que dices eso para impedir que me vaya.

--No lo diré más.

No lo dijo más, pero lo hizo. Amaneció durmiendo al lado de una mujer
después de la comida de despedida, todos borrachos, nos acostamos
y me dormí como piedra; cuando desperté, ella estaba de espaldas, con la
cara tristemente abierta, la piel azulada y los ojos como los de un ani-
mal embalsamado, secos, entrecerrados. Me levanté de un salto y fingí lle-
var a González, pero el animal, más cobardo que yo, despertó a la mujer con
quien dormía y ambos huyeron; no lo he visto más y no sé si regresó a Chi-
cago o anda escondido por ahí. Tuve que armarme de un valor de ese género en
el momento y evitar al dueño del hotel, quien avisó a la policía. Entonces
vine a dar cuenta de lo sucedido: era un nativo de ~~Winnipeg~~ y me co-
noció. Me dijo a aquella mujer palabra alguna que la hiciera suponer que
vivía con ella toda la vida, y ella, por su parte, tampoco lo esperaba,
pero ¿por qué la abandonaba? Por mexicanos calientes, en los que ella, que
había compartido mi cama y mi comida durante varios meses, como si fuera
la real mujer, no entraba para nada; era lo que se ~~esperaba~~, el trato,
habría. Mateo la había abandonado también, pero su abandono no era igual
al mío y él tenía una disculpa que yo no tenía: era un borracho sin sentido
de la responsabilidad y, además, no la había sacado del prostíbulo, la de-

jó ahí, consciente de que no podía o no quería mantenerla o vivir mucho tiempo con ella; yo, en cambio, no, era el hombre fuerte, el hombre decidido, incapaz de soportar situaciones ridículas o deprimentes y la saqué; eso es de hombre, decimos en Chile, pero de hombre a medias y con responsabilidad a medias, incapaz de mantener, en contra de todo, aun en contra de sí mismo, lo que ha hecho. La autopsia reveló que estaba embarazada; y aquí me tienes, preso. Espero que me pongan en libertad para volver a Chile; tendré que irme a pie, como me vine, ya que mi gente me ha mandado decir que no debo contar con ella. Hasta los almaceneros se aburren.

me. "¿Cómo se le ocurre, primo, andar por el mundo con un collico como
éste?" "No me diga nada, primo: a veces me da ganas de ir a tirarle el
río." Por ahí anda, enajenado en plena juventud y como que ni siquiera le
puede seguir estudiando.

—¿Y González?

XII

Y concluyo: cuando sus estudios.

— Al día siguiente fui puesto en libertad y ya en la calle no me preo-
cupe más de aquel hombre, por el cual, además, nada podía hacer. Su histo-
ria me destemplaba los nervios: aunque convencido de que no tenía nada
que ver con la muerte de la muchacha, por lo menos directamente, el hecho
de que siendo su amante se hubiese suicidado sin que hiciera nada por im-
pedirlo, me lo hacía insoportable. Creo que si alguna vez tuviese una mu-
jer y esa mujer se suicidase, no podría vivir más en medio de la gente,
salvo, claro está, que se matara por algo que no tuviese nada que ver con-
migo o con mi conducta. Pero ~~este~~ ésta no es toda la historia: días des-
pués puse rumbo a Chile, embarcado en un vagón de carga y bajé en Zanjón
Amarillo, en donde luego de tomar un trago de agua ~~xx~~ me dirigí en busca de
un viejo capataz de cuadrilla que conocía en Mendoza y a quien quería pe-
dir ayuda; corría un viento que parecía querer arrastrar con todo hacia el
río. No anduve mucho: allí, en la estación, estaba mi amigo, próximo a la
desintegración, tiritando, los ojos rojos, la piel quemada por el viento
cordillerano, la ropa y los zapatos destrozados, los pies llenos de heri-
das, hambriento y sucio; lo metí en la carpa del capataz, como quien mete
un cadáver en un ataúd y estuve quince días cuidándolo como si fuese una
joya; tenía una bronquitis horrorosa. Se mejoró y seguimos viaje a Chile,
yo sirviéndole de lazarillo, aunque sin hablarle, despreciándolo desde
el fondo de mi alma, pero incapaz de abandonarlo, sobre todo sabiéndolo
tan maricón. "¿Y este pájaro?", solía preguntarme el capataz, mirándome
con su ojo derecho, su único ojo, ya que el izquierdo está tapado por una

XII

5 Cancelado

—Al día siguiente fui pasado en libertad y ya en la calle no me preocu-
pe más de aquel hombre, por el cual, además, nada podía hacer. Sin histo-
ria me desamparaba los nervios: aunque convencido de que no tenía nada
que ver con la muerte de la muchacha, por lo menos físicamente, el hecho
que estando su amante se hubiese suicidado sin que hubiera nada por las
manos, me lo hacía insupportable. Creo que al algunas vez tuviese una mu-
jer y esa mujer se suicidase, no podría vivir más en medio de la gente,
vivo, claro está, que se matare por algo que no tuviese nada que ver con-
go o con mi conducta. Pero esta es toda la historia: alas des-
pués pase tiempo a Chile, embarcado en un vagón de carga y bajé en San-
tiago, en donde luego de tomar un trago de agua me dirigí en busca de
un viejo capataz de carretilla que conocí en Mendoza y a quien quería pa-
sarle un viento que parecía querer arrebatar con todo hacia el
o. No anduve mucho: allí, en la estación, estaba mi amigo, próximo a la
sinestrosidad, tirándose, los ojos rojos, la piel quemada por el viento
del desierto, la ropa y los zapatos destruidos, los pies llenos de heri-
das, hambriento y sucio; lo metí en la carpa del capataz, como quien mete
un cadáver en un ataúd y estuve quince días cuidándolo como si fuese una
va; tenía una pronunciada horrorosa. Se mejoró y seguimos viaje a Chile,
cuidándolo de la carilla, aunque sin hablarle, desprecándolo desde
fondo de mi alma, pero incapaz de abandonarlo, sobre todo sabiendo
a matarlo. "¿Y este pájaro?", solía preguntarme el capataz, mirándome
con su ojo derecho, su único ojo, ya que el izquierdo está tapado por una

nube. "¿Cómo se le ocurre, paisano, andar por el mundo con un bellaco como éste?" "No me diga nada, amigo: a veces me da ganas de ir a tirarlo al río." Por ahí anda, envejecido en plena juventud y creo que ni siquiera ha podido seguir estudiando.

--¿Y González?

--Está terminando sus estudios.

... "¿Cómo se le ocurre, paisano, andar por el mundo con un helado como
esto?" "No me diga nada, amigo: a veces me da ganas de ir a tirarlo al
lo." Por ahí anda, envuelto en plena juventud y creo que ni siquiera ha
dido seguir estudiando.

--¿Y González?

--Hasta terminando sus estudios.

Al despertar tuve el Río de las Cuevas con algo que me inquietaba. Pero que no habría podido precisar qué era, había ocurrido o iba a ocurrir. No sé, durante mucho rato, voces ni pasos ni tampoco los ruidos, tan familiares ya, que a esa hora venían siempre de la cocina o del depósito de herramientas. El viento había cesado, y el recuerdo de su rápido regreso, que oyera mientras fui quedándome dormido, contrastaba con el silencio absoluto al despertar. (Estaba acostumbrado al viento, pero lo tenía siempre, como todo de noche, cuando no lo veía, ya que de día, además de sentirlo, podía verlo, y en realidad lo veía: veía cómo todo se abalanzaba bajo su peso y cómo las personas se ampujaban al avanzar en su contra, sin que se supiera si era el que les empujaba o si eran ellos los que, al chocar con el cuerpo, reducían sus proporciones. Los zambullones con violencia y parecían querer arrastarlos al fondo, el concho, los puntalones y hasta los cigarrillos, los fósforos o los papeles que llevaban en sus bolsillos. Cuando de improviso retiraba sus manos de sobre ellos, debían hacer esfuerzos para no irse de bruces, y si parecían a su favor, como el viento en popa, como quien dice, sufrían de pronto sacos de risa: era como si alguien, un amigo, enorme y juaguetón, cogiéndolos por los hombros y el pescete les obligara a marchar cuesta abajo a grandes zancadas, cañiendo así. Soplaban desde las altas montañas hacia el valle del Río de las Cuevas y se sentían capaces de volverse y revolverse y salir corriendo como se va a un amigo, hacia un amigo, hacia un amigo: ¡cómo, cómo, cómo no había a quien gritar y que produjera más risa todavía, cómo gritarle al viento y qué? Las líneas del teléfono y del

Al despertar tuve el presentimiento de que algo que me inquietaba, pero que no habría podido precisar qué era, había ocurrido o iba a ocurrir. No oí, durante mucho rato, voces ni pasos ni tampoco los ruidos, tan familiares ya, que a esa hora venían siempre de la cocina o del depósito de herramientas. El viento había cesado, y el recuerdo de su áspero rezongo, que oyera mientras fui quedándome dormido, contrastaba con el silencio hallado al despertar. (Estaba acostumbrado al viento, pero lo temía siempre, sobre todo de noche, cuando no lo veía, ya que de día, además de sentirlo, creía verlo, y en realidad lo veía: veía cómo todo se doblegaba bajo su peso y cómo las personas se empequeñecían al avanzar en su contra, sin que se supiera si era él quien las disminuía o si eran ellas las que, al hurtarle el cuerpo, reducían sus proporciones. Las zamarreaba con violencia y parecía querer arrebatárles el sombrero, el poncho, los pantalones y hasta los cigarrillos, los fósforos o los papeles que llevaban en sus chaquetas. Cuando de improviso retiraba sus manos de sobre ellos, debían hacer esfuerzos para no irse de bruces, y si marchaban a su favor, con el viento en popa, como quien dice, sufrían de pronto accesos de risa: era como si alguien, un amigo, enorme y juguetón, cogiéndoles por los fondillos y el pescuezo les obligara a marchar cuesta abajo a grandes zancadas, corriendo casi. Soplaban desde las altas cumbres hacia el valle del Río de las Cuevas y se sentían deseos de volverse y revolverse y gritar como se grita a un amigo, medio en broma, medio en serio: ¡déjame, carajo!, pero no había a quien gritar y eso producía más risa todavía. ¿Cómo gritarle al viento y qué? Las líneas del teléfono y del

telégrafo zumbaban y danzaban a su paso y no sólo danzaban y zumbaban sino que, además, en ciertos momentos, haciéndose más agudo el zumbido y más largo el soplo, se estiraban de modo increíble, combándose, como si alguien, pesadísimo, se sentara sobre ellas. Amparado detrás de alguna roca y viendo que parecían llegar al límite de su elasticidad, me decía: se van a cortar; pero no se cortaban y seguían danzando y zumbando, hasta que un nuevo soplo/ las inmovilizaba de nuevo. Veía también cómo, inexplicablemente, alzaba en el aire, en los caminos de las minas, las mulas cargadas con planchas de zinc o con grandes bultos y las lanzaba, dando tumbos de cabeza a cola, cerro abajo, haciéndolas rodar cientos de metros y destruyéndolas contra las piedras. Pero esto era de día; de noche era diferente: no se le veía, se le sentía nada más y el hecho de sentirse y no versele producía temor -- el hombre teme lo que no ve, lo que sabe o cree que no puede ver y si además de no verlo, lo siente, su temor es más profundo. Ahora se me ocurre que en aquel tiempo vivíamos allí, en relación con el viento, como en compañía de un león al que estuviésemos acostumbrados a ver, pero al que temíamos siempre, de día y de noche, sobre todo de noche, cuando, en la oscuridad, no se le podía ver y él no podía ver a nadie y rondaba alrededor de las carpas y de las tres o cuatro casas que por allí había, tanteando las puertas, empujando las ventanas, rezongando en las ^{rendijas} ~~sandechas~~ y aullando en las chimeneas y pasillos; las carpas recibían de pronto latigazos que las envolvían por entero y las dejaban tiritando como perros mojados; una mano invisible y fuerte, quizá demasiado fuerte, soltaba las amarras y pretendía levantar la tela de la parte inferior, cargada con gruesas piedras. Dormíamos a veces con el temor de que el viento entrara y nos aplastara o se llevara las carpas y nos dejara durmiendo bajo el frío cielo cordillerano. Cuando a medianoche cesaba y no volvía a aparecer en la mañana, los hombres, los anima-

... y danzaban a su paso y no sólo danzaban y cantaban sino
 e, además, en ciertos momentos, hacíanse más a unido al sonido y más
 to el ruido, se agitaban de modo increíble, combándose, como si al-
 n, posiblemente, se sentara sobre ellas. Amovido detrás de algunas rocas
 tiendo que parecían estar al límite de su elasticidad, se dobló; se
 a cortar; pero no se cortaban y seguían danzando y cantando, hasta que
 nuevo copio las innovaciones de nuevo. Veía también cómo, inagotable-
 te, alzaba en el aire, en los caminos de las riberas, las miles de
 n planchas de riego con grandes platos y los lanzaba, dando lugar de
 para a cola, como abaje, haciendo los ruidos de platos y de
 bolas contra las piedras. Pero esto era de día; de noche era diferen-
 : no se la veía, se la sentía más y el hecho de sentirlo y no
 tase producía temor -- el hombre teme lo que no ve, lo que sabe o
 es que no puede ver y al además de no verlo, lo siente, se teme lo que
 ando profundo. Ahora se me ocurre que en aquel tiempo vivieron allí, en
 sión con el viento, como en compañía de un león al que acompañaban
 atumbados a ver, pero al que temían siempre, de día y de noche, so-
 e todo de noche, cuando, en la oscuridad, no se le podía ver y él no po-
 a ver a nadie y rondaba alrededor de las cuevas y de las tres o cuatro
 sus que por allí había, tanteando las puertas, buscando las ventanas,
 rando en las ^{terribles} y entrando en las chimeneas y resacas las
 tras recibían de pronto las figuras que las envolvían por entre y las
 iban tirando como platos volados; una mano invisible y fuerte, cui-
 domado fuerte, solaba las alas y tirando lavaba la tela de
 parte inferior, cubrías con gruesas telas. Entonces a veces con el
 tor de que el viento empuja y nos agitará o se levanta las alas
 no, dejaba bailando bajo el frío cielo cordillero. Cuando a media-
 a veces y no volaba a gran altura, los hombres, los niños

les, las casas, hasta las ~~X~~montañas, parecían enderezarse y respirar; se veían ~~antes~~ brillantes y entraban a un reposo parecido al de que deben gozar los habitantes de un lugar azotado durante mucho tiempo por los ataques de un bandolero, muerto al fin, gracias a Dios, o desaparecido. Cuando soplaban de día, las rocas y el suelo aparecían como lustrados y no se veía por parte alguna un trozo de papel, un trapo ni ningún otro desperdicio y la tierra y el polvo que se acumulaba en las desigualdades de las rocas desaparecían como absorbidos más que como desparramados. Las ramitas de los matorrales que crecían aquí y allá entre las piedras, se entregaban a una loca danza, como las líneas del telégrafo y del teléfono, pero en otra dirección, inclinándose y enderezándose una vez y otra vez y otra vez, en una reverencia interminablemente repetida. En cuanto a las raras mujeres que por allí había, encontrarlas fuera de casa en día de viento fuerte habría sido tan raro como encontrar por allí un pelícano.) Tal vez, pensé después de un momento y luego que mis oídos hicieron lo posible y lo imposible por percibir algún ruido, sea aún demasiado temprano, las cinco o las seis, es decir, falta todavía una hora o más para que despierten las voces, los ruidos y los pasos; y como no tenía reloj ~~X~~ ni podía apreciar, desde adentro, la real intensidad de la luz, opté por abandonar el tema. No era el silencio, por lo demás, lo que me hacía presentir que algo ocurría, había ocurrido o iba a ocurrir; era algo más: la tela de la parte superior de la carpa, que de ordinario quedaba a más de un metro, quizá a un metro y medio de altura sobre nuestras cabezas cuando estábamos acostados, se veía a menos de la mitad de esa distancia; levantando el brazo casi podría tocarla. ¿qué podía ser? Eché la cabeza hacia atrás y miré la otra mitad de la parte superior; ~~ella~~ estaba también como hundida por un peso. Aquello me llenó de perplejidad. ¿qué podían haber echado o qué podía haber caído sobre la carpa, que estaba a pleno aire, bajo el desnudo cielo? No se me ocurrió y allí me estuve, silencioso e inmóvil,

las cosas, hasta las Xantinas, parecían agitarse y respirar en
 un ~~mar~~ brillante y entrecruzado en el tiempo, al de sus deberes
 los habitantes de un lugar, estado durante mucho tiempo, en los
 de un pánico, muerto al fin, como a Dios, o desaparecidos. Como
 copias de él, las cosas y el mundo parecían como instantes y no se
 a por parte alguna un trozo de papel, un trazo ni ningún otro resaca
 y la tierra y el polvo que se acumulaban en las desigualdades de las
 desaparecidas como espaldas más que como desapariciones. Las tan-
 de los matorrales que crecían allí y allí entre las piedras, se entre-
 a una loca danza, como las líneas del telégrafo y del teléfono, pero
 otra dirección, inclinándose y enderezándose una vez y otra vez y otra
 en una reverencia interminablemente repetida. En cuanto a las cosas
 eran que por allí había, encontraban fuera de casa en día de viento
 te había sido tan raro como encontrar por allí un pelotón. (Algunas
 después de un momento y luego que más oídos estaban lo posible y
 imposible por percibir algún ruido, así sin demasiado temerario, las
 co o las cosas, se decía, falta todavía una hora o más para que despa-
 las cosas, los ruidos y los pasos; y como no tenía reloj ni podía
 estar, desde dentro, la real intensidad de la luz, oír por abandonar
 como. No era el silencio, por lo demás, lo que me hacía presentir que
 ocurría, había ocurrido o iba a ocurrir; era algo más; la tela de la
 te superior de la corte, que de ordinario quedaba a más de un metro,
 se a un metro y medio de altura sobre nuestras cabezas cuando estaba-
 acostados, se veía a menos de la mitad de esa distancia; levantando
 bruno casi podía tocarla. ¿Qué podía ser? Faltó la cabeza hacia atrás
 de la otra mitad de la parte superior; estaba también como hundida
 un peso. Aquella me llenó de perplejidad. ¿Qué podía haber estado o
 podía haber estado sobre la corte, que estaba a pleno aire, bajo el
 rudo cielo? No se me ocurrió y allí me estaba, silencioso e inmóvil.

sintiendo que si me movía o hablaba rompería con mis movimientos o con mi voz, por leves que fuesen, aquella muda y pesada quietud.

Estaba de espaldas y podía ver, mirando de reojo hacia el suelo, la plancha de calamina, cubierta, como todas las mañanas, de un montón de ceniza que a esa hora no estaba deshecha sino en las orillas del montón; en el centro, allí donde más vivas habían sido las llamas, se veía intacta aún y constituida por pequeñas hojuelas de color gris, aquí claro, allá oscuro, que guardaban un cierto e indeterminado orden, orden que el fuego, al consumir la madera, y quizá a pesar suyo, había tenido que respetar, como si fuera extraño a la madera y a él mismo. No duraban mucho, sin embargo, aquellas hojuelas y aquel orden: bastaba que alguien tocara un poco bruscamente la plancha de calamina para que las hojuelas, a un mismo tiempo y como obedeciendo a un mandato imposible de desobedecer, se quebrasen en silencio y desaparecieran, dejando en su lugar aquel residuo polvoriento que se veía en las orillas. Esto ocurrió desde principios o mediados de marzo, quién sabe si un poco después y desde el momento en que los habitantes de la carpa, dándose cuenta de que la temperatura bajaba ya mucho en las noches, adquirieron la costumbre de encender después de comida y sobre una plancha de calamina, un buen fuego, aprovechando para ello los trozos de madera que traían, ocultos bajo el poncho, al regreso del trabajo. ^{se acercaba un} Para encender el fuego ~~se ponía~~ ^{se ponía} fósforo a la viruta y ~~se ponía~~ la calamina en algún punto en que el viento seplara con bríos, punto que no era difícil hallar: bastaba con colocarla a un costado de la carpa. Atizado por el viento el fuego crecía sorpresiva y alborotadamente y cuando las chispas y el humo cesaban, cuando de toda la leña no quedaba sino un montón de fuego, cuatro hombres tomábamos la calamina y la metíamos dentro de la carpa. A los pocos minutos se estaban allí dentro como en un horno, y los hombres, abandonando mantas y ponchos y aun las chaquetas, nos sentábamos en el suelo

o sobre las ropas de las camas, alrededor de aquella flor roja surgida como de la nada. Tomábamos mate o café y conversábamos o callábamos, fumando los cigarrillos de rigor. Al empezar a palidecer la hoguera y aprovechando los postreros restos de calor, nos desnudábamos y nos metíamos bajo las ropas. La última llamita, muy azulada, coincidía casi siempre con el primer ronquido.

Era un trabajo para hombres.

El tren se detuvo, y la locomotora, con los bronquios repletos de hollín, jadeó hasta desgañitarse. El maquinista y el fogonero, que parecían, menos que hijos de sus madres, hijos de la locomotora, de tal modo estaban negros de carbón y relucientes de aceite, gritaron y gesticularon:

--¡Vamos, niños, apurarse, apurarse!

Tenían medio cuerpo fuera de la máquina, medio cuerpo en que no se distinguía de blanco sino la esclerótica, que se veía muy cerca, más cerca que las caras, como si pertenecieran a las de otras personas y no a aquellas mismas. No podían estar allí mucho tiempo: el tren iba muy cargado y la pendiente, muy pronunciada, tiraba de él con tremenda fuerza. Podía cortarse un vagón y vagón cortado era allí ~~muerto~~ vagón perdido; nada ni nadie lo alcanzaría o lo atajaría, excepto el río y su cajón, que lo atajaban todo.

--¡Vamos, vamos, apurarse!

De pronto, como irritada por el involuntario jadear, la máquina dejó oír una especie de zapateo. Veinticinco o treinta hombres nos lanzamos a tierra desde los vagones:

--¡Por aquí! Tome: primero los comestibles; nos conviene más. ¿Hay algo que pese más que un saco de papas? Otro saco, ¿no es cierto? Ahí va. Un cajón: fideos; otro cajón: azúcar. Cuidado con ése: está roto y se cae el arroz. Esto debe ser café. Ahora las herramientas. No se quede con la

aprove las ropas de las camas, alrededor de aquella flor roja aurada
no de la nada. Tomábamos mate o café y conversábamos o callábamos, fu-
ndo los clarines de rigor. Al oírlos a palidocar la honra y al to-
chando los postres rastos de calor, nos desahogábamos y nos metíamos
a las ropas. La última llanta, muy azulada, coincidió casi siempre
en el primer rondónido.

Era un trabajo para hombres.
El tren se detuvo, y la locomotora, con los propulsores regatos de ho-
la, llegó hasta desahogarse. El maquinista y el locomotero, que pare-
an, menos que hijos de sus madres, hijos de la locomotora, de tal modo
taban negros de carbón y refulgentes de aceite, gritaron y gasificaron

--¡Vamos, niños, apurados, apurados!
Tenían medio cuerpo fuera de la máquina, medio cuerpo en que no se
ninguna de blanco sino la escafotica, que se veía muy cerca, más cer-
que las caras, como si pertenecieran a las de otras personas y no a
ellas mismas. No podían estar allí mucho tiempo: el tren iba muy cer-
do y la pendiente, muy pronunciada, tiraba de él con tremenda fuerza.
Al escribir un vagón y vagón cortado era allí gente vacía, persona; más
al nadie lo alcanzaba o lo atajaba, excepto el río y su caño, que
atajaban todo.

--¡Vamos, vamos, apurados!
Le pronto, como tirado por el involuntario jabón, la máquina dejó
una especie de zapato. Veinticinco o treinta hombres nos lanzamos a
otra desde los vagones:

--¡Por aquí! Toma! Primero los comestibles; nos conviene más. ¡Hey,
que que pase más que un saco de papas? Otro saco, que se caía al va-
gón: fideos, otro vagón: azúcar. Quidado con ése: está roto y se cae
arriba. Está dando ser café. Ahora las herramientas. No se queda: son la

boca abierta, señor. Póngale el hombro; es livianito. ¿Dónde pongo esto? Métaselo donde le quepa. Ja, ja, ja. ¿De dónde sacó esa risita de ministro? Vamos, muchachos, apurarse. ¡Mierda, me reventé un dedo! No se aflija: aquí las heridas se curan solas; la mugre las tapa. Los baldes, las palas, las picotas, la dinamita, los fulminantes, las mechas. ¿Qué más? ¿Y estos bultos? Ah, son las carpas. Cuidado: allá van. Listos. Váyase.

La locomotora jadeó más fuerte, lanzó un zapateo que hizo retemblar el suelo y partió, chirriando sobre la cremallera. Los veinticinco o treinta hombres, de pie a ambos lados de la línea, nos quedamos mirando unos a otros.

--No se quedan ahí, parados como penitentes. Todavía no hemos concluido. Estamos empezando. Hay que llevar esto para allá, allá, sí, donde está esa piedra grande. Vamos, niñitos, apurarse; aquí oscurece muy temprano. Los cerros son demasiado altos. ¿Por qué se mira tanto el dedo? ¿Tiene miedo de que se le achique con el machucón? Creo que me lo reventé. Poco tiempo en Chile; mucho tiempo en el calabozo. Llévase esto al hombro; así no le dolerá; lo deja caer no más: son papas. A ver, a ver; no, está bien. ¿Qué hubo, niñitos! No me grite. Perdone. Creí que era sordo. Usted, el de la barba: tome de ahí; deje la pipa, señor. ¿Italiano, eh? Porca miseria. Aquí la barba le podrá servir de abrigo: hace más frío que en la huelga. Bueno: las carpas. Ahí van: agarren.

Cinco hombres tomaron el primer bulto, lo levantaron y con él en vilo se miraron:

--¿Dónde lo ponemos!

--Aquí no más.

--Hay muchas piedras.

--No importa; armémoslas primero y después sacaremos las piedras. Tome de aquí; eso es; tire para allá. Usted: para acá. Bien; el palo. Levanten. Un momento: ya está. No suelten. El otro palo. Listo. Las estacas. No hay. ¿No hay? Entonces la cagamos. No; aquí están. ¿Todavía le duele el dedo?

Hay? Entonces la sacamos. No; aquí están. Todavía le queda el dedo
momento: ya está. No sueltan. El otro palo. Listo. Las estacas. No hay.
aquí; eso es; tire para allá. Usted: para acá. Bien; el palo. Reventen.
--lo importa; armémoslas primero y después sacaremos las piedras. Tome
--Hay muchas piedras.
--Aquí no más.
--¿Dónde lo ponemos?
ron:
Cinco hombres tomaron el primer pulito, lo levantaron y con él en vilo se
. Así van: agarren.
le podrá servir de brigo: hace más frío que en la huelga. Bueno: las car-
a de ahí; deje la pipa, señor. ¡Italiano, eh? Torca mierda. Aquí la per-
ñitos! No me grite. Perdone. Ojalá que era sordo. Usted, el de la barba:
lo deja caer no más: son papas. A ver, a ver; no, está bien. ¡Qué hubo,
le; mucho tiempo en el calabozo. Llévese esto al hombre; así no le dolo-
se le achique con el machucón? Oreo que me lo reventé. Poco tiempo en
ros son demasiado altos. ¿Por qué se mira tanto el dedo? Tiene miedo de
tra grande. Vámonos, niños, apurarse; aquí ocurre muy temprano. Los
amos empezando. Hay que llevar esto para allá, allá, allá, donde está esa
--no se quedan ahí, parados como penitentes. Todavía no hemos concluido.
pres, de pie a ambos lados de la línea, nos quedamos mirando unos a otros.
lo y parió, chirriando sobre la cremallera. Los veinticinco o treinta
La locomotora quedó más fuerte; lanzó un zapateo que hizo retambalar el
Ah, son las carpas. Guáguo: allá van. Listos. Váyase.

No tuve tiempo de contestar: en ese momento apareció; fué primero como un latigazo dado con un trozo de lienzo pesado, un latigazo que envolvió a todo y a todos: las carpas, ya a medio levantar, retrocedieron y parecieron chuparse a sí mismas. Los hombres, sorprendidos, miraron a un mismo tiempo hacia una misma parte: no había nada que ver: era el viento. Resonó ~~entonces~~ un grito más fuerte: ~~todo se veía sólo el viento, que se como no~~

--¡Vamos, muchachos: fuerza!

Empezó la lucha. La segunda pasada del viento dejó a algunos hombres con las manos ardiendo: el soplo, al echar al suelo las carpas, les arrebató con ^{ra} fuerza las cuerdas que tomaban desprevenidamente; otros hombres, sepultados bajo las carpas, ~~andaban~~ gateaban buscando una salida. Hubo una explosión de risas. Aquello no era más que un juego. Pero la alegría duró sólo hasta el momento en que, levantadas de nuevo las carpas, el tercer soplo las echó de nuevo al suelo:

--¡Viento de carajo! Agarren y no suelten. Eso es. ¡qué se habrá imaginado este maricón! Usted: clave las estacas; ahí está el macho. Rápido, niños: traigan piedras, no, más grandes y amarren fuerte, que les crujan los huesos. ¡Eso es, niños! Cuidado, ahí viene.

La ráfaga derribó tres de las carpas, pero los hombres, que habían logrado estabilizar las otras tres, se fueron rabiosos sobre ellas:

--¡Atrinquen! ~~piedras y las rocas, muy poético. La casa más cercana que~~

Parecía una maniobra en alta mar, en un día de viento duro. Las órdenes restallaban:

--¡Firme ahí! ¡Ahora: todos a un tiempo!

Luchábamos jadeando, moviéndonos como si boxeáramos con la sombra. El viento, entretanto, soplaba con más bríos, pero, por suerte, de modo intermitente, lo que permitió que entre un soplo y otro afirmáramos las carpas. Oscurecía cuando terminamos.

~~que parábamos, parábamos? Muchas gracias.~~
~~de que nos vamos a acostar.~~

No tuve tiempo de contestar: en ese momento apareció; fue primero como
 un toro de fuego con un trozo de lienzo pasado, un latigazo que envolvía a
 y a todos: las carpas, ya a medio levantar, retrocedieron y peros-
 tándose a él mismas. Los hombres, sorprendidos, miraron a un mismo
 punto hacia una misma parte: no había nada que ver; era el viento. Resonó
 un ruido más fuerte:
 --¡Vamos, muchachos! ¡Fuera!
 Empezó la lucha. La segunda pasada del viento dejó a algunos hombres
 las manos atadas; el agua, al estar al nivel de las carpas, las empu-
 ñó con fuerza; las overdas que cubrían desgravidamente; otros hombres,
 alados bajo las carpas, se resquebrajaban pasando una salida. Hubo una
 loción de risas. Aquello no era más que un juego. Pero la alegría duró
 o hasta el momento en que, levantadas de nuevo las carpas, al levantarse
 las echó de nuevo al suelo:
 --¡Viento de canal! ¡Acorren y no se fallen. Eso es, que se caigan! ¡Fuera!
 o ante maridón! Usted: ofrese las entacas; ahí está el macho. El que, ni
 : tratan; piedras, no, más piedras y sacan fuertes, que las crean los
 eos. Las es, niños! ¡Quibado, ahí viene!
 La última derribó tres de las carpas, pero los hombres, que habían so-
 do establecer las otras tres, se fueron resacas sobre ellas:
 --¡Atención!
 Petrola una maniotada en alta mar, en un día de viento duro. Las órdenes
 : talaban:
 --¡Fuerza ahí! ¡Acorren: todos a un tiempo!
 Lechamos yéndose, moviéndose como al forastero con la bomba. El
 ate, entretanto, cogidos con más brío, pero, por suerte, de modo infor-
 tante, lo que permitía que entre un golpe y otro afirmáramos las carpas.
 cuando terminamos.

Nos acostamos apenas oscurecido: no había allí lugar alguno a donde ir y ni siquiera valía la pena salir de las carpas o de la construcción de madera y calamina hecha para servir de cocina y comedor. Se abría la puerta y se salía y era como tropezar con un muro, un alto y negro muro de oscuridad y de silencio; únicamente se escuchaba el rumor del río y eso sólo cuando no soplaba viento. De otro modo no se oía sino el viento, que es como no oír nada. Los hombres volvían a entrar, riéndose:

--¡Por mi abuela: no se vé ni cobre!

Sólo al cabo de un momento de espera y nada más que por exigencias ineludibles se animaban a dar unos pasos, pocos y vacilantes; había piedras y rocas, altos y bajos y no había nada más y se tropezaba y chocaba con todas las piedras y todas las rocas y se metían los pies en todos los bajos y en todos los altos. Satisfecha la exigencia ~~se~~ volvían corriendo: el viento les alborotaba ~~el viento~~ la ropa, les sacaba el sombrero, les echaba el pelo sobre los ojos, les enrollaba la manta o el poncho alrededor del cuello, los palpaba, los tironeaba, y en la oscuridad, sintiendo cómo se les metía para adentro por la bragueta, mojándoles los pantalones si tenían la ocurrencia de darle la cara, se sentían desamparados y como vejados: huían.

Había, como en todas partes, noches de luna, pero no por eso dejaba de haber viento y piedras y rocas y altos y bajos. Además, qué sacas con que haya luz. Ver las piedras y las rocas. Muy poético. La casa más cercana queda a dos kilómetros y en ella duerme gente desconocida, rodeada, como nosotros, de silencio, de sombra, de viento, de rocas; se acuestan temprano y no saldrían afuera, ya anochecido, si no fuese porque tienen una maldita vejiga; de otro modo, ni a tirones. De pronto se oye algo como el lejano restallar de un trueno o el más próximo de un gran látigo: una muralla de piedra, un farellón de rocas estalla y cae. La otra casa queda a cuatro kilómetros y en ella no hay más que carabineros. ¿Carabineros? Muchas gracias. Mejor es que nos vamos a acostar.

Los constantes apuros económicos: no había allí lugar alguno a donde ir a solicitar ayuda para salir de las garras de la constatación de la miseria y calamidad hecha para servir de cocina y comedor. La mala suerte y era como tropezar con un muro, un alto y negro muro de silencio y de silencio; únicamente se escuchaba el rumor del río y ese sólo ruido no llegaba viento. De otro modo no se oía sino el viento, que es como no nada. Los hombres volvían a entrar, riéndose: --Por mi abuela: no se ve ni copete de viento. Sólo al cabo de un momento de espera y nada más que por experiencias múltiples se empezaban a dar unos pasos, pocos y vacilantes; nadie pisaba, altos y bajos y no había nada más y se tropezaba y caía con todas las piedras y todas las rocas y se metían los pies en todos los agujeros y todos los alcos. Bastante la experiencia me volvía cortando; el viento alborotaba en todas las rocas, las sacaba al hombre, las sacaba el viento, sobre los ojos, las entorpecía la mara o el poncho alborotador del viento, cubriendo, los troncos, y en la oscuridad, sintiendo cómo se las metía a dentro por la garganta, metiéndoles las partículas al sentir la salida de darle la cara, se sentían desahogados y como velados; había, como en todas partes, noches de luna, pero no por eso dejaba de ser viento y piedras y rocas y altos y bajos. Además, que saca con que luz. Ver las piedras y las rocas. Muy poético. La casa más cercana que a dos kilómetros y en ella buena gente desconocida y robada, como nos os, de silencio, de sombra, de viento, de rocas; se acostaban temprano o saldrían almorzar, ya anochecido, si no fuese porque tienen una mala idea; de otro modo, ni a tirones. De pronto se oye algo como el lejano rumor de un trueno o el más próximo de un gran látigo: una metralla de piedras, un torbellino de rocas estalla y cae. La otra casa queda a cuatro kilómetros y en ella no hay más que carpinteros. Acaban de hacer muchas cosas.

Dormí en aquella carpa, que ahora me parece tan rara. ¿Qué pasará?

--¿De dónde eres tú, Roberto?

--De Buenos Aires; soy gaucha y entiéndalo como mi lengua lo explica; para mí la tierra es chica y pudiera ser mayor. Ni la víbora me pica ni quema mi frente el sol.

--Salud, Martín Fierro de Chacarita.

--No, che: de Caballito.

--¿Y tú, Aniceto?

--Porteño también.

--¿Y tú, Jacinto?

--De La Almunia de Doña Godina.

--¿Qué dijiste?

--De La Almunia de Doña Godina.

--¿Y de dónde sacaste ese nombre?

--Es un pueblo de la provincia de Zaragoza, España.

--¿Y tú, Laguna?

--Chileno, de Choapa: pura araucanía.

--Se te conoce.

--¿Y tú, Machete?

--De la misma mierda.

--También se te conoce. . .

El amanecer era frío y duro y el paisaje estrecho y amplio al mismo tiempo, estrecho en un sentido y amplio en dos: no había valle abajo y por muchos kilómetros, obstáculo alguno para los ojos; los obstáculos estaban en las márgenes del valle, encajonado entre montañas enormes, negras unas, grises otras, rojizas, violetas, blancas -- es nieve; nieve, no; ~~no~~ hielo --, que lo detenían todo, todo menos la luz, el viento y la sombra, inatajables. Y también era ~~amplio~~ amplio en lo alto, en las montañas, más allá del cajón del río, contra el alto cielo, que parecía ^{allí} ~~aquí~~ más alto que en nin-

...en aquella casa, que ahora me parece tan extraña. ¿Qué pensaba?

--¿Dónde eres tú, Roberto?

--De Buenos Aires; soy ranchero y entiendo como ni lengua lo exótico;

ni la tierra es mía y pudiera ser mayor. Ni la vida me es ajena ni

a mi frente el sol.

--¿Qué, Martín Tintero de Chacarita?

--No, que: de Caballito.

--¿Y tú, Aniceto?

--También también.

--¿Y tú, Jacinto?

--De la Alameda de Doña Godina.

--¿Qué dijiste?

--De la Alameda de Doña Godina. . .

--¿Y de dónde sacaste ese nombre?

--Es un pueblo de la provincia de Saragosa, España.

--¿Y tú, Jacinto?

--Chileno, de Choapa: pura artesanía.

--¿Se te conoce.

--¿Y tú, Jacinto?

--De la misma mierda.

--También se te conoce. . .

El amanecer era frío y duro y el paisaje estrecho y amplio al mismo

tiempo, estrecho en un sentido y amplio en otro: no había valle bajo y por

los kilómetros obstáculo alguno para los ojos; los obstáculos estaban

en las márgenes del valle, encajonado entre montañas enormes, negras unas,

otras blancas, rojizas, violetas, planas -- es nieve; nieve; no, es hielo --

lo detenían todo, todo menos la luz, el viento y la sombra, instantánea-

mente. Y también era un amplio en lo alto, en las montañas, más allá del

fin del río, contra el alto cielo, que parecían más alto que en nin-

guna parte, como si las montañas lo enaltecieran.

--Vemos, muchachos, ya es hora: arriba. Desde Puente del Inca.

--¿Ya? del hotel. También traeré la cerua.

--Sí, ya; la noche es corta para el que trabaja.

--Claro, y el día es largo. Que que tener un metro de profundidad, por

--¿Dónde nos podemos lavar? de ancho.

--¿Lavar? ¿qué? ro como hay rocas saldrán de a como alivias de la gana.

--Hombre, las menos, la cara. . .

--Lavarse. como la dinamita quisea.

--El agua del río es como hielo. acillado!

--¿Nunca has estado por acá? el hoyo tiene que tener uno por sesenta.

--Parece que no.

--El agua del río pela la cara y corta la piel como con vidrios; los labios se parten; el pelo se endurece, como si se escarchara. Creo que hasta se caen las pestañas. delante de cada hoyo. Una viga de estas; ocho por

--¿Qué porvenir! Me veo pidiendo limosna en la Avenida de Mayo: una limosnita para uno que estuvo en la cordillera. . . .

--Francamente, no veo qué vienen a hacer los porteños por acá.

--La necesidad tiene cara de hereje.

--Olvidate del agua y vamos a tomar desayuno; están tocando la campana.

Una cuadrilla está formada por cinco hombres y cinco por seis son treinta: eso es; cinco cuadrillas; no: seis. Es cierto. Primero hay que acarrear el material. Aquí está la zorra. Vamos cargando las calaminas, las vigas, los pernos, los clavos, las mechas, la dinamita, sí, los cartuchos; nunca dejes un cartucho al aire libre por la noche; puede estallar al tocarlo al día siguiente; se hielan, dicen, y el frío es tan fuerte como el calor. Los dedos no te los devuelve nadie. Los barrenos, un tarro para el agua. Usted trabajará con él. Oh, yes; oh, yes. ¿De dónde habrá salido este gringo! Es

parte, como si las montañas lo enlucieran.

--Vamos, muchachos, ya es hora: arriba.

--¿Y?

--Sí, ya; la noche es corta para el que trabaja.

--Claro, y el día es largo.

--¿Dónde nos podemos lavar?

--¿Lavarse? ¿Dónde?

--Hombre, las manos, la cara. . .

--Lavarse. . .

--El agua del río es como hielo.

--¿Y cómo nos vamos a lavar?

--Lavarse que no.

--El agua del río está la cara y corta la piel como con vidrio: los la-

se parten; el pelo se enreda, como si se escarabara. Oreo que hasta

con las pestañas.

--¿Qué porvenir! Me voy pidiendo limosna en la avenida de Mayo: una li-

ta para uno que estuvo en la cordillera. . .

--Francamente, no veo qué velen a hacer los portañes por acá.

--La necesidad tiene cara de herida.

--Olvídese del agua y vamos a tomar desayuno; están tocando las campanas.

Una cuadrilla está formada por cinco hombres y cinco por seis son trein-

tos así: cinco cuadrillas; no sé. Es claro. Primero hay que acortar

material. Aquí está la corte. Vamos cargando las calaminas, las vigas,

ornos, los clavos, las mechas, la dinamita, sí, los cartuchos; nunca

en un cartucho al otro libre por la noche; puede estallar al tocarlo al

alimento; se hiela, dicen, y el frío es tan fuerte como el calor. Los

no se los desahuye nadie. Los portañes, un turno para el agua. Usted

olvide con él. Oa, ya; oh, ya. ¿Dónde habrá salido este animal? Ya

el contratista.

--El tren traerá el pan, todos los días, desde Puente del Inca.

--Sí, del hotel. También traerá la carne.

--Papas quedan todavía.

--Mire, paisano: el hoyo tiene que tener un metro de profundidad, por lo menos, ^y sesenta centímetros de ancho.

--Sí, claro, pero como hay rocas saldrán de a como ellas les dé la gana.

--Le mete dinamita.

--Sí, y entonces saldrán como la dinamita quiera.

--¡Pero usted no me da ninguna facilidad!

--La facilidad de decirme que el hoyo tiene que tener uno por sesenta.

¿Le parece poco?

--¡Qué gracioso!

--Antes era más gracioso que ahora.

--Y hay que dejar, delante de cada hoyo, una viga de estas; ocho por ocho.

--Las vigas van apernadas y machihembradas.

--Después el armazón y en seguida las calaminas.

--¡Búm!

--Tronó el primer tiro, ¿sientes?

--¡Búumbúumbúmbúm!

--Es el eco en las montañas.

--La detonación llegará hasta Chile.

--¡Ay, Chile!

--¡Ay, cielo, cielo, cielito; cielito del despampajo, que si te saco el hocón se te viene el rancho abajo.

--Llevamos un mes.

--Puede que tengamos suerte y nos quedemos otros dos.

--Si empieza a nevar tendremos que tocar la polca.

--El tren trasa el pan, todos los días, desde Puente del Inca.
--Sí, del hotel. También trasa la carne.
--Papas quedan todavía.
--Mire, paisano: el hoyo tiene que tener un metro de profundidad, por
lo menos, ^y sesenta centímetros de ancho.
--Sí, claro, pero como hay rocas saldrán de a como ellas sea de la zona.
--He mate dinamita.
--Sí, y entonces saldrán como la dinamita quiere.
--Pero usted no me da ninguna facilidad!
--La facilidad de decirme que el hoyo tiene que tener uno por sesenta.
La parece poco?
--¡Ué gracioso!
--Antes era más gracioso que ahora.
--Y hay que dejar, delante de cada hoyo, una viga de estas; ocho por
ocho.
--Las vigas van apertadas y machihembradas.
--Después el armazón y en seguida las columnas.
--¡Bóm!
--Tronó el primer tiro, ¡valentoso!
--¡Bómbom-bómbom!
--Es el eco en las montañas.
--La detonación llegará hasta Chile.
--¡Ay, Chile!
--¡Ay, cielo, cielo, cielo! ¡cuello del despapajo, que si te saca el
boreón se te viene el rancho abajo.
--¡Llévenos un mes.
--Puede que tengamos suerte y nos queden otros dos.
--Si empieza a nevar tendremos que togar la pólvora.

--Se armó la tremenda pelea.

--Oh, yes, oh, yes: pan mucho malo; no hay carne; no hay papas, pero ¿qué quiere que haga yo!

--Denos permiso para ir a buscar la carne y el pan a ~~puente~~ Puente del Inca. No hay qué comer y sin comer no se puede trabajar.

--Oh, yes; oh, yes; llévate la zorra, chileno, y trae pan; mucha hambre, gringo mucha hambre.

--Sin mony no hay tony, pues, patrón.

--Mí no quiere huelga; anda a Puente del Inca y trae todo.

--El dedo ya está bueno; pero se me cayó la uña; debajo de la mugre debe estar saliendo la otra. Ni la sentí.

--Hombrecito, ¿eh?

--¿Saben, muchachos? Dicen que el cocinero es maricón.

--¡No digas! Apúntame aquí la dirección.

--Sí; dicen que El Machete casi lo mató una noche que fué a ofrecerle más comida si lo dejaba entrar en la carpa.

Me afirmé en el codo y levanté el cuerpo; estiré el brazo y toqué la tela. Algo había encima, pero no ~~era~~ algo pesado, al contrario; empujé hacia arriba y aquel algo corrió por la tela, que recuperó su altura de siempre. Era más de lo que podía soportar. Miré a mis compañeros: dormían o fingían dormir. Eché la ^{frazada} ~~mantita~~ hacia atrás, giré el cuerpo y tomé mis ropas, me las puse, me calcé los zapatos y fui hacia la abertura de la carpa; hacía frío y tuve un estremecimiento. Abrí y miré: había nevado.

era

No ~~era~~ la primera vez que nevaba en el mundo, pero era la primera vez que veía nieve, que me veía rodeado de nieve, aunque, en verdad, no era la nieve lo que me impresionaba sino la sensación de soledad que me produjo, no soledad de la nieve, de las rocas, del río o de las montañas sino soledad de mí mismo entre la nieve, las rocas, el río y las montañas, aislamiento, reducción de mi personalidad hasta un mínimum impresionante; me pareció

reducción de mi personalidad hasta un mínimo impresionista; me parecía
de mí mismo entre la nieve, las rocas, el río y las montañas, aislado
olvidado de la nieve, de las rocas, del río o de las montañas sino so-
lo que me impresionaba sino la sensación de soledad que me produjo,
veía nieve, que me veía rodeado de nieve, aunque, en verdad, no era la
No era la primera vez que nevaba en el mundo, pero era la primera vez
y tuve un estremecimiento. Ahí y miré: había nevado.
Pues, me calce los zapatos y fui hacia la abertura de la carpas; hacia
dormir. Fui hacia atrás, giré el cuerpo y tomé mis ropas, me
fui más de lo que podía soportar. Miré a mis compañeros: dormían o fin-
gían y aquel algo corrió por la tela, que resquebró su altura de sien-
ta. Algo habla encima, pero no ~~me~~ algo pasado, al contrario; aunque ha-
me aferré en el codo y lavé el cuerpo; estiré el brazo y toqué la
comida al lo dejaba entrar en la carpas.
-Sí; dicen que El Machete casi le mató una noche que fue a ofrecerse
-No digas! Aguantame aquí la dirección.
-¿Así? ¿muchachos? Dicen que el cocinero es maridón.
-¡Hombrísimo, ¿eh?

estar saliendo la otra. Mi la sentí.

-El dedo ya está bueno; pero se me cayó la uña; debajo de la uña de-
-Mi no quiere huelga; anda a Puente del Inca y trae todo.
-Sin money no hay tony, pues, patrón.

no mucha hambre.

-Oh, yes; oh, yes; llévate la torta, chileño, y trae pan; mucha hambre,
. No hay que comer y sin comer no se puede trabajar.

-Denes permiso para ir a buscar la carne y el pan a ~~la~~ Puente del

¿quiere que haga voi?

-Oh, yes, oh, yes: pan mucho malo; no hay carne; no hay papas, pero
-Se está la tremenda pesa.

que los lazos que hasta ese momento me unían al paisaje o al lugar en que me encontraba y me había encontrado antes, ~~antiguos~~ lazos de color, de movimiento, de fricción, de espacio, de tiempo, desaparecían, dejándome abandonado en medio de una blancura sin límites y sin referencias, en la que ~~era~~ todo se alejaba o se aislaba a su vez. La nieve lo rodeaba todo y rodeaba también la carpa y parecía dispuesta a acorralarnos, a inmovilizarnos, anotando nuestros movimientos, vigilando nuestros pasos, dejando huellas de ellos y de su dirección. La noche, es cierto, lo neutralizaba a uno, lo hacía desaparecer en la oscuridad; pero la nieve era peor: lo destacaba, lo señalaba y parecía entregarlo a fuerzas más terribles que las de la oscuridad nocturna.

Todo había desaparecido: las pequeñas piedras, con las cuales ya estábamos familiarizados, por lo menos en el día, y aun las rocas y los senderos que iban por las faldas de las montañas hacia las minas o hacia el río o hacia la línea del ferrocarril o hacia Chile. ¿Por dónde irse ahora? No había más que nieve. Eché una mano hacia atrás y castañetéé los dedos y dije:

--Muchachos. . .

Me salió una voz baja, como si tuviera la garganta apretada.

--¡Qué pasa! -- rezongaron.

--Vengan a ver.

Algo extraordinario había en la voz: los hombres acudieron inmediatamente:

--¡Qué hay!

--Miren.

Hubo un silencio. Después:

--¡Qué más iba a durar! Llegó la nieve y se acabó el trabajo.

Se vistieron murmurando, malhumorados, echando a la nieve a todas las

malas partes imaginables y no imaginables. Cinco días después, y cuando ya la primera nevada había desaparecido casi del todo, otra nevazón: imposible encontrar nada, herramientas, materiales, hoyos; nieve de mierda; y tan fría.

--¿Para dónde vas, ahora?

--Creo que a Chile.

SEGUNDA PARTE

--Yo, a Mendoza. Después vuelvo: invernaré en Las Leñas. El capataz quiere que me quede.

--¿Y tú, español?

--No sé. También me dan ganas de irme a Chile, pero primero debo ir a Mendoza a buscar a mi mujer.

--Aquí está la plata. Firme aquí.

--Gracias. Poco es, pero peor es nada.

--Adiós, muchachos, adiós.

El viento soplaba sobre la nieve y la arremolinaba en el aire, cegando a los caminantes cordilleranos.

la parte imaginaria y no las reales. O sea las desgracias, y cuando ya
minera nevada había desaparecido casi del todo, otra nevada: imposible
nada, hermanitos, hermanitas, hoyos; nieve de mierda; y tan

-¿Dónde vas, ahora?

-Voy que a Chile.

-Yo, a Mendoza. Después volveré: invertiré en las Leñas. El capital

re que me queda.

-¿Y tú, español?

-No sé. También me dan ganas de ir a Chile, pero primero debo ir a

una a buscar a mi mujer.

-Aquí está la plata. Fírmala aquí.

-Gracias. Poco es, pero por es nada.

-Adiós, muchachos, adiós.

El viento sopla sobre la nieve y la arremolinaba en el aire, cogen-

los caminantes corriendo.

SEGUNDA PARTE

No podía quedarme para siempre en la puerta de la cárcel. El centinela me miraba con insistencia y parecía entre curioso y molesto, curioso porque era yo un raro exconcedido: en vez de ir a grandes pasos, corriendo si era posible, me quedaba, frente a la puerta, inmóvil, como contrariado de salir en libertad, y molesto porque mi figura no era, de ningún modo, decorativa, y ya es suficiente ser gendarme de un edificio como aquel para que además se planté allí un ser, macilento y mal vestido, sin ganas de querer marcharse. La verdad, sin embargo, es que de buena gana habría vuelto a entrar: no existía en aquella ciudad flora de gente y de intereses comerciales, un lugar, uno solo, hacia el cual dirigían sus pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un apretón de manos o siquiera una palmada en los hombros; mi único recurso era ir y con él todo lo que tenía en esa ciudad y en esa prisa. En la cárcel, en cambio, al cabo González me llevaba a la enfermería y traía una taza de ese caldo en que flotan grandes y gruesas gotas de grasa o un plato de porotos con fideos, entre los cuales no era raro hallar un botón, un palo de fósforo o un trocito de género, objetos inofensivos, aunque incomedibles, que no sorprendían más que a los porotos; y allí me habría quedado, en cama, una semana o un mes, hasta que mis piernas estuviesen firmes y mi pulso no doliera ni sangrara al toser con violencia. Pero no podía volver: las cosas eran pocas y El Terrible había decidido, por amoros contrarios, una puñalada en el vientre, metida en una mano; estaba más o menos bien y la libertad caería en su caso.

SEGUNDA PARTE

esta libre. Arregláteles como puedas.

Miré a mi alrededor: desde el sitio en que me hallaba veía la ciudad casi por casa, ya que la cárcel estaba situada de tal modo que desde su puerta -- desgraciadamente nada más que desde su puerta -- se ofrecía un paisaje bello, con el mar alejándose hacia el horizonte. Los barcos

I

fondeados en la bahía parecían, menos que anclados, posados sobre el agua; los botes pequeños y negros, se movían con lentitud y seguridad, y a mi alrededor me miraba con insistencia y parecía entre curioso y molesto, curioso porque era yo un raro excarcelado: en vez de ir a grandes pasos, corriendo allí, haciendo sonar sus campanas y pitos, larga era la espera, más do si era posible, me quedaba, frente a la puerta, inmóvil, como contra-que muchacha, y sus calles seguían la dirección de la playa o se volcaban en riado de salir en libertad, y molesto porque mi figura no era, de ningún

modo, decorativa, y ya es suficiente ser gendarme de un edificio como aquel para que además se plante allí un ser, macilento y mal vestido, sin miras de querer marcharse. La verdad, sin embargo, es que de buena gana habría vuelto a entrar: no existía en aquella ciudad llena de gente y de poderosos comercios, un lugar, uno sólo, hacia el cual dirigir mis pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amigoso apretón de manos o siquiera una palmadita en los hombros; mi amigo

se había ido y con él todo lo que tenía en esa ciudad y en ese país. En la cárcel, en cambio, el cabo González me habría llevado a la enfermería y traídome una taza de ese caldo en que flotaban grandes y gruesas gotas de grasa o un plato de porotos con fideos, entre los cuales no era raro hallar un botón, un palo de fósforo o un trocillo de género, objetos inofensivos, aunque incomibles, que no sorprendían más que a los novatos; y allí me habría quedado, en cama, una semana o un mes, hasta que mis piernas estuviesen firmes y mi pulmón no doliera ni sangrara al toser con violencia. Pero no podía volver: las camas eran pocas y EL Terrible había recibido, por amores contrariados, una puñalada en el vientre; necesitaban esa cama; estaba más o menos bien y la libertad terminaría mi curación

I

No podía quedarme para siempre en la puerta de la cárcel. El senti-
a me miraba con insistencia y parecía entre curioso y molesto, curioso
que era yo un raro excelsiorado; en vez de ir a grandes pasos, corrien-
si era posible, me quedaba, frente a la puerta, inmóvil, como contra-
do de salir en libertad, y molesto porque mi figura no era, de ningún
o, decorativa, y ya es suficiente ser gendarme de un edificio como
él para que además se planté allí un ser, macilento y mal vestido, sin
as de querer marcharse. La verdad, sin embargo, es que de buena gana
ría vuelto a entrar: no existía en aquella ciudad llena de gente y de
terrosos comercios, un lugar, uno sólo, hacia el cual dirigía mis pasos
puera de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amia-
to apratón de manos o siquiera una palmadita en los hombros; mi amigo
había ido y con él todo lo que tenía en esa ciudad y en ese país. En
cárcel, en cambio, el cabo González me había llevado a la enfermería
vélome una taza de ese caldo en que flotaban grandes y gruesas gotas
grasa o un plato de papotas con fideos, entre los cuales no era raro
lar un botón, un pelo de látigo o un trocillo de género, objetos ino-
tivos, aunque incombibles, que no sorprendían más que a los novatos; y
si me había quedado, en cama, una semana o un mes, hasta que mis pier-
as estuviesen firmes y mi pulmón no doliera ni sangrara al toser con vio-
lencia. Pero no podía volver: las cosas eran pocas y El Terrible había
cibido, por amores contrariados, una puñalada en el vientre; necesita-
a esa cama; estaba más o menos bien y la libertad terminaría mi curación.

Estás libre. Arregláteles como puedas.

Miré a mi alrededor: desde el sitio en que ^{me} hallaba veía la ciudad casa por casa, ya que la cárcel estaba situada de tal modo que desde su puerta -- desgraciadamente nada más que desde su puerta -- se ofrecía un paisaje amplio, con el mar alejándose hacia el horizonte. Los barcos fondeados en la bahía parecían, menos que anclados, posados sobre el agua; los botes pequeños y negros, se movían con lentitud y seguridad, y los remolcadores, inquietos y jactanciosos, atravesaban la bahía de acá para allá, haciendo sonar sus campanas y pitos. Larga era la ciudad, más que ancha, y sus calles seguían la dirección de la playa o se volcaban en ella.

Empecé a bajar y mientras lo hacía fui reconstruyendo en la mente la parte de la ciudad que más conocía y que se limitaba al barrio que rodea al puerto; lo había frecuentado mientras estuve en libertad y vagado días enteros por sus calles de una cuadra o a lo sumo de dos de longitud; allí debía ir y allí o desde allí buscar donde encontrar reposo y alguno que otro bocado.

El puerto era, sin duda, un buen lugar, un precioso lugar en el que uno podía pasarse una hora, un año o un siglo, sin darse cuenta de que pasaba. No se sentía urgencia alguna y hasta las más primordiales necesidades, como comer, por ejemplo, o dormir, parecían olvidarse, amenguarse por lo menos, sin contar con que en la plaza o en el muelle se podía dormir, sentado, claro está, y en cuanto a comer no tenía uno más que atravesar la plaza y entrar, si se poseía dinero, a un restorán, echarse al colato un plato de carne o de porotos y volver enseguida al muelle o a la plaza a retomar el mismo pensamiento, el mismo ensueño o el mismo recuerdo, con más vigor ahora, y si no fuese porque uno tiene huesos, tejidos y músculos y esos malditos músculos, tejidos y huesos necesitan alimentarse y desentumecerse, podría uno estrarse allí hasta el fin de sus días.

las libre. Arregladas como quedas.

Miré a mi alrededor: desde el sitio en que me hallaba veía la ciudad por todas partes, ya que la cárcel estaba situada de tal modo que desde una sola puerta -- desgraciadamente nada más que desde su puerta -- se ofrecía un paisaje amplio, con el mar alejándose hacia el horizonte. Los barcos

que estaban en la bahía parecían, menos que anclados, posados sobre el agua; los botes pequeños y negros, se movían con lentitud y seguridad, y los remolcadores, indolentes y fastidiosos, atravesaban la bahía de norte a sur, haciendo sonar sus campanas y pitos. Larga era la ciudad, más ancha, y sus calles seguían la dirección de la playa o se volcaban en

Emparé a bajar y mientras lo hacía fui reconstruyendo en la mente la forma de la ciudad que más conocía y que se limitaba al barrio que rodea el puerto; lo había frecuentado mientras estuve en libertad y vagando días enteros por sus calles de una cuadra a la otra de dos de longitud;

El puerto era, sin duda, un buen lugar, un precioso lugar en el que se podía pasar una hora, un día o un siglo, sin darse cuenta de que nada. No se sentía urgencia alguna y hasta las más primordiales necesidades, como comer, por ejemplo, o dormir, parecían olvidarse, amenguarse. Lo mejor, sin contar con que en la plaza o en el muelle se podía dormir, sentado, claro está, y en cuanto a comer no tenía uno más que ir a la plaza y entrar, si se poseía dinero, a un restaurante, echarse al lado de un plato de carne o de porotos y volver ensanguiñado el muelle o a la casa a tomar el mismo panamónico, el mismo ananazo o el mismo repostería con más vigor ahora, y si no fueras porque uno tiene huesos, tejidos musculares y esos malditos músculos, tejidos y huesos necesitan alimentarse y descansar, podría uno estar allí hasta el fin de sus días.

esperando o no esperando nada, un trabajo, un amigo o simplemente la muerte; y cuando llega el momento en que es preciso irse, ya que es imposible quedarse, pues hace frío y está uno agarrotado y debe pensar, a pesar suyo, en la comida, en el alojamiento o en el trabajo, se da cuenta uno de que el ser humano es una poquilla cosa trabajada por ~~miserables~~ miserables necesidades: vamos, andando a la dichosa comida, al maldito alojamiento, al jodido trabajo; sí, el puerto era un buen sitio, pero era un buen sitio si se tenía salud y dinero, aunque no se tuviese trabajo, pues cuando uno tiene dinero y salud para qué diablos necesita trabajo; pero no tenía ni la una ni el otro y ni siquiera tenía domicilio: había vivido, dormido, mejor dicho, en esos dormitorios en cuyas habitaciones no hay más que un duro lecho y unos clavos en la pared; nada de lavatorios ni de baños y nada ~~tampoco~~ tampoco de frazadas o de sábanas; sábanas no hay a ningún precio, y en cuanto a frazadas, si eres tan delicado que necesitas taparte con algo para dormir, págalas extra: llega uno a las diez o a las once de la noche, paga y entra al cuarto, no más de cuatro metros cuadrados, y se tiende; no hay puertas; de otro modo, esto se llenaría de maricones o de otra gente peor; se duerme decentemente, a puertas abiertas; es mejor para la salud, además; hay una sola luz para todos los cuartos, que no son más que divisiones de poca altura hechas con tablas y papel en una vasta sala; ¿y para qué quieres luz?; estás cansado o hambriento y sólo necesitas oscuridad y descanso, dormir o pensar; no sabes quién duerme en el cuartucho vecino: puede ser un asesino, un vicioso, un atormentado, un enfermo, hasta quizá alguien que se está muriendo -- como el borracho que agonizó toda una larga noche, con el vientre abierto, y a quien hacíamos callar cuando se quejaba, sin saber que se moría --; de todos modos, déjalo estar: querrá morir, tranquilo o no, y para eso no necesita luz ni compañía. Mañana, a las cuatro o a las cinco, se levantarán los primeros, tosiendo y escupiendo en las paredes, en el suelo, en donde cae

queriendo o no esperando nada, un trabajo, un amigo o simplemente la muerte; y cuando llega el momento en que se precisa irse, ya que es imposible quedarse, pues hace frío y está uno agotado y debe pensar, a pensar en la comida, en el alojamiento o en el trabajo, se da cuenta uno de que el ser humano es una pobre cosa trabada por ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ necesidades: vamos, andando a la dicha comida, el malito al momento, al dicho trabajo; si, el puerto era un buen sitio, pero era un mal sitio al se tenía salud y dinero, aunque no se tuviese trabajo, pues ando uno tiene dinero y salud para que diables necesite trabajo; pero tenía ni la una ni el otro y ni siquiera tenía domicilio: había vivido, mal, mejor dicho, en esos dormitorios en cuyas habitaciones no hay más que un duro hecho y unos clavos en la pared; nada de lavatorios ni de bañarse y nada ~~xxxxxxxx~~ tampoco de frías o de calientes; además no hay a ningún precio, y en cuanto a frías, si eres tan delicado que necesites parte con algo para dormir, pégale extra: llega uno a las diez o a las once de la noche, paga y entra al cuarto, no más de cuatro metros cuadrados, y se tiende; no hay puertas; de otro modo, esto se llamaría de mariposa o de otra gente peor; se duerme decentemente, a puertas abiertas, mejor para la salud, además; hay una sola luz para todos los cuartos, no son más que divisiones de poca altura hechas con tablas y papel en la vasta sala; ¿y para que quieras luz? estás cansado o hambriento y lo necesitas oscuridad y descanso, dormir o pensar; no sabes quien termine en el cuarto vecino: puede ser un asesino, un vicio, un estorpuado, un enfermo, hasta quizás alguien que se está muriendo -- como el dicho que agonizó toda una larga noche, con el vientre abierto, y a quien solamente calar cuando se quejaba, sin saber que se moría --; de todas cosas, déjalo estar; querrá morir, tranquilo o no, y para eso no necesita ni compañía. Mañana, a las cuatro o a las cinco, se levantarán los timeros, tocando y sacudiendo en las paredes, en el suelo, en donde eso

--no van a andar eligiendo, a esa hora--; algunos ni siquiera se habrán desvestido, ¿para qué?, y saldrán andando hacia ~~xxxxxxx~~ el puerto, hacia el mercado, hacia las caletas de pescadores, hacia las imprentas o hacia el hospital; otros se ^{le}lavanarán más tarde, pero nadie, ⁿⁱaun los enfermos, estarán allí después de las ocho, pues ninguno, por una especie de íntimo pudor, esperará que el mozo venga a decirle que ya es hora de marcharse, y tendrás que irte, echándote en la cara, a la pasada, un manotazo de agua cogida en la llave del excusado, un excusado sin toallas, sin jabón, con los vidrios rotos, las murallas pintadas con alquitrán, el suelo cubier^{to} ~~xxx~~ de papeles con manchas amarillentas: "Se ruega no echar los papeles en la taza." No podía quedarme en el puerto; tenía que buscar, antes que nada, alojamiento; para ello, sin embargo, necesitaba encontrar dónde y cómo ganar los centavos para la cama y la frazada, poco dinero, ya que la cama valía sesenta y veinte la frazada; pero eso era lo principal, dormir abrigado, aunque no comiese; el dormir sobre el piso de cemento, sin abrigo alguno, orinándome de frío, me había producido la pulmonía y ésta traído como consecuencia una terrible cobardía, no de la muerte sino de la enfermedad y de la invalidez; y en el puerto ^{yo}me conseguiría dinero; era preciso trabajar en faenas fuertes y ~~xxxxxxxxxxxx~~ sostenidas; imposible; debía seguir, mirando de reojo el mar, el muelle, las embarcaciones y envidiando a los hombres que conversan o enmudecen, toman el sol y fuman; tienen buena salud y pueden resistir; yo no; avancé por una calle, luego por otra, sorteando a los grupos que esperaban se les llamara a cargar o descargar, a limpiar o remachar, a aceitar o a engrasar, a arbolar ~~xx~~ o a desarbolar, a pintar, enmaderar o raspar, pues ellos pueden enmaderar y raspar, pintar, desarbolar o arbolar, engrasar o ^oacitar, remachar y limpiar, cargar y descargar el universo entero, con estrellas, soles, planetas, constelaciones y nebulosas, con sólo pagarles un salario que les permita no morir de hambre y proporcionarles los medios de llegar al si-

van a andar eligiendo, a esa hora--; algunos ni siquiera se habían
vestido. ¿para qué? y saldrán andando hacia xxxxxxxx el puerto, ha-
el mercado, hacia las calles de pescadores, hacia las imprentas o ha-
el hospital; otros se lavarán más tarde, pero nadie, ni aun los en-
nos, estarán allí después de las ocho, pues ninguno, por una especie de
uno pudor, esperará que el mozo venga a decirle que ya es hora de mar-
tar, y tendrán que irte, soñando en la cara, a la parada, un manote-
de agua cogida en la llave del excusado, un excusado sin toallas, sin
ón, con los vidrios rotos, las murallas pintadas con alquitrán, el
lo cubierto con de papeles con manchas amarillentas: "Se tarda no es-
papeles en la casa." No podía quedarme en el puerto; tenía que buscar,
as que nada, alojamiento; para ello, sin embargo, necesitaba encontrar
de y cómo ganar los centavos para la cama y la comida, poco dinero, ya
la cama valía sesenta y veinte la comida; pero eso era lo principal,
un abrigo, aunque no comiese; el dormir sobre el piso de cemento,
abrigo alguno, orinándome de frío, me había producido la pulmonía y
a traido como consecuencia una terrible coque, no de la muerte sino
la enfermedad y de la invalidez; y en el puerto no conseguía dinero;
preciso trabajar en tareas fuertes y xxxxxxxx sostenidas; imposible;
la seguir, mirando de reojo el mar, el muelle, las embarcaciones y en-
lano a los hombres que conversan o empujaban, toman el sol y fuman;
nen buena salud y pueden resistir; yo no; avancé por una calle, luego
otra, sorteando a los grupos que esperaban a las llamas a cargar o
cargar, a limpiar o remachar, a aceitar o engrasar, a arbolar un o a
arbolar, a pintar, enmaderar o resar, pues ellos pueden enmaderar y
arbolar, pintar, engrasar o aceitar, remachar y lim-
ar, cargar y descargar el universo entero, con escalas, soles, plane-
a, constelaciones y nebulosas, con sólo pagarles un salario que les
mita no morir de hambre y proporcionales los medios de llegar al si-

tio necesario, oh insistentes y pequeños hombrecillos, constructores de puertos y de catedrales, extractores de salitre y de carbón, de cobre y de cemento, tendedores de vías férreas, que no tienen nada, nada más que la libertad, que también les quieren quitar, de chalar un rato entre ellos y de tomarse uno que otro gran trago de vino en espera del próximo o del último día. ~~esto terminó el muro y apareció el mar.~~

Hacia el sur terminaba de pronto la ciudad y aparecían unas barracas o galpones amurallados. ¿Qué había allí? Rañas y mercaderías; no se escuchaba ruido alguno; la falda del cerro acompañaba a la calle en sus vueltas y revueltas y alzando la vista se podía ver, en lo alto, unos pinos marítimos que asomaban sus oscuras ramas a orillas del barranco. Los tranvías iban y venían, llenos de gente, pero la calle se veía desierta y apenas si aquí y allá surgía algún marinero o algún cargador con su caballo. La soledad me asustaba: quería estar entre hombres y mujeres, y más que entre mujeres entre hombres a quienes acercarme y pedir consejo o ayudar en sus trabajos, si eran livianos. Los que pasaban me miraban con curiosidad y hasta con cierta extrañeza y estaba seguro de que, alejados unos pasos, se volvían a mirarme. ¿Qué figura haría, caminando bajo el viento y el sol, a orillas del mar? Sentía que a mi ~~alrededor~~ alrededor y más allá resonaba un vigoroso latido, una grave y segura pulsación, al mismo tiempo que una alegre y liviana invitación al movimiento y a la aventura; pero tenía miedo y no quería dejarme llevar ni ser tomado por algo violento: por favor, déjame tranquilo, mi pulmón no está bueno. ¿Y cómo sería la herida que tenía allí? Si pudiera mirar, ¿acaso la vería? ¿Cómo era: grande, pequeña, seca, húmeda, de gruesos o delgados labios, apretada o suelta? Es curioso: ha visto unas fotografías y dibujos de corazones y de estómagos, de hígados y de pulmones y sabe, más o menos, cómo son y hasta podría describirlos y quizá dibujarlos, decir dónde están en el cuerpo del hombre y qué funciones tienen; pero cuando se trata de nuestro corazón, de

lo necesario, de instantes y pequeños bombrillos, constataciones de
cuerpos y de catástrofes, extracciones de salitre y de carbón, de coque y
cemento, tendedores de vías férreas, que no tienen nada, nada más que
libertad, que también les quieren quitar, de copiar un rato entre ellos
de tomarse uno que otro gran trago de vino en espera del próximo o del
último día.
Hacia el sur terminaba de pronto la ciudad y aparecían unas barrancas
salpitreras amarillentas. ¿Qué había allí? Ratas y morcaderías; no se oían
nada ruido alguno; la falda del cerro acompañaba a la calle en una vuel-
ta y revueltas y alzando la vista se podía ver, en lo alto, unos pinos
árbitros que esbozaban sus oscuras ramas a orillas del barranco. Los tran-
sitos iban y venían, llenos de gente, pero la calle se veía desierta y a-
mas al andar y allí en la aldea marinero o algún carpintero con su caballo
solitario me asustaba; quise estar entre hombres y mujeres, y más que
entre mujeres entre hombres a quienes acercarme y pedir consejo o ayudar
en sus trabajos. El era liviano. Los que pasaban me miraban con curiosi-
dad y hasta con cierta extrañeza y estaba seguro de que, alejados unos
unos, se volvían a mirarme. ¿Qué figura haría, caminando bajo el viento
el sol, a orillas del mar? Sentía que a mi alrededor alrededor y más
allí resonaba un vigoroso latido, una grave y segura pulsación, el mismo
latido que una alegría y liviana invitación al movimiento y a la aventura;
pero tenía miedo y no quería dejarme llevar ni ser tomado por algo violento
o por favor, dejarme tranquilizo, mi pulmón no está bueno. ¿Y cómo sería
la herida que tenía allí? Si pudiera mirar, ¿acaso la vería? ¿Cómo era?
grande, pequeña, seca, húmeda, de gruesas o delgadas labios, apretada o
relaxa? Es curioso: he visto una fotografías y dibujos de corazones y de
pulmones, de riñones y de pulmones y sabe, más o menos, cómo son y hasta
cómo describirlos y dibujarlos, decir dónde están en el cuerpo del
cuerpo y qué funciones tienen; pero cuando se trata de nuestro corazón, de

de nuestro estómago, de nuestro hígado o de nuestros pulmones, no sabe una
nada, ni siquiera dónde exactamente están y mucho menos lo sabemos cuando
se nos enferman; entonces el dolor parece convertirlos en algo extraño y
hostil, independiente de nosotros y dotados de una propia y soberbia per-
sonalidad.

De pronto terminó el muro y apareció el mar.

nostro estómago, de nuestro aliento o de nuestros pulmones, no sabe una
ni siquiera donde exactamente están y mucho menos lo sabemos cuando
nos enfermamos; entonces el dolor parece convertirse en algo extraño y
II, independiente de nosotros y dotado de una propia y espantosa per-
sonalidad.

De pronto terminó el muro y apareció el mar.

II

Imaginación

(Supón que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes ubicar exactamente y que no puedes, tampoco, ver ni tocar, y supón ~~xxxx~~ que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinarte, correr, luchar o reír; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor enseguida: aquí estoy, anda despacio. No te quedan más que dos caminos: o renunciar a vivir así, haciendo a propósito lo que no debes, o vivir ~~así~~ así evitando hacer lo que no debes. Si eliges el primer camino, si saltas, gritas, ríes, corres o luchas, todo terminará pronto: la herida, al hacerse más grande de lo que ~~xxxxxxxxxxxx~~ puedes soportar, te convertirá en algo que sólo necesitará ser sepultado y que aun podría pasarse sin ese requisito. Si esto ocurre, querrá decir que tenías un enorme deseo de vivir y que exasperado por la imposibilidad de hacerlo como quieres preferiste terminar, y esto no significará, de ningún modo, heroísmo; significará que tenías una herida, que ella pudo más que tú y que le cediste el sitio. Si eliges el segundo camino continuarás existiendo nadie sabe por cuánto tiempo: renunciarás a los movimientos marciales y a las alegrías exageradas y vivirás, como un sirviente, alrededor de tu herida, cuidando que no sangre, que no se abra, que no se descomponga, y esto, amigo mío, significará que tienes un enorme deseo de vivir y que, impedido de hacerlo como deseas, aceptas hacerlo como puedes, sin que ello pueda llamarse, oye-lo bien, cobardía, así como si elegiste el primer camino nada podrá hacer suponer que fuiste un héroe: resistir es tan cobarde o tan heroico como

II

Original

(Supra) que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna

te que no puedes indicar exactamente y que no puedes, tampoco, ver ni

ar, y supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre

ndo te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinar, correr, in-

r o reír; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su

or ensanguina: aquí estoy, anda despierto. No te quedes más que dos cami-

: o renunciar a vivir así, haciendo a propósito lo que no debes, o vi-

enir así evitando hacer lo que no debes. Si eliges el primer camino,

altas, gritas, ríes, corres o luchas, todo terminará pronto: la heri-

al hacerse más grande de lo que ~~xxxxxxxxxxxx~~ puedes soportar, te con-

timará en algo que sólo necesitará ser sepultado y que aun podrás pasar

ese requisito. Si esto ocurre, quedará hecha una herida un enorme deseo

vivir y que exasperado por la imposibilidad de hacerlo como quieres

teriste terminar, y esto no significará, de ningún modo, heroísmo; sig-

laré que tienes una herida, que ella pudo más que tú y que la coe-

el sitio. Si eliges el segundo camino continuarás existiendo nada sabe

cuanto tiempo: renunciarás a los movimientos marciales y a las alegrías

eradas y vivirás, como un sirviente, alrededor de tu herida, cuidando

no sangre, que no se abra, que no se descomponga, y esto, amigo mío,

ificará que tienes un enorme deseo de vivir y que, impedido de hacerlo

o desear, aceptas hacerlo como puedes, sin que ello pueda llamarse, dýe-

bien, cobardía, así como si eligiste el primer camino nada podré hacer

ner que fuiste un héroe: resistir es tan cobardía o tan heroísmo como

eternas

renunciar. Por lo demás, las heridas no son ~~eternas~~ ^{eternas}: o mejoran o acaban con uno y puede suceder que después de vivir años con una de ellas sientas de pronto que ha cicatrizado y que puedes hacer lo que todo hombre sano, como puede ocurrir, también, que concluya contigo, ya que una herida es una herida y puede matar de dos maneras: por ella misma o provocando en tu cerebro otra que atacará, sin que te enteres, tu resistencia para vivir; tú tienes una herida, supongamos, en un pulmón, en el duodeno, en el recto o en el corazón, y quieres vivir y resistes, no te doblegas, aprietas los dientes, lloras, pero no cedes y sigues, aunque sea de rodillas, aun arrastrándote, llenando el mundo de lamentaciones y blasfemias; pero un día sientes que ya no puedes resistir, que tus nervios se sueltan, que tus rodillas y tus piernas no te soportan y se doblegan: caes entonces, te entregas y la herida te absorbe. Es el fin: una herida se ha juntado a la otra, y tú, que apenas podías aguantar una, no puedes con las dos: "Víctima de una prolongada dolencia ha fallecido en esta ciudad, rodeado del cariño de los suyos, el señor X. X." No sé si conocerás algunos nudos marinos; es posible que no; como la mayoría de los mortales conocerás sólo un ejemplar de cada cosa u objeto y al oír hablar de nudos recordarás nada más que el de rosa, sin que ello signifique que lo sepas hacer bien; no se necesita saber muchas cosas para vivir: basta con tener buena salud. Hay un nudo ~~un~~ marino, llamado de pescador, que recuerda lo que te estoy diciendo: está constituido por dos hechos que, siendo semejantes, ocurren aisladamente y que mientras están aisladas no son peligrosos; el peligro está en su unión: toma un cabo, una piola, por ejemplo, o un vaivén y haz, sobre otra piola o sobre otro vaivén, tomándolo, un nudo ciego, ese único nudo que sabes hacer correctamente, sin apretarlo demasiado y sin dejarlo suelto, que muerda, como se dice; y con el extremo de la piola sobre la cual has hecho ese nudo, ^{haz} otro igual sobre la primera y tendrás así dos piolas unidas por dos nudos ciegos colocados a una distancia equis; en esa situa-

eternas
unular. Por lo demás, las heridas no son heridas: y mejoran o acaban con
y puede suceder que después de vivir años con una de ellas sientas de
tanto que ha cicatrizado y que puedes hacer lo que todo hombre sano, como
ocurrir, también, que concluya contigo, ya que una herida es una he-
la y puede matar de dos maneras: por ella misma o provocando en tu co-
no otra que ataca, sin que te enteres, tu resistencia para vivir; tú
una herida, suponíamos, en un pulmón, en el duodeno, en el recto
en el corazón, y quieres vivir y resistir, no te dobles, aprétate los
antes, lloras, pero no cesas y sigues, aunque sea de rodillas, con otras-
lados, llenando el mundo de lamentaciones y blasfemias; pero un día sien-
que ya no puedes resistir, que tus nervios se agitan, que tus rodi-
as y tus piernas no te soportan y se doblan: casa entonces, te entre-
y la herida te absorbe. Es el fin: una herida se ha juntado a la otra,
que apenas podías aguantar una, no puedes con las dos: "Víctima de
prolongada dolencia ha fallecido en esta ciudad, robado del camino de
suos, el señor X. X." No sé si conocerás algunos nudos marinos; es
ible que no; como la mayoría de los mortales conocerás sólo un ejemplo
cada cosa u objeto y al oír hablar de nudos recordarás nada más que
de rosa, sin que ello signifique que lo sepas hacer bien; no se necesita
por muchas cosas para vivir: basta con tener buena salud. Hay un nudo ma-
ino, llamado de pescador, que recuerda lo que te estoy diciendo: está
constituido por dos hebras que, siendo semejantes, ocurren aisladamente y
mientras están aisladas no son peligrosas; el peligro está en su unión:
en un caso, una piola, por ejemplo, o un valvén y haz, sobre otra piola
sobre otro valvén, tomándolo, un nudo ciego, ese único nudo que sabes
correctamente, sin quererlo demasado y sin dejarlo suelto, que
enda, como se dice; y con el extremo de la piola sobre la cual hay he-
o ese nudo, hay otro igual sobre la primera y tendrás así dos pioles
nidos por dos nudos ciegos colocados a una distancia equis; en esa situa-

ción son inofensivos, peor aun, no sirven para nada; pero el nudo no ha sido hecho aún: si tomas las piolas o los vaivenes de la parte que está más allá de los dos ~~nudos~~ nudos y tiras separando tus manos, los nudos, ~~los~~ nudos, obedeciendo al tirón, se aproximarán el uno al otro con una docilidad que quizá te sorprenda en dos nudos que aparentemente no tienen obligación de obedecer a nada; y si tiras con violencia verás no sólo que avanzan hacia sí con rapidez sino que, más aun, con furor, uniéndose como con una reconcentrada pasión; una vez unidos no habrá tirón humano o animal que los separe o desate; allí se quedarán, aguantando el bote o la red, toda una noche, hasta que el pescador, fatigado al amanecer, los separe de su encarnizada unión con la misma sencillez con que la muerte puede separarte de la vida: con un simple movimiento de rechazo hacia un lado u otro... Pero imagínate que no tienes ni la primera ni la segunda herida de que te he hablado sino otra, una con la que puedas nacer o que puede aparecer en el curso de tu existencia, en la infancia, en la adolescencia o en la adultez, espontáneamente o provocada por la vida. Si naces con ella puede suceder que sea pequeña al principio y no te moleste demasiado, sin que podamos descartar la posibilidad de que desde el principio sea grande y te impida hablar o caminar, pongamos por caso, todo ello sin tener en cuenta el lugar en que nazcas, que puede ser un conventillo, una casa o un palacio. Podrá o no haber, a tu alrededor, gente que te ^{de} interese o no se interese por tí y que quiera o no quiera ayudarte; si la hay y se interesa y quiere, podrás llegar a ser conservado, excepto si tu herida, esa herida que si, tú ni nadie puede ubicar, pues está en todas partes y en ninguna, en los nervios, en el cerebro, en los músculos, en los huesos, en la sangre, en los tejidos, en los líquidos o elementos que te recorren, excepto si tu herida, digo, puede con todo y con todos, con la medicina, con la educación, con tus padres, con tus profesores, con tus amigos, si es que llegas a tener todo eso, pues hay innumerables seres humanos que

son insensibles, pero aun no sirven para nada; pero el nudo no se si-
 mecho aun; si tomas las pajas o las vaivenas de la parte que está más
 débil de los dos nudos y tiras separando tus manos, los nudos, los
 nudos, obedeciendo al tirón, se aproximarán el uno al otro con una docili-
 dad que quizá te sorprenda en dos nudos que aparentemente no tienen docili-
 dad de obedecer a nada; y si tiras con violencia verás no sólo que avan-
 zan hacia sí con rapidez sino que, más aun, con furor, uniéndose como con
 una reconcentrada pasión; una vez unidos no habrá tirón humano o animal
 que los separe o desate; allí se quedarán, aguantando el bote o la red,
 toda una noche, hasta que el pescador, fatigado al amanecer, los separe
 en su encarnizada unión con la misma sencillez con que la muerte puede se-
 parar de la vida; con un simple movimiento de rechazo hacia un lado u
 otro... Pero imagínate que no tienes ni la primera ni la segunda herida de
 que te he hablado sino otra, una con la que puedas nacer o que pueda apa-
 recer en el curso de tu existencia, en la infancia, en la adolescencia o
 en la adultez, espontáneamente o provocada por la vida. Si naces con ella
 nada puedes hacer que sea pequeña al principio y no te moleste demasiado, sin
 que podamos descartar la posibilidad de que desde el principio sea grande
 y te impida hablar o caminar, pongamos por caso, todo ello sin tener en
 cuenta el lugar en que nazcas, que puede ser un conventillo, una casa o
 palacio. Podrás o no hablar, a tu alrededor, gente que te interesa o no
 interés por tí y que quiera o no quererte ayudar; si la hay y se inte-
 resan y quieren, podrás llegar a ser conservado, excepto si tu herida, esa
 herida que si tú ni nadie puede ubicar, pues está en todas partes y en
 ninguna, en los nervios, en el cerebro, en los músculos, en los huesos,
 en la sangre, en los líquidos o elementos que te recorren,
 excepto si tu herida, digo, puede con todo y con todas, con la medicina,
 con la educación, con tus padres, con tus profesores, con tus amigos, si
 que llegas a tener todo eso, pues hay innumerables seres humanos que

no tienen ni han tenido medicina, educación, padres, profesores ni amigos, sin que nadie parezca darse cuenta alguna de ello ni le atribuya importancia alguna en un mundo en que la iniciativa personal es lo único que vale, sea esa iniciativa de la clase que sea, siempre que deje en paz la iniciativa de los otros, y sea ésta de la índole que sea. Si la herida puede con todo y con todos y sus efectos no disminuyen sino que se mantienen y aumentan con el tiempo, no habrá salvación alguna para tí, salvación no sólo en cuanto a tu alma, que estará perdida y que en todo caso es de segunda importancia en el mundo en que vivamos sino en cuanto todo tú; y ya podrás tener, en latencia, todas las virtudes y gracias que un hombre y un espíritu pueden reunir: no te servirán de nada y todo en tí será frustrado, el amor, el arte, la fortuna, la inteligencia. La herida se extenderá a todo ello. Si tu gente tiene dinero llevarás una vida de acuerdo con el dinero que ~~tiene~~ tiene; si tu gente es pobre o no tienes familia, más te valiera, infeliz, no haber nacido y harías bien, si tienes padres, en ocupirles la cara, aunque es más que seguro que ya habrás hecho algo peor que eso. Puede suceder que la herida aparezca en tu adultez, espontáneamente, como ya te dije, o provocada por la vida, por una repetición mecánica, supongamos: el ir y venir, durante decenios, de tu casa al trabajo, del trabajo a tu casa, de tu casa al trabajo, etcétera, etcétera, etcétera, o el hacer, a máquina o a mano, la misma faena, apretar la misma tuerca si eres obrero, lavar los mismos vidrios si eres mozo o redactar o copiar el mismo oficio, la misma carta o la misma factura si eres oficinista. Empezará, a veces, con mucho disimulo, tal como suele aparecer, superficialmente, el cáncer, como una heridita en la mucosa de la nariz, de la boca, del ano o de los órganos genitales o como un granito o verruguilla en cualquier milímetro cuadrado de la piel de tu cuerpo. No le haces caso al principio, aunque sientes que el camino entre tu casa

tienen ni han tenido medicina, educación, padres, profesores ni amigos,
 que nadie parezca darse cuenta alguna de ello ni le atribuya importancia
 alguna en un mundo en que la iniciativa personal es lo único que vale,
 esa iniciativa de la clase que sea, siempre que déje en paz la iniciativa
 de los otros. Y esa falta de la índole que sea. Si la herida puede con-
 tinuar con el tiempo, no habrá salvación alguna para tí, salvación no se-
 rá en cuanto a tu alma, que estará perdida y que en todo caso es de segun-
 da importancia en el mundo en que vivamos sino en cuanto todo tú; y ya po-
 drá tener, en latencia, todas las virtudes y gracias que un hombre y un
 artista pueden reunir: no te servirán de nada y todo en tí será frustrado,
 amor, el arte, la fortuna, la inteligencia. La herida se extenderá a
 lo físico. Si tu gente tiene dinero llevarás una vida de acuerdo con el
 oro que tengas; si tu gente es pobre o no tienes familia, más te
 será, infeliz, no haber nacido y haberla bien, si tienes padres, en es-
 tados de la casa, aunque es más que seguro que ya habrás hecho algo para
 que eso. Puede suceder que la herida aparezca en tu adultez, espón-
 diente, como ya te dije, o provocada por la vida, por una repetición
 de actos, supongamos: el ir y venir, durante decenios, de tu casa al tra-
 bajo, del trabajo a tu casa, de tu casa al trabajo, etcétera, etcétera, etcé-
 tera, etcétera, o el hacer, a máquina o a mano, la misma tarea, copiar
 la misma fuerza al ser obrero, lavar los mismos vidrios al ser mozo o
 al ser o copiar el mismo oficio, la misma carta o la misma factura al
 ser oficinista. Empezará, a veces, con mucho disimulo, tal como suele
 hacer, superficialmente, el cáncer, como una herida en la mucosa de
 la boca, del ano o de los órganos genitales o como un granito
 veragallito en cualquier milímetro cuadrado de la piel de tu cuerpo.

y la oficina o taller es cada día más largo y más pesado, que los tran-
vías van cada vez más llenos de gente y que los autobuses son más incómo-
dos que antes y los chóferes tocan cada vez más brutalmente sus bocinas;
tu pluma no escribe con la soltura de otros tiempos, la máquina de escri-
bir tiene siempre la cinta rota y una tecla, ~~xxx~~ está levantada; el hilo
de las tuercas está siempre gastado y tu jefe o patrón tienen cada día una
cara más espantosa, como de hipopótamo o de caimán, y por otra parte no-
tas que tu ~~xxx~~ mujer ha envejecido y rezonga demasiado y tus hijos te mo-
lestan cada día más: gritan, pelean, discuten por idioteces, rompen los
muebles, ensucian los muros, piden dinero, llegan tarde a comer y no es-
tudian lo suficiente. ¿Qué pasa? La herida se ha abierto, ha aparecido y
podrá desaparecer o permanecer y prosperar; si desaparece será llamada
cansancio o neurastenia; si permanece y prospera, tendrá otros nombres y
podrá llevarte al desorden o al vicio, al alcoholismo, por ejemplo, al
juego, a las mujerzuelas o al suicidio. Tú habrás oído hablar del cansan-
cio de los metales y esta frase te habrá producido, seguramente, risa:
¿pueden sufrir tal cosa los metales y puede alguien imaginarse a un tro-
zo de riel diciendo: estoy cansado? Asombra pensar que un trozo de hierro
o acero termina por cansarse y ceder, pero si el hierro cede, si afloja
el acero, ¿por qué han de resistir más los nervios, los músculos, los ten-
dones, las células cerebrales, la sangre? Y eso que muy poca gente sabe
hasta dónde es capaz de resistir el ser humano. ¿Qué resistencia tiene?
A veces, mayor que la del más duro acero y, lo que ~~xxxxxx~~ es más admi-
rable, algunos parecen soportar más mientras más endebles son y mientras
más deleznable es su constitución. Recordarás, de seguro, cómo aquel
hombre que conociste en tu juventud, derrotado, herido nadie sabe por qué
arma en lo más profundo de su ser animal o moral, resiste aún, vendiendo
cordones de zapatos o mendigando; dejas de verlo un año, dos, y un buen
día, cuando ya te has olvidado de él, reaparece y te ofrece sus cordones

oficina o taller es cada día más largo y más pesado, que los tran-
van cada vez más llenos de gente y que los antepasados son más incómo-
dos antes y los chéferes tocan cada vez más brutalmente sus bocinas;
una no escribe con la soltura de otros tiempos, la máquina de escri-
bir siempre la cinta rota y una tecla, kkkk está levantada; el hijo
de las tueras está siempre gastado y tu jefe o patrón tienen cada día una
más espantosa, como de hipócondrismo o de calaman, y por otra parte no-
que tu mujer ha envejecido y rezonga demastado y tus hijos te no-
tan cada día más: gritan, pelean, discuten por idioteces, rompen los
vasos, arrancan los muros, piden dinero, llegan tarde a comer y no es-
tan lo suficiente. ¿Qué pasa? La herida se ha abierto, ha aparecido y
el desmoronarse o permanecer y prosperar; al desmoronarse será llamada
a la vida o neoplasia; al permanecer y prosperar, tendrá otros nombres y
llevará al desorden o al vicio, al alcoholismo, por ejemplo, al
o, a las enfermedades o al suicidio. Te habrás oído hablar del cancer-
de los metales y esta frase te habrá producido, seguramente, risa;
pero sentir tal cosa los metales y pueda alguien imaginarse a un pro-
pio diciéndolo: estoy cansado? Asumas pensar que un trozo de hierro
no termina por cansarse y ceder, pero si el hierro cede, si alifia-
do, ¿por qué han de resistir más los nervios, los músculos, los ten-
dones, las células cerebrales, la sangre? Y eso que muy poca gente sabe
dónde es capaz de resistir el ser humano. ¿Qué resistencia tiene?
La mayor que la del más duro acero y, lo que es más admi-
rable, algunos parecen soportar más mientras más débiles son y mientras
más tolerable es su constitución. Recordarás, de seguro, cómo aquel
que que conociste en tu juventud, derrotado, herido nadie sabe por qué
en lo más profundo de su ser animal o moral, resistió aún, vendiendo
unos de zapatos o mendigando; dejaba de verlo un año, dos, y un buen
cuando ya te has olvidado de él, reaparece y te ofrece sus cordones

o sus diarios o te pide una limosna; cómo el morfinómano, sin casa, sin familia, sin trabajo, resistió, durmiendo en la calle, en los bancos de las plazas o bajo los puentes, sin comer, sin abrigarse, con las manos más frías que las del ^{muerto} helado muerto, durante cinco, diez, quince años, enterrando a su primera y a su segunda mujer, a los hijos de la primera y a los de la segunda e incluso a sus nietos, sin poseer más tesoro que su mugrienta jeringuilla y su gramo de morfina, para el cual tantas veces contribuiste con unos pesos; y cómo el hemipléjico que tenía una herida casi tan grande como él, ya que le empezaba en el lóbulo derecho del cerebro y le terminaba en las uñas de su pie izquierdo y que había, además, perdido un brazo --una locomotora se lo cortó mientras trabajaba, siendo niño, en una barraca --, resistió durante diez, veinte, treinta años, a la soledad, al desamparo, sin poder comer ni lavarse, vestirse, desvestirse, acostarse ni levantarse por sus propios medios, sin dientes, medio ciego, sostenido sólo por su pierna derecha y por ese algo misterioso y absurdo que mantiene en pie aun a los que quisieran morir, para terminar, finalmente, fulminado por un ataque cardíaco, envidiado por todos los que temen morir de un cáncer o de un tumor cerebral; y podrás ver en las ciudades, alrededor de las ciudades, muy rara vez en su centro, excepto cuando hay convulsiones populares, a seres semejantes, parecidos a briznas de hierbas batidas por un poderoso viento, arrastrándose o ambulando apenas, armados algunos de un baldecillo con fogón, desempeñando el oficio de gasistas callejeros y acompañados en ocasiones por mujeres que parecen haber sido fabricadas por ellos mismos en sus baldecillos, durmiendo en sitios eriazos, en los rincónes de las aceras o a la orilla del río, o mendigando, con los ojos rojos y legañosos, la barba grisácea o cobriza, las uñas duras y negras, vestidos con ^{paños} andrajos color orín o musgo que dejan ver, aquí y allá, trozos de una inexplicable piel blanco-azulada, o vagando, simplemente, sin hacer ni pedir nada, apedreados por los niños, abofeteados.

sin
días o se pide una limosna; como el mendicando, sin casa, sin
trabajo, resiste, durmiendo en la calle, en los bancos de
placas o bajo los puentes, sin comer, sin abrigarse, con las manos más
que las del helado muerto, durante cinco, diez, quince años, entre-
ando a su primera y a su segunda mujer, a los hijos de la primera y a
de la segunda e incluso a sus nietos, sin poseer más tesoro que su ma-
nita de jeringuilla y su gramo de morfina, para el cual tantas veces con-
sultó con unos pesos; y como el hemipléjico que tenía una herida casi
grande como él, ya que le empujaba en el lóbulo derecho del cerebro y
terminaba en las uñas de su pie izquierdo y que había, además, perdido
prácticamente una locomotora se lo cortó mientras trabajaba, siendo niño, en
parque --, resistió durante diez, veinte, treinta años, a la soledad,
desamparo, sin poder comer ni lavarse, vestirse, desvestirse, acostar-
ni levantarse por sus propios medios, sin dientes, medio ciego, soste-
niendo sólo por su pierna derecha y por ese algo misterioso y extraño que
tiene en pie aun a los que quisieran morir, para terminar, finalmente,
muriendo por un ataque cardíaco, envidiado por todos los que temen morir
un cáncer o de un tumor cerebral; y podrías ver en las ciudades, alrede-
do de las ciudades, muy raras vez en su centro, excepto cuando hay convul-
siones populares, a seres semejantes, parecidos a brujas de hierbas pati-
do por un poderoso viento, arrastrándose o ambulando espasmos, armados al-
go de un balancillo con fogón, desahogando el ruido de las resacas ca-
luros y acompañados en ocasiones por mujeres que parecen haber sido
ridas por ellos mismos en sus balancillos; durmiendo en sitios eria-
los, en los rincones de las aceras o a la orilla del río, o mendigando,
los ojos rojos y legñosos, la lengua grisácea o corvina, las uñas du-
y negras, vestidos con andrajos color orín o musgo que dejan ver, aquí
lía, trozos de una inexplicable piel blanco-azulada, o vareando, sim-
plemente, sin hacer ni pedir nada, apedreados por los niños, apoteosados.

por los borrachos, pero vivos, absurdamente erectos sobre dos piernas absurdamente vigorosas. Tienen o parecen tener, un margen de vida no mayor que la medida que puede dar la palma de la mano, cuatro traveses de dedo, medida más allá de la cual está la inanición, el coma y la muerte, y se mueven y caminan como por un senderillo trazado a orillas de un abismo y en el cual no caben sino sus pies: cualquier tropiezo, cualquier movimiento brusco, hasta diríase que cualquier viento un poco fuerte podría echarlos al vacío; pero no; ~~se~~ resisten y viven durante decenas de años; tú puedes perder a tu madre, a tu mujer a tus hijos, a tus amigos, todos sanos y fuertes, sin fallas, ellos persisten, irritando con su presencia a los enfermos y a los sanos, a los poderosos y a los humildes, a los viejos y a los jóvenes, sin que nadie pueda explicarse cómo pueden existir, en un mundo que predica la democracia y el cristianismo, semejantes seres. Pero tú, amigo mío, eres sano, has sido creado como una vara de mimbre, elástica y firme, o como una de acero, flexible y compacta; no hay fallas en tí, no hay heridas, ni aparentes ni ocultas, y todas tus fuerzas, tus facultades, tus virtudes están intactas y se desarrollarán a su debido tiempo o se han desarrollado ya, y alguna vez piensas en el porvenir y sientes temor, ese temor no tiene sino el fundamento que tienen todos los temores que experimentan los seres humanos que miran hacia el porvenir: la muerte; pero nadie se muere la víspera y el día llegará para todos y, hasta lo que ^{hagas} ~~hagas~~, también para tí. Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina junto al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sendero trazado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo y, sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que por ahora tiene y podrás creer que ~~se~~ es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí; pero no hay tal: no te pedirá nada y si le ofreces

los portos, pero vivos, abundantemente erectos sobre dos piernas ab-
undante vigorosas. Tienen o parecen tener, un margen de vida no mayor
la medida que puede dar la palma de la mano, cuatro traveses de dedo,
la más allá de la cual está la inacción, el coma y la muerte, y se
y caminan como por un senderillo trazado a orillas de un abismo y
cual no caben sino sus pies: cualquier tropiezo, cualquier movimiento
co, hasta dijese que cualquier viento un poco fuerte podría echarlos
co; pero no; ~~se~~ resisten y viven durante decenas de años; tú puedes
tu madre, a tu mujer a tus hijos, a tus amigos, todos sanos y
as, sin fallas, ellos persisten, irrisando con su presencia a los en-
a y a los sanos, a los poderosos y a los humildes, a los viejos y
jóvenes, sin que nadie pueda explicarse cómo pueden existir, en un
que predica la democracia y el cristianismo, semejantes seres. Pero
migo mío, eres sano, has sido creado como una vara de mimbre, elástica
me, o como una de acero, flexible y compacta; no hay fallas en tí, no
eridas, ni aparentes ni ocultas, y todas tus fuerzas, tus facultades,
fuerzas están intactas y se desarrollarán a su debido tiempo o se han
ollado ya, y algunas vez, pienso en el porvenir y siento temor, eso
no tiene sino el fundamento que tienen todos los temores que experi-
an los seres humanos que miran hacia el porvenir: la muerte; pero na-
e muere la vida y el día llegará para todos y, hasta lo que has,
n para tí. Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina
al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sende-
azado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras verás su
o enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo
sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única heri-
a por ahora tiene y podrá creer que es un vago, un ser que se
a trabajar y espera vivir de lo que le dan o de lo que consiga cuando
mente por ahí; pero no hay tal: no le pedirá nada y si le ofrecen

algo lo rechazará con una sonrisa, salvo que al ofrecérselo le mires y le hables de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y esa voz son indescriptibles e inexplicables. Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma apariencia ~~fr~~ de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empequeñece, los reduce y los inmoviliza.)

terminaba el muro, se detuvo. Un muro de
 madre lo suscitaba, un muro de piedra que, al revés del otro, no ocultaba
 nada, lo mostraba todo; se detuvo y miró; estaba frente a una pequeña es-
 tancia con una playa sembrada de piedras que al mar lavaba sin interrupción
 en olas que rompían con dureza. Dentro del mar, a pocas metros de la pla-
 ja, sobresalían unas rocas manchadas con el excremento que las gaviotas,
 los pelícanos, los patos lilos y los piqueros depositaban día tras día,
 día tras día. Un olor a aceite se alzaba al norte y al este y la re-
 lumbre de una casa en el puerto recibía un rostro, dándole en la nariz, a un
 lado de la playa se alzaban unas casetas de madera y calamina. Allí se de-
 tuvo y miró: muy cerca de la orilla el mar mostraba ya un color de puerro-
 ro y la arena se hinchaba con mucha agua, repletando de agua profunda las
 grietas de las rocas en que los alcatrazes, con un aspecto de hombres chicos
 y delgados, esperaban quién les diera qué imposible bocado, junto a las gaviotas
 y los piqueros, más inquietos, que zarpaban, daban vueltas a las rocas o
 se posaban sobre las olas, abandonándose a ellas hasta el momento en que,
 después de planear, avanzaban sin remolio sobre la playa. Algunas rocas des-
 cubiertas por debajo del nivel medio de las aguas, un color de musgo de-
 cidido, como de carne insensible. Otras gaviotas zarpaban por la playa,
 aunque sólo por breves momentos, en tanto arrojaban algún trozo de carne,
 un pedacito de libia o un trozo de trucha de pescada; si no hallaban nada
 comían, cuando primero dos o tres patitos en una media carrera, abriendo

lo reconocerá con una sonrisa, salvo que el olvido sea la mira y la
de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y
voz son insuperables e inexplicables. Y pienso que este mismo mo-
hay, cerca de ti, muchos seres que tienen en misma apariencia de
armos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pe-
rida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangran-
o seco, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empuja, se,
duce y los inmobiliza).

III

Un poco más allá de donde terminaba el muro, me detuve. Un murete de piedra lo sucedía, un murete de piedra que, al revés del otro, no ocultaba nada, lo mostraba todo; me detuve y miré: estaba frente a una pequeña caleta con una playa sembrada de piedras que el mar lavaba sin interrupción con olas que rompían con dureza. Dentro del mar, a pocos metros de la playa, sobresalían unas rocas manchadas con el excremento que las gaviotas, los pelícanos, los patos liles y los piqueros depositaban día tras día, año tras año. Un olor a aceite de bacalao surgía de toda la caleta y lo recibía a uno como un puñetazo recibe a un rostro, dándole en la nariz. A un lado de la playa se alzaban unas casuchas de madera y calamina. Allí me detuve y miré: muy cerca de la orilla el mar mostraba ya un color de profundidad y la ola se hinchaba con mucha agua, repletando en cada pasada las grietas de las rocas en que los alcatraces, con su aspecto de homrecitos natigudos, esperaban quién sabe qué imposible bocado, junto a las gaviotas y a los piqueros, más inquietos, que zarpaban, daban vueltas a las rocas o se posaban sobre las olas, abandonándose a ellas hasta el momento en que, demasiado plenas, avanzaban sin remedio sobre la playa. Algunas rocas mostraban, por debajo del nivel medio de las aguas, un color de mucosa desagradable, como de carne insensible. Otras gaviotas vagaban por la playa, aunque sólo por breves momentos, en tanto avizoraban algún trozo de cebo, un tentáculo de jibia o un trozo de tripa de pescada; si no hallaban nada zarpaban, dando primero dos o tres pasitos en una media carrera, abriendo

... y la playa se alzaba sobre las rocas, repitiendo en cada pedruzco las
 formas de las rocas en que los albatros, con un aspecto de hombríos
 andos, esperaban quién sabe qué imposible pasado, junto a las gavietas
 los plumeros, más incógnitos, que se repaban, daban vueltas a las rocas o
 echaban sobre las olas, abandonándose a ellas hasta el momento en que,
 volado puerco, avanzaban sin temerle sobre la playa. Algunas rocas mo-
 ran, por debajo del nivel medio de las aguas, un color de muscos de sa-
 ble, como de carne insensibil. Otras gavietas vagaban por la playa,
 que sólo por breves momentos, en tanto avistaban algún trozo de codo,
 fantástico de fibra o un trozo de tripa de pescado; al no hallaban nada
 daban, dando primero dos o tres pasos en una media carrera, arrojando

... los patos lisos y los pajaritos depositaban día tras día,
 sobras de una roca manchada con el excremento que las gavietas,
 olas que rompan con dureza. Dentro del mar, a pocas metros de la pla-
 con una playa sembrada de piedras que el mar lavaba sin interrupción
 io mostraba todo; me detuve y miré: estaba frente a una pedruzca de
 ra lo acuática, un minuto de piedra que, al revés del otro, no consistía
 un poco más allá de donde terminaba el muro, me detuve. Un minuto de

III

en seguida las alas y echando atrás las patas, mientras lanzaban sus destemplados graznidos. Los alcatraces, más tímidos o más ambiciosos, no se movían de las rocas y en todos ellos había como un espasmo cuando un bote lleno de pesca se acercaba a la playa. Junto a mí, en la acera, un hombre remendaba una red hecha con un hilo color ladrillo. Allí me detuve y miré: aparte de los cuatro o cinco pescadores que trabajaban y charlaban alrededor de una chalupa que acababa de arribar, no se veían otros seres humanos que dos hombres que iban por la playa de acá para allá y de allá para acá, una y otra vez, inclinándose de vez en cuando a recoger algo que examinaban y que luego guardaban en sus bolsillos o arrojaban hacia un lado u otro.

Allí me quedé, afirmado sobre el murete, como si el día tuviese ciento cincuenta horas y como si yo dispusiera, para vivir, de un plazo de dos o tres mil años.

seguida las alas y echando atrás las patas, mientras lanzadas sus des-
labas gruesas. Los albatros, más tímidos o más melancólicos, no se
en de las rocas y en fondo ellos había como un espasmo cuando un pote
de pesca se acercaba a la playa. Tanto a mí, en la arena, un hombre
había una red hecha con un hilo color ladrillo. Allí me senté y miré:
ta de los cuatro o cinco pescadores que trabajaban y charlaban afre-
de una chalupa que acababa de arribar, no se veían otros seres huma-
dos hombres que iban por la playa de acá para allá y de allá para acá,
y otra vez, inclinándose de vez en cuando a recoger algo que examinaban
e luego guardaban en sus bolsillos o arrojaban hacia un lado u otro.
Allí me quedé, afirmando sobre el muelle, como al si él tuviese ciento
nueve horas y como si yo desapareciera, para vivir, de un plazo de dos o
tres años.

Allí ellos.

IV

--Adiós. Te escribiré desde Panamá o desde Nueva York.

El barco viró, empujado por las narices de los remolcadores, buscando el norte con su negra proa: C. S. A. V. ¿Dónde iría ya? Doce nudos, catorce quizá, balanceándose de babor a estribor y cabeceando de popa a proa. Tenía a veces la sensación de que iba en su cubierta, frente al viento, aunque sólo vagaba por las calles, al atardecer, con el alma como ausente o sumergida en algo aislante. En ese momento estalló la tormenta, sin que nadie supiera en qué callejuela del puerto, en qué avenida de la ciudad o en qué callejón de cerro ardió la chispa que llegó a convertirse en agitada llama. Me ví de pronto en medio de ella, indiferente a sus primeros relámpagos; sólo pensaba en mi amigo y en los esfuerzos hechos para conseguir una libreta de embarque: certificados, certificados, certificados; pero ¿por qué mis padres, al engendrarme, no añadieron a mis órganos un certificado que me sirviera para siempre, como la vejiga o la nariz? El hombre parecía no tener ya carácter humano; era un ente que poseía o no poseía un certificado o varios y eso porque algunos individuos, aprovechando la bondad o la indiferencia de la mayoría, se habían apoderado de la tierra, del mar, del cielo, de los caminos, del viento y de las aguas y exigían certificados para usar de todo ello: ¿tiene usted un certificado para pasar para allá?, ¿tiene usted uno para pasar para acá?, ¿tiene un certificado para respirar, uno para caminar, uno para procrear, uno para respirar, uno para mirar? Ah, no, señor: usted no tiene certificado; atrás; entiérrese por ahí y no camine, no respire, no procreem, no mire. El que sigue: tampoco tiene. Es-

IV

--Adiós. Te escribiré desde Panamá o desde Nueva York.
El barco vino, empujado por las narices de los remolcadores, buscando el
con su negra proa: C. S. A. V. ¿Dónde irá y qué nudos, entonces
á, balanceándose de vapor a estribor y cabeceando de popa a proa. Tanto
ces la sensación de que iba en un subterráneo, frente al viento, aunque no
vaga por las calles, al atardecer, con el alma como ausente o sumer-
en algo alabante. En ese momento estaba la tormenta, sin que nadie su-
en que callaba el puerto, en que avenida de la ciudad o en que
ción de cerro arrojó la flama que llegó a convertirse en columna blanca.
de pronto en radio de ella, indiferente a sus primeros relámpagos;
pensaba en mi amigo y en los esfuerzos hechos para conseguir una li-
de embarque: certificados, certificados, certificados; pero por qué
padres, al exigirme, no agitaron a mis hermanos un certificado que
viviera para siempre, como la vejez o la nariz? El hombre parecía no
ya carácter humano; era un ente que poseía o no poseía un certifi-
varios y eso porque algunos individuos, aprovechando la confusión de la
tormenta de la mayoría, se habían apoderado de la tierra, del mar, del
de los caminos, del viento y de las aguas y exigían certificados pa-
ran de todo ello; ¿tiene usted un certificado para pasar por allí?
¿tiene usted uno para pasar para acá? ¿tiene un certificado para respirar,
para caminar, para progresar, para respirar, para vivir?
no, señor: usted no tiene certificado; usted; entienda por ahí y no
no, no respira, no progresa, no vive. El que sigue: tampoco tiene. Te-

taban en todas partes y en donde menos se esperaba, en los recodos de las carreteras, en los rincones de los muelles, en los portezuelos de las cordilleras, detrás de las puertas, debajo de las camas y examinaban los certificados, aceptándolos o no, guardándolos o devolviéndolos: no está en regla, le falta la firma, no tiene fecha, aquí debe llevar una estampilla de dos pesos, fiscal, sí, señor; esta fotografía tanto puede ser suya como del arzobispo, esta firma no tiene rúbrica, no uso rúbrica, ¡cómo!, una firma sin rúbrica es como un turco sin bigote, je, je, je, tráigame un certificado y yo le daré otro; para eso estoy. Recordaba uno por uno sus rostros de comedores de papeles estampillados. El farol gimió y dejó caer al suelo una lluvia de trozos de vidrio, y el hombre, un hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de cara, cuadrado de manos, pasó corriendo, rozando ^{con} el rostro/el aire que desplazaba y lanzando de reojo una mirada que recorrió de arriba a abajo: ~~edad y condición: morenos y blancos, altos y~~ --¡Muera!

Me di vuelta, con la sensación de que me debatía por salir de un pantano formado por certificados y por barcos que navegaban hacia el cero de la rosa; te escribiré desde Panamá o desde el Yukon; ~~el~~ otro farol, un foco esta vez, blanco y rechoncho, estalló y desapareció; pedazos de vidrio empavonado parecieron reír al estrellarse sobre las líneas del tranvía. Otro hombre y otro hombre y otro hombre aparecieron y desaparecieron y gritaron y una cortina metálica se deslizó con gran rapidez y tremendo ruido. ¿qué pasa? Mi amigo se marchó; tenía todo tal como lo quieren los funcionarios curas-de-archivadores: edad, sexo, domicilio, nacionalidad, todo certificado; ¿no quiere, además, que le traiga a mi papá? De nuevo me ví obligado a girar el cuerpo: un gran griterío se encendía y ~~se~~ apagaba detrás de mí y otros hombres y otros hombres y otros hombres surgían de las bocacalles o se perdían en ellas: ~~los de nuevo quedé solo, pero ya no podía volver a~~ --¡Muera!

en todas partes y en donde menos se esperaba, en los rincones de las
casas, en las rincones de las mujeres, en los portezuelos de las cor-
tas, dentro de las puertas, debajo de las camas y examinaban los ser-
vos, respetándolos o no, guardándolos o desahiviándolos: no está en re-
la falta la firma, no tiene fecha, aquí debe llevar una estampilla de
pase, fiscal, el, señor; esta fotografía tanto puede ser una cosa
trópica, esta firma no tiene rúbrica, no una rúbrica; ¿cómo, una
rúbrica es como un tigre sin bigote, lo, lo, tráfalo un con-
do y yo lo daré otro; para eso estoy. Recorrido uno por uno y re-
de comedores de papales estampillados. El papel quedó y dejó caer al
una lluvia de trozos de vidrio, y el hombre, un hombre condrado, con-
de cuerpo, cubriendo de esta, cubriendo de manos, tendiéndolo, re-
me el rostro el aire que desahaba y lanzando de rostro una mirada que
securó de arriba a abajo:

-¿Por qué?
de la vuelta, con la sensación de que se había por salir de un punto
ordenado por certificaciones y por barcos que navegaban hacia el coro de la
te escribió desde Panamá o desde el Yuma; el otro papel, un poco es-
al, blanco y resaca, estalló y desapareció; pedazos de vidrio en-
do pasaron entre el estrellarse sobre las líneas del cráneo. Esto
te y otro hombre y otro hombre aparecieron y desaparecieron y estiraron
a cortina metálica se deslizó con gran rapidez y trueno ruidos. ¿Qué
y el mismo se marchó; tanto todo tal como lo quise los funcionarios
de-activadores: edad, sexo, domicilio, nacionalidad, todo certifica-
no quiere, además, que se firme a mi padre de nuevo me lo obligo a
el cuerpo: un gran cráneo se encasó y se quedó detrás de mí y
los hombres y otros hombres y otros hombres en las bancas a
orden en ellas:

¿Muera quién? ¿El certificado? Decenas de cortinas y puertas se cerraron con violencia. Tenía trabajo, pero no me bastaba; quería viajar y el trabajo me lo impedía. Trabajar y viajar, no trabajar y quedarme. Quería elegir mi destino, no aceptar el que me dieran. Bueno, ¿adónde quieres ir? No lo sé: al norte, al sur, aquí no hay más que dos puntos cardinales, Panamá, Guayaquil, Callao, La Guayra, Arequipa, Honolulu, preciosos nombres, como de árboles o como de mujeres morenas. Era la primera vez que estaba junto al mar y sentía que me llamaba, pareciéndome tan fácil viajar por él: no se veían caminos, todo él era un gran camino, ni piedras, ni montañas, ni trenes ni coches y es posible que ni conductores ni funcionarios tragacertificados; amplitud, soledad, libertad, espacio, sí, espacio, unos aman un espacio, otros otro espacio, ¿y cuántas clases de espacios hay? No pude seguir divagando: veinte, treinta, cincuenta hombres me rodearon, gritando y gesticulando, de toda clase, tamaño y condición: morenos y bajos, altos y rubios, de buena estatura y pálidos, de rostros redondos e irregulares, de narices como de duro lacre o de blanda cera, bigotes tiesos y rizados, cabellos lacios o enortijados, frentes pequeñas como de monos y altas como catedrales. ¿qué querían conmigo, que tenía bastante con los certificados y con la ausencia de mi amigo? Se movían, inquietos, agachándose y recogiendo algo que resultaban ser piedras o trozos de baldosas o de asfalto. No era mi persona, de seguro, quien los reunía y no tenían nada que ver conmigo; me eran desconocidos. Únicamente la casualidad, una casualidad dinámica, los reunía a mi alrededor; pero, sea como fuese y si no era mi persona el foco de atracción, la mía u otra cualquiera, algún motivo tenía que haber, aunque fuese en parte, para agruparlos. Y de pronto desaparecieron, volvieron y se fueron, llevados por alguna desconocida fuerza y se oía el tropel de sus pisadas y el ruido de sus zapatos sobre las aceras y gritos y voces y frases y risas. De nuevo quedé solo, pero ya no podía volver a los certificados ni a los barcos ni al mar; debía quedarme entre los hom-

[illegible]

bres: te escribiré desde San Francisco o desde Hudson Bay, oh lejano amigo. Los hombres se alejaron de nuevo y a medida que lo hacían empecé a percibir mejor sus gritos y a darme cuenta de lo que expresaban: había un motín. ¿Por qué? No pude averiguarlo: mis oídos se llenaron con el rumor de diez, treinta, cincuenta o cien caballos que galopaban sobre los adoquines o el asfalto de una calle cercana. El ruido recordaba el de gotas gruesas de lluvia golpeando sobre un techo de zinc. ¿Por dónde vendrían? ¿Sería el ejército? ¿Sería la policía? Sentí que perdía peso y que mi cerebro se limpiaba de ensueños y de recuerdos, quedando como en blanco. Seguramente estaba pálido. Miré a los hombres: se alejaban retrocediendo, mirando hacia donde, solo y de pie, me encontraba, arrimado a un muro pintado de blanco. Reaccioné: ¿qué tenía que hacer allí y qué podía importarme lo que ocurriera? Era un extranjero, aunque no tuviese certificados; no me había metido con nadie, no había hecho nada y mis asuntos no tenían relación alguna con los de aquellos hombres y con los de aquella ciudad. A pesar de ello me acerqué al muro, afirmé en él la espalda, afirmé también las manos y como si ello no me diera todavía la sensación de seguridad y firmeza que buscaba, afirmé también un pie, alzando la pierna y doblando la rodilla; allí quedé.

--¡Córrase, compañerito, ya vienen!

¿Era a mí? Sí, a mí: un hombre desconocido, delgado, de ropa oscura y rasgos que no distinguía bien, gritaba y movía las manos con energía, llamándome. Aquello me irritó: ¿por qué querían unirme a ellos y por qué debía involucrarme en asuntos extraños? Inconscientemente, tenía la esperanza de mi extranjería y de mi carencia de intereses en ~~esa~~ aquella ciudad y ello a pesar de que, andando como andaba, mal vestido, sabía lo que podía esperar de la policía o del ejército.

Era una calle ancha, una avenida con doble calzada y árboles bajos y coposos en ambas aceras. Estaba oscureciendo. La policía apareció en la es-

...te escribiere desde San Francisco o desde Hudson Bay, en lejano norte.
...se elevaron de nuevo y a medida que lo hacían, empujé a parol-
...y a dar una cuenta de la que expresaban: había un mo-
...Por qué? No pude averiguarlo: mis ojos se fijaron con el terror de
...a treinta, cincuenta e cien palabras que golpeaban sobre las sábanas
...a lazo de una sola cadena. El ruido resaca el de otras personas de
...la golpeando sobre un techo de zinc. ¿Por dónde vendrían? ¿Sería el
...? ¿Sería la policía? ¿Sería que por ahí pasó y que mi cerebro se im-
...de la enredada y de rameras, quedando como en blanco. Seguramente es-
...a policía. Miré a los hombres: se elevaron retrocediendo, mirando hacia-
...de, solo y de pie, me encontré, arrojado a un muro pintado de blanco.
...elección: ¿qué tenía que hacer allí y qué podía importarme lo que ocurría-
...Era un extranjero, aunque no tuviera certificado; no me había nacido
...además, no había nacido nada y mis asuntos no tenían relación alguna con
...de aquellos hombres y con los de aquella ciudad. A pesar de ello me
...trabé al muro, aferré en él la espalda, allí me quedé las manos y como
...ello no me daba todavía la sensación de seguridad y timidez que necesi-
...aferré también en pie, alzando la cabeza y doblando la rodilla; allí
...-¡Dioses, compañeros, ya vienen! ¡Dioses, compañeros, ya vienen!
...una a mi oír, a mí: un hombre desconocido, delgado, de ropa oscura y
...que no distinguía bien, entabla y habla las cosas con energía. ¡La-
...además. Aquella me irritó: ¿por qué quería verme a ellos y por qué había
...descubrimiento en estas extrañas? Inconscientemente, tenía la sensación de
...extranjero y de al extranjero de interés en aquella ciudad y ello
...fueron de que, andando como andaba, mal vestido, solo y que había enco-
...de la policía o del ejército.
...Era una sola cosa, una mirada con ojos calientes y débiles bajos y
...posos en ambas manos. Estaba escuchando. La policía escuchó en la es-

quina y la caballada llenó la calle con una doble o triple fila que avanzó hacia donde estaba la gente y hacia donde estaba yo; brillaban los metales de los arneses, de los uniformes, de los sables y de las lanzas con banderolas verdes, precioso espectáculo para un desfile patriótico, nada estimulante para quien está arrimado a un muro, se sabe mal vestido y se siente extranjero en las calles de una ciudad amotinada. Los pechos de los caballos avanzaron como una negra ola; por entre ellos no se podía pasar ni aun siendo brujo. El hombre desconocido volvió a gritar:

--¡Córrese, compañerito!

Su voz estaba como llena de ternura y de rabia al mismo tiempo; sentí que la próxima vez, si es que había una próxima vez, me injuriaría:

--¡Córrete, imbécil!

No le conocía ni él me conocía a mí y no sabía si yo era extranjero o paisano, turco o aragonés, chilote o taitiano; sólo veía en mí a alguien que se hallaba solo ante el trote largo de cincuenta animales de tropa. No me resolvía a huir. Pero cuando los animales estuvieron a unos treinta pasos y el ruido de sus cascos y el sonar de los metales se agrandó hasta hacerse insoportable y cuando miré la caballada y ví las caras bajo los quepis, las manos, pequeñas y negras, en las empuñaduras de los sables y en las astas de las lanzas, me di cuenta de que de quedarme allí no habría esperanza alguna para mí y que de nada serviría el ser extranjero o nativo y el tener o no un certificado; mi espalda, mis manos y mi pie se apoyaron contra el muro y me despidieron con violencia hacia adelante; salté y toqué apenas el suelo, mirando de reojo hacia el escuadrón: uno de los policías venía derecho hacia mí y hasta me pareció ver que su mano buscaba una buena posición en el asta. Estaban a una distancia ya muy pequeña y por un instante dudé de que pudiera escapar. De no ocurrir algo imprevisto, el lanzazo, si se decidía a herirme con el hierro, o el palo, si quería ser magnánimo, me hundiría de cabeza en el suelo. Giré en el aire y empecé a co-

...y la cabellada llenó la sala con una doble o triple fila que avanzaba hacia donde estaba la gente y hacia donde estaba yo; brillaban los mecheros de los arneses, de los uniformes, de los cascos y de las lanzas con colores verdes, preciosos, espectaculares para un desfile patriótico, nada instantáneo para quien está acostumbrado a un muro, se sabe mal vestido y se este extranjero en las calles de una ciudad acostumbrada. Los pichos de los ellos avanzaron como una negra ola; por entre ellos no se podía pasar cuando brujó. El hombre desconocido volvió a gritar:

--¡Corranse, compañeros!

Su voz estaba como llena de ternura y de rabia al mismo tiempo; cantó la próxima vez, al se que había una próxima vez, me insultaba:

--¡Corranse, imbéciles!

No le conocía ni él me conocía a mí y no sabía si yo era extranjero o uno, tonto o errante, chiflado o tático; sólo veía en mí a alguien no hallaba sólo ante el frente largo de elementos animales de tropa. No resolvía a huir. Pero cuando los animales estuvieron a unos treinta pasos y el ruido de sus cascos y el sonar de los metales se agrandó hasta hacerse insoportable y cuando miré la cabellada y vi las caras bajo los que las manos, pequeñas y negras, en las empuñaduras de los cascos y en estas de las lanzas, me di cuenta de que de quedarme allí no habría estado alguna para mí y que de nada serviría al ser extranjero o nativo al tener o no un certificado; mi apellido, mis manos y mi pie se apoyaron contra el muro y me despidieron con violencia hacia adelante; salté y me apresé al suelo, mirando de reojo hacia el corredor: uno de los policías venía derecho hacia mí y hasta me pareció ver que su mano buscaba una buena posición en el asta; estaban a una distancia ya muy pequeña y por instantes dudé de que pudiera escapar. De no ocurrir algo imprevisto, el caso, al se decidía a huirme con el viento, o el pelo, el cuerpo ser... me hundiría de cabeza en el suelo. Giré en el aire y empecé a co-

rrer y en el momento que lo hacía los hombres que me rodearan unos momentos antes y que después se alejaron de mí, agrupándose más allá, empezaron también a correr, como si hubiesen esperado que lo hiciera primero. El hombre delgado y moreno gritó de nuevo, ahora con energía, desafiante y alentador:

--¡Bravo, compañerito!

Atravesé una bocacalle corriendo a tal velocidad y tan preocupado de hacerlo que no tuve tiempo de pensar en que podía torcer por allí y escabullirme en cualquier rincón: había perdido una oportunidad. Felizmente, al atravesar la bocacalle y debido al cambio de pavimento, de asfalto a adoquín de piedra, el caballo perdió distancia; para recuperarla, el policía puso al animal al galope y recuperó en parte el espacio perdido, espacio, sí, espacio, unos aman el espacio, otros lo odian. No sabía cuántos metros o cuántos pasos me separaban del caballo y sólo lo presumía por el sonido de los cascos que, súbitamente, se aislaron y resonaron como para mí solo. El hombre delgado y moreno, mientras corría, no me quitaba ojo; quizá tenía por mí. Mi salvación estaba en llegar a la esquina próxima y dar vuelta, cosa que debía haber hecho en la primera bocacalle. De pronto, unos pasos más allá, el grupo de hombres desapareció como absorbido por una gran fuerza aspirante. ¿Qué había allí? Ví que el hombre de los gritos no desaparecía junto con los demás sino que se quedaba en aquel punto, mirando la carrera entre el muchacho y el caballo:

--¡Córrele, compañerito! -- gritó, de nuevo desesperado, y después, rabioso: -- ¡No te lo comas, perro!

La lanza estaría a escasos centímetros de mi cabeza. ¿Cómo era posible que fuese a caer en ese lugar, talvez herido de muerte, a tantas leguas de mi barrio nativo y lejos de mis hermanos y de mi padre? Forcé un poco más la carrera. Era, de seguro, lo último que podía exigir a mi corazón y a mis piernas y en un instante estuve junto al hombre, que me tomó como en el aire y tiró con fuerza hacia sí; no tuve tiempo de girar y allá nos fuimos los

Y en el momento que lo hacía los hombres que me rodeaban unos momentos
y que después se alejaron de mí, agrupándose más allá, en grupos tan-
to a correr, como al haberse separado que lo hiciera primero. El hombre
y moroso gritó de nuevo, ahora con energía, desafiante y alabando:

--¡Bravo, compañero!

Alargué una botacalle corriendo a tal velocidad y tan preocupado de
ello que no tuve tiempo de pensar en que podía torcer por allí y enca-
lmar en cualquier rincón: había perdido una oportunidad. Finalmente, al
avanzar la botacalle y debido al cambio de pavimento, de salido a ado-
n de piedra, el caballo perdió distancia; para recuperarla, el polista
al animal al golpe y recuperó en parte el espacio perdido, espacio,
espacio, unos cuantos el espacio, otros lo cubrió. No sabía cuántos metros
habían pasado me separaban del caballo y sólo lo presuñía por el sonido.
Los cuernos que, súbitamente, se elevaron y resonaron como para mí solo.
Hombre galgón y moroso, mientras corría, no me miraba ojo; sólo se-
por mí. Mi salvación estaba en llegar a la esquina próxima y dar vuelta.
Como que debía haber hecho en la primera botacalle. De pronto, unos pa-
s más allá, el grupo de hombres desapareció como absorbido por una gran
gran espantosa. ¿Qué había allí? Vi que el hombre de los gritos se desapa-
ra junto con los demás como se quedaba en aquel punto, mirando la

para entre el muchacho y el caballo:

--¡Órale, compañero! -- gritó, de nuevo desaparecido, y después, re-

no: -- ¡No te lo comas, perro!

La lengua estaba a escasos centímetros de mi cabeza. ¿Cómo era posible
que a caer en una trampa, tal vez herido de muerte, a tantas lagunas de
partido activo y lejos de mis hermanos y de mi padre? Por eso un poco más
veloz. Era, de seguro, lo último que podía exigir a mi corazón y a mis
fuerzas y en un instante estuve junto al hombre, que me tomó como en el si-
y sólo con fuerza hacía al; no tuve tiempo de tirar y allí nos inclinó los

dos, rodando por el suelo. Desde el suelo miré hacia trás y ví aparecer la lanza y luego la banderola y en seguida el caballo y el jinete, que miró de reojo la presa que se le escapaba. ¿Cómo había podido salvarme? Me levanté y me sacudí; acezaba. Las filas de caballos y policías pasaron galopando. Miré a mi alrededor: nos encontrábamos en un pasillo estrecho y alto, de unos quince metros de largo, cerrado por una muralla pintada de amarillo; un zócalo oscuro la remataba y en su centro se veía una pequeña ventana cerrada. Era el conventillo de la Troya. ¿Podíamos quedarnos en ese sitio? Los hombres del grupo me miraban con simpatía y curiosidad.

--¡No nos quedemos aquí! -- gritó el hombre desconocido --. ¡Si dan la vuelta nos van a cerrar la salida! Vamos.

Corrimos de nuevo; éramos como unas treinta personas; giramos frente a la muralla y desembocamos en el patio del conventillo, que iba de calle a calle. Metíamos mucho ruido al correr y los hombres, además, gritaban. Algunos vecinos abrieron sus puertas y ventanas: ¿qué pasa? Gritos:

--¡Quieren subirlos a veinte! ¡Mueran!

Hasta muy entrada la tarde ignoré de qué se trataba, qué era lo que se pretendía subir a veinte y quiénes debían morir; en aquel momento, por lo demás, no me interesaba averiguar nada: lo único que quería era asegurarme de que la triple hilera de caballos y policías, con sus lanzas y sables, había seguido corriendo y desaparecido. Algunos vecinos se unieron a nosotros. Mientras corría observé a mis compañeros: a juzgar por sus ropas eran obreros y se les veía transpirando, anhelantes, pero no cansados. La pelea empezaba. El hombre desconocido, delgado y moreno, corría al lado mío y me habló:

--¿Tuvo miedo? -- gritó.

Me encogí de hombros y sonreí, jactancioso:

--¿De qué?

Hizo un gesto vago:

rodado por el suelo. Desde el suelo miré hacia atrás y vi aparecer
y luego la puerta y en seguida el caballo y el jinete, que miró de
la presa que se le escapaba. ¿Cómo había podido salvarme? Me levanté
rápidamente. Las filas de caballos y jinetes pasaron rápidamente.
El alrededor: nos encontramos en un patio estrecho y alto, de
muros altos de ladrillo, cubierto por una alfombra pintada de amarillo.
El patio estaba rodeado por una pared de ladrillo y en el centro se veía una pequeña ventana de
ladrillo. El contenido de la troya. ¿Podíamos quedarnos en ese sitio?

Los jinetes del grupo me miraban con simpatía y curiosidad.
--¡No nos quedemos aquí! -- gritó el hombre desconocido --. ¡Salgan de
aquí y vayan a cerrar la salida! Vámonos.

Corrimos de nuevo; éramos como unas treinta personas; éramos frente a
la calle y descomulgamos en el patio del conventillo, que iba de calle a
la calle. ¡Vámonos! ¡Vámonos! gritó el hombre desconocido, además, gritaban. Al-
gunos vecinos abrieron sus puertas y ventanas: ¿qué pasa? ¿ritos?

--¡Mírense adentro a ver qué hay! ¡Mírense!
Hasta muy entrada la tarde ignoré de qué se trataba, que era lo que se
pasaba aquí a veinte y cinco de agosto de 1917, en aquel momento, por lo
que no me interesaba averiguar nada; lo único que quería era escapar.
En la triple fila de caballos y jinetes, con sus lanzas y alabardas, ha-
bían corrido y desaparecido. Algunos vecinos se salieron a correr.
Como corría corría a mis compañeros: a luchar por sus cosas y por
y se les veía transpirando, anhelantes, pero no cansados. La pelea en-
tonces. El hombre desconocido, delgado y moreno, corría al lado mío y me

...algunos minutos...
...de hombres y animales...

...de la...
...de la...

--Creí que el policía lo iba a alcanzar y ya me parecía verlo caer de punta al suelo. ¿Por qué no corría?

Repetí el gesto: no habría podido explicar por qué no huí desde el principio y por qué lo hice después; estaba fuera de mí, como estaba fuera de mí el ir corriendo junto a ellos. La vanguardia del grupo llegó al extremo del patio y los hombres, deteniéndose en la acera, gritaron, levantando los brazos y cerrando los puños:

--¡Mueran los verdugos del pueblo!

El farol gimió como un hombre a quien se da un puñetazo en el estómago y dejó caer, como un vómito, una lluvia de vidrios; otro farol cercano, le acompañó.

--¡Cuidado: ahí vienen!

Cuando llegué a la puerta la policía cargaba de nuevo y hube de seguir corriendo. ¿Debería estar haciéndolo todo el día? Había entrado a Chile bailando dentro de un vagón lleno de animales: ¿no era suficiente? Lo hice despacio, sin embargo, dándome tiempo para recuperarme, hasta llegar a la primera esquina, en donde doblé, dirigiéndome hacia la avenida en que me cogiera la tormenta; el grupo se desperdigó. Las calles perpendiculares al mar se veían desiertas, como si fueran de otra ciudad y no de aquella, y esto sin duda porque en ellas no había negocios o los había en muy pequeña cantidad; a pesar de ello, pocos faroles conservaban aún sus vidrios. Las paralelas a la playa, en cambio, estaban llenas de gente, sobre todo la avenida a que llegué, en donde ardía, en pleno fuego, la violenta llama: ya no eran cincuenta sino quinientos o mil quinientos los hombres que llenaban la cuadra en que me sorprendiera la carga de la caballería policial; habían bajado quien sabe desde qué cerro y por qué callejones o quebradas, Lecheros o Calaguala, Las Violetas o La Cárcel, El Barón o La Cabritería o quizá surgido de los talleres, del dique, de los barcos, de las chatas; algunos llevaban aún su saquillo con carbón o leña y se veía a varios con los pantalones manchados de duro trabajo y durante unos segundos con-

...que el policía lo iba a alcanzar y ya se parecía verlo caer de
al suelo. ¿Por qué no corría?
...el gesto: no había podido explicar por qué no había dado el primer
y por qué lo había después; estaba fuera de mí, como estaba fuera de
la cortina junto a ellos. La vanguardia del grupo llegó al extremo
del y los hombres, deteniéndose en la arena, gritaron, levantando los
y cerrando los brazos:
...los verdugos del pueblo!
...como un hombre a quien se da un puñetazo en el estómago
de caer, como un vértigo, una lluvia de vidrios; otro farol cercano, le
...
...ahí vienen!
...llegué a la puerta la policía cargada de nuevo y hubo de seguir
...; después de haber estado todo el día había entrado a Chile por
...de un vagón lleno de animales: ¿no era suficiente? La policía
...sin embargo, dándose tiempo para recuperarse, hasta llegar a la pri-
...en donde había, dirigiéndose hacia la avenida en que me corrie-
...; el grupo se dispersó. Las calles perpendiculares al mar
...como al fueran de otra ciudad y no de aquella, y esto
...en ellas no había negocios o los había en muy pocas can-
...a pasar de ello, pocos faroles conservaban aún sus vidrios. Las para-
...a la plaza, en cambio, estaban llenas de gente, sobre todo la avenida
...en donde ardía, en pleno fuego, la violenta llama: ya no eran
...sin quinientos o mil quinientos los hombres que llenaban la que-
...on que me sorprendiera la carga de la caballería policial; había bajado
...saba desde qué sitio y por qué caían sobre él, caían sobre él, caían sobre él
...las violas o la cárcel, el barón o la capitanía o algún otro
...de los talleres, del dique, de los barcos, de las chatas; algunos lle-
...con un saco de carbón o leña y se veía a varios con los pantal-

lones a media pierna, mostrando blancos calzoncillos; otros iban descalzos y un centenar de ellos bullía alrededor de dos tranvías que eran destruídos centímetro por centímetro, primero los vidrios, que la gente pisaba y convertía al fin en una especie de brillante harina; luego los asientos, los marcos de las ventanillas, los focos; pero un tranvía es dura presa, sobre todo aquellos, como de hierro, altísimos, con imperial, hechos de gruesos latones y barandillas y pintados de un color ocre que les daba, no sé por qué, una grave sensación de dureza. Ya no quedaba de ellos sino lo que podía destruir un soplete oxhídrico o un martillo pilón. La muchedumbre fluctuaba como una ola, moviéndose nerviosamente; rostros, cuerpos, piernas, brazos.

--¡Démoslo vuelta!

Como no era posible quemarlos la idea fué acogida con un rugido de aprobación, y la gente, escupiéndose las manos y subiéndose las mangas, se colocó a un lado de uno de los tranvías, no toda, pues no cabía, sino la que estaba cerca y podía hacerlo. Empujaron, advirtiéndole:

--¡Atención: allá vamos!

Hubo un silencio; pero el tranvía era pesado y tieso y no se movió. Se oyeron algunas risas y luego:

--¡Vamos!

Alguien tomó el mando de la maniobra y su voz empezó a sonar como si se tratara de un trabajo normal. Se escuchó como un quejido, exhalado por los hombres que empujaban, y el armatoste se inclinó un poco, aunque no lo suficiente. Cientos de gritos celebraron el primer resultado:

--¡Otra vez: vamos!

La voz de mando sonaba con tal acento persuasivo que resultaba difícil sustraerse a su llamado. ¿Por qué estaba uno allí, de pie, con las manos en los bolsillos o a la espalda, en vez de unirse al esfuerzo común?

--Vamos. . .

Me recordaba pasados días de duro trabajo y durante unos segundos sen-

...a media piana, mostrando blancos calcáreos; otros eran des-
...y un centenar de ellos bullía alrededor de los tranvías que eran des-
...centímetros por centímetro, primero las vidrios, que la gente gila-
...y convertía el fin en una especie de brillante herina; luego los alfan-
...los marcos de las ventanillas, los focos; pero un tranvía se detu pre-
...sobre todo aquellos, como de hierro, alifanos, con lapieral, hechos de
...latones y batanillas y pintados de un color ceno que les daba, no
...por eso, una grave sensación de dureza. Ya no quedaba de ellos sino lo
...podía destruir un golpe o un martillo blón. La muchacha
...finchaba como una ola, moviéndose nerviosamente; rostros, cuerpos,
...bracos.

--¡Démolo vuestro!

Como no era posible quemarlos la idea fue acogida con un ruido de apor-
...y la gente, esquivándose las manos y cubriéndose las mangas, se co-
...a un lado de uno de los tranvías, no toda, pues no cabía, sino la que
...ceros y podía hacerlos. Imputaron, advirtiéndolo:

--¡Atención! allá vamos!

Hubo un silencio; pero el tranvía era pasado y fuese y no se movió. Se
...algunas risas y luego:

--¡Vamos!

Alguien tomó el mando de la manivela y su voz empezó a sonar como el
...de un trabajo normal. Se sacudó como un cañido, exhalado por
...los hombres que empujaban, y el armatoste se inclinó un poco, aunque no lo
...cientos de ellos celebraron el primer resultado:

--¡Oye vete, vamos!

La voz de mando sonaba con tal acento persuasivo que resultaba difícil
...a su llamado. Por qué estaba uno allí, de pie, con las manos
...los bolsillos o a la espalda, en vez de unirse al esfuerzo común?

--¡Vamos!

Se recordaba pasados días de duro trabajo y durante unos segundos ser-

tí que no podría desprenderme del hechizo de la voz:

--¡Ahora, niñitos!

Sonaba como la voz de El Machete o como la de Antonio, el choapino, y era la misma voz de siempre, la voz que ha levantado las catedrales, abierto los canales interoceánicos, perforado las cordilleras, construido las pirámides. El tranvía osciló, se inclinó y durante un brevísimo instante pareció ceder al empuje; no cayó, sin embargo, aunque saltó de los rieles al volver a su posición normal. Se oyó un murmullo y luego volvió a aparecer de nuevo la voz:

--Otra vez. . .

No era ya una voz de mando, como podía ser la de un sargento o la de un capataz: era una voz de invitación, ^{pero} de una invitación llena de resolución y certidumbre. Pero la verdad es que ya no quedaba espacio para nadie alrededor del tranvía; algunas personas no podían empujar más que con un solo brazo. Centenares de ojos miraban y otras tantas voces gritaban:

--¡Con otro empujoncito cae. . . !

Junto con empezar a inclinarse el tranvía, empezaba a erguirse el griterío, que se iniciaba con voces aisladas, restallantes, estimuladoras, a las cuales se unían pronto otras, de admiración, formando todas, al fin, una columna que alcanzaba su mayor altura cuando el tranvía, imponente, pero bruto, indiferente a su destino, obedecía al impulso y cedía cinco, diez, quince grados; unos más y caería. Por fin cayó y los hombres saltaron hacia atrás o hacia los lados, temerosos de que reventara con el golpe y los hiriera con los vidrios, hierros o astillas que se desprendieran de él; pero nada saltó y nadie quedó herido. Era curioso ver un tranvía por debajo: las pesadas ruedas, aquellas ruedas que trituraban y seguían triturando tantas piernas, brazos y columnas vertebrales; hierros llenos de grasa y de tierra, gruesos resortes, húmedos, como transpirados, telarañas, trocillos de papeles de colores, mariposas nocturnas.

• • • 507 373 100

Una vez volcado, el tranvía perdió todo su interés y la gente corrió hacia el otro, que esperaba su destino con las luces apagadas, las ventanillas rotas, los vidrios hecho polvo. En ese momento apareció o volvió la policía -- nunca se sabe cuándo es una y cuándo es otra, ya que siempre es igual, siempre verde, siempre parda o siempre azul --, pero la gente no huyó; no se trataba ya de veinte o de cincuenta hombres sino que de centenares, y así como los hombres huyeron cuando estaban en minoría, así la policía no cargó al advertir que el número estaba en su contra. Avanzó con lentitud y se colocó en el margen de la calle, de modo que las grupas de los caballos quedaran vueltas hacia las aceras. La multitud, tranquilizada de repente, aunque exaltada, tomó también sus posiciones, no quitando ojo a los caballos, a las lanzas y a los sables. Pronto empezaron a oírse voces altas:

--¡Parece que tuvieran hambre!

--¡Todos tienen cara de perros!

--¿Y el oficial? ¡Mírenlo! Tiene cara de sable.

El oficial, en efecto, tenía una cara larga y afiladísima. Parecía nervioso, y su caballo negro, alto, aparecía más nervioso aun; se agitaba, agachando y levantando una y otra vez la cabeza.

--¿qué esperan?

--¿Por qué no cargan ahora, perros? ¡Para eso les pagan!

En ese momento se encendieron las luces de los cerros y la ciudad pareció tomar amplitud, subiendo hacia los faldeos con sus ramas de luz.

--¡Vámonos!

--¡Vamos! Dejemos solos a estos desgraciados.

Cada palabra de provocación y cada injuria dirigida hacia los policías me dolía de un modo extraño; sentía que todas ellas pegaban con dureza contra sus rostros y hasta creía ver que pestañeaban cada vez que una de ellas salía de la multitud. Me parecía que no debía injuriárseles ni provocárse-

Una vez volcado, el tranvía perdió todo su interés y la gente corrió al otro, que esperaba su destino con las luces apagadas, las ventanillas rotas, los vidrios hechos polvo. En ese momento apareció o volvió a ella -- nunca se sabe cuándo se una y cuándo se otra, ya que siempre es así, siempre verde, siempre parda o siempre azul --, pero la gente no se le acercaba ya de veinte o de cincuenta hombres como que de entonces y así como los hombres hubieron cuando estaban en silencio, así se volvió a cargar al advertir que el número estaba en su contra. Avanzó con los ojos y se colocó en el margen de la calle, de modo que las tropas de los otros quedaran vueltas hacia las aceras. La multitud, tranquilizada de esto, aunque excitada, como también las posiciones, no quitando ojo a caballo, a las linternas y a los soldados. Pronto se apartaron a otras cosas.

-- ¡Pues que tuvieron hambre!

-- ¡Todos tienen cara de hambre!

-- ¡Y el oficial? ¡Mirarlo! Tiene cara de hambre.

El oficial, en efecto, tenía una cara larga y atibetada. Miraba nervioso y un caballo negro, alto, apretado más nervioso aún; se agitaba, se movía y levantando una y otra vez la cabeza.

-- ¿No esperará?

-- ¡Por qué no cargar ahora, por qué? ¡Para eso los pagas!

En ese momento se encendieron las luces de los carros y la ciudad pareció estar ardiendo, ardiendo hacia los lados con sus raras de luz.

-- ¡Vámonos!

-- ¡Vámonos! Dejemos solos a estos desgraciados.

Cada palabra de provocación y cada injuria dirigida hacia los policías hacía de un modo extraño; sentía que todas ellas parecían con fuerza contra ellos y hasta oírlos que se reían de ellos una y otra vez que una de ellas de la multitud. Se parecía que no había injurias al provocarse.

les; además, estando entre los que gritaban aquellas palabras, aparecía también un poco responsable de ellas. Es cierto que momentos antes había tenido oportunidad para demostrar su antipatía hacia los que durante meses y años habían explotado su pobreza y vivido de ella, rotundamente en el peso, en los que, no sé por qué, la inconsciencia de los policías y de los caballos ~~me~~ se me antojaba forzosa, impuesta, disculpable por ello, en tanto que los gritos de muchos y la indiferencia de todos o de casi todos, que producidos eran libres y voluntarios. Una voz preguntó dentro de mí por qué la policía podía cargar cuando quería y por qué la multitud no podía gritar si quería, respiraban en el recuerdo, y muchos almacenes, además de que así le daba la gana; no supe qué responder y me dió mucho de hacer callar a nadie: no quería recibir un palo en la cabeza o un puñetazo en la nariz. Siguiéron, pues, los gritos y las malas palabras y las ironías y a pesar de que al principio temí que la provocación trajera como consecuencia una reacción violenta de parte de la policía, no ocurrió tal cosa. El oficial y los hombres de su tropa parecían no oír nada; allí estaban, pálidos algunos, un poco desencajados otros, indiferentes en apariencia los más, ~~semejando~~, menos que hombres, máquinas o herramientas, objetos para usar. En la oscuridad blanqueaban las camisas de los trabajadores y en el aire había algo tenso que amenazaba romperse de un momento a otro. Nada llegó a romperse, sin embargo. La multitud empezó a desperdigarse en grupos, yéndose unos por una calle y otros por otra; allí no había nada que hacer. La policía permaneció en el sitio: no podía seguir a cada grupo y ninguno era más importante que el otro. La gente se despedía:

--¡No se vayan a aburrir!

--¡Pobrecitos: se quedan solos!

--¡La carita que tienen!

La aventura no terminó allí: el motín bullía por toda la parte baja de la ciudad, excepto en el centro, donde estaban los bancos, los diarios, las grandes casas comerciales; en algunas partes la multitud apedreó los almacenes de comestibles, de preferencia los de la parte amplia de la ciudad y los que estaban al pie de los cerros. No tenían nada que ver, es cierto, con el

además, estando entre los que gritaban aquellas palabras, aparecía tam-
 bién un poco responsable de ellas. Es cierto que momentos antes había temi-
 do correr, sin motivo alguno y como una fiebre, ante la caballería, pe-
 ro no sé por qué, la inconsciencia de los policías y de los caballos me se-
 ñalaba torcer, izquierda, discurrir por ello, en tanto que los pri-
 meros eran libres y voluntarios. Una vez pregunté dentro de mí por qué la po-
 lica podía cargar cuando quería y por qué la multitud no podía gritar ni
 si le daba la gana; no sé qué responder y me dió mucho de hacer salir
 nada; no quería recibir un palo en la cabeza o un puñetazo en la nariz.
 Entonces, pues, los gritos y las malas palabras y las ironías y a pesar de
 el principio temí que la provocación fuera como consecuencia una re-
 volución violenta de parte de la policía, no ocurrió tal cosa. El estallido y
 la protesta de su tropa parecían no oír nada; allí estaban, pálidos algunos,
 poco desahucados otros, indiferentes en apariencia los más, semejando
 que los hombres, máquinas o herramientas, objetos para usar. En la oscu-
 ridad parecían las camisas de los trabajadores y en el alto había algo
 que me llamaba la atención de un momento a otro. Nada llevó a romperse, sin
 embargo, la multitud empezó a dispersarse en grupos, vendiendo uno por uno
 sus y otros por otros; allí no había nada que hacer. La policía permaneció
 en el sitio: no podía seguir a cada grupo y ninguno era más importante que
 otro. La gente se despedía:
 --¡Yo me voy a dormir!
 --¡Por supuesto: se quedan solos!
 --¡La carita que tienen!

La multitud no terminó allí: el motor volvió por toda la parte baja de
 la ciudad, excepto en el centro, donde estaban los bancos, los diarios, las
 cosas comerciales; en algunas partes la multitud quedó los alme-
 nos de camiones, de góndolas, los de la parte amplia de la ciudad y los
 estaban al pie de los cerros. No tenían nada que ver, es cierto, con el

alza de las tarifas de movilización, pero muchos hombres aprovecharon la oportunidad para demostrar su antipatía hacia los que durante meses y años explotaban su pobreza y vivían de ella, robándoles en el peso, en los pre-
cios y en la calidad; la mezquindad de algunos, el cinismo de otros, la ava-
ricia de muchos y la indiferencia de todos o de casi todos, que producían
resquemores y heridas, agravios y odios a través de largos y tristes días
de miseria, reaparecían en el recuerdo, y muchos almacenes, además de ape-
dreados, fueron saqueados de la mercadería puesta cerca de las puertas,
de la té, a la manteca, no se puede renunciar así como así para siempre ni
papas o porotos, verduras o útiles, escobas, cacerolas, que colgaban al al-
cance de las manos; se suscitaron incidentes y algunos almaceneros dispa-
raron armas, hiriendo, por supuesto, a los que pasaban o miraban, lo que
enardeció más a la multitud. Hubo heridos y la sirena de las ambulancias
empezó a aullar por las calles. Cayó la noche y yo vagaba de aquí para allá,
siguiendo ya a un grupo, ya a otro; aquello me entretenía; no gritaba ni
tiraba piedras y aunque los gritos y las pedradas me dolían no me resolvía
a marcharme; te escribiré desde... Había olvidado a mi amigo y a su barco.
Los boticarios, detrás de sus frágiles mostradores, aparecían como trans-
parentes, rodeados de pequeños y grandes frascos con líquidos de diversos
colores, espejos y vitrinas con plumones, y miraban hacia afuera, hacia la
calle, con curiosidad y sorpresa, como queriendo dar a entender que no te-
nían nada que ver con lo que sucedía, mucho menos con las empresas de movi-
lización colectiva o con los almacenes de comestibles: vendían remedios y
eran, por eso, benefactores de la gente; contribuían a mitigar el dolor.
No tendrían, claro está, la conciencia muy tranquila, ya que ni los comer-
ciantes muertos la tendrán, pero la muchedumbre y las personas que la for-
maban, obreros y jornaleros, empleados y ~~vendedores callejeros~~, entre quie-
nes empezaron a aparecer maleantes, sentían que una botica no es algo de
todos los días ni de cada momento, como el almacén o la verdurería; nadie
entra a una botica a pedir fiado un frasco de remedio para la tos o uno de

de las tarifas de movilización, pero muchos hombres aprovecharon la
oportunidad para demostrar su antipatía hacia los que durante meses y años
habían su pobreza y vivían de ella, robándoles en el peso, en los pre-
cios y en la calidad; la multitud de algunos, el mismo de otros, la av-
ersión de muchos y la indiferencia de todos o de casi todos, que producían
pequeños y heridas, agravios y odios a través de fardos y tristes días
de miseria, reaparecían en el recuerdo, y muchos almacenes, además de que
ellos, fueron saqueados de la mercadería puesta cerca de las puertas,
unos o porotos, verduras o hortalizas, escobas, cacerolas, que colaban al al-
morzar de las manos; se suscitaban incidentes y algunos almaceneros dispa-
ron armas, riendo, por supuesto, a los que pasaban o miraban, lo que
ordenó más a la multitud. Hubo heridos y la alarma de las ambulancias
fue a salir por las calles. Cayó la noche y yo vagaba de aquí para allá,
buscando ya a un grupo, ya a otro; aquello me entristecía; no quedaba ni
una piedra y aunque los gritos y las pedradas me dolían no me resolvía
marcharme; te seguiré desde... Había olvidado a mi amigo y a mi padre,
a botarlos, detrás de una trélica mostradora, aparecidos como fantas-
mas, rodeados de pedregales y grandes frascos con líquidos de diversos
colores, espejos y vitrinas con plumeros, y miraban hacia afuera, hacia la
calle, con curiosidad y sorpresa, como queriendo dar a entender que no te-
nían nada que ver con lo que sucedía, mucho menos con las empresas de movi-
lización colectiva o con los almacenes de comestibles; vendían remedios y
eran, por eso, benefactores de la gente; contribuían a mitigar el dolor,
se tendían, claro está, la conciencia muy tranquila, y que ni los comer-
ciantes muertos se tendrían, pero la muchachura y las personas que la for-
maban, obreros y jornaleros, empleados y ~~funcionarios~~ ^{verdaderos salteadores}, entre otros
se esforzaron a aparecer más contentos, señalando que una policía no es algo de
unos días ni de cada momento, pero el almacén o la verdulería; nadie
puede a una policía a pedirle un franco de remedio para la tos o uno de

tónico para la debilidad y el boticario no pesa, en general, la mercadería que vende -- por lo menos no lo hace a la vista del público --; en consecuencia, y aparentemente, no roba en el peso ni es, también en apariencia, mezquino, y si uno no tiene dinero para adquirir un pectoral o un reconstituyente puede seguir tosiendo o enflaqueciéndose o recurrir a remedios caseros, que siempre son más baratos; nadie, por otra parte, puede tener la insensata ocurrencia de robarse una caja de polvos de arroz o una escobilla para los dientes, pero al pan, al azúcar, a los porotos, a las papas, al café, al té, a la manteca, no se puede renunciar así como así para siempre ni hay productos caseros o no caseros que los sustituyan. La dueña de casa, la mujer del obrero sin trabajo o ~~con~~ con salario de hambre o enfermo, recurre a todo, vende los zapatos y la ropa, empeña el colchón, pide prestado, hasta que llega el momento, el trágico y vergonzoso momento en que la única y pequeña esperanza -- ¡vaya una esperanza! -- es el almacenero, más que el almacenero, ese hombre y el corazón de ese hombre a quien se ha comprado durante años y que en camisa, con aire sencillo y bonachón, hablando un español italianizado o demasiado articulado, sin delantal, a veces en pura camiseta de franela y gastados pantalones, espera, detrás de un mostrador sobre el que hay clavadas dos o tres monedas falsas, a los compradores; sabe que debe vender, vender y nada más que vender; la base del negocio es la venta; nada de fiar: "Hoy no se fía; mañana sí."

--Pero usted ya me está debiendo siete pesos.

--Sí, don Juan; pero tenga paciencia; mi marido está sin trabajo.

--Hace mucho tiempo que está sin trabajo. . .

--Usted sabe que las curtiembres están cerradas.

--¿Por qué no trabaja en otra cosa?

--Ha buscado muchísimo, pero con la guerra hay tanta desocupación. . .

--. . . Pero no le faltará plata para vino.

--Vino. . . Desde ayer no hemos comido nada, ni siquiera hemos tenido

los para la debilidad y el boticario no pesa, en general, la mercedaria
venda -- por lo menos no la hace a la vista del público --; en conse-
cuencia, y aparentemente, no roba en el peso ni en, también en apariencia,
quino, y si uno no tiene dinero para adquirir un pectoral o un resonati-
vante puede seguir costando o entibiándose a procurar a remedios sa-
nes, que siempre son más baratos; nadie, por otra parte, puede tener la in-
tente ocurriencia de robarse una caja de polvos de arroz o una escobilla
a los clientes, pero al pan, al azúcar, a los porotos, a las papas, al ca-
fé, a las mantecas, no se puede remanotar así como así para siempre ni
productos caseros o no caseros que los satisficieran. La tienda de casa, la
en del obrero sin trabajo o con salario de hambre o entuerto, recurre a
o, vende los zapatos y la ropa, empeña el colchón, pide prestado, hasta
llega el momento, el trágico y vergonzoso momento en que la única y pe-
ña esperanza -- ¡vaya una esperanza! -- es el almacenero, más que el al-
mero, ese hombre y el corazón de ese hombre a quien se ha comprado de-
te años y que en camisa, con aire sencillo y bonachón, hablando un espa-
ñolizado o demasado artichado, sin delantal, a veces en pura ca-
sta de tiramisú y gastados pantalones, aparece, detrás de un mostrador so-
el que hay clavadas dos o tres monedas falsas, a los compradores; sabe
dado vender, vender y nada más que vender; la base del negocio es la
ta; nada de tirar: "Hoy no se tira; mañana sí."
--Pero usted ya me está dando siete pesos.
--Sí, don Juan; pero tenga paciencia; mi marido está sin trabajo.
--Hace mucho tiempo que está sin trabajo.
--Usted sabe que las carteritas están cerradas.
--Por qué no trabaja en otra cosa?
--Ha buscado muchísimo, pero con la guerra hoy tanta desocupación.
--Pero no le faltará plata para vino.
--Vino... Debe ser no hemos comido nada, ni siquiera hemos tenido

para tomar una tacita de té. Para colmo, se me ha enfermado uno de los niños. Se formaron grupos constituidos por individuos que parecían salidos de

--Lo siento, pero no puedo fiarle; ya me deben mucha plata.

El almacenero, con el pescuezo erguido y duro, mira hacia otra parte mientras fuma su mal cigarrillo; siente, íntimamente, un poco de vergüenza, pero ¿a dónde iría a parar si siguiera fiando a todo el mundo? El también debe vivir. La mujer, con su canastita rota y su pollera raída, sale, avergonzada también, con la vista baja, y el obrero, que espera en la pieza del conventillo la vuelta de la mujer para comer algo, aunque sea un pedazo de pan, siente que el odio le crece hasta el deseo del crimen:

--Despachero hijo de tal por cual. . . Algún día. . .

Ese día llega algunas veces y éste era uno de ellos. Los boticarios, en cambio, cubiertos con sus delantales impecables y rodeados de vidrios, aparecían abstractos, casi deshumanizados y como dentro de un frasco; no cerraban, como la mayoría de los negocios, esperando, a pesar de su apariencia irreal, obtener alguna utilidad de aquel motín: ¿no resultaría algún herido o contuso, alguien con un ataque de nervios? Tenían valeriana, bromuro, gasas, algodón, vendas, yodo. Las verdurerías, fruterías, carnicerías y panaderías cerraron al mismo tiempo que los almacenes, y los demás negocios, aun aquellos que no podían temer ni esperar nada de una revuelta callejera, como las talebarterías o las barracas de madera o de fierro -- ¿quién iría a comprar, en esos momentos, una montura o una viga o a quién ocurriría se le ~~mandaban~~ robarlas? -- cerraron también a piedra y lodo. En tanto avanzaba la noche era más y más raro encontrar un negocio abierto, aunque los había, los muy pequeños, aquellos tan pequeños de local y giro que sólo admiten al patrón y a su exigua mercadería, comercios mitad talleres y mitad negocios, que venden trozos de cañerías, sacos de cemento, planchas de zinc, todo absolutamente incomible y difícilmente transportable, o coccinillas viejas o calentadores a gas, penosamente reparados y menos comibles aun. Se les veía, aislados, resplandeciendo en medio de la oscuridad que las duras

que tomar una tarta de té. Para colmo, se me ha enfermado uno de los ni-

lo aliento, pero no puedo fumar; ya me deben mucha plata.

El almuerzo, con el pesquero orgullo y duro, mira hacia otra parte.

Entonces una su mal cigarillo; ahí, instantáneamente, no poco se venían.

pero se dónde iría a parar el aliento frito a todo el mundo? El tam-

ión debe vivir. La mujer, con su gamuza rota y su polera rajada, sale,

vergonzada también, con la vista baja, y el obrero, que espera en la pla-

del conventillo la vuelta de la mujer para comer algo, aunque sea un pe-

no de pan, aliento que el otro le cree hasta el hueso del cráneo:

--Despachero hijo de tal por cual...

En la línea algunas veces y éste era uno de ellos. Los postales,

cambio, cubiertos con sus delantales impregnados y rodeados de vitriol,

corrían abaratos, casi deshumanizados y como dentro de un frasco; no

trababan, como la mayoría de los negocios, esperando, a pesar de su apa-

monía irreal, obtener alguna utilidad de aquel molin: no resultaría al-

to porido o continuo, aluden con un estado de nervios? Terribles velenos,

compro, casa, algodón, vendas, yodo. Las verdaderas, frías, carnis-

as y panaderías cerraron al mismo tiempo que los almuerzos y los demás

negocios, sin aquellos que no podían temer ni esperar nada de una revuelta

de la calle, como las talabarterías o las paradas de madere o de hierro --

alán iría a comprar, en esos momentos, una montura o una vista o a algún

de la manutención? -- cerraron también a pladras y lodo. En tanto avan-

aba la noche era más y más raro encontrar un negocio abierto, aunque los

de, los muy pequeños, aquellos tan pequeños de local y giro que sólo ab-

aban al patrón y a su esposa mercedería, comercios mited talares y mited

negocios, que venden trozos de cañerías, sacos de cemento, planchas de xino,

no absolutamente insoportable y difícilmente transportable, o ocultas vie-

as o calentadores a gas, penosamente reparados y rancos comidos sus. En

se veía, aislados, resplandeciendo en medio de la oscuridad que las duras

piedras habían sembrado en las calles.

Se formaron grupos constituidos por individuos que parecían salidos de las alcantarillas -- algunos se habrían podido tomar por enormes ratas --, barbudos, astrosos y de ojos brillantes, llenos de vida, inquietos, que no gritaban ni rompían faroles y que al parecer no sentían odio ni amor por nadie, pero que se apoderaban, con una asombrosa rapidez, casi animal, de cuanto se hallaba al alcance de sus manos; se movían alrededor de los negocios abiertos, tiendas de géneros especialmente, o casas de empeños, a cuyas puertas los dueños y los dependientes, españoles casi todos y tan optimistas como los boticarios, estaban apostados, las manos a la espalda, apretando duros metros de madera entre ellas. Hubo algunos choques entre los grupos y en uno de ellos apareció de nuevo el hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de manos, cuadrado de cara, un hombretón formidable, como hecho de una sola y gruesa viga que tuviera varios y apretados nudos y que capitaneaba una banda de obreros que se enfrentó de pronto a otra banda, una de aquellas de procedencia subterránea que saqueaba una cigarrería atendida por una mujer. El hombre cuadrado, con una voz que dominó el tumulto, gritó:

--¡No, compañeros, no somos ladrones! ¡Dejen eso ahí, carajos!

La mujer de la cigarrería lanzaba agudos gritos.

Algunos de los hombres de las alcantarillas huyeron; otros, más tranquilos, se quedaron:

--¿Qué pasa? -- preguntó uno de ellos, friamente.

Llevaba una sucia y corta barba y su ropa estaba hecha girones y lustrosa; daba la impresión de un cuchillo mellado y lleno de orín o sebo, pero peligroso. El hombre con aspecto de herramienta de carpintero se acercó a él y le gritó, lleno de pasión y casi golpeándole el pecho con el puño:

--¿Qué pasa? ¡No andamos robando y los ladrones no tienen nada que hacer aquí!

...habían estado sembrando en las calles.
Se formaron grupos constituidos por individuos que parecían salidos de
las plantaciones -- algunos se habían podido tomar por nombres tales --
indios, astrosos y de ojos brillantes, llenos de vida, inquietos, que no
estaban ni rompiendo telas y que al parecer no sentían odio ni amor por
nada, pero que se comportaban con una agilidad rápida, casi animal, de
tanto se hallaba al alcance de sus manos; se movían alrededor de los ne-
gocios adictos, tiendas de géneros especialmente, o casas de empeños, a
sus puertas los dueños y los dependientes, españoles casi todos y tan
similares como los boticarios, estaban agitados, los manos a la espalda,
retando otros metros de maderas entre ellos. Hubo algunos choques entre
los grupos y en uno de ellos apareció de nuevo el hombre cuadrado, cuando
cualquier, cuadrado de manos, cuadrado de cara, un hombre en forma de
un hecho de una sola y gruesa vida que tuviera varios y apretados ne-
gocios y que capitaneaba una banda de otros que se enfrentó de pronto a otro
grupo, uno de aquellos de procedencia astrosos que seguían una dis-
tancia estorbada por una mujer. El hombre cuadrado, con una voz que dominaba
la multitud, gritó:
--¡No, compañeros, no vamos a hacerlos! ¡Dejen eso ahí, señores!
La mujer de la característica lanzada agudos gritos.
Algunos de los hombres de las plantaciones murieron; otros, más tran-
quilos, se quedaron.
--¡Qué pasa? -- preguntó uno de ellos, tristemente.
Llevaba una vida y corta vida y su ropa estaba hecha ajona y lina-
rea; daba la impresión de un cuclillo malido y lleno de orín o saba, pe-
ro peligroso. El hombre con aspecto de herrero de carpintero se acercó
a él y le gritó, lleno de pasión y casi golpeándolo el pecho con el puño.
--¡Qué pasa? ¡No andamos robando y los ladrones no tienen nada que ha-
cer aquí!

El hombre-cuchillo pestañeó, pero permaneció en el sitio. Volvió a preguntar, siempre friamente:

--¿Y qué te importa? ¿Eres de la policía?

La gente empezó a agruparse y los hombres-ratas que habían huido regresaron y rodearon a su compañero, quedando frente a frente las dos bandadas.

El hombre-mazo dijo:

--No soy de la policía, pero tampoco quiero que nos echen la culpa de lo que hacen los sinvergüenzas como tú. Somos trabajadores y no rateros, ¿entiendes?

Sentí una gran admiración por el hombre cuadrado y me acerqué a su grupo; por mi parte, y aunque el hombre de los cauces se hubiese llevado la cigarrería con vendedora y todo, jamás me habría atrevido a decirle una palabra: una palabra suya, una mirada de sus brillantes ojos me habría hecho huir. Pero el hombre-mazo los conocía y no les temía, más aun, parecía despreciarlos. El hombre-cuchillo no ~~podía~~ sabía qué diferencia había entre un trabajador y un ratero y ~~inmutó~~ se inmutó ante el insulto -- talvez ningún insulto podía ya inmutarle --; siguió mirando, inmóvil, al hombre-herramienta. El uno era cuadrado y duro; el otro, afilado y resbaladizo: habría cabido por donde no habría podido caber el otro, quien, a su vez, habría podido echar abajo lo que el otro no habría podido sujetar.

Por fin habló:

--¿Y qué hay con eso?

No era una contestación, pero era un desafío.

El hombre-mazo agregó:

--Nunca le han trabajado a nadie y roban a todo el que pueden, pero a los pobres, en los conventillos, y a los borrachos, a las viejas, a los chicos ^{son} ladrones; no son más que inmundos rateros.

La voz del hombre cuadrado, llena, fuerte, recorría al otro hombre de

El hombre-cuchillo pestañeó, pero permaneció en el sitio. Volvió a pre-
starse, siempre frías:
---¿Y qué te importa? ¿eres de la policía?
La gente empezó a agruparse y los hombres-tata que habían huído re-
saron y rodearon a su compañero, quedando frente a frente las dos pan-
El hombre-mazo dijo:
---No soy de la policía, pero tampoco quiero que nos echen la culpa de
que hacen los sinvergüenzas como tú. Somos trabajadores y no ratones.
Obediente
Sentí una gran admiración por el hombre cuadrado y me acordé a un em-
por mi parte, y aunque el hombre de los cuernos se hubiera llevado la
carretera con vendedores y todo, jamás me habría atrevido a decirle una pa-
bra: una palabra suya, una mirada de sus brillantes ojos me habría hecho
ir. Pero el hombre-mazo los conocía y no les temía, más aun, parecía des-
confiarlos. El hombre-cuchillo no tenía nada que diferencia había entre un
trabajador y un ratón y permaneció ante el instante -- tal vez nin-
un instante podía ya temerle --; siguió mirando, inmóvil, al hombre-herra-
ta. El uno era cuadrado y duro; el otro, arillado y respetuoso: habría
dido por donde no habría podido saber el otro, quien, a su vez, habría
ido saber abajo lo que el otro no habría podido saber.
Por fin habló:
---¿Y qué hay con eso?
No era una contestación, pero era un desafío.
El hombre-mazo agregó:
---Nunca se han tratado a nadie y roban a todo el que pueden, pero a
los, en los conventillos, y a los porteros, a las viejas, a los chi-
llos; ni siquiera a las ladronas; no soy más que un hombre ratón.
La voz del hombre cuadrado, llena, fuerte, resonó al otro hombre de

arriba a abajo, por sus parches y roturas, su grasa y sus girones; no contestó: no tenía, indudablemente, condiciones polémicas y, por lo demás, no habría podido responder, con más o menos lógicas y con más o menos buenas palabras, el ~~X~~chaparrón del hombre-mazo, quien, al contrario, parecía no ^{sobre}medrentarse ante la perspectiva de una discusión ~~sobre~~ el trabajo y el rol ^{sobre} el trabajo y el capital. El hombre filudo no tendría, sin embargo, para casos como aquellos, más de dos reacciones traducibles en palabras: la primera, de pregunta o de respuesta: ¿qué te pasa?, ¡no quiero!; la segunda sería un insulto y después ya no habría más que la fase muscular, la cuchillada o el puñetazo. Pero aquella noche no se encontraba entre gente a quien pudiera tomar desprevenida; el hombre cuadrado sabía con quién trataba y no se dejaría sorprender: apenas el hombre-rata hiciera un movimiento sospechoso se le echaría encima y le acogotaría. El proletariado, sin embargo, nunca sabe de dónde vendrá el golpe, ya que el golpe le puede venir de todos lados: uno de los rateros se colocó, sin que nadie se diera cuenta, en el flanco del hombre cuadrado; saltó, algo brilló en el aire y descendió sobre la cabeza de aquél, golpeándole; el hombre vaciló, aunque ~~no~~ cayó; y casi en el mismo momento y cuando el ratero iniciaba, junto con los demás, la retirada, uno de los obreros lo alcanzó con un palo en el parietal derecho. Se oyó un ruido seco y el ratero se fué de bruces, como si hubiera tropezado. Calzaba alpargatas y éstas, rotas, separada ya la tela de la planta de cáñamo, dejaron ver unos talones como de rata. Hubo un segundo de vacilación: el hombre-heramienta, callado ahora, se había sacado el sombrero y se tanteaba la cabeza, de donde manaba abundante sangre; el hombre-cuchillo, que había también iniciado la fuga, se detuvo, indeciso, al sentir el golpe y ver caer a su compañero. Los trabajadores avanzaron; iban casi todos armados de palos y eran hombres fuertes, trabajadores del puerto o carpinteros. Los rateros, abandonando a su hombre, se alejaron y dejáronse caer en el cauce cercano; seguirlos allí era exponerse a

...a objeto, por sus patines y roturas, en otras y sus alicates; no con-
...no tenía, indudablemente, condiciones notables y, por lo demás, no
...podía responder, con más o menos idoneidad y con más o menos buenas
...al ^{aparejo} ~~aparato~~ del hombre-mazo, quien, al contrario, parecía no
...ante la perspectiva de una discusión ^{sobre} ~~entre~~ el trabajo y el
...el trabajo y el capital. El hombre fúido no tendría, sin embar-
...para cosas como aquellas, más de dos reacciones traduchas en palabras:
...de preguntas o de respuestas: ¿qué te pasa?, ¿no dolor?, ¿a se-
...se le un insulto y después ya no habría más que la fase muscular,
...a el pañetazo. Pero aquella noche no se encontraba entre gen-
...a quien pudiera tomar desprevénida; el hombre cuando así se con-
...ya y no se dejaba sorprender: apenas el hombre-~~esta~~ ^{esta} ~~hiera~~ ^{hiera} un movi-
...no se apresuraba a la echada encima y la escogía. El proletariado,
...cualquier, nunca sabe de dónde vendrá el golpe, ya que al golpe se puede
...y en todos lados: uno de los ratones se colocó, sin que nadie se diera
...ta, en el flanco del hombre cuando; salió, al fin, brilló en el aire
...sacando sobre la espesa de aquel, golpeándole; el hombre vaciló, aunque
...cayó; y así en el mismo momento y cuando el ratón incluyó, lanzó
...los demás, la retirada, uno de los otros lo, alzó con un pie en
...mientras torcido. Se oyó un ruido seco y el ratón se fue de brazos, co-
...al hombre tropezado. Calada alparagata y éstas, rotas, separada ya la
...de la planta de cáñamo, dejaron ver unos talones como de rata. Hubo
...resaca de vacilación: el hombre-herramienta, caído ahora, se había
...ado el hombre y se tanteaba la espesa, de donde manaba abundante san-
...el hombre-enchillo, que había también incluído la fuga, se detuvo, in-
...fue, al sentir el golpe y ver caer a su compañero. Los trabajadores avan-
...on; iban casi todos armados de palos y eran hombres fuertes, trabajado-
...del parte o carpinteros. Los ratones, abandonando a su hombre, se ale-
...y se fueron caer en el agua cercano; seguían allí en exponerse a

ser descuartizado. El herido fué llevado a una botica -- los boticarios tenían razón -- y la muchedumbre se disolvió. Momentos después volvieron los hombres de las alcantarillas y se llevaron a su compinche: arrastraba las piernas y aunque le hablaban no respondían.

Después de la noche, grupos de policías armados de revólveres y bayonetas se repartieron por la ciudad. iban mandados por oficiales y marchaban en filas de tres o cuatro hombres. las plazas de los edificios resacasaban claramente sobre el pavimento. Se veían en grupos de civiles en las calles, sobre todo donde un foco o un farol había desaparecido de las piedras; conversaban con calma y contaban cómo sucedió esto y aquello, cómo hubieron ante una carga o cómo le hicieron frente, cuánto tenían fueros volcados y cómo y cuántos y cuáles algunos fueros volcados. El motivo concluyó no tanto porque la gente sintiera apatía y en lugar de ir a comer cuanto porque el motivo de su salida de sus casas para ir a ver algunos faroles y también a destruir una poca tranca, no había gran cosa que hacer y no había por qué hacer más; no se trataba de una revolución. Al escuchar el resaca los cascos de los soldados sobre el pavimento algunos grupos se disolvían, desapareciendo los hombres por aquí y por allá, con gran rapidez, como si de pronto recordaran que tenían algo urgente que hacer; otros, menos tímidos, permanecían en el sitio, aunque callaban o cambiaban de conversación. El oficial al mando del grupo, con una voz que resultaba extraordinariamente audible después de las explosiones de la tarde, rogaba al grupo que se disolviera y los hombres se iban dispersando con lentitud, generalmente de a parejas; pero algunos permanecían en los lugares donde estaban:

¿Qué hacer en estado de sitio?

El oficial, siempre con voz audible, respondía:

de descomulgados. El herido fue llevado a una botica -- los boticarios
le dieron -- y le administraron los remedios. Después de algunos
días de las afecciones y se llevaron a los comitantes; afortunadamente
se curaron y algunos lo habrían respondido.

V

Avanzada la noche, piquetes de policías armados de carabinas y equipados para amanecerse empezaron a patrullar la ciudad. Iban mandados por oficiales y marchaban en filas de tres o cuatro hombres. Las pisadas de los animales resonaban claramente sobre el pavimento. Se veían aún grupos de civiles en las calles, sobre todo donde un foco o un farol había escapado a las piedras; conversaban con animación y contaban cómo sucedió esto y aquello, cómo huyeron ante una carga o cómo le hicieron frente, cuántos tranvías fueron volcados y cómo y cuántos y cuáles almacenes fueron saqueados. El motín concluyó no tanto porque la gente sintiera apetito y se fuera a su casa a comer cuanto porque el motivo que lo encendiera no daba para más: rotos algunos faroles y tumbados o destruidos unos pocos tranvías, no quedaba gran cosa que hacer y no había por qué hacer más; no se trataba de una revolución. Al escuchar ~~el~~ resonar los cascos de los caballos sobre el pavimento algunos grupos se disolvían, desapareciendo los hombres por aquí y por allá, con gran rapidez, como si de pronto recordaran que tenían algo urgente que hacer; otros, menos tímidos, permanecían en el sitio, aunque callaban o cambiaban de conversación. El oficial al mando del piquete, con una voz que resultaba extrañamente amable después de las cargas de la tarde, rogaba al grupo que se disolviera y los hombres accedían, alejándose con lentitud, generalmente de a parejas; pero algunos preguntaban, sin moverse de donde estaban:

--¿Estamos en estado de sitio?

El oficial, siempre con voz amable, respondía:

V

Avanzada la noche, piquetes de policías armados de carabinas y equipados para amancebarse empezaron a patrullar la ciudad. Iban mandados por oficiales y marchaban en filas de tres o cuatro hombres. Las plazas de los males resobaban claramente sobre el pavimento. Se veían aún grupos de ellas en las calles, sobre todo donde un foco o un farol había escapado las piedras; conversaban con animación y contaban cómo sucedió esto y aquello, cómo huieron ante una carga o cómo se hicieron frente, cuántas balas fueron voladas y cómo y cuántos y cuáles almacenes fueron saqueados. El motivo concluyó no tanto porque la gente sintiera apatía y se fuera a casa a comer cuanto porque el motivo que lo encendiera no daba para todos algunos faros y fumados o destruidos unos pocos tranvías.

Quedaba gran cosa que hacer y no había por qué hacer más; no se trataba de una revolución. Al escuchar el resonar los cascos de los caballos por el pavimento algunos grupos se disolvían, desapareciendo los hombres y por allí y por allá, con gran rapidez, como al de pronto recordaran que habían algo urgente que hacer; otros, menos tímidos, permanecían en el sitio, aunque callaban o cambiaban de conversación. El oficial al mando del piquete, con una voz que resultaba extraordinariamente amable después de las caricias de la tarde, rogaba al grupo que se disolviera y los hombres accedían, volviéndose con lentitud, generalmente de a parejas; pero algunas preguntaban, sin moverse de donde estaban:

--¿Estamos en estado de alzar?

El oficial, siempre con voz amable, respondía:

--No, pero hay orden de no permitir grupos en las calles.

A veces agregaba:

--Hay muchos maleantes.

El hombre protestaba entonces:

--No somos ladrones.

--No importa--decía el oficial, con una voz ya menos amable --. Les ruego retirarse.

Si el hombre agregaba cualquiera otra observación o protesta, el oficial avanzaba el caballo hacia el grupo. No tenía, tampoco, muchas reacciones verbales.

Pero nadie ofrecía resistencia. En cuanto a mí, vagaba de grupo en grupo y escuchaba las conversaciones, buscando otro cuando aquélla en que estaba se disolvía; se unían y se desunían con igual rapidez y no era raro encontrar en esta esquina a la mitad de los individuos que un momento antes estaban en aquélla. Aunque el motín se daba por concluido, mental y verbalmente continuaba. No hablaba; escuchaba nada más y sólo cuando en un grupo me miraron dos o tres veces, sorprendidos los hombres de que no dijera ni jota, me atreví a hacerlo y empecé a contar cómo había logrado escapar de la carga de la policía; pero un hombre me interrumpió y contó algo parecido a lo que yo iba a contar, con la diferencia de que él no había huído; su narración resultó entretenida y no me atreví a tomar de nuevo la palabra. Cerca de la media noche, vagando por aquí y por allá, me fui acercando al dormidero; estaba cansado y tenía hambre. Desemboqué en una avenida de doble calzada, en cuyo centro se abría el cauce de un estero -- era la avenida en que el compañero del hombre-cuchillo-mellado-pero-peligroso había herido al hombre-cuadrado-bueno-para-empujar-y-derribar --; aquel cauce estaba ahí quizá si desde que la tierra sudamericana se levantó del fondo de los mares o desde que el gran trozo de materia que hoy forma la luna fué arrebatado a nuestro planeta, dejando en él el hueco que el Pa-

--No, pero hay orden de no permitir grupos en las calles.

Voces estruendosas:

--Hay muchos maleantes.

El hombre protestaba entonces:

--No somos ladrones.

--No importa--decía el oficial, con una voz ya menos amable --. Les rue-

gustarse.

Al el hombre seguía cualquier otra observación o protesta, el ofi-

ci avanzaba el caballo hacia el grupo. No tenía, tampoco, muchas reser-

vas.

Pero nadie ofrecía resistencia. En cuanto a mí, vagaba de grupo en gru-

po escuchando las conversaciones, buscando otro cuando quedé en que esta-

se disolvía; se unían y se desunían con igual rapidez y no era raro en-

trar en esta escuela a la mitad de los individuos que un momento antes

estaban en ella. Aunque el motivo se daba por conocido, mental y ver-

balmente continuaba. No hablaba; escuchaba nada más y sólo cuando en un

momento me miraron dos o tres veces, sorprendidos los hombres de que no dije-

ni jota, me atreví a hacerle y empecé a contar cómo había ocurrido eso-

to de la carga de la policía; pero un hombre me interrumpió y contó algo

resido a lo que yo iba a contar, con la diferencia de que él no había

ido; su narración resultó entretenida y no me atreví a tomar de nuevo la

palabra. Cerca de la media noche, vagando por aquí y por allá, me fui acer-

cando al dormitorio; estaba cansado y tenía hambre. Desemboqué en una aveni-

da de doble calzada, en cuyo centro se alzaba el canchero de un estero -- era

avenida en que el compañero del hombre-cuchillo-cañado-pero-palillero

se había herido al hombre-cuchado-bueno-por-empujar-y-derribar --; aquel

que estaba ahí quizá al día de que la tierra sudamericana se levantó del

fondo de los mares o desde que el gran trozo de materia que hoy forma la

tierra fue arrojado al nuestro planeta, dejando en él el hueso que el pa-

céfico se apresuró a llenar; por él habían bajado y seguían bajando las aguas-lluvias de las quebradas vecinas y aunque en sus márgenes se levantaron casas, se trazaron y se hicieron avenidas, se plantaron árboles y se tendieron líneas de tranvías, continuaba abierto, sirviendo de morada a gatos, perros, ratones, pulgas, vagos, maleantes, mendigos, piosos, asesinos, que allí vivían y allí, a veces, morían, entre tarros vacíos, ~~trapos~~, trastos, cajones desarmados, montones de paja y de ramas, piedras, charcos de fango y animales muertos; el maleante que alcanzaba a llegar a sus orillas, techa-da a medias por alerones de concreto y se arrojaba en él, desaparecía como un conejillo en el sombrero de un prestidigitador; la policía no se atrevía a meterse allí, ya que el cauce parecía tener, o por lo menos así se decía, comunicaciones con el alcantarillado de la ciudad. Generaciones enteras de vagos habían surgido de aquel cauce; de las pocilgas en que nacían pasaban al cauce, del cauce a las aceras a pedir limosna o a robar, de allí a las comisarias y correccionales, de las comisarias y correccionales de nuevo al cauce, y del cauce, otra vez, a la cárcel, al hospital o al presidio o a la penitenciaría, a cumplir sentencias mayores. Por fin morían y algunos morían en el cauce.

Se veía poca gente por allí y avancé hacia la esquina que la avenida formaba con una calle ancha, empedrada con piedras de río, sacadas, quién sabe cuánto tiempo atrás, del milenario estero; tenía no más de una cuadra de largo y era llamada Pasaje Quillota, pasaje no sé por qué, ya que era una señora calle, llena de negocios de toda clase, cantinas y restoranes principalmente, que hervían de ~~muchísima~~ clientela desde la puesta del sol hasta mucho más allá de la media noche, y como si los negocios con patentes de primera, de segunda o de tercera categoría -- expendio de alcoholes -- fueran insuficientes, existían otros en las aceras y hasta en la calzada, ventas de frutas, de pescado frito, de arrollados, de empanadas fritas, de dulces, de refrescos, hasta de libros. Hombres y mujeres cubiertos de sucios delan-

...se apresuró a llenar; por él habían pasado y seguían pasando las
...lluvia de las pasadas, vecinas y ajenas en sus márgenes se levanta-
...se trazar y se hicieron avenidas, se plantaron árboles y se
...línea de tranvías, continuaba abierto, sirviendo de morada a ge-
...cos, perros, ratones, pulgas, vacas, maestros, mendigos, pichos, asati-
...nos, que allí vivían y allí, a veces, morían, entre tantos vientos, truenos,
...señales de tormenta, montañas de paja y de ramas, piedras, charcos de fango
...y animales muertos; el maizante que alcanzaba a llegar a sus orillas, hecho
...de media por alarones de concreto y se arrojaba en él, desaparecía como
...un conchillo en el sombrero de un prestidigitador; la policía no se creyó
...meterse allí, ya que el cauce parecía tener, o por lo menos así se decía,
...comunicaciones con el alcantarillado de la ciudad. Generaciones enteras de
...unos habían nacido de aquel cauce; de las pocilgas en que nacían pasaban
...al cauce, del cauce a las aceras a pedir limosna o a robar, de allí a las
...comisarias y correccionales, de las comisarias y correccionales de nuevo
...al cauce, y del cauce, otra vez, a la cárcel, al hospital o al presidio o
...a la penitenciaría, a cumplir sentencias mayores. Por fin morían y algunos
...morían en el cauce.
...se veía poco gente por allí y avancé hacia la esquina que la avenida
...formaba con una calle ancha, empedrada con piedras de río, sacadas, colón
...sabe cuánto tiempo atrás, del millenario estero; tenía no más de una cuadra
...de largo y era llamada Pasaje Cullota, pasaje no sé por qué, ya que era
...una señora calle, llena de negocios de toda clase, cantinas y restaurantes
...principalmente, que hervían de
...desde la puerta del sol hasta mu-
...no más allá de la media noche, y como si los negocios con patentes de pri-
...mera, de segunda o de tercera categoría -- expendio de alcohol -- fueran
...inabundantes, existían otros en las aceras y hasta en la calzada, ventas
...de frutas, de pasado frito, de atollos, de empanadas fritas, de dulces,
...de refrescos, hasta de libros. Hombres y mujeres andaban de aquí de allá

tales, fabricaban allí sus mercaderías o las recalentaban, ofreciéndolas después a grito pelado. La calle ascendía hacia el cerro y por ella pasaban, después de la puerta del sol, millares de personas, ya que el cerro era muy poblado y se comunicaba, además, con otro cerro, igualmente poblado. El obrero que entraba al pasaje, en viaje ^{hacia su} ~~hacia su~~ casa, y lograba llegar a su final sin detenerse y entrar a alguna cantina, podía felicitarse de haberse librado de la tentación; pero eran pocos los que llegaban a la esquina en que el pasaje doblaba y moría, y eran pocos porque los bares, con sus grandes pianos, sus enormes pianos ^{automáticos,} /que mostraban paisajes en en ^{se} que/veía salir y trasladarse el sol, la luna y las estrellas, caer saltos de agua y nadar cisnes y desfilar pálidos caballeros y enamoradas damiselas; sus interminables hileras de botellones en que resplandecían, iluminados por la luz de las ampolletas eléctricas, el morado vino y la ocre o rosácea chicha; sus camareras de toca y delantal blanco, que los parroquianos manoseaban a gusto y que solían aceptar tal cual brindis y tal y cual invitación para actos menos públicos que el de beber una copita, tenían una enorme fuerza atractiva. Por lo demás, ¿a quién le hace mal una cervecita, un traguito de chicha, un sorbito de vino o una buchadita de aguardiente? A nadie. Vamos, hombre, no sea así; un ratito y nos vamos; todavía es temprano. Sí, pero la señora está enferma. ¡Y qué! No se va a morir porque llegues una media hora más tarde. Es que le llevo unos remedios aquí. Después se los das. Mira, ahí está la que te gusta: la Meriquita. Está buena, ¿no? ¡qué hubo! ¡Cómo les va! ¿qué se habían hecho? Nada, pues, sufriendo por no verla. ¡Vaya! ¿qué les sirvo? Pasaba un paño sobre la mesa. La chicha está de mascarla; pura uva. Un doble será. . . Un doble, o sea, dos litros. Buen trago. Sírvasse usted primero, Meriquita. Miradas desde la calle, las cantinas, con sus barandillas de madera oscura, sus largos mesones, sus luces, sus decenas de mesas y sus centenares de sillas, parecían no tener fin y se podía entrar y estarse allí una noche entera be-

...allí sus mercederías o las recomendaban, ofreciéndolas
 después a cierto peñado. La calle ascendía hacia el centro y por ella pasa-
 ban, después de la puerta del sol, millares de personas, ya que el centro
 era muy poblado y se comunicaba, además, con otro centro, igualmente popu-
 lo. El obrero que entraba al pasaje, en viaje ~~hacia su~~ casa, y los que
 llegaban a su final sin detenerse y entrar a alguna cantina, podía felici-
 tarse de haberse librado de la tentación; pero eran pocos los que llegaban
 la esculina en que el pasaje doblaba y moría, y eran pocos porque los pa-
 ses, con sus grandes pianos, sus enormes pianos ^{automáticos} que mostraban paisajes
 en que veía salir y trasladarse al sol, la luna y las estrellas, cas-
 tillos de agua y nadar cianes y destellar pálidos caballeros y enamoradas
 amasadas; sus interminables hileras de botellones en que respiraban, su-
 mados por la luz de las ampolletas eléctricas, el morado vino y la
 rosa o rosas chicha; sus camareras de tocas y delantal blanco, que los pe-
 ñolinos manoseaban a gusto y que solían aceptar tal cual brindis y tal
 cual invitación para actos menos públicos que el de beber una copita, to-
 man una enorme fuerza atractiva. Por lo demás, ¿quién le hace mal una
 chicha, un trinito de chicha, un sorbito de vino o una probadita de
 aguardiente? A nadie. Vamon, hombre, no sea así; un ratito y nos vamos; to-
 mada es temprano. Si, pero la señora está enferma. ¡Y qué! No se va a mo-
 rir porque liques una media hora más tarde. Es que se lió unos remedios
 mí. Después se los das. Mira, así está la que te guata: la Mercurita.
 ¿Es buena, ¿no? ¡Qué bueno! ¿Cómo las vas a haber hecho? Nada, gran-
 dirando por no verla. ¡Vaya! ¿Qué las sirvo? Pasa un poco sobre la me-
 sa. La chicha está de masacria; pura uva. Un doble será. . . Un doble, o
 dos litros. Buen trago. Sirvase usted primero, Mercurita. Miradas des-
 la calle, las cantinas, con sus batallas de mesas oscuras, sus lar-
 gas mesas, sus luces, sus decenas de mesas y sus centenares de sillas,
 no se podía entrar y catarse allí una noche entera pe-

biendo y al día siguiente y al subsiguiente y una semana y un mes y un año, perderse o enterrarse allí para siempre, sin que jamás se lograra terminar con el vino, la chicha, la cerveza, el aguardiente, las cebollas en vinagre, los emparedados, las ensaladas de patas de chanco con cebolla picada muy fina y con mucho ají, oh, con mucho, con hartó ají, que es bueno para el hígado; y algunos hombres salían a la calle con una terrible cara, una cara como de parricida convicto y confeso: se había acabado el dinero a media borrachera; y otros, riendo a carcajadas e hipando entre risa y risa, y ese, vomitando junto al brasero en que el comerciante de la acera recalienta por vigésima vez las presas de pescado -- "no me vaya a ensuciar la mercadería, señor" --, y aquél, meando cerveza durante cuartos de hora, y éste, sin saber dónde está ni para dónde ir ni de dónde viene, la mirada perdida, los pantalones caídos, la camisa afuera, y el de más allá, serio, reconcentrado, mirando el suelo, como preocupado de un grave problema, pero sin moverse, y otros peleando a bofetadas, derribando los canastos con peras y los mesones con arrollados -- "¡qué les pasa, mierda!, vayan a pelear a otra parte" --. El día sábado no se podía andar por allí, de tal modo había gente, gente adentro, gente afuera, gente que pasaba o que esperaba al amigo, a la mujer o a alguien que convidara. Aquella noche no era noche de sábado, pero era noche y la calle estaba bastante concurrida. Suedió algo que podía haberse esperado, aunque resultó extraño: muchos de los que tomaron parte en el motín, rompiendo faros, les o tumbando y destrozando tranvías, o solamente gritando muertas o vivas, fueron a parar allí; la excitación sufrida les impidió retirarse a sus casas; era un día extraordinario, un día de pelea, diferente a los otros, rutinarios, en que sólo se trabaja, y era necesario comentarlo y quizás celebrarlo. Tengo mucha sed y no me vendría mal un vasito de cerveza, o, mejor, de chicha. ¿Tiene sandwiches? Sí, uno de lomo y otro de arrallado; sí, con ajíuito. Era fácil entrar; lo difícil era salir, excepto si se acababa el dinero o lo echaban a uno a la calle por demasiado borracho; pero esta-

... y al día siguiente y una semana y un mes y un
 ... perdidos o enterrados allí para siempre, sin que jamás se los
 ... con el vino, la cerveza, el aguardiente, y las botellas
 ... los empujados, las empujadas de patas de chancho con botella
 ... muy fina y con mucho ajo, con, con mucho, con tanto ajo, que es bueno
 ... el hígado; y algunos hombres salían a la calle con una terrible ca-
 ... una cara como de patricio convulso y confuso; se había acabado el di-
 ... a media porquería; y otros, riendo a carcajadas e hipando entre ri-
 ... y risas, y ese, vomitando junto al presero en que el conserje de la
 ... era resaca por vigésima vez las presas de pescado -- "no me voy a
 ... a meter la metería, señor" --, y agachado, cuando cerrea durante cuantos
 ... hora, y éste, sin saber dónde está ni para dónde ir ni de dónde viene,
 ... miraba perdida, las pantalones caídos, la camisa afuera, y el de más
 ... lá, serio, reconcentrado, mirando el suelo, como preocupado de un grave
 ... problemas, pero sin moverse, y otros pelando a potetadas, horri-
 ... do los ganatos con patas y los mesones con arrollados -- "¡qué las pa-
 ... mierda! voy a pelear a otra parte" --. El día sábado no se podía en-
 ... por allí, de tal modo había gente, gente agitando, gente riendo, gente
 ... a pasaba o que esperaba al amigo, a la mujer o a alguien que convidara.
 ... Aquella noche no era noche de sábado, pero era noche y la calle estaba
 ... tante concurrida. Sucedió algo que podía haberse esperado, aunque remi-
 ... extraño: muchos de los que tomaron parte en el motín, rompiendo faro-
 ... o tirando y destruyendo trastos, o solamente gritando muera o viva,
 ... ron a parar allí; la excitación sacaba las latidumbre reprimidas a sus co-
 ... era un día extraordinario, un día de pases, diferente a los otros, mu-
 ... rados, en que sólo se trabaja, y era necesario comentarlo y discutirlo
 ...arlo. Tengo mucha sed y no me vendría mal un vasito de cerveza, o, me-
 ... de chicha. Tiene sandwicheas? Sí, uno de lomo y otro de arrollado; sí,
 ... elástico. Era fácil entrar; lo difícil era salir, excepto si se echaba
 ... dinero o lo echaban a uno a la calle por demasiado borracho; pero esta-

mos entre amigos y tengo plata; sírvase, compañero; no me desprecie; otro doble y nos vamos. Estuvo buena la pelea, ¿no es cierto? El mesonero, de gorro blanco, gordo y muy serio, ayudado por varios muchachos, llenaba sin cesar vasos de cerveza, de vino, de chicha, de ponche, hacía sandwiches o preparaba ensaladas que los clientes engullían con aterradora velocidad. Se percibía un olor a vinagre, un olor ardiente y picante que hería ~~muñía~~ ^{salía} las mucosas y que ~~murmuraban~~ hasta la calle, en donde provocaba excitaciones casi irresistibles. Sonaba el piano, hablaban los hombres, gritaban las camareras y un humo denso llenaba todo el local; puchos en el suelo, escupitajos en el suelo, sombreros en el suelo, aserrín, trozos de pan, pellejos de embutidos; algún perro, pequeño y peludo, vagaba entre las mesas. Siempre, adentro o afuera, ocurrían riñas, sonaban gritos destemplados o estropajosos y se veían bocas desdentadas, ojos magullados y camisas destrozadas y con manchas de vino o de sangre. Otras veces, un par de más en

--¡Pégale, pégale! atrás, ridículos con chaquetas con botones dorados e

--¡Déjelos que peleen solos! económicos, que se eran botas sino simples

Aquella noche los hombres, excitados primero por el motín y luego por el alcohol, salían de las cantinas a la calle, a toda presión, llevándose todo por delante y dejando escapar tremendas palabras. ¡Qué se han creído estos policías tales por cuales! ¡Viva, mierda! ¡Abajo los verdugos del pueblo! Nunca faltaban por allí dos o tres policías, que no tomaban presos sino a ~~murmillos~~ que ya era imposible soportar, a los que peleaban o a los que destrozaban los frágiles establecimientos de los vendedores callejeros; a los demás les acompañaban a veces hasta la esquina, aconsejándoles cómo debían irse y por dónde. Váyase derechito y no se pare por ahí. Bueno, mi sargento, murmuraba tiernamente el borracho, obedeciendo a ese impulso que hace que el que se siente un poco culpable tienda a subir de grado al policía que le habla. No era raro el caso del carabinero que regresaba de su turno como una cuba. La gente había estado generosa. Oiga,

entre amigos y tanto plata; vivase, coméjese; no me desprecie; otro
 y nos vamos. Estuvo buena la pelea, pero se dio el mesonero, de
 otro plano, gordo y muy serio, ayudado por varios muchachos, llenos sin
 r vasos de cerveza, de vino, de chicha, de ponche, hasta sanduche o
 garbapane ensaladas que los clientes engullian con aterradora velocidad.
 percibí un olor a vinagre, un olor ardiente y pizante que había
 salido
 a mullones y que ~~manaban~~ hasta la calle, en donde provocaba excitacio-
 n casi irresistible. Sonaba el piano, hablaban los hombres, gritaban
 a camareras y un humo denso llenaba todo el local; puchos en el suelo,
 copitos en el suelo, sombreros en el suelo, aserrín, trozos de pan,
 llojos de empuchidos; algún perro, pequeño y peludo, vagaba entre las me-
 a. Siempre, dentro o afuera, ocurrían riñas, sonaban gritos bestempla-
 s o estropajosos y se veían bocas desdentadas, ojos magullados y camisas
 atrozadas y con manchas de vino o de sangre.

--¡Pégale, pégale!

--¡Déjelo que pelea solito!

Aquella noche los hombres, excitados primero por el motín y luego por
 alcohol, salían de las cantinas a la calle, a toda presión, llevándose
 no por delante y dejando escapar tremendas palabras. ¡Qué se han creído
 los policías tales por cuales! ¡Vive, mirad! ¡Abajo los verdugos del
 diol! Nunca faltaban por allí dos o tres policías, que no tomaban pre-
 sión a ~~manejos~~ que ya era imposible soportar, a los que peleaban o
 que destruyaban los frágiles establecimientos de los vendedores calle-
 ros; a los demás les acompañaban a veces hasta la esquina, aconsejándo-
 s como debían irse y por dónde. Véase derecho y no se pare por ahí.
 no, mi sargento, murmuraba tímidamente el portero, obedeciendo a las
 pulso que hace que el que se asienta un poco culpable tienda a salir de
 no el policía que le habla. No era raro el caso del escribano que re-
 saba de su turno como una arpa. La gente habla estado generosa. Oiga,

mi cabo -- decía el borracho, en voz baja --; venga a tomarse un traguito. El policía, después de mirar hacia todas partes y de pasarse nerviosamente los dedos por el bigote, accedía, echándose al colete su cuarto ó su medio litro de ~~minim~~ licor, fuese el que fuese y de un trago. Tres o cuatro invitaciones y luego la suspensión o la noche de calabozo. No estoy ebrio, ~~lo~~ mi teniente -- aseguraba el infeliz, que apenas podía abrir los ojos. Echame el aliento. El oficial retrocedía, casi desmayándose. ¡Al calabozo, carajo! Vienes más borracho que un piojo!

Esa noche fué diferente. La pelea había sido contra la policía, que cargó con dureza, hirió a algunos y detuvo a muchos, y los borrachos, a pesar de su tendencia a contemporizar y ser magnánimos, no lo olvidaban; algunos de ellos, incluso, habían recibido tal cual palo o gateado entre las patas de los caballos; y allí estaban ahora los odiados policías de toda la vida: sus ropas de color verdeo eran más feas que otras veces, sus quepis más antipáticos que un día atrás, ridículas sus chaquetas con botones dorados e irritantes sus botas de ~~masi~~ demasiado económicas, que no eran botas sino simples polainas. Un borracho metió sus puños bajo las narices del policía y gritó, llenando de vinosa saliva la cara del representante de la ley, los más atroces denuestos contra el cuerpo de policía y sus semejantes y parientes, y exasperado por la tranquilidad del cuidador del orden público, que se encontraba solo en ese momento, le dió un vigoroso empujón, como para animarlo. El policía retrocedió unos pasos y llamó al orden al exaltado; pero lo mismo habría sido pedirle que cantara La Palomita; el borracho, excitado por otros y aprovechando la oportunidad de ser ellos varios y uno solo el agente, volvió a empujarlo, a lo cual el representante de la autoridad contestó sacando un pito y pidiendo auxilio. El otro policía, estacionado en la esquina del pasaje que daba al cerro, acudió, y el borracho, que arremetió entonces contra los dos, recibió en la cabeza un palo que le bañó de sangre la cara, siendo además, ante la sorpresa de sus compinches, llevado preso.

...desde el porche, en voz baja -- venga a tomarse un traguito.
policia, después de mirar hacia todas partes y de pasarse nerviosamente
la lengua por el bigote, accedió, condesciéndole al café en un medio
no de mala gana, fuese el que fuese y de un trazo. Tres o cuatro invi-
ciones y luego la suspensión o la noche de calabozo. No estoy seguro.
teniente -- aseguraba el infeliz, que apenas podía abrir los ojos. Reha-
el silencio. El oficial retrocedía, casi desmayándose. ¡Al calabozo, ca-
del Viena más horrible que un pijo!
...esa noche fue diferente. La policía había sido contra la policía, que cor-
con fuerza, hizo a algunos y detuvo a muchos, y los porches, a pasar
su tendencia a contemporizar y ser magnánimos, no lo olvidaban; algunos
ellos, incluso, habían recibido tal cual palo o galleta entre las patas
los asaltos; y allí estaban ahora los odiados policías de toda la vida:
a ropas de color verdoso eran más feas que otras veces, sus pupilas más an-
policia que en las otras, ridículas sus chaquetas con botones dorados a
tantes sus botas de masado económicas, que no eran botas sino limpias
lunas. Un porroño notó sus puños bajo las mangas del policía y gritó,
ando de vinosa saliva la cara del representante de la ley, los más atro-
a denuestos contra el cuerpo de policía y sus semejantes y parientes, y
asurado por la tranquilidad del cuidador del orden público, que se encon-
aba solo en ese momento, le dio un vigoroso empujón, como para animarlo.
policia retrocedió unos pasos y llamó al orden al exaltado; pero lo mis-
habría sido pedirle que cantara La Palmita; el porroño, exaltado por
nos y aprovechando la oportunidad de ser ellos varios y uno solo el agen-
volvía a empujarlo, a lo cual el representante de la autoridad contra-
acando un pito y pidiendo auxilio. El otro policía, emocionado en la
punta del pasaje que daba al cerro, accedió, y el porroño, que arremetió
lunas contra los dos, recibió en la espalda un palo que le dejó la sangre
cora, siendo además, ante la sorpresa de sus compañeros, llevado preso.

La noticia corrió por las aceras y las cantinas: ¡La policía ha pegado a un hombre y lo ha llevado detenido! La comisaría estaba a unas dos cuerdas de distancia y los policías regresaron luego, acompañados de un piquete de a caballo. ¡A ver: quiénes son los guapos! Los guapos eran decenas: el alcohol llenaba a los hombres de una euforia incontenible y de un valor irreflexivo que les hacía despreciar la comisaría, los palos, los sables, los caballos y sus jinetes. ¡Soy roto chileno, mierda, y nadie me viene a entrar el habla, mucho menos un policía mugriento como tú! ¡Pégame, carajo! ¡Aquí tienes un pecho de hombre! Se abrían a tirones la camisa, haciendo saltar los botones y desgarrando los ojales, mientras adelantaban el velludo pecho. La policía, que agotó de una vez sus recursos y reacciones verbales, se mostró menos heroica: cogió a los hombres y se los llevó a tiros, les pegó cuando se defendían, los arrastró cuando se resistían y los entregó, finalmente, a los policías de a caballo, que los tomaron de las muñecas y se los llevaron, casi en el aire, al galope; los borrachos tropezaban en las piedras y aullaban al sentir que sus axilas estaban próximas a desgarrarse, que sus pantalones caían y que sus demás ropas eran destrozadas. Los mesoneros y las camareras salieron a la calle y las cantinas quedaron vacías. Los comerciantes de las aceras, hombres prudentes a pesar de su escaso capital, levantaron sus establecimientos. El porvenir no era claro para el comercio minorista.

Yo comía mi presa de pescado y miraba. Tenía hambre y la edad del pez de que provenía la presa me era indiferente, aunque tal vez habría logrado sorprenderme ^{el} ~~mi~~ saberla. La habría comido, sin embargo, aun en el caso de que se me hubiese probado que la pescada era originaria del Mar Rojo y contemporánea de Jonás. Olía, de seguro, de un modo espantoso, pero ¿a dónde irían a parar los pobres si se les ocurriera tener un olfato demasiado sensible? La miseria y el hambre no tienen olfato, más aun, el olfato estorba al hambriento. La corteza, es la palabra más exacta, que la recu-

La noticia le llegó por las aceras y las cantinas; la policía ha pasado
el hombre y lo ha llevado detenido: la comedia estaba a punto de con-
cluir de distancia y las policías regresaron luego, acompañados de un pique-
re a caballo. La vez que ellos fueron los que los guapos eran de color:
alcohol llenaba a los hombres de una euforia instantánea y de un valor
reflexivo que les hacía despreciar la comisaría, los países, los asilos,
caballos y sus jinetes. ¡Bey todo chileno, miéndo, y nadie me viene a
ver el habla, mucho menos un policía tratando como tú! ¡Póngame, carajo!
mi tienen un poco de hombre! Se abren a tirarse la camisa, haciendo
con los botones y desgranando los ojos, mientras adelantaban el velo-
pecho. La policía, que agotó de una vez sus nervios y razones verba-
les. Se mostró menos barba: cogió a los hombres y se los llevó a tiro-
les pagó cuando se defendían, los arrastró cuando se resistían y los
regó, finalmente, a los policías de a caballo, que los tomaron de las
codos y se los llevaron, casi en el aire, al galopar los corceles pro-
aban en las piedras y aullaban al sentir que sus axilas estaban próxi-
a desgarrarse, que sus pantalones caían y que sus demás ropas eran des-
radas. Los masoneros y las camareras salieron a la calle y las cantinas
abrieron vasos. Los comerciantes de las aceras, hombres prudentes a pesar
de su aspecto capital, levantaron sus establimientos. El porvenir no era
para el comercio minorista. La noticia le llegó a todos.
Yo comía mi presa de pescado y miraba. Tenía hambre y la edad del pez
que provenía la presa me era indiferente, aunque tal vez habría logrado
entenderme ^{el} mi asberia. La había comido, sin embargo, aun en el caso de
que me hubiese probado que la pesca era original del Marrojo y con-
tados de Jonás. Ojalá, de seguro, de un modo espontáneo, pero ya dónde
fueran a parar los pobres si se les ocurriera tener un oficio demas-
adado. La miseria y el hambre no tienen oficio, más aun, el oficio
debe al hambriento. La corteza, es la palabra más exacta, que la pesa-

bría, sonaba entre los dientes como la valva de un molusco y no tenía semejanza alguna con el perfumado y tierno batido de pan rallado y huevo con que las manos de mi madre envolvían, en un tiempo que ya me parecía muy lejano, otras presas de pescado o de carne. No obstante, aquella calidad resultaba agradable para mis dientes, que sentían y transmitían la sensación de un masticamiento vigoroso. Me la comía, pues, parado en la esquina. Estaba caliente y desprendía un vahecillo que me entraba por las narices y me las dilataba como las de un perro. La presa se abría en torrejitas que mostraban gran propensión a desmigajarse, como aburridas ya de pertenecer a un todo que demoraba tanto tiempo en desintegrarse. Al darle el bocado, y para evitar que se perdiera algo, echaba la cabeza hacia atrás, de modo que lo que cayera no se librara de mis fauces. Cada trocito era un tesoro inestimable. Me habría comido diez o veinte presas y sólo tenía dinero para una y un panecillo. Estaba hambriento y comía y miraba. El pescadero, que parecía hecho de un material semejante al de la presa, me había dado, junto con ella, un trozo de papel que me servía para tomarla, evitando así ensuciarme las manos, ya que la presa rezumaba un líquido oleaginoso de dudoso origen. Comía y miraba.

--¿Qué le parece! -- dijo el pescadero, cuando el palo del policía rebotó contra la cabeza del borracho, quebrándose con la violencia del golpe --. Otras noches aceptan todo lo que les dan de beber, sin mirar lo que es y con tal de que no sea parafina; pero hoy los caballeros están de mal humor. . .

Terminé de comer mi presa de pescado y arrojé al suelo el pedazo de papel, limpiándome después los dedos en los pantalones; aquel aceite era capaz de atravesar no sólo una hoja de papel sino que hasta las planchas de la amura de babor de un acorazado.

Ignoro qué me llevó, a última hora, a meterme en aquella pelea de perros, pues no otra cosa parecía, pero fui sintiendo, de a poco, un desaso-

...sonaba entre los dientes como la vaiva de un molinero y no tenía se-
...alguna alguna con el perturbado y tierno patido de pan rallado y nuevo con
...las manos de mi madre envolvían, en un tiempo que ya me parecía muy
...otras presas de pescado o de carne. No obstante, aquella calidad
...para mis dientes, que sentían y transmitían la sensación
...un masticamiento vigoroso. Me la comía, pues, parado en la esquina. Pa-
...y desprendía un vahorcillo que me entraba por las narices y
...las difataba como las de un perro. La presa se abría en torrijas que
...estaban gran propensión a desmigajarse, como aburridas ya de pertenecer
...un todo que demoraba tanto tiempo en desintegrarse. Al darle el bocado,
...para evitar que se perdiera algo, echaba la cabeza hacia atrás, de modo
...lo que cayera no se librara de mis fauces. Cada trocito era un tesoro
...estimable. Me habría comido diez o veinte presas y sólo tenía dinero pa-
...una y un panecillo. Estaba hambriento y comía y miraba. El pescadero,
...parecía hecho de un material semejante al de la presa, me había dado
...un trozo de papel que me servía para tomarla, evitando así
...las manos, ya que la presa resumaba un líquido oleaginoso de du-
...origen. Comía y miraba.
...-- ¡qué le parece! -- dijo el pescadero, cuando el palo del policía re-
...contra la cabeza del borracho, quebrándose con la violencia del golpe
...Otras noches aceptan todo lo que les dan de beber, sin mirar lo que es
...con tal de que no sea parafina; pero hoy los caballeros están de mal hu-
...Terminé de comer mi presa de pescado y arrojé el hueso al pedazo de pa-
...limpiándome después los dedos en los pantalones; aquel aceite era ca-
...no sólo una hoja de papel sino que había las planchas de
...saura de vapor de un cocinado.
...¿qué me llevé, a última hora, a meterme en aquella pieza de pe-
...Pues no otra cosa parecía, pero fui sintiendo, de a poco, un dano-

siego muy grande y una ira más grande aun contra la brutalidad que se cometía. Un borracho se había portado de modo insolente y talvez había merecido lo que se le dió, pero eso no era bastante motivo para que todos los demás fuesen tratados de igual modo. Los policías, ya deshumanizados, como los boticarios, aunque con un palo en la mano -- era una deshumanización de otro orden --, procedían mecánicamente, tomando a los hombres por las muñecas, retorciéndoles los brazos, pegándoles cuando se resistían a marchar y entregándolos en seguida a los policías montados, que partían al galope, arrastrando al hombre. Decidíirme: aquello terminaría mal para alguien o para todos. Uno de los hombres, no bastante ebrio, pero excitado, al ser tomado sacó una herramienta, un formón quizá un desatornillador; fué abofeteado y apaleado. Y los policías no esperaban ya la provocación de los borrachos: recorrían la calle de arriba a abajo y entraban a empujones en los grupos, apartando a los hombres violentamente; una queja, una protesta, una mirada bastaban y el hombre era llevado hacia la esquina. Todo había sido provocado por el empujón que un borracho dió a un policía.

Empecé a atravesar la avenida. Sentía que los puños se me cerraban y se abrían espasmódicamente, fuera de mi control. Cuando iba justamente en mitad de una de las calzadas, sentí un griterío; me di vuelta: dos policías a caballo llevaban a un hombre. Lo miré: le habían golpeado o había caído y su cara estaba llena de sangre. Mecánicamente también, sin pensar en lo que hacía, terminadas todas mis reacciones mentales, me incliné, recogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas hacia uno de los policías. Ví que el hombre soltaba al borracho y vacilaba sobre su caballo. Huí. Al llegar a la acera me detuve y miré hacia atrás. No pude ver nada: un dolor terrible me cruzó la espalda. Me di vuelta de nuevo: ante mí, con el brillante sable desenvainado, se erguía un agente de policía. ¿De dónde había salido? Nunca lo supe, a pesar de que el cauce estaba ^a menos de veinte metros de distancia.

... muy grande y una vez más grande aun contra la brutalidad que se com-
 ... Un portero se había portado de modo insolente y tal vez había molestado
 ... pero eso no era bastante motivo para que todos los de-
 ... fueran tratados de igual modo. Los policías, ya deshumanizados, como
 ... los policas, aunque con un pelo en la mano -- era una deshumanización de
 ... orden --, procedían mecánicamente, tomando a los hombres por las mu-
 ... retorcidos los brazos, pegándoles cuando se resistían a marchar
 ... entregándolos en seguida a los policías montados, que partían al galope,
 ... trasando al hombre. Decidí firme: aquello terminaría mal para alguien o
 ... ara todos. Uno de los hombres, no bastante ebrio, pero excitado, al ser
 ... cado sacó una herramienta, un formón más un destornillador; fue abo-
 ... estado y apalado. Y los policías no esperaban ya la provocación de los
 ... corchos: recorrieron la calle de arriba a abajo y entraban a empujones en
 ... grupos, apartando a los hombres violentamente; dos cuéjles, una protes-
 ... una mirada bataban y el hombre era llevado hacia la esquina. Todo ha-
 ... sido provocado por el empujón que un portero dió a un policía.
 ... Espérese a atravesar la avenida. Sentía que los puños se me cerraban y
 ... a batían espasmodicamente, fuera de mi control. Cuando iba justamente en
 ... lad de una de las calzadas, sentí un griterío; me di vuelta: los policías
 ... caballo llevaban a un hombre. Lo miré: le habían golpeado o había caído
 ... una cara estaba llena de sangre. Mecánicamente también, sin pensar en lo
 ... me había, terminadas todas mis reacciones mentales, me incliné, reco-
 ... na piedra y la lancé con todas mis fuerzas hacia uno de los policías. Vi
 ... el hombre soltó al portero y vacilaba sobre su caballo. Hui. Al lle-
 ... ar a la acera me detuve y miré hacia atrás. No pude ver nada: un dolor te-
 ... rible me cruzó la espalda. Me di vuelta de nuevo: ante mí, con el brillan-
 ... table desmenuzado, se erguía un agente de policía. ¿De dónde había sa-
 ... los nunca lo supe, a pesar de que el cauce estaba menos de veinte metros
 ... distancia.

VI

Fuí llevado preso, no sin que el policía me diese dos tirones para obligarme a caminar. Me sentía rabioso, pero mi conciencia estaba ⁱⁿtranquila y accedí a marchar. No hablamos durante el trayecto y cuando él lo hizo fué para renegar desabridamente contra los revoltosos, que tanto trabajo daban. No supe qué contestarle; por lo demás, no esperaba respuesta. Por sus palabras me di cuenta de que no me había visto arrojar la piedra; procedió a detenerme sólo porque me vió correr. Era un motivo ~~fútil~~, pero todos los motivos podían ser buenos aquella noche. Se trataba de un hombre bajo y esmirriado; durante el camino pensé en desasirme y huir --me llevaba tomado de una boca ~~manga~~, afirmados los dedos en los botones --, pero recordé que era día de motín y noche de manos libres y me contuve. ¿Si le diera un puñetazo en el pecho y lo tumbara? Es enclenque y caerá como un saco mientras desaparezco; pero ¿y si no le doy bien y resiste? De seguro, va armado de un revólver; si no me ha visto tirar la piedra no tendrá cargo en ~~mi contra~~ mi contra y seré puesto en libertad; aquí está el cauce, un salto y si te he visto no me acuerdo, pero no lo conozco y no sé dónde caeré, si en un charco de agua, encima de un perro muerto o en un hoyo, donde me quebraré un brazo o me saltaré los dientes. Desistí. A lo lejos se oía el griterío de los hombres y el correr de los caballos. Por segunda vez en mi vida iba a entrar ~~y~~ detenido a una comisaría, ahora sin madre y sin que a mi lado y detrás estuviese ella, mi padre, mi casa, mis hermanos. La comisaría, situada en la falda de un cerro y pintada por fuera de blanco y verde, era una comisaría igual a todas, mal alumbrada,

VI

...fui llevado preso, no sin que el policía me diese dos golpes para
...a caminar. Me sentía rabioso, pero mi conciencia estaba tranquila.
...y accedí a marchar. Me habíamos durante el trayecto y cuando él lo vi-
...para tener desahogado contra las revoluciones, que tanto traba-
...daban. No supe qué contestarle; por lo demás, no esperaba respuesta.
...me habías me di cuenta de que no me había visto arrojar la piedra;
...ocedió a testamento sólo porque me vió correr. Era un motivo *fehler*, pero
...los motivos podían ser buenos aquella noche. Se trataba de un hom-
...bajo y amirado; durante el camino pensé en desahogar y huir -- me
...había tomado de una bocanada, afirmados los dados en los botones --
...to recordé que era día de mala y noche de malos libros y me contuve.
...le diere un puñetazo en el pecho y lo tumbara? Es enloquecer y caer
...no un saco mientras desapareces; pero ¿y si no lo doy bien y resalto?
...seguro, va armado de un revólver; si no me ha visto tirar la piedra no
...qué cargo en mí contra y será presto en libertad; aquí está
...cane, un salto y estáte me visto no me acuerdo, pero no lo conocí y
...se dónde caeré, si en un charco de agua, encima de un perro muerto o
...un hoyo, donde me cubriré un plazo o me saltaré los dientes. Testa-
...lo lejos es oír el grito de los hombres y el correr de los caballos.
...segunda vez en mi vida iba a entrar a la comisaría, ahora
...madre y sin que a mi lado y detrás estuviera ella; mi padre, mi casa,
...hermanos. La comisaría, situada en la falda de un cerro y pintada por
...de blanco y verde, era una comisaría igual a todas, mal iluminada,

con olor a orines y a caballos, rejas de hierro y pavimento desigual. En la sala de guardia se me tomó el nombre, se preguntó al policía por qué me traía -- desorden, aseguró -- y fui pasado al calabozo. No tuve oportunidad ni tiempo para decir nada, para defenderme o para pedir que se me dijera en qué forma había cometido desorden; era un detenido y eso era suficiente. "Irás con parte al juzgado", dijo el oficial, rubio y rosado, pero sucio, de piel grasienta, con un bigote descompuesto y sin gracia, un poco húmedo. El policía del sable desapareció y fui entregado a otro, que me dijo: "por aquí", como si me fuera a introducir en una sala de recepciones. El patio que se extendía detrás de la reja era amplio y rodeado de altas murallas; en sus márgenes se adivinaban algunos calabozos con puertas de madera, que impedían ver quiénes estaban dentro. Fui metido en uno con puerta de reja, iluminado por una débil ampolleta pegada al techo. Había esperado que la comisaría estuviese llena de todos los hombres traídos del pasaje, pero quizá estaban en aquellos calabozos cerrados, de donde salían gritos vacilantes y una que otra voz firme que gritaba algo contra alguien o contra algo. Aquel en el que fui introducido por el policía, que me dijo de nuevo "por aquí", estaba ocupado por una sola persona, que yacía en el suelo, casi en el centro, los pantalones caídos y enredados en las piernas y el trasero y las nalgas al aire; roncaba como si estuviese en su cama. Era, sin duda, uno de los borrachos traídos del pasaje y digo que era uno de los borrachos porque sólo un hombre en estado de embriaguez, y de profunda embriaguez, habría hecho lo que aquel: encerrado allí sintió, por lo visto, deseos de defecar, pero borracho como estaba, no logró advertir que en un rincón del calabozo, que era bastante amplio, había excusado, y no viéndolo y urgido por su deseo optó por desahogarse en el suelo y así lo hizo, abundantemente, quedándose luego dormido sobre sus laureles, encima de los cuales, finalmente, se sentó; sentado, buscó mayor comodidad y se tendió de lado para dormir. Su trasero y sus nalgas se veían cubiertas

En olor a orina y a caballo, rejas de hierro y pavimento desigual. En la sala de guardia se me tomó el nombre, se preguntó al policía por qué traía -- desorden, aseguré -- y fui pasado al calabozo. No tuve oportunidad ni tiempo para decir nada, para defenderme o para pedir que se me dejara en qué forma había cometido desorden; era un detenido y eso era suficiente. "Trá con parte al juzgado", dijo el oficial, rubio y rosado, pelo anillo, de piel grisenta, con un bigote descompuesto y sin gracia, un poco hémido. El policía del asilo desapareció y fui entregado a otro, que dijo: "por aquí", como si me fuera a introducir en una sala de recepción. El patio que se extendía detrás de la reja era amplio y rodeado de las murallas; en sus márgenes se adivinaban algunos calabozos con puertas macizas, que impedían ver quiénes estaban dentro. Fui metido en uno con reja de reja, iluminado por una débil ampollita pegada al techo. Había pasado que la comisaría estuviese llena de todos los hombres traídos del juzgado, pero quizás estaban en aquellos calabozos cerrados, de donde salían ruidos vasculares y una que otra voz firme que gritaba algo contra alguien contra algo. Aquel en el que fui introducido por el policía, que me dijo de nuevo "por aquí", estaba ocupado por una sola persona, que yacía en el suelo, casi en el centro, los pantalones caídos y enredados en las piernas y el trasero y las nalgas al aire; ronchaba como si estuviese en un cama, sin duda, uno de los portachos traídos del pasaje y digo que era uno de los portachos porque sólo un hombre en estado de embriaguez, y de profunda embriaguez, habría hecho lo que aquel: encerrado allí atado, por visto, deseos de defecar, pero portacho como estaba, no logró advertir que en un rincón del calabozo, que era bastante amplio, había excremento y no viéndolo y urgió por su deseo opú por desahogarse en el suelo y lo hizo, abundantemente, quedándose luego dormido sobre sus laureles, como de los cuales, finalmente, se sentó; sentido, buscó mayor comodidad se tendió de lado para dormir. Su trasero y sus nalgas se veían cubiertas

de excremento.

El ~~hedor~~ era horrible. El excusado, como de comisaría, no olía a nada soportable y el excremento del borracho hedía como diez mil excusados juntos y algo más. El olor, cosa curiosa, recordaba el que las cantinas del pasaje producían y arrojaban sin cesar hacia la calle, ese olor vinagre, como de cebollas en escabeche y vino fuerte, un olor picante que hería las mucosas. El borracho lo había ~~traído~~ consigo; pero si aquél hería, éste desgarraba; estaba refinado.

Sentía que me rodeaba una gran soledad y el hombre tendido en el suelo contribuía a aumentarla: no me parecía un hombre sino un animal, menos que un animal, una bestia, menos que una bestia, no sé qué. Pensé, sin embargo, que, salvo el ~~hedor~~, aquello era lo mejor que podía ocurrirme; porque ¿qué habría hecho si lo hubiese encontrado borracho y despierto? ¿Qué me habría dicho y qué habría podido contestarle? Pensé también que de haberle visto unas horas antes, en el motín, me hubiese parecido, viéndole correr o ejecutar alguna acción ágil o apasionada, un ser lleno de simpatía y de fuerza, quizá si valiente. Ahora, embargada su alma por el alcohol, era sólo una bestia hedionda y allí yacía también en soledad, una soledad sumergida en la mierda. Las cantinas, continuarían abiertas, con sus grandes pianos, sus camareras, sus centenares de botellones de morado vino o de rosada chicha y aquí estaba el fruto de ellas, tendido en el suelo, con el trasero al aire. ~~Noté que hacía lo posible, ahora, por no ver al borracho.~~

Ignoro por qué, aquel hombre me intimidaba; al entrar pasé junto a él en puntas de pie, mirándolo de reojo. El policía, por su parte, se quedó un momento junto a la reja, después de cerrar, mirando también. Antes de irse pasó sus ojos ~~del borracho~~ del borracho a mí, dándome una breve mirada, una mirada que no decía nada, como ^{si}no hubiese visto nada o visto algo que estaba fuera de la sensibilidad humana. Tal vez sus ojos estaban ya cur-

... la puta, ¿no?, que un hombre pueda llegar a ese estado.

El Ador era horrible. El exusado, como de comilaría, no oía a nada
portable y el excremento del portacho había como diez mil exusados jun-
y algo más. El olor, cosa curiosa, recordaba el que las cantinas del
ajo producían y arrojaban sin cesar hacia la calle, ese olor vinagre,
de cebollas en escabeche y vino fuerte, un olor picante que hacía las
cosas. El portacho lo había estado conigo; pero al agnol había, éste
garabato; estaba refinado.
Sentía que me rodeaba una gran soledad y el hombre tendido en el suelo
tribula a su mentaría: no me parecía un hombre sino un animal, menos que
animal, una bestia, menos que una bestia, no sé qué. Pensé, sin embargo,
salvo el Ador, aquello era lo mejor que podía ocurrirme; porque ¿qué
la hecho si lo hubiese encontrado portacho y despierto? ¿Qué me habría
y qué habría podido contestarle? Pensé también que de haberlo visto
horas antes, en el molin, me hubiese parecido, viéndolo correr o ejau-
alguna acción ágil o apasionada, un ser lleno de simpatía y de fuerza,
ad si valiente. Ahora, empujada su alma por el alcohol, era sólo una
la hedionda y allí yacía también en soledad, una soledad sumergida en
mierda. Las cantinas, continuaban abiertas, con sus grandes pianos,
camareras, sus centenares de botellones de morado vino o de rosada chi-
y aquí estaba el fruto de ellas, tendido en el suelo, con el trasero
aire.
Ignoro por qué, aquel hombre me intimidaba; al entrar pasé junto a él
puntas de pie, mirándolo de reojo. El policía, por su parte, se quedó
momento junto a la reja, después de cerrar, mirando también. Antes de ir-
pasó sus ojos rápidamente del portacho a mí, dándome una breve mirada
mirada que no decía nada, como si no hubiese visto nada o visto algo
estaba fuera de la sensibilidad humana. Tal vez sus ojos estaban ya con-

tidos para siempre. Me senté en la tarima, buscando un lugar desde el cual no viera el trasero y las nalgas de aquel hombre, cuya vista me llenaba de una terrible vergüenza, no porque hubiese impudicia en ello sino porque había inconciencia; el hecho de que no supiera ni pudiera saber el estado en que se encontraba, era lo que me producía aquella sensación; me parecía que, por mi parte, tenía alguna culpa en ello, no sé en qué, y seguramente no la tenía, pero no podía estar tranquilo: se me figuraba que también estaba, como él, con las nalgas y el trasero al aire, que su trasero y sus nalgas eran los míos y los de todos los hombres. Pero ¿qué podía hacer? Intentar despertarlo, limpiarlo, vestirlo, estando en el estado de embriaguez en que estaba, era una locura: se daría vuelta en contra del que intentase hacerlo, pelearía con él, le atribuiría quién sabe qué intenciones y por fin daría unos horribles aullidos; vendrían los policías y uno debería explicar por qué y cómo aquel hombre se encontraba con los pantalones abajo y el culo al aire; es posible que no lo creyeran: ¿cómo puede un hombre llegar a ese estado? No. Por otra parte, ¿cómo se las iría a arreglar, por sí mismo, cuando se le pasara la borrachera y advirtiera el estado en que se encontraba? No quise ni pensar en ello.

Durante unas dos horas estuve allí, intimidado y arrinconado por ese hombre y sus nalgas, blancas y gordas, llenas de inmundicia. Al cabo de ese tiempo reapareció el policía, el mismo del "por aquí" y abrió la puerta y me miró. Noté que hacía lo posible, ahora, por no ver al borracho. "Venga para acá", me dijo, con una extraña voz, entre compasiva y tierna. Me levanté, pasé en puntillas junto al borracho y salí del calabozo. El policía, mientras cerraba, no pudo impedir que sus ojos miraran a aquel ser, atractivo y repelente al mismo tiempo. Por fin, sacando la llave del candado que aseguraba las cadenas con que cerraba el calabozo, dijo, encogiéndose de hombros y dándome una mirada de comprensión:

--Por la puta, ¿no?, que un hombre pueda llegar a ese estado. . .

los para siempre. Me senté en la tarima, buscando un lugar desde el cual
viera el trasero y las nalgas de aquel hombre, cuya vista me llenaba
una terrible vergüenza, no porque quisiera impudicia en ello sino porque
la inconsciencia; el hecho de que no supiera ni pudiera saber el estado en
el que me encontraba, era lo que me producía aquella sensación; me parecía
que, por mi parte, tenía alguna culpa en ello, no sé en qué, y seguramente
no la tenía, pero no podía estar tranquilo: se me figuraba que también
había, como él, con las nalgas y el trasero al aire, que su trasero y sus
nalgas eran los míos y los de todos los hombres. Pero ¿qué podía hacer?
Intentar despertarlo, limpiarlo, vestirlo, estando en el estado de embri-
ez en que estaba, era una locura: se daría vuelta en contra del que in-
tentase hacerlo, pelearla con él, le atribuiría quien sabe qué intenciones
y le daría unos horribles alfileres; vendrían los policías y uno de-
bería explicar por qué y cómo aquel hombre se encontraba con los pantalones
y el culo al aire; es posible que no lo creyeran: ¿cómo puede un hombre
estar a ese estado? No, por otra parte, ¿cómo se las iría a arreglar, por
ejemplo, cuando se le pasara la borrachera y advirtiera el estado en que
se encontraba? No quisiera ni pensar en ello.
Durante unas dos horas estuve allí, intimidado y arinconado por ese
re y sus nalgas, blancas y gordas, llenas de inmundicia. Al cabo de ese
no respeté el policía, el mismo del "por aquí" y abrió la puerta y
entró. Noté que hacía lo posible, ahora, por no ver al borracho. "Venga
aquí", me dijo, con una extraña voz, entre compasiva y tierna. Me levanté
pasé en puntillas junto al borracho y salí del calabozo. El policía,
tras cerrarla, no pudo impedir que sus ojos miraran a aquel ser, estran-
go y repelente al mismo tiempo. Por fin, sacando la llave del candado
abrió las cadenas con que estaba el calabozo, dijo, encogido de
hombros y dándome una mirada de comprensión:
"Por la puta, ¿no?, que un hombre pueda llegar a ese estado..."

Era a principios de otoño y el cielo estaba negro y estrellado; hacía un poco de frío.

--Quédese aquí -- me dijo el policía, dirigiéndose hacia los calabozos con puertas de madera.

Allí quedé, mirando el cielo y respirando profundamente, queriendo expulsar de las mucosas el recuerdo del ~~hedor~~ del calabozo. El policía, tras de buscar entre sus llaves la que necesitaba, abrió uno de los calabozos; un chorro de luz escapó hacia el patio; miré hacia adentro: talvez una docena de hombres se hacinaba allí; se veía a varios tendidos, como durmiendo; los demás, sentados en las orillas de la tarima, parecían enormes patos liles.

--A ver, a ver, los revoltosos, para afuera. Sí, todos. ¿Por qué, lo trajeron a usted? También. Claro, ninguno ha hecho nada, pobrecitos; yo tampoco, y aquí estoy. No. Los borrachos se quedan; que se les pase la noche. ¿A dónde van? A la Sección de Seguridad y después al juzgado. La noche es larga, niños, y es mejor pasarla en cama. Puchas, si yo pudiera. . . Ya, ya, vamos.

Los hombres salieron de ~~de~~ uno en uno, encandilados, refregándose los ojos, bostezando, desperezándose y echando tal cual escalofrío; algunos tosían y escupían con violencia. Eran los mismos hombres del motín, obreros, jornaleros, vendedores ambulantes o gente de la bahía, que se había dejado arrastrar por la tormenta, participado en ella y luego, en ésta o en aquella circunstancia, caído en manos de la policía. Ninguno parecía asustado o apesadumbrado por su situación. Fuese lo que fuese lo que habían hecho, no era nada grave y parecían saberlo; por lo demás, no sería la primera vez que estaban presos. Es difícil que un hombre del pueblo no lo haya estado alguna vez o varias veces; son tantas las causas: desorden, embriaguez, equivocaciones, huelgas, riñas o pequeñas y a veces inocentes complicidades en hechos de poca importancia.

Para a principios de otoño y el cielo estaba negro y azulado; hacia
--Quédese aquí -- me dijo el policía, dirigiéndose hacia los calabozos
Allí quedé, mirando el cielo y respirando profundamente, queriendo ex-
tar de las mucosas el vapor del calor del calor. El policía, tras
pasar entre sus llaves la que necesitaba, abrió uno de los calabozos;
shorto de luz escapó hacia el patio; miré hacia adentro; salí y me do-
de hombres se hacían allí; se veía a varios tendidos, como durmien-
los demás, sentados en las orillas de la tarima, parecían enormes pa-
lles.
--A ver, a ver, los revoltosos, para afuera. Si, todos. Por qué lo
ban a usted? También. Claro, ninguno ha hecho nada, pobresitos; yo
oco, y aquí estoy. No. Los portachos se quedan; que se les pase la no-
A dónde van? A la Sección de Seguridad y después al juzgado. La noche
arga, niños, y es mejor pasarla en cama. Puchas, si yo pudiera...
ya, vamos.
Los hombres salieron de uno en uno, encadenados, regresándose los
a, postando, despareciendo y echando tal cual escalofrío; algunos
lan y acuplan con violencia. Era los mismos hombres del motel, obra-
jornaleros, vendedores ambulantes o gente de la banla, que se había
ado arrastrar por la tormenta, participando en ella y luego, en ésta o
aquella circunstancia, caído en manos de la policía. Ninguno parecía
stado o esparcido por su situación. Fuese lo que fuese lo que ha-
n hecho, no era nada grave y parecían satisfechos; por lo demás, no sería
primera vez que estaban presos. Es difícil que un hombre del pueblo no
haya estado alguna vez o varias veces; son tantas las causas: desorden,
tráguex, equivocaciones, huelgas, riñas o pedreñas y a veces inocentes
olvidados en hechos de poca importancia.

¿Quién tiene un cigarrillo?

--Pónganse ahí, todos juntos,-- indicó el policía, dirigiéndose después

--Aquí hay: saque.

hacia otro calabozo.

--¿Dónde? No veo nada.

Los hombres se acercaron y nos miramos con aire tranquilo, como de ca-

--Aquí.

maradería; estábamos detenidos por la misma causa. En pocos momentos la
Se encendieron algunos fósforos y durante un instante pude ver los
reunión alcanzó a unos cuarenta hombres que el policía procedió a seleccio-
narnos de mis compañeros; la luz duró poco, sin embargo, y volvieron las
tinieblas mientras el coche rodaba por las calles.
bién; sólo los del motín debían estar allí:

--Por dónde vamos?

--Usted, no: los revoltosos no más; no hay que juntar a los pillos

--Creo que es la Avenida Independencia.

con los honrados ni a los borrachos con los sosegados.

--Bueno: ¿y qué va a pasar?

Tenía un criterio parecido al del hombre cuadrado: cada uno en su lu-

--No sería raro que nos condenaran por borrachos, cinco días.

gar. Algunos hombres volvieron al calabozo.

--Y yo que tenía un buen trabajito. No fin, qué le va a pasar.

--Listos -- anunció el policía a través de la reja que cerraba el pa-

se encendía aquí y allí el fuego de los cigarrillos:

tio --. Ya están todos.

--En menos de un mes he estado dos veces preso. Puede ser que no se te-

Tres o cuatro policías, también bostezando, tiritando, desperezándo-

se ahora el mismo juez.

se y echando tal cual escalofrío, entraron al patio y nos hicieron formar

--¿Qué le pasó?

de a dos en fondo.

--¿Qué no le pasa al pobre? Estaba con unas calzas, tomando unas tra-

--Vamos -- mandó el oficial, que vigilaba la maniobra desde la puer-

ta de la sala de guardia.

varios policías. No estábamos ni borrachos. ¿Qué pasa? Todos detenidos.

--Adelante.

--¡Ah! ¿y por qué? Por ebriedad y sacándole. Está el que es bueno. . .

Se abrió la puerta de la reja y avanzamos. En la calle esperaban dos
hubiésemos estado borrachos o siquiera a medio filo, se habría armado la
coches policiales y en ellos, escoltados por los vigilantes, entramos, re-
comienda, pero, no, estábamos tranquilos. Total: cinco días de detención
partiándonos en los asientos. Se cerró la puerta, se corrió una barra y
se escuchó el cerrar de un candado.

--¡Caminando!

No se veía nada, a pesar de que el coche tenía unos como postigos, he-
chos de delgadas maderas separadas, que dejaban entrar un poco de luz y
aire. Los hombres empezaron a charlar:

--Puchas: me helé; tengo frío y hambre.

--¡Para qué más! Con eso tiene suficiente.

--Pónganse ahí, todos juntos, dirigiéndose después
a otro calabozo.
Los hombres se acercaron y nos miramos con aire frívolo, como se ca-
bería; estábamos detenidos por la misma causa. En pocos momentos la
misma alcaide a unos cuarenta hombres que el policía procedió a seleccio-
nar; los portachos se quedaban; los detenidos por delitos comunes, tam-
bién sólo los del motín debían estar allí:
--Usted, no; los revoltosos no más; no hay que juntar a los pillos
los honrados ni a los portachos con los revoltosos.
Tenía un carácter parecido al del hombre cuadrado; cada uno en su la-
do. Algunos hombres volvieron al calabozo.
--¡Llévate -- anunció el policía a través de la reja, que cerraba el pa-
--... Ya están todos.
Después o cuatro policías, también botando, tirando, despareciendo-
y echando tal cual escallido, entraron al patio y nos hicieron formar
a dos en fondo.
--Vamos -- mandó el oficial, que vigilaba la manobra desde la puer-
ta de la sala de guardia.
--Adelante.
Se abrió la puerta de la reja y avanzamos. En la calle esperaban dos
policías y en ellos, escoltados por los vigilantes, entramos, re-
volándonos en los salientes. Se cerró la puerta, se cerró una barra y
se abrió el cerrar de un candado.
--¡Caminando!
No se veía nada, a pesar de que el coque tenía unos como pastigos, de-
los de delgadas maderas separadas, que dejaban entrar un poco de luz y
e. Los hombres empezaron a charlar:
--Pobres: me heló; tengo frío y hambre.
--¡Pero qué más! Con eso tiene suficiente.

--¿Quién tiene un cigarrillo?

--Aquí hay: saque.

--¿Dónde? No veo nada.

--Aquí.

Se encendieron algunos fósforos y durante un instante pude ver los rostros de mis compañeros; la luz duró poco, sin embargo, y volvieron las tinieblas mientras el coche rodaba por las calles.

--¿Por dónde vamos?

--Creo que es la Avenida Independencia.

--Bueno: ¿y qué va a pasar?

--No sería raro que nos condenaran por borrachos: cinco días.

--Y yo que tenía un buen trabajito. En fin, qué le vamos a hacer.

Se encendía aquí y allá el fuego de los cigarrillos:

--En menos de un mes he caído dos veces preso. Puede ser que no me toque ahora el mismo juez.

--¿Qué le pasó?

--¿Qué no le pasa al pobre? Estaba con unos amigos, tomando unos tragos y cantando en casa de un compadre, cuando se abrió la puerta y entraron varios policías. No estábamos ni borrachos. ¿Qué pasa? Todos detenidos. ¡Bah! ¿Y por qué? Por ebriedad y escándalo. Está sí que es buena. . . Si hubiésemos estado borrachos o siquiera a medio filo, se habría armado la tremenda, pero, no, estábamos tranquilos. Total: cinco días de detención o cinco pesos de multa. Pagamos y salimos.

--¿Quién tiene un cigarrillo?

--Aquí hay: aquí.

--¿Dónde? No ves nada.

--Aquí.

Se encendieron algunos cigarrillos y durante un instante pude ver los
rostros de mis compañeros; la luz duró poco, sin embargo, y volvieron las
oscuridades mientras el coche rodaba por las calles.

--¿Por dónde vamos?

--Creo que es la Avenida Independencia.

--Bueno; ¿y qué va a pasar?

--No sería raro que nos condenaran por borrachos: cinco días.

--Y yo que tenía un buen trabajo. En fin, qué le vamos a hacer.

Se encendió aquí y allá el fuego de los cigarrillos:

--En menos de un mes he estado dos veces preso. Puede ser que no me to-

quen el mismo juez.

--¿Qué le pasó?

--¿Qué no le pasa al pobre? Estaba con unos amigos, tomando unos tra-

y cantando en casa de un compadre, cuando se abrió la puerta y entraron

los policías. No estábamos ni borrachos. ¿Qué pasa? Todos detenidos.

Al y por qué? Por ebriedad y escándalo. Está el que es bueno. . . Si

estamos estado borrachos o siquiera a medio filo, se habría armado la

troupe, pero, no, estamos tranquilos. Total: cinco días de detención

cinco pesos de multa. Pagamos y salimos.

- Pasa.

La oficina era pequeña y la llenamos de una vez, dejando en el zaguán a varios hombres que no cupieron. Se veía allí un escritorio con alfombra de felpa verde, rasgada aquí y allá; entre sus patas, un tintero, un cenicero de cobre y trozos de papeles; sobre la pared del fondo un estante lleno de altos libros - archivadores, seguramente; dos o

VII

Al bajar del coche miramos hacia un lado y otro, con esa mirada del preso, que no se sabe qué busca o qué quiere: si de^Spedirse de la libertad o reconocer en qué sitio se encuentra. La calle estaba desierta: a la izquierda se veían, muy próximos, los cerros, iluminados en las superficies planas, ~~X~~ oscuros en las quebradas; a la derecha se adivinaba, tras unos galpones, el mar; luces rojas, verdes y blancas, oscilando en el aire, lo delataban; allí estaba el mar, ese mar que los hombres - archivadores, como si les pertenciera, me negaban, ese mar que me atraía, que podía contemplar durante días ^{enteros} anteriores, desde el alba hasta el anochecer, pues un pájaro, un barco, un bote, una boya, un lanchón, un humo que se acercaba, se alejaba o permanecía, y aun sin pájaros ni barcos, sin botes y sin boyas, sin lanchones o sin humo, siempre mostraba algo diverso: un color, una rizada, una nube, el rastro de una corriente, sin contar con el viento, con el que juega, excitándose entre ellos con sus ráfagas y sus rizaduras, sus latigazos y sus ondulaciones, sus súbitos ~~en~~ cambios y sus floreadas olas y su espuma volando sobre la cresta.

La Sección de Investigaciones, en cambio, era un edificio sin atractivos; el piso estaba en desnivel con la acera y era necesario bajar dos o tres ~~escalones~~ para alcanzarlo y llegar ante la puerta, con pequeños vidrios de colores, que daba entrada a un zaguán oscuro y frío. A la izquierda se abría la puerta de una pieza iluminada por una luz pegada al techo, como la del calabozo.

VII

Al bajar del coche miramos hacia un lado y otro, con esa mirada del
 and, que no se sabe qué busca o qué quiere: al desdibarse de la libertad
 reconocer en qué sitio se encuentran. La calle estaba desierta: a la izquierda
 se veían, muy próximos, los cerros, iluminados en las superficies
 blancas, y oscuros en las grietas; a la derecha se elevaban, tras unos
 cerros, el mar; luces rojas, verdes y blancas, oscilando en el aire, lo
 cubrían; allí estaba el mar, ese mar que los hombres - archiveros, co-
 al las pertenencias, me negaban, ese mar que me atraía, que podía contem-
 plar durante días enteros, desde el alba hasta el anochecer, pues un
 barco, un barco, un bote, una boy, un lanchón, un bumbo que se acercaba,
 alejaba o permanecía, y aun sin bajar ni barcos, sin botes y sin bo-
 a, sin lanchones o sin bumbo, siempre mostraba algo diverso: un color, una
 sombra, una nube, el rastro de una corriente, sin contar con el viento,
 en el que juega, excitándose entre ellos con sus ráfagas y sus rizaduras,
 las latigazos y sus ondulaciones, sus aditos sus cambios y sus floridas
 as y su espuma volando sobre la cresta.

La Sección de Investigaciones, en cambio, era un edificio sin atracti-
 vo; el piso estaba en desnivel con la acera y era necesario bajar dos o
 tres escalones para alcanzarlo y llegar ante la puerta, con pedruzcos vi-
 dos de colores, que daba entrada a un saguán oscuro y frío. A la izquierda
 se abría la puerta de un pasillo iluminado por una luz pegada al techo,
 no la del calabozo.

- Pasen.

La oficina era pequeña y la llenamos de una vez, dejando en el zaguán a varios hombres que no cupieron. Se veía allí un escritorio con cubierta de felpa verde, rasgada aquí y allá; entre sus roturas, un tintero, un cenicero de cobre y trozos de papeles; sobre la pared del fondo un estante lleno de altos libros - archivadores, seguramente; dos o tres sillas, un sillón y un hombre bajo, de color sucio, pelo ondulado y opaco, rostro picoteado y ojos turbios y labios secos, más bien pobremente vestido - el cuello de su camisa mostraba algunas hilachas -, que nos recibió con cara de pocos amigos. Estaba ante un pupitre cubierto por un gran libraco, y dijo, humedeciendo en el tintero su pluma:

- Vamos a ver; de a uno: ¿cómo se llama usted?

Los demás inclinamos la cabeza o estiramos el cuello para ver que haría el hombrecillo. El interpelado contestó:

- Rogelio Sánchez.

- ¿Profesión?

- ¿Qué?

- En qué trabaja....

- ¡Ah! Lanchero.

- ¿Ha estado detenido alguna vez?

- Sí; varias.

- ¿Por qué?

Rogelio Sánchez, alto y huesudo, de cara inocente, sonrió con una gran ~~rixa~~ sonrisa. Sus labios eran pálidos y grandes sus dientes:

- No me acuerdo.

- ¿Robo con fractura?

- ¿Cómo se le ocurre!

- ¿Contrabando?

- No...

- Pasen.

La oficina era pequeña y se llamamos de una vez, dejando en el sa-
guán a varios hombres que no cupieron. Se veía allí un escritorio con
cubierta de felpa verde, rasgada aquí y allá; entre sus patas, un tin-
tero, un cenicero de cobre y trozos de papeles; sobre la pared del fon-
do un estante lleno de altos libros - archivadores, seguramente; dos o
tres sillas, un sillón y un hombre bajo, de color anejo, pelo ondulado y
opaco, rostro picoteado y ojos turbios y labios secos, más bien pobremente
vestido - el cuello de su camisa mostraba algunas hilachas - que nos re-
cibió con cara de pocos amigos. Estaba ante un pupitre cubierto por un
gran libro, y dijo, humedeciendo en el tintero su pluma: -

- Vamos a ver; de a uno: ¿cómo se llama usted? uno de los señores.
Los demás inclinamos la cabeza o esquivamos el cuello para ver que

haría el hombrecillo. El interpelado contestó: - Señor, que me llaman
- Rogelio Sánchez. -

- ¿Profesión? -
- Soy boyero, en Juchitán, en un rancho que se llama -

- ¿Qué? -
- En qué trabaja... -

- ¡Ah! Lanchero. -
- ¿Ha estado detenido alguna vez? -

- Sí; varias. -
- ¿Por qué? -

Rogelio Sánchez, alto y huesudo, de cara inocente, sonrió con una
gran risa cortada. Sus labios eran pálidos y grandes sus dientes:

- No me acuerdo. -
- ¿Robo con frecuencia? -

- ¿Cómo se le ocurre! -
- ¿Contrabando? -
- No...

- ¿ Embriaguez?
- Sí, algo así....
- ¿ Riña?
- ¿ Pelea? También, un poco.
- ¿ Dónde vive?
- Cerro Mariposa, conventillo El Alamo, pieza catorce.
- ¿ Le han tomado impresiones digitales ?
- Sí, claro: ya he tocado el piano.
- ¿ No ha tenido condenas ?
- Ninguna.
- ¿ Ha sido procesado?
- No.
- ¿ Tiene algún sobrenombre?
- Sí; me llaman Don Roge.
- Ese no es sobrenombre.
- Bueno.
- ¿ Por qué lo traen ahora?

Don Roge, que había contestado con facilidad a todas las preguntas, no supo que responder a aquella y volvió la cabeza hacia uno de los gendarmes: ¿ por qué lo traían ? El gendarme contestó:

- Desorden y atentado contra la propiedad.
- Bueno; con parte al juzgado. El otro.

Rogelio Sánchez, asustado por aquel cargo, que no entendía, se apartó.

- Alberto Contreras, pintor; cerro Polanco, callejón La Veintiuna; sí, por ebriedad; casado; no tengo sobrenombre.

El hombre bajo y moreno, que escribía con gran rapidez, afirmó la lapicera en el tintero, volvió la cabeza y miró detenidamente al pintor Alberto Contreras.

- ¿Embriaguez?
- Sí, algo así....
- ¿Rina?
- ¿Pelea? También un poco.
- ¿Dónde vive?
- Cerro Mariposa, conventillo El Alamo, plaza catorce.
- ¿Le han tomado impresiones digitales?
- Sí, claro: ya he tocado el piano.
- ¿No ha tenido condenas?
- Ninguna.
- ¿Ha sido procesado?
- No.
- ¿Tiene algún sobrenombre?
- Sí: me llaman Don Roca.
- Eso no es sobrenombre.
- Bueno.
- ¿Por qué lo llaman ahora?
Don Roca, que habla contestado con facilidad a todas las preguntas, ando que responder a aquella y volvió la cabeza hacia uno de los gen-
tes: ¿por qué lo llaman? El genarme contestó:
- Desorden y aliento contra la propiedad.
- Bueno: con parte al juzgado. El otro.
Rocelo Sánchez, asustado por aquel cargo, que no entendía, se agar-
- Alberto Contreras, pintor; cerro Polanco, callejón La Veintina;
por epilepsia; casado; no tengo sobrenombre.
El hombre bajo y moreno, que escribía con gran rapidez, afirmó la la-
cara en el tintero, volvió la cabeza y miró detenidamente al pintor Al-
berto Contreras.

- Es malo negar el sobrenombre - dijo -. Es más fácil encontrar a un individuo por su apodo que por su apeltivo.

- Pero no tengo. ¿Qué quiere que le haga!

Alberto Contreras era rechoncho, de color pardo, ojos redondos, cara ^{abotagada} y cuello corto; hablaba, además, huecamente.

- Es raro - comentó el empleado, que en ese momento ~~apareció~~ recordar que tenía dentadura, pues se chupó una muela con gran ruido-. Con esa cara ~~habría~~ debería tener alguno. El que sigue.

- Prudencio Martínez; cerro Los Placeres, calle La Marina, número ochocientos nueve; comerciante; soltero.

- ¿Sobre nombre? y dejarían de ser ellos mismos. ¿Quién sabe el

- No tengo. Agüita, nadie, ni su madre, que lo bautizó; todo Chile.

- El empleado soltó de nuevo la lapicera y se irguió, molesto:

- ¿Tampoco tiene sobrenombre? ¿De dónde salen ustedes? ¿Del Ministerio de Hacienda?

Prudencio Martínez, que lucía un sucio guardapolvo, lo ^{miso} asombrado.

El cagatinta ^x hizo un movimiento negativo con la cabeza y volvió la cara hacia el librote, chupándose de nuevo la muela: una carie le molestaba y quizá creía que chupándola lograría que lo dejara en paz.

~~X~~ Se quejó: uno largo y delgado; unas piernas desahucadas o pres-

- Nadie tiene sobrenombre;

Los demás datos le eran indiferentes; el nombre, el domicilio, el oficio, el estado ^x civil, no tenían importancia y no decían nada, no expresaban carácter ni distinguían a nadie; el apodo, sí. Cientos de personas - individuos, como decía él - vivirían en ~~xxxx~~ la calle La Marina, en el conventillo de EL Alamo o en el callejón La Veintiuna y otras tantas serían comerciantes, pintores o lancheros y se llamarían Alberto, Prudencio o Rogelio, pero no habría dos que llevaran el mismo apodo.

- Hay muchos hombres que no saben el nombre de su compañero de traba-

- É mais negar o sobrenome - digo - . É mais fácil encontrar a

*evite-se na seq. obs. na seq. individual

- Pero no tengo. ¿Qué quiere que le haga!

Alberto Contreras era rachonero, de color pardo, ojos redondos, cara

... y con ello corto; hablaba, además, incesantemente.

- El acto - comienza el empujando, que en ese momento se desliza hacia el fondo -

er que tenha centavos, pois se chegou uma multa com gran ruidos. Com esse

est kakhin deberia tener alguno. El que sigue.

- Prudencio Martínez; cerro Los Pájaros, calle La Marina, número

choyos nuevos : comerciantes ; soltero.

-1. Nombre?

— on sheet .

- El empleado soltó de nuevo la lapicera y se irguió, molesto:

- Tampoco tiene sobrenombres? De dónde sales usted? Del Minia-

Verloren de Hachtend?

Prudencio Martínez, que lucia un anillo guardapolvo, lo asombró.

El castaño, hizo un movimiento negativo con la cabeza y volvió la cara

La casa di Lillote, conosciuta da nuovo la mia: una casa in molesta

...outas creia que conseguia lograrla due lo deixar en paz.

2000

! Nadlo fiené sobrenomové!

Los demás datos se eran indiferentes; el nombre, el domicilio, el

-ke on, aban nabeob on y sionatodmi naine on. ^xno tenin civily. el estase fe. obito

...тог еб еотнеи? .Is ,обоге ле ;еибан а наизмитаиb ин тетоънао педаето

- pessoas - indivíduos - como deus - é viver na família e não na igreja

... el conventillo de El Alamo o en el callejón la Ventana y otras fan-

Las serían comunistas, pistoleros o rancheros y se les matan Alberto, Juan-

hacelo o Roselio, pero no habria dos que flieran el mismo apodo.

- Hay muchos hombres que no saben el nombre de su compañero de trabajo.

jo o de su vecino; ninguno, sin embargo, ignora su sobrenombre, y cuando no lo tienen, se lo ponen. ¡Es tan fácil! Y es más cómodo.

El sobrenombre parecía ser la única y mejor preocupación del empleado y era, según veíamos, lo que anotaba con más gusto. Por nuestra parte, y a medida que avanzaba el interrogatorio, le encontramos razón: el sobrenombre era lo único que tenía algo de vida y de carácter en medio de aquel suceder de estúpidas y parecidas preguntas y respuestas.

- Por eso me gustan los ladrones - dijo el hombrecillo -. Ninguno de-
ja de tener apodo. Cada vez que caen presos se cambian nombres y apellido
y ~~muchos~~ muchos tienen ya veinte o treinta, pero nunca se cambian el
apodo; no les pertenece y dejarían de ser ellos mismos. ¿Quién sabe el
nombre del Cara de Aguila? Nadie, ni su madre, que lo bautizó; todo Chile,
sin embargo, conoce su apodo.

Volvió a chuparse la muela; la carie no le dejaba tranquilo, aunque
tal vez no le doliera; pero extrañaba el agujero en la dentadura y ya que
no podía llenarlo quería, por lo menos, vaciarlo de algo que suponía que
lo llenaba o manaba de él. Discutió con varios de los detenidos, que ma-
nifestaron y sostuvieron, tal vez con un poco de terquedad, no tener alias
alguno: unos ojos redondos y vivos, almendrados o dormidos; un cuello cor-
to y grueso o bien uno largo y delgado; unas piernas desmesuradas o preca-
rias; un modo de hablar, un ceceo, una vacilación en las vocales o en las
consonantes; un tono gutural o hueco; unos bigotes así, un pelo acá, lo
hacían entrar en sospechas. ¿Cómo era posible que no tuviese sobrenombre?
Bautizó a dos o tres con apodos que arrancaron risas a los detenidos, tan
acertados o tan graciosos eran, y hasta los propios beneficiados rieron,
aceptándolo como bueno. Uno de ellos sin embargo, a quien apodó La Foca
por sus ojos redondos y sus bigotes en rastrillo, preguntó al empleado,
con ánimo de molestarlo:

- Y a usted, ¿cómo lo llaman?

de su vecino; ninguno, sin embargo, ignora su sobrenombre, y cuando lo tienen, se lo ponen. Es tan fácil! Y es más cómodo.

El sobrenombre parecía ser la única y mejor preocupación del empleado, según veíamos, lo que estaba con más gusto. Por nuestra parte, y habida que avanzaba el interrogatorio, le encontramos razón: el sobrenombre era lo único que tenía algo de vida y de carácter en medio de aquel abarrote de estúpidas y parecidas preguntas y respuestas.

- Por eso me gustan los ladrones - dijo el hombrecillo -. Ninguno de los tener apodo. Cada vez que esas personas se cambian nombres, apellido, y muchos tienen ya veinte o treinta, pero nunca se cambian el do; no les pertenece y dejarían de ser ellos mismos. ¿Quién sabe el pre del cura de Aguila? Nadie, ni su madre, que lo bautizó; todo Chile, empero, conoce su apodo.

Volví a chuparse la nariz; la carne no la dejaba trepidar, aunque vez no le doliera; pero extrañaba el agujero en la dentadura y ya que podía llenarlo guiso, por lo menos, vestirlo de algo que supiera que llenaba o manaba de él. Disculé con varios de los detenidos, que me- tieron y sostuvieron, tal vez con un poco de torpeza, no tener ellos: unos ojos redondos y vivos, almendrados o dormidos; un cuello cor- y grueso o bien uno largo y delgado; unas piernas desmesuradas o pres- as; un modo de hablar, un ceceo, una vacilación en las vocales o en las consonantes; un tono gutural o áspero; unos bigotes sal, un pelo sed, lo- olan entrar en sospechas. ¿Cómo era posible que no tuviese sobrenombre? Utilizé a los tres con apodos que arrancaron risas a los detenidos, tan- tados o tan graciosos eran, y hasta los propios beneficiados rieron, optándolo como bueno. Uno de ellos sin embargo, a quien apodé la Toes or sus ojos redondos y sus bigotes en rastillo, preguntó al empleado: - Y a usted, ¿cómo lo llaman?

El empleado contestó, sonriendo y sin empacho:

- El Cagada de Mosca.

Reímos y la risa hizo que el hombrecillo se animara y bautizara a todos, discutiendo con los que tenían un alias inadecuado, alias que no podían defender, ya que no se lo habían puesto ellos mismos, pero con el que se sentían si no a gusto, acostumbrados: un cambio produciría confusión. ¿El Palo de Ajo? Pero si aquí lo llamamos El Vela de Sebo....

- Sí, es cierto-suspiró -. ¡Pero El Sapo! A usted deberían llamarlo el Botijo.....

Permanecimos allí mientras se filiaba a unos y se tomaba las impresiones digitales a otros; por fin, todo terminado, soñolientos y aburridos por el ruido de una puerta que se cerraba, que estabamos ya en la planta, se nos ordenó avanzar por el zaguán. Los policías que nos trajeron se marcharon y otros nuevos se encargaron de nosotros.

-Adelante, adelante; derecho no más.

Durante aquel largo rato, una hora, dos quizá, no apareció por allí nadie - excepto un agente, que nos miró como si fuéramos mercaderías que deseaba reconocer - que manifestara por nosotros no un interés humano, que habría sido mucho pedir, pero ni siquiera un interés jurídico. (El agente no tendría más que un interés policial.) Los detenidos, por lo demás, no parecían echar nada de menos y ninguno dijo algo que hiciera creer que pedía una explicación o que quería darla. Nada. Al otro lado del zaguán había varias piezas y en ellas se sentían voces y ruidos de pasos, sonar de timbres y conversaciones por teléfono; las puertas se abrieron una que otra vez y varios hombres salieron o entraron, entre ellos el agente mirón.

El zaguán se volcaba en un patio empedrado con piedras de río y sumergido en una impresionante oscuridad; no se veía allí nada y tampoco se oía nada, una voz, una risa, una tos; nos pareció que entrábamos a un túnel y nos detuvimos, detenidos por la oscuridad como por una pared. Los policías,

El empleado contestó, sonriendo y sin empacho:

- El Cagada de Mosca.

Reímos y la risa hizo que el homocillo se animara y pusiera a
nos, discutiendo con los que tenían un alia inadecuado, alia que no
podían defender, ya que no se lo habían puesto ellos mismos, pero con el

se sentían al no a gusto, acostumbrados: un cambio produciría confusión

El Palo de Ajo? Pero al igual lo llamamos El Vela de Sapo....

- Si, es cierto-sapiró -. Pero El Sapo! A usted deberían llamarlo el

tiño.....

Permanecimos allí mientras se fijas a unos y se tomaba las impresio-

digitales a otros; por fin, todo terminado, sonrientes y apurados

el plantón, se nos ordenó avanzar por el zaguán. Los policías que nos

dejaron se marcharon y otros nuevos se encargaron de nosotros.

-Adelante, adelante; derecho no más.

Durante aquel largo rato, una hora, dos quizá, no apareció por allí

de - excepto un agente, que nos miró como si fuéramos mercedarias que

seguía reconocer - que manifestara por nosotros no un interés humano,

se habría sido mucho pedir, pero ni siquiera un interés jurídico. (El a-

nte no tendría más que un interés policial.) Los detenidos, por lo de-

ta, no parecían echar nada de menos y ninguno dijo algo que hiciera creer

se podía una explicación o que quería darla. Nada. Al otro lado del an-

den había varias piezas y en ellas se sentían voces y ruidos de pasos,

onar de timbres y conversaciones por teléfono; las puertas se abrieron

que otra vez y varios hombres salieron o entraron, entre ellos el

ante mirón.

El zaguán se volcaba en un patio empedrado con piedras de río y sumer-

do en una impresionante oscuridad; no se veía allí nada y tampoco se oía

da, una voz, una risa, una tos; nos pareció que entráramos a un túnel y

os detuvimos, detenidos por la oscuridad como por una pared. Los policías,

que parecían saberse de memoria todo lo que yacía en esa bóveda, nos empujaron:

-A la izquierda, a la izquierda. ¡decidí avanzar hacia donde fueran!

-No se ve nada - dijo alguien. ¡me pegó con algo que se recogió con

-¿Y qué quieren ver? - preguntó una voz, que no se supo si era la de un detenido o la de un gendarme.

-Por aquí. ¡estaba tendido allí. Quedé otra vez inmóvil y tras un momento

Avanzamos unos pasos más, sentimos que abrían una puerta y nos detuvimos con la sensación de que íbamos a ser enterrados vivos; no nos distinguíamos ya y empezábamos a experimentar desagrado al rozarnos unos con otros. Nos empujaron de nuevo y entramos más en la oscuridad, dándonos cuenta, por el ruido de una puerta que se cerraba, que estábamos ya en la tumba, cloaca o calabozo que se nos tenía reservado y cuyo tamaño y forma estaban también hundidos en la sombra. Nos quedamos de pie, en silencio, sintiéndonos definitivamente extraños entre nosotros, no había ya rostros, no había ya cuerpos, no había ya voces; el silencio y la oscuridad nos separaban y anulaban; nos perdíamos unos para otros y al perdernos nos desconocíamos. Por lo demás, el hombre que rozaba nuestro brazo o aquél cuya espalda sentíamos contra nuestro hombro, ¿había venido con nosotros o estaba allí antes de nuestra llegada? Si estaba ya allí, ¿quién era? Durante un largo rato permanecí en el sitio en que quedara al cerrarse la puerta; pero no podría estar así toda la noche; era preciso encontrar por lo menos un muro en que afirmarme. ¿Dónde estaban los muros? Intenté penetrar la oscuridad y me fué imposible. Me parecía, en ciertos momentos, que no existían allí muros sino rejas, exclusivamente rejas, como en una jaula para animales; en otros, que el calabozo estaba dividido por algo como oscuros velos, inútilmente delgados. Cerré los ojos y cuando los abrí percibí ciertos resplandores, muy tenues, que flotaban en el aire y que se desplazaban con lentitud, desvaneciéndose y reapareciendo; cerré de nuevo los ojos y mien-

parecían saberse de memoria todo lo que había en esa bóveda, nos em-

pararon:

-A la izquierda, a la izquierda.

-No se ve nada - dijo alguien.

-¿Y qué quieren ver? - preguntó una voz, que no se supo si era la de

detenido o la de un gendarme.

-Por aquí.

Avanzamos unos pasos más, sentimos que abrían una puerta y nos detu-

nos con la sensación de que íbamos a ser enterados vivos; no nos dis-

tinguimos ya y empezamos a experimentar desagrado al rozarnos unos con

otros. Nos empujamos de nuevo y entramos más en la oscuridad, dándonos

cuenta, por el ruido de una puerta que se cerraba, que estábamos ya en la

oscuridad, cosas o calabozos que se nos tenía reservados y cuyo tamaño y forma

habían también hundidos en la sombra. Nos quedamos de pie, en silencio.

Entendíamos definitivamente extraños entre nosotros, no había ya rozos,

había ya cuerpos, no había ya voces; el silencio y la oscuridad nos se-

paraban y anulaban; nos perdíamos unos para otros y al perderlos nos desco-

ñamos. Por lo demás, el hombre que rozaba nuestro brazo o aquel cuya es-

ta sentíamos contra nuestro hombro, había venido con nosotros o estaba

allí antes de nuestra llegada? Si estaba ya allí, ¿quién era? Durante un

pequeño rato permanecí en el sitio en que quedaba al cerrarse la puerta; pe-

ro podría estar así toda la noche; era preciso encontrar por lo menos

un modo de salir. ¿Dónde estaban los muros? Intenté penetrar la

oscuridad y me fue imposible. Me parecía, en ciertos momentos, que no exis-

ían allí muros sino rejillas, exclusivamente rejillas, como en una jaula para

animales; en otros, que el calabozo estaba dividido por algo como oscuras

líneas, indistintamente delimitadas. Cerré los ojos y cuando los abrí percibí clar-

os, flotaban en el aire y que se desplazaban con

movimientos desasosados y repentinamente; cerré de nuevo los ojos y mien-

tras los mantenía cerrados me dí cuenta de que los resplandores continuaban apareciendo y desapareciendo: se producían en mis ojos. Aquello me convenció de la inutilidad de mis esfuerzos y decidí avanzar hacia donde fuese; dí un paso hacia la derecha y mi pie tropezó con algo que se recogió con rapidez:

-Cuidado- murmuró una voz ronca.

Alguien estaba tendido allí. Quedé otra vez inmóvil y tras un momento de espera intenté moverme hacia otro lado: alargué el pie y toqué el suelo; estaba despejado. ¿Estaría muy lejos de algún muro? Abrí los brazos y giré el cuerpo: dos personas estaban de pie al alcance de mis manos: una a mi frente y otra a la izquierda; talvez buscaban también los muros o un hueco en el suelo, no para tenderse, seguramente, sino siquiera para sentarse, y me los imaginé, indecisos, girando la cabeza y alargando los brazos en la oscuridad. Uno de ellos, al ser tocado, murmuró irónicamente:

-¡Bah! ¿Y éste?

Vagué largo rato por aquel calabozo; por fin, al estirar los brazos dí con los muros: un rincón. ¿Estaría desocupado? Dí un paso hacia adelante, convencido de que tropezaría con alguien que me echaría una maldición; tropecé, en efecto, pero no con un ser humano sino con algo duro que no se recogió ni habló; toqué con el pie y me dí cuenta de que se trataba de objetos de pequeño tamaño; hice presión y se corrieron; avancé un medio paso y encontré la orilla; me incliné y palpé: eran ladrillos, por lo menos tenían forma de tales, aunque me sorprendió su frialdad y su rugosa superficie. Suspiré, como si acabara de realizar un trabajo que exigiera un gran esfuerzo físico o una gran concentración mental y me incliné, giré en el aire y descendí hacia el suelo, sentándome sobre los presuntos ladrillos, que se desperdigaron un poco, pero que logré reunir. Ya tenía un asiento y ahí me quedé, quieto, procurando averiguar algo del sitio en que me encontraba. Recordé a mis compañeros de esa noche: ¿qué sería de ellos? ¿Andarían aún

los mantenía cerrados me di cuenta de que los respiradores continuaban
respirando y desapareciendo: se producían en mis ojos. Aquello me conven-
de la inutilidad de mis esfuerzos y decidí avanzar hasta donde fuese;
un paso hacia la derecha y mi pie tropezó con algo que se recogió con

lides: murmuró una voz ronca.

Alguien estaba tendido allí. Quedé otra vez inmóvil y tras un momento
esperé intenté moverme hacia otro lado: alargué el pie y toqué el suelo;
cabeza despegada. ¿Habría muy lejos de algún muro? Abrí los brazos y giré
cuerpo: dos personas estaban de pie al alcance de mis manos: una a mi iz-
quierda y otra a la izquierda; tal vez buscaban también los muros o un hueso
el suelo, no para tenderse, seguramente, sino siquiera para sentarse, y
los imaginé, inclinando la cabeza y alargando los brazos en la
oscuridad. Uno de ellos, al ser tocado, murmuró irónicamente:

-¡Basta! ¿Y éste?

Vagué largo rato por aquel calabozo; por fin, al estirar los brazos
con los muros: un rincón. ¿Habría desocupado? Di un paso hacia adelante
avanzando de que tropezaría con alguien que me echaría una maldición; tro-
pezé en efecto, pero no con un ser humano sino con algo duro que no se re-
cogió ni habló; toqué con el pie y me di cuenta de que se trataba de algo
de pequeño tamaño; hice presión y se corrieron; avancé un medio paso y
contraí la orilla; me incliné y palpé: eran labilios, por lo menos tenían
una de tales, cuando me sorprendió su frialdad y su rugosa superficie.

Palpé, como al acostarse de realizar un trabajo que exigiera un gran esfuer-
zo físico o una gran concentración mental y me incliné, giré en el aire y
ascendí hacia el suelo, sentándome sobre los presuntos labilios, que se
desplazaron un poco, pero que logré sentir. Ya tenía un asiento y así me
fue, quieto, procurando averiguar algo del sitio en que me encontraba.
Recordé a mis compañeros de esa noche: ¿qué sería de ellos? ¿Andarían aún

vagando en la oscuridad, a tientas, ciegos, tropezando entre ellos y con los hombres que, según me parecía, estaban tendidos en el suelo aquí y allá? Eran como cuarenta: ¿dónde estaban metidos?, si es que se habían metido en alguna parte? Tan impresionante como la oscuridad era el silencio: no se oían voces, toses, eructos, ronquidos ni nada de lo que el hombre produce cuando está despierto o cuando duerme. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los hombres que estaban allí, antes de nuestra llegada permanecían silenciosos: ¿dormían, estaban despiertos? Si dormían, ¿por qué no roncaban? Y si estaban despiertos, ~~xxx~~ ¿por qué no hablaban ni fumaban ni tosían ni se movían? En un calabozo en que hay treinta o cincuenta hombres, o aun menos, siempre hay uno o dos que no duermen y que fuman o conversan. ¿Y cuántos eran: dos, tres, cincuenta, mil? Al cabo de un largo rato y mientras me dedicaba a cerrar los ojos con la esperanza de que se acostumbraran a la oscuridad y me permitieran ver algo -a pesar de que no veía sino los mismos resplandores del principio-, oí cerca de mí una respiración pesada y regular: un hombre, seguramente tendido en el suelo, en el duro suelo, ya que no era previsible que hubiese allí camas, se ^{acostaba} ~~retiraba~~ al sueño. En ese mismo instante sentí, no sé cómo, que alguien se acercaba a mí; quizá la oscuridad aumentó al ponerse el hombre frente a donde yo estaba o quizá mi olfato indicó su aproximación: un "individuo" avanzaba en la oscuridad. Sentí un estremecimiento y muchas preguntas surgieron en mi mente: ¿quién sería y qué querría o buscaba? ¿Sería de los míos? ¿Lo retendría o lo dejaría pasar? Si no era de los ~~míos~~ míos y buscaba algo que yo no podía saber qué era, y que podía ser algo desagradable, pasaría un mal momento; estaba, es cierto, sentado sobre un montón de duros ladrillos, buenos proyectiles o armas, pero ignoraba si el hombre llevaría en sus manos algo más duro aun. Ya estaba detenido ante mí. Si era de los míos cometería una crueldad dejándolo pasar de largo; y haciendo un enorme esfuerzo y mientras tomaba con la mano derecha uno de los ladrillos, estiré el brazo izquierdo y me erguí hasta ~~xx~~ quedar

ando en la oscuridad, a tientas, ciegos, tropezando entre ellos y con
hombres que, según me pareció, estaban tendidos en el suelo aquí y
allá. Eran como cuarenta: ¿dónde estaban metidos? Si es que se habían me-
tido en alguna parte? Tan impresionante como la oscuridad era el silencio:
no oían voces, toses, arruños, ruidos ni nada de lo que el hombre pro-
duce cuando está despierto o cuando duerme. Como si se hubieran puesto de
acuerdo, los hombres que estaban allí, antes de nuestra llegada permanecían
callados: ¿dormían, estaban despiertos? Si dormían, ¿por qué no ronca-
ban? Y si estaban despiertos, ¿por qué no hablaban ni formaban ni tosean
ni movían? En un calabozo en que hay treinta o cincuenta hombres, o aun
más, siempre hay uno o dos que no duermen y que fuman o conversan. ¿Y cuán-
to hablan: dos, tres, cincuenta, mil? Al cabo de un largo rato y mientras me
caba a cerrar los ojos con la esperanza de que se acostumbraran a la os-
curidad y me permitieran ver algo - a pesar de que no veía sino los mismos
contornos del principio -, al cerca de mí una respiración pesada y regu-
lar, un hombre, seguramente tendido en el suelo, en el duro suelo, ya que no
previamente que hubiese allí camas, se ~~levantaba~~ ^{acostaba} al suelo. En ese mismo
momento sentí, no sé cómo, que alguien se acercaba a mí: ¿quizá la oscuridad
me hacía al ponerme el hombre frente a donde yo estaba o ¿quizá mi olfato in-
stintivo me aproximaba: un "individuo" avanzaba en la oscuridad. Sentí un as-
ombro y muchas preguntas surgieron en mi mente: ¿quién sería y qué
quería o buscaba? ¿Sería de los míos? ¿Lo retendría o lo dejaría pasar?
¿Era de los míos y buscaba algo que yo no podía saber que era, y
podría ser algo desagradable, pasaría un mal momento; estaba, es cierto,
sobre un montón de duras tablillas, buenas proyectiles o armas, pero
para el hombre llevaría en sus manos algo más duro aún. Ya estaba de-
frente mí. Si era de los míos cometería una crueldad dejándolo pasar de-
frente y haciendo un enorme estruendo y mientras tomaba con la mano derecha
de las tablillas, estiré el brazo izquierdo y me erguí hasta que quedara

casi de pie, doblado el busto hacia adelante: tropecé con un brazo, corrí la mano y tomé una muñeca. El hombre tuvo un sobresalto y eso me tranquilizó: tampoco las tenía todas consigo. Tiré de la muñeca hacia abajo y hacia la derecha, queriendo indicarle que había allí un lugar disponible, y el ^mhombre, tras un instante de vacilación, tanteó el lugar con el pie y se agachó; lo solté entonces, pero él, estirando el brazo al azar, aunque calculando en la sombra la dirección en que el mío se retiraba, alcanzó a tomarme de la mano, sobre cuyo dorso golpeó suavemente con sus dedos; susurró: "gracias, compañero" y se hundió en la oscuridad y en el silencio.

No había más que esperar y decidí no hacer nuevos esfuerzos para ver o para oír - ¿y qué quieren ver?, había preguntado la voz-. Allí quedé, inmóvil sentado sobre los ladrillos, la cabeza entre las manos, cerrados los ojos, que no me servían para nada. Hacía calor y el aire se sentía pesado. ¿Qué hora sería? ¿Las tres? ¿Las cuatro? ¿Hasta qué horas estaríamos encerrados allí? ¿A dónde nos llevarían después y qué ocurriría? Apareció en mi mente el pasado, todo seguía igual en él: mi madre, mi padre, mis hermanos; éstos se movían y aquellos estaban inmóviles y todos me miraban, pero me miraban desde alguna parte iluminada, desde la acera de una calle, desde la puerta de una casa, desde la orilla de un río, desde una habitación iluminada por una lámpara de suave luz y de blanca pantalla. No podían hacer nada por mí y yo no podía hacer otra cosa que mirarlos desde la sombra, de uno en uno, recordando sus rostros y sus cuerpos, observando sus movimientos y recordando sus llantos o sus sonrisas. Los ojos de mi madre me miraban desde un sitio más lejano y estaban como inmóviles. Algo corrió por mi pezcuezo; me estremecí y el pasado se desvaneció; encogí el brazo y tomé algo pequeño y vivo que mantuve durante un segundo entre mis dedos y que arrojé luego al aire; era suave al tacto y redondo de forma; una cucaracha, de seguro. Me refregué el pezcuezo con dureza y dudé entre quedarme allí o buscar un nuevo lugar; me retuve: todos serían iguales, y si no lo eran, no había cómo elegir. Qui-

de pie, doblando el busto hacia adelante: tropecé con un brazo, corrí
 mano y tomé una muñeca. El hombre tuvo un sobresalto y eso me tranquilizó;
 poco las tenía todas consigo. Tiré de la muñeca hacia abajo y hacia la de-
 izquierda, queriendo indicarle que había allí un lugar disponible, y el hombre
 un instante de vacilación, tanteó el lugar con el pie y se agachó; lo
 entonces, pero él, esquivando el brazo al azar, nunca calculando en la
 para la dirección en que el mío se retiraba, alcanzó a tomarme de la mano,
 cuyo dorso golpeó suavemente con sus dedos; susurró: "gracias, compaña-
 co" y se hundió en la oscuridad y en el silencio.
 No había más que esperar y decidí no hacer nuevos esfuerzos para ver o
 oír - ¿y qué quieren ver?, había preguntado la voz-. Allí quedé, inmóvil
 sobre los ladrillos, la cabeza entre las manos, cerrados los ojos.
 no me servían para nada. Hacía calor y el aire se sentía pasado. ¿Qué
 sería? ¿Las tres? ¿Hasta qué horas estaríamos encerrados
 allí? ¿A dónde nos llevarían después y qué ocurriría? Aparecí en mi mente el
 ando, todo seguía igual en él: mi madre, mi padre, mis hermanos; éstos se
 vian y aquellos estaban inmóviles y todos me miraban, pero me miraban des-
 alguna parte iluminada, desde la acera de una calle, desde la puerta de
 casa, desde la orilla de un río, desde una habitación iluminada por una
 mpera de suave luz y de blancas pantallas. No podían hacer nada por mí y yo
 podía hacer otra cosa que mirarlos desde la sombra; de uno en uno, reco-
 lendo sus rostros y sus cuerpos, observando sus movimientos y recordando
 los liantos o sus sonrisas. Los ojos de mi madre me miraban desde un sitio
 lejano y estaban como inmóviles. Algo corría por mi pescuezo; me estreme-
 cía y el pasado se desvanecía; encogí el brazo y tomé algo pequeño y vivo
 me mantuve durante un segundo entre mis dedos y que arrojé luego al aire;
 suave al tacto y redondo de forma; una chuchería, de seguro. Me retiré
 pesonero con dureza y dudé entre quedarme allí o buscar un nuevo lugar;
 retroce: todos serían iguales, y si no lo eran, no había como elegir. Qui-

zá se tratara de una única cucaracha, perdida también en la oscuridad. Permanecí, pues, en actitud de espera, con el pescuezo tieso; algo vendría: instantes después un nuevo insecto se movió sobre mi nuca; su roce fué más ~~fuerte~~ suave y más liviano que el del anterior; volví a echar mano, lo tomé y sentí que se me deshacía entre los dedos: una chinche. Me oí la mano; sí, lo era, mejor dicho, había sido; estaba sentado sobre una fábrica de insectos. Me erguí y junto con erguirme sentí que una rápida traspiración empezaba a brotar de mi cuerpo, mientras algo me subía a la garganta. Erguido, miré hacia un lado y otro y pude ver, con gran sorpresa, que frente a mí, en línea oblícua, había una puerta de reja; talvez la emoción aumentaba mi capacidad visual. Me dirigí hacia ella sin vacilar, tropezando en el trayecto con alguien tendido en el suelo, que gruñó, pero al que no hice el menor caso: una desesperación nerviosa empezaba a tomarme; y no me habiese importado pelearme con cualquiera. La puerta tenía gruesos y tableados barrotes y estaba asegurada por un candado y una cerradura; estúpidamente traté de remecerla, pero, claro~~x~~ está, no se movió ni hizo ruido alguno; mi desesperación aumentó; no me quedaría allí; de quedarme, sufriría una fatiga o un ataque nervioso; no tenía miedo, pero sí angustia; tomé el candado, que colgaba de una cadena, y lo azoté contra el latón de la cerradura, produciendo un ruido que vibró secamente en la noche, extendiéndose en la oscuridad; oí que varias personas gruñían, lanzaban suspiros o decían ^{algunas} ~~alguna~~ palabras: despertaban, sobresaltados. No hubo respuesta. Volví a golpear con más fuerza y grité, además:

-¡Eh!

La gente volvió a moverse, a suspirar y a gruñir y alguien gritó, preguntando por qué metía tanta bulla; no hice caso y volví a golpear y a gritar, ya temeroso de que nadie respondiera y tuviese que quedarme allí, fracasado y rabioso. Oí unos pasos, sin embargo, y alguien salió al patio, preguntando con voz fuerte:

se trataba de una única sucesión, perdida también en la oscuridad.
Y cuando, pues, en actitud de esperar, con el pescadero tierno; algo vendría:
tantas después un nuevo insecto se movió sobre mi nariz; en poco fué más
y me fue y más liviano que el del anterior; volví a echar mano, lo to-
y sentí que se me deshacía entre los dedos: una chinche. Me oí la mano;
lo era, mejor dicho, había sido; estaba sentado sobre una fábrica de
sectos. Me erguí y junto con erguirme sentí que una rápida transición
pesaba a proteger de mi cuerpo, mientras algo me subía a la garganta. Er-
lido, miré hacia un lado y otro y pude ver, con gran sorpresa, que fren-
a mí, en línea oblicua, había una puerta de rojas; tal vez la emoción
mentaba mi capacidad visual. Me dirigí hacia ella sin vacilar, propo-
ndo en el trayecto con alguien tendido en el suelo, que gruñó, pero al
a no hice el menor caso: una desoperación nerviosa empezaba a tomarme
no me dejase importado por el ruido con cualquier. La puerta tenía gruesas
tablas de barcos y estaba asegurada por un cerrojo y una cerradura;
abridamente traté de remecerla, pero, claro está, no se movió ni hizo
lido alguno; mi desoperación aumentó; no me quedaba allí; de quedarme,
trínala una fatiga o un estado nervioso; no tenía miedo, pero al anu-
la; tomé el cerrojo, que colgaba de una cadena, y lo saqué contra el la-
do de la cerradura, produciendo un ruido que vibró sóloamente en la no-
a, extendiéndose en la oscuridad; al que varias personas gruñían, lanzan-
algunas
en suspiros o decían algunas palabras desparatadas, sobresaltados. No hubo
apostate. Volví a golpear con más fuerza y grité, además:
-¡En!
La gente volvió a moverse, a suspirar y a gruñir y alguien gritó, pro-
undando por qué había tanta bulia; no hice caso y volví a golpear y a gri-
ar, ya temeroso de que nadie respondiera y tuviese que quedarme allí, tra-
sado y rabioso. Al unos casos, sin embargo, y alguien salió al patio, pro-
undando con voz fuerte:

-¡Qué pasa! volví a pensar en lo que sucedería al siguiente día.

-Aquí, por favor- llamé. y una claridad lechosa surgió del suelo y de

El hombre avanzó hacia el calabozo y se acercó a la puerta; veía, al parecer, en aquella oscuridad.

-¿Qué le ha pasado? - me preguntó, con una voz mucho más suave de lo que esperaba los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia

-Sáqueme de aquí; no me siento bien.

-¿Está enfermo? - me dijo algo inesperado, la muerte, por ejemplo, o la

Ahora lo veía, aunque sólo en bulto: un gendarme; su cara era una mancha oscura y sin rasgos; por su parte se inclinó y me miró de abajo ^aarriba, queriendo distinguir mi cara. Igual a las de aquel en que por primera

-Creo que me va a dar una fatiga; déjeme ~~xxxx~~ salir al patio.

Echó mano al llavero y abrió primero el candado y luego la cerradura; la puerta giró, lanzando un pequeño chirrido de sierra y salí. El gendarme volvió a cerrar, guardó su llavero y dijo: ~~meoría no me era indio~~. Alguien

-Quédese por aquí, pero no vuelva a gritar.

Se fué. Todo transcurrió con gran suavidad y fué sentido más que visto por mí. Allí quedé. Un soplo de viento, una brisilla, me recorrió la cara; me tranquilicé y di unos pasos. ^{me parecía} ~~Había supuesto~~, por la oscuridad que allí ^{había} ~~reinaba~~, que el patio tendría techo, pero aquella brisilla me hizo levantar la cabeza y mirar: un enorme y negro cielo refulgía arriba.

Sentí un escalofrío y estornudé. La transpiración había cesado. Registré mis bolsillos y hallé dos cigarrillos medio deshechos y fósforos; fumé y caminé por el patio, mirando de vez en cuando hacia arriba. Había altos muros alrededor del patiecillo y ví cómo terminaban contra el cielo. No tenía sueño; me sentía liviano, casi feliz y ni por un momento se me ocurrió la idea de escaparme; no podía pagar al gendarme con una tan mala moneda; por lo demás, quizá si él sabía, al dejarme solo en el patio, que no podría escapar; estaba en una Sección de Investigaciones y no en una feria de entre-

-¿Qué pasará...
-Ahí, por favor- llamó.
El hombre avanzó hacia el calabozo y se acercó a la puerta; vela, al
ocurrir, en aquella oscuridad.
-¿Qué le ha pasado? - me preguntó, con una voz mucho más suave de lo
que esperaba.
-¿Seguramente de aquí; no me siento bien.
-¿Está enfermo?
Ahora lo veía, aunque sólo en bulto; un gendarme; en carne propia me
la oscura y sin rasgos; por su parte se inclinó y me miró de espaldas,
tratando de distinguir mi cara.
-Creo que me va a dar una fatiga; déjeme ir al patio.
Eché mano al llavero y abrí primero el candado y luego la cerradura;
puerta giró, lanzando un pequeño chirrido de alfiler y salió. El gendarme
vió a correr, guardó su llavero y dijo:
-Quédese por aquí, pero no vuelva a gritar.
Se fué. Todo transcurrió con gran suavidad y libre sentido más que visto
a mí. Allí quedé. Un soplo de viento, una brisa, me recorrió la cara;
transcurrió y di unos pasos. ^{me parecía} ~~Hacia el patio~~, por la oscuridad que allí
había, que el patio tendría techo, pero aquella brisa me hizo pensar
en la cabeza y mirar: un enorme y negro cielo resplandecía arriba.
Entonces un escalofrío y estornudo. La transpiración había cesado. Registré
a polillas y hallé dos cigarrillos medio deshechos y fétidos; fumé y
miré por el patio, mirando de vez en cuando hacia arriba. Había alto más
a alrededor del patio y vi como terminaban contra el cielo. No tenía
aún me sentía liviano, casi feliz y así por un momento se me ocurrió la
idea de escaparme; no podía pagar al gendarme con una tan mala moneda; por
dormir, quizá si él sabía, al dejarme solo en el patio, que no podría sa-
car; estaba en una Sección de Investigaciones y no en una feria de entre-

tenimientos. No volví a pensar en lo que sucedería al siguiente día.

Pronto empezó a amanecer y una claridad lechosa surgió del suelo y de los muros; parecía que la atmósfera se aclaraba por sí misma y que la oscuridad se desvanecía voluntariamente. Palidecieron las estrellas: un nuevo día ~~XXXX~~ avanzó hacia los seres humanos, hacia todos, hacia ^{los} presos y hacia los ^{libres}, hacia los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia los viejos, hacia los miserables y hacia los poderosos, trayendo lo mismo que trajera el anterior o algo inesperado, la muerte, por ejemplo, o la desesperación. Miré hacia el calabozo, que ya casi había olvidado, y me sorprendió ver que todo su frente era una sola reja y muros sus otras partes; sus dimensiones eran casi iguales a las de aquél en que por primera vez estuve preso. Era necesario pagar las cuotas, ^{de} a poco claro está, ya que nadie puede pagarlas de un golpe, salvo que se muera: la primera fué aquella; la segunda, la muerte de mi madre; la tercera, la detención y condena de mi padre; ésta era la cuarta, si mi memoria no me era infiel. Algunos hombres estaban ya en pie y se acercaban a la reja, mirando hacia afuera como quien mira hacia un desierto; algunos de mis compañeros estaban entre ellos y me sonrieron; nos reconocíamos.

Varios gendarmes entraron al patio. La noche terminaba: durante ella había tocado con las puntas de los pies, como un bailarín o un nadador, una de las innumerables profundidades que el hombre toca durante su corta o larga vida, una profundidad en que existe una angustiosa presión física y moral que uno puede soportar o no, pero que, en todo caso, debe primero aceptar o rechazar, conformándose con ella o rebelándose contra ella. La había rechazado, no porque no pudiera rechazarla sino porque nada me decía que debía hacerlo, ninguna causa, ninguna razón. Y me alegraba de ello. De haberla aceptado y soportado porque sí, sin más ni más, como quien acepta y soporta una bofetada o un insulto, habría sentado en mí mismo un funesto precedente para mi vida futura; quizá qué hechos o situaciones habría lle-

intentos. No volví a pensar en lo que sucedería al siguiente día.

Pronto empecé a amanecer y una claridad febril surgió del suelo y de
 muras; parecía que la atmósfera se sofocaba por el mismo y que la oscu-
 ridad se desvanecía voluntariamente. Palidecieron las estrellas: un nuevo
 amanecer avanzó hacia los seres humanos, hacia todos, hacia jóvenes y hacia
 viejos, hacia los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia
 viejos, hacia los miserables y hacia los poderosos, trayendo lo mismo
 traía el anterior o algo inesperado, la muerte, por ejemplo, o la
 asociación. Miré hacia el cielo, que ya casi había olvidado, y me
 acordé de ver que todo el mundo era una sola cosa y muras una cosa par-
 ticular. Las dimensiones eran casi iguales a las de aquel en que por primera
 vez estuve preso. Era necesario pagar las cuotas, y de a poco claro está, ya
 nadie podía pagarlas de un golpe, salvo que se muriera; la primera fue
 ella; la segunda, la muerte de mi madre; la tercera, la detención y com-
 de mi padre; ésta era la cuarta, si mi memoria no me era infiel. Algun-
 hombres estaban ya en pie y se acercaban a la reja, mirando hacia afuera
 quien mira hacia un desierto; algunos de mis compañeros estaban entre
 y me reconocieron; nos reconocíamos. La noche terminaba: durante ella ha-
 Varlos gendarmes entraron al patio. La noche terminaba: durante ella ha-
 tocado con las puntas de los pies, como un bailarín o un nadador, una
 innumerables profundidades que el hombre toca durante su corta o
 vida, una profundidad en que existe una angustiosa presión física y
 que uno puede soportar o no, pero que, en todo caso, debe primero acep-
 o rechazar, conformándose con ella o rebelándose contra ella. La había
 pasado, no porque no pudiera rechazarla sino porque nada me decía que
 la rechazara, ninguna causa, ninguna razón. Y me alegraba de ello. De ha-
 la aceptado y soportado porque sí, sin más ni más, como quien acepta y
 una botella o un inodoro, había sentido en mí mismo un finísimo
 dentro para mi vida futura; quizá que hechos o situaciones había lle-

gado a soportar y aceptar después.

-¡A ver: de a dos en fila! ¡Vamos, pronto!

VIII

...era su cara y en ella se veían algunas arrugas profundas y...
...los labios, gruesos, estaban constantemente húmedos, como si se...
...la boca, y la lengua, abultada y de color violáceo, los barría a...
...no para humedecerlos, como es costumbre, sino que para recoger lo...
...de su... escapaba. Su expresión, sin embargo, era despectiva y...
...azura, aunque de modo estropeado: quizá si la abundancia de...
...ver o el volumen de la lengua le obligaban a ello; debía decir con...
...que pensaba o necesitaba decir, y que si tenía la boca abierta durante...
...suficiente tiempo podía ocurrirle algo desagradable. Declaró llamarse...
...Hernández, ser pintor y llevar como apodo el de El Azarcón, que se...
...con seguridad, al color de la piel de su rostro.

-¡El Azarcón! -- exclamó el legado de voz al oír el alias...
...que es sobrenombre! permítame felicitarlo: le queda que al pintado.

...de compañero en la guerra, si tarde podía llamarse...
...

-De a dos, de a dos -- exclamó el legado, al ver a...
...los algunos pocos hombres, desgranados y...
...arraigados a la reja y mirando hacia el...
...unos, conocidos y desconocidos, todos...
...la... silenciosos. No había...
...estaba con él. Los rostros...
...los...
...el brazo, cerca de la... y...

la puerta, colgada y firme.

Quedamos unidos.

El Azarcón se acercó, obediente, y el gendarme repitió la operación en
nuestro derecho. Quedamos amarrados como el otro, inmóviles, esperando que
completara la hilera. Los ojos de los gendarmes era lo único que se veía
el patio. Ya amarrados, nos hicieron marchar avanzando por el corredor, por la
puerta y salieron a la calle.

VIII

Roja era su cara y en ella se veían algunas espinillas próximas a esta-
llar; los labios, gruesos, estaban constantemente húmedos, como si la saliva
rebalsara la boca, y la lengua, abultada y de color violáceo, los barría a
menudo, no para humedecerlos, como es costumbre, sino que para recoger lo
que se ~~le~~ escapaba. Su expresión, sin embargo, era despierta y hablaba con un
dulzura, aunque de modo atropellado: quizá si la abundancia de secreción sa-
livar o el volumen de la lengua le obligaban a ello; debía decir con rapidez
lo que pensaba o necesitaba decir, ya que si tenía la boca abierta durante
demasiado tiempo podía ocurrirle algo desagradable. Declaró llamarse Florenti-
no Hernández, ser pintor y llevar como apodo el de El Azarcón, que se de-
bía, con seguridad, al color de la piel de su rostro.

--¡El Azarcón! -- exclamó El Cagada de Mosca al oír el alias --. ¡Ese
sí que es sobrenombre! Permítame felicitarlo: le queda que ni pintado.

Me tocó de compañero en la cuerda, si cuerda podía llamarse aquella hi-
lera.

--De a dos, de a dos -- exigió el gendarme, al ver a todos en el patio.
en

Sólo algunos pocos hombres, desgredados y sucios, quedaron/el calabo-
zo, arrimados a la reja y mirando hacia el patio como hacia un desierto.
Los demás, conocidos y desconocidos, recién llegados o residentes, formamos
en la cuerda, silenciosos. No había de qué hablar; cada uno pasaba lo suyo
y tenía bastante con ello. Los rostros estaban llenos de cansancio y las ro-
pas eran como estropajos. El gendarme se acercó por el lado izquierdo, me-
tió las manos bajo el brazo, cerca de la axila, y a poco sentí el apretón

VIII

losa era su cara y en ella se veían algunas espinitas próximas a estas; los labios, gruesos, estaban constantemente húmedos, como si la saliva fuera la boca, y la lengua, abultada y de color violáceo, los hacía a do, no para humedecerlos, como es costumbre, sino que para recoger lo se les escapaba. Su expresión, sin embargo, era despierta y hablaba con mura, aunque de modo atropellado: quizá si la abundancia de secreción sa- r o el volumen de la lengua le obligaban a ello; debía decir con rapidez la pensaba o necesitaba decir, ya que si tenía la boca abierta durante el tiempo podía ocurrirle algo desagradable. Declaró llamarse Florent Hernández, ser pintor y llevar como apodo el de El Azarcón, que se de- con seguridad, el color de la piel de su rostro.

--El Azarcón! -- exclamó El Caballero de Mosca al oír el alias --. ¡Ese me es sobrenombre! Permítame felicitarlo: le queda que ni pintado.

Le tocó de compañero en la cuerda, si cuerda podía llamarse aquella ni- --de a dos, de a dos -- exigió el gendarme, al ver a todos en el patio. Sólo algunos pocos hombres, desgreñados y sucios, quedaron en el calabozo, mirando hacia el patio como hacia un desierto. Ganás, conocidos y desconocidos, recién llegados o residentes, formamos la cuerda, silenciosos. No había de qué hablar; cada uno pasaba lo suyo más bastante con ello. Los rostros estaban llenos de cansancio y las to- eran como atropellos. El gendarme se acercó por el lado izquierdo, me- las manos bajo el brazo, cerca de la axila, y a poco sentí el apretón

de la cuerda, delgada y firme.

--Acérquese usted.

El Azarcón se acercó, obediente, y el gendarme repitió la operación en su brazo derecho. Quedamos amarrados ~~unom~~ al otro, inmóviles, esperando que se completara la hilera. Los pasos de los gendarmes era lo único que se oía en el patio. Ya amarrados, nos hicieron ~~marchar~~ avanzar por el zaguán, abrieron la puerta y salimos a la calle, de a dos, como escolares que van a dar un paseo, los gendarmes en la orilla de la fila, sin sables y sin carabinas, pero con revólver. Eramos más o menos cincuenta hombres, divididos, amarrados, mejor dicho, de a dos. Se veía poca gente en las calles y la que encontrábamos nos miraba con curiosidad y sin interés: éramos un espectáculo. Muchos no sabíamos qué hacer con nuestros ojos y algunos mirábamos fijamente el suelo; otros devolvíamos con rapidez las miradas de los transeúntes, que nos miraban, por el contrario, con largueza. Sentíamos de pronto una especie de orgullo y nos erguíamos y mirábamos con desdén, procurando aparentar que éramos seres peligrosos. Sabíamos que aquello no era más que una manera de defendernos, ~~para~~ una manera infantil, pero el hombre se defiende como puede. Los que miraban, por lo demás, no lo sabían. ¿Acaso a un borracho o a quien ha robado una escoba o a aquél que sólo ha dado unas bofetadas a un prójimo o roto unos faroles en un motín, se le puede llevar amarrado y vigilado por gendarmes ^{con revólver} al cinto? No. Eramos, de seguro, gente de avería, y aunque muchos sintiéramos que no éramos sino unos pobres diablos, incapaces, normalmente, de hacer nada grave, procurábamos, con nuestro tanteo, aparentar lo contrario; justificábamos así a la policía. Cuando nadie nos miraba sentíamos la estupidez y la humillación de todo aquello.

Las calles se veían sembradas de trozos de vidrios, de piedras, de pedazos de asfalto, de papeles. Atravesamos la avenida en que fueron volcados los tranvías. Ya no estaban. Durante la noche habían sido enderezados y llevados a los depósitos. Circulaban otros, llenos de trabajadores que nos gri-

la cuerda, déjale y fíjate.

—¿Qué quieres hacer?

El Azorón se acercó, obediente, y al levantarse repitió la operación en
 otro despacho. Queramos mostrarles ahora el otro, inmovilizado, esperando que
 completara la hilera. Los pasos de los gendarmes era lo único que se oía
 en el patio. Ya empujados, nos hicieron retroceder por el pasadizo, abrié-
 ra la puerta y salimos a la calle, de a dos, como escolares que van a dar
 clase, los gendarmes en la orilla de la fila, sin hablar y sin mirar.
 Pero con revolver. Éramos más o menos cincuenta hombres, divididos
 en tres, mejor dicho, de a dos. Se veía poca gente en las calles y la que
 quedaba nos miraba con curiosidad y sin interés: éramos un espectáculo
 nuevo no sabíamos qué hacer con nuestros ojos y algunos miraban li-
 brando el cuello; otros devolvíanlos con rapidez las miradas de los transeun-
 tes que nos miraban, por el contrario, con indiferencia. Sentíamos la propia
 especie de orgullo y nos erguimos y mirábamos con desafío, procurando
 mantener una serena actitud peligrosa. Sabíamos que aquello no era más que
 un juego de defendernos, una manera infantil, pero el hombre se de-
 fende como puede. Los que miraban, por lo demás, no lo sabían. Pasado a
 nosotros o a quien se robaba una especie o a aquel que sólo ha dado una
 patada a un prójimo o roto unos faros en un motor, se le puede llevar
 preso y vigilado por gendarmes. ¿El cinco? No. Éramos, de seguro, gente de
 clase, y aunque muchos sintiéramos que no éramos sino unos pobres diables,
 nosotros, normalmente, lo hacemos nada grave, procurando, con nuestro in-
 terior, apartar lo contrario; justificábamos así a la policía. Cuando nadie
 miraba sentíamos la estupidez y la humillación de todo aquello.
 Las calles se veían sembradas de trozos de vidrios, de piedras, de pa-
 pel de satén, de papeles. Tráveselos la avenida en que fueron volados
 los vidrios. Ya no estaban. Durante la noche habían sido arrojados y lle-
 vados a los depósitos. Giraban por otros, llenos de trozos de vidrios que nos

taban y nos hacían amistosas señales.

El trayecto no era muy largo. Sentía un hambre atroz y recordaba con nostalgia el trozo de pescado que engullera antes de ser detenido. ¿Cuándo volvería a comer algo? Misterio. No tenía dinero ni nada que pudiera vender para procurarme dinero con qué comprar un bocado. Aquella parte de mi próxima vida futura estaba en blanco. Entramos en una calle de edificios altos y de color ocre. La calle era breve, de tres o cuatro cuadras a lo sumo, y terminaba al ~~pie~~ pie de un cerro, donde se convertía en algo diferente, pues perdía su línea, su anchura y su dirección, trepando con trabajo el faldeo del cerro, ayudada por escalinatas de piedras o empinadas escalas de madera.

Nuestro destino era la Sección de Detenidos, edificio macizo y de color sucio, donde funcionaban, además y seguramente para comodidad de los detenidos, los juzgados; ~~dentro~~ de ellos se pasaba a los calabozos: unos pasos y listo. Trepamos unas escaleras y circulamos por unos pasillos llenos de pequeñas oficinas, cuchitriles de secretarios, receptores, copistas, telefonistas, archivadores, gendarmes, todas amobladas con lo estrictamente necesario: una mesa, una silla, otra mesa, otra silla, un calendario, otro calendario, números negros, números rojos, salivaderas, tinteros, muchos tinteros, más tinteros, tinteros aquí, tinteros allá; la justicia necesita muchos tinteros. Por fin, en una sala amplia y de alto techo nos detuvimos ante una puerta: Primer Juzgado del Crimen. La hilera se derrumbó y los hombres nos arremolinamos, agrupándonos, los gendarmes en la orilla. Se cerró la puerta y se procedió a desamarrarnos; ya no había peligro de que alguien escapara. Nos sentamos en las bancas, desazonados. El Azarcón, acostumbrado ya a mi compañía, se sentó a mi lado y me ofreció cigarrillos.

--Puede que llegue pronto el juez -- dijo, pasando la lengua por los labios al terminar la frase.

--¿Por qué?

ban y son hechos enmitados afeñados.

El trayecto no era muy largo. Sentía un hambre atroz y recordaba con nostalgia el trato de pensión que enjuiciera antes de ser detenido. ¿Cuánta universidad a comer algo? Misterio. No tenía dinero ni nada que pudiera andar para procurarme dinero con que comprar un pedazo. Aquella parte de la próxima vida futura estaba en blanco. Entramos en una calle de edificios altos y de color ocre. La calle era breve, de tres o cuatro cuadras a lo sumo, y terminaba al mismo pie de un cerro, donde se convertía en algo diferente, pues perdía su línea, su anchura y su dirección, trépidamente con trabajo al lado del cerro, cruzada por escalinatas de piedras o empinadas escalas de madera.

Nuestro destino era la Sección de Detención, edificio macizo y de color ocre, donde funcionaban, además y seguramente para comodidad de los detenidos, los juzgados; ~~en~~ de ellos se pasaba a los calabozos: unas pocas lianas. Trepanos unas escaleras y circulamos por unas pasillos llenos de pequeñas oficinas, escritorios de secretarios, receptores, copistas, telegrafistas, archivadores, cambiadores, todas empujadas con lo estruendosamente necesario: una mesa, una silla, otro mesa, otra silla, un calendario, otro calendario, números pegados, números rojos, salivaderas, tintores, muchos tintores, más tintores, tintores azul, tintores amarillos, la justicia necesita muchos tintores. Por fin, en una sala amplia y de alto techo nos detuvimos ante una puerta: Primer Juzgado del Crimen. La hilera se detuvo y los hombres con estremecimientos, agrupándose, los cambiadores en la oficina. Se abrió la puerta y se procedió a desamarrarnos; ya no había peligro de que alguien nos agarrara. Nos sentamos en las bancas, desazonados. El varón, acostumbrado ya a mi compañía, se sentó a mi lado y me ofreció cigarillos.

--Puede que llegue pronto el juez -- dijo, pasando la lengua por los labios al terminar la frase.

--Por qué?

--Así no tendremos que esperar y nos largarán luego.

De pronto se acercó más a mí y me preguntó, en voz baja:

--¿Tiene plata?

Era la pregunta que menos esperaba y la más impropia.

--Ni un centavo.

Se sacó el cigarrillo de la boca y lo miró: estaba mojado hasta la mitad. Lo cortó, dejó caer al suelo el trozo humedecido y colocó el resto en la boca.

--Seguramente -- dijo -- nos condenarán por borrachos: cinco pesos de multa o cinco días de detención. Barato, ¿no es cierto?

Me miró, como pidiéndome una opinión. Sus ojillos eran de color oscuro y de apacible mirada. Asentí, mientras miraba su cigarrillo: la saliva llegaba ya al extremo. Los demás detenidos permanecían silenciosos o entablaban dificultosos diálogos en voz baja, como si la presencia de los gendarmes les intimidara. Estos, por su parte, sentados en los extremos de las largas bancas, callaban y bostezaban.

--¿En qué trabaja usted?

--Soy pintor.

Eché una mirada a mi ropa: el albayalde estaba a la vista.

--No me había fijado -- comentó.

Yo había mirado ya la suya, que se veía limpia, sin las manchas de ordenanza en los del oficio; una ropa humilde, por lo demás, de género tieso.

--Me tomaron en el peor momento -- se lamentó.

Sacó el cigarrillo de la boca y lo miró: la saliva lo había apagado. Lo dejó caer y continuó:

--Iba a juntarme con una mujercita que he estado trabajando durante meses y que durante meses me había dicho que no. Ahora me había dicho que sí. Me había cambiado de ropa y hasta bañado. Valía la pena; pero no alcancé a llegar y estará pensando y diciéndose que soy un marica. ¡Supera la noche-

--¿Y no tendrías que esperar y no largar luego.

De pronto se acordó más a mí y me preguntó, en voz baja:

--¿Tienes plaza?

En la pregunta que menos esperaba y la más fúrpida.

--Ni un centavo.

Se acordó el cigarrillo de la boca y lo miró: estaba rojado hasta la mi-

ra. Lo cortó, dejó caer el anillo el frío humedecido y colóalo el resto en

--seguramente -- dijo -- nos condenarán por borrachos: cinco pesos de

los o cinco días de detención. Basta, ¿no es cierto?

Me miró, como pidiéndome una opinión. Sus ojos eran de color oscuro

de horrible mirada. Asentí, mientras miraba su cigarrillo: la saliva le

ya al extremo. Los demás detenidos permanecían silenciosos e indiferentes

las mismas distancias en voz baja, como si la presencia de los condenados les

indiferente. Basta, por su parte, sentados en los extremos de las barras pan-

o, salían y bostezaban.

--¿Y qué trabajo tienes?

--Soy pintor.

Entonces me miró a mi ropa: el alfilerado estaba a la vista.

--No me había fijado -- comentó.

Yo había mirado ya la suya, que se veía limpia, sin las manchas de orde-

na en los del otro; una ropa humilde, por lo demás, de género ruso.

--Me dormí en el peor momento -- se lamentó.

Se acordó el cigarrillo de la boca y lo miró: la saliva lo había apagado. Lo

lo cortó y continuó:

--Los a justarse con una mujerita que se estaba trabajando durante me-

ra y que durante meses me había dicho que no. Ahora me había dicho que sí.

había cambiado de ropa y hasta peinado. Valía la pena; pero no alcanzó a

estar y estaba pensando y diciéndose que soy un marica. ¡Basta la noche-

cita que he pasado! Y no crea que me metí en la pelea: me metieron. Lástima; perdí una buena noche. Pero habrá otra, ¿no es cierto?

Echó mano a su chaqueta, como para sacar de nuevo cigarrillos, pero se arrepintió y no sacó nada. ¿Para qué, si le alcanzaban apenas para un par de chupadas? Se restregó las manos y agregó:

--Creo que fué usted el que me agarró de la mano, anoche, en el calabozo, cuando andaba más perdido que un ciego en un basural. ¿Dónde trabaja?

--Estoy sin trabajo.

--¿Con quién trabajaba?

--Con el maestro Emilio.

--¿Emilio?

--Sí: Emilio Daza.

Pensó un instante:

--No lo conozco.

Miró a su alrededor; nadie nos observaba ni hacía de nosotros el menor caso. Murmuró:

--Ando con plata. Como iba a juntarme con la fiata me hice de unos pesos y los tengo aquí, bien guardados, claro, porque no se puede uno fiar de nadie. Si nos condenan por borrachos le pagaré la multa: total, son cinco pesos; no vale la pena.

Le agradecí con un movimiento de cabeza; y como si aquello tuviese el carácter de negocio concluido echó de nuevo mano a la chaqueta y sacó el paquete de cigarrillos, ofreciéndome uno:

--Fume.

--Gracias.

Preferí no volver a mirarlo, a pesar de que el proceso que sufría su cigarrillo era digno de verse: la saliva fluía como por un canuto; pero era un buen hombre, generoso, además, y no quería que llegara a molestarse si me sorprendía mirándolo con esa intención.

que ha pasado! Y no crea que me metí en la pelea; me metieron. Les-

perdi una buena noche. Pero habrá otra, ¿no es cierto?

Quedó sano a su chiquete, como para sacar de nuevo cigarrillos, pero se

acabó y no sacó nada. ¡Para qué, si le alcanzaban apenas para un par

de cigarrillos? Se restregó las manos y se regó:

--Oreo que fue usted el que me agarró de la mano, anoche, en el calabozo.

Y me sacó una perdición que me ciego en un instante. ¿Dónde trabaja?

--Trabajo sin trabajo.

--¿Con quién trabajaba?

--Con el maestro Emilio.

--¿Emilio?

--Sí: Emilio Díaz.

Quedó un instante:

--Me lo conozco.

Miró a su alrededor; nadie nos observaba ni hacía de nosotros el menor

caso. Intimidó:

--Venga con usted. Como iba a juntarme con la lista me hice de una parte

los tengo aquí, bien guardados, claro, porque no se puede uno fiar de na-

da. Si nos condenan por porra nos la pagará la multa: total, son cinco pa-

ra; no vale la pena.

Se acercó con un movimiento de cabeza; y como al suelo tuviese el

pie de su negocio concluido echó de nuevo mano a la chiqueta y sacó el

paquete de cigarrillos, ofreciéndome uno:

--Tome.

--Gracias.

Intentó no volver a mirarlo, a pesar de que el proceso que había en

su mente era digno de verse la saliva fluya como por un caño; pero era

una persona, generosa, además, y no quería que llegara a molestarse si se

trataba de algo con esa intención.

Los detenidos parecían haberse convertido en piedras. Ya no hablaban y fuera de ~~unos~~ dos o tres que fumaban, los demás no se movían; con la vista fija en el suelo, en las paredes o en el techo, la imaginación y el recuerdo muy lejos de allí o demasiado cerca, ensimismados, las manos sobre los muslos, cruzadas sobre el vientre o jugando con un palo de fósforo o un cigarrillo, estaban tan lejos unos de otros como una estrella de un árbol. Se les veía sucios, arrugados los trajes, trasnochados, despeinados, hambrientos quizá. Pensarían en su mujer o en sus hijos, si los tenían, o en su trabajo, en sus pequeños intereses, en la pieza que ocupaban en algún conventillo, en la colchoneta rota, ~~en~~ en las mil pequeñas y miserables cosas que ocupan la mente de los hombres que debido a su condición no pueden pensar en asuntos más elevados. Los gendarmes, por su parte, no estaban más entretenidos ni pensaban en asuntos más sublimes; sus rostros estaban ~~en~~ alargados por el aburrimiento y la inacción; se movían sobre las bancas, cruzando y descruzando las piernas y sentándose sobre una nalga y sobre la otra. Uno murmuró:

--¡Qué lata! ¡A qué hora llegará el juez!

El juez llegó, por fin: un señor de edad mediana, muy limpio, delgado, un poco calvo y cargado de espaldas, que nos miró de reojo en tanto abrían la puerta: éramos su primer trabajo del día. Nos removimos en los asientos, suspiramos, tosimos, y los gendarmes se pusieron de pie. Tras el juez entraron tres o cuatro personas, empleados, seguramente, limpios, casi atildados, rozagantes: sus noches habían sido buenas. Momentos después se abrió la puerta y una de aquellas personas dijo, con voz sonora:

--Que pasen los detenidos.

Nos hicieron entrar en fila. El juez estaba sentado detrás de un escritorio situado sobre una tarima cubierta por un género felpudo de color rojo oscuro; tenía los codos afirmados sobre el escritorio y la cabeza reposaba sobre las manos, juntas bajo el mentón. Se había puesto unos lentes.

Las detestables parecían haberse convertido en piedras. Ya no hablaban y
de una cosa o otra que murmuraban, los demás no se movían, con la vista
en el suelo, en las paredes o en el techo, la imaginación y el recuerdo
de allí o demandando cosas, ensimismados, las manos sobre los mus-
los, arrugadas sobre el vientre o jugando con un pelo de foforo o un alfiler,
estaban tan lejos unos de otros como una estrella de un árbol. Las
muecas, arrugados los frentes, trasmuchados, descompuestos, hambrientos
pensaban en un mujer o en una niña, en los tenían, o en un traba-
jo, en sus pequeños intereses, en la plaza que ocupaban en algún conventi-
lo, en la colchoneta roja, en las mil pequeñas y miserables cosas que
eran la mente de los hombres que debido a su condición no pueden pensar
sino en cosas elevadas. Los gendarmes, por su parte, no estaban más entre-
ñados ni pensaban en asuntos más sublimas; sus rostros estaban miran-
do por el aburrimiento y la inacción; se movían sobre las piernas, orina-
y descomponiendo las piernas y sentándose sobre una alfombra y sobre la otra.

---¡Qué lata! La que nos llega el juez!
El juez llegó, por fin: un señor de edad mediana, muy limpio, delgado,
poco calvo y cargado de espaldas, que nos miró de reojo en tanto abrían
puertas, éramos su primer trabajo del día. Nos removimos en los asientos,
piernas, tosíamos, y los gendarmes se pasaron de pie. Tras el juez en-
tron tres o cuatro personas, empaladas, seguramente, limpias, casi alida-
s, los gendarmes: sus rostros habían sido buenos. Momentos después se abrió

puerta y una de aquellas personas dijo, con voz con-
---no hacen los detestables.
Nos hicieron entrar en fila. El juez estaba sentado detrás de un escri-
to situado sobre una tarima cubierta por un género tejido de color ro-
jo oscuro, tenía las cosas alineadas sobre el escritorio y la cabeza apo-
yada sobre las manos, juntó bajo el mentón, se había puesto una lante-
ra.

La luz entraba por una ventana colocada detrás de ^{su} escritorio. Nos miró plácidamente, también con curiosidad, como los transeúntes, y también sin interés. Cuando entró el último de nosotros, una larga hilera, bajó las manos y miró unos papeles. Pareció un poco confuso; vaciló y levantó la cabeza dos o tres veces antes de decidirse a hablar. Por fin, dirigiéndose a uno de los gendarmes, preguntó, señalándonos con un movimiento de cabeza:

--¿No hay más?

El gendarme vaciló también y contestó, después de pensarlo:

--No, usía.

El juez manoteó sobre los papeles, levantando unos, bajando otros; después pareció contar algo y dijo:

--Aquí hay cuatro partes: hurto, riña, lesiones y desorden, y treinta y siete detenidos. ¡Qué barbaridad! Parece mitín.

Pensó un instante; talvez el número le acobardaba: no es lo mismo juzgar a uno que a treinta y siete. Después dijo:

--Pedro Cárdenas.

--Aquí señor -- respondió un hombre, avanzando un medio paso.

--Juan Contreras.

--Presente -- contestó otro.

El juez siguió nombrando y a cada nombre un detenido salía de la fila. Dirigiéndose al gendarme, dijo:

--Que esperen afuera.

Los hombres salieron sin mucho entusiasmo; la salida les significaba una mayor espera. Quedamos los que veníamos por riña y desorden, pero, aun así, el juez pareció intranquilo:

--No entiendo -- murmuró.

El secretario se levantó y se acercó a él, cambiando algunas palabras en voz baja; el juez le entregó uno de aquellos papeles. Sin vacilar y mirando el papel, el secretario empezó a recitar más nombres. Cuando terminó

las cosas por una vez más colocadas debajo de la escarifiera. Nos miró
entonces, también con curiosidad, como los presenciamos, y también sin
orden. Cuando entró al distrito de nosotros, una larga hilera, bajó las ne-
y miró unos papeles. Pareció un poco confuso; vaciló y levantó la cabe-
za o tres veces antes de decidirse a hablar. Por fin, dirigiéndose a
de los señores, preguntó, señalándonos con un movimiento de cabeza:
--¿No hay más?
El señor me volvió también y contestó, después de pensarlo:
--No, nada.
El juez manifestó sobre los papeles, levantando unos, bajando otros; des-
pués pareció contar algo y dijo:
--Aquí hay cuatro partes: parte, riña, lesiones y desorden, y trata-
da de delitos. ¿Qué barbaridad! Parece mentira.
Pensó un instante; tal vez el número le acordaba: no se lo mismo ju-
a uno que a treinta y siete. Después dijo:
--Pedro Oñaran.
--Aquí señor -- respondió un hombre, avanzando un medio paso.
--Juan Contreras.
--Presente -- contestó otro.
El juez siguió nombrando y a cada nombre un detenido salió de la fila.
--¿Qué al señor, dijo:
--Que esperen afuera.
Los hombres salieron sin mucho entusiasmo; la salida les suministró
mayor esperanza. Queríamos los que veníamos por riña y desorden, pero, una
el juez pareció interrumpir:
--No saliendo -- murmuró.
El secretario se levantó y se acercó a él, cambiando algunas palabras
voz baja; el juez le entregó uno de aquellos papeles. Sin vacilar y mi-
do el papel, el secretario empezó a leer los nombres. Cuando terminó

había tres grupos en la sala. Devolvió el papel al juez y se retiró a su escritorio, más pequeño, situado a un lado y abajo. El juez nos volvió a mirar y dijo, con voz lenta y titubeante, dirigiéndose a uno de los grupos:

--Desorden, riña, rotura de faroles, volcamiento de tranvías. . . ¿qué tienen que alegar?

Uno de los hombres avanzó un paso y dió unas explicaciones que nadie entendió, pero según las cuales no era culpable y había sido detenido por equivocación: iba por una calle y por otra apareció un grupo de gente, no pudo zafarse y lo tomaron, confundiéndolo con los demás. El juez oía con aburrimiento, sin interés, como si el hombre dijera algo que él había oído otras veces y que se supiera de memoria; no era ninguna novedad. Otro hombre repitió la misma canción. El secretario escribía sobre un papel alargado y de vez en cuando alzaba la cabeza para mirar a los que tartamudeaban. El juez golpeaba con las yemas de los dedos sobre los papeles; tenía ahora la cabeza apoyada en una de las manos y su mirada se fijaba ya en el declarante, ya en el papel, ya en los demás detenidos, ya en el techo o en el piso; parecía desorientado y cansado. No hablaron más que tres hombres. Los demás, comprendiendo que sería estúpido repetir lo ya dicho y difícil decir algo nuevo, callaron. Todo estaba dicho y nadie era capaz de agregar nada a lo dicho, mucho menos el juez. Pero habló de pronto, retirando la cabeza de la mano en que la apoyaba:

--Cinco días de detención o cinco pesos de multa; llévanselos.

Los hombres salieron atropelladamente, radiantes. Quedaron dos grupos y el juez dijo, dirigiéndose a uno de ellos:

--El caso de ustedes es más grave: agresión y lesiones. El parte dice que hirieron a varios policías.

Un hombre alto, fuerte, de ~~un~~ pelo ondeado y negrísimo, avanzó. Su ropa se veía hecha girones y tenía el rostro amoratado. Dijo, mirando ya al juez, ya a sus compañeros, con voz gruesa y violenta:

...las tres grupos en la sala. Devolví el papel al Juan y se retiró a su
victoria, más pedante, situado a un lado y abajo. El Juan nos volvió a
un y dijo, con voz lenta y titubeante, dirigiéndose a uno de los grupos.
--Desorden, rifa, noche de furcias, velamiento de tranvías... ¿Qué

...que se hiciera?

Uno de los hombres avanzó un paso y dió unas explicaciones que había
dado, pero según las cuales no era culpable y había sido detenido por
diversión: iba por una calle y por otra apareció un grupo de gente, no
de señores y lo tomaron, continuándolo con los demás. El Juan ola con
unimiento, sin interés, como si el hombre dijera algo que él había oído
las veces y que se aguijara de memoria; no era ninguna novedad. Otro hom-
bre repitió la misma canción. El secretario escribía sobre un papel, alar-
to y de vez en cuando miraba la cabeza para mirar a los que contaban-
se. El Juan golpeaba con las yemas de los dedos sobre los papeles; tenía
una la cabeza apoyada en una de las manos y su mirada se fijaba ya en el
oriente, ya en el papel, ya en los demás detenidos, ya en el techo o en
plac; parecía desorientado y cansado. No hablaron más que tres hombres.
...de más, comprendiendo que sería estúpido repetir lo ya dicho y difícil
por algo nuevo, callaron. Todo estaba dicho y nadie era capaz de agregar
de la lo dicho, mucho menos el Juan. Pero habló de pronto, retirando la
mano de la mano en que la apoyaba:

--Unos días de detención o cinco pesos de multa; llévanselos.

Los hombres salieron atropelladamente, ruidosos. Quedaron dos grupos

el Juan dijo, dirigiéndose a uno de ellos:

--El caso de ustedes es más grave: arresta y lea. El parte dice

...distinto a varios policías.

Un hombre alto, fuerte, de un pelo ondado y negro, avanzó, en ropa

...voló hacia ellos y se le el rostro empujado. Dijo, mirando ya al Juan,

...a sus compañeros, con voz gruesa y violenta:

--¿Lesiones, usía? Fuí detenido sin causa alguna ~~por la policía~~ a la salida de una cantina en donde lo único malo que hice fué tomarme un litro de vino a mi salud; me doblaron los brazos, me pegaron puñetazos en la cara y pelos en la cabeza. Mire, usía, cómo tengo la cara: como un mapa. Y mire cómo me dejaron la ropa. No he agredido a nadie y hasta este momento no sé por qué estoy preso.

El juez volvió la cara hacia el secretario, como pidiéndole auxilio, pero el secretario no supo cómo auxiliarlo: el hombre tenía un acento tan convincente, su rostro estaba tan golpeado, tan destrozada su ropa, que era imposible no creerle o contradecirle. Por fin, dirigiéndose a uno de los gendarmes, el juez preguntó:

--¿Han venido policías heridos?

--No, usía -- contestó el gendarme.

--No hay pruebas -- dijo el juez, paseando de nuevo la mirada por el grupo de hombres trasnochados --. ¿Y usted? -- preguntó a otro de los detenidos.

El interpelado resultó ser El Azarcón; sacó la lengua y la pasó rápidamente por los labios; era necesario precaverse. Después dijo, stropelladamente, como si la lengua lo apurara:

--No sé, usía: no he peleado con nadie; nadie ha peleado conmigo; nadie me ha pegado; no he pegado a nadie.

Se detuvo: quizá la saliva le llenaba ya la boca; a regó, tragando algo espeso:

--Soy un hombre de trabajo y no peleo con nadie; mucho menos se me ocurriría pelear con la policía, que siempre sale ganando.

El juez sonrió: también lo sabía, aunque el hecho de saberlo no le procurara ningún alivio. No había pruebas, la compañía dueña de los tranvías no reclamaba por los vehículos destrozados ni por los faroles rotos, pues era dueña de las dos cosas; se resarciría con el alza; y nadie, fuera del

parte, difícil de entender, acusaba a aquellos hombres. Para colmo, no había gendarmes heridos. Dijo, entonces, con un poco menos de autoridad que la primera vez:

--Cinco días de detención o cinco pesos de multa; para afuera.

Pareció librarse de un peso. Los hombres salieron, radiantes también y también con prisa. Al salir, El Azarcón me hizo una seña amistosa. Comprendí: esperaría para pagarme la multa... Pero El Azarcón esperaría en vano: al salir, media hora después, del juzgado hacia los calabozos de la Sección de Detenidos, me lo imaginé sentado en una banca o paseando por algún corredor, la cara llena de espinillas ya reventadas, la piel roja, la lengua secando los húmedos labios, vacío ya el paquete de cigarrillos, sembrado el suelo de colillas empapadas.

¿Cómo convencer al juez de que no había tenido nada que ver con aquel asalto a una joyería, que nunca había visto a los hombres que quizá la habían asaltado, que no conocía ni de nombre la calle en que tal asalto ocurriera y que, además, era un hombre honrado o que me tenía por tal? Tampoco podía él probar lo contrario, ya que no existía prueba alguna, pero existía un maldito parte en que constaba mi nombre, junto con el de otros, además del que correspondía al dueño del negocio asaltado, que se presentaba como reclamante. Eso era más serio. El juez era el juez y yo nada más que el detenido; él debía dar fe al parte, creer en el parte hasta que se lograra, de alguna extraña manera o de una sencilla manera, probar lo contrario, en cuyo caso talvez condescendería a dar fe a lo contrario de lo que afirmaba el parte, salvo que alguien, también de alguna extraña o de alguna sencilla manera, probase lo contrario de lo contrario de lo que afirmaba el parte. ¿Quién demonios había hecho tal enredo? Un policía, ¿quién iba a ser?, talvez el oficial de los bigotes húmedos o cualquier otro con los bigotes secos, ¿qué importa? Hubiese sido éste o aquél el redactor,

...algunos de ellos, cuando se encuentran en un momento de la vida, con un poco de tiempo de su vida...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

...y otros...

el juez debía atenerse al parte y al redactor, porque, si no creía en la policía, ¿en quién iba a creer? Si creyese en el inculpado su papel sería inútil.

--Procesado.

Después de aquella estada largo y de aquella larga noche, una y otra con el mismo, sus repetidas y sus variadas, después de la mañana y su noche, de la Sección de Investigación con su silencio y su actividad, sus encuestas y sus pesquisas, después de la exhibición pública y su verificación, del juzgado con su actividad, la espera, el interrogatorio y el correspondiente fin, todo ello sin descanso y sin cese, el calabozo de la Sección de detenidos resultó un lugar casi vacío, amplio y lleno de luz, con el piso de cemento, alto y ancho y con sus ventanillas por las que se veían a los costados.

El gendarme entró y allí se sentó, los como hombres, frente a los habitantes de aquel calabozo, una veinte o treinta, quizá más, entre los que había jóvenes de diez y siete años o menos y hombres maduros, individuos de estatura, cuello, corbata y sombrero y otros descalzos y en camisa; hombres graves y típicos y otros desahucados y alocos. Si en este calabozo, nadie que nos conociera, nadie que nos reconociera, los miradas penetrantes de nuestros con curiosidad y también sin interés y las nuestras captadas por lo mismo, más la timidez del que llega a un lugar habitado por gente que no conoce. Los que allí estaban eran, en algunas cosas, amigos y vecinos, conocidos por lo menos, pues llevaban juntos días juntos; pero como ni siquiera nos conocíamos, ya que estábamos en compañía sólo desde unas pocas horas atrás, sin haber tenido hasta ese momento ocasión alguna de conversar y ello a pesar de que estábamos a libreta a estar hablando.

Los datos obtenidos al parte y al redactor, porque, si se creía en la
falta, con quien iba a creer? Si creyese en el inculcado en papel sería

--Procedo.

IX

Después de aquella ajetreada tarde y de aquella larga noche, una y otra con su motín, sus reyertas y sus carreras; después de la comisaría y su bo-racho, de la Sección de Investigaciones con su silencio y su oscuridad, sus cucarachas y sus chinches; después de la exhibición callejera y su ver-güenza; del juzgado con su confuso juez, la espera, el interrogatorio y el sorpresivo fin, todo ello sin alegría y sin aire, el calabozo de la Sección de Detenidos resultó un lugar casi agradable, amplio y lleno de luz, recién baldado el suelo de cemento, alta y ancha reja y largas ventanillas rec-angulares a los costados.

El gendarme cerró y allí quedamos, los ocho hombres, frente a los habi-tantes de aquel calabozo, unos veinte o treinta, quizá más, entre los que había jóvenes de diez y siete años o menos y hombres maduros, individuos con chaleco, cuello, corbata y sombrero y otros descalzos y en camiseta; hombres graves y tímidos y otros desenvueltos y alegres. Ni un solo conoci-do, nadie que nos sonriera, nadie que nos acogiera; las miradas resbalaron sobre nosotros con curiosidad y también sin interés y las nuestras expresa-ron lo mismo, más la timidez del que llega a un lugar habitado por gente que no conoce. Los que allí estaban eran, en algunos casos, amigos y hasta compañeros, conocidos por lo menos, pues llevaban varios días juntos; nos-otros ni siquiera nos conocíamos, ya que andábamos en compañía sólo desde unas pocas horas atrás, sin haber tenido hasta ese momento ocasión alguna de conversar y ello a pesar de que estábamos o íbamos a estar procesados.

IX

Después de aquella ajatada tarde y de aquella larga noche, una y otra
a la mañana, una reverenda y sus carterías; después de la comedia y su po-
sición, de la sección de investigaciones con su silencio y su oscuridad,
construcciones y sus chinos; después de la exhibición callejera y su ver-
dad; del juguete con su confuso fin, la espera, el interrogatorio y el
preparativo fin, todo ello sin alegría y sin aire, el calabozo de la sección
de atención resultó un lugar casi espantoso, amplio y lleno de luz, recién
abierto al ancho de cemento, alta y en una sala y largas ventanillas rec-
tángulares a los costados.
El pendante cerró y allí quedamos, los ocho hombres, frente a los pali-
tos de aquel calabozo, unos veinte o treinta, entre los que
había jóvenes de diez y siete años o menos y hombres maduros, individuos
de Chileco, guelco, corbata y sombrero y otros descalzos y en camisa;
unos graves y tímidos y otros desenvueltos y alegres. Ni un solo conoci-
do, nadie que nos reconociera, nadie que nos reconociera; las miradas resaca-
das nos miraban con curiosidad y también sin interés y las nuestras expre-
saban lo mismo, más la timidez del que llega a un lugar habitado por gente
a lo desconocido. Los que allí estaban eran, en algunos casos, amigos y ha-
bían, conocidos por lo menos, pues llevaban varios días juntos; nos-
otros al siguiente nos conocíamos, ya que andábamos en compañía sólo desde
unos pocos horas atrás, sin haber tenido hasta ese momento ocasión alguna
de conversar y ello a pesar de que estábamos o íbamos a estar prisioneros

por una misma causa. El que estaba en peor situación era yo; ellos, es decir, mis compañeros de proceso, tenían por lo menos un hogar o una familia en aquella ciudad. Yo no tenía a nadie.

Desde el primer momento nos separamos, me separé, mejor dicho, o me separaron, no sé bien si lo uno o lo otro. Se formaron tres grupos, uno de cuatro hombres, otro de tres y uno de uno, si es que uno de uno puede ser considerado grupo, y cada cual buscó colocación donde pudo. Sobre la tarima se veía ropa de cama, incluso una colchoneta, frazadas, colchas en todas condiciones y hasta sábanas, lujo inaudito. Sentados sobre una de esas camas conversaban cuatro hombres; se les veía limpios, aunque descuidados, la barba un poco crecida, el pelo revuelto. Eran de edad mediana y parecían ignorar que hubiese otra gente en el calabozo; por su aspecto supuse que fuesen ladrones. Tenían un aire que no sé por qué me era conocido, por lo menos no me chocaba. Más allá individuos solitarios, sentados en las orillas de la tarima o atracados a la pared; no se podía saber qué eran ni en qué pensaban; se les veía distantes, ajenos a sus compañeros de calabozo. Después, grupos de dos o tres hombres que parecían no pertenecer a la condición de los primeros y que no eran, por otra parte, de la misma de los solitarios. Finalmente, un grupo de individuos jóvenes, musculosos y esbeltos, de movimientos decididos, la mayoría en camiseta y descalzos. Sus miradas eran las más desnudas.

Los cuatro hombres apenas si nos miraron; los solitarios lo hicieron con una expresión de tristeza; los indefinidos con atención y brevemente; los otros, con mirada dura y fría.

Miré a todos mientras me sentaba en la orilla de la tarima. Las conversaciones llegaban hasta mí, pero no podía poner atención a ninguna; eran muchas y, además, los individuos del último grupo hablaban muy fuerte y reían con más fuerza aun. Me sentía cansado, hambriento y desanimado. Nunca me había sentido más incapaz de nada. Allí no había nada que hacer, por

que al no darse. El que estaba en peor situación era yo; ellos, en la-
mis compañeros de proceso, tenían por lo menos un hogar o una familia
propia. Yo no tenía a nadie.
Después de algunos momentos nos separaron, me separé, mejor dicho, o me se-
pararon, no sé bien si en uno o lo otro. Se formaron tres grupos, uno de
los hombres, otro de tres y uno de uno, al que uno de los grupos se
algunos grupos, y cada cual pasó colocación donde pudo. Entre la fami-
se veía ropa de cama, incluso una colchoneta, trapeador, colchon en todas
dormir y hasta sábanas, todo incluido. Después de haber una de esas en-
conversaciones cuatro hombres; se les veía limpios, aunque desahuciados.
Después de una conversación, el pelo revuelto. En la edad media y posterior
era una historia que tenía en el calabozo; por su aspecto supuse que
eran ladrones. Tenían un aire que no sé por qué me era conocido, por lo
que no me acordaba. Más allá individuos solitarios, sentados en las cri-
de las farolas o atados a la pared; no se podía saber qué eran ni
qué pensaban; se les veía distantes, lejos a sus compañeros de calabozo.
Después, grupos de dos o tres hombres que parecían no pertenecer a la
relación de los primeros y que no eran, por otra parte, de la misma de los
últimos. Finalmente, un grupo de individuos jóvenes, musculosos y estel-
los, de movimientos decididos, la mayoría en camisa y descalzos. Era mi-
los eran las más demandadas.
Los cuatro hombres echados si nos miraron; los solitarios lo hicieron
una expresión de tristeza; los indefinidos con atención y brevemente;
los otros, con mirada dura y fría.
Mientras tanto me sentaba en la orilla de la farola. Los convier-
ciones iban hacia mí, pero no podía poner atención a ninguna; eran
unos y, además, los individuos del último grupo hablaban muy fuerte y
tan con sus fuertes voces. Me sentía cansado, hambriento y desahuciado. Pero
no había sentido más incomodidad de nada. Allí no había nada que hacer, por

otra parte: en las prisiones sólo se espera que pase el tiempo. Algo traeré. Nadie me conocía allí y nadie vendría a preguntarme, como en otro tiempo, por qué me traían y qué había hecho; no era ya el muchacho de doce años; nadie tampoco, al oír mi nombre, me preguntaría con sorpresa y quizá si con orgullo si era hijo de El Gallego. El Gallego era allí tan desconocido como Flammarion. Me consolaba un poco el hecho de que, a pesar de ser tan joven, tuviese apariencias de hombre, lo cual, en cierto modo, era un obstáculo contra un primer impulso. Estar en un tranvía, en un vagón de ferrocarril o en un teatro, en compañía de gente desconocida, amilana un poco, aunque no a todo el mundo; no se está bien a gusto, aunque a veces se distraiga uno, pero no debe temerse, salvo casos excepcionales, nada desagradable; nadie le agredirá, nadie intentará burlarse, nadie, en fin, llegará a tener un mal propósito contra uno; es posible que si tiene plata le roben, pero el que roba no sabe generalmente a quién lo hace; pero estar en un calabozo solo, desconocido, sin nadie que lo apoye a uno adentro o afuera, sin siquiera tener la certidumbre de que se está preso por algo que realmente se ha hecho y que le puede, en último término, servir de antecedente -- he asesiñado, he robado, he herido a un hombre, he cometido una estafa, respéteme, no soy un cualquiera y puedo de nuevo matar o robar, herir o estafar a alguien, a usted o a otro --, estar, en fin, en inferioridad de condiciones allí donde otros tienen muchas, por malas que sean, sin poseer, por otra parte, aquéllas, cualesquiera -- fuerza, astucia, poder de dominación, facilidad verbal o dinero --, es mucho peor, sobre todo si no se puede, de alguna manera, demostrar las buenas que se tienen. Sabía, sentía, que los ladrones no se meterían conmigo; no tenía nada que pudieran robarme y ni aun así lo harían; los solitarios eran solitarios y los hombres que estaban en grupos de dos o tres tampoco me tomarían en cuenta; tenía a los otros. ¿Por qué? Había en ellos algo que me asustaba, su violenta juventud, principalmente, que se oponía a la mía, de carácter pacífico, y una desenvoltura,

partes en las prácticas sólo se espera que pase el tiempo. Como tres-
 cuarenta me conocía allí y había venido a preguntarme, como en otro tiem-
 po me había conocido y me había conocido; no era ya el momento de decirle
 nada, al ver el nombre, me preguntaría con sorpresa y curiosidad si era
 él el hijo de la calle. Al llegar en allí tan desconocido como
 me conocía en un poco el hecho de que, a pesar de ser tan joven,
 esas apariciones de hombre, lo cual, en cierto modo, era un fenómeno
 en un primer impulso. Estar en un tranvía, en un vagón de ferrocarril
 en un teatro, en compañía de gente desconocida, aunque un poco, aunque
 a todo el mundo; no se está bien a gusto, aunque a veces se distrae
 pero no tiene tiempo, salvo esas excepciones, nada desagradable, nada
 es agradable, nada interesante, nada, en fin, llegar a tener
 una propiedad contra uno; es posible que al tener plata lo roben, pero
 que uno no sabe generalmente a quien lo hace; pero estar en un teatro,
 desconocido, sin nadie que lo apoye a uno dentro o afuera, sin ni-
 da tener la certidumbre de que se está preso por algo que realmente se
 hizo y que se puede, en último término, servir de antecedente -- he
 sido, he robado, he perdido a un hombre, he cometido una falta, respondo
 por un culpable y puedo de nuevo meter a robar, hacer o estar a mi-
 seria, a nadie o a otro --, estar, en fin, en interinidad de condiciones
 donde otros tienen menos, por malas que sean, sin poder, por otra
 parte, aquellas, cualquiera -- fuerza, astucia, poder de dominación, in-
 fluencia verbal o dinero --, es mucho peor, sobre todo si no se puede, de al-
 gun modo, demostrar las buenas que se tienen. Nada, nada, que los la-
 ones no se autostan consigo; no tenía nada que demostrar robando y si
 lo harían; los colchones eran solitarios y los hombres que estaban en
 ellos se los a tres tiempos me tomarían en cuenta; tenía a los otros. Por
 un violento impulso, principal-
 mente, me sentaba, me sentaba, me sentaba, y una desventaja,

una tensión, una fuerza subhumana, casi animal, que no conocía bien, pero que se manifestaba en sus movimientos, en sus voces, en sus miradas. Ignoraba qué podrían hacerme y seguramente no me harían nada; era probable que el mío fuese un temor infundado, que el tiempo, un día, dos días, tres, desvanecería; pero por el momento no podía desprenderme de él. Sentía que entre los ladrones y yo había alguna diferencia, una diferencia de edad, de condición, de preocupaciones; sentía también que la había con los solitarios y con los semisolitarios -- conversaban, pero estaban solos --, pero la diferencia que existía entre aquéllos y yo era, a pesar de la igualdad de edad o a causa de ella, una diferencia extraordinaria, casi una diferencia de especie, no natural tal vez, pero de todos modos evidente y enorme. Los conocía de oídas, no a aquéllos, pero sí a otros, iguales a ellos; había oído hablar de ellos a mi padre y a otras personas; lo había leído en los diarios y en un calabozo con treinta o cincuenta personas, y en cualquier país, habría podido señalarlos uno por uno, sin vacilar ni equivocarme, mucho menos si formaban grupo aparte. Había en ellos algo, no sé qué, fácilmente reconocible por mí: el cabello, la forma de la boca, casi siempre una boca grande, de labios gruesos y sin gracia, orejas pequeñas y carnudas, ojos redondos y vivos, de rápida mirada, brazos y manos de una agilidad de animales, puños duros, oh, tan duros, piernas largas y cuerpo desengrasado. Se deban de otro tipo, pero fuese cual fuese el de cada uno, siempre había aquel algo que permitía reconocerlos. Y aquella diferencia no era sólo desde ese momento o desde algunos días atrás, era de siempre, desde la infancia, desde los primeros pasos, desde los primeros balbuceos y juegos. Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales -- aunque éstos no sean de los más inteligentes o sean impartidos, como en mi caso, por un padre cuyo oficio es de aquellos que no se puede decir en voz alta -- y otro que no ha tenido lo que se llama hogar,

...también, una imagen subyacente, casi animal, que no conocía bien, pero
...se manifestaba en sus movimientos, en sus voces, en sus miradas. Igual-
...no podía hablar incoherente y aparentemente no me había nada; era probable que
...fuese un temperamento, que el tiempo, un día, dos días, tres,
...tan pronto como por el momento no podía comprenderme de él. Sentía que
...las palabras y yo había alguna diferencia, una diferencia de edad,
...de proporciones, sentía también que la había con los soli-
...y con los sentimientos -- conversaban, pero estaban solos --, pero
...diferencia que existía entre aquellos y yo era, a pesar de la igualdad
...edad o a causa de ella, una diferencia extraordinaria, casi una diferen-
...de espacio, no natural, pero de todos modos evidente y enorme.
...conocía de orden, no a aquellos, pero sí a otros, iguales a ellos, me-
...sido hablar de ellos a mi padre y a otras personas. Lo había leído en
...días y en un capítulo con treinta o cincuenta personas, y en conti-
...ar país, había podido reconocer uno por uno, sin vacilar ni equivocarse
...mucho menos si formaban grupo aparte. Había en ellos algo, no sé qué,
...elemento reconocible por mí: el cabello, la forma de la boca, casi igual-
...una boca grande, de labios gruesos y sin gracia, orejas pequeñas y car-
...los, ojos redondos y vivos, de rápida mirada, gruesos y largos de una soli-
...dad de carácter, gruesos brazos, oh, tan gruesos, piernas largas y cuerpo tan-
...grueso. Se parecía de otro tipo, pero tenía una forma al de casa uno.
...que había leído algo que permitía reconocerlos. Y reconocía diferen-
...era sólo desde ese momento o desde algunas horas atrás, era de siempre,
...de la infancia, desde los primeros pasos, desde los primeros balbuceos
...había. Muy poco antes de la diferencia que existía entre un individuo
...lado en la vida, donde hay igualdad. En todo de orden y ciertos prin-
...los nombres -- aunque éstos no sean de los más inteligentes o sean in-
...que, como en el caso, por un padre: cuyo hijo es de aquellos que no se
...había nada en los ojos -- y otro que no se había en los ojos.

una casa aparte o unas piezas en ella y no un cuarto de conventillo en que se hacina el padre con las madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualesquiera otra índole: el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la madre, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado; no siempre hay qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo habrá de comer y qué; el padre no trabaja o no quiere trabajar; el tío es inválido y el allegado come donde puede y si puede; el yerno bebe también o no trabaja o no quiere trabajar, es peón o comerciante de ínfima categoría: recoge papeles o huesos o excrementos de perros para las curtiembres o para quién sabe qué diablos; la mujer lava o mendiga; los niños comen lo que les dan cuando les pueden dar algo o lo que piden o les dan los vecinos, que no siempre pueden y que a veces tampoco pueden nunca, a veces roban -- el hambre les obliga -- y tiran y sienten sobre sí y alrededor de sí durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa más que en subsistir termina por encanallarse; lo primero es comer y para comer se recurre a todo; algunos se salvan, pero en una ciudad existen cientos y miles de estos grupos familiares y de ellos salen cientos y miles de niños; de esos miles de niños salen aquellos hombres, algunos cientos nada más, pero salen, inevitablemente. Pegar, herir, romper, es para ellos un hábito adquirido que les llega a parecer natural, hábito que, cosa terrible, significa un modo de ganarse la vida, de poder comer, beber, vestirse. No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran o como eran, pero les temía, como un animal criado en domesticidad teme a otro criado en estado salvaje.

Los ojos se me cerraban de sueño y me eché hacia atrás, tendiéndome después en la tarima; dormí una hora, dos, tres, sobre la dura madera y desperté cuando alguien, uno de los solitarios, que estaba sentado cerca

una casa grande o una plaza en ella y en un cuarto de conventillo en que
se hacían el padre con las madres, los hijos y el yerno, según el caso, sin
orden, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin
principios de ninguna especie, morales o de cualquier otra índole; el
padre hacía casi todos los días borracho, triste, escandaloso, paga a la ma-
dre, a los niños y a veces al hijo, el yerno o el aliado; no siempre pay-
qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo había de comer y qué; el pa-
dre no trabaja o no quiere trabajar; el hijo se inverte y el aliado come
donde puede y el padre; el yerno debe también o no trabajar o no quiere tra-
bajar; se paga o conserente de distintas categorías: siempre pagados o inpa-
o excrementos de perros para las entretelas o para cubrir cada una de ellas
la mujer lava o mendra; los niños comen lo que les dan cuando les pueden
dar algo o lo que piden o les dan los vecinos, que no siempre pueden y que
a veces tampoco pueden nunca, a veces roban -- el padre las niñas -- y
algunas y algunas se van al y aliado de al durante años, durante las
años, aquella vida errante. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir
y el que no piensa más que en subsistir termina por escandalizarse; lo pri-
mero es comer y para comer se recurre a todo; algunas se casan, pero en
una ciudad existen cientos y miles de estos grupos familiares y de ellos
salen cientos y miles de niños; de esos miles de niños salen muchos com-
plices, algunos cientos nada más, pero están, inevitablemente, robar, beber,
comer, es para ellos un hábito adquirido que les lleva a parecer natural,
hábito que, cosa terrible, significa un modo de ganarse la vida, de poder
comer, beber, vestirse. No puede reprocharles nada, pues no tenían la culpa
de ser lo que eran o como eran, pero las temo, como un animal criado en
domesticidad teme a otro criado en estado salvaje.

Los ojos se les cortaban de niño y me robé hasta ahora, fundándose
después en la ley; donde una hora, dos, tres, sobre la hora cuando y
después cuando alguien, uno de los coléricos, me estaba hablando cuando

de mí, me zamarreaba una pierna y me hablaba: -- La pagaran, dijeron su
nomb--¿Ah? -- pregunté, adormilado. que lo ando buscando. Si no es la cosa
--¿Es usted Aniceto Hevia?

--Sí-- respondí, extrañado de que alguien supiera allí mi nombre, y
me incorporé.

El solitario señaló hacia la reja y dijo:

--Una vianda para usted. y con papillitas.

--¿Para mí? -- murmuré, más asombrado aun. si había que pagar.

Si me hubiera dicho que me traía un certificado de embarque no me ha-
bría sorprendido tanto. Pero, por fin, que tuviera una obligación conmigo.

--Sí; debe ser para usted: aquí no hay nadie más que se llame Aniceto
Hevia. pagar, lo pagaba de este modo. ¡Florentino Martínez!

Incrédulo, miré hacia la reja y vi, apoyado en ella, a un niño de diez
o doce años que me miraba sonriendo; pasó la vianda a través de los barro-
tes y la balanceó suavemente. Como me demorara en reaccionar, exclamó:

--Ya, pues, apúrese. ¿Dónde estás ahora, hijo de puta del pueblo?

¿Podía ser para mí aquella vianda? Me levanté despacio y avancé hacia
el muchachito, que levantó la cabeza y me sonrió de nuevo, mostrando unos
grandes y sucios dientes. tus gruesos labios y tu piel roja, tu sonrisa.

--¿Aniceto Hevia? -- preguntó. olvidaré tu vianda.)

--Sí; yo soy. te voy a dar si me echas a perder, unas con azúcar,

--Esta vianda es para usted. con con azúcar y papillitas y atravesé el

Le miré boquiabierto y tomé la vianda, que quedó colgando de mi mano;
no sabía qué hacer con ella; y ya el muchacho giraba el cuerpo e iba a em-
pezar a andar o a correr cuando se me ocurrió preguntarle: ¿de dónde?

--Oye: ¿quién le mandó? vino y se sentó sin saber qué hacer, quise la

El pequeño se encogió de hombros. Iba descalzo y su ropa estaba hecha
girones; no llevaba camisa y una tira de género que le atravesaba el des-
nudo pecho, le sujetaba unos pantalones demasiado anchos. ¡Pobre, qué vida!

de mí, no me acordaba una pluma y me acordaba

--¿Ahí? -- preguntó, sorprendido.

--¿Ha usted visto a nadie?

--Sí -- respondió, extrañado de que alguien dijera algo así, y

me incorporé.

Al salirle señalé hacia la roca y dije:

--Una vianda para usted.

--¿Para mí? -- murmuró, más sorprendido aún.

Al me hubiera dicho que me trajo un certificado de embarazo no me ha-

bría sorprendido tanto.

--Sí, debe ser para usted: aquí no hay nadie más que yo y este

huevo.

Inmediato, miré hacia la roca y vi, apoyado en ella, a un niño de diez

o doce años que me miraba con curiosidad; pasó la vianda a través de los brazos

de Y la balanceó suavemente. Como me demoraba en reconocerlo, exclamó:

--¡Ah, pues, apúrate.

¡Dios! ¿Por qué para mí aquella vianda? Me levanté despacio y avancé hacia

el muchachito, que levantó la cabeza y me sonrió de nuevo, mostrando unos

dientes y cuantos dientes.

--¿Qué está haciendo? -- preguntó.

--¡Yo soy.

--Esta vianda es para usted.

Le miré boquiabierto y tomé la vianda, que estaba colgando de su mano.

No había que hacer con ella; y ya el muchachito giró el cuerpo a los dos

para ir a andar a un corner cuando se me ocurrió preguntarle:

--¿Oye? ¿Quién es mamá?

El muchachito se echó a reír. Los brazos y la boca estaban hechos

de carne, no llevaba camisa y una tira de cuero que le rodeaba el

pecho, le sujetaba unos pantalones demasiado anchos.

--No sé -- dijo, extrañado de mi pregunta --. La pagaron, dijeron su nombre y la traje; hace media hora que lo ando buscando. Si no se la come luego se le va a enfriar.

Aquello no me dejó satisfecho.

--¿Viste al que la pagó?

El niño lo recordaba:

--Sí; un hombre colorado y con espinillas.

Echó a correr. ¡El Azarcón! En rigor, era el único que podía hacerlo, ya que nadie, en aquel puerto, sabía que yo estaba preso; nadie, además, que la necesitaba, y nadie, por fin, que tuviese una obligación conmigo, si el ofrecimiento de pagarme la multa podía llamarse obligación. Como no la pudo pagar, la pagaba de este modo. ¡Generoso Florentino Hernández! Fue la única vianda que me envió y la última vez que supe de él; el trabajo, las mujeres, las ratas, como él decía, la pobreza o la enfermedad, le impedirían volver a acordarse de mí, con quien, sin embargo, no tenía la más mínima obligación. (No sé dónde estarás ahora, humilde pintor del puerto, no sé si habrás muerto o estarás tanto o más viejo que ~~yo~~ pero sea como sea y estés como estés, viejo como Matusalén o tan tieso como él, jamás olvidaré tu nombre y tu figura, tus gruesos labios y tu piel roja, tu abultada lengua y tu húmeda boca; tampoco olvidaré tu vianda.)

Al darme vuelta advertí que muchos ojos me miraban, unos con asombro, otros con simpatía y no sé si otros con despecho o envidia y atravesé el espacio que me separaba de mi puesto con la sensación de llevar no una vianda de tamaño corriente sino otra, descomunal, que me impedía andar y que estaría llena de pavos, pollos, gallinas o piernas enteras de animales. Llegué a la orilla de la tarima y me senté sin saber qué hacer, gacha la cabeza, un poco aturdido. Oí una voz:

--Cómasela; se le va a enfriar.

Miré a quien me hablaba: era el solitario que me despertara. Sonreía

--No sé -- dijo, extralado de la pregunta --. La primera, dijeron en nombre y la traja; heces nada hora que lo ando buscando. Si no se la come luego se la va a enterrar.

Aquello no me dejó satisfecho.

--Viste al que la pagó?

El año lo recordaba.

--Sí; un hombre colorado y con espaldas.

Recorrió a correr. El aspecto en rigor, era el mismo que podía parecerle, y que nadie, en aquel punto, sabía que yo estaba preso; nadie, además, que la necesitaba, y nadie, por fin, que tuviese una obligación conmigo. Al ofrecimiento de pagarle la multa podía llamarse obligación. Como no le pudo pagar, la pagaba de este modo. Generoso Ricardino le mandaba que la única vianda que me envió y la última vez que supo de él; el trabajo, las mujeres, las cosas, como él decía, la pobreza o la enfermedad, le impedían volver a encontrarse de mí, con quien, sin embargo, me había la más íntima obligación. (No sé cómo estaría ahora, humilde pastor del puerto, no sé si habría muerto o estaría tanto o más viejo que yo pero sea como sea y como que él, viajó como viajaban o tan bien como él, jamás olvidé su nombre y su figura, sus tristes labios y su piel roja, su estatura tan alta y su hermosa boca; tampoco olvidé su vianda.)

Al darne vuelta advertí que muchos ojos me miraban, unos con curiosidad, otros con simpatía y no sé si otros con desprecio o aversión y atravesé el espacio que me separaba de él gusto con la sensación de estar en una vianda de tamaño corriente como otros, desconocidos, que me parecían andar y que me parecían llenos de pavor, polvos, galletas y algunas entenas de animales. Llegué a la orilla de la tierra y me quedé sin poder más hacer, me quedé un poco atontado. El día voy.

--Consejal; se la va a enterrar.

Si a quien se le había: sus el colibrí que me despertaba. Conozco.

y me señalaba la vianda.

--Cómasela -- insistió.

Talvez se daba cuenta de mi azoramiento.

Me incliné hacia la vianda y la destapé: casi me desmayo: el aroma más exquisito que jamás había olido brotaba de aquella cazuela, en cuyo caldo brillaban unas amarillas y transparentes gotas de grasa; había allí papas, un trozo de carne, cebolla, una ramita de perejil, un pedazo de hoja de repollo y la mitad de una zanahoria, más unos granos de arroz. La saliva fluyó de mi boca como fluía por la de El Azarcón y tuve que apretar los labios y tragarla para impedir que la rebalsara. Pero no tenía con qué comer y miré al solitario, quien se levantó, se acercó al muro, hurgó en un paquete y volvió con una cuchara y un tenedor.

--Cuchillo no tengo -- dijo, como excusándose --. Aquí no dejan tenerlo.

Le agradecí el servicio y sacando la fuentecilla en que estaba la cazuela me dispuse a comer; pero me contuve y miré al solitario:

--¿Quiere usted? -- le ofrecí, señalando la vianda.

--Gracias: ya almorcé -- contestó con gran dignidad, quizá un poco avergonzado.

No me atreví a mirar hacia otra parte y comí, a veces despacio, a veces atropelladamente. Debajo de la fuentecilla en que venía la cazuela había otra, que contenía un trozo de carne asada y un puré de garbanzos, más un poco de ensalada. Era todo un almuerzo y casi no pude, a pesar de mi hambre, terminar con la vianda, de tal modo la sorpresa y el azoramiento me trastornaron. Por fin, dejando un poco de puré y un trozo de carne que resultó demasiado nervudo para cortarlo sólo con los dientes y las manos, cerré la vianda y dí por terminado el almuerzo.

Miré hacia la reja. Tras ella se extendía, hacia la derecha y hacia la izquierda, un pasillo que venía desde la puerta e iba hacia el interior de la prisión y que era, según ví, muy transitado: gendarmes, niños, presos,

y me agachaba la vianda.

--¿cómo? -- ¡Instit!

Tuiver se daba cuenta de su comportamiento.

Me inclinó hacia la vianda. La detestaba: casi me desmayo. El aroma de
excremento que jamás había oído antes de aquella cocina, en aquel sitio
brillaban unas amovibles y transparentes gotas de agua; había allí, sobre
un trozo de carne, cebolla, una ramita de perejil, un pedazo de hoja de
repollo y la mitad de una zanahoria. Era una gran trampa de arroz. La colaba
fijó de él como si fuera una línea por la que él se movía y tuvo que esperar por
labios y tragarla para impedir que se rebalsara. Pero no tenía con qué co-
mer y miró al solitario, quien se levantó, se acercó al arroz, pero se
pausó y volvió con una cuchara y un tenedor.

--¿Qué? -- dijo, como excomulgándose -- ¡No se debe tocar!
Le entregó el servicio y sacando la tuestecilla en que estaba la co-
cuela me dispuse a comer; pero me contuve y miré al solitario.

--¿Qué? -- dijo, señalando la vianda.

--¿Qué? -- dijo, señalando la vianda. -- contestó con gran dignidad, miró un poco al
comedor.

No me atreví a mirar hacia otra parte y comí, a veces despacio, a veces
estrepitosamente. Debajo de la tuestecilla en que venía la cocuela había
otra, que contenía un trozo de carne asada y un pedazo de zanahoria, más un
poco de ensalada. Era todo un almuerzo y casi no pude, a pesar de mi han-
gre, terminar con la vianda, de tal modo la odiaba y el excremento que
respondera. Por fin, dejando un poco de carne y un trozo de carne que re-
sultó demasiado pesado para correrlo sólo con los dientes y las manos, co-
mé la vianda y él por terminando el almuerzo.

Miró hacia la caja. Tras ella se extendía, hacia la derecha y hacia la
izquierda, un pasillo que venía desde la puerta e iba hacia el interior de
la cocina y que era, según él, muy transitable; verdaderamente, sí, pero,

señores bien vestidos y hasta uno o dos perros, iban y venían por él, aquellos con paquetes, canastos y papeles y éstos husmeando los restos de las viandas. Poniendo oído se podía escuchar, por encima del rumor de las conversaciones y las voces del calabozo en que estaba, el rumor de los otros calabozos. Alguien llamaba a alguien y este alguien contestaba o iba y venía, generalmente niños pequeños y rotos, como el de la vianda, que parecían desempeñar la ocupación de mandaderos. De pronto resonaba el grito estentóreo de "¡Cabo de guardia!" o alguien silbaba agudamente. Mientras miraba, una canción empezó a brotar de algún rincón del calabozo, una canción cantada en voz baja, con entonaciones profundas y graves, con una sola voz alta, una voz que dominaba a las demás al empezar el verso de una estrofa, y que era, en seguida, dominada por las otras, que la envolvían, se mezclaban a ella y la absorbían hasta que, de nuevo, surgía, como viniendo desde muy lejos, en el principio de la siguiente. Se escuchaban como las notas de un piano y sonaban como de noche, en una calle solitaria y dentro de una casa cerrada. Las palabras y las ideas eran sencillas, casi vulgares, pero el tono y el sentimiento con que eran cantadas les prestaba un significado casi sobrecogedor. Giré la cabeza: en un rincón distante, tendidos los cuerpos como alrededor de un círculo, las cabezas inclinadas y juntas, el grupo de muchachos cantaba. Miré sus rostros: habían sufrido una transformación; estaban como dominados por algo surgido repentinamente en ellos, algo inesperado en esos rostros que no reflejaban sino sensaciones musculares. ¿Era tristeza? ¿Era el recuerdo de sus días o de sus noches de libertad? ¿Quizá aquello traía a sus almas algo que no les pertenecía y que sólo por un momento les era concedido, apaciguando por ese momento sus reflejos primordiales? No habría sabido decirlo ni lo sé aún, pero aquello me confundió, como se confunde quien advierte en un feo rostro un rasgo de oculta belleza o en los movimientos de un hombre derrotado un detalle que revela alguna secreta distinción.

algunas bien vestidas y hasta uno o dos perros, iban y venían por él, en-
 llos con paquetes, candeleros y papales y átomos humeando los rastos de las
 viviendas. Poniendo oído se podía escuchar, por encima del rumor de las con-
 versaciones y las voces del aljibe en que estaba, el rumor de las otras
 celadoras. Algunas llevaban a algunas y estas algunas contaban o iba y ve-
 nía, generalmente niñas pedregosas y potosos, como si de la vivienda, que pa-
 recían desahogar la ocupación de mandaderos. De pronto resonaba el ruido
 estruendoso de "¡Cabo de guardia!" o algunas niñas arrastrando. Mientras
 miraba, una canción empezó a brotar de algún rincón del calabozo, una can-
 ción cantada en voz baja, con entonaciones profundas y raras, con una sola
 voz alta, una voz que dominaba a las demás al empezar el verso de una se-
 creta, y que era, en seguida, dominada por las otras, que la envolvían,
 se mezclaban a ella y la absorbían hasta que, de nuevo, surgía, como viviente,
 de fondo muy lejos, en el principio de la siguiente. Se escuchaban como
 las notas de un piano y sonaban como de noche, en una calle solitaria y
 dentro de una casa cerrada. Las palabras y las ideas eran sencillas, casi
 vulgares, pero el tono y el sentimiento con que eran cantadas las presen-
 taba un significado casi sorprendente. Cívica la canción; en un rincón distante
 también los cuerpos como alrededor de un círculo, las cabezas inclinadas
 y juntas, el grupo de muchachos cantaba. Miró sus rostros: habían sufrido
 una transformación; estaban como dominados por algo sentido repentinamen-
 te en ellos, algo inesperado en esos rostros que no reflejaban sino cosas
 ajenas maravillosas. ¿Una tristeza? ¿Un recuerdo de una vida o de una
 noche de libertad? ¿Una especie de vida a los ojos algo que no les per-
 tenece y que sólo por un momento les era concedido, apareciendo por sus
 rostros una reflexión momentánea? No había sabido decirlo ni lo sé aún,
 pero aquello me conmovió, como se conmueve quien advierte en un ser
 que un ruego de contra rebelión o en los movimientos de un hombre derrotado
 de un detalle que revela alguna terrible distinción.

El calabozo había enmudecido y la canción se extendía con gran nitidez, no perdiéndose ninguna de sus notas.

Mientras escuchaba descubrí a alguien que no estaba antes en el calabozo; no lo ví al entrar ni mientras permanecí despierto, antes de la llegada de la vianda; quizá había llegado mientras dormía. Era un hombre de treinta a cuarenta años, moreno, esbelto, todo rapado, muy menudo, vestido con un traje de color azul bien tenido; llevaba cuello, corbata y chaleco y su sombrero de Panamá, lujo inaudito allí, resplandecía. Pareía, por su ropa y aspecto, un vaporino, es decir, un tripulante de barco, un camarero de buenas propinas, un mozo de sobrecargo o de mayordomo, un pacotillero o un tercer sobrecargo, alguien, en fin, que trabajara en un barco, pero no un obrero; era demasiado elegante para ello. Tenía un aire casi exótico y se le veía sentado en la orilla de la tarima, pero muy en la orilla, como si no pensara permanecer allí por mucho tiempo y esperara que de un momento a otro apareciera la persona que él necesitaba o sonara el minuto en que debía marcharse de un lugar que juzgaba, a todas luces, provisional. Tenía el aspecto de quien está en la sala de espera de primera de una estación ferroviaria. La actitud era absurda en un calabozo, pero hay gente que llega a ellos con la certidumbre de que sólo estarán allí una media hora, una hora a lo sumo; tienen confianza en sus amigos, en su abogado, en su causa, en su dinero y olvidan que un calabozo es un calabozo y un proceso un proceso y que tanto podrán salir en libertad dos horas después de entrar o al año siguiente, después de varios meses y ya sin amigos, sin abogados y sin esperanza ni fe -- para siempre -- en la rapidez de los métodos judiciales. Con una pierna sobre la otra, mostraba unos preciosos y transparentes calcetines de seda negra. Podía ser un contrabandista de cigarrillos, de medias o de whisky. Se le veía impaciente. ¿Por qué no venían ya a sacarle? De pronto echó mano al bolsillo izquierdo del chaleco y sacó de él algo que miró primero y que en seguida mostró: un reloj de

El calabozo había enmudecido y la canción se extendía con gran nitidez, no perdiéndose ninguna de sus notas.

Mientras escuchaba descendí a alguien que no estaba antes en el calabozo; no lo vi al entrar ni mientras permanecí despierto, antes de la llegada de la víspera; quizás había llegado mientras dormía. Era un hombre de treinta a cuarenta años, moreno, esbelto, todo rapado, muy menudo, vestido con un traje de color azul bien tejido; llevaba cuello, corbata y chaleco y un sombrero de Panamá, luto inaudito allí, resplandeciente. Tenía, por su porte y aspecto, un vaporino, es decir, un tripulante de barco, un camarero de buenas propinas, un mozo de sobrecargo o de mayordomo, un pacoillero o un tercer sobrecargo, alguien, en fin, que trabajara en un barco, pero no un obrero; era demasiado elegante para ello. Tenía un aire casi exótico y se le veía sentado en la orilla de la tarima, pero muy en la orilla, como si no pensara permanecer allí por mucho tiempo y esperaba que de un momento a otro apareciera la persona que él necesitaba o sonara el timbre en que debía marcharse de un lugar que juzgaba, a todas luces, provisional. Tenía el aspecto de quien está en la sala de espera de primera de una estación ferroviaria. La actitud era abundante en un calabozo, pero hay gente que llega a ellos con la certidumbre de que sólo estarán allí una media hora, una hora a lo sumo; tienen confianza en sus amigos, en un abogado, en su causa, en su dinero y olvidan que un calabozo es un calabozo y un proceso un proceso y que tanto podrán salir en libertad dos horas después de entrar o al año siguiente, después de varias semanas y ya sin amigos, sin abogados y sin esperanza ni fe -- para siempre -- en la rapidez de los métodos judiciales. Con una piedad sobre la otra, mostraba unos pedregales y transparentes calcetines de seda negra. Podía ser un contrabandista de cigarrillos, de medias o de whisky. Se le veía impaciente. Por qué no veía a su familia? De pronto echó mano al bolsillo izquierdo del chaleco y sacó de él algo que miró primero y que en seguida mostró; un reloj de

oro. Apretó el remontuar y la tapa saltó, despidiendo, al abrirse, un relámpago dorado que iluminó todo el calabozo. Miró la hora, apretó la tapa, que sonó secamente, y la guardó en el bolsillo. La canción se detuvo un breve momento, un segundo apenas, menos aún, y osciló como una onda que tropieze con un obstáculo que no la detiene sino que la desvía. El tono cambió, se hizo menos grave, menos sentimental y después cesó bruscamente. El solitario me miró y movió la cabeza, con el gesto del que se duele de algo que estuviese ocurriendo o fuese a ocurrir pronto. El hombre no advirtió nada, tan ensimismado estaba en su espera, y siguió mirando hacia la reja, esperando ver aparecer en ella, de un momento a otro, a su abogado y al oficial de guardias con la orden de libertad. Hubo un movimiento en el rincón en que se cantaba: algunos de los muchachos se corrieron hacia la izquierda de la tarima, otros hacia la derecha y dos fueron hacia la reja y miraron por ella hacia afuera como si buscaran a alguien; después se volvieron y nos dieron frente: había desaparecido la magia del canto y sus rostros estaban nuevamente duros e implacables: un reloj de oro estaba a la vista. El solitario no quitaba ojo al hombre del traje azul y de los calcetines de seda; yo lo miraba también y me sentía atemorizado. ¿qué iba a ocurrir? Los muchachos que estaban cerca de la reja avanzaron de frente y los que se habían corrido hacia la derecha y hacia la izquierda se aproximaron a la orilla de la tarima: el lazo se iba cerrando. De pronto el hombre fué echado violentamente hacia atrás y lanzó una especie de gruñido animal, al tiempo que levantaba las piernas y pataleaba con angustia, ahogándose. Ocho o diez muchachos se le echaron encima, lo inmovilizaron un segundo, y después de ese segundo se vió cómo el hombre era levantado y giraba en el aire, como un muñeco, tomado del pescuezo por un brazo sin piedad que lo soltó luego de hacerlo dar dos o tres vueltas con mayor violencia. Cayó al suelo como un saco, perdida toda su preciosa compostura, despeinado, sin sombrero, el chaleco abierto, jadeante y mareado. . . Todo

ocurrió tan ligero que ninguno de los que presenciábamos la escena habríamos podido decir cómo sucedió ni quiénes tomaron parte en ella; éstos, por lo demás, eran tan semejantes entre sí en sus movimientos, en su vestimenta, en sus caras y en sus miradas, que resultaba difícil identificarlos, sobre todo en un momento como aquél.

Cuando el hombre se levantó, nadie estaba de pie sino tendido o sentado y todos le mirábamos, esperando su reacción. Dió una rápida y confusa mirada por los rostros; ninguno le dijo nada. No habló: ¿qué podía decir y a quién? Corrió hacia la reja, se tomó a ella y dió atribulados gritos:

--¡Cabo de guardia! ¡Cabo de guardia!

Al cuarto o quinto grito de llamada apareció un gendarme.

--¿Qué pasa? -- preguntó con mucha calma.

--¡Me han robado el reloj! -- exclamó el hombre, muy excitado.

La noticia asombró al guardia tanto como me había asombrado a mí la vianda.

--¿Su reloj? -- inquirió.

--Sí: mi reloj de oro -- afirmó el hombre.

El gendarme, gordo, apacible, miró hacia el interior del calabozo como pidiéndonos que fuésemos testigos de tamaño desvarío. Si el hombre hubiese dicho que le habían robado un búfalo amaestrado, su asombro no habría sido mayor.

--¿Está seguro? -- preguntó, mirándolo fijamente.

--¡Cómo no voy a estar seguro! -- gritó el hombre, exasperado por la incredulidad y la calma del gendarme --. Lo compré en Cristóbal y lo tenía aquí, en el bolsillo del chaleco. Me tomaron por detrás ~~X~~ entre varios y me lo sacaron con cadena y todo.

--Y la cadena, ¿también era de oro? -- preguntó el gendarme, sin salir aún de su asombro.

--No, enchapada no más; pero el reloj, sí.

ocurrió tan ligero que ninguno de los que presenciaron la escena habrían podido decir cómo sucedió ni cuáles tomaron parte en ella; éstos, por lo demás, eran tan semejantes entre sí en sus movimientos, en su vestimenta, en sus caras y en sus miradas, que resultaba difícil identificarlos, sobre todo en un momento como aquel.

Cuando el hombre se levantó, nadie estaba de pie sino tendido o sentado y todos le mirábamos, esperando su reacción. Dió una rápida y continua mirada por los rostros; ninguno le dijo nada. No habló; qué podía decir y a quién? Corrió hacia la reja, se tomó a ella y dió atribulados gritos:

--¡Cabo de guardia! ¡Cabo de guardia!

Al grito o grito de llamada apareció un gendarme.

--¿Qué pasa? -- preguntó con mucha calma.

--¡Me han robado el reloj! -- exclamó el hombre, muy excitado.

La noticia asombró al guardia tanto como me había asombrado a mí la

--¿Su reloj? -- preguntó.

--Sí: mi reloj de oro -- afirmó el hombre.

El gendarme, gordo, apacible, miró hacia el interior del calabozo como si quisiera que tuviera testigos de tamaño devario. Al el hombre habíase dicho que le habían robado un búfalo enastado, su asombró no habría sido mayor.

--¿Está seguro? -- preguntó, mirándolo fijamente.

--¡Cómo no voy a estar seguro! -- gritó el hombre, exasperado por la incredulidad y la calma del gendarme --. Lo compré en Ginebra y lo tenía aquí, en el bolsillo del chaleco. Me tomaron por detrás X entre varios y

me lo sacaron con calma y todo.

--Y la cadena, también era de oro? -- preguntó el gendarme, sin salir

de su asombró.

--No, enchufada no más; pero el reloj, sí.

El gendarme hizo una inspiración profunda:

--¿Y usted estaba en este calabozo con un reloj de oro en el bolsillo?

El hombre nanoteó al responder:

--Claro, en el bolsillo, era mío.

Estaba próximo a perder el control de sus nervios.

El gendarme miró de nuevo hacia el interior del calabozo, pero esta vez su mirada tenía otro objeto: no buscaba ya testigos: buscaba culpables; pero nadie devolvió su mirada, pues todos o casi todos bajaron la cabeza. El sabía, no obstante, a quiénes buscaba con sus ojos.

--Bueno -- murmuró, alejándose, y después, como comentario: -- ¡Un relojito de oro en el **Uno**!

El hombre permaneció tomado de la reja, sin mirar hacia atrás, en donde se realizaban algunos desplazamientos. Varios de los presos se acercaron a la reja, entre ellos los cuatro ladrones, muy animados todos y mirando con mirada entre conmisericordiosa y de admiración al hombre del Panamá. Algunos de los chiquillos mandaderos se acercaron desde afuera, pegándose a la reja.

El gendarme regresó acompañado del cabo de guardia y de cuatro compañeros. El cabo, rechoncho, moreno, bajo, de cuello muy corto, se dirigió al hombre:

--¿Usted es el del reloj?

El hombre, con voz suave, contestó:

--Yo soy.

Se había tranquilizado un tanto.

El cabo lo miró con fijeza y preguntó: un lado.

--¿Sabe usted quién se lo robó?

El hombre vaciló, pero dijo:

--No, no sé. Me agarraron por detrás y fueron varios los que se me echa-

ron encima. Me taparon los ojos.

El cabo lo volvió a mirar con fijeza:

El gendarme hizo una inspección preliminar: --Y usted estaba en este momento con un reloj de oro en el bolsillo.

El hombre contestó al teniente: --Cierto, en el bolsillo, era mío.

Estaba pedando a ver cómo control de sus nervios.

El gendarme miró de nuevo hacia el interior del calabozo, pero esta

vez sin mucha ternura: no buscaba ya testigos; buscaba culpables.

pero nadie volvió a mirarlo, para todos o casi todos bajaron la cabeza.

El noble, no obstante, a algunas palabras con sus ojos.

--Eh, -- murmuró; -- después, como comentario: -- Un re-

lojito de oro en el bolsillo.

El hombre permaneció inmóvil de la cabeza, sin mirar hacia atrás, en donde

se realizaban algunas desapariciones. Varios de los presos se acercaron a

la reja, entre ellos los cuatro ladrones, muy amigos todos y mirando con

mirada entre comprensiva y de admiración al hombre del paname. Algunos de

los capitales mandados se acercaron hacia el noble, preguntando a la reja.

El gendarme regresó acompañado del cabo de guardia y de cuatro compa-

ñeros. El cabo, recostado, miró, de perfil muy corto, al noble.

El noble miró al cabo de guardia y al gendarme.

--¿Qué es el del reloj de oro en el bolsillo?

El hombre, con voz suave, contestó:

--Yo soy.

Se hizo un momento de silencio en tanto que el noble miraba al

cabo de guardia y preguntaba dentro de su mente.

--¿Qué usted está en la reja?

El hombre volvió, pero dijo:

--No, me está hablando por detrás y hacen varias cosas que me dan

con ellos. Me hacen los ojos.

El cabo lo volvió a mirar con interés.

--¿No sospecha de nadie? Si sospecha de alguien, del que sea, dígalos sin miedo.

El hombre miró hacia el interior del calabozo: no había nadie en él. Todos estaban pegados a la reja.

--No sé -- contestó con un soplo.

El cabo se dió vuelta hacia los gendarmes y ordenó:

--Abra la puerta.

El llavero abrió.

--Todos para afuera y a ponerse en fila; nadie se mueva.

Salimos y formamos una larga hilera, con el hombre del reloj frente a nosotros, mirándonos de uno en uno. No sacó nada en limpio: podían ser todos, pero todos no podían ser.

El gendarme que acudió al llamado, un compañero y el cabo entraron al calabozo y revolvieron y examinaron cuanto bulto, ropa o jergón hallaron; no encontraron nada y salieron.

--A ver, de uno en uno, registrenlos -- ordenó el cabo a los gendarmes, mientras él, parado junto al hombre, observaba la maniobra.

Fuimos registrados de arriba a abajo, sin misericordia, hurgándonos los gendarmes no sólo los bolsillos sino que también el cuerpo.

--Abra las piernas; un poco más; levante los brazos; suéltese el cinturón; ahora, salte.

Las extrañas manos pasaron y repasaron las axilas, los costados, el pescueto, las pretinas, los muslos, el trasero, las ingles, las piernas, todo.

--Sáquese los zapatos; listo; hágase a un lado.

Los cuatro ladrones fueron los únicos que hablaron durante aquella operación de reconocimiento:

--Cuidado: no me apriete.

--¿Cree usted que me va a caber un reloj ahí?

Parecían los más seguros de sí mismos y, cosa rara, no se les hizo sa-

--No sospecha de nadie? Si sospecha de alguien, del que sea, dígaslo

sin miedo.

El hombre miró hacia el interior del calabozo: no había nadie en él. No

estaban cerrados a la reja.

--No sé -- contestó con un soplo.

El cabo se dio vuelta hacia los reclusos y ordenó:

--Abran la puerta.

El llavero abrió.

--Todos para afuera y a ponerse en fila; nadie se mueva.

Salimos y formamos una larga hilera, con el hombre del reloj frente a nosotros, mirándonos de uno en uno. No sabía nada en limpio: podían ser to-

dos, pero todos no podían ser.

El recluso que acudió al llamado, un compañero y el cabo entraron al calabozo y revolviaron y examinaron cuanto pulso, rope o jeringa hallaron;

encontraron nada y salieron.

--A ver, de uno en uno, registrenlos -- ordenó el cabo a los reclusos.

Así, mientras él, parado junto al hombre, observaba la maniobra.

Unos registros de arriba a abajo, sin misericordia, mirándonos los reclusos no sólo los bolsillos sino que también el cuerpo.

--Abra las piernas; un poco más; levante los brazos; suéltese el cintur-

ón; ahora, salte.

Las extrañas manos pasaron y repasaron las axilas, los costados, el pe-
chero, las pretinas, los muslos, el trasero, las ingles, las piernas, todo.

--Céngase los zapatos; listo; hágase a un lado.

Los cuatro ladrones fueron los únicos que hablaron durante aquella ope-

ración de reconocimiento:

--Cuidado: no me apriete.

--¿Cree usted que me va a apretar un reloj ahí?

parecían los más seguros de sí mismos y, cosa rara, no se les hizo sa-

car los zapatos.

--No hay nada -- anunciaron los gendarmes, fatigados de aquel agacharse y levantarse.

El cabo giró hacia el hombre:

--No hay nada, pues, señor.

El infeliz no supo qué decir.

El cabo preguntó:

--¿Me oyó?

--Sí, mi cabo.

Después de un segundo dijo, con forzada sonrisa:

--¿No lo habrán sacado y mandado a otro calabozo?

El cabo echó hacia atrás la redonda cabeza y cloqueó una larga carcajada.

--¿Quiere usted que revise todos los calabozos? -- preguntó, riendo aún --. No, mi señor: cuando aquí se pierde, no diré un reloj, sino nada más que una cuchara, es como si se perdiera en el fondo de la bahía de Valparaíso: nadie la encontrará y si porriáramos en hallarla tendríamos que seguir registrando la ciudad casa por casa. La cuchara se alejaría siempre.

Se acercó al hombre y poniéndole una mano ^{en} ~~sobre~~ el hombro le dijo:

--Cuando caiga preso otra vez, si es que tiene esa desgracia, no se le ocurra traer al calabozo un reloj de oro o de plata o de acero o de níquel o de lata o de madera; véndalo, regálelo, empeñelo, tírelo, pero no lo traiga, o escóndalo de tal modo que ni usted mismo sepa dónde está. Si no, despídase de él: se lo robarán.

Y dándose vuelta hacia los presos, gritó:

--¡Para adentro, bandidos!

Había cierto tono de mofa en su voz.

Volvimos a entrar, silenciosos, ocupando de nuevo cada uno su lugar; sólo el hombre del reloj de oro quedó de pie largo rato ante la reja. No

...los zapatos.

--No hay nada -- anunciaron los guardianes, fatigados de aquel agachar-

se y levantarse.

El cabo giró hacia el hombre:

--No hay nada, pues, señor.

El infeliz no supo qué decir.

El cabo preguntó:

--¿Me oyó?

--Sí, mi cabo.

Después de un segundo dijo, con forzada sonrisa:

--No lo habrán sacado y mandado a otro calabozo?

El cabo echó hacia atrás la redonda cabeza y colocó una larga carcaja-

--¿Quiere usted que revise todos los calabozos? -- preguntó, riendo.

...No, mi señor; cuando aquí se pierde, no diré un reloj, sino nada.

...una una cuchara, es como si se perdiera en el fondo de la bahía de Val-

atiao: nadie la encontrará y al portáramos en hallarla tendríamos que

registrarla en la ciudad casa por casa. La cuchara se aljará siempre.

Se acercó al hombre y poniéndole una mano ~~en~~ ^{en} el hombro le dijo:

--Cuando venga preso otra vez, si es que tiene esa desgracia, no se lo

dejaré faltar el calabozo un reloj de oro o de plata o de acero o de níquel.

de lata o de madera; véndalo, regálalo, empuñalo, tírelo, pero no lo

perda, o sencillamente de tal modo que ni usted mismo sepa dónde está. Si no,

explánselo de él: se lo robarán.

Y dándose vuelta hacia los presos, gritó:

--¡Para adentro, bandidos!

Hacia el otro fondo de la sala en su voz.

Volvimos a entrar, silenciosos, ocupando de nuevo cada uno su lugar;

pero el hombre del reloj de oro cuando le fue pasado ante la reja. No

sé qué había en él, pero algo había; se le notaba despegado de todo y parecía sentir profundo menosprecio por el calabozo y sus habitantes, por todos y por cada uno, no sé si porque juzgaba que eran indignos de él o si porque el sentimiento que tenía de su inocencia o de su culpabilidad era diferente del que teníamos los demás, que aceptábamos -- por un motivo o por otro -- una situación que él no quería aceptar, no talvez porque creyera que no la merecía sino porque quizá estaba más allá de su voluntad aceptarla, aun mereciéndola. Lo ocurrido debió irritar su estado de ánimo y eso contribuía a tenerlo alejado. Abandonó la reja y empezó a pasear ante ella, las manos en los bolsillos del pantalón, el chaleco abierto -- tal como se lo dejaron los asaltantes -- y el sombrero en la nuca. Echaba frecuentes y casi desesperadas miradas hacia el patio. No pronunció una palabra ni se acercó a nadie y nadie tampoco se acercó a él ni le dirigió la palabra; todos parecían darse cuenta de su estado y lo respetaban o les era indiferente. Cuando se cansó de pasear se sentó en la tarima y así permaneció el resto del día, cambiando de posición una y otra pierna, mostrando siempre sus calcetines de seda negra. Se encendieron las luces del calabozo, muy altas, pegadas al techo también, y entonces, como advirtiera que la noche llegaba, se puso de nuevo a pasear y sus miradas al patio se hicieron ya angustiosas. Por fin, oscurecido ya, un gendarme se acercó a la reja y dijo en voz alta:

--Francisco Luna.

--Aquí -- contestó el hombre, deteniéndose.

Se acercó a la reja.

--Le traen ropa de cama y una vianda -- comunicó el gendarme.

El hombre no contestó: era la peor noticia que podían darle. Ya no saldría en libertad ese día.

El gendarme, que también estaba en el secreto, no se molestó por el silencio del hombre y se fué, para volver al poco rato con dos muchachos

se que había en él, pero algo había; se le notaba desahogado de todo y pare-
 cía sentir profunda monotonía por el aislamiento y una habitación, por todos
 y por cada uno, no se al por que juzgaba que eran indicios de él o al por que
 el sentimiento que tenía de su inocencia o de su culpabilidad era diferen-
 te del que tenían las demás, que aceptaban -- por un motivo o por otro --
 una situación que él no quería aceptar, no tal vez porque creyera que no
 la merecía sino porque quisiera estar más allá de su voluntad aceptarla, sin
 irse a ella. No ocurrido debido a su estado de ánimo y eso contribuía
 a tenerlo aislado, abandonó la caja y empezó a pasear entre ellas, las manos
 en los bolsillos del pantalón, el chaleco abrochado -- tal como se lo dejó --
 con los asaltantes -- y el sombrero en la mano. Echaba frecuentes y casi
 desesperadas miradas hacia el patio. No pronunció una palabra ni se acercó
 a nadie y nadie tampoco se acercó a él ni le dirigió la palabra; todos pa-
 recían darse cuenta de su estado y lo respetaban o les era indiferente.

Cuando se cansó de pasear se sentó en la tarima y así permaneció el resto
 del día, cambiando de posición una y otra pierna, mostrando siempre una o
 dos de cada una. Se encendieron las luces del calabozo, muy altas,
 y echó al techo también, y entonces, como advirtiera que la noche llegaba,
 se puso de nuevo a pasear y sus miradas al patio se hicieron ya angustio-
 sas. Por fin, ocurrido ya, un gendarme se acercó a la caja y dijo en voz

--Francisco Luna.

--¿Qué -- contestó el hombre, deteniéndose.

Se acercó a la caja.

--Le traen ropa de cama y una vianda -- comentó el gendarme.

El hombre no contestó; era la peor noticia que podía darle. Ya no

saldría en libertad ese día.

El gendarme, que también estaba en el secreto, no se molestó por el

silencio del hombre y se fué, para volver al poco rato con dos muchachos

mandaderos, uno de los cuales llevaba la ropa de cama y la vianda el otro. El hombre rechazó la comida.

--Élévatela -- dijo al niño --. No quiero comer.

Recibió la ropa y la arrojó con violencia sobre el sitio en que se sentaba, como si tampoco la quisiera o le molestara recibirla; volvió a sus paseos y sólo ya muy tarde, quizá después de media noche, cuando el cansancio pudo más que su esperanza y que su orgullo, estiró la frazada y la colche y se acostó. Su cara morena, toda rapada, estaba llena de amargura y de desolación.

...de las cosas llevadas en los días y la vida en el
otro. El hombre rechinó la lengua.

--Elevétele -- dijo al niño --. No quiero comer.

Resistió la hora y la noche con violencia sobre el sitio en que se
tumbó, como si tampoco la muerte o la molestia molestara; volvió a que-
rarse y sólo ya muy tarde, cuando después de media noche, cuando el con-
sueño pudo más que su espartería y que su orgullo, estiró la espalda y la
colona y se acostó. Se durmió, todo rapado, estaba llana de sudor
y de desolación.

...de la vida en el otro. El hombre rechinó la lengua.
--Elevétele -- dijo al niño --. No quiero comer.
Resistió la hora y la noche con violencia sobre el sitio en que se
tumbó, como si tampoco la muerte o la molestia molestara; volvió a que-
rarse y sólo ya muy tarde, cuando después de media noche, cuando el con-
sueño pudo más que su espartería y que su orgullo, estiró la espalda y la
colona y se acostó. Se durmió, todo rapado, estaba llana de sudor
y de desolación.

...de la vida en el otro. El hombre rechinó la lengua.
--Elevétele -- dijo al niño --. No quiero comer.
Resistió la hora y la noche con violencia sobre el sitio en que se
tumbó, como si tampoco la muerte o la molestia molestara; volvió a que-
rarse y sólo ya muy tarde, cuando después de media noche, cuando el con-
sueño pudo más que su espartería y que su orgullo, estiró la espalda y la
colona y se acostó. Se durmió, todo rapado, estaba llana de sudor
y de desolación.

manifestaciones, estentóreas ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

El solitario se prestó una frazada y pudo taparse las piernas y dormir, despertando sólo cuando la hora tomaba al guardia frente a la sala del calabozo. Tenía el número cuatro y el golpe reventaba como una granada contra las paredes:

X

«¡Cuatro!»

Y así como el día apareció para todos, así también se acercó la noche, trayendo lo de siempre: alegrías, penas, sorpresas, rutina, enfermedades, descanso o trabajo, sueño, insomnio o la muerte. Para los hombres de aquellos calabozos, sin embargo, y para todos los de todos los calabozos del mundo, traía algo menos: ni alegrías, ni sorpresas, ni trabajo y para muchos ni siquiera descanso o sueño. Durante el día puede ocurrir que alguien trabaje para el preso: la mujer, un hermano, la madre, el padre, un amigo y es posible que la causa se mueva, que el abogado presente un escrito o que el juez dicte ~~una sentencia~~ una sentencia o llame a declarar; en la noche, no; los juzgados se cierran, el juez se marcha con sus papelotes, el abogado descansa, y los parientes, o el amigo o la mujer, que no pueden obligar a trabajar de noche al juez o al abogado, se marchan también; es necesario esperar, y el preso, que es quien menos puede hacer, deja pasar la noche, sin poder hacer otra cosa, ~~para Usted. De puro bruto.~~

Poco a poco la prisión fué cayendo en quietud; desaparecieron los mandaderos y los señorones con papeles y sólo quedaron los presos, los gendarmes y los perros. Cada hombre pareció recogerse en sí mismo, en sus recuerdos, en su amargura, en su sueño, en sus proyectos, y los as^{ca}stantes, arrancados a su medio habitual, debieron enmudecer y dormir, abatidos por una inercia ~~absoluta~~ absurda a esas horas para ellos, trabajadores nocturnos.

Pero las luces no se apagaron y durante toda la noche y cada hora resonaron en los pasillos los gritos de los gendarmes de guardia, requeridos por el cabo que gritaba, el primero de todos y a voz en cuello: ¡Uno! Venían las

X

Y así como el día aparece para todos, así también se acerca la noche, trayendo lo de siempre: alegrías, penas, sorpresas, rutinas, enfermedades, cansancio o trabajo, sueño, insomnio o la muerte. Para los hombres de mundo, para los calabozos, sin embargo, y para ~~todos~~ los calabozos del mundo, trae algo menos: ni alegrías, ni sorpresas, ni trabajo y para muchos ni siquiera cansancio o sueño. Durante el día puede ocurrir que alguien trabaje para el preso: la mujer, un hermano, la madre, el padre, un amigo y es posible que la causa se mueva, que el abogado presente un escrito o que el juez dicte ~~una sentencia~~ una sentencia o llame a declarar; en la noche, no; los juzgados se cierran, el juez se marcha con sus papafutas, el abogado desahoga, y los pacientes, o el amigo o la mujer, que no pueden obligar a trabajar de noche al juez o al abogado, se marchan también; es necesario esperar, y el preso, que es quien menos puede hacer, deja pasar la noche, sin poder hacer otra cosa.

Los a su medio habitual, debieron empujados y dormir, abatidos por una in-
mensa, en su empuje, en su anhelo, en sus proyectos, y los salientes, atre-
vidos y los perros. Cada hombre pareció recogerse en sí mismo, en sus reser-
vas y los señores con papeles y sólo quedaban los presos, los gendar-
mos a poco la prisión fue estando en quietud; desparecieron los man-

el caso que gritaba, el primero de todos y a voz en cuello: ¡Uno! Venían las
naron en los peñales los gritos de los reclusos de guardia, repentinamente por
Pero las luces no se apagaron y durante toda la noche y cada hora reso-

contestaciones, estentóreas: ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! X

El solitario me prestó una frazada y pude taparme las piernas y dormir, despertando sólo cuando la hora tomaba al guardia frente a la reja del calabozo. Tenía el número cuatro y el grito reventaba como una granada contra las paredes:

-¡Cuatro!

Sonreía a los que, despertados por el grito, le echaban una mirada turbada y rezongaban algo.

La noche transcurría. Antes de dormir el solitario me preguntó el porqué de mi detención, contándome el por qué de la suya. Era un hombre más bien gordo, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero mitad mecánico y mitad gasista y tenía un taller en alguna parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obreros. Su delito era amoroso: había violado a una chica, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de dieciseis años y en su propia casa.

-Lo malo es que soy casado- dijo, mirándome con sus ojos oscuros y llenos de luz-; soy casado y quiero mucho a mi mujer. ¡En qué enredo me he metido! Por qué lo hizo, preguntará Usted. De puro bruto.

Calló y miró hacia la reja. Agregó después:

-Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

-Viene todos los días a dejarme el almuerzo y la comida y hasta ha traído un abogado.

Como advirtiera que no sabía de quién hablaba, aclaró:

-Hablo de mi mujer. Tengo dos hijos con ella. Y no se ha quejado, no ha llorado, no me ha dicho una sola palabra de reproche o de pena. ¡Qué papelito el mío! A veces me dan ganas de tirarme contra la reja y sacarme no sé qué a cabezazos.

No tenía ninguna experiencia amorosa y la historia del solitario me pa-

contemplaciones, estentóreas: ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

El solitario me presé una franela y pude taparme las piernas y dormir, esperando sólo cuando la hora sonaba al guardia frente a la reja del calabozo. Tenía el número cuatro y el grillo reventaba como una granada contra las

paredes:

-¡Cuatro!

Sonreía a los que, desahogados por el grillo, se echaban una mirada por la y resonaban algo: "¡Cuatro!", "¡Cuatro!", "¡Cuatro!".

La noche transcurría. Antes de dormir el solitario me preguntó: ¿por qué de mi detención, contándome el por qué de la suya? Era un hombre más joven, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero, más modesto y más gastado y tenía un taller en la parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una mujer, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de

clase alta y en su propia casa, con la mujer, con la mujer, con la mujer. El solitario me preguntó: ¿por qué de la suya? Era un hombre más joven, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero, más modesto y más gastado y tenía un taller en la parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una mujer, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de

clase alta y en su propia casa, con la mujer, con la mujer, con la mujer. El solitario me preguntó: ¿por qué de la suya? Era un hombre más joven, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero, más modesto y más gastado y tenía un taller en la parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una mujer, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de

clase alta y en su propia casa, con la mujer, con la mujer, con la mujer. El solitario me preguntó: ¿por qué de la suya? Era un hombre más joven, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero, más modesto y más gastado y tenía un taller en la parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una mujer, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de

clase alta y en su propia casa, con la mujer, con la mujer, con la mujer. El solitario me preguntó: ¿por qué de la suya? Era un hombre más joven, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero, más modesto y más gastado y tenía un taller en la parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una mujer, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de

recía aburrida; no alcanzaba a comprender por qué un hombre casado, que quiere a su mujer, se mete en enredos como aquél.

-Y no hay modo de arreglar el asunto -continuo-. Por nada del mundo me separaría de mi mujer y de mis hijos, pero no se trata de eso: nadie quiere que los deje. Por otra parte, no puedo devolver a la muchacha lo que le quité o lo que ella, más bien dicho, me metió por las narices. Lo malo está.... Soy vecino de sus padres desde antes de que naciera y la conozco, por eso, desde que nació; no sé por qué, desde chica tomó la costumbre de hacerme mucho cariño, pero mucho, mucho más que a su padre, por supuesto, y creció y creció y siempre me hacía cariño, besándome, abrazándome, sofocándome con sus besos y abrazos y metiéndome las manos por todas partes; la madre se reía el padre también, todos reíamos; era muy divertido ver la pasión que aquella niña tenía por mí. Ningún niño, mucho menos una niña, podía acercarse en presencia de ella. Un día se me ocurrió casarme; ^{ella} tenía entonces doce años y reventó la cosa: estuvo meses sin hablar una palabra conmigo y cuando me encontraba hufa. Entonces comprendí.... Pero vino a verme y siguió haciéndome cariño. ¿Comprende? Mi mujer se reía, la madre se reía, el padre también; sólo ella y yo no nos reíamos ya. Hasta que... Dice el abogado que si me saca nada más que con condena de dos años de cárcel, deberé darme con una piedra en el pecho. ¿Qué le parece!

No pude decirle que me parecía. Estaba roncando.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

Al día siguiente, por las desazonadas miradas que me ^{me}dió, comprendí que no había sido con él todo lo atento que él esperaba. Cada preso supone que su caso es el más importante y tiene razón: se trata de su libertad o de su condena, de su inocencia o de su culpabilidad, casi de su vida o de su muerte, a veces del honor o de la dehonra, del bienestar o de la desgracia de la familia, todo fundamental o insustituible, intransferible, además, como ciertos documentos; pero si todos tienen razón al estimar su caso, estimación que

esta sencilla; no alcanzaba a comprender por qué un hombre casado, que
viviera a su mujer, se mete en enredos como aquel.

-Y no hay modo de arreglar el asunto -continuo-. Por nada del mundo me
separaría de mi mujer y de mis hijos, pero no se trata de eso: nadie quiere
los deje. Por otra parte, no puedo devolver a la muchacha lo que le di-
o lo que ella, más bien dicho, me metió por las narices. Lo malo está...
y vecino de sus padres desde antes de que naciera y la conozco, por eso,
sabe que nació; no sé por qué, desde chico tomé la costumbre de hacerme mu-
cho cariño, pero mucho, mucho más que a su padre, por supuesto, y crecí y
salió y siempre me hacía cariño, besándome, abrazándome, sofocándome con
a besos y abrazos y metiéndome las manos por todas partes; la madre se reía
padre también, todos reíamos; era muy divertido ver la pasión que aquella
tenía por mí. Ningún niño, mucho menos una niña, podía acercarse en
presencia de ella. Un día se me ocurrió casarme; tenía entonces doce años y
cuando me en-
traba mala. Entonces comprendí... Pero vino a verme y siguió haciéndome
cariño. ¿Comprendes? Mi mujer se reía, la madre se reía, el padre también;
lo ella y yo no nos reíamos ya. Hasta que... Dice el abogado que si me sa-
nada más que con condena de dos años de cárcel, deberé darme con una pis-

en el pecho. ¡Qué le parece!

No puede decirle que me parezca. Estaba romcando.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

Al día siguiente, por las desazonadas miradas que me dio, comprendí que
había sido con él todo lo atento que él esperaba. Cada preso supone que su
es el más importante y tiene razón: se trata de su libertad o de su con-
a, de su inocencia o de su culpabilidad, casi de su vida o de su muerte.
ees del honor o de la debona, del bienestar o de la desgracia de la fa-
ia, todo fundamental o intransferible, inestimable, además, como eler-
documentos; pero si todos tienen razón al estimar su caso, estimación que

debe respetarse, como se respeta la dolencia de un enfermo, no se puede pretender que también el delito cometido, si es que hay uno, es el más importante o interesante de toda la prisión; no, y si lo creen así, allá ellos, pero no lo creo y tengo sueño.

Le devolví su frazada, se la agradecí y me paré junto a la reja; el día llegaba de nuevo. Repentinamente, como en una oleada, sentí antipatía contra aquel hombre. ¿Por qué me miraba con cara de reproche? ¿Tenía la culpa de que su delito fuese grosero, que no me interesara y que al oírlo contar me hubiese quedado dormido? ¿Por qué, si quería a su mujer y a sus hijos, no había dado un puntapié en el trasero a aquella muchacha o se lo había dado a sí mismo cuando aún era tiempo? Sus lamentaciones y su arrepentimiento me parecían tontos y ridículo el odio que ahora sentía hacia la muchacha. ¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Que se vaya al diablo.

No volví a hablar con él: la muchacha nos había separado. Mediada la mañana fui trasladado, con otras personas y por razones de orden desconocido, a otro calabozo, separándome así de mis compañeros, a quienes no ~~volv~~í a ver sino una vez más ante el juez, que nos hizo prestar nueva declaración y reconocer en rueda de presos por el dueño de la joyería y un empleado, miope él, que equivocó al secretario con uno de los detenidos, y separándome también del solitario, a quien, pasado el acceso de antipatía, recordé con nostalgia durante la noche; tuve que dormir al descubierto. Mis nuevos compañeros de calabozo habrían cometido, sin duda, delitos más interesantes que el del solitario arrepentido del suyo, pero a ninguno se le ocurrió ofrecermé una frazada con que taparme; tampoco tenían, talvez, ninguna de sobra.

Soporté así varios días, diez, quince, sintiendo que alguien me acorralaba, acortándome las posibilidades, empujándome hacia algo oscuro. ¿A quién recurrir? La gente de aquellos calabozos se movía de acá para allá, se iban unos, llegaban otros, volvían aquéllos, nada era estable y todo era incierto. Por fin un día, luego de dormir varias noches en el suelo, sin tener siquiera un diario con que taparme, orinándome de frío, sentí que llegaba el momento:

...responderas, como se responde la dolencia de un enfermo, no se puede pre-
nder que también el delito cometido, si es que hay uno, es el más importan-
te o interesante de toda la prisión; no, y si lo ensen así, allá ellos, pero
o lo creo y tanto sueño.
Lo devolví en frascada, se la entregué y me pare junto a la reja; el día
legado de nuevo. Repentinamente, como en una oleada, sentí antipatía contra
quel hombre. ¿Por qué me miraba con cara de reproche? ¿Tenía la culpa de
mi delito fuese grosero, que no me interesara y que al oírlo contar me
hubiese quedado dormido? ¿Por qué, si quería a su mujer y a sus hijos, no ha-
ría dado un puntapié en el trasero a aquella muchacha o se lo había dado a sí
lamo cuando aún era tiempo? Sus lamentaciones y su arrepentimiento me pare-
ían contos y ridículos el odio que ahora sentía hacia la muchacha. ¿Y qué
ango yo que ver con todo esto? Que se vaya al diablo.
No volví a hablar con él: la muchacha nos había separado. Mediada la ma-
ana fui trasladado, con otras personas y por razones de orden desconocido,
otro calabozo, separándose así de mis compañeros, a quienes no había volví
ver sino una vez más ante el juez, que nos hizo prestar nueva declaración
reconocer en rueda de presos por el dueño de la joyería y un empleado, mis-
o él, que equivoqué al secretario con uno de los detenidos, y separándose
también del solitario, a quien, pasado el acceso de antipatía, recordé con nos-
algún durante la noche; tuve que dormir al descubierto. Mis nuevos compa-
as de calabozo habían cometido, sin duda, delitos más interesantes que el
solitario arrepentido del ayoy, pero a ninguno se le ocurrió ofrecerse
una fraxada con que taparme; tampoco tenían, tal vez, ninguna de sobre.
Borruté así varias días, días, días, sintiendo que alguien me acordaba.
a, acordándose las posibilidades, empujándose hacia algo oscuro. La guiso
resurrección? La gente de aquellos calabozos se movía de acá para allá, se iban
nos, llegaban otros, volvían aquellos, nada era estable y todo era incierto.
por fin un día, luego de dormir varias noches en el suelo, sin tener siquiera
un aliento con que taparme, ordenándose de frío, sentí que llegaba el momento:

amanecí con dolor de cabeza y en la tarde empecé a estremecerme como un azogado; ramalazos fríos me recorrian la espalda. Resistí hasta caer al suelo, ya sin sentido. Los presos llamaron a los gendarmes, los gendarmes al cabo, el cabo a un médico y fué trasladado a la enfermería: hablaba solo y pretendía huir, 40° de fiebre, estertores en el pulmón izquierdo, pulso muy agitado, ventosas, compresas, sobre todo compresas, muchas compresas, y calientes, bien calientes, aunque lo quemén, sí, déjeme, no me toque, quiero que venga mi madre; sí, es mi madre; oh, mamá, abrígame, tengo frío; dame agua, agua fresca, tengo sed; le he dicho que no me toque, ¿quién es usted para tocarme? ¡Mamá! Por favor, ayúdeme a sujetarlo; se me va a arrancar de la cama....Agua. ¿Cómo sigue? Está mal. Pobre muchacho. Oh, por favor, llamen a mi madre.

manos con dolor de cabeza y en la tarde empezó a estremecerse como un arbolado; ramalazos fríos me recorrieron la espalda. Heistél hasta caer al suelo, a sin sentido. Los presos llamaron a los gendarmes, los gendarmes al cabo a un médico y los trasladado a la enfermería: hablaba solo y presor- la huir, 40° de fiebre, esteriores en el pulmón izquierdo, pulso muy débil, o, ventosas, compresas, sobre todo compresas, muchas compresas, y calientes, ten calientes, aunque lo quemar, sí, déjeme, no me toque, quiero que venga madre; sí, es mi madre; oh, mamá, sordíame, tengo frío; dame agua, agua fresca, tengo sed; le he dicho que no me toque, ¿quién es usted para tocarme? Mamá! Por favor, ayúdeme a sujetarlo; se me va a arrancar de la cama... Agua. Como sigue? Está mal. Pobre muchacho. Oh, por favor, llamen a mi madre.

Bajada a Chile

El ahora albañán para otros varas que la nieve parece como que cubriera
 aproximarse a nosotros. Se puede decir: está pegada al suelo, unida a
 la tierra y a las piedras: en color está amarilla, sin embargo, nada puede
 compararlo, y la nieve es y sea luz muchísimo para que pudiera ser
 blanca o blanca, oscura, envolvernos, no se parece a lo que es la
 nieve si alguna vez la he encontrado en una parte en que la nieve se cubre
 la por cuadros y cuadros y en donde tú o tú y tus compañeros, al ser que si
 quien iba con ellos, eran lo único oscuro, lo único oscuro que había en su
 vida de la blancura. Se lo sé. Hablo de la nieve, aunque en el día no es
 una bajada a cualquier hora es lo mismo: la sensación es que estás limitado
 y redondo y de que eres lo que se ve en la nieve, la nieve, la nieve
 la rodea de lo blanco y así rodeamos todo y cubren el mundo de la nieve
 la fuera porque la nieve no es algo muerto sino algo vivo, algo vivo que no
 mata a lo que está bajo ella. La nieve que cubre la nieve está viva
 porque que el hombre o que el animal que camina sobre ella. Notamos también
 de los hombres, cuando que se encuentran con la nieve y puede mirar y ver
 blanco y la nieve que la cubren, se de cuenta de que el blanco no es un
 color blanco e inofensivo sino que un color duro y agresivo y todo lo que
 se poder ver a lo lejos, en algún momento inabarcable a todos y a cada uno
 de la nieve y el cielo, un color difuminado, un color, un color, o un color
 vivo o un color vivo y cuando se encuentran con la nieve, la nieve es la nieve
 viva el blanco de la nieve, a este blanco que se participa de la vida. En
 los senderos, en los senderos, en los senderos, en los senderos, en los senderos,
 está en el corazón de la nieve y la nieve y la nieve.

Palada a Chile

Mira de nuevo para atrás. Mira ahora para adelante. Todo está blanco y negro y no se ve nada a casi nada y a pesar de eso sientas que una mano te y una coacción están llenas de rincones escondidos; por ahí y la tierra está seca; puedes caer en cualquier parte y no lo notarás al caer; puedes hacer fuego con ramitas y calentarte, tomar café e incluso

--Si ahora miras para atrás verás que la nieve parece como que quisiera aproximarse a nosotros. No puede hacerlo: está pegada al suelo, unida a la tierra y a las piedras; su color está suelto, sin embargo, nadie puede aprisionarlo, e irradia luz y ^{con} esa luz ~~parece~~ parece que quisiera aproximarse a nosotros, cercarnos, envolvernos; no se resigna a dejarnos ir. No sé si alguna vez te has encontrado en una parte en que la nieve te rodeaba por cuadras y cuadras y en donde tú o tú y tus compañeros, si es que alguien iba contigo, eran lo único sombrío, lo único oscuro que había en medio de la blancura. No lo sé. Hablo de la noche, aunque en el día no es mucho mejor; a cualquier hora es lo mismo: la sensación de que estás limitado y reducido y de que eres lo que se mueve en medio de la inmóvil, lo tibiamente rodeado de lo helado y casi podríamos decir lo vivo entre lo muerto si no fuera porque la nieve no es algo muerto sino algo vivo, algo vivo que no mata a lo que está bajo ella. La semilla que duerme bajo la nieve está más segura que el hombre o que el animal que caminan sobre ella. Estamos hablando de hombres. Cuando uno se encuentra como te decía y puede mirar y ver el espacio y la nieve que lo rodean, se da cuenta de que el blanco no es un color blando e inofensivo sino que un color duro y agresivo y ¡qué descanso poder ver a lo lejos, en algún picacho inaccesible a todos y a todo, aun a la nieve y al hielo, un color diferente, un negro, por ejemplo, o un rojizo o un azul! Los ojos descansan en ese color, reposan en él antes de volver al blanco de la nieve, a este blanco que te persigue, te fatiga, te tapa los senderos, desfigura los caminos, tapa las señales y, además, te mete en el corazón el miedo a la soledad y a la muerte.

Si ahora miras para atrás verás que la nieve parece como que quisiera aproximarse a nosotros. No puede hacerlo: está pegada al suelo, unida a la tierra y a las piedras; sin color está azul, sin embargo, nada puede apasionarlo, e irradia luz y esas luz ^{con} ~~irradia~~ parece que quisiera aproximarse a nosotros, acercarnos, envolvernos; no se resigna a dejarnos ir. No sé si alguna vez te has encontrado en una parte en que la nieve te rodea por cuerdas y cuerdas y en donde tú o tú y tus compañeros, así es que algunas veces sentiste, eran lo único sombrío, lo único oscuro que había en medio de la blancura. No lo sé. Hablo de la noche, cuando en el día no es uno mejor; a cualquier hora es lo mismo: la sensación de que estás limitado y rodeado y de que eres lo que se mueve en medio de lo inmóvil, lo único rodeado de lo helado y casi podríamos decir lo vivo entre lo muerto si no fuera porque la nieve no es algo muerto sino algo vivo, algo vivo que no mata a lo que está bajo ella. La semilla que duerme bajo la nieve está más segura que el hombre o que el animal que camina sobre ella. Entonces hablan de los hombres. Cuando uno se encuentra como te decía y puede mirar y ver el espacio y la nieve que lo rodea, se da cuenta de que el blanco no es un color blanco e inofensivo sino que un color duro y agresivo y tan desordenado poder ver a lo lejos, en algún blanco inabarcable a todos y a todo, una la nieve y el hielo, un color diferente, un negro, por ejemplo, o un rojo o un azul! Los ojos descansan en ese color, reposan en él antes de volver al blanco de la nieve, a este blanco que te paraliza, te fatiga, te tapa los sentidos, desfigura los caminos, tapa las señales y, además, te mete en el corazón el miedo a la soledad y a la muerte.

Mira de nuevo para atrás. Mira ahora para adelante: todo está oscuro y negro y no se ve nada o casi nada y a pesar de eso sientes que esa negra y esa oscuridad están llenas de rincones acogedores; hay arbustos y la tierra está seca; puedes tenderte en cualquier parte y no te mojarás ni te helarás; puedes hacer fuego con ramitas y calentarte, tomar café o simplemente mirar las ~~llamas~~ llamas. El hombre tiene miedo de la noche y sólo algunos solitarios, como los trabajadores de los bosques y de las montañas, algunos, no todos, ^{que} han logrado, después de mucho tiempo, dominar al miedo, saben apreciarla. Nada de eso puedes hacer en la nieve: en la nieve no puedes detenerte ni sentarte y debes seguir andando, como si una voz te advirtiera: estás muy cansado y morirás si te detienes; te enfriarás, te agarratarás, quedarás riendo.

Mira para atrás de nuevo: la nieve continúa mirándonos, persiguiéndonos con su blancura; y si fuera algo duro, algo consistente, sobre lo cual se pudiera pisar con confianza y con seguridad. . . No lo es: aunque conozcas el sendero, aunque hayas pasado mil veces ~~por~~ por él, aunque te sepas de memoria sus piedras y sus rocas, sus vegas y sus torrentes, sus vueltas y revueltas, no debes confiar: bajo la nieve de varios días o de varios meses todo cambia: su peso ha hecho correr las piedras que conoces, y la nieve que está más arriba del sendero, al derretirse, forma torrentes que corren por debajo y lo destruyen, carcomiendo al mismo tiempo la capa sobre la cual vas caminando: aquí te hundirás hasta la rodilla, allá hasta la cadera, más allá resbalarás y quién sabe si podrás tomarte de alguna parte e impedir la caída.

Vamos lejos ya, una cuadra, dos, hundiéndonos en la oscuridad, en una oscuridad sin nieve, en una oscuridad sin hirientes resplandores; la nieve, sin embargo, sigue vigilándonos.

--De buenas hemos escapado.

--Sí; llegó un momento en que creí que no saldríamos vivos del planchón.

--No sé qué es mejor: si la nieve blanda o la nieve dura; mejor dicho:

no sé qué es peor.

--Mauricio decía que en algún lugar de España llaman mierda blanca a la nieve.

--Me parece demasiado, aunque lo comprendo. No la llamaría nunca así.

Le tengo miedo, pero me gusta, de lejos, claro, y a veces de cerca, pero no la cuiero. Dos o tres veces me he encontrado con ella en las montañas, solo yo y sola ella, durante horas, perdido el sendero, borrada toda huella, sepultadas las señales, extraviados los amigos: aquí te cuiero ver. Miras para cualquier parte: no hay nada ni nadie que te pueda ayudar y la noche se acerca o la noche se alarga; hay una quietud mortal: nada se mueve, por lo menos nada que tú puedas ver; si gritas, nadie te oirá; si pides auxilio, nadie te socorrerá; debes confiar sólo en tus piernas y en tus pulmones; debes confiar, también, en tu presencia de ánimo, en tu valor, y a cada momento, a cada paso, te hundes en el silencio, en la quietud y en la soledad y el espacio que ocupas y aquel que te rodea y aquel que logras ver se reducen más y más. No mires a lo lejos: debes mirar en qué punto vas a poner el pie en el siguiente paso y en el otro y en el otro. ¿Oyes? Es el rumor de un torrente que corre bajo la nieve, ¿hacia dónde y por dónde?, no lo sabes, lo oyes nada más. Sí, no mires a lo lejos; a lo lejos quizá están tus compañeros, hay un campamento, una alegre fogata, luz, animación, voces, risas, una teza de café y una cama, hasta puede haber una mujer, no tuya, porque tú eres un pobre diablo, pero una mujer a la cual puedas por lo menos mirar, mirar nada más y no te parezca poco. Las mujeres son escasas en la cordillera, más escasas aun las que pueden ser tuyas. No mires a lo lejos, te digo, ni pienses en lo que puede haber en otra parte: aquí hay algo más importante que todo eso, aun más importante que las mujeres, de las cuales, algunas veces, se puede prescindir; de esto no se puede prescindir sino pa-

— 1000 —

...evsib el

ra siempre. Me refiero a la vida, es claro. Pon bien el pie y afirma bien el cuerpo. No sabes si en el siguiente paso encontrarás una nieve más blanca o una nieve más dura, una ^{delgada} ~~menuda~~ o una profunda; es de noche y no puedes distinguir bien: de día es fácil ver la nieve profunda; tiene adentro, como en las entrañas, un color azul precioso, muy suave, como el de ciertas aguas o el de ciertos cielos; de noche toda es igual, toda blanca, toda fría y se endurece a medida que la oscuridad avanza.

--¿Cuántas horas anduvimos en la nieve?

--Ocho talvez.

--Yo les dije: es mejor esperar, pero tú y Vicente y Antonio y Aniceto se empujaron en seguir.

--No; vamos en seguida; no nos quedemos aquí.

--Durmamos aquí, en el Cristo, y mañana temprano seguimos viaje.

--No: queremos llegar pronto a Chile.

--Hay mucha nieve.

--¿Qué importa.

--Y nos vinimos.

--¿Y ahora?

--Ahora todo va bien y dentro de un rato, una hora o dos, podremos tendernos y dormir. Serán las dos o las tres de la madrugada, estamos en Chile y pronto aparecerán, en la oscuridad, los primeros álamos.

--¿Qué fácil es decirlo ahora!

--Si no fuera por las autoridades todo sería fácil: el túnel es ancho y se pasa en una hora; pero, no, señor: no se puede. Alto ahí. Aparece la autoridad: a ver los papeles. ¿Chileno? ¿Argentino? Muéstreme su libreta de enrolamiento, muéstreme su pasaporte, muéstreme su equipaje; por poco te piden que les muestres el culo; y si vas sucio y roto porque te ha ido mal en el trabajo o porque te da la gana de ir sucio y roto, es mucho peor: si no les caes en gracia te llevarán al retén y te tendrán ahí dos

...el mismo. Me refiero a la vida, es claro. Por bien el río y al mismo bien
...el cuerpo. No como el de el aliente pero anualmente me viene más bien
...delante
...a una vida más pura, una vida más profunda, es de noche y no puedo
...lástima bien: de día es fácil ver la nieve profunda; tiene adentro, como
...en las entenas, un color azul profundo, muy grave, como el de el agua
...de el de el río; de noche todo es igual, todo blanco, todo frío
...y endurece a medida que la oscuridad avanza.
--¿Cuántas horas anduvimos en la nieve?
--Como siempre.
--Yo los dije: es mejor esperar, pero tú y Vicente y Antonio y Antonio
...se embarcaron en result.
--No; vamos en balsa; no nos quedamos aquí.
--Dormimos aquí, en el Océano, y mañana temprano seguimos viaje.
--Es: tenemos libertad pronto a Chile.
--Muy buena idea.
--Me importa.
--Y nos vamos.
--¿Y ahora?
--Ahora todo va bien y dentro de un rato, una hora o dos, podremos tan-
...bernos y dormir. Serán las dos o las tres de la mañana, estamos en Chil-
...y pronto podremos, en la oscuridad, los primeros días.
--¿Qué tal se decide ahora?
--Si no fuera por las autoridades todavía fácil: el canal es ancho
...se pasa en una hora; pero, no, mejor no me pade. Ahí ahí. Ahora la
...autoridad: a ver los papeles. ¿Cuáles? ¿Cuáles? ¿Cuáles? ¿Cuáles? ¿Cuáles?
...se enojó, me sacó de la cabeza, me sacó de la cabeza; por eso se
...daban que las autoridades el río; y al río ancho y profundo porque se me iba
...al en el río y porque se me iba de la cabeza, me sacó, me sacó
...si no se enojó en el río y se enojó en el río.

o tres días o una quincena. En Las Cuevas había un cabo, hijo de tal por cual, que se acercaba al calabozo y abría la puerta:

--A ver: que salgan los que sepan leer y escribir.

--Salían, muy orgullosos, tres o cuatro; los demás o no sabían leer o no hacían caso de lo que decía el cabo.

--Muy bien: agarren una pala cada uno y andando.

--Los ponía a hacer un camino en la nieve, entre la comisaría y la estación. Lo mató un rodado: en el infierno debe estar, haciendo con la jeta un camino en el fuego.

--Si se les da la gana te tienen detenido un mes o un año. ¿A quién vas a quejarte? ¿A quién recurrirás? A mí me tuvieron tres días. ¡Cuánta gente ha muerto por causa de esos malditos papeles! Hace años se entraba y se salía de la Argentina o de Chile como si se entrara o se saliera de su propia casa; hoy ^{son} ~~mm~~ como ~~mm~~ casas ajenas; no había túnel ni ferrocarril y tampoco autoridades que pidieran que les mostraras todo, no; ibas a Mendoza o a la Pampa, trabajabas en la cosecha o en la vendimia y te volvías antes ^{de} que llegara el invierno, a fines de Marzo, digamos, ~~mmmmmm~~ y nadie te decía nada. Ahora, no: papeles aquí, papeles allá, al calabozo, no tienes papeles, eres un atorrante, toma una pala, ¿por qué?, tienes cara de pillo, chileno ladrón, cuyo maricón, una semana detenido; ahora vete y no vuelvas más por aquí. Y los hombres se asustan o se encocoran: pasan de noche la cumbre, la nieve o el viento los agarran cansados y por ahí quedan, mostrando los dientes.

Mira para atrás: todavía se ve la nieve. Es lo que más se ve en Chile; desde la orilla del mar, desde el campo, desde las ciudades, desde los bosques, a veces desde la cama o desde la cárcel.

--He trabajado en las Minas, en Las Condes, por ejemplo, y en El Teniente: nieve hasta para regalar. Hay minerales que en el invierno se transforman en cementerios, tan solos quedan, sepultados bajo dos o tres metros de nieve. Los hombres que se quedan a invernar viven como ratones: les crece el

no haviam mais de 10 em cada cidade.

...y el otro es el que se refiere a la...

...open to crime.

de la Argentina o de Chile como al se entrara o se saliera de su propia

...trabajos en la zona o en la vendimia y se volviera antes de la

Para el invierno, a fines de marzo, digamos, algunos, ~~seguirán~~ y nadie se desista nada.

Albino, por papales vani, papales alié, al calibozo, no viene papales, era

1972-1973

pelo, se les alarga el bigote, se ponen negros, les rebrillan los ojos, la ropa se les hace pedazos -- usan la más vieja -- y se pasean por las galerías y los pasillos de los campamentos como fantasmas peludos y negros. También he invernado en el otro lado, en Las Leñas, donde queda la primera cuadrilla de peones del Transandino argentino; no me gusta: prefiero pasar hambre en Valparaíso y no engordar bajo diez metros de nieve. Gracias. ¿Y las mujeres, los niños, los árboles? Cuando abrimos la puerta después de una nevazón que duró toda una tarde y una noche, nos encontramos con que no podíamos salir de la casa: la nieve llegaba hasta más arriba de la puerta; tuvimos que abrir un túnel para llegar hasta la línea del tren. Es demasiado pedirle al cuerpo.

--Así murió Manos Duras y así murió Tuerto Chico; así han muerto muchos y muchos han muerto en este mismo lugar. Cuando se llega aquí cansado y hambriento y resulta que ~~mmh~~ sopla viento y la nieve está dura, siente uno que lo mejor que podía haberle ocurrido es no haber salido nunca del vientre de su madre: un minuto o dos sentado, descansando, bastan para agarrar los músculos y atálambrarte el estómago. Ahí te quedarás, sentado, hasta que vengan a buscarte. . . cuando pase el invierno. Tuerto Chico no era orgulloso, más bien era apocado, aunque no tanto que se le pudiera poner el pie encima y se quedara tranquilo; te miraba de lado, levantando la cabeza, como quien mira por sobre el hombro y hacía el cielo -- también lo llamaban, algunos, Mira-Para-El-Norte -- y uno sentía que en esa mirada, la mirada de un solo ojo -- el otro lo tenía tapado por una nube -- asomaba algo que era necesario respetar, aunque ese algo estuviera encerrado dentro de un hombre de baja estatura, feo y hediondo como nadie -- no se bañaba nunca, no diré en la cordillera, donde no se bañan más que los locos, en invierno nunca, en verano algunas veces, sino que en ninguna parte: decía que el baño le hacía salir granos.

--Hay hombres tiesos, aunque no lo parecen, y hay que tener cuidado con

... en las alamedas del bosque, se coronan de flores, las repulidas las flores, la
... de las hace pedruzcos -- dicen la más vieja -- y se parecen por las miles
... y los pasillos de los campamentos como fantasmas perdidos y horros.
... también se invierte en el otro lado, en las lomas, donde queda la primera
... de pedruzcos de pedruzcos del pensamiento argentino; no se gusta: pretorio para
... en Valparaíso y no se olvidan bajo diez metros de nieve. Urcules. El
... las mujeres, los niños, los árboles. Cuando terminas la puerta después de
... me narraron que duró toda una tarde y una noche, nos encontramos con que
... podíamos salir de la casa: la nieve llegaba hasta más arriba de la puerta
... al tumbos que cubre un túnel para llegar hasta la línea del tren. Es que
... mucho pedruzco al cuerpo.
... -- Así murió Marcos Doras y así murió Tinto Chico; así son muertos muchos
... muchos por muerte en este mismo lugar. Cuando se llega aquí cuando y
... ambiente y resaca que una sopla viento y la nieve está dura, siento me
... lo mejor que podía haberle ocurrido es no haber salido nunca del vi-
... de su madre: un minuto o dos contados, desahogado, pasado para siempre
... los músculos y el alma por el estómago. Allí se quedaba, sentado, man-
... que vengas a buscarme. . . cuando pasa el invierno. Tanto frío no era
... muchacho, más bien era apocado, aunque no tanto como la primera noche el
... encima y se quedaba tranquilo; se miraba de lado, levantando la cabeza,
... como quien mira por sobre el hombro y hacia el cielo -- también lo llamaban
... algunas, mira-tare-el-cielo -- y uno sentía que en esa mirada, la mirada de
... en solo ojo -- el otro lo tenía tapado por una nube -- miraba algo que era
... necesario respetar, aunque era algo estúpido, aunque dentro de un hom-
... se de baja estatura, pero y hablando como nadie -- no se podía hacer, no
... en la cordillera, donde no se podía más que los locos, en invierno
... en verano algunas veces, sino que en ninguna parte: desde que al poco
... a parte allí cuando.

-- Hay hombres típicos, aunque no lo parecen, y hay que tener cuidado con

ellos. Algunos cortan como cuchillos, otros golpean como piedras y los más suaves putean que da gusto cirlos.

--Manos Duras, sí, era orgulloso, aunque no guapo ni fanfarrón, callado más bien, y no le gustaba -- tampoco le gustaba a Tuerto Chico ni tampoco les gusta a muchos hombres, por rotos que anden -- que las autoridades lo detuvieran, lo interrogaran, lo registraran, lo manosquearan, lo encerraran, lo hicieran trabajar y se burlaran de él. Prefería, entonces, esperar la noche para pasar la cumbre. Corría el riesgo de que lo pillara un temporal de viento o una nevazón o de que se perdiera, pero prefería eso a que lo badease ^{nadie} ~~la naturaleza~~. Dos o tres veces me fui con ellos a Mendoza y dos o tres veces me volví con ellos a Chile. Venían todos los años, como los pájaros. Eran duros y callados y aguantaban mucho, aguantaban el cansancio, el hambre, la sed, el frío, todo; la muerte debe haber peleado duro con ellos para ganárselas. Lo que no aguantaban era el mal trato. Si encontraban, sobre todo Manos Duras, un capataz de mal carácter o abusador, preferían irse. El capataz salía ganando: creo que Manos Duras podía meter clavos en la madera sin necesidad de usar martillo.

--También lo he hecho yo: llega uno hasta Las Leñas, antes de Las Cuevas -- no más acá porque pueden verlo los carabineros --, y espera la noche. Lleva tres días de camino desde Mendoza, o cuatro si no ha tenido la suerte de tomar un tren de carga; se le han roto las alpergatas o los zapatos y se le han terminado las provisiones: el camino es duro, pura piedra; está cansado y no puede meterse en ninguna parte, salvo que conozca a alguien en un campamento. Por ahí, detrás de una piedra, lo pilla la noche, acurrucado, y hay que partir. Vamos, arriba, toma el saco o la mochila y andando. Estamos a fines de Marzo o a principios de Abril y ha caído una nevazón, dos, tres. ¿Cómo estará el camino? ¿Cómo estará la nieve? Nadie lo sabe y si por casualidad encuentras a alguien que acaba de atravesar la cumbre, te dirá: está bueno, no está malo, está regular, está malito, la cosa está buena de

...algunos corran como cohetes, otros como el viento y los demás
...entre ellos que de ellos vivían.
...--Buenos días, al, era español, cuando no había ni teléfono, cuando
...la casa, y no le gustaba -- tampoco le gustaba a María Clara y a
...en casa a muchos hombres, por eso los que andaban -- que las señoras
...destruyeron, lo destruyeron, lo destruyeron, lo destruyeron,
...lo hicieron trabajar y se fueron de él. Después, entonces, cuando la
...noche para pasar la noche. Corría el riesgo de que se hiciera un temporal
...de viento o una nevada o de que se desmoronara, pero prefería eso a que la
...donde se encontraba. Los o tres veces me fui con ellos a Mendoza y don
...tres veces me volví con ellos a Chile. Venían todos los años, como los paí-
...ros. Los días duros y calientes y aguantaban mucho, aguantaban el cansancio, el
...cansancio, la sed, el frío, todo; la mente debe haber estado fija con ellos
...para conseguirlo. Lo que no aguantaban era el mal gusto. Si encontraba, so-
...lo todo malos días, un espíritu de mal carácter o de envidia, preferían irse.
...El espíritu había cambiado: eso que había antes había cambiado en la ma-
...nada sin necesidad de usar martillo.
...--También lo he hecho por llevar una buena vida, antes de las Gu-
...tas -- no más así porque quedan varios los caracteres --, y es que la gente
...lleva tres días de camino desde Mendoza, o cuatro si no ha cambiado la mente
...se fomen un tren de carne; se le han roto las alfileras y los zapatos y se
...le han terminado las provisiones: el camino es duro, pero siempre está con-
...tando y no puede meterse en algunas cosas, salvo que echen a alguien en un
...campanero. Por ahí, detrás de una piedra, lo coge la noche, contraindicado,
...y hay que partir. Venos, amigos, toma el caso a la medida y andando. Este
...con a fines de marzo o a principios de abril y he estado una vez más, don-
...tres. Como cuando el camino es malo, cómo está la nieve fría lo que y el por
...en calidad económica a alguien que sea de la casa de la casa, se dice:
...está bueno, no está malo, está malo, está malo, se está con la casa de

este lado y regular del otro. Siempre, sin embargo, estará peor de lo que él dice. Además, hay que tomar en cuenta la hora y el tiempo: si es de día, si es de noche, si hay sol, si está nublado, si corre viento, si no corre. Se amarra uno bien los pantalones y parte, pero no por el camino, que sería mucho mejor, sino que por ahí, por los lados, escondido. Podría uno irse directamente a la boca del túnel, meterse en él y salir tranquilamente al otro lado, pero no puede ser: el túnel tiene puertas a ambos lados, en las dos bocas, una puerta de fierro, y esa puerta está cerrada y asegurada, además, por un candado y una cadena. ¿Por qué? quién sabe. De día el carabinero puede ver quién sale y quién entra; de noche no puede verlo y entonces le pone candado. Libertad es la herencia del bravo, dice la canción nacional chilena; libertad, libertad, libertad, dice la canción argentina; libertad, sí, pero pongámosle candado a la puerta. Claro es que si lo sorprenden a uno tratando de pasar a escondidas la cymbre, sin mostrar lo que ellos quieren que uno muestre, es mucho peor: lo tratarán como a un cuatrero, como a un contrabandista o como a un reo prófugo, pero la libertad vale algo y hay que pagarla, no la de los himnos, que parece no existir, sino otra. Por lo demás, la noche es igual para todos y sólo muy pocos le han perdido el miedo. Andando. A veces, como en este caso, se tiene suerte y se pasa; otras, se llega al Cristo y se duerme ahí si la cosa se ha puesto muy mala; pero hay veces en que no se hace caso de nada y se sigue adelante. Vamos de bajada, se dice, y no vale la pena quedarse. Sigamos. Es lo que nos ha pasado ahora. Pero desde el Cristo para adelante nadie puede decir lo que va a pasar: si llegará vivo o si a pesar de llegar vivo morirá cuando ya se cree a salvo. La bajada es a veces peor que la subida, aunque la subida es a veces peor que la bajada.

Miremos por última vez hacia atrás: la nieve se está alejando y al alejarse sube, como si se empinara para vigilarle a uno. Todavía no se resigna a perdernos. Adiós. Volveremos este otro año. Por aquí encontraron a Manos

este lado y recoger del otro. Siempre, sin embargo, estará por de la que él
los. Además, hay que tomar en cuenta la hora y el tiempo: si es de día, si
de noche, si hay sol, si está nublado, si corre viento, si no corre. Se
hará una lista de las pantallas y parte, pero no por el camino, que sería
mucho mejor, sino que por ahí, por los lados, escondidos. Podría uno irse di-
rectamente a la boca del túnel, meterse en él y salir tranquilamente al otro
lado, pero no puede ser: el túnel tiene puertas a ambos lados, en las que no
hay una puerta de hierro, y esa puerta está cerrada y asegurada, además,
por un candado y una cadena. ¿Por qué? ¿Quién sabe. De día el carabinero pue-
de ver quién sale y quién entra; de noche no puede verlo y entonces la pone
candado. Libertad es la herencia del bravo, dice la canción nacional chilena;
libertad, libertad, dice la canción argentina; libertad, sí, pero
candado es candado a la puerta. Claro es que si lo sorprenden a uno tratan-
do de pasar a escondidas la cumbre, sin mostrar lo que ellos quieren que uno
sa, es mucho peor: lo tratarán como a un extranjero, como a un contraban-
disto o como a un resaca, pero la libertad vale algo y hay que pasar-
la, no la de los himnos, que parece no existir, sino otra. Por lo demás, la
noche es igual para todos y sólo muy pocos se han perdido el miedo. Además,
a veces, como en este caso, se tiene suerte y se pasa; otras, se llega al
punto y se duerme ahí si la cosa se ha puesto muy mala; pero hay veces en
que no se hace caso de nada y se sigue adelante. Vamos de bajada, se dice,
no vale la pena quedarse. Sí, sí. Es lo que nos ha pasado ahora. Pero des-
de el Cristo para adelante nadie puede decir lo que va a pasar: si llegará
vivo o si a pesar de llegar vivo morirá cuando ya se orce a salvo. La bajada
es a veces peor que la subida, aunque la subida es a veces peor que la bajada.
Miramos por última vez hacia atrás: la aldea se está alejando y el alie-
rado sabe, como si se empujara para vitorearlo a uno. Todavía no se resiste
perderlos. Adios. Volvemos este otro año. Por aquí encontraron a Manos

Duras y un poco más allá a Tuerto Chico: estaban sentados, con la mochila al
ladito, encogidos. ¿Oyen? Empieza a oírse el rumor del río y aparece el pri-
mer álamo. Estamos en Chile.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

TEROERA PARTIE

I.

Mi infancia, sin embargo, y la vida que transcurrió hasta que quedé sin hogar, no fueron una infancia ni una vida miserables; no conocí el hambre ni la suciedad sino cuando me encontré, sin las manos de mis padres, entregado a las mías propias; a pesar de ser hijo de ladrón, el ser más aborrecido de la sociedad, más aborrecido que el asesino, a quien sólo se teme, viví, con mis hermanos, una existencia igual a la de los hijos de las familias honorables que conocí en los colegios o en las vecindades de las casas que habíamos en ésta o aquella ciudad; aquellos con quienes intimité en la infancia y hasta el principio de la adolescencia no supieron nunca que su compañero de banco, su condiscípulo o su vecino, que a veces les aventajaba en los estudios y que otras les iba a la zaga, pero a quien, de todos modos, estimaban o por lo menos con quien compartían sus juegos, cambiaban sus trompos o sus bolitas, sus lápices y sus plumas, sus figuras de mujeres recortadas de las cajas de fósforos o extraídas de las cajetillas de cigarrillos de sus padres o propias, era hijo de ladrón. Ignoro qué cara habrían puesto, de haberlo sabido; de extrañeza, seguramente, pues nada en mis ropas ni en mi conducta o en mis rasgos indicaba que fuese hijo de una persona socialmente no respetable. No me sentía, con respecto a ellos, en inferioridad de condiciones: sus padres, obreros, empleados, médicos, comerciantes, industriales, abogados o lo que fuesen, tenían sobre el mío sólo una ventaja: la de que no se les tomaría presos sino cuando cometieran un delito, posibilidad de que no estaban exentos y seguridad de que no gozaba mi padre más que en los lugares en que no era conocido, pues en los otros cualquier policía, por infe-

I.

Mi infancia, sin embargo, y la vida que transcurrió hasta que quedé
 en hogar, no fueron una infancia ni una vida miserables; no conocí el hambre
 la soledad sino cuando me encontré, sin las manos de mis padres, en medio
 a las mis propias; a pesar de ser hijo de labrón, el ser más educado
 la sociedad, más educado que el asesino, a quien sólo se teme, viví.
 a mis hermanas, una existencia igual a la de los hijos de las familias ho-
 rras que conocí en las colecciones de las casas que me
 mos en ésta o aquella ciudad; aquellos con quienes íntimamente en la infancia
 ata el principio de la adolescencia no supieron nunca que su compañero de
 nes, su condiscipulo o su vecino, que a veces las aventajaba en los aspec-
 tos y que otras las iba a la zaga, pero a quien, de todas maneras, admiraban
 con lo menos con quien compartían sus juegos, cambiaban sus trocados o sus
 lillas, sus lápices y sus plumas, sus figuras de mujeres recortadas de las
 las de los toros o extraladas de las cajetillas de cigarrillos de sus padres
 ropas, era hijo de labrón. Ignoro qué casa habían elegido de haberlo
 sido; de extraneza, seguramente, pues nada en mis ropas ni en mi condicio-
 o en mis rasgos indicaba que fuese hijo de una persona socialmente no res-
 pecto. No me sentía, con respecto a ellos, en inferioridad de condiciones;
 a padres, obreros, empleados, médicos, comerciantes, industriales, aboga-
 o lo que fuesen, tenían sobre mí sólo una ventaja: la de que no se
 a tomarla preso sino cuando cometían un delito, posibilidad de que no
 tenían exentos y seguridad de que no gozaba ni padre más que en los lue-
 a en que no era conocido, pues en los otros cualquier policía, por infa-

liz que fuese, podía detenerlo, si se le antojaba, nada más que porque sabía quién era. En cuanto a lo demás eran iguales, es decir, padres, con la diferencia de que el mío no llegaría a conocer, como el obrero o como el empleado, como el médico o como el ingeniero, la cesantía ~~m~~ o las enfermedades profesionales, ni, como el industrial o como el comerciante, las quiebras o la escasez de las materias primas. (Quién sabe, sin embargo, si la ~~p~~^mi misión debiera considerarse, para los ladrones, un riesgo o enfermedad profesional.) No estaba orgulloso de ello, pero tampoco estaba apesadum-brado. Era mi padre y lo adoraba y quizá si lo adoraba/^{más} porque era ladrón, no porque su oficio me entusiasmara sino porque, al revés, a veces me dolía, no que lo fuese sino ~~mm~~ las consecuencias que el hecho solía producir. En cuanto a mí y a mis condiscípulos no había, aparentemente, diferencias apreciables: para ellos y para mí regían las mismas leyes y el hecho de que fuesen hijos de gente honrada no les daba, ni en el futuro ni en el presente, ventaja alguna, así como yo tampoco la tenía por el hecho de ser hijo de ladrón; conocí y traté hijos de obreros, de empleados y de profesionales que se quedaron, de la noche a la mañana, sin padre o sin madre y que debieron abandonar la escuela y tomar un oficio o un humilde trabajo cualquiera para ganarse el día de hoy, dejando al azar el de mañana y el de pasado mañana. Es posible que no tuvieran la oculta inquietud -- yo no la tenía tampoco -- de ser hijo de ladrón y de que se supiera, pero tenían con seguridad otras, ya que todos los padres no pueden ser irreprochables, la de ser hijos de inmigrantes, por ejemplo, o de borrachos o de rufianes. Tal vez, a pesar de todo, tenían alguna superioridad sobre mí, pero, en verdad, nunca me di cuenta de ello y, por lo contrario, a veces sentí que la superioridad estaba de mi parte. ¿Por qué? Era talvez una defensa inconsciente, pero, sea como sea, como niños éramos iguales y jamás me sentí por debajo de ellos. De otro modo quizá mi infancia habría sido insoportable.

Tampoco estuve rodeado de gente sucia o grosera, borracha o de malas

Tampoco estuvo robado de gente suela o greseta, tampoco o de mujer
 chato de ellos. De otro modo qué mi infancia había sido insoportable.
 recte, pero, sea como sea, como niños éramos ligeros y jamás me sentí por
 la, nunca me di cuenta de ello y, por lo contrario, a veces sentí que la
 vida, a pesar de todo, tenían alguna superioridad sobre mí, pero, en ver-
 dad de ser hijos de inmigrantes, por ejemplo, o de portadores o de rufianes.
 con seguridad otras, ya que todos los padres no pueden ser irascibles,
 a tanta tampoco -- de ser hijo de ladrón y de que se agriete, pero tanta
 pasado mañana. Es posible que no tuvieran la culpa indicada -- yo no
 cualquier para ganarse el día de hoy, dejando al estar el día mañana y el
 que debieron abandonar la escuela y tomar un oficio o un humilde trabajo
 racionales que se quedaron, de la noche a la mañana, sin padre o sin madre
 hijo de ladrón; conocí y traté hijos de obreros, de empleados y de pro-
 tesante, venta de algunas, así como yo tampoco la tenía por el hecho de ser
 e que fueran hijos de gente honrada no les daba, ni en el futuro ni en el
 las apreciadas: para ellos y para mí regían las mismas leyes y el hecho
 de. En cuanto a mí y a mis condiscípulos no habla, aparentemente, diferen-
 la, no que lo fuese sino que las consecuencias que el hecho sería pro-
 o porque en oficio me entusiasmaría sino porque, al revés, a veces me do-
 rido. Era mi padre y lo adoraba y quizá al lo adoraba porque era ladrón,
 profesional.) No estaba orgulloso de ello, pero tampoco estaba apasum-
 nición debería considerarse, para los ladrones, un riesgo o enfermedad

costumbres, y eso a pesar de que sentí respirar cerca de mí, pues estuvieron alguna vez en mi casa, uno y quizá si dos asesinos. No tenían nada que ver con mi padre ni con sus actividades. Traían mensajes desde alguna ciudad lejana o desde el rincón de algún calabozo; individuos que vivían a la sombra de tales o cuales ladrones o de tales o cuales caudillos políticos o dueños de casas de juego o prostíbulos, asesinos, casi siempre, por equivocación o por estupidez, condición que los hacía más peligrosos. Cuando uno de ellos apareció en nuestra casa, percibimos en él algo extraño: cerca de dos horas estuvo, sentado en una silla, esperando a mi padre, y durante todo ese tiempo, aunque pasamos una vez y otra vez frente a él, no se le ocurrió hacernos una broma o dirigirnos la palabra, cosa que cualquier hombre normal habría hecho sin esfuerzo al ver que tres o cuatro niños desfilaran ante él, mirándolo con insistencia. Cuando, ya aburrido de la espera, decidió marcharse, le miramos irse con cierto secreto alivio: sus gruesas y rojas manos, que mantuvo inmóviles sobre sus entreabiertas piernas, no nos gustaban.

--Sabía que me estaba esperando -- dijo mi padre -- y por eso me atra-- sé.

No quería verlo: había asesinado a su compañero, no por iniciativa propia, pues parecía no tener ninguna, sino que engañado y estimulado por otros. El muerto, llamado Ricardo, dejó una mujer, una muchacha italiana, y una hija pequeña. Aquel día estuvieron en la Estación Retiro a la llegada del tren internacional y se retiraron con las manos vacías. Un pasajero, no obstante, se acercó al agente de turno y le comunicó la pérdida de su cartera, en la que llevaba varios cientos de pesos. No pudo precisar dónde se la habían robado, aunque aseguró que dos o tres estaciones antes de llegar la tenía en el bolsillo. Sospechaba de un hombre alto, delgado, vestido de negro, que se acercó mucho a él en el pasillo. No pudo dar detalles más precisos. Ningún otro carterero fué visto por ahí y Ricardo era alto y delgado

constantemente, y eso a pesar de que tenía muchas cosas de mí, pues estuve
 con algunas veces en mi casa, uno y otro al día. Yo tenía nada que
 ver con mi padre ni con sus actividades. Traían mensajes desde algunas ciu-
 dad lejano o desde el rincón de algún calabozo; individuos que vivían a la
 compra de tales o cuales ladrones o de tales o cuales caudillos políticos
 o de tales o cuales casas de juego o prostitución, asesinos, casi siempre, por comi-
 vocación o por estúpidez, condición que los hacía más peligrosos. Cuando
 uno de ellos apareció en nuestra casa, percibimos en él algo extraño: pare-
 de dos horas estuvo, sentado en una silla, esperando a mi padre, y duran-
 te todo ese tiempo, aunque pasamos una vez y otra vez frente a él, no se le
 ocurrió hacernos una promesa o dárnosla la palabra, cosa que cualquier hom-
 bre normal habría hecho sin esfuerzo al ver que tras o cuatro niños de mi
 laban ante él, mirándolo con insistencia. Cuando, ya apartado de la casa,
 decidió marcharse, le miramos tras con cierto secreto alivio: sus gruesas
 rojas manos, que mantuvo inmóviles sobre sus entresolterías piernas, no
 nos gustaban. --Sabía que me estaba esperando -- dijo mi padre -- y por eso me apre-
 No quería verme: había asustado a su compañero, no por iniciativa pro-
 pia, pues parecía no tener ninguna, sino que engañado y estupefacto por
 otros. El muerto, llamado Ricardo, dejó una mujer, una muchacha italiana,
 y una hija pequeña. Aquel día estuvieron en la estación Retiro a la espera
 del tren internacional y se resalaron con las manos vacías. Un pasajero, no
 obstante, se acercó al agente de turno y le comunicó la pérdida de su car-
 ta, en la que llevaba varios cientos de pesos. No pudo probar donde se
 la habían robado, aunque aseguró que dos o tres estaciones antes de llegar
 la tenía en el bolsillo. Desapareció de un hombre alto, delgado, vestido de
 negro, que se acercó luego a él en el bolsillo. No pudo dar detalles más pre-
 ciosos. Ningún otro carterero me visitó por ahí y Ricardo me dijo y delgado

y vestía de negro. Negó: la única cartera de aquel día de trabajo, conseguida en un tranvía, contenía sólo dieciocho pesos, nueve de los cuales estaban ya en el bolsillo de su compañero de trabajo. No había más. El Tano Veintiuno se hizo cruces: ¿cómo pudo Ricardo hacerse de una cartera sin que él se diera cuenta? "No puede ser", protestó, cuando le sugirieron que Ricardo podía haberla obtenido solo, quedándose con todo. "¿No se separó de tí?" "Sí, porque el inspector caminó hacia donde estábamos; pero fué un segundo: subió al coche por una puerta y bajó por la otra, sin pararse." "En ese momento ha sido." "Pero, ¿cómo?, ¿solo?" "Ricardo tiene buenas manos y puede robar sin necesidad de tercio." Lo convencieron, y Ricardo Salas, El Manzanero, recibió en los riñones una puñalada que lo dejó agonizando, durante horas, en una solitaria calle de Palermo. La codicia y el temor de ser burlado llevaron a aquel hombre a matar al que lo sacara de su condición de peón matarife para hacerlo ladrón, de lo que estaba muy agradecido. Se conocieron en la cárcel, en la que El Tano cumplía una condena por lesiones, y compartido allí una celda. Al ser puesto en libertad, Ricardo mandó a su mujer a visitarle y le envió ropas, cigarrillos, café, yerba, azúcar. El Manzanero creía hacer un bien al ascender a ladrón al matador de cerdos que terminaría asesinandolo a traición. Ricardo quiso enseñarle a hurtar carteras, pero el patán, además de torpe, era cobarde y se negó a acercarse a nadie y sacarle el dinero limpiamente, como lo hacían otros, menos vigorosos que él. Su papel era el de preparar y presentar a la víctima, deteniéndola, haciéndola girar, volviéndola, apretándola, y lo hacía bien; la víctima podía revolverse, gritar, insultarle y hasta pegarle; El Tano no tenía sensibilidad para los insultos y los golpes no le impresionaban. No se atrevía, sin embargo, a meter las manos en un bolsillo ajeno. Ricardo lo animaba, asegurándole que sólo se necesitaba decidirse; él lo ayudaría, desempeñando su papel. No. Admiraba a su compañero, ágil y audaz, que parecía no temer a nada ni a nadie, pero no se decidió. Para matarlo, en cambio, no ne-

cesitó que lo animaran mucho. Vivía casi de limosna, ya que ningún otro ladrón, y mucho menos cualquiera de los que lo empujaron a matar, quiso cargar con él; sólo lo utilizaban como sirviente o mensajero, dándole de vez en cuando una propina. "Terminará en policía", decían algunos, pero la verdad es que parecía no haber lugar alguno en el mundo para él. Después de esesinar a su compañero supo la verdad: Ireneo Soza, El Paraguayo, había robado aquella cartera; venía en el mismo tren y era delgado, alto, vestía de negro como Ricardo y no era conocido de la policía de Buenos Aires. El Tano no se inmutó: El Manzanero estaba bien muerto y nada podía resucitarlo.

Ese fué uno de ellos. El otro, asesino también, y también de un compañero, era menos repugnante: mató en defensa propia y tenía, como recuerdo de su delito y como constancia de que el muerto no era ningún inválido, un tajo que le desfiguraba la boca, obligándole a usar un bigote de opereta. Mi padre ^{omitaba} ~~omitaba~~ las malas compañías, que ni aun entre ladrones parecen recomendables, y no le gustaba que sus compañeros, aquellos con quienes formaba en ocasiones una transitoria razón social, visitaran su casa, costumbre que sus compañeros tampoco practicaban, talvez por prudencia del oficio; rara vez hubo grandes relaciones entre nosotros y ellos.

Mi hermano João, sin embargo, entró un día haciendo gestos, lanzando gritos y diciendo palabras entrecortadas.

--¿Qué te pasa?-- le preguntó mi madre, con su voz tranquila.

--Namite, en la calle. . .-- y no pudo decir más.

--¿Dónde?--

--Ahí, en la esquina del almacén.

--Sí. ¿Qué hay?

--Un hombre raro.

Mi madre odiaba a los hombres raros: un carbonero, un verdulero, un pintor, hasta un policía con uniforme, son seres normales y dignos de respeto; se sabe lo que son, qué hacen y qué quieren. El asunto cambia cuando

... que lo amaban mucho, vivía casi de limosna, y era siempre el
... y mucho menos condescendiente de los que se respetaban y aminor, como
... con él; sólo lo utilizaban como sirviente o mensajero, dándole de vez en
... una propina. "Estimaba en política", decía, "pero la verdad
... que me costaba de haber leído algo en el mundo para él. Después de eso
... a su compañero como la verdad; cuando era, al contrario, había robado
... estaba en el mismo lugar y era del mismo, sólo, vestía de negro
... como Ricardo y no era conocido de la policía de Buenos Aires. El caso es
... llamado. El mensajero estaba bien suerto y nada podía recomendarlo.
... fue uno de ellos. El otro, asesino también, y también de un campo-
... era menos respetado; más en detección propia y tenía, como se veía
... en delito y como constancia de que el suceso no era ni una invención,
... bajo que lo destacaba la poca, obligándole a usar un disfraz de operario.
... el padre ~~de~~ ^{un hijo} las malas compañías, que ni con entre las personas que
... andables, y no le gustaba que sus compañeros, aquellos con quienes for-
... en ocasiones una transitoria relación social, visitaran su casa, cuando
... que una compañía tampoco practicara, tal vez por abandono del jefe, re-
... vez hubo grandes relaciones entre nosotros y ellos.
... Mi hermano José, sin embargo, entró en día haciendo gastos, haciendo
... ritos y diciendo palabras entrecortadas.
... --¿Qué le pasa? -- le preguntó mi madre, con un voz trémula.
... --Miedo, en la calle. . . -- y no podía decir más.
... --¿Dónde?
... --Ahí, en la esquina del almuerzo.
... --¿Qué hora?
... --Un hombre raro.
... El padre volvió a los hombres malos: un asesino, un asesino, un
... factor, hasta en política con militares, con otras personas y otros de re-
... tor; se sabe lo que es, qué hacen y qué existen. El mundo cambia cuando

aparecen seres raros; no se sabe quiénes son, qué hacen ni qué quieren y de ellos se puede esperar lo peor.

--¿Qué tiene de raro?

Joao, en vez de responder, hizo cosas sorprendentes y extravagantes: abrió los brazos, como si quisiera abarcar algo inabarcable, ~~X~~infló las mejillas, arrojó un tremendo chorro de aire y, además, dió un saltito. Sus hermanos, incluso yo, que era el menor, lanzamos una carcejada. Sentimos que su emoción era intraducible en palabras o que, por lo menos, habría necesitado demasiadas para explicarla.

--Habla.

Joao no pudo hablar. Sus tres hermanos corrimos hacia la puerta y él nos siguió como una tromba.

--¡No abran! -- gritó, como si temiera que le fuéramos a robar al hombre raro.

La voz de mi madre resonó, deteniendo la rebelión:

--Vengan para acá.

Giramos, contrariados.

--¿Sabes quién es ese hombre?

Joao respondió, los ojos brillantes:

--No sé, mamá, pero es un hombre raro.

--¡Pero qué tiene de raro!

--La... el..., cómo te diré. No sé, mamá; anda a verlo, por favor.

Parecía próximo a romper en llanto. Nos quedamos inmóviles.

--Esperen un momento.

Avanzó por el zaguán y pareció dispuesta a abrir la puerta y mirar por allí al hombre que tanto impresionaba a su hijo; pero sin duda recordó que se trataba de un hombre raro y se arrepintió: abrió la puerta de un dormitorio, se acercó a la ventana, entreabrió el postigo y miró por la orilla del visillo. Miró largo rato. Cuando terminó de mirar se volvió hacia noso-

...series de cosas; no se sabe cuáles son, pero parecen ser cosas de
...no puede entenderlo mejor.

--¿Y qué tiene de raro?

...en vez de responder, hizo cosas sorprendentes y extrañas.
...los brazos, como si quisiera abrazar algo invisible. X...
...sobre un terreno escuro de aire y, además, dijo un silencio.
...incluso yo, que era el menor, lancé una exclamación. Después me
...emocionó esa intencionalidad en palabras o que, por lo menos, había necesi-
...demandado para explicarlo.

--Habla.

...no pudo hablar. Sus tres piernas corrieron hacia la puerta y él
...alguien como una tromba.

--¡No sé! --gritó, como si temiera que le escapara a poder al mar-
...pero.

La voz de mi madre resonó, deteniéndolo en seco:

--Vengan para acá.

...contrastados.

--¿Pero quién es ese hombre?

...respondió, los ojos brillantes:

--No sé, mamá, pero es un hombre raro.

--Pero qué tiene de raro?

--...cómo se dice, no sé, mamá, anda a verlo, por favor.

...próximo a romper en llanto. Los tres se quedaron inmóviles.

--¿Saben un momento.

...por el saguán y pareció distraído a mirar la puerta y mirar por

...el hombre que tanto impresionaba a los niños, pero sin darse cuenta que

...estado de un hombre raro y se anticipó. Estaba la puerta de un cuarto

...se acercó a la ventana, entusiasmado al encontrar y miró por la

...vuelo. Miró largo rato, cuando terminó de mirar se volvió hacia nos-

tros, y los cuatro hermanos, que mirábamos su rostro para ver la impresión que tenía, vimos que sus ojos estaban llenos de lágrimas que se vertían sobre sus mejillas y corrían hacia la boca. Rompí a llorar.

--¡Cállate! -- me dijo, sollozando, con lo cual mi llanto se hizo más agudo --. No llores ni tengas miedo. Mira.

Miramos, uno tras otro o dos a la vez, hacia la esquina del almacén: allí, próximo a deshacerse bajo un sol que daba cerca de cuarenta grados a la sombra, vimos un ser que parecía hecho de una materia pardusca o que hubiera sido sumergido, desde la cabeza hasta los pies, en un líquido de ese color. Miraba hacia la casa.

--¿Quién es, mamá?

--Es Pedro, El Mulato -- suspiró mi madre, secándose las últimas lágrimas.

--¿Y quién es Pedro, El Mulato, mamá?

La pregunta estuvo a punto de arrancarle nuevas lágrimas.

--¡Oh, es tan difícil explicarles! De seguro busca a Aniceto. Joao, anda hasta la esquina, acércate a él y pregúntale qué busca y si lo puedes ayudar. Si te contesta que busca a Aniceto dile que le conoces y que le llevarás a su casa. Anda.

Joao, al principio, no quiso aceptar el encargo.

--Pero, ¿quién es, mamá?

--Es un amigo de tu padre; se alegrará mucho de verlo.

--¿Amigo? -- inquirió Joao, un poco incrédulo.

Ezequiel, el segundo de los hermanos, se ofreció a ir, pero mi madre insistió:

--No: que vaya Joao.

Joao se hizo repetir lo que debía decir a aquel hombre y luego abrió la puerta y se fué derecho hacia el hombre, que parecía, por su parte, decidido a permanecer allí, aun a riesgo de derretirse, todo el tiempo que fuese ne-

... y los cuatro hermanos, que miraban su rostro para ver la expresión
de tanta, vino que una mujer se echó a reír y se volvió a
los dos niñas y corrieron hacia la casa, hacia el interior.

--¿Qué? -- me dijo, sollozando, con la boca abierta y los ojos
--. No tiene el cuerpo malo. Mira.

Miramos, uno tras otro a los dos, hacia la ventana del almanaque;
allí, próximo a desaparecer bajo un sol que daba vueltas de caracoles y
a sombra, vino un ser que parecía hecho de una materia gaseosa y que
era algo semejante, desde la cabeza hasta los pies, en un mundo de ese
color. Miraba hacia la casa.

--¿Quién es, mamá?
--Es Pedro, el niño -- suspiró el padre, temblando las últimas lágrimas.
--¿Quién es Pedro, el niño, mamá?

La pregunta estuvo a punto de ser contestada por el niño.
--Por, es tan difícil explicarlo! Se parece mucho a un niño, pero
hasta la cintura, después a él y propiamente que suena y al ir a
... al se contesta que suena a un niño más que a un niño y que lo lleva
... a su casa. Ande.

Como, al principio, no quiso aceptar el nombre.
--Pedro, ¿quién es, mamá?
--Es un niño de su padre; se aligera mucho de verlo.
--¿Qué? -- preguntó él, un poco inseguro.

Respetado, al nombrarlo los hermanos, se echó a reír, pero al mirar
...
--Es: que voy a verlo.

Todo se hizo repetitivo en los días de aquel hombre y mujer, entre la
muerte y se los miraba hacia el fondo, que parecía, con un poco, de
... permanecer allí, con a veces de nerviosismo, todo el tiempo que se

cesario y unos minutos más. Al ver que se abría la puerta y que aparecía por ella el mismo niño a quien un momento antes viera entrar, y que, además, se dirigía hacia donde él estaba, se inmovilizó más y le clavó la mirada. El niño no lo abordó en seguida: se detuvo a unos pasos de él y pareció contemplarlo a gusto; se volvió después hacia la casa, como si se le hubiese olvidado algo y después, haciendo un semicírculo que obligó al hombre a girar sobre sí mismo, se acercó y le habló. El desconocido se inclinó, como si no hubiera oído o entendido, y el niño, después de otra mirada hacia la casa, repitió lo dicho. El hombre asintió con la cabeza y dijo algo y entonces le tocó al niño no oír o no entender y al hombre repetir. Lograron ponerse de acuerdo y avanzaron hacia la casa, el niño adelante y el hombre detrás, andando éste de tal modo que más que andar parecía deslizarse en el caliente aire del verano de Buenos Aires. Joao se volvió dos o tres veces para mirarle, como si temiera que el hombre fuera a tomar otro camino y perderse -- quizá temía también que se desvaneciera -- y en sus pasos se veía la tentación de echar a correr hacia la casa, gritando de alegría o de miedo.

Cuando el hombre, más que atravesar el umbral de la puerta, pareció entrar flotando, los tres hermanos menores sentimos que el descrédito caía sobre la cabeza de Joao: ¿qué tenía de raro aquel hombre? Era, a primera vista, el más normal y regular que en esos momentos pisaba las calles del barrio y de la ciudad. ¿Qué había visto Joao en él? No lo adivinamos. Era un mulato: cabellos ondeados, redonda y de alegre expresión la cara, ojos oscuros, de esclerótica un poco amarillenta, labios gruesos, dientes blancos. Su edad era indefinible: podía tener treinta como cincuenta años. Era delgado, esbelto, estrecho de hombros. El color de su piel no tenía, tampoco, nada de extraordinario: era un común color de mulato. ¿En qué momento de ausencia mental, durante qué ensueño había sido sorprendido aquel hombre por la mirada de nuestro hermano o qué ocurrió en la mente y en los ojos

ocurrió y unos minutos más, al ver que no había la fuerza y que quedaba
por ella el mismo niño a quien en momentos antes había enterrado, y una, más
más, se dirigió hacia donde él estaba, se inclinó sobre él y le clavó la ma-
nada. El niño no lo aborreció en seguida; se detuvo a unos pasos de él y pare-
ció contemplarlo a gusto; se volvió después hacia la casa, como si se le
hubiese olvidado algo y después, haciendo un señalamiento que obligó al hom-
bre a girar sobre sí mismo, se acercó y lo miró. El desconocido se inclinó
como si no hablara claro o entendido, y el niño, después de otra mirada hacia
la casa, repitió lo dicho. El hombre volvió con la cabeza y dijo algo y
entonces se acercó al niño no otro o no entender y al hombre repetir. Después
ponerse de acuerdo y avanzaron hacia la casa, el niño adelante y el hombre
detrás, andando éste de tal modo que más que andar parecía deslizarse en el
saliente al pie del verano de Buenos Aires. José se volvió dos o tres veces
para mirarlo, como al hombre que el hombre fuera a tomar otro camino y
perderse -- ¿qué tenía también que se desvaneciera -- y en que poco se
veía la tentación de volver a correr hacia la casa, guiado de repente
de miedo.

Cuando el hombre, más que avanzar el trabajo de la puerta, parecía en-
trar flotando, los tres hermanos menores sentían que el desconocido se le-
vaba la cabeza de José; José tenía de raro como hombre que, a primera vi-
sta, el más normal y regular que en esos momentos pisaba las calles del ba-
rrio y de la ciudad. José había visto José en él no lo reconocía. Era un
cabello castaño, redondo y de fuerte expresión la cara, ojos con-
cavos, de expresión en poco amigable, labios gruesos, dientes blancos.
En edad era indefinible; podía tener treinta como cincuenta años. Era del-
gado, apuesto, entrecano de hombros. El color de su piel no tenía, tampoco,
nada de extraordinario; era un color color de mármol. José más pronto se
había mental, durante que cuando había sido sorprendido por el hombre
por la mirada de agudo mirar o que corría en la mente y en los ojos

de Joao al mirarlo? Nunca lo supimos. Su ropa, sí, era extraordinaria, si es que aún podía llamarse ropa: el sombrero, que retiró cortésmente de la cabeza al entrar, era algo que habría estado, en cualquier parte, fuera de todo inventario; debía haber soportado meses de copiosa lluvia y cien días o cien años de un inmisericorde sol que lo convirtieron en un trozo de paño sin forma alguna. No se le adivinaba revés ni derecho, pues era igual por los dos lados, y sólo un trozo de cordoncillo de dos o tres centímetros de largo, que se abatía desflocado sobre el ala en completa derrota, indicaba que su poseedor consideraba ese lado como el lado exterior, ya que por él lo traía puesto. Su demás ropa, chaqueta, pantalones, zapatos y camisa debían tener la misma edad y la misma historia. A pesar de esto, aquel hombre era una desilusión para nosotros, hasta ese momento por lo menos: ni en su estatura ni en su figura tenía nada de extraordinario, y aun sus movimientos, que parecía realizar sin esfuerzo ni oposición alguna, y aun su aire mismo, humilde, casi miserable de humilde, aunque eran, en verdad, llamativos, no eran raros, como las palabras y la emoción de Joao nos habían hecho esperar, y sin duda aquella desilusión habría sido una eterna vergüenza para nuestro hermano si el recién llegado, al avanzar hacia mi madre, que lo miraba bondadosamente, no hubiera dicho con voz susurrante y tierna, en tanto tendía una mano larga y morena:

--Estoy muito contento de ver a la señora Rosalía.

Cáímos instantáneamente en una especie de éxtasis: aquel hombre, cuya voz parecía reptar para entrar a los oídos, hablaba una lengua que los cuatro hermanos esperábamos, desde hacía tiempo, oír hablar:

--¿Y estos meninos? ¿son filhos do meu senhor Aniceto?

Siempre habíamos deseado oír hablar portugués, pero no un portugués como el de mi padre, que no era sino gallego, muy bueno por eso, ni como el de mi madre, intermitente e inseguro, ni mucho menos como el de Joao, que pretendía hablarlo y que no era más que un lenguaje de sainete, sino uno bra-

de José el mirador hacia la ciudad. En casa, él, era extremadamente, él
que me había gustado tanto; él también, me había gustado tanto, de la
coche al interior, era algo que había estado, en cualquier parte, tenía de
modo inventado; desde haber conocido a José, me había gustado y él me
o bien como un familiar, así me lo consideraba en un momento de
de la forma alguna. No se le había dado vuelta al mundo, pero era igual
por los dos lados, y sólo en el momento de contemplarlo de los tres contornos
de largo, que se había desarrollado sobre él la completa certeza, indi-
caba que no poseedor consideraba esa idea como el lado exterior, ya que por
él se trataba puesto, en donde rodea, en donde, en donde, en donde
debían tener la misma edad y la misma historia. A pesar de esto, aquí por-
que era una dedicación para nosotros, hasta ese momento por lo menos; ni se
la estatua ni en su figura había nada de extraordinario, y era una movi-
miento, que parecía realizar sin esfuerzo ni oposición alguna, y con un
aire mismo, humilde, casi miseria de familia, aunque era, en verdad, la
activa, no era terror, como los paisajes y la emoción de José me habían
hecho esperar, y sin esta peculiar dedicación había sido una obra verda-
de para nuestro hermano al ser leído, al avanzar hacia el interior, en
lo miraba profundamente, no había dicho con voz susurrante y tímida, en
tanto tendría una mano larga y morena:
--¡Qué muy contento de ver a la señora Rosalía!
Oímos instantáneamente en una especie de éxtasis aquel nombre, como
nos parecía repetir para entrar a los ojos, Rosalía nos parecía que los en-
tro hermanos esperábamos, desde hacía tiempo, el nombre.
--¡Y estos señores! ¡con ellos de tan buen gusto!
Siempre habían estado allí, había estado, pero no en persona, en-
to el de mi padre, que no era sino un niño, un niño de los ojos, ni como el de
el padre, interesado y interesado, ni como los otros, que pre-
tendía hablarlo y que no era más que un niño de los ojos, sino que era

sileño, como el de El Mulato, intercalado de palabras españolas que aparecían, al lado de las portuguesas, como ~~minúsculas~~ exóticas.

Cuando en casa se hablaba de nacionalidades provocaba gran excitación el que se dijera que Joao era brasileiro. ¿Cómo podía serlo? ¿Cómo eran los brasileiros? Jamás habíamos visto uno y nadie, de entre nuestros compañeros de colegio o del vecindario, había tenido esa suerte. Un brasileiro era algo fabuloso. Mi madre nos había hablado de los negros, de sus costumbres, de sus bailes, de sus comidas, de su olor especial. No nos hablaba casi de los blancos y apenas si creíamos que existieran brasileños ~~humanos~~ de ese color. El negro dominaba la vida brasileña, y nosotros, hijos de ~~extranjeros~~ forasteros, creíamos que en aquel país todos eran negros y bailarines, y Joao ni era negro ni bailaba, no hablaba portugués ni tenía olor alguno especial. ¿qué clase de brasileiro era? Le llamábamos, sin embargo, El Brasileiro, y demostró serlo cuando, a raíz de la muerte de mi madre y de la detención y condena de mi padre a Sierra Chica, giró hacia el norte, así como yo, que había oído a mi madre los más dulces cuentos sobre Chile, viré hacia el oeste, hacia las altas montañas, tras de las cuales se extendían los valles en que ella había nacido y de donde Aniceto Hevia la sacara para llevarla a correr su áspero y peligroso camino. Y he aquí que aparecía ante nosotros, sin que hubiésemos hecho esfuerzo alguno, un brasileiro que no sólo había nacido en Brasil, como Joao, sino que allí había vivido hasta entonces.

--Este es Joao, el que nació allá, en aquel tiempo.

En aquel tiempo. . . Hacía dieciocho años que mi madre había conocido al Mulato Pedro, el hombre que vino a decirle que su marido no era cubano ni comerciante ni jugador sino que ladrón y estaba preso:

--Pregunte la señora por O Gallego.

--¿Quién es O Gallego?

--O seu marido.

Y se había ido, liviano, fugaz, dejándola frente a la más sombría hora

... como el de El Mulato, intercalado de palabras españolas que apare-
... al lado de las portuguesas, como ~~muchas~~ ~~exóticas~~.
Cuando en casa se hablaba de nacionalidades provocaba gran excitación
I que se dijera que José era brasileño. ¿Cómo podía serlo? ¿Cómo eran los
brasileños? ¿Jamás habíamos visto uno y nadie, de entre nuestros compañeros
el colegio o del vecindario, había tenido ese suceso. Un brasileño era algo
fabuloso. Mi madre nos había hablado de los negros, de sus costumbres, de
sus bailes, de sus canciones, de su olor especial. No nos hablaba casi de los
blancos y apenas si creíamos que existieran brasileños ~~ninguno~~ de ese color.
El negro dominaba la vida brasileña, y nosotros, hijos de ~~un matrimonio~~ ~~formado~~
por, creíamos que en aquel país todos eran negros y ~~blancos~~, y José el
negro ni hablaba, no hablaba portugués ni tenía olor alguno especial.
¿Qué clase de brasileño era? Lo llamábamos, sin embargo, El Brasileño, y
demostró serlo cuando, a raíz de la muerte de mi madre y de la detención y
exiliación de mi padre a Sierra Chica, giró hacia el norte, así como yo, que
había oído a mi madre los más dulces cuentos sobre Chile, giré hacia el sur-
este, hacia las altas montañas, tras de las cuales se extendían las valles en
las que ella había nacido y de donde Aniceto Neviz la sacara para llevarla a co-
rre su hábito y peligroso camino. Y he aquí que aparecía ante nosotros, sin
que hubiésemos hecho esfuerzo alguno, un brasileño que no sólo había nacido
en Brasil, como José, sino que allí había vivido hasta entonces.
--Éste es José, el que nació allí, en aquel tiempo.
En aquel tiempo...
El Mulato Pedro, el hombre que vino a decirle que su marido no era cubano
el comerciante ni ~~había~~ sino que ~~había~~ y estaba ~~triste~~.
--Pregunte la señora por G. Gallegos.
--¿Quién es G. Gallegos?
--O sea marido.
Y se había ido, liviano, ligero, dejándole frente a la más completa ~~para~~

de su vida, y allí estaba ahora, dieciocho años más tarde, dieciocho años más viejo, dieciocho años más deslizando, sonriendo a la señora Rosalía y a sus meninos, que sonreían junto con él. El Mulato Pedro o Pedro el Mulato fué para nosotros una fiesta que duró una cantidad interminable de días, durante los cuales no abandonó nuestra casa, nuestra calle ni nuestro barrio por más de dos horas, hasta el momento en que, llorando, lo despedimos en la dársena, prometiéndole ir a visitarte a Río.

Con el tiempo llegaríamos a saber que Pedro el Mulato no había robado en su vida ni siquiera un pañuelo o un sombrero, pero que vivía del robo, aunque del robo de los demás. Este hombre, inocente y tímido en algunos sentidos, friolento y perezoso, sentía por los ladrones una admiración y un amor que nada ni nadie fué capaz de apagar nunca, ni aun la cárcel, ni aun la miseria, ni aun los castigos. Incapaz de robar, favorecía el robo, suministrando a los ladrones los datos que conseguía. La policía, después de años, terminó por soportarlo, considerándolo como un personaje de la vida delictuosa y del cual, como de todos los personajes, no se podía prescindir así como así. Era inútil detenerlo e interrogarlo: lo ignoraba todo, aunque ~~momentáneamente todos~~ todos estaban enterados de que el Mulato Pedro sabía más que toda la policía y el gremio de ladrones juntos. Sufrió algunas condenas por encubridor, pero la cárcel no hizo más que agudizar su admiración y su amor por los ladrones. Cuanto rata de categoría entraba a Brasil o salía de él, sabía quién era Pedro y qué podía esperar de él, y él, por su parte, estaba informado de quién llegaba y quién se iba, qué hacía, qué iba a hacer y qué había hecho. Ciertos abogados, especialistas en delitos de esa índole, le consideraban como su mejor cliente, un cliente que pagaba generosamente y con regularidad, siempre, claro está, que el detenido fuese puesto en libertad. Cuando mi padre llegó a Río lo buscó, y Pedro, que sabía de quién se trataba, pues todos le hablaban de ~~él~~ todos y él no olvidaba a nadie, le comunicó lo que podía interesarle, recibiendo a su

vez, de boca de mi padre, datos sobre ésto y aquéllo o sobre éste y aquél. Conocía la especialidad de Aniceto Hevia: joyas, aunque sean pocas, y dinero en cantidades apreciables y nada de bultos y violencias; tranquilidad, seguridad, limpieza; "confort", habría agregado un comerciante. Bueno: hay una joyería, caja de fondos, puertas así, cerraduras asá; edificio nuevo; al lado, una tienda de ropas; al otro lado, una peluquería; encima, una sastrería; al frente, un café; se abre a tal hora; se cierra a tal otra; belgas. ¿Qué más? Un nuevo hotel, importante; comerciantes, artistas de la ópera; guardián nocturno; dos entradas; cerraduras de golpe; ventanas con barrotes, puertas con tragaluces. Atendía también a individuos que traficaban en joyas robadas y que eran, generalmente, más astutos y más ladrones que los ladrones mismos: habían descubierto que el comercio era menos peligroso e igualmente productivo. En ocasiones el ladrón fallaba el golpe y debía huir o caía preso; en cualquier caso informaba a Pedro de los obstáculos hallados y de lo que, a su juicio, era necesario hacer para salvarlos. Muchas veces un asunto en que fracasaban unos y otros o que nadie se atrevía a afrontar, cobraba interés internacional: se sabía en Madrid, por ejemplo, o en Valparaíso, en La Habana o en Marsella, que en Río había tal o cual negocio y ocurría que algunos bribones, que vivían a miles de kilómetros de distancia, se entusiasmaban y venían a tentar el golpe; acertaban y escapaban o fracasaban y caían. Mi padre acertó en un asunto pequeño y falló en otro grande y Pedro fué entonces su bastón y su muleta, tal como lo había sido y lo sería de tantos otros, sin más interés, a veces, que el de la causa. Ahora, sin embargo, no se trataba de eso. Pedro sabía mucho de Buenos Aires, pero su viaje era desinteresado:

--Sendo ainda garoto, menino, já tive muitos desejos de conhecer Buenos Aires, mas nunca pude fazê-lo; não por falta de grana, de plata, minha senhora Rosalía, pois muitas vezes os meus companheiros m'arranjaram mais do necessário, senão porque o trabalho não me deixava tempo; tinha de esperar a

ver, de boca de mi padre, datos sobre esto y aquello o sobre ésta y aquélla. Conoció la especialidad de mi coto Nevias: joyas, aunque sean pocas, y dinero en cantidades apreciables y nada de boleros y violencias; tranquilidad, seriedad, limpieza; "comfort", había asegurado un comerciante. Bueno: hay una joyería, caja de fondos, puertas así, cerraduras así; edificio nuevo; al lado, una tienda de ropas; al otro lado, una peluquería; encima, una pastelería; al frente, un café; se abre a tal hora; se cierra a tal otra; helgas. ¿Qué más? Un nuevo hotel, importantes; comerciantes, artistas de la ópera; guardián nocturno; dos entradas; cerraduras de golpe; ventanas con barrotes, puertas con traspases. Además también a individuos que traficaban con joyas robadas y que eran, generalmente, más astutos y más ladrones que los ladrones mismos: habían descubierto que el comercio era menos peligroso e igualmente productivo. En ocasiones el ladrón fallaba el golpe y debía huir o salir preso; en cualquier caso informaba a Pedro de los obstáculos hallados y de lo que, a su juicio, era necesario hacer para salvarlos. Muchas veces un asunto en que fracasaban unos y otros o que nadie se atrevía a afrontar, cobraba interés internacional: se sabía en Madrid, por ejemplo, o en Valparaíso, en La Habana o en Marsella, que en Río había tal o cual negocio y corrían que algunos británicos, que vivían a miles de kilómetros de distancia, se entusiasmasen y venían a tentar el golpe; acertaban y escapaban o no, se enteraban y caían. Mi padre acertó en un asunto pequeño y falló en otro grande y Pedro fue entonces su pastor y su milite, tal como lo había sido y lo sería de tantos otros, sin más interés, a veces, que el de la carne. Pero, sin embargo, no se trataba de eso. Pedro sabía mucho de Buenos Aires,

pero su viaje era desinteresado: --endo ainda garoto, menino, já tive muitos desejos de conhecer Buenos Aires, mas nunca pude fazê-lo; não por falta de tempo, de prata, minha mãe não possuía, pois muitas vezes os meus companheiros me arrastavam mais do que necessário, senão porque o trabalho não me deixava tempo; tinha de esperar a

um, atender ao outro, ajudar a este, esconder aquele. Finalmente, no ano passado, fiquei livre, sem coisa alguma a fazer. . . Os rapazes não queriam ir p'ro Brasil: o novo código penal lhes dá medo; deportação para o Acre, muitos anos de trabalho, a febre amarela. Contudo, seria coisa de se habituar, como aqui, onde mandam agora a gente p'ra Sierra Chica e a Terra do Fogo, e como bem sabes, os dois penais estão repletos. Comecei a preparar a viagem e estava pronto p'ra embarcar, mas não me deixaram. ¿Por qué? Você não sai do Brasil, você é malandro fino, muito esperto e ladino, você está muito ligado a nós. Não vae p'ra Buenos Aires, não, faz lá muito frio. Falei com o chefe. E este, a mesma coisa: O caboclo Pedro quer ir embora? Quer nos deixar? Você é muito ingrato. O que é que te falta aqui? . . . Sempre a mesma história. . . Embarquei pela força e pela força fui desembarcado; ofereci dinheiro aos agentes. Não, Pedro, dinheiro não! Não faltava mais, aceitar dinheiro dos amigos! Não está direito! Pois então, que é que vocês querem? Que você fique conosco, o Rio precisa de tí. ¡Cristo! Mas eu preciso ir p'ra Buenos Aires; olha cá minha passagem! Deixa lá isso, nós t'ó pagaremos. Finalmente, um amigo me disse: Seu Pedro, sempre acreditei que eras um rapaz inteligente; vejo que me enganei. Por qué queres ir em barco e por mar, se podes ir por terra e pelos rios? ¡És um mulato besta! E fiz a viagem por terra e pelos rios; enfermei, parei no hospital; quase que morri; e me roubaram a gaita, a dinheiro, a mim, que nunca tinha trabalhado para ganhá-la. ¿Como seguir a viagem? ¿A pé? ¿Nadando? Não podia voltar p'ratrás; estava longe do Rio e eu queria conhecer Buenos Aires. Não sei jogar e ademais como jogar sem dinheiro? ¿A quem pedir? Todos eram honrados. Não me restava senão uma coisa a fazer: trabalhar; trabalhar a teus anos, Pedro! Mas, de qué? Não sabes fazer nada, nem mesmo roubar. Foi então que Deus me iluminou: os barcos não se movem sós; p'ra isso estão os marinheiros. Mas lá não havia barcos; estavam muito longe e p'ra chegar lá era preciso caminhar muito, cruzar rios, pantanos, mas. . . lancei-me à rota. Já nem sei quantos meses ha

atender ao outro, ajudar e feste, esconder a coisa. Finalmente, no ano
passado, fiquei livre, sem coisa alguma a fazer. . . As rapazes não queriam
p'ro Brasil: o novo código penal lhes dá medo; de repente para o lado,
lidos anos de trabalho, a febre amarela. Contando, seria coisa de se habi-
lar, como aqui, onde mandam agora a gente p'ra Sierra Gorda e a terra do
fogo, e como bem sabem, os dois penais estão repetidos. Comecei a preparar a
saída e estava pronto p'ra embarcar, mas não me deixaram. Por quê? Você
é do Rio de Janeiro, você é brasileiro fino, muito esperto e ladino, você está
muito ligado a nós. Não vai p'ra Buenos Aires, não, faz lá muito frio. Fa-
ça com o chefe. E este, a mesma coisa: o caboclo Pedro quer ir embora?
Quer nos deixar? Você é muito ingrato. O que é que te falta aqui? . . .
e a mesma história. . . Embarquei pela força e pela força fui desembarcar
; ofereci dinheiro aos agentes. Não, Pedro, dinheiro não! Não faltava mais
estar dinheiro dos amigos! Não está direito! Pois então, que é que vocês
querem? Que vocês ficam comendo, o Rio precisa de ti. Cristóvão mas eu preci-
so ir p'ra Buenos Aires; o dia é minha passagem! Deixa lá isso, não t'ó pa-
remos. Finalmente, um amigo me disse: Sen Pedro, sempre acreditou que era
rapaz inteligente; vejo que me enganou. Por quê queres ir ao parvo e por-
to, se podes ir por terra e pelos rios? Lá um muito bom! E lá a vida
é por terra e pelos rios; enfermei, parei no hospital; quando que mártir;
roubaram a coisa, o dinheiro, a mim, que nunca tinha trabalhado para ganhar
. Como seguir a viagem? A pé? Mandando? Não podia voltar p'ra cá; esta-
va longe do Rio e eu queria conhecer Buenos Aires. Não sei jogar e ademais
no jogar sem dinheiro? A quem pedir? Todos eram honrados. Não me restava
nada uma coisa a fazer: trabalhar; trabalhar a terra anos, Pedro! Não, da
é? Não sabia fazer nada, bem mesmo roubar. Foi então que Deus me iluminou:
barcos não se movem só; para isso estão os marinheiros. Mas lá não havia
trabalho; estavam muito longe e p'ra chegar lá era preciso caminhar muito, por-
to rios, pantanos, mas. . . Lansei-me a nado. Lá nem sei quantos meses ha-

que me encontró viajando, a pé ou num barco, metido no barro, comido pelos bichos, perseguido pelos policíás em terra, pelos contramestres de a bordo, trabalhando de fogoeiro, de carregador, de marinheiro. Mas cheguei, minha senhora Rosalía, e estou muito contente!

Fué recibido como un hijo más y atendido como si fuese el pródigo; se le dieron ropas y dinero y allí se quedó, con nosotros pendientes de sus gruesos labios y de sus largas manos. Aquel mulato era un ser adorable: nos llevaba donde queríamos y nos contaba lo que le pedíamos que nos contase, sobre todo sus aventuras a través de ríos, bosques y pantanos, con tigres, víboras y extraños pájaros. Muchos ladrones le habían contado su vida y él nos la contaba a nosotros: había seres casi legendarios, que Pedro nembraba con respeto, llamando coronelès a algunos; individuos de los más lejanos países, aquéllos, autores de robos sensacionales y casi inverosímiles, y éstos, excéntricos o creadores de sistemas propios, de acuerdo con su temperamento; los de acá, solitarios y orgullosos; los de allá, fastuosos, que pasaban de los cuartos de los grandes hoteles a los camarotes de primera clase de los barcos o a las celdas unipersonales de las penitenciarías; esos, elegantes, que gastaban su dinero en ropas, anillos y perfumes, y éstos, locos, despilfarradores, dueños de caballos de carrera y poseedores de hermosas mujeres, y finalmente, los que nadie conocía, ni los ladrones ni los policíás, que aparecían y desaparecían, como estrellas filantes, sin dejar más huellas de sus pasos y de sus manos que dos o tres víctimas tirándose los cabellos y diez o veinte policíás maldiciendo y ^{sudando} ~~transpirando~~.

Le oíamos durante horas, no porque aquellas historias de ladrones nos gustasen de preferencia sino porque, sencillamente, eran historias. Ni mis hermanos ni yo sentíamos inclinación alguna hacia la profesión de nuestro padre, pero tampoco sentíamos inclinación alguna hacia la piratería, lo que no obstaba para que gustáramos conocer historias de piratas. No era fácil ser ladrón y presumíamos que para ello se necesitaban condiciones que no creíamos

que me encuentro viajando, a pie en un barco, metido en un saco, comido por los
nichos, perseguido por los pollos en tierra, por los centromedios de la fonda,
trabajando de foguero, de carpintero, de marino. Mas cuando, siendo
señor Rosal, se estuvo mucho contento.
Fue recibido como un hijo más y atendido como el prójimo; se le
daban ropas y dinero y allí se quedó, con nosotros pendientes de sus grun-
das cosas y de sus largas manos. Aquel niño era un ser adorable: nos lle-
vaba donde queríamos y nos contaba lo que le pedíamos que nos contase, sobre
toda sus aventuras a través de ríos, bosques y pantanos, con tigres, víboras
y extraños pájaros. Muchos ladrones le habían contado su vida y él nos la
contaba a nosotros: había seres casi legendarios, que Pedro siempre con-
taba, llamando coronas a algunos; individuos de los más lejanos paí-
ses, aquellos, autores de robos sensacionales y casi inverosímiles, y éstos,
exóticos o creadores de sistemas propios, de acuerdo con su temperamento;
los de acá, solitarios y orgánicos; los de allá, fatuosos, que pasaban de
los cuartos de los grandes hoteles a los camarotes de primera clase de los
barcos o a las celdas universitarias de las penitenciarías; esos, elegantes,
que gastaban su dinero en ropas, anillos y perfumes, y éstos, locos, desali-
nados, dueños de caballos de carrera y poseedores de hermosas mujeres,
y finalmente, los que nadie conocía, ni los ladrones ni los policías, que
aparecían y desaparecían, como estrellas filantes, sin dejar más huellas que
sus pasos y de sus manos que dos o tres víctimas tirándose los caballos y
los o valiente policías maldiviendo y ^{luchando} ~~combatiendo~~.
Le oíamos durante horas, no porque aquellas historias de ladrones nos
interesasen de preferencia sino porque, sencillamente, eran historias. Ni mis
compañeros ni yo sentíamos inclinación alguna hacia la profesión de nuestro
padre, pero tampoco sentíamos inclinación alguna hacia la piratería, lo que
no obstante para sus gustos nos hacía conocer historias de piratas. No era fácil por
ladrones y presuimos que para ello se necesitaban condiciones que no eran

posser; no teníamos, tampoco, por qué serlo y de seguro no lo seríamos. Los que creen que los hijos de ladrones deben ser forzosamente ladrones son tan ilógicos como los que creen que los hijos de médicos deben ser forzosamente médicos. No es raro que el hijo de mueblista resulte mueblista ni que el hijo de zapatero termine en zapatero, pero existe diferencia entre un oficio o profesión que se ejerce fuera de casa, en un taller colectivo o en una oficina o lugar adecuado, y el que se ejerce en la casa misma: el hijo de zapatero o de encuadernador, si el padre trabaja en su propio hogar, estará desde pequeño en medio de los elementos e implementos del oficio paterno y quiéralo o no concluirá por aprender, aunque sea a medias, el oficio, es decir, sabrá cómo se prepara ésto y cómo se hace aquéllo, qué grado de calor debe tener la cola, por ejemplo, o cómo debe batirse la suela demasado húmeda y delgada, pero cuando el padre desarrolla su profesión u oficio fuera del hogar, como el médico, el ingeniero y el ladrón, pongamos por caso, el asunto es diferente, sin contar con que estas profesiones y oficios o actividades económicas, liberales todas, aunque desemejantes entre sí exigen cierta virtuosidad, cierta especial predisposición, cosa que no ocurre con la encuadernación y la zapatería, que son, esencialmente y en general, trabajos manuales. Por lo demás, cualquiera no puede ser ladrón, así como cualquiera no puede ser ingeniero, músico o pintor, y así como hay gente que fracasa en sus estudios de ingeniería y debe conformarse con ser agrónomo o dentista, la hay que fracasa como ladrón y debe conformarse con ser cualquiera otra cosa más modesta, encubridor, por ejemplo, como era el Mulato Pedro, o comprador y vendedor de objetos robados o, por oposición, policía o espía, y aunque no son raros los casos de ladrones que pasan a ser policías y policías que pasan a ser ladrones, la verdad es que en ninguna de las dos actividades dejan de ser jamás unos patanes, pues un buen policía no será jamás un buen ladrón, así como un buen ladrón no será jamás un buen policía y ¿quién ha visto que un ingeniero especialista en puen-

pasarse; no tenemos, tampoco, por qué serlo y de seguro no lo seríamos. Los
 que creen que los hijos de ladrones deben ser forzosamente ladrones son tan
 ilógicos como los que creen que los hijos de médicos deben ser forzosamen-
 te médicos. No es raro que el hijo de un médico resulte médico al que el
 hijo de un zapatero termine en zapatero, pero existe diferencia entre un ofi-
 cio o profesión que se ejerce fuera de casa, en un taller colectivo o en
 una oficina o lugar adecuado, y el que se ejerce en la casa misma: el hijo
 de un zapatero o de un encañador, si el padre trabaja en su propio hogar, es-
 tará desde pequeño en medio de los elementos e implementos del oficio pa-
 terno y aprenderá a no confundirlos por aprender, aunque sea a medias, el oficio,
 es decir, habrá como se prepara esto y cómo se hace aquello, que grado de
 mayor debe tener la cosa, por ejemplo, o cómo debe hacerse la suya domes-
 tica y de la casa, pero cuando el padre desarrolla su profesión u oficio
 fuera del hogar, como el médico, el ingeniero y el ladrón, pongamos por es-
 emplo, el asunto es diferente, sin contar con que estas profesiones u oficios
 actividades económicas, liberales todas, aunque desemejantes entre sí, exi-
 gen otras virtudes, esta especial predisposición, cosas que no ocurren
 con la encañación y la zapatería, que son, esencialmente y en general,
 trabajos manuales. Por lo demás, cualquiera no puede ser ladrón, así como
 cualquiera no puede ser ingeniero, médico o pintor, y así como hay gente
 que trabaja en sus estudios de ingeniería y debe conformarse con ser ar-
 tista o dentista, la hay que trabaja como ladrón y debe conformarse con ser
 cualquiera otra cosa más modesta, encañador, por ejemplo, como era el in-
 geniero, o comprador y vendedor de objetos robados o, por oposición,
 policía o espía, y aunque no son raros los casos de ladrones que pasan a
 ser policías y policías que pasan a ser ladrones, la verdad es que en nin-
 guna de las dos actividades dejan de ser jamás unos patanes, pues un pa-
 neta no será jamás un buen ladrón, así como un buen ladrón no será ja-
 más un buen policía y quien se viste de ingeniero especialista en pa-
 nes

los termina en remachador o que un cirujano especializado en abdomin alto
resulte, a la postre, jefe de estadísticas?

Cuando se cansó de Buenos Aires y hubo estrechado la mano de todos
sus amigos, excepto de los que estaban presos, a los cuales hubo de salir-
dar, con voces y viéndolo prazos y menos, a través de esos paros y
tupidas rejillas, Pedro el Molato giró hacia el norte: tenía que volver a
Brasil, a Río, y un día en que un solocante viento norte batía Buenos Ai-
res, embarcó. Llevaba mucho más dinero del que tenía al salir de Río, ade-
más de un pasaje de segunda clase. Sus amigos, entre ellos mi padre, que
lo quería y estimaba mucho, le prometieron ir a visitarlo alguna vez a
Brasil, aunque la idea del destierro al Acre les ponía los dientes des-
templados.

lanzamos una carcajada: el caballero resultaba ridículo, reñorito
era ridículo.

--Por lo demás, un niño es un niño; no es un caballero ni un señor.

El hombre quedó turbado y esa turbación le salvó de comerse la brasa
que espáñamos de comer. Se asustó de hombre, recogió el brazo y ce-
rró la boca.

II

Otra vez, una noche, al volver de un paseo, encontramos en casa a un
ser que no conocíamos. Estaba sentado al lado de un brasero lleno de bra-
sas y se veía moreno, picado de viruelas, feísimo, humildemente vestido.
"¿Y este demonio?", susurró Joao. El demonio nos miró y sonrió; después,
acercando la mano al brasero y abriendo la boca, dijo:

--¿Han visto comer fuego alguna vez?

Nos detuvimos atónitos, esperando ver cómo aquella mano pequeña y ne-
gra como la de un mono echaría a su boca una ardiente brasa. Lanzó una ri-
sita y acercó más la mano al fuego, abriendo al mismo tiempo la boca:

--¿Cuál brasa quieren que me coma?

No nos atrevimos a indicarle ninguna, esperando que decidiera por sí
mismo: cualquiera nos habría parecido bien, aun la más pequeña. Pero el
hombre no decidió por sí mismo: esperaba.

--¿Cuál de los caballeritos?

¿Caballeritos? Aquella palabra sonó en nuestros oídos como hubiera so-
nado califa, zalema, troika o cachemira, una palabra exótica. Mi madre
sonrió; no estaba asombrada, ya que la palabra no era extraña para ella.

Dijo: treinta minas de plata. Había que vivir con el tiempo, y más que con

--Es una palabra rara para ellos. Siempre cortó con el pasado, no conser-

--¿Por qué? ¿No hay caballeros en la Argentina?

--Sí, pero no se les llama caballeros, como en Chile; se les llama se-
ñores.

--¿Señores? Y a los niños: ¿señoritos?

II

Otra vez, una noche, al volver de un paseo, encontramos en casa a un ser que no conocíamos. Estaba sentado al lado de un praseo lleno de prase y se veía moreno, pálido de viruelas, feísimo, humildemente vestido. "¿Y este demonio?", susurró José. El demonio nos miró y sonrió; después, acercando la mano al praseo y abriendo la boca, dijo:

--¿Han visto comer fuego alguna vez?

Nos detuvimos atónitos, esperando ver cómo aquella mano pequeña y negra como la de un mono echaba a su boca una ardiente prasa. Luego una risa y acercó más la mano al fuego, abriendo al mismo tiempo la boca:

--¿Cuál prasa quieren que me coma?

No nos atrevimos a indicarle ninguna, esperando que decidiera por sí mismo: cualquiera nos habría parecido bien, aun la más pequeña. Pero el hombre no decidió por sí mismo: esperaba.

--¿Cuál de los caballeros?

¿Caballeros? Aquella palabra sonó en nuestros oídos como hubiera sonado cañón, cañón, cañón, troika o cachemira, una palabra exótica. Mi madre sonrió; no estaba asombrada, ya que la palabra no era extraña para ella.

Dijo:

--Es una palabra rara para ellos.

--¿Por qué? ¿No hay caballeros en la Argentina?

--Sí, pero no se les llama caballeros, como en Chile; se les llama se-

ñores.

--¿Señores? Y a los niños: ¿señoritos?

Lanzamos una carcajada: si caballeros resultaba ^xexótica, señoritos era ridícula.

--Por lo demás, un niño es un niño; no es un caballero ná un señor.

El hombre quedó turbado y esa turbación le salvó de comerse la brasa que ^xesperábamos se comiera. Se encogió de hombros, recogió el brazo y cerró la boca. ¿Cómo debía llamarnos y cómo era posible comer nada delante de personas que no sabía cómo tratar? Aquella discusión y esa turbación desviaron nuestro interés, y el hombre, que no era ningún tonto y que sabía a los que se había expuesto al desarrollar en nosotros la esperanza de verlo comer fuego, encontró en ellas el modo de salir adelante y hacernos olvidar esa esperanza.

No se trataba, como en el caso de El Mulato, de un aficionado o de un admirador, nada de eso: El Minero era un ladrón de tomo y lomo, mucho más ladrón que minero, apodo que debía al haber empezado su carrera proponiendo a incautos clientes fabulosos negocios de minas y barras de plata. En su juventud había vivido en el norte de Chile, que por esos tiempos hervía de mineros, de barras de plata, de descubrimientos, de reventones y de alcances capaces de hacer rico a un hombre o a varios de un día para otro. El Minero, como verdadero minero, había sido rico varias veces y pobre otras tantas, hasta que optó por cambiar de especialidad: la plata había sido depreciada y por las calles de Copiapó, de Caldera, de Vallenar, de Coquimbo vagaban, pidiendo cigarrillos y tal cual peso fuerte, individuos que tenían registradas a su nombre y pagadas todas las inscripciones, veinte o treinta minas de plata. Había que vivir con el tiempo, y más que con el tiempo con el minuto presente y El Minero cortó con el pasado, no conservando de él sino su apodo, por el cual era conocido y buscado por todos aquellos que tenían algo bueno o malo que ver con él. Era un hombre de inocente expresión y de infeliz aspecto: nadie habría dudado en aceptar un negocio que él propusiera, por absurdo que pareciese, y siempre lo pa-

lanzamos una carcajada: al caballero resultaba exótico, señorito era ridículo.

--Por lo demás, un niño es un niño; no es un caballero ni un señor.

El hombre quedó turbado y esa turbación le salvó de comerse la mano. El hombre se comió. Se encogió de hombros, recogió el plato y se volvió la boca. ¿Cómo debía llamarse y cómo era posible comer nada delante de personas que no sabía cómo tratar? Aquella diaseñón y esa turbación desvirtuaron nuestro interés, y el hombre, que no era ningún tonto y que sabía a los que se había expuesto al desarrollar en nosotros la esperanza de verlo comer fuego, encontró en ellas el modo de salir adelante y hacerlos olvidar sus esperanzas.

No se trataba, como en el caso de El Mulato, de un estacionado o de un administrador, nada de eso: El Minero era un ladrón de tomo y lomo, mucho más ladrón que minero, apodo que debía al haber empezado su carrera proponiendo a incautos olientes fabulosos negocios de minas y barras de plata. En su juventud había vivido en el norte de Chile, que por esos tiempos había de mineros, de barras de plata, de descubrimientos, de reventones y de alcañanes capaces de hacer rico a un hombre o a varios de un día para otro. El Minero, como verdadero minero, había sido rico varias veces y pobre otras tantas, hasta que optó por cambiar de especialidad: la plata había sido depreciable y por las calles de Copiapó, de Caldera, de Vallenar, de Guaymas vagaban, pidiendo cigarrillos y tal cual peso fuerte, individuos que tenían registradas a su nombre y pagadas todas las inscripciones, vale o treinta minas de plata. Había que vivir con el tiempo, y más que con el tiempo con el minuto presente y El Minero cortó con el pasado, no consiguiendo de él sino su apodo, por el cual era conocido y buscado por todos aquellos que tenían algo bueno o malo que ver con él. Era un hombre de inocente expresión y de infeliz aspecto: nadie había dudado en aceptar un negocio que él propusiera, por absurdo que pareciera, y siempre lo pa-

recían, o lo habían parecido, mejor dicho, ya que estaba retirado de ellos. Los presentaba de modo que parecía como una persona a quien debía protegerse de los demás. Sus víctimas sentían desgarrársele el corazón a la vista de aquel hombre que parecía salido de un chiflón o de un pique minero, con una barra de plata debajo de cada brazo y dispuesto a darlas o a venderlas por ridículas sumas a la primera persona de buen corazón que encontrara en el camino. ¿No era preferible que se quedaran ellos con las barras y no cualquier pícaro desalmado? Lo arrastraban a oscuros rincones, a malolientes cantinas, a casas de diversión, todo pagado, y se hacían repetir la historia del derrotero de Agua Amarga o Lomas Coloradas y de sus pérdidas y encontradas vetas. Reían a carcajadas, de felicidad, de filantropía, de todo. ¡Todavía quedaban seres sencillos, inocentes, ingenuos, sin malicia, así como seres generosos, humanitarios, dispuestos a ayudar a aquéllos que están siempre expuestos a ser víctimas de canallas de todo pelo! El Minero entregaba las barras, recibía el dinero que tan magnánimemente se le daba, se despedía con un: "Dios lo guarde, mi señor" y desaparecía, sin que los clientes se atrevieran jamás a llegar a las comisarías con aquellas barras de plomo -- ¿qué carcajadas no habrían lanzado en sus narices los policías, desde los más bajos hasta los más altos? --, prefiriendo buscarlo por sí mismos, cuchillo a la cintura o revólver en el bolsillo. Envuelto en su manta minera, descolorida, y cubierto con su sombrero llovido, con su aire de sencillez y de nobleza natural, El Minero se hacía humo por los caminos, yendo a sacar la cabeza a otra provincia. Nada dura, sin embargo, mucho menos si es bueno y cuesta poco, y El Minero hubo de cambiar de especialidad, que nosotros, pobres niños, no llegamos a conocer, a pesar de que quizá empezó a ejercerla allí, bajo nuestras narices. Tal vez hizo ensayos, con suerte o sin suerte, y llegaba a nuestra casa, después de ellos, con la misma cara de siempre, con esa cara ante la cual uno sentía un sueño, y a pesar de que no se había dado cuenta de que...

rescan, o lo hablan parecido, mejor dicho, ya que estaba rodeado de ellos.
Los presentaba de modo que parecían como una persona a quien había protegido
se de los demás. Sus víctimas sonaban desgarrañando el corazón a la vista
de aquel hombre que parecía salir de un edificio o de un pique minero, con
una barra de plata debajo de cada brazo y dispuesto a darles o a venderlas
por ridículas sumas a la primera persona de buen corazón que encontrara en
el camino. Uno era preferible que se quedaran ellos con las barras y no
encontrar pánico desalmado. Lo arrastraban a pocosos rindones, a malolien-
tes cantinas, a casas de diversión, todo pagado, y se hacían repetir la
historia del derrotero de Agua Amarga o Lomas Coloradas y de sus pérdidas
y encontradas vestas. Relan a carcajadas, de felicidad, de filantropía, de
todo. ¡Todavía quedaban seres sencillos, inocentes, ingenuos, sin malicia,
tal como seres generosos, humanitarios, dispuestos a ayudar a aquellos que
están siempre expuestos a ser víctimas de canallas de todo país! El mine-
ro entregaba las barras, recibía el dinero que tan magnánimamente se le da-
ba, se despedía con un: "Dios lo guarde, mi señor" y desaparecía, sin que
los clientes se atrevieran jamás a llevar a las comisarías con aquellos
barras de plomo -- ¿qué carcajadas no hacían lanzado en sus narices los
policías, desde los más bajos hasta los más altos? --, prescribiendo pausas
lo por sí mismos, echillo a la cintura o revólver en el bolsillo. Enve-
to en su mente minero, descolorida, y cubierto con un sombrero llovizno,
con su aire de sencillos y de nobles natural, El Mijero se hacía bueno por
los caminos, yendo a sacar la cebaca a otra provincia. Nada duro, sin em-
bargo, mucho menos si es bueno y cuesta poco, y El Mijero pudo de cambiar
de capelalidad, que nosotros, pobres niños, no llegamos a conocer, a pa-
sar de que quizá empezó a ejercerlo allí, bajo nuestras narices. Tal vez
fizo ensayos, con suerte o sin suerte, y llegaba a nuestra casa, después
de ellos, con la misma cara de siempre, con esa cara ante la cual uno son-

tía el impulso de contarle todo, de entregarle todo, de aceptarle todo. ¿Quién podría negarle nada? Mi padre, oyéndole cuando contaba algo, lanzaba alaridos de risa, pues sabía que aquel truhán mentía como un cura -- según él decía --, y él, que se daba cuenta de lo que mi padre advertía, se reía también, pero con una risa que no era de la persona que estaba contando la historia sino de otra, que la estaba, como nosotros y como mi padre, oyendo y saboreando y dentro de la cual existía la verdadera personalidad de aquel hombre. Nunca, por desgracia, o quizá por suerte, llegamos a conocer a ese otro hombre, escondido tras de esa máscara de ingenuidad, de inocencia y de sancillez. Había conocido a mi padre en Chile y después de muchos años, al llegar a Buenos Aires, lo buscó para que lo guiara un poco en su nueva carrera. Sabía que siendo chileno y siendo mi padre casado con chilena, se le recibiría bien, sobre todo gracias a los antecedentes que tenía: era ~~un~~ un hombre solitario, sobrio y serio, de buenas costumbres. Tenía una habilidad manual asombrosa y la broma que nos hiciera la noche de su llegada tenía cierta base de verdad: era un real prestidigitador -- como que era capaz ~~de~~ de cambiar dos barras de plata por otras dos de plomo ante las propias narices de los filantrópicos compradores -- y entre sus manos, como en el pico de una avestruz, desaparecían monedas, anillos, relojes, cuanto se le diera. Su presencia, que no duró más de unos días, dejó en nuestra casa una racha aterradora de ilusionismo.

Sus impresiones de Buenos Aires hicieron época en la familia. Para nosotros era como un provinciano, un salteño, por ejemplo, o un tucumano, y en realidad lo era también en su tierra, con su vestimenta, sus modales y su manera de hablar tan nueva, para nosotros, como la de Pedro, aunque más comprensible, a pesar de las palabras que colocaba aquí y allá en su conversación, palabras mineras principalmente, que refulgían como adornos de plata antigua. Todo era novedad para él, todo asombro: Buenos Aires le parecía un sueño, y a pesar de que no se habría sentido desconcertado ni

ella el impulso de contarle todo, de entregarle todo, de aceptar todo. ¿Quién podría negarle nada? Mi padre, oyéndolo cuando contaba algo, jamás se alarmaba de risa, pues sabía que aquel truhán mentaba como un cura -- y él -- y él, que se daba cuenta de lo que mi padre advertía, se reía también, pero con una risa que no era de la persona que estaba contando la historia sino de otro, que ya estaba, como nosotros y como mi padre, oyendo y asoborándose y dentro de la cual existía la verdadera personalidad de aquel hombre. Nunca, por desgracia, o quizá por suerte, llegó a conocer a ese otro hombre, escondido tras de esa máscara de ingenuidad, de inocencia y de sencillez. Había conocido a mi padre en Chile y después de muchos años, al llegar a Buenos Aires, lo buscó para que lo contara un poco en su nueva carrera. Sabía que siendo chileno y siendo mi padre casado con chilena, se le recibiría bien, sobre todo gracias a los antecedentes que tenía: era un hombre solitario, serio y serio, de buenas costumbres. Tenía una habilidad manual asombrosa y la promesa que nos hizo en la noche de su llegada tenía cierta base de verdad: era un real prestidigitador -- como que era capaz de cambiar dos barajas de plata por otras dos de plomo ante las propias narices de los filantrópicos compradores -- y entre sus manos, como en el pico de una avestruz, desaparecían monedas, anillos, relojes, cuanto se le diera. Su presencia, que no duró más de unos días, dejó en nuestra casa una racha estardota de ilusiónismo.

Sus impresiones de Buenos Aires hicieron época en la familia. Para nosotros era como un provinciano, un salteño, por ejemplo, o un tucumano, y en realidad lo era también en su tierra, con su vestimenta, sus modales y su manera de hablar tan nueva, para nosotros, como la de Pedro, aunque más comprensible, a pesar de las palabras que colocaba aquí y allá en su conversación, palabras ajenas principalmente, que reflejaban como aborres de plata antigua. Todo era novedad para él, todo asombro; Buenos Aires le parecía un sueño, y a pesar de que no se habría sentido desconcertado ni

quiera en el corazón de Manhattan o de Picadilly, pues su astucia y su inteligencia eran muy superiores a su rusticidad y nadie habría podido engañarle ni desorientarle mentalmente, siempre tornaba a casa con algún descubrimiento extraordinario; nos resultaba una especie de Anastasio el Pollo: lo que para nosotros era el pan de todos los días para él resultaba una novedad tan grande como para nosotros habría resultado la vista de una sombría mina ^{de la época} de los apires y del cangallero, de los cuales nos hablaba, pues este hombre no llevaba en vano su apodo: era un experto en minas y parecía saberlo todo en cuanto a labores de esa índole se refería, con el agregado de que se sabía de memoria todas las leyendas del norte de Chile: sus cuentos del león que guardaba una mina, de la garza que vigilaba el más rico venero argentífero de la región de Atacama y que no le cantarían, si es que una garza puede cantar, sino al hombre que descubriera esa masa de plata y fuera dueño de ella, sus historias de los cerros que ocultan grutas resplandecientes del más puro metal, sus derroteros de minas, las aventuras de los Peralta o de los Ramos en busca de las fabulosas minas de los tiempos de Nauco, eran historias tan excitantes como las de El Mulato, con la diferencia de que las suyas eran más asequibles para nosotros y más tranquilos sus personajes, o sea, los mineros -- excepto talvez este Minero -- no tenían nada que temer de los policías ni de persona alguna, salvo quizá de los bandidos, aunque era sabido que los bandidos no eran tan tontos como para aventurarse por los senderos del desierto o del Despoblado de Atacama, y era, además, los mineros, seres independientes: con un poco de comida y otro poco de agua, tal cual herramienta y una frazada o manta, se podían pasar días y semanas buscando minas, sin más compañía que una mula o un burro; nadie vendría a llamarle a uno la atención, a decirle, por ejemplo: no hagas esto, deja esotro, no te metas aquí, anda para allá, ¿quién te ha dado permiso para escarbar aquí?; nada de eso: era uno libre bajo el cielo del desierto y entre los cerros y podía, si quería, morirse allí sin que na-

alquilar en el corazón de Manhattan o de Picadilly, pues en aquellos y en
 inteligencia eran muy superiores a su rusticidad y nadie habría podido en-
 tregárselo ni desorientarlo mentalmente, siempre tornaba a casa con algún des-
 ardimiento extraordinario; nos enseñaba una especie de Anástasio el po-
 lo: lo que para nosotros era el pan de todos los días para él resultaba
 una novedad tan grande como para nosotros habría resultado la vista de una
 compra ^{de la plaza} de las espigas y del canchero, de los cuales nos habíamos, pues
 este hombre no llevaba en vano su apodo: era un experto en minas y parecía
 saberlo todo en cuanto a labores de esa índole se refiere, con el agregado
 a que se sabía de memoria todas las leyendas del norte de Chile: sus cues-
 tos del León que guardaba una mina, de la garza que vigilaba el más rico
 genero argenteo de la región de Atacama y que no le contaría, si es que
 una garza puede cantar, sino al hombre que descubriera esa masa de plata
 fuera dueño de ella, una historia de los cerros que ocultan otras res-
 tangencias del más puro metal, una descripción de minas, las aventuras
 de los Peraltas o de los Ramos en busca de las fabulosas minas de los tiem-
 pos de Juanco, eran historias tan excitantes como las de El Mulato, con la
 diferencia de que las otras eran más apropiadas para nosotros y más transmi-
 sos sus personajes, o sea, los mineros -- excepto tal vez este último -- no
 tenían nada que temer de los policías ni de persona alguna, salvo quizá de
 los bandidos, aunque era sabido que los bandidos no eran tan tontos como
 era averiguarse por los señores del desierto o del Desplazado de Atacama,
 era; además, los mineros, seres independientes: con un poco de comida y
 un poco de agua, tal cual herramienta y una fraxada o manta, se podían
 pasar días y semanas buscando minas, sin más compañía que una mula o un po-
 co; nadie vendría a llamarle a uno la atención, a decirle, por ejemplo:
 o pagas esto, deja esto, no te metas aquí, anda para allá, también se ha-
 bía permiso para estar ahí; nada de eso: era una libre bajo el cielo
 al desierto y entre los cerros y pedris, al que se, allí no que no

die se le impidiera ni molestara. El Minero sabía todo eso y mucho más y hablaba de todo con gran naturalidad, casi con displicencia, pues lo sabía bien. Era ignorante, claro está, de muchas cosas, de infinitas cosas, y, como la mayoría de los hombres especializados en algo, era más lo que ignoraba que lo que sabía. No se podía decir que era ignorante porque era ladrón, nada de eso; lo era porque sí, como lo es mucha gente honrada, incluso gente de posición social y económica alta e incluso también como mucha gente que nos parece no debiera serlo y que casi tiene la obligación de no serlo y que a pesar de todo lo es. Desapareció, de la noche a la mañana, tal como viniera, sin darnos explicaciones, y así como a su llegada ni mi madre ni mi padre dijeron una palabra sobre él, así también, cuando se fué, nadie, ni nuestros padres ni él, nos dijeron que se iba. Se fué, nada más, y no volvimos a saber de él.

Alas se le imputaba ni molestarse. Mi Minero sabía todo eso y nunca más y
 enseñaba de todo con gran naturalidad, casi con displicencia, pues lo sabía
 oler, era ignorante, claro está, de muchas cosas, de infinitas cosas, y
 como la mayoría de los hombres especializados en algo, era más lo que igno-
 raba que lo que sabía. No se podía decir que era ignorante porque era la-
 trón, nada de eso; lo era porque sí, como lo es mucha gente honrada, incluso
 gente de posición social y económica alta e incluso también como mucha gen-
 te que nos parece no debería serlo y que casi tiene la obligación de no ser-
 lo y que a pesar de todo lo es. Desapareció, de la noche a la mañana, tal
 como viniera, sin darnos explicaciones, y así como a su llegada ni mi madre
 ni mi padre dijeron una palabra sobre él, así también, cuando se fué, nadie,
 ni nuestros padres ni él, nos dijeron que se iba. Se fué, nada más, y no
 volvimos a saber de él.

no de cara, que colócal con cuidado sobre las sábanas, parecían incapaces de cualquier movimiento más. Vino un médico, lo examinó, habló con mis padres, recetó, entró y se fué.

--¿Qué tiene, papá?

III

Hizo un gesto raro, como dando a entender que daba lo mismo que tuviera

Y después de éste o antes de éste, otros, algunos que parecían recién resucitados y otros que parecían próximos a morir, uno de ellos, por lo menos, que llegó también de improviso y que fué recibido como si se tratara de ser más importante del mundo y cuidado como si de su salud y de su existencia dependiera la salud, el bienestar y la tranquilidad de mucha gente o de la ciudad entera. Delgado, amarillo, de grandes orejas transparentes, casi cayéndose, no habló nada o casi nada con nosotros, es decir, con los niños de la casa, como si no tuviera nada que decirnos o como si no pudiera hablarnos, tal vez como si no tuviera tiempo de hacerlo antes de morir. A su llegada fuimos informados por mi madre de que no debíamos acercarnos a él ni dirigirle la palabra; venía enfermo y su enfermedad era grave, y, agregó, para atemorizarnos, peligrosa. Los dos hermanos mayores, Joao y Ezequiel, fueron desalojados de su cuarto y trasladados a otro, más pequeño e incómodo, y no sólo no chistaron sino que aquello les sirvió de entretenimiento; cualquier cambio nos parecía una aventura. El hombre fué instalado con todo nuevo, catre, colchón, sábanas, frazadas; en unos minutos mis padres lo arreglaron y lo hicieron todo, y Alfredo, así se llamaba aquel hombre, pudo acostarse y se acostó como si no fuera a levantarse más -- por lo menos eso se nos ocurrió, pues su estado era, en verdad, impresionante: parecía que no había en el cuarto, en la casa, en la ciudad, en la república entera, aire suficiente para sus pulmones, que trabajaban a toda presión, obligándole a abrir la boca, ya que la nariz no le era bastante; los ojos, muy abiertos, miraban fijamente; sus bigotes, largos, negros y finos, daban a su boca abierta una oscura expresión, y sus manos, pálidas, delgadas, co-

III

Y después de éste o antes de éste, otros, algunos que parecían resaca-
 reanclados y otros que parecían próximos a morir, uno de ellos, por lo me-
 nos, que llegó también de improviso y que fue recibido como si se tratara de
 ser más importante del mundo y enviado como si de su salud y de su exis-
 tencia dependiera la salud, el bienestar y la tranquilidad de mucha gente o de
 la ciudad entera. Delgado, amarillo, de grandes orejas transparentes, casi
 cayéndose, no había nada o casi nada con nosotros, es decir, con los niños
 de la casa, como si no tuviere nada que decirnos o como si no pudiera ha-
 blarnos, tal vez como si no tuviere tiempo de hacerlo antes de morir. A su
 llegada fuimos informados por mi madre de que no debíamos acercarnos a él
 ni darle la palabra; venía enfermo y su enfermedad era grave, y, ade-
 más, para atemorizarlos, peligrosos. Los dos hermanos mayores, José y Eze-
 quiel, fueron desalojados de su cuarto y trasladados a otro, más pequeño e
 incómodo, y no sólo no hablaron sino que aquello les sirvió de entreti-
 nimiento; cualquier cambio nos parecía una aventura. El hombre fue instalado
 con todo nuevo, catre, colchón, sábanas, frazadas; en unos minutos mis pa-
 dres lo arreglaron y lo hicieron todo, y Alfredo, así se llamaba aquel hom-
 bre, pudo acostarse y se acostó como si no fuera a levantarse más -- por lo
 menos eso se nos ocurrió, pues en estado era, en verdad, impresionan-
 te que no había en el cuarto, en la casa, en la ciudad, en la república
 entera, aire suficiente para sus pulmones, que trabajaban a toda presión,
 obligándole a abrir la boca, ya que la nariz no le era bastante; los ojos,
 muy abiertos, miraban fijamente; sus brazos, largos, negros y finos, de-
 ban en boca abierta una oscura excreción, y sus manos, pálidas, delgadas, so-

mo de cera, que colocó con desmayo sobre las sábanas, parecían incapaces ya de cualquier movimiento útil. Vino un médico, lo examinó, habló con mis padres, recetó, cobró y se fué.

--¿Qué tiene, mamá?

Hizo un gesto vago, como dando a entender que daba lo mismo que tuviese esto o lo otro; de todos modos, moriría.

--¿Quién es, mamá?

--Un amigo de tu papá.

Un amigo de tu papá. . . Esa frase lo decía todo y no decía nada, es decir, nos informaba acerca de una de las condiciones del hombre, pero no nos decía nada sobre el hombre mismo; con ella, sin embargo, se explicaba todo para nosotros, sin explicar nada. En varias de las casas de nuestros condiscípulos y vecinos pudimos ver y conocer, además de los padres, a amigos de la casa, parientes o no, de quienes podíamos obtener las más diversas noticias: cómo se llamaban, dónde vivían -- pues siempre vivían en alguna parte, casi siempre en la ciudad, muy rara vez en el campo, nunca en las provincias --, en qué trabajaban o de qué vivían, si eran casados, si eran solteros, viudos, etcétera; de los amigos de mi padre, en cambio, no sabíamos sino que eran amigos y, a veces, cómo se llamaban; nada más. ¿Dónde vivían? Ni ellos ni nadie parecía saberlo: en algún país, en algún pueblo, en alguna provincia, ~~en algún pueblo, en alguna provincia~~ pero nada más, y si vivían en la misma ciudad, en Buenos Aires, en Rosario, en Córdoba, nunca, o muy rara vez, supimos su dirección. Mi padre parecía ser el único padre que no podía o no quería o no sabía dar mayores datos de sus amigos y el único también que tenía autorización para tener tan extraordinarias amistades. ¿Cómo y cuándo los había conocido? ¿En dónde? ¿Qué tenía que ver con ellos? ¿Alguna vez habían viajado juntos, trabajado juntos, estado presos juntos? Quizá. De algunos de ellos llegábamos a veces a saber algo, gracias, en ocasiones, a ellos mismos y en otras por medio de nuestro padre, pero la regla era saber poco. De Al-

fredo no supimos, al principio, sino que se llamaba así y que estaba enfermo: enfermo y Alfredo, Alfredo y enfermo, palabras que durante un tiempo fueron sinónimos en la casa: estás Alfredo. Alfredo, por su parte, no decía nada, ni siquiera que estaba enfermo, aunque era innecesario que lo dijera. Para colmo, mi padre salió de viaje, desapareció, mejor dicho -- tal como desaparecían sus amigos--, y la única esperanza que al principio tuvimos de saber algo de Alfredo, se fué con él. Pero si teníamos prohibición de hablar con él, no la teníamos de mirarlo, y lo miramos, es decir, fué lo único que Daniel, el tercero de nosotros, y yo, miramos en mucho tiempo. No debíamos salir de la casa, ni siquiera a la puerta, mientras los dos hermanos mayores estaban en el colegio y mucho menos en los momentos en que mi madre se ausentaba de la casa, y como a la casa ya la conocíamos más que a nuestros padres y a nuestros bolsillos, pues la habíamos recorrido y examinado en sus tres y hasta creo que en sus cuatro dimensiones, Alfredo, el enfermo, debió soportar durante muchos días nuestras terribles miradas, terribles porque, incapaces de disimular, lo mirábamos con los ojos que a nuestra edad podíamos tener para un hombre que parecía que iba a morir de un momento a otro, es decir, ojos sin engaño alguno. Si no murió de nuestras miradas fué, de seguro, porque su resistencia era enorme, y así fué cómo le ~~miramos~~ vimos, en los primeros días, empequeñecer, disminuir, achicarse; cada día lo encontrábamos más reducido y llegamos a sospechar que, de pronto, se achicaría tanto que concluiría por desaparecer; se le hundieron los ojos, la frente se le hizo puro hueso, se le alargaron los pómulos, parecieron recogerse los labios, los dientes quedaron al descubierto y la oscura boca se abrió más aun, exigida por la disnea. ¿Qué enfermedad tenía? Misterio, como su procedencia, su residencia y su destino. Se fué hundiendo en el almohadón y en el colchón, reduciéndose bajo las sábanas; se le empequeñecieron hasta las manos, se le enflaquecieron asombrosamente las muñecas y días hubo en que, al asomarnos a la puerta de su pieza llevábamos la seguridad de

trido no seguimos, al principio, sino que se llamaba así y que estaba en-
 to: enfermo y Alfredo, Alfredo y enfermo, palabras que durante un tiempo
 fueron sinónimos en la casa: está Alfredo, Alfredo, por su parte, no de-
 la nada, ni siquiera que estaba enfermo, aunque era innecesario que lo di-
 jera. Para colmo, mi padre salió de viaje, desapareció, mejor dicho -- tal
 como desaparecían sus amigos --, y la única esperanza que al principio tuvi-
 mos de saber algo de Alfredo, se fue con él. Pero al tenernos prohibición de
 hablar con él, no la teníamos de mirarlo, y lo miramos, en decir, fue lo
 único que Daniel, el tercero de nosotros, y yo, miramos en mucho tiempo. No
 debíamos salir de la casa, ni siquiera a la puerta, mientras los dos herma-
 nos mayores estaban en el colegio y mucho menos en los momentos en que el
 padre se ausentaba de la casa, y como a la casa ya la conocíamos más que a
 nuestros padres y a nuestros hermanos, pues la habíamos recorrido y examina-
 do en sus tres y hasta creo que en sus cuatro dimensiones, Alfredo, el en-
 fermo, debió soportar durante muchos días nuestras terribles miradas, terri-
 bles porque, incapaces de disimular, lo mirábamos con los ojos que a nuestro
 lado podíamos tener un hombre que parecía que iba a morir de un momen-
 to a otro, es decir, ojos sin engaño alguno. Si no miró de nuestras mira-
 das fue, de seguro, porque su resistencia era enorme, y así fue cómo lo miramos
 vivos, en los primeros días, empujados, disminuidos, achicados, cada día
 lo encontramos más reducido y llegamos a sospechar que, de pronto, se redu-
 cería tanto que conseguiría por desaparecer; se le hundieron los ojos, la
 frente se le hizo puro hueso, se le alargaron los pómulos, parecieron reso-
 garse los labios, los dientes quedaron al descubierto y la oscura boca se
 abrió más aun, exigida por la diases. ¿Qué enfermedad tenía? Matarlo, como
 se procedía, en resistencia y en destino. Se fue hundiendo en el almoha-
 dón y en el colchón, reduciéndose bajo las sábanas; se le empujaban
 hasta las manos, se le entablataban asombradamente las muñecas y él no ha-
 bía en que, al acercarnos a la puerta de su pieza llevábamos la seguridad de

que en su cama no hallaríamos más que el hueco que ayer hacía su cabeza en el almohadón. Pero no fué así: el hombre persistía y, lo que es peor, se daba cuenta de que lo vigilábamos, de que lo controlábamos, no talvez a él sino a su enfermedad y a su proceso disgregatorio; en ocasiones nos dábamos cuenta de que a través de sus semicerrados párpados nos miraba con una mirada que parecía atravesarnos; no era una mirada de rencor ni una mirada de fastidio; era otra cosa: ¿quizá se daba cuenta, por nuestras miradas, del estado de sí mismo? Talvez, o talvez pensaba en que en tanto viera a esos dos mocosos, callados, serios, de pie uno a cada lado de la puerta, no estaría aún muerto; si estaban allí era porque quizá estaba vivo todavía. No habló jamás, ni siquiera para decirnos: hola, o váyanse, ^{niños} ~~intrusos~~ intrusos, me ponen nervioso; nada: parecía dispuesto a morir sin cambiar palabra con nosotros.

--¿Cómo sigue el enfermo, mamá? -- preguntábamos, antes que nada, a nuestra madre cuando en las mañanas nos paraba en la cama para vestarnos y lavarnos.

--Mal, hijo mío; no le molesten.

No le molestábamos, es decir, no le hablábamos ni entrábamos a su cuarto; le mirábamos, nada más, y cuando su rostro mostraba algún curioso rasgo, una gran palidez, por ejemplo, o una extrema demacración, llevábamos a nuestros hermanos mayores a que le echaran también una mirada, como a algo extraordinario que hubiésemos descubierto.

--Míralo -- parecíamos decirles --. ¿No te parece que hoy está más muerto que ayer?

Mis hermanos, impresionados, se iban; no lo habían visto, como nosotros, momento a momento. Un día mi madre preguntó al enfermo si no quería que le cerrara la puerta:

--Estos niños pueden molestarlo; son tan intrusos.

Alfredo movió impetuosamente las manos, haciendo gestos negativos.

que en su cama no habíamos más que el hueso que ayer había en el
algunos. Pero no fue así; el hombre parecía y, lo que es peor, se daba
cuenta de que lo vigilábamos, de que lo controlábamos, no tal vez a él sino
su enfermedad y a su proceso diagnóstico; en ocasiones nos daban en-
ta de que a través de sus semicerradas párpados nos miraba con una mirada
que parecía atravesarnos; no era una mirada de rencor ni una mirada de des-
afecto; era otra cosa: ¿quién se daba cuenta, por nuestras miradas, del esta-
do de sí mismo? Tal vez, o tal vez pensaba en que en tanto viviera a esas dos mo-
duras, calladas, serias, de pie uno a cada lado de la puerta, no estaría en
nuestro; al estar allí era porque quizá estaba vivo todavía. No había ja-
más, ni siquiera para decirnos: hola, o vayanse, ^{niños} ~~minimamente~~ ~~minimamente~~ ~~minimamente~~, me po-
nen nervioso; nada: parecía dispuesto a morir sin cambiar palabra con nos-
otros.

--¿Cómo sigue el enfermo, mamá? -- preguntábamos, antes que nada, a
nuestra madre cuando en las mañanas nos paraba en la cama para vestirla
y lavarnos.

--Mamá, hijo mío; no le molestas.

No le molestábamos, es decir, no le habíamos ni entrábamos a su cuar-
to; le mirábamos, nada más, y cuando en nuestro mostraba algún curioso res-
go, una gran palidez, por ejemplo, o una extrema demencia, llevábamos
a nuestros hermanos mayores a que le echaran también una mirada, como a al-
go extraordinario que hubiéramos descubierto.

--Mamá -- parecíamos decir --. ¿No te parece que hoy está más mu-
to que ayer?

Mis hermanos, impresionados, se iban; no lo habían visto, como nosotros,
momento a momento. Un día mi madre preguntó al enfermo si no quería que le
cerrara la puerta:

--Estos niños pueden molestarlo; son tan intrusos.

Alfredo movió impotentemente las manos, haciendo gestos negativos.

--No, señora, por favor -- dijo, y si hubiera podido habría agregado: -- Si me cierra usted la puerta me ahogo -- de tal modo le parecía poco todo el aire.

Con gran sorpresa nuestra, mi madre le cuidaba con un desmedido esmero. ¿Por qué? Sabíamos que no le había conocido sino en el momento en que llegó a nuestra casa. ¿Era un ser tan importante como para merecer tanta atención? Lo ignorábamos. ¿Dónde había contraído esa enfermedad? Misterio. Con las manos en nuestros desbocados bolsillos o metidos hasta la palma los dedos en la boca, Daniel y yo le miramos mucho tiempo, un tiempo que nos pareció muy largo, como si fueran dos o tres años, pero que quizá no fueron sino dos o tres meses, y vimos cómo aquel hombre fué, de nuevo, creciendo, rehaciéndose, tomando cuerpo, color, forma. Mi madre, a horas fijas, le daba o le hacía sus remedios: blancos y espesos jarabes o emulsiones, a veces; otras, unas como doradas mieles que vertían unos frascos oscuros, de boca ancha; líquidos delgados después o píldoras rosadas, obleas, todo el escaso horizonte terapéutico de la época, y comía apenas, unos calditos, papas, leche, mazamorras, pero con ello, y como por milagro, fué reaccionando.

Un día hubo una alarma y el enfermo Alfredo habló: alguien, desconocido, llamó a la puerta de la casa y preguntó si allí vivía Aniceto Hevia y si estaba en casa. Mi hermano mayor, desconcertado, pues esa persona no quiso dar su nombre y tenía un talante que no gustó al muchacho, contestó, friamente, que allí vivía, pero que no estaba, lo cual era cierto; pero el hombre, con voz brusca, preguntó cuándo volvería, en dónde se le podía encontrar, cuándo se había ido, desde cuándo vivía allí, preguntas todas que hicieron entrar en sospechas a Joao y que Alfredo, cuyo cuarto estaba cerca, escuchó claramente. Cuando Joao, después de despedir al preguntón y cerrar la puerta, pasó frente a la pieza del enfermo, Alfredo le llamó con la mano. Se acercó el niño, nos acercamos todos:

--No, señora, por favor -- dijo, y si hubiera podido habría asegurado --
si me ofrecía usted la puerta me ahogo -- de tal modo la puerta poco todo
el aire.

Con gran sorpresa nuestra, mi madre se cubrió con un desmido amaro.
Por qué? Sabíamos que no la había conocido sino en el momento en que llegó
a nuestra casa. Era un ser tan importante como para merecer tanta aten-
ción? Lo ignorábamos. ¿Dónde había conocido esa enfermedad? Misterio. Con
las manos en nuestros despochos bolallos o metidos hasta la palma los de-
dos en la boca, Daniel y yo le miramos mucho tiempo, un tiempo que nos pa-
reció muy largo, como si fueran dos o tres años, pero que quizá no fueron
sino dos o tres meses, y vimos cómo aquel hombre fue, de nuevo, creciendo,
rehabilitándose, tomando cuerpo, color, forma. Mi madre, a horas fijas, le de-
ba o le hacía sus remedios: blancos y espesos jarabes o emulsiones, a ve-
ces; otras, unas como doradas mielaz que vertían unos frascos oscuros, de
boca ancha; líquidos delgados después o plidores rosados, opales, todo al
menor horizonte terapéutico de la época, y como apanas, unos calidos-
papas, leche, maxamoras, pero con ello, y como por milagro, fue resaca-
nando.

Un día hubo una alarma y el enfermo Alfredo habló: alguien, desconocido,
llamó a la puerta de la casa y preguntó si allí vivía Aniceto Havia y si
estaba en casa. Mi hermano mayor, desconcertado, pues esa persona no quise-
dar su nombre y tenía un talante que no gustó al muchacho, contestó, inde-
cisa, que allí vivía, pero que no estaba, lo cual era cierto; pero el hom-
bre, con voz brusca, preguntó cuándo volvería, en dónde se la podía encon-
trar, cuándo se había ido, desde cuándo vivía allí, preguntas todas que
nuestro mayor en respuesta a lo que Alfredo, cuyo cuerpo estaba con-
tinuamente estremeciendo. Cuando lo oí, después de despedir al preguntón y
cerrar la puerta, quedé frente a la plaza del enfermo, Alfredo le llamó con
la mano. Le acerqué el niño, nos acercamos todos:

--¿Quién era? -- preguntó, visiblemente agitado.

--No lo conozco -- fué la respuesta.

--¿Qué aire tenía?

La respuesta era difícil. Alfredo se refería, seguramente, a la expresión del desconocido y a la impresión que producía.

--¿No sospechaste nada? -- preguntó el enfermo, haciendo un esfuerzo.

Joao se encogió de hombros. Las preguntas le resultaban vagas.

--¿Y tu mamá?

--Salió hace rato. Estamos solos.

--¿No han sabido nada de Aniceto?

--Nada.

Era la primera conversación que Alfredo sostenía con alguien de la casa. Hubo un silencio.

--¿Cómo te llamas?

--Joao.

--Brasilero -- dijo Alfredo y miró hacia el techo, mientras procuraba correrse hacia la cabecera, como para enderezarse.

--Sí.

--Mira, Joao: ¿puedes mirar hacia la calle sin que te vean?

--Sí, por entre el postigo.

--Bueno: mira si el hombre está por ahí y qué hace.

Joao volvió con la noticia de que el hombre estaba parado en la esquina y miraba hacia la casa.

Alfredo pareció haber recibido un golpe en el estómago; su cara palideció, le volvió la disnea y, tomándose con las manos de los barrotes de la cabecera del catre, se irguió; vimos sus ojos agrandados como por el espanto, y todos, sin darnos cuenta de lo que le ocurría a aquel hombre, nos asustamos también. Joao, de pie cerca de la cama, le miraba cómo preguntándole qué pasaba.

--¿Cuál era? -- preguntó, visiblemente agitado.

--No lo conozco -- fue la respuesta.

--¿Qué aire tenía?

La respuesta era difícil. Alfredo se refería, seguramente, a la expres-

ión del desconocido y a la impresión que producía.

--No sospechaste nada? -- preguntó el enfermo, haciendo un esfuerzo.

Jose se encogió de hombros. Las preguntas le resultaban vagas.

--¿Y tu mamá?

--Dijo hace rato. Batamos alos.

--¿No han sabido nada de Alicia?

--Nada.

Era la primera conversación que Alfredo sostenía con alguien de la ca-

sa. Hubo un silencio.

--¿Cómo te llamas?

--Jose.

--Bueno -- dijo Alfredo y miró hacia el techo, mientras procuraba

correrse hacia la cabecera, como para enderezarse.

--Sí.

--Mira, Jose: ¿puedes mirar hacia la calle sin que te vean?

--Sí, por entre el postigo.

--Bueno: mira al hombre está por ahí y qué hace.

Jose volvió con la noticia de que el hombre estaba parado en la esquina

y miraba hacia la casa.

Alfredo pareció haber recibido un golpe en el estómago; su cara palide-

ció, se volvió la blanca y, tomándose con las manos de los brazos de la

cabecera del catre, se irguió; vino sus ojos agrandados como por el asom-

bo, y todos, sin darse cuenta de lo que le ocurría a aquel hombre, nos

contábamos también. Jose, de pie cerca de la cama, le miraba cómo preguntaba

dole qué pasaba.

--Joao, haz algo -- murmuró el enfermo, con una voz que sobrecogía: parecía rogar que se le salvara de algún peligro. Durante unos segundos creímos que se iba a erguir, a levantarse y huir hacia alguna parte, de tal modo parecía aterrado.

--¿Qué puedo hacer, señor?

--¿Qué puedes hacer! ¿No lo sabes? -- gritó casi el enfermo.

--No -- respondió sencillamente el niño.

El enfermo se irguió más en la cama y miró intensamente a Joao, como diciéndole con la mirada todo lo que pensaba y sentía y todo lo que quería que el niño sintiera y pensara. ¿Entendió nuestro hermano? Tal vez sí, pero a medias, pues fué de nuevo hacia la ventana y volvió con la misma noticia: el hombre seguía allí, mirando hacia la casa. Una convulsión sacudió al enfermo, que empezó a tiritar violentamente.

--Dame la ropa -- tartamudeó.

Pero Joao no pudo darle nada, tanto le sorprendió aquella frase: Alfredo parecía querer levantarse. ¡Ah, si pudiéramos haber comprendido, si nos hubiéramos dado cuenta de lo que aquel hombre sentía! No sabíamos quién era ni de dónde venía y su terror nos sorprendía y nos asustaba. Años después, cuando hablábamos de Alfredo, pusimos un poco en claro lo ocurrido: aquel hombre, enfermo, quizá perseguido o quizá recién salido o fugado de alguna cárcel, temía que el desconocido fuese algún policía que venía a husmear su presencia en aquella casa, que él, tal vez entre muy pocas, había elegido para venir a librar su lucha contra la enfermedad.

Ezequiel irrumpió en el cuarto del enfermo:

--¡Mi mamá está hablando con el hombre!

Aquello, sin embargo, no significaba nada, aunque era un alivio, pues la presencia de nuestra madre era una ayuda. Alfredo se tranquilizó un poco. Joao y Ezequiel, que podían, sin necesidad de subirse a una silla, mirar por el postigo entreabierto, siguieron las alternativas de la conver-

--Jaco, has algo -- mirando el enfermo, con una voz que sobresalía por-
reola roja que en la cintura de algún pelirrojo. Durante unos segundos creí-
mos que se iba a caer, a levantarse y salir hacia alguna parte, de tal modo
parecía averiado. --
--¿Qué guapo hacer, señor? --
--¿Qué guapo hacer? -- ¿No lo sabes? -- ¿Qué es el enfermo? --
--No -- respondió sencillamente el niño --
El enfermo se irguió más en la cama y miró intencionalmente a Jaco, como si
entiende con la mirada todo lo que pensaba y sentía y todo lo que quería
que el niño sintiera y pensara. Entendió nuestro hermano? Tal vez sí, pero
a medias, pues tras de nuevo hacia la ventana y volvió con la misma noticia:
el hombre estaba allí, mirando hacia la casa. Una convulsión asió al en-
fermo, que empezó a tristar violentamente.
--Dame la ropa -- tartamudeó.
Pero Jaco no pudo darle nada, tanto le sorprendió aquella frase: Alfre-
do parecía querer levantarse. ¡Ah!, si pudiéramos haber comprendido, si nos
hubiéramos dado cuenta de lo que aquel hombre quería: no sabíamos quién era
ni de dónde venía y su terror nos sorprendía y nos amantaba. Años después,
cuando habláramos de Alfredo, fuimos un poco en claro lo ocurrido: aquel
hombre, enfermo, quizá paralizado o quizá recién salido o fugado de alguna
cárcel, tal vez que el desconocido tenía algún policía que venía a buscar en
presencia en aquella casa, que él, tal vez entre muy pocos, había elegido pa-
ra venir a librar su lucha contra la enfermedad.
Alfredito murió en el curso del enfermo.
--¿Mi mamá está hablando con el hombre? --
--Ella, sin saberlo, no significaba nada, aunque era un alivio, pues
la presencia de nuestra madre era una ayuda. Alfredo se resignó en po-
co. Jaco y Alfredito, que podían, sin necesidad de salir a una casa
para por el festivo entusiasmo, eligieron las alternativas de la conver-

sación de mi madre con el desconocido: el hombre se conducía con mucha circunspección y parecía hablar como en secreto; mi madre negaba con la cabeza; después, afirmó; el hombre sonrió entonces y caminó unos pasos junto a ella, que avanzó hacia la casa y se preparó a cruzar la ~~mancha~~ calzada. El hombre se detuvo en la orilla de la acera y allí se despidieron, sonriendo. Todo había pasado.

Cuando mi madre entró al cuarto del enfermo, Alfredo, enterado ya por Joao y Ezequiel del buen cariz que habían tomado las cosas, respiraba de nuevo normalmente.

¿Quién era? -- preguntó.

Mi madre respondió:

--Gumerindo, el chileno; quería saber dónde estaba Aniceto y cuándo llegaría.

Pero Alfredo parecía no oírle, como si ya, pasado el peligro, le diera lo mismo que fuese el chileno Gumerindo o el almirante Togo.

Cuando Alfredo pudo erguirse en la cama y comer por sí solo, llegó mi padre, y días después, con gran sorpresa de todos, una señora llamó a la puerta y preguntó a Ezequiel, que salió al llamado, si allí vivía Aniceto. Ezequiel abrió bien la puerta para que entrara la señora y ésta avanzó por el zaguán. Vestía un traje de seda negra, bastante amplio, compuesto de una falda y de una blusa que le llegaba un poco más abajo de la cintura; llevaba un tul, también negro, en la cabeza y de una de sus manos colgaba un maletín de cuero. La pollera, larga, le cubría el cuerpo hasta los pies. Parecía no conocer personalmente a mi madre, pues le hizo un saludo breve, aunque cortés. ¿Quién era? ¿La mujer de Alfredo? ¿Su hermana? ¿Su amiga? Nadie lo sabía allí en ese momento y la mujer no dijo ni hizo nada que hiciera siquiera sospechar que era su mujer, su hermana, su amiga o una tía; nada de saludos efusivos, de llantos o de exclamaciones adecuadas a una larga separación y a una difícil enfer-

asoció de mi madre con el desconocido; el hombre se conocía con mucha claridad; conapación y parecía haber como un secreto; mi madre negaba con la cabeza; después, alzó el hombre sonrió entonces y caminó unos pasos junto a ella, que avanzó hacia la casa y se preparó a cruzar la granja salada. El hombre se detuvo en la orilla de la casa y allí se despidieron, sonriendo. Todo había pasado.

Cuando mi madre entró al cuarto del entretanto, Alfrede, enterado ya por poco y Exequiel del buen cariz que habían tomado las cosas, respiraba de nuevo normalmente.

¿Quién era? -- preguntó.
Mi madre respondió:
--Comerciante, el chileno; quería saber dónde estaba Alfrede y cuando lo

Pero Alfrede parecía no oírle, como si ya, pasado el peligro, le diese lo mismo que fuese el chileno comerciando o el almirante Togo.

Cuando Alfrede pudo organizarse en la casa y comer por sí solo, llegó mi padre, y días después, con gran sorpresa de todos, una señora llamó a la puerta y preguntó a Exequiel, que salió al llamado, si allí vivía Alfrede. Había y al allí estaba alojado alguien llamado Alfrede. Exequiel abrió bien la puerta para que entrara la señora y ésta avanzó por el pasadizo. Vestía un traje de seda negra, bastante amplio, compuesto de una falda y de una blusa que le llegaba un poco más abajo de la cintura; llevaba en tul, también negra, en la cabeza y de una mano colgada un bastón de oro. La polera, larga, le cubría el cuerpo hasta los pies. Parecía no conocer personalmente a mi madre, pues le hizo un saludo breve, aunque cortés. ¿Quién era? La mujer de Alfrede? ¿Su hermana? ¿Su amiga? Había lo había allí en ese momento y la mujer no dijo ni hizo nada que indicara siquiera sospechar que era mi madre, su hermana, su amiga o una hija de alguna de ellas; de hecho o de exclamaciones adecuadas a una larga separación y a una difícil re-

medad. La mujer se sentó en la única silla que había en el cuarto, puso el maletín sobre los muslos y conversó breve y friamente con el enfermo, quien, sin mirarla, contestaba con un tono que pretendía ser de indiferencia. Por algunas palabras que cogimos al vuelo nos enteramos de que la mujer acababa de llegar de un largo viaje -- ¿de dónde: de Brasil, de Chile, de Perú, de Turquía? --. No supimos sino después que el viaje había sido hecho con el único objeto de ver a Alfredo, aunque el hecho de que viniera a verlo y de que fuese la única persona que lo visitara así lo hacía suponer. ¡Extraña visita, por lo demás, para un hombre que había agonizado durante tantos y tan largos días! Habría merecido algo más efusivo. Se fué, tal como llegó, fría y cortésmente; en la noche, cuando mi padre lo supo, hizo un gesto agrio y dijo algo que no demostraba ninguna simpatía hacia ella.

--¿Es su mujer?

--Sí, su mujer -- asintió mi padre, moviendo la cabeza.

--¿Casado con ella?

--Desgraciadamente. Es una mujer estúpida; se ha convertido en el verdugo de Alfredo. Cuando se casaron no sabía que era ladrón, pero le agradaba que siempre tuviera dinero y le hiciese regalos a ella y a su familia, sobre todo a su madre, que se cree persona eminente porque su marido fué coronel de Artillería y murió comido por el alcohol y por las deudas. Cuando lo supo armó un escándalo terrible y lo peor es que se lo contaron y probaron los amigos de Alfredo, que querían que se separara de él; salieron chasqueados: se desmayó, gritó, lloró, pero en ningún momento se le ocurrió dejarlo libre, al contrario, se puso más exigente y lo mira como si ella, su madre y su familia fuesen los patrones y Alfredo el sirviente. Cuando cae preso, y rara vez cae porque se cuida más que un billete de a mil pesos (de miedo a su mujer y a la familia de ésta), no debe dar la dirección de su casa ni decir que es casado ni mucho menos con quién; debe arreglárselas solo para comer y para todo; ella no es capaz ni siquiera de ponerle un abo-

mucho. La mujer se sentó en la única silla que había en el cuarto, pues el
suelo sobre los muros y convertidos en el enfermo, quien
sin mirarla, contestaba con un tono que pretendía ser de indiferencia. Por
algunas palabras que cogimos al vuelo nos enteramos de que la mujer acababa
de llegar de un largo viaje -- de dónde? de Brasil, de Chile, de Perú, de
Turquía? --. No sabemos sino después que el viaje había sido hecho con el
único objeto de ver a Alfredo, aunque el hecho de que viniera a verlo y de
que fuese la única persona que lo visitara así lo había supuesto. ¿Porque
visita, por lo demás, para un hombre que había agonizado durante tantos y
tan largos días? Había merecido algo másativo. Se fue, tal como llegó,
triste y corrientemente; en la noche, cuando mi padre lo supo, hizo un gesto agrio
y dijo algo que no demostraba ninguna simpatía hacia ella.

--Es su mujer?

--Sí, su mujer -- asintió mi padre, moviendo la cabeza.

--Casado con ella? -- pregunté a mi padre.

--Desgraciadamente. En una mujer estúpida; se ha convertido en el peor
de los amigos. Cuando se casaron no había que era feo, pero la criada
que siempre tuvo dinero y la misma pecunia a ella y a su familia, no
pre todo a su madre, que se cree persona bastante porque su marido fue de
tornel de Xeriffaria y murió como por el alcohol y por los demás. Cuando
lo supo, andó un escándalo terrible y lo peor es que se lo contaron y luego
con los amigos de Alfredo, que querían que se separara de él; así, se
preguntó: se desmayó, gritó, lloró, pero en ningún momento se le ocurrió se-
pararlo libre, al contrario, se puso más exigente y lo miró como al hijo de
madre y su familia fueron los patronos de Alfredo el alcohólico. Cuando se
presó, y una vez que se casó más que un hijo de su madre (la
suegra es su mujer y a la familia de ésta), no daba dar la dirección de su
casa ni decir que se casó ni mucho menos con quién; todo esto se lo
lo para comer y para todo; ella se es capaz de cualquier cosa.

gado y pasa la vida echándole en cara su condición, el engaño de que fué víctima y la vergüenza que ha caído sobre ella y su familia por haberse casado con él. ¡Mujer de. . . ! Si se hubiese casado conmigo ya le habría retorcido el pescuezo.

--¿Y él?

--El es un buen muchacho, pero también un pobre hombre que se deja dominar por esa harpía; cree en todo lo que ella le dice y, lo que es peor, estima que es un honor haberse casado con la hija de un milico que no hizo nada más notable en su vida que quitarle una bandera a no sé qué enemigo, que de seguro estaba durmiendo, y cobrar después, durante años, una pensión del gobierno, y esto no es todo: esa mujer ha enseñado a sus hijas, porque tienen dos, a mirar a su padre como ella le mira: como un infeliz que no tiene nada más honroso que hacer que robar para alimentar a toda una familia de estúpidos.

--¿Y cómo vino a verlo?

--¿Por qué crees que habrá venido? De seguro porque se le acabó el dinero.

De la noche a la mañana, tal como El Minero y tal como otros trashumantes seres, Alfredo desapareció. Lo vimos en pie un día, moviéndose, preparando algo: se veía fino, blanco, flexible, enérgico, vestido con un traje oscuro, botines de charol, muy crugientes, cuello altísimo y corbata de seda negra, ancha, que le cubría toda la abertura del chaleco. Al día siguiente, al asomarnos a su cuarto para mirarlo, Daniel y yo vimos la cama vacía y deshabitada la pieza: Alfredo no estaba. Un nuevo ser fantasmal había aparecido y desaparecido. Ignoro si en lejanos lugares, en aquellos lugares que mi padre visitaba durante sus viajes, existían seres que como nosotros, como mis padres, mejor dicho, estuviesen dispuestos a recibirle y le recibieran cuando él, alguna vez, estuvo enfermo o le atendieran cuando caía bajo las manos de algún policía. Tal vez sí; ojalá que sí.

esto y pasa la vida echándose en cara su condición, al pensar de que fue víctima y la vergüenza que ha sobre ella y su familia por haberse casado con él. ¡Pasa el tiempo! Si no hubiera estado conmigo ya le habría matado el pesimismo.

--Y él?

--El es un buen muchacho, pero también un pobre hombre que se dejó llevar por sus harpías; cree en todo lo que ella le dice y, lo que es peor, en las que en un honor habrían estado con la hija de un millonero que no hizo nada más notable en su vida que quitarse una bandera a un qué sé qué enemigo, que de seguro estaba durmiendo, y copiar después, durante años, una penación del Gobierno, y esto no es todo: esa mujer le enseñaba a sus hijos, porque tenía dos, a mirar a su padre como ella le mira: como un infeliz que no tiene nada más honroso que hacer que robar para alimentar a toda una familia de ecútipos.

--¿Y cómo vino a verlos?

--Por qué cree que habrá venido? De seguro porque se le acordó el día de la noche a la mañana, tal como el dinero y tal como otros fragmentos de la vida desaparecidos. De vimos en día, moviéndose, preparando algo: se veía fino, blanco, flexible, enérgico, vestido con un traje oscuro, botines de charol, muy crujientes, cuello alisado y corbata de seda negra, que le cubría toda la abertura del chaleco. Al día siguiente, al ir a su cuarto para mirarlo, Daniel y yo vimos la cama vacía y descubrimos la pizarra: Alfredo no estaba. Un nuevo ser fantasmal había aparecido y desaparecido. Ignoro si en la cama, en la casa, en aquellos lugares que me dan una visita durante los viajes, existen seres que como nosotros, como mis padres, mejor dicho, estuvieron desaparecidos a veces y se rehicieron cuando ellos estaban de él, alguna vez, estuvo un tiempo a la espera cuando ellos estaban de él, algún político. Volver al; ¿qué me dices?

IV

Yo no tenía, en cambio, a nadie: la familia de mi madre parecía haber desaparecido. Era originaria de algún punto de la costa de Chile central, adonde no llegan sino débiles y tardíos rumores del mundo y en donde las familias se crean o destruyen, aparecen o desaparecen, silenciosamente, como ^xaparecen y desaparecen los árboles, no quedando de ellas, en ocasiones, más que la casa, ya medio derruida, en que sus principales miembros nacieron y murieron. Los hijos se van, los padres mueren y queda quizá algún ahijado, un primo tercero o un compadre, que no recuerda, de puro viejo, nada, ni siquiera en qué año murió el último de sus parientes.

--¿La Rosalía? -- diría, ladeando la cabeza y mirando hacia el sol con sus ojos velados por cataratas ya maduras --. ¿No era hija del finado Hilario González?

Mi madre hablaba de sus parientes colaterales en tal forma que parecía que habían estado siempre muertos, aun cuando vivían. Sus padres habían muerto y en cuanto a sus hermanos, dos de ellos seres casi fabulosos, estaban muertos o desaparecidos, excepto uno, más muerto que todos, que vegetaba en el fondo de un convento.

No tenía en Chile hacia quién volver la cara: no era nada para nadie, nadie me esperaba o me conocía en parte alguna y debía aceptar o rechazar lo que me cayera en suerte. Mi margen era estrecho.

Bajé las gradas de piedra de aquella escalera, pero despacio, sin apresurarme, como si en cada una de ellas mis pies encontraran algo especial, y

Yo no tenía, en cambio, a nadie: la familia de mi madre estaba
 desaparecida. Era una familia de algún punto de la costa de Chile central,
 donde no había sino débiles y tardíos rumores del mundo y en donde las
 familias se crean o destruyen, aparecen o desaparecen, silenciosamente, como
 si fueran y desaparecen los árboles, no quedando de ellas, en ocasiones, más
 que la casa, ya medio destruida, en que una principal familia siempre se
 mantenía. Los hijos se van, los padres mueren y poco a poco se va el mundo.
 En primer término a un congreso, que no recuerdo, de puro viejo, nada, ni
 siquiera en que año murió el último de sus parientes.
 --¿La familia? --dijo, indicando la casa y mirando hacia el mar.
 Los ojos velados por lágrimas ya maduras --. No era hijo del mundo. El
 mundo era...
 Mi madre hablaba de sus parientes colaterales en tal forma que parecía
 que hablan estas cosas muertas, sin cuando vivían. Los padres habían
 muerto y en cuanto a sus hermanos, dos de ellos eran casi tontos, otros
 dos muertos o desaparecidos, excepto uno, más muerto que todo, que vivía
 en el fondo de un convento.
 No tenía en Chile nadie más que volver la cara: no era nada para nadie.
 Nadie me esperaba o me consolaba en parte alguna y tenía que ir a buscar
 lo que me ocurría en el mundo. Mi madre era satisfecha.
 Hicé las cosas de mi vida de manera silenciosa, pero silenciosa, sin que
 nadie, como si en cada una de ellas me hubiera encontrado algo especial, y

llegué a la arena. Desde allí volví a mirar: a la derecha se levantaba, sobre una elevación rocosa, la estatua de un San Pedro de tamaño natural, con su túnica de grandes pliegues y su calva de apóstol. Esta calva era, cosa curiosa, de color blanco, en oposición al resto del cuerpo, de las manos y de la cara -- ya que no se veía otra parte, excepto las puntas de los pies --, que era gris verdoso; el manto mostraba también aquí y allá manchas blancuzcas. ¿Por qué y de dónde aquel color? Una gaviota se erguía sobre la cabeza del santo, haciendo juego con otra, posada, unos metros más allá, sobre el penol de un mástil que debía tener algún fin patriótico.

Seguí mirando: los dos hombres daban la impresión de que eran nacidos en aquella playa llena de cabezas de sierra, tripas de pescada, aletas de azulejos, trozos de ténáculos de jibia y tal cual esqueleto de pájaro marino, hedionda, además, a aceite de bacalao y decorada por graves alcatrazes. No eran, sin embargo, pescadores, que era fácil reconocer por sus sombreros sin color y sin forma, sus pies descalzos, sus inverosímiles chalecos -- siempre más grandes que cualesquiera otros y que nunca parecen ni son propios, como los de los tonys -- y sus numerosos suéteres, no; sus vestimentas, por lo demás, no decían nada acerca de sus posibles oficios, ya que unas chaquetas verdosas y lustrosas, con el forro y la entretela viéndose tanto por encima como por debajo, con unos bolsillos que más eran desgarraduras y unos pantalones con flecos y agujeros por todas partes, no podían dar indicios sobre sus sistemas de ganarse la vida. De una cosa, sin embargo, se podía estar seguro: sus rentas no eran exorbitantes.

Por su parte, también me miraron, uno primero, el otro después, una mirada de inspección, y el primero en hacerlo fué el que marchaba por el lado que daba hacia la calle y cuya mirada me traspasó como un estoque: mirada de gaviota salteadora, lanzada desde la superficie del ojo, no desde el cerebro, y estuve seguro de que mi imagen no llegó, en esa primera mirada, más allá de un milímetro de su sistema visual exterior. Era para él un simple refle-

llegué a la arena. Desde allí volví a mirar a la derecha en levantado, sobre una elevación rocosa, la estatua de un gran león de tamaño natural, con su tórax de grandes pliegues y su cola de espátula. Esta colaba era, como en otros, de color blanco, en oposición al resto del cuerpo, de las manos y la cabeza -- ya que no se veía otra parte, excepto las puntas de los pies -- sus era gris verdoso; el mismo color también en el y en las manchas blancas. Por qué y de dónde aquel color? Una gaviota se ermita sobre la cabeza del león, haciendo juego con otros, posada, una metida más allá, sobre el león de un mástil que debía tener algún fin patético.

Según mirando: los dos hombresaban la impresión de que eran nacidos en aquella playa llena de espumas de arena, tripas de peces, nubes de animales, trozos de ténaculos de jibia y tal cual esqueleto de pájaro marino, nadaban, además, a acorte de bacalao y decorada por traves alcatrazes. No está sin embargo, pescadores, que era fácil reconocer por sus nombres sin color y sin forma, sus pies descalzos, sus inverosímiles chales -- siempre más grandes que cualquier otro y que nunca parecen ni ser propios, como los de los toros -- y sus numerosos entres, no me venía, por lo demás, no debía haber acuerdo de sus posibles efectos, ya que unas chupetas verdosas y lustradas, con el torso y la entrecama viéndose -- en tanto por encima como por debajo, con unos bolsillos que más eran de -- y unas pantalones con flecos y agujeros por todas partes, no podían dar indicio sobre sus sistemas de ganarse la vida. De una cosa, sin embargo, se podía estar seguro: sus tentáculos eran extraordinarios.

Por su parte, también me miraron, uno primero, al otro después, una mirada de inspección, y el primero en hacerlo fue el que miraba por el lado que daba hacia la calle y cuya mirada se trasladó como un estocador: miró de gaviota saltadora, lanzada desde la superficie del ojo, no hacia el cuerpo y estuvo seguro de que al mirar se lanzó, en ese primer mirón, más allá de un milímetro de su sistema visual exterior. Era para él un simple reflejo

jo luminoso, una sensación desprovista de cualquier significado subjetivo. No sacó nada de mí: me miró como el pájaro o el pez miran al pez o al pájaro no como a algo igual a ellos sino como a algo que se mueve, es decir, como a algo que también está vivo, que se alimenta de lo mismo que él se alimenta y que puede ser amigo o enemigo, pero que siempre es, hasta que no se demuestre lo contrario, enemigo. Era quizá la mirada de los hombres de las alcantarillas, llena de luz, pero superficial, que sólo ve y siente la sangre, la fuerza, el ímpetu, el propósito inmediato. Desvió la mirada y pasó de largo y le tocó entonces al otro hombre mirarme, una mirada que fué la recompensa de la otra, porque este sí, este me miró como una persona debe mirar a otra, reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio, una mirada también llena de luz, pero de una luz que venía más allá del simple ojo. Sonrió al mismo tiempo, una sonrisa que no se debía a nada, ya que por allí no se veía nada que hiciera sonreír, tal vez una sonrisa que le sobraba y de las cuales tendría muchas. Una mirada me traspasó, la otra me reconoció. Seguí mirando: ¿qué miraban y qué recogían y qué guardaban y despreciaban? El oleaje era ininterrumpido y era así desde siglos atrás; pegaba con dureza sobre la arena, gruesa y lavada en la orilla, delgada y sucia cerca de la calle; no era limpia sino la que lavaba el oleaje; la demás no era lavada por nadie y nadie, por lo demás, parecía preocuparse de eso; lejos de las olas, la basura permanecía sobre ella. El agua llegaba a veces hasta los pies de los hombres -- ¿para qué hablar de su calzado? --, que debían dar unos pasos hacia la calle para huir de ella, no por el temor de mojarse los zapatos sino por el de mojarse los pies.

Miré hacia la arena: algunos granos eran gruesos como arvejas. ¿qué podía haber allí, que valiera la pena recoger? Uno de los hombres se inclinó y recogió algo que miró con atención, pero, sin duda, no era lo que esperaba, pues lo arrojó a un lado. Debió ser algo pequeño, tal vez del tamaño de aquellos granos de arena, ya que no ví en qué parte cayó; no hizo ruido ni

lo luminoso, una sensación desprovista de cualquier significado subjetivo. No sé nada de mí mismo como el pájaro o el pez miran al pez o al pájaro, no como el agua igual a sí misma como el agua que se mueve, en efecto, como a algo que también está vivo, que se alimenta de lo mismo que él se alimenta y que puede ser amigo o enemigo, pero que siempre es, hasta que no se demuestre lo contrario, enemigo. Era difícil la mirada de los hombres de las antorchas, llena de luz, pero superficial, que sólo ve y siente la superficie, el impulso, el propósito inmediato. Desvió la mirada y pasó de largo y lo todo entonces al otro hombre mirarme, una mirada que fue la recompensa de la otra, porque esta me miró como una persona que me mira a otro, reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio, una mirada también llena de luz, pero de una luz que venía más allá del simple ojo. Sonrió al mismo tiempo, una sonrisa que no se debía a nada, ya que por allí no se veía nada que hiciera sonreír, tal vez una sonrisa que le sobraba y de las sonrisas tendría muchas. Una mirada me traspasó, la otra me reconoció. Seguí mirando: ¿qué miraban y qué reconocían y qué guardaban y después qué? El olvido era instantáneo y era así desde aquel día; después con fuerza sobre la arena, gruesa y lavada en la orilla, delgada y ancha cerca de la calle; no era ligera sino la que lavaba el olvido; la demás no era lavada por nadie y nadie, por lo demás, parecía preocuparse de eso; los ojos de las olas, la pesante permanente sobre ellas. El agua llegaba a veces hasta los pies de los hombres -- ¿para qué hablar de los salados? --, que debían dar unos pasos hacia la calle para huir de ella, no por el temor de mojarse los zapatos sino por el de mojarse los pies.

Miré hacia la arena: algunas grutas eran grutas como grutas. ¿Qué podía haber allí, que valiera la pena recoger? Uno de los hombres se inclinó y recogió algo que miró con atención, pero, sin duda, no era lo que esperaba, pues lo arrojó a un lado. Debía ser algo pequeño, tal vez del tamaño de un pedregal, ya que no vi en qué parte cayó; no hizo ruido ni

bulto alguno. Caminé unos pasos, no en la dirección que llevaban, para que no creyeran que los seguía, sino en dirección contraria, inclinando la cabeza y mirando el suelo con atención: si allí había algo que se pudiera encontrar, lo encontraría. No encontré nada: arena húmeda, eso era todo. Pero aquellos individuos, a pesar de su pobreza, no tenían cara de locos y algo buscaban y algo recogían.

Me enderecé en el momento que giraban; alcanzaron a verme inclinado, pues me dieron una más larga mirada; sentí vergüenza y quedé inmóvil en el sitio. Avanzaron lentamente, como exploradores en un desierto, mirando siempre hacia el suelo, con tanta atención que pude observarles a mi gusto: uno de ellos, el de la mirada de pájaro, tenía una barba bastante crecida, de diez o más días, vergonzante ya, y se la veía dura, como de alambre, tan dura quizá como su cabello, del cual parecía ser una prolongación, más corta, pero no menos hirsuta; el pelo le cubría casi por completo las orejas y no encontrando por donde desbordarse decidía correrse por la cara, constituyendo así, sin duda en contra de las preferencias de aquel a quien pertenecía la cabeza, una barba que no lo hacía feliz, pero de la cual no podía prescindir así como así. El hombre se acercó y desvió la mirada: no quería encontrarme con sus ojos; a pesar mío me encontré con ellos, no por casualidad sino porque su mirada era de tal modo penetrante que no pude resistir a la idea de que me estaba mirando y lo miré a mi vez. De nuevo pareció traspassarme. "¿qué quieres, quién eres, qué haces aquí?", pareció preguntar aquella mirada y agregar, como en voz baja y aparte: "¿Por qué no te vas, imbécil?", y pasó. El otro hombre no me miró; tal vez me había olvidado o no advertía que seguía allí. Sentí desilusión y vergüenza. No podía avanzar, ya que me habría metido al agua, ni moverme a lo largo de la playa, en dirección contraria o favorable a la que ellos llevaban, pues eso habría sido hacer lo mismo que ellos; además, ¿para qué?; no me quedaba otro recurso que volver a subir las gradas y salir a la calle, pero, ¿por qué irme? La

playa era pública y los únicos que podían reclamar propiedad sobre ella eran los pescadores, que conversaban alrededor de los botes, abriendo con sus cortos cuchillos los vientres de los pescados, riendo algún chiste o callando durante largos ratos, sin hacer el menor caso de los dos hombres y de mí. Además, sentía, no sé por qué, que no debía irme: algo saldría de allí, no sabía qué, pero algo. Por otra parte, ¿a dónde ir? Pero quedarme allí de pie e inmóvil era lo peor que podía hacer; debía moverme hacia algún lado, meterme al agua si era necesario. Los hombres se alejaron de nuevo y aproveché su alejamiento para echar nuevas miradas a la arena. ¿qué demonios buscaban y qué recogían? Algo brillante se veía allí, perdido a medias entre los húmedos y gruesos granos de arena; me incliné y lo recogí, examinándolo: era un trozo de metal, de unos cinco centímetros de largo y tres de grueso, brillante y más bien liviano, liso por una de sus caras y áspero y opaco por las otras. ¿qué podía ser? No tenía idea, pero no era oro ni plata, que no es difícil reconocer, ni tampoco plomo o níquel; cobre o bronce talvez, pero trabajado. El trozo parecía haber formado parte de otro, más largo, del que se hubiera desprendido violentamente, ya que mostraba unas esquirlas en las puntas. Lo apreté en una mano y esperé.

Los hombres giraron en el extremo de la playa e iniciaron un nuevo viaje. Allí me quedé, apretando en el puño el trocillo de metal, vacilando sobre lo que debería hacer, si preguntar a los hombres qué buscaban, ofreciéndoles lo hallado si resultaba que era eso, o seguir buscando, juntar varios trozos y averiguar después con alguien, quizá si con alguno de los pescadores, qué era aquello y si tenía algún valor comercial. Claro es que el metal vale siempre algo, pero hay ocasiones en que no vale nada y una de esas es aquélla en que uno no sabe si tiene en la mano una pepa de oro o unos gramos de ~~plomo~~ estaño. Cualquiera de los procedimientos era torpe, uno más que el otro, pero el recuerdo de la mirada de uno de los dos hombres me decidió; le hablaría a él. ¿qué le diría? Se acercaba, y entonces, sonriendo, me ade-

plaza era pública y los únicos que podían realmente propiedad sobre ella eran los pescadores, que conversaban alrededor de las botas, riendo con sus compañeros los cuchillos los vientres de los pescados, riendo algún chiste o diciendo durante largos ratos, sin hacer el menor caso de los dos hombres y de mí. Además, sentía, no sé por qué, que no debía hacer algo extraño de allí, no sabía qué, pero algo. Por otra parte, ¿a dónde ir?

Pero quedarme allí de pie e inmóvil era lo peor que podía hacer; debía moverme hacia algún lado, meterme al agua si era necesario. Los hombres se alejaron de nuevo y aproveché un momento para echar nuevas miradas a la arena. ¿Qué demonios pasaban y qué recogían? Algo brillante se veía allí, perdido a medias entre los huecos y grietas gruesos de arena; me incliné y lo recogí, examinándolo: era un trozo de metal, de unos cinco centímetros de largo y tres de grueso, brillante y más bien liso, liso por una de sus caras y áspero y opaco por las otras. ¿Qué podía ser? ¿Tanto así? Pero no era oro ni plata, que no es difícil reconocer, ni tampoco plomo o aluminio, cobre o bronce tal vez, pero frías. El trozo parecía haber formado parte de otro, más largo, del que se hubiera desprendido violentamente, ya que mostraba unas espículas en las puntas. Lo agité en un mano y me quedé.

Los hombres giraron en el extremo de la playa e inclinaron un nuevo vistazo. Allí me quedé, apretando en el puño el trocito de metal, vacilando entre lo que debía hacer, si preguntar a los hombres que parecían, ofreciéndoles lo hallado si resultaba que era eso, o seguir buscando, juntar varios trozos y averiguar después con alguien, quizá al con algnmo de los pescadores, qué era aquello y si tenía algún valor comercial. Claro es que el metal vale siempre algo, pero hay ocasiones en que no vale nada y una de esas es aquella en que uno no sabe si tiene en la mano una paja de oro o una granada de plomo estéril. Cualquiera de los procedimientos era torpe, pero más que el otro, pero el recuerdo de la mirada de uno de los dos hombres me decidió: lo hablaría a él. ¿Qué le diría? ¿Que me enseñara, y entonces, cuando me

lancé hacia él, extendí el brazo y abrí la mano. Pensé decirle algo, por ejemplo: ¿es esto lo que buscan?, pero ni un mal gruñido salió de entre mis labios; no hice más que el gesto. El hombre se detuvo y sonrió, pero en su sonrisa no se vió ahora la bondad que hubo en la primera, no; ésta tuvo algo de irónica, de una ironía muy suave, no tanto, sin embargo, que yo no la advirtiera y sintiera un atroz arrepentimiento y deseos de cerrar la mano y de huir o de arrojarle a la cara aquel maldito trozo de metal. Pero el hombre pareció darse cuenta de lo que me pasaba y cambió la expresión de su sonrisa. Tenía bigote negro y dientes muy blancos.

--¿Encontró un pedazo? -- preguntó, entre sorprendido y alegre --. ¡Y grande!

Lo tomó y lo miró y luego se dio vuelta hacia el otro hombre, que no se detuvo sino que continuó su marcha, dejando conmigo a su compañero.

--Oye, Cristián -- dijo --; mira el pedazo que encontró el chiquillo. Cristián no hizo el menor caso, como si nadie hubiese hablado allí una sola palabra; siguió avanzando por la playa, inclinada la cabeza. Mirándolo por detrás, a poca distancia, se veía en sus posaderas, y a punto de soltarse, unos parches oscuros, de un género que tenía un color diferente al de sus pantalones, que no tenían ya ninguno identificable. El hombre me devolvió el trozo de metal, pero como no sabía qué hacer con él, ya que ignoraba para qué servía y qué utilidad podía sacarle, si es que alguna podía sacarse, le dije: pero si nadie me más molestó. Se me ocurrió que para llamarse

--Es para usted. ¿No es esto lo que buscan? una roya impecable y no me miró con extrañeza: me miró y miró como de reojo, como suele mirar los --¿No sabe lo que es esto? -- la presa que les ha costado tanto conseguir --No. ¿Qué es? -- ¿Qué es? -- Se la reunió y reanudaron la marcha. Sonrió: la que el hombre de la sonrisa no fijera, dirigiéndose otro, son-

--Si no sabe lo que es, ¿por qué lo recogió?

Me encogí de hombros. Los otros pedazos como que se podía asegurar

lante hasta él, extendiéndose el brazo y abriendo la mano. Tenía los ojos cerrados, por
ejemplo: los ojos de los que se acercan, pero al ver el granido salió de entre sus
labios: no hizo más que el gesto. El hombre se detuvo y sonrió, pero en su
corazón no se vio nada de lo que estaba en la primera, no había nada de
de ironía, de una ironía muy suave, no tanto, sin embargo, que ya no se
viera y sintiera en otros arrepentimiento y dolor de corazón en una y de
nada o de arrojarse a la cara aquel maldito trozo de metal. Pero el hombre
pareció darse cuenta de lo que no pasaba y cambió la expresión de su rostro.
Tenía los ojos cerrados y dientes muy blancos.
--¿Qué quieres hacer? -- preguntó, entre sorprendido y alegre --. ¿Y
qué quieres hacer? -- preguntó, entre sorprendido y alegre --. ¿Y
lo tomó y lo miró y luego se dio vuelta hacia el otro hombre, que no se
detuvo sino que continuó su marcha, dejando conmigo a un compañero.
--Oye, Cristóbal -- dijo --; mira el pedazo que encontré el otro día.
Cristóbal no hizo el menor caso, como si nada hubiera pasado allí una
cosa alguna; siguió avanzando por la plaza, inclinando la cabeza. Mirándolo
por detrás, a poca distancia, se veía en sus pensamientos, y a punto de volar
se, unos pedruzcos oscuros, de un género que tenía un color diferente al de
las monedas, que no tenían ya ninguna identificación. El hombre se volvió
y el trozo de metal, pero como no había más nada con él, ya que lo había
pero que serviría y que utilidad podía servir, si en una alguna podía servir.
Se dijo: no sé si es un trozo de metal o un trozo de metal.
--Se pare usted. ¿Es este lo que busca? -- le preguntó el otro hombre.
Le miró con extrañeza: no sabía si era un trozo de metal o un trozo de metal.
--¿Es este lo que busca? -- le preguntó el otro hombre.
--No, ¿qué es? -- le preguntó el otro hombre.
--¿Es este lo que busca? -- le preguntó el otro hombre.
--¿Es este lo que busca? -- le preguntó el otro hombre.

--No sé.

Sonrió de nuevo:

--¿Lo busca porque... ?

Hizo un guiño de inteligencia y sentí que no podría mentirle.

--¿Lo persigue el león... ?

Me preguntaba si tenía hambre y me sentía acorralado. Aquello era tan evidente que me pareció inútil contestarle.

Me dijo, volviendo a poner el trozo de metal en mi palma y cerrándome la mano:

--Es un metal y tiene valor; lo pagan bien.

Repuse:

--Sí, es un metal, pero ¿cuál?

Le tocó a él encogerse de hombros.

--No sé -- dijo, y sonrió --. Pero, ¿qué importa? Hay alguien que lo compra. Guárdelo y busque más. Después iremos a venderlo.

El otro hombre regresaba, caminando ahora con más lentitud, la cabeza siempre inclinada y echando miradas hacia donde estábamos. Me pareció que esperaba que al llegar junto a mí, su compañero se desprendiera del intruso y no tuviese que hablar conmigo. ¡Cristián! Sentía un poco de molestia hacia él y encontraba, ignoro por qué, que aquel nombre era poco apropiado para un individuo como él, roto y sucio. Yo no andaba más intacto ni mucho más limpio, pero mi nombre era más modesto. Se me ocurría que para llamarse Cristián era necesario andar siempre vestido con una ropa impecable y no tener hambre. Llegó junto a nosotros y miró como de reojo, como suelen mirar los perros que se disponen a comer la presa que les ha costado tanto conseguir. ¿Todavía estás aquí, idiota? Su compañero se le reunió y reanudaron la marcha, no sin que el hombre de la sonrisa me dijera, dirigiéndome otra, bondadosa otra vez:

--Siga buscando; con tres o cuatro pedazos como ese se puede asegurar el

--No sé.

comité de nuevo:

--¿No puedes porqu...?

Miso un niño de inteligencia y sentí que no podría mentarle.

--¿Lo perdiste al irte...?

Me preguntaba si tenía hambre y me sentía acorralado. Aquello era tan

evidente que me pareció inútil contestarle.

Me dije, volviendo a poner el trozo de metal en mi palma y corriéndome

la mano:

--Es un metal y tiene valor; lo pagan bien.

Repuse:

--Sí, es un metal, pero ¿cómo?

La tocó a él encogerse de hombros.

--No sé -- dijo, y sonrió --. Pero, ¿qué importa? Hay alguien que lo

compra. Quédelo y busca más. Después iremos a venderlo.

El otro hombre rebusaba, examinando ahora con más lentitud, la espesa

siempre inclinada y echando miradas hacia donde estábamos. Me pareció que

esperaba que al llegar junto a mí, su compañero se desprendiera del intruso

y no tuviese que hablar conmigo. ¡Cristián! Sentía un poco de molestia ha-

cia él y encontraba, incluso por qué, que aquel hombre era poco apropiado pa-

ra un individuo como él, torero y todo. Yo no andaba más interesado ni mucho

más limpio, pero mi nombre era más modesto. Se me ocurría que para llamarse

Cristián era necesario andar siempre vestido con una ropa impecable y no

tener hambre. Llegó junto a nosotros y miró como de reojo, como suelen mirar

los perros que se disponen a comer la presa que les ha costado tanto conse-

guir. ¿Todavía estás aquí, idiotas? Su compañero se le reunió y resnaron la

marcha, no sin que el hombre de la sonrisa me dijera, dándole como otro, por-

debos otra vez:

--¿Sigas pensando; con tres o cuatro pedazos como esos se puede asegurar el

día. ejecutar allí algún delito sin sentido. No, el pulmón no estaba bueno.

Era, pues, un modo de ganarse la vida el buscar y encontrar trozos de metal en aquella playa. ¿Quién podía interesarse por ellos? Vaya uno a saber: hay gente que se interesa por cosas tan raras, que compra, vende, cambia; negocios tan oscuros, combinaciones comerciales tan enredadas, industrias tan inquietantes. ¿Y qué importaba ésto o aquéllo si alguien lo necesitaba y alguien lo compraba? Aquel hombre no había mentido. Además, ¿qué se podía hallar allí, fuera de trozos de metal o de madera? Me incliné y empecé a buscar de nuevo.

Encontré otros pedazos, unos más pequeños, otros más grandes y los examiné con cuidado, como si en cualquiera de ellos fuese a encontrar el misterio de su identidad y de su destino: ¿qué eres?, ¿para qué sirves? El hombre de la sonrisa me miraba cada vez que nos cruzábamos y me hacía un gesto que significaba: ¿qué tal? Le mostraba la mano, llena ya de trozos que se me incrustaban en la palma, y él me contestaba con un gesto como de admiración. Al filo del mediodía tenía ya bastantes y como no me cupieran en la mano los fui metiendo al bolsillo. Terminé por cansarme, sin embargo, y acercándome a la escalera me senté en una de las gradas, desde donde continué mirando a los hombres, que seguían sus viajes a lo largo de la playa. Los pescadores se retiraron, subiendo unos al cerro, para lo cual debieron pasar al lado mío, por la escalera, llevando colgados de las manos azulencos y gordos pescados, y metiéndose otros en las casuchas que se alzaban en la orilla de la caleta.

Tenía hambre, bastante hambre, y mi única esperanza en esos momentos eran los trozos de metal. ¿Valdrían, en efecto, algo? ¿Tendría alguien interés por ellos? ¿No habría sido una broma el decirme que alguien los compraba? Y si era cierto, ¿cuánto me darían por ellos? ¿Me alcanzaría para todo, es decir, para comer y dormir? Sentí un terrible ímpetu ante la idea de que ello fuese así y por unos segundos hube de dominarme para no saltar a la are-

no y ejecutar allí algún baile sin sentido. No, ni mucho me estaba dando
y aunque en toda la mañana no habíamos podido ni acercarnos a los
bailetes que mostraban a veces figuras de canchales, nada me hacía con esta-
blecer libre de ellos. Sólo en el momento de salir, cuando estaba en la
condición de presenciar tanto de la tarasca de comer y dormir, la que esta-
ba ahora muy sana y brillantemente azul y muy solitaria; ni poder ni volver,
sólo bailar; por la noche apenas ni pensar almorzar; el cielo, luminoso, con
el sol en lo alto. Era un instante de reposo. Había un poco de calor y espe-
ra a sentir que la piel me picaba azul y alba. Necesitaba, pronto, un baño,
fijo, en el momento, en el momento, en el momento, en el momento, en el momento,
en el momento. Por el momento, sin embargo, no debía moverme de allí;
el porvenir inmediato estaba en manos del hombre de la comida, del que
nada y de los dientes blancos; él sabía todo, quién compraba, dónde vivía
y cuánto pagaba; sabía también que yo tenía hambre, y que ciertos temas han-
dles; había aprendido mucho a lo largo y a lo ancho de la plaza, inclinándose
y enderezándose, mirando, haciendo, quitándole el cuerpo a los otros. A eso
hora, además, al entrar en la cárcel, ya había caído allí y
siempre temprano; es necesario ser ordenado, en este momento, orden y li-
bre, orden y temprano, disciplinado y temprano, como temprano, como temprano,
temprano, temprano temprano, como horas de trabajo, como horas de trabajo-
temprano, como horas de descanso y nada más; no hay más horas, temprano, a
temprano, como temprano listo que comienza poco antes de que me toquen
temprano, no porque tiene un pasado expedito -- no lo era, para que se iba
a comenzar a mi mano; así como se tocan en la sala una conexión de
libertad, de una libertad propia y humillante, independiente, además, como me-
cho calor, en cualquier caso, que una relación con la vida y la muerte con-
fianza y progreso de la vida; al, recordaba aquel momento y la vida son-
do en ese mismo instante un poco por encima. Ahora ya tenía una moneda --

na y ejecutar allí algún baile sin sentido. No. Mi pulmón no estaba bueno y aunque en toda la mañana no hubiese tosido ni espectorado esos gruesos desgarros que mostraban a veces pintitas de sangre, nada me decía que estuviese libre de ellos. Si no era cierto, ¿qué haría? Oh, ¿hasta cuándo estaré condenado a preocuparme tanto de la tarea de comer y dormir? El mar estaba ahora muy azul, brillantemente azul y muy solitario; ni botes ni barcos, sólo pájaros; por la calle apenas si pasaba alguien; el cielo, luminoso, con el sol en lo alto. Era un instante de reposo. Hacía un poco de calor y empecé a sentir que la piel me picaba aquí y allá. Necesitaría, pronto, un baño, frío, es claro, en el mar. ¿En qué otra parte? Pero, ¿y el pulmón? Todas eran dificultades. Por el momento, sin embargo, no debía moverme de allí: mi porvenir inmediato estaba en manos del hombre de la sonrisa, del bigote negro y de los dientes blancos; él sabía todo, quién compraba, dónde vivía y cuánto pagaba; sabía también que yo tenía hambre, y era cierto: tenía hambre; había caminado mucho a lo largo y a lo ancho de la playa, inclinándome y enderezándome, mirando, hurgando, quitándole el cuerpo a las olas. A esa hora, además, si estuviese todavía en la cárcel, ya habría comido; allí se almuerza temprano: es necesario ser ordenado, un preso ordenado, orden y libertad, orden y progreso, disciplina y trabajo, come temprano, acuéstate temprano, levántate temprano, ocho horas de trabajo, ocho horas de entretenimiento, ocho horas de descanso y nada más; no hay más horas. Recordaba, a veces, aquel trozo de pescado frito que comiera poco antes de que me tomaran preso, no porque fuese un pescado exquisito -- no lo era, ¿para qué me iba a engañar a mí mismo? -- sino porque su recuerdo me traía una sensación de libertad, de una libertad pobre y hambrienta, intranquila, además, pero mucho mejor, en cualquier caso, que una prisión con gendarmes y porotos con botones y trozos de arpillera; sí, recordaba aquel pescado y me habría comido en ese mismo instante un trozo parecido. Alguna vez tendría una moneda --

de veinte centavos, nada más, no es mucho -- y nada ni nadie me detendría.

Los hombres decidieron, por fin, terminar su trabajo y se detuvieron en un extremo de la caleta; los miré: por su parte me miraron y hablaron, sacando después de sus bolsillos, de algún resto de bolsillo en que aún podían guardar algo, el producto de su búsqueda y lo examinaron, sopesándolo y avaluándolo; me miraron de nuevo y de nuevo hablaron, echando después a andar hacia la escalera en que me hallaba sentado y que era el único lugar por donde se podía salir de la caleta. Los miré acercarse y a medida que se aproximaban fui sintiendo la sensación de que entraban en mi vida y de que yo entraba en las suyas, ¿cómo?, no lo sabía, de cualquier modo; estaba solo, enfermo y hambriento y no podía elegir; fuera de ellos no había allí más que el mar, azul y frío. Se dirigían frases sueltas y ví que el hombre de la sonrisa, delgado, de buena estatura, de liviano andar, sonreía cordialmente, quizá con ternura, al hombre de la barba crecida, que en contestación no sonreía ni hablaba y que, al parecer, no sonreiría jamás a nadie. Inclínaba la cabeza y andaba. Se detuvieron frentem a la escala y el hombre dijo:

--¿Cómo le fué?

Saqué mis trozos de metal y los mostré. Se agachó a mirarlos.

--Muy bien -- comentó --. Creo que se ha ganado el almuerzo y le sobrá dinero para los vicios. No está mal para ser la primera vez. ¿No es cierto?

Era cierto. El hombre del ojo de gaviota miró mi mano y dijo:

--Sí, claro.

Su voz era huraña, disconforme, un graznido, y después de esas dos palabras lanzó un profundo carraspeo: una verdadera gaviota salteadora.

--Vamos -- agregó el hombre de la sonrisa --. Ya va siendo hora de almorzar y hay que llegar hasta cerca del puerto; andando.

Me levanté también, sin saber para qué y no supe qué hacer ni qué decir.

Le miré:

de veinte centavos, nada más, no es mucho -- y nada ni nadie me detendría.
 Los hombres decidieron, por fin, terminar su trabajo y se detuvieron en
 un extremo de la calle; los miré: por su parte me miraron y hablaron, se-
 cando después de sus palabras, de algún resto de polilla en que aún podían
 guardar algo, el producto de su búsqueda y lo examinaron, repensándolo y ava-
 lándolo; me miraron de nuevo y de nuevo hablaron, echando después a andar
 hacia la escuela en que me hallaba sentado y que era el único lugar por don-
 de se podía salir de la calle. Los miré acercarse y a medida que se aproxi-
 maban fui sintiendo la sensación de que entraban en mi vida y de que yo en-
 traba en las suyas, ¿cómo?, no lo sabía, de cualquier modo; estaba solo,
 enfermo y hambriento y no podía elegir; fuera de ellos no había allí más que
 el mar, azul y frío. Se dirigían frases sueltas y vi que el hombre de la son-
 risa, delgado, de buena estatura, de liviano andar, sonreía cordialmente,
 quizá con ternura, el hombre de la barba crecida, que en conversación no son-
 reía ni hablaba y que, al parecer, no sonreíría jamás a nadie. Inclínase la
 cabeza y andaba. Se detuvieron frente a la escuela y el hombre dijo:

--¿Cómo le fue?

Gané mis trozos de metal y los mostré. Se echó a reír.
 --Muy bien -- comentó --. Oreo que se ha ganado el almuerzo y la sobre-
 ra dinero para los vicios. No está mal para ser la primera vez. No es clar-

to?

Era cierto. El hombre del ojo de gavista miró mi mano y dijo:

--Sí, claro.

En voz susurraña, disconforme, un gruñido, y después de esas dos pala-
 bras lanzó un profundo suspiro: una verdadera gavista satisfecha.
 --Vamos -- agregó el hombre de la sonrisa --. Ya va siendo hora de al-
 morzar y hay que llegar hasta cerca del puerto; andando.
 Se levantó también, sin saber para qué y no supe qué hacer ni qué decir.

Se miró:

--Sí -- dijo, contestando a mi desesperada pregunta --; vamos.

No sé qué hubiera hecho si no me hubiese dirigido aquella invitación.

Subimos las gradas y salimos a la calle. Circulaban tranvías, carretones, caballos cargados con mercaderías y uno que otro viandante. El mar continuaba solitario; el cielo, limpio.

--Es español y en su juventud fué obrero y anarquista; según cuentan cuando llegó a Chile. Me lo presentó un amigo, anarquista también, en una playa en que pintaban unas chalets y a donde él fué a pasar unos días. José se llama, don Pepe. Aquella vez, después de comer y tomar unas copas, empezó a cantar y a bailar jotas; después se puso dramático y quería destruir cuanto encontraba: destruir es crear, decía: es un refrán anarquista. Lo encontré aquí y me dijo que fuese a verlo. Fuí: me juntó dinero, lo juntó, mejor dicho, y se ha establecido con un boliche, va comiendo: compra y vende de todo, especialmente cosas de metal, herramientas, cañerías, llaves, pedazos de fierro, de plomo, de bronce; pero es un comerciante raro: de repente le entra la morriña, como él dice, y cierra el portoncillo y se va a jugar. El encontró el primer pedazo: no ha dicho de qué se trata y cree que no lo sabe. Me dijo:

--Oye: a tí no te gusta mucho el trabajo.

--No, don Pepe, no me gusta nada. Para qué lo voy a hacer.

Él le contestó y me dijo:

--Me alegro que no lo hagas; te encuentro toda la razón; el trabajo es una esclavitud.

--Algunos dicen que es una virtud que jode la salud. Pero no es porque sea un flojo, no; es porque soy un hombre delgado; mis músculos y mis nervios son los de un hombre viejo para mil cosas. A pesar de eso, debo mejorar la vida pintando y esculpando techos, puertas, ventanas, murallas,

V

--Es español y en su juventud fué obrero y anarquista; seguía siéndolo cuando llegó a Chile. Me lo presentó un amigo, anarquista también, en una playa en que pintábamos unos chalets y a donde él fué a pasear unos días. José se llama, don Pepe. Aquella vez, después de comer y tomar unas copas, empezó a cantar y a bailar jotas; después se puso dramático y quería destruir cuanto encontraba: destruir es crear, decía: es un refrán anarquista. Lo encontré aquí y me dijo que fuese a verlo. Fui: ha juntado dinero, lo juntó, mejor dicho, y se ha establecido con un boliche, un cambalache: compra y vende de todo, especialmente cosas de metal, herramientas, cañerías, llaves, pedazos de fierro, de plomo, de bronce; pero es un comerciante raro: de repente le entra la morriña, como él dice, y cierra el cambalache y se va a vagar. El encontró el primer pedazo; no ha dicho de qué se trata y creo que no lo sabe. Me dijo:

--Oye: a tí no te gusta mucho el trabajo.

--No, don Pepe, no me gusta nada. Para qué lo voy a negar.

Eso le contesté y me dijo:

--Me alegro que no lo niegues: te encuentro toda la razón; el trabajo es una esclavitud.

--Algunos dicen que es una virtud que jode la salud. Pero no es porque yo sea un flojo, no; es porque soy un hombre delicado; mis músculos y mis nervios son los de un hombre nacido para millonario. A pesar de eso, debo ganarme la vida pintando y enmasillando techos, puertas, ventanas, murallas:

V

--Es español y en su juventud fué obrero y amputado; según atiendo lo
cuando llegó a Chile. Me lo presentó un amigo, amputado también, en una
playa en que pintábamos unos chales y a donde él fué a pasar unos días.
José se llama, don Pepe. Aquella vez, después de comer y tomar unas copas,
empezó a cantar y a bailar totos; después se puso dramático y quería destro-
zar cuanto encontraba: destruir es crear, decía: es un retrán amputado.
Lo encontré aquí y me dijo que fuese a verlo. Fué: me juntó dinero, lo jun-
tó, mejor dicho, y se ha establecido con un boliche, un cambalache: compra
y vende de todo, especialmente cosas de metal, herramientas, cañerías, lis-
vas, pedazos de fierro, de plomo, de bronce; pero es un comerciante raro: de
repente le entra la morriña, como él dice, y oferta el cambalache y se va a
vagar. El encontró el primer pedazo; no ha dicho de qué se trata y creo que
no lo sabe. Me dijo:
--Oye: a tí no te gusta mucho el trabajo.
--No, don Pepe, no me gusta nada. Para qué lo voy a negar.
Eso le contesté y me dijo:
--Me alegro que no lo niegues: te encuentro toda la razón; el trabajo es
una esclavitud.
--Algunos dicen que es una virtud que jode la salud. Pero no es porque
yo sea un flojo, no; es porque soy un hombre delicado; mis músculos y mis
nervios don los de un hombre nacido para millonario. A pesar de eso, debo
mantener la vida pintando y enmasillando techos, puertas, ventanas, murallas:

anda para allá con la escalera, ven para acá con la escalera, aceita estos postigos, revuelve la pintura, echa el aguarrás, ¿dónde está la tiza?, ya se perdió la lienza, esto va al temple, aquello al óleo, lo demás a la cal, aquí está el albayalde, da el mejor blanco, pero es un veneno, puro plomo, se te mete en los pulmones, en el corazón, en la panza; andas siempre pintado, como un mono, chorreado de arriba a abajo; y en el invierno, en lo alto de la escalera, con el tarro lleno de pintura en una mano y la brocha en la otra, en plena calle, la escarcha goteando de los tejados, las manos duras y las narices chorreando engrudo claro, para qué le cuento más. . . Entonces me dijo: ¿lugar, mil pesos más o mil pesos menos?

--Mira: aquí tienes esto y parece que hay mucho. Recógelo y tráemelo: el mar lo arroja fuera en la caleta de El Membrillo. No tienes más que agacharte y te ganas los porotos.

Me presentó un trozo de metal.

--¿Y qué es?

--¿Qué te importa? Ni yo lo sé, pero ha de valer algo.

--¿De dónde sale?

--Vete a saber. . . No creo que bajo el mar haya una planta elaboradora de metales, pero de alguna parte sale, de algún barco hundido allí y ya cuarteándose y dejando caer todo. Las olas lo traen a la orilla, no sé cómo ni por qué, o puede estar saliendo de ese basural que hay más allá del Membrillo. Búscalo. Te lo pago bien. Alguien lo pedirá algún día.

--Es cierto: ¿qué importa? No me atreví a preguntarle cuánto me pagaría, pero él calculó bien, como todo capitalista, y me lo paga de modo que siempre, por un día de trabajo, me sale un día de comida, de dormida y de lo demás, miserablemente, es cierto, como en todos los oficios, pero me proporciona lo que necesito y no pienso trabajar hasta que no esté absolutamente convencido de que las olas no traerán ni un solo gramo más a la playa. El mar es grande y profunda la bahía de Valparaíso. ¡Cuántos barcos están enterra-

anda para allá con la escalera, ven para acá con la escalera, se está estos postigos, revuelve la pintura, echas el aguarrás, dónde está la alcaz, ya se perdió la lienza, esto va al temple, aguello al óleo, lo demás a la cal, aquí está el albayalde, da el mejor blanco, pero es un veneno, puro plomo, se te mete en los pulmones, en el corazón, en la panza; andas siempre pintando, como un mono, chorrando de arriba a abajo; y en el invierno, en lo alto de la escalera, con el tarro lleno de pintura en una mano y la brocha en la otra, en plena calle, la escalera goteando de los tejados, las manos duras y las narices chorrando engrudo claro, para que le cuento más... . Entonces me dijo:

--Mira: aquí tienes esto y parece que hay mucho. Recógelo y tráeselo: el mar lo arroja fuera en la calata de El Membrillo. No tienes más que echarlo y te ganas los porotos.

Me presentó un trozo de metal.
--¿Y qué es?
--¿Qué te importa? Ni yo lo sé, pero ha de valer algo.
--¿Dónde sales?

--Vete a saber... . No creo que bajo el mar haya una planta elaborada de metales, pero de alguna parte sale, de algún barco hundido allí y va cuarteándose y dejando caer todo. Las olas lo tiran a la orilla, no sé cómo ni por qué, o puede estar saliendo de ese basural que hay más allá del membrillo. Básanlo. Te lo pago bien. Alguien lo pedirá algún día.

--Es cierto: ¿qué importa? No me atrevo a preguntarle cuánto me pagaría, pero él calculó bien, como todo capitalista, y me lo pagó de modo que siempre, por un día de trabajo, me sale un día de comida, de dormida y de lo demás, miserablemente, es cierto, como en todos los oficios, pero me proporciona lo que necesito y no pienso trabajar hasta que no esté absolutamente convenido de que las olas no traerán ni un solo grano más a la playa. El mar es grande y profunda la banía de Valparaíso. ¿Cuántos barcos están entera-

dos ahí, con millones de pesos en mercaderías y materiales! ¡Puchas. . . ! si todos estuviesen llenos de ese metal. . . Podríamos vivir unos miles de años sin trabajar. . . ¡Qué te parece, Cristián!

Cristián no contestó: fumaba una colilla y parecía mirar, entornados los párpados, sus estiradas piernas, sus tobillos desnudos y las puntas de sus destrozados zapatos. Su actitud demostraba, sin embargo, que no le parecía mal la perspectiva de vivir unos miles de años sin trabajar o trabajando moderadamente. ¿Por qué y para qué apurarse si el hombre necesita tan poco para vivir y si cuando muera será indiferente que tenga, en el bolsillo o en otro lugar, mil pesos más o mil pesos menos?

--Sí: te parece bien. Es en lo único que nos parecemos, Cristián: en nuestro escaso amor al trabajo, aunque no sea esa la expresión exacta: no es escaso amor, es prudente amor. No me haré rico sacando gramos de metal de entre las arenas de la caleta de El Membrillo y ya no me haré rico de ningún modo. Puedo ganar más trabajando como pintor, pero no es mucho y apenas si me alcanza, muy a lo lejos, para comprarme un par de pantalones y una chaqueta, todo usado, y comer un poco más. Termino la temporada rabioso y agotado: hay que soportar al patrón, al maestro y al contratista, sin contar al aprendiz, que tiene que soportarnos a todos. Total: tres meses de primavera y tres de verano. ¡Qué poco dura el buen tiempo! Bueno, para trabajar, demasiado. . . Y usted, por lo que veo, también es pintor. ¿De dónde sacó esas manchas?

--Trabajé con el maestro Emilio.

--¿Emilio Daza?

--Sí, creo que ese es su apellido.

Sonrió.

--Lo conozco: aficionado a la literatura, cosa rara, porque los pintores somos más bien aficionados al bel canto, es decir, a la música, a la ópera, mejor dicho, especialmente a Tosca, donde sale un pintor. Sí, Emilio

... con millones de pesos en mercederías y materiales: ¡vamos! . . .
... todos estuviesen llenos de ese metal. . . . ¡Podríamos vivir unos miles de
... años sin trabajar. . . . ¿Qué te parece, Cristóbal?
Cristóbal no contestó: llevaba una colilla y parecía mirar, entornados
los párpados, sus estiradas piernas, sus tobillos desnudos y las puntas de
sus gastados zapatos. Su actitud demostraba, sin embargo, que no le pare-
cía mal la perspectiva de vivir unos miles de años sin trabajar o trabajar
de moderadamente. Por qué y para qué apartarse si el hombre necesita tan po-
co para vivir y si cuando muera será indiferente que tenga, en el bolsillo
o en otro lugar, mil pesos más o mil pesos menos?
--Sí, se parece bien, es en lo único que nos parecemos, Cristóbal: en
nuestro escaso amor al trabajo, aunque no sea la expresión exacta: no
es escaso amor, es prudente amor. No me haré rico sacando gramos de metal
de entre las arenas de la cafeta de El Membrillo y ya no me haré rico de
ningún modo. Puedo ganar más trabajando como pintor, pero no es mucho y apor-
ta a mi alcancía, muy a lo lejos, para comprarme un par de pantalones y una
chupeta, todo usado, y comer un poco más. Terminó la temporada ridiosa y
apagado: hay que reportar al patrón, al maestro y al contratista, sin contar
el aprendizaje, que tiene que reportarnos a todos. Total: tres meses de prima-
vera y tres de verano. ¡Qué poco dura el buen tiempo! Bueno, para trabajar,
demasiado. . . Y nada, por lo que veo, también es pintor. ¿De dónde sacó
esas manchas?
--Trabajé con el maestro Emilio. . . .
--Emilio Bazar?
--Sí, creo que así es su apellido. . . .
Borrio.
--Lo conozco: aficionado a la literatura, con raras, porque los pinto-
res somos más bien aficionados al bel canto, al baile, a la música, a la
opera, mejor dicho, especialmente a Tosca, donde sale un pintor. Sí, Emilio

Daza, buen muchacho; se casó y tiene un montón de hijos. Escribe prosas rimadas; no le alcanza para más.

Se calló de pronto y quedó pensativo, como escuchando algo que le interesara más que todo aquello de que hablaba.

--Se acabó la cuerda -- murmuró Cristián.

Alfonso Echeverría sonrió con serenidad, casi con displicencia, y se encogió de hombros. Parecía que de pronto todo había perdido interés para él.

Estábamos sentados alrededor de la mesa en que habíamos almorzado y bebido, entre los tres, una botella de vino suelto. Al abandonar la caleta de El Membrillo, Alfonso Echeverría, muy serio, se detuvo y dijo, tomándose de un brazo y deteniendo con un gesto los pasos de su compañero:

--Sospecho que no será esta la primera ni la última vez que nos veamos y estemos juntos; peor aun, creo que terminaremos siendo amigos y quizá si compañeros. En ese caso, y salvo opinión en contrario, debemos presentarnos. No me gusta estar ni conversar con gente cuyos nombres ignoro y que ignoran también el mío. Es una costumbre burguesa, talvez, pero no he podido desprenderme de ella.

Me tendió su mano, que estreché, y agregó:

--Alfonso Echeverría, para servirle.

Se dió vuelta hacia su compañero, que lo miraba con curiosidad, y lo presentó:

--Cristián Ardiles.

Tendí la mano hacia el hombre, quien también me tendió la suya, sin que ninguno de los dos dijéramos una palabra. Su apretón fué frío, como si no tuviera gran entusiasmo en darlo o como si el darlo fuese acto desusado para él. Alfonso Echeverría agregó:

--Ya que nos hemos presentado como caballeros, aunque sólo seamos unos pobres rotos -- espero que sólo temporalmente --, debo decirle que tengo un apodo; como es mío, puedo decirlo. Cristián le dirá alguna vez el suyo,

para, buen muchacho; se casó y tiene un montón de hijos. Escríbele pronto si
nadie; no le alcanza para más.

Se cayó de pronto y quedó pensativo, como escuchando algo que le inte-
resaba más que todo aquello de que hablaba.

--Se cayó la cuerda -- murmuró Cristóbal.

Alfonso Echeverría sonrió con serenidad, casi con indiferencia, y se en-
cogió de hombros. Pareció que de pronto todo había perdido interés para él.

Estábamos sentados alrededor de la mesa en que habíamos almorzado y ha-
bía, entre los tres, una botella de vino tinto. Al abandonar la cesta de
el membrillo, Alfonso Echeverría, muy serio, se detuvo y dijo, tomándose de
un brazo y deteniéndose con un gesto los pasos de su compañero:

--Supongo que no será esta la primera ni la última vez que nos vemos
y estamos juntos; peor aun, creo que terminaremos siendo amigos y quizá al
compañeros. En ese caso, y salvo opinión en contrario, debemos presentarnos.
No me gusta estar ni conversar con gente cuyos nombres ignora y que ignoren
también el mío. Es una costumbre burguesa, tal vez, pero no he podido despen-
darme de ella.

Se tendió su mano, que estreché, y agregó:

--Alfonso Echeverría, para servirle.

Se dio vuelta hacia su compañero, que lo miraba con curiosidad, y lo pre-
sentó:

--Cristóbal Arillas.

Tendió la mano hacia el hombre, quien también me tendió la suya, sin que
ninguno de los dos dijéramos una palabra. En aquel momento, como si no
hubiera gran entusiasmo en darle o como si el darle fuese acto de necesidad para
él. Alfonso Echeverría agregó:

--Ya que nos vemos presentado como caballeros, aunque sólo seamos unos
dobles rotos -- espero que sólo temporalmente --, dado desfilé que tengo
un apodo; como es mío, puedo decirlo. Cristóbal le diré alguna vez el suyo.

si le da la gana, y usted, si es que tiene alguno, lo dirá cuando se le ocurra. El apodo es asunto primado, no público, y puede callarse o decirse, como uno quiera: me llaman El Filósofo, no porque lo sea sino porque a veces me bajan unos terribles deseos de hablar: siento como un hormigueo en los labios y unos como calambres en los músculos de las mandíbulas y de la boca, y entonces, para que pase todo, no tengo más remedio que hablar, y hablo, y usted sabe: la gente cree que el hombre que habla mucho es inteligente; es un error, pero la gente vive de errores; y como siempre hablo de lo mismo, del hombre y de su suerte, me llaman El Filósofo.

Señaló a su compañero:

--Con Cristián hablamos poco, es decir, él habla poco; me soporta. Es muy ignorante y no tiene más que dos temas sobre los cuales puede hablar unos minutos: la policía y el robo.

Cristián, con la cabeza gacha, caminaba. El Filósofo agregó:

--No se extrañe de que no se enoje. Sabe que soy un animal superior y me respeta, no porque yo sea más fuerte que él -- podría tumbarme de un soplo -- sino porque puedo hablar durante horas enteras sobre asuntos que él apenas entiende o no entiende en absoluto. Me escucha, me soporta, como le dije, aunque talvez no le interese lo que digo. Nos ha costado mucho llegar a ser amigos, pero lo hemos conseguido. El necesita comer y yo también. Es un vagabundo, peor que un ^vvagabundo, un desterrado de la sociedad. Yo, un indiferente. A veces reñimos y casi nos vamos a las manos, pero de ahí no pasamos.

Golpeó daniñosamente un hombro de Cristián y prosiguió:

--La comida, no cualquier comida, como el pasto, por ejemplo, o la cebada, que hacen las delicias de los animales, sino la comida caliente -- permítame escupir, se me hace agua la boca --, sí, la comida caliente, reúne a muchas personas. Hay mucha gente que cree estar unida a otra por los lazos del amor maternal o filial o fraternal; pamplinas: están unidas por la co-

al la de la gana, y usted, si es que tiene alguno, lo dirá cuando se le con-
venga. El apodo es bastante privado, no público, y puede salirse o decirse, como
uno quiere: me llaman El Tildoso, no porque lo sea sino porque a veces me
daban unos terribles deseos de hablar: siento como un hormigueo en los la-
bios y unos como calambres en los músculos de las mandíbulas y de la boca,
y entonces, para que pase todo, no tengo más remedio que hablar, y hablar, y
usted sabe: la gente cree que el hombre que habla mucho es inteligente; es
un error, pero la gente vive de errores; y como siempre hablo de lo mismo,
del hombre y de su suerte, me llaman El Tildoso.

Señaló a su compañero:
--Con Cristóbal hablamos poco, es decir, él habla poco; me sorprende. En
un momento y no tiene más que dos temas sobre los cuales puede hablar
mucho: la política y el robo.

Cristóbal, con la cabeza gacha, caminaba. El Tildoso agregó:
--No se extrañe de que no se enoje. Sabe que soy un animal superior y
de respeto, no porque yo sea más fuerte que él -- podría tumbarme de un so-
lazo -- sino porque puedo hablar durante horas enteras sobre cualquier que él
quiere, aunque tal vez no le interese lo que digo. Nos ha costado mucho llegar
a ser amigos, pero lo hemos conseguido. Si necesita comer y yo también, me
va vagabundo, pero que un vagabundo, un desahogado de la sociedad. Yo, un in-
diferente. A veces reímos y casi nos vamos a las manos, pero de ahí no pasa.

Golpeó débilmente un hombre de Cristóbal y prosiguió:
--La comida, no cualquier comida, como el pasto, por ejemplo, o la ca-
bida, que hacen las delicias de los animales, sino la comida caliente -- por
último decirlo, se me hace agua la boca --, sí, la comida caliente, porque a
muchas personas. Hay mucha gente que cree estar unida a otra por los lazos
del amor maternal o filial o fraternal; se equivocan: están unidas por la co-

mida, por el buche. Los animales no se reunían para comer y beber, salvo, algunas veces, los domésticos; los seres humanos, sí, y cuanto más domésticos, más. ¡Comer caliente! Vea usted los caballos: no tienen problemas metafísicos y casi les da lo mismo estar a la intemperie que bajo techo o bajo un árbol, para hablar con más propiedad; son felices, dirá usted; no, no lo son: no comen caliente, comen pasto, frío, crudo, y necesitan comer mucho para quedar satisfechos. No, no son felices, aunque tampoco el hombre lo sea, a pesar de comer caliente. Los trocillos de metal que había recogido en la
Volvió a escupir y continuó:

--¿Ha procurado usted imaginarse lo que ocurrió cuando el hombre supo que los alimentos se podían cocer y comer calientes? Firmó su sentencia de eterna esclavitud. Se acabó la vida al aire libre, los grandes viajes, el espacio, la libertad; fué necesario mantener un fuego y buscar un lugar en que el fuego pudiese ser mantenido. Alguien debía, también, vigilar la cocción de los alimentos, la mujer o los hijos y, en consecuencia, debían permanecer ahí. Por otra parte, era necesario traer los alimentos de los lugares en que se les recogía, a veces muy lejanos, y así se hizo la rueda, la interminable rueda. El viento, ese enemigo del fuego, lo agranda o lo desparrama, y lo es también la lluvia, que lo apaga, y entonces se buscó un hueco entre las piedras o debajo de ellas, pero en algunas partes no se encontraban piedras y se debió hacer cuevas y donde por una causa o por otra no se encontraron huecos ni se pudo hacer cuevas, se construyó un techo, cuatro palos y unas ramas con hojas. Bueno, junto con hacer todo eso, el hombre se echó la cuerda al cuello y arrastró con él a su mujer, que desde entonces es esclava de la cocina. Y como se acostumbraron a comer cocidos los alimentos y no crudos, se les empezaron a caer los dientes. Todo, sin embargo, les pareció preferible a comer crudas las papas o la carne. Y con mucha razón: ¿ha hecho la prueba, alguna vez, de comerse crudo un pejerrey o un camote?

Habíamos hecho, conversando, el mismo viaje que hiciera dos horas an-

tes, pero al revés; volvíamos a la ciudad. Nos detuvimos en una especie de plaza sin árboles, un espacio más amplio, en el que había un cambio y una estación de tranvías y en donde terminaban varias calles y empezaba aquella, ancha, que llevaba hacia la caleta de El Membrillo. Allí, Echeverría, extendiendo la mano, dijo a Cristián:

--Echa aquí tus tesoros.

Cristián, mudo siempre, dió una mirada a su compañero y sacando de un bolsillo desgarrado todos los trozillos de metal que había recogido en la playa, se los entregó:

--Volveremos pronto; hasta luego.

Seguimos caminando, mientras Cristián, retrocediendo unos pasos, se sentaba en el cordón de la calzada, llena de bostas y orines de caballo.

--Cristián -- me explicó Echeverría -- no puede llegar sino hasta esa plaza. La policía, los policías, mejor dicho, cualquiera de ellos, tienen orden de detenerlo en cualquier lugar que esté más acá de esa plazuela. Han llegado a ese arreglo: hasta aquí llegas; de aquí para acá vas a la comisaría; de aquí para allá eres libre, siempre que no robes nada. Pero, ¿a quién va a robar? Lo conocen hasta los alcatraces. Claro es que a veces, de noche, por arriba de los cerros, avanza hacia la ciudad y puede verla desde lejos, pero ¡ay de él si lo sorprenden! Aquí es.

Era una puerta ancha, que daba entrada a dos negocios diferentes, uno situado en el primer piso, a nivel con la calle, y otro en el sótano, hacia el cual se llegaba por medio de una escala de ladrillos. El local estaba alumbrado por una ampolleta de escasas bujías. Una voz resonó en aquel antro:

--¡Hola, Filósofo! ¿Ya vienes con tu mercadería?

Un hombre alto y huesudo, blanco, pálido, de pelo ondulado, bigote negro e hirsutas y oscuras cejas, ojos claros, se veía allí. Vestía una chaqueta blanca, un poco sucia y rota. El cuello de la camisa, abierto, mostraba un copioso vello rizado.

tas, pero al revés; volvíamos a la ciudad. Nos detuvimos en una especie de plaza sin árboles, un espacio más amplio, en el que había un cambio y una estación de tranvías y en donde terminaban varias calles y empavesadas. Allí, ancha, que llevaba hacia la salida de El Membrillo. Allí, Rebevernia, extendiendo la mano, dijo a Cristián:

--Echa aquí tus tesoros.

Cristián, mudo siempre, dió una mirada a su compañero y sacando de un bolsillo desgarrado todos los trocillos de metal que había recogido en la plaza, se los entregó:

--Volváremos pronto; hasta luego.

Requemos caminando, mientras Cristián, retrocediendo unos pasos, se sentaba en el cordón de la calzada, llena de hojitas y orinas de caballo.

--Cristián -- me explicó Rebevernia -- no puede llegar sino hasta esa plaza. Los policías, los policías, mejor dicho, cualquiera de ellos, tienen orden de detenerlo en cualquier lugar que esté más allá de esa plaza. Han llegado a ese arreglo: hasta aquí llegan; de aquí para acá van a la comisaría; de aquí para allá eres libre, siempre que no robes nada. Pero, la gente va a robar? Lo conocen hasta los alcaides. Claro es que a veces, de noche, por arriba de los cerros, avanzan hacia la ciudad y puede verla desde lejos, pero ¡ay de él si lo sorprenden! Aquí es.

En una puerta ancha, que daba entrada a dos negocios diferentes, uno situado en el primer piso, a nivel con la calle, y otro en el sótano, había un local que llegaba por medio de una escalera de tablones. El local estaba iluminado por una ampolla de esas de bujías. Una voz resonó en aquel antro:

--¡Hola, Wilsofo! Ya vienes con tu mercedería?

Un hombre alto y huesudo, blanco, pálido, de pelo ondulado, bigote negro e hirutas y oscuras cejas, ojos claros, se vela allí. Vestía una chaqueta blanca, un poco sucia y rota. El cuello de la camisa, abierto, mostraba un copleo vello rizado.

Recibió los trozos de metal, todos juntos, pues Echeverría agregó también los míos, los pesó en una balanza de almacenero y dijo:

--Siete pesos: buena mañana.

Por el acento me pareció aragonés, un acento alto, bien timbrado, lleno, sin vacilaciones. Sacó los siete pesos de un sajón situado detrás del mostrador, los echó de uno en uno sobre la deslustrada y resquebrajada madera, haciéndolos sonar y después los empujó hacia Echeverría: quedaron como en fila india y eran siete. El Filósofo los recogió de uno en uno mientras el español callaba, contemplando la maniobra. Echeverría levantó la cabeza y sonrió:

--Bien, don Pepe: muchas gracias y hasta pronto.

--Hasta pronto -- contestó el español, afirmadas ambas manos en el mostrador, el cuerpo echado hacia adelante.

Salimos.

--Sin querer -- dijo El Filósofo, una vez que estuvimos en la calle --, sin querer y en contra de su voluntad, lo he incorporado a la razón social Filósofo-Cristián.

--No entiendo.

--Sí -- explicó --; junté su metal con el nuestro y ahora no sé cuánto era el suyo.

En respuesta me encogí de hombros.

--No peharemos por el reparto.

Mostró los siete pesos, que apretaba en su mano larga y poco limpia, y dijo:

--Y, para colmo, nos tocó un número difícil: siete. ¿Cuánto es siete dividido entre tres? A ver cómo ando para las matemáticas superiores: dos pesos para cada uno, son seis; queda un peso: entre tres, treinta centavos; dos pesos treinta para cada uno y sobran diez centavos. Lo declararemos capital de reserva. Volvamos donde está Cristián.

Recibió los trozos de metal, todos juntos, pues le habrían agragado tam-
bién los míos, los pesó en una balanza de alfilerero y dijo:
--Este peso: buena mañana.
Por el asiento me pareció aragonés, un asiento alto, bien timbrado, lle-
no, sin vacilaciones. Pesó los siete pesos de un cajón situado detrás del
mostrador, los echó de uno en uno sobre la balanza y reaparecieron ma-
nifestándose sonas y después los empujó hacia la izquierda: quedaron co-
mo en fila india y eran siete. El Filósofo los reconoció de uno en uno mien-
tras el español callaba, contemplando la manobra. Reheverla levantó la
cabeza y sonrió:
--Bien, don Pepe: muchas gracias y hasta pronto.
--Hasta pronto -- contestó el español, afirmadas ambas manos en el mo-
strador, el cuerpo echado hacia adelante.
Salimos.
--Si quieres -- dijo El Filósofo, una vez que estuvimos en la calle --
sin querer y en contra de su voluntad, lo he incorporado a la razón social
Filósofo-Cristián.
--No entiendo.
--Sí -- explicó --: ¡junté su metal con el nuestro y ahora no sé cuánto
era el suyo.
En respuesta me encogí de hombros.
--No pelearnos por el reparto.
Mostró los siete pesos, que apretaba en su mano larga y poco limpia, y
dijo:
--Y, para colmo, nos tocó un número difícil: siete. ¡Cuánto es siete di-
vidido entre tres! A ver cómo ando para las matemáticas superiores: dos po-
ses para cada uno, son seis; queda un peso: entre tres, treinta centavos;
dos pesos treinta para cada uno y sobran diez centavos. Lo despartamos ca-
pital de reserva. Volvamos donde está Cristián.

Cristián continuaba sentado en ^{el} mismo lugar, junto a un charco de orines. Sin duda, habría podido estar allí un año o dos. Se levantó y avanzó hacia nosotros.

--¿Vamos a El Porvenir?

Nadie contestó; daba lo mismo el porvenir que el pasado. El Porvenir era un restorán de precios módicos, atendido por su propio dueño, un hombre bajo y rechoncho, de cara abotargada y llena de manchas rojizas que parecían próximas a manar vino tinto. Unos ojillos negros miraban sin decir nada. Vestía también, como don Pepe, una chaquetilla blanca, corta, pero no llevaba camisa sino camiseta, gruesa, afranelada, de brillantes botoncitos. Un mozo de regular estatura, delgado y musculoso, con cara de boxeador que ha tenido mala suerte o la mandíbula muy blanda, lo secundaba. También llevaba camiseta, pero sin mangas. Pasó un trapo no muy imaculado sobre el hule de la mesa y puso en ella sal, ají y un frasco de boca rota y sin tapa, mediado de algo que quería pasar por aceite.

--¿Qué se van a servir? -- preguntó con voz desagradable.

Parecía preguntar dónde queríamos recibir la bofetada.

La voz pareció irritar a El Filósofo.

--¿Usted peleó alguna vez con Kid Dinamarca? -- le preguntó, inopinadamente.

--Sí -- contestó el mozo, sorprendido y como cayendo en guardia --. Dos veces.

Parecía no haber olvidado sus peleas.

--¿Y cómo le fué? -- volvió a preguntar El Filósofo, haciendo con los brazos un movimiento de pelea.

--Las dos veces me ganó por fuera de combate -- respondió, honradamente, el mozo.

El Filósofo pareció satisfecho.

--Bueno: tráiganos lo de siempre: porotos con asado, pan y una botella de tinto.

El
Opalón continuaba sentado en el mismo lugar, junto a un charco de ori-
nen. Sin duda, habría podido estar allí un año o dos. Se levantó y avanzó
hacia nosotros.
--Vámonos a El Porvenir?
Nadie contestó; daba lo mismo el porvenir que el pasado. El Porvenir era
un restorán de pasados móviles, atendido por su propio dueño, un hombre bajo
y rechoncho, de cara apocada y llena de manchas rojizas que parecían pro-
ximas a manar vino tinto. Unos ojos negros miraban sin decir nada. Vestía
también, como don Pepe, una chapaquilla blanca, corta, pero no llevaba cami-
sa sino camiseta, gruesa, atronada, de brillantes botones. Un mozo de
regalar estatua, delgado y musculoso, con cara de pexador que ha tenido
male suerte o la mandibula muy blanda, lo seguía. También llevaba camisa-
ta, pero sin mangas. Pasó un trapo no muy imaculado sobre el hueco de la ma-
ca y puso en ella sal, así y un frasco de boca rota y sin tapa, medido de
algo que quería pasar por aceite.
--¿Qué se van a servir? -- preguntó con voz desagradable.
Pareció preguntar dónde queríamos recibir la botella.
La voz pareció irritar a El Filósofo.
--¿Usted pidió alguna vez con Kid Dinamara? -- le preguntó, inopinada-
mente.
--Sí -- contestó el mozo, sorprendido y como cayendo en guardia --. Dos
veces.
Pareció no haber olvidado sus palabras.
--¿Y cómo le fue? -- volvió a preguntar El Filósofo, haciendo con los
brazos un movimiento de pesa.
--Las dos veces me ganó por fuera de combate -- respondió, contritamente,
el mozo.
El Filósofo pareció satisfecho.
--Bueno, tráiganos lo de siempre: papas con asado, pan y una botella de
vino.

Eran clientes conocidos y, según deduje, casi no había necesidad de preguntarles qué se servirían: comían siempre lo mismo. Por lo demás, fuera de porotos y asado, pan y vino y alguna que otra cebolla en escabeche, no había allí nada que se pudiera pedir y consumir. El plato de porotos resultó abundante y sabroso y aunque el asado no era un modelo de asado en cantidad y en calidad -- era, más bien, tipo suela, muy bueno para ejercitar la dentadura -- fué acogido y absorbido con todos los honores de reglamento. El pan no fué escaso, y el vino, áspero y grueso, lejanamente picado, resultó agradable. Comimos en silencio, como obreros en días de semana, y allí nos quedamos, reposando.

Aunque estaba satisfecho, no estaba tranquilo: sentía que no podía permanecer mucho tiempo más con aquellos hombres sin darles alguna explicación: se sabía qué hacían ellos, se sabía quiénes eran, no se sabía qué hacía yo ni quién era y un hombre de quien no se sabe qué hace, de dónde sale ni quién es, es un hombre de quien no se sabe nada y que debe decir algo. No me asustaba decirlo; lo que me preocupaba era la elección del momento. El Filósofo parecía pensar en lo mismo, pues dijo, instantes después de haber engullido el último bocado y bebido el último sorbo de vino:

--Bueno, el almuerzo no ha estado malo y podía haber sido peor; no hay que ser exigente. Cuéntenos algo, ahora. No me cabe duda de que usted tiene algo que contar. Un hombre como usted, joven, que aparece en una caleta como la de El Membrillo y acepta lo primero que se le ofrece, como si no hubiera ni pudiera encontrar nada más en el mundo, flaco, además, y con cara de enfermo y de hambriento, debe tener, tiene que tener algo que contar. No se asuste de mis palabras y nosotros no nos asustaremos de las suyas.

Me miró y como viera que ^{no} sabía cómo empezar, quiso ayudarme.

--¿Viene saliendo del hospital? -- me preguntó.

La pregunta era acertada. Procuré responder del mismo modo:

--Del hospital de la cárcel.

--Del hospital de la cárcel.

La pregunta era acertada. Procuré responder del mismo modo:

--Viene saliendo del hospital? -- me preguntó.

Me miró y como viera que sabía cómo empezar, quise evadirme.

Me es agusto de mis palabras y nosotros no nos sentamos de las suyas.

Es de entera y de hampanto, debe tener, tiene que tener algo que contar.

Hubiera ni pudiera encontrar nada más en el mundo, fiasco, además, y con eso como la de El Membrillo y acepta lo primero que se le ofrece, como al no me algo que contar. Un hombre como usted, joven, que aparece en una cafetería ser exigente. Cuéntanos algo, ahora. No me cabe duda de que usted tiene algo que contar. Un hombre como usted, joven, que aparece en una cafetería

--Bueno, el almuerzo no ha estado malo y podía haber sido peor; no hay por engullido el último bocancho y bebido el último sorbo de vino;

El filósofo parecía pensar en lo mismo, pues dijo, instantes después de haberse sentado decirlo; lo que me preocupaba era la elección del momento. Quién es, es un hombre de quien no se sabe nada y que debe decir algo. Yo ni quien era y un hombre de quien no se sabe que hace, de dónde viene ni cómo se sabe que hacen ellos, se sabía quienes eran, no se sabía qué hacían. Manecer mucho tiempo más con aquellos hombres sin dárles alguna explicación. Aunque estaba satisfecho, no estaba tranquilo: sentía que no podía permanecer mucho tiempo más con aquellos hombres sin dárles alguna explicación.

nos quedamos, reposando.

El pan no fue escaso, y el vino, ápero y grueso, levemente picado, resultó agradable. Comimos en silencio, como obreros en días de semana, y allí

había allí nada que se pudiera pedir y consumir. El plato de porotos resultó abundante y ápero y aunque el asado no era un modelo de asado en cantidad y en calidad -- era, más bien, tipo suela, muy bueno para estropear el estómago -- fue acogido y absorbido con todos los honores de regimiento.

de porotos y asado, pan y vino y alguna que otra cebolla en escabeche, no

contarles que se servirían: comían siempre lo mismo. Por lo demás, fuera

de un cliente conocido y, según decían, casi no había necesidad de pre-

Cristián giró la cabeza y me miró fijamente: por fin, algo llamaba su atención. Echeverría resbaló más el cuerpo en la silla y estiró más las piernas, como disponiéndose a oír un buen relato.

--¿De la cárcel?-- preguntó, e hizo con los dedos de la mano derecha un movimiento en que los dedos parecieron correr, separados y con rapidez, unos detrás de otros, hacia la derecha.

--No -- aseguré.

Y conté, primero atropelladamente, con más calma después, toda mi aventura. Cristián, que al principio escuchó con interés, mirándome de rato en rato, inclinó la cabeza y siguió mirándose las puntas de los zapatos: el relato no le interesaba mucho. Echeverría, no; me oyó con atención, sonriendo de vez en cuando, como animándose.

--En suma - dijo, cuando terminé --: nada entre dos platos, salvo la enfermedad.

Señaló a Cristián y agregó:

--Cristián habla poco: no le gusta hablar; no sabe hacerlo o no tiene mucho que decir. Pero podrá contarle -- lo hará si llega a ser amigo suyo -- cuentos mucho más interesantes que el suyo sobre la cárcel, las comisarías, la sección de detenidos y la de investigaciones: ha pasado años preso, años, no días ni meses, años enteros; ha crecido y ~~me~~ achicado en los calabozos, engordado y enflaquecido, ha quedado desnudo y se ha vestido, descalzo y se ha calzado, lleno de piojos, de sarna, de purgación, de bubones en las ingles y de almorranas; lo han metido dentro a puntapiés y lo han sacado a patadas, le han hundido las costillas, roto los labios, partido las orejas, hinchados los testículos, de todo, en meses y meses y años y años de comisaría y de cárcel. Su cuento es un cuento de Calleja comparado con los que él puede contarle.

Cuando Echeverría terminó de hablar, miré a Cristián: la cabeza estaba más hundida entre los hombros y el rostro se veía pálido; una vena tiritaba

Cristóbal miró la cabeza y me miró tímidamente: por fin, algo llamaba su
 atención. Revertía resbaló más el cuerpo en la silla y estiró más las
 piernas como disponiéndose a dar un buen relato.
 --De la cárcel -- preguntó, le hizo con los dedos de la mano derecha
 un movimiento en que los dedos parecían correr, separados y con rapidez,
 unas detrás de otros, hacia la derecha.
 --No -- aseguré.
 Y conté, primero atropelladamente, con más calma después, toda mi aven-
 tura. Cristóbal, que al principio escuchó con interés, mirándose de rato en
 rato, incluyó la cabeza y siguió mirándose las puntas de los zapatos: el
 relato no le interesaba mucho. Revertía, no; me oyó con atención, sonrien-
 do de vez en cuando, como animándose.
 --En suma -- dijo, cuando terminé -- nada entre dos platos, salvo la
 enfermedad.
 Señaló a Cristóbal y agregó: no se sabe nada y una cosa es cierta.
 --Cristóbal había poco: no le gusta hablar; no sabe hacerlo o no tiene
 mucho que decir. Pero podrá contarle -- lo haré si llega a ser amigo suyo --
 cuantos muchos más interesantes que el suyo sobre la cárcel, las comisiones,
 la acción de detenidos y la de investigaciones: ha pasado años preso, años
 no días ni meses, años enteros; ha crecido y se achicado en los calabozos,
 engordado y enflaquecido, ha quedado desnudo y se ha vestido, desnudo y
 se ha calzado, lleno de piojos, de sarna, de purgación, de pulmones en las
 ingles y de almorranas; lo han metido dentro a puntapiés y lo han sacado a
 patadas, le han hundido las costillas, roto los labios, partido las ore-
 jas, hundido los testículos, de todo, en meses y meses y años y años de
 comisiones y de cárcel. En cuanto a un cuento de Calisto comparado con los
 que él puede contarle.
 Cuando Revertía terminó de hablar, miró a Cristóbal: la cabeza estaba
 más hundida entre los hombros y el rostro se veía pálido; una vena trizaba

en la mejilla, cerca del ojo semicerrado. Sentí que si alguien hubiese hablado de mí en la forma en que Echeverría lo había hecho de él, no habría podido contener las lágrimas o la ira, las palabras, por lo menos; pero en él aparentemente, el recuerdo de su vida no suscitaba nada que se pudiera percibir, sólo su palidez y aquella venilla que tiritaba en su rostro, cerca del ojo, bajo los duros pelos de la barba.

en la mejilla, cerca del ojo semicerrado. Sentí que si alguien hubiera
estado de mí en la forma en que le habría hecho de él, no habría
podido conservar las lágrimas o la ira, las palabras, por lo menos; pero en
el apremio, el recuerdo de su vida no suscitaba nada que se pudiera
percibir, sólo su palidez y aquella venilla que tiraba en su rostro, cer-
ca del ojo, bajo los ángeles de la herida.

VI

Tuve cómo comer y dónde dormir, miserablemente, es cierto -- quizá nunca tanto --, mas no pude elegir. Podía, y todo el mundo puede, no estar conforme, pero no podía negarme a comer lo que podía comer, a dormir en donde podía dormir, a hablar con quienes podía hablar y a recoger lo único que podía recoger. ¿No lo quieres? Déjalo. Es duro dejarlo y parece tanto más duro cuanto menos vale lo que se tiene o mientras más miserable se es. No tenía nada más ni nada más podía conseguir. Sabía lo que ocurría a mi lado y unos pasos más allá y ^{quizá} más lejos -- todo lo veía y lo sentía, los colores, los sonidos, el olor del viento y de las personas, los rasgos de los seres y de las cosas y todo se unía en mí, crecía y me hacía crecer, ¿para qué?, no lo sabía, pero todo quedaba y nada se iba, las lágrimas, las risas, las palabras duras y las palabras tiernas, el ademán tranquilo y el ademán violento, la piedad de unos, la cólera o el desprecio de otros, aquella mirada, esta sonrisa --, pero debía quedarme donde estaba y esperar, ¿esperar qué?, en verdad, nada, por lo menos nada definido; esperar, nada más, esperar que pase el tiempo quizá. Toda la gente espera, casi toda por lo menos, espera esto, espera lo otro, lo ridículo y lo grandioso, lo cierto y lo falso, lo pequeño y lo amplio, lo que vendrá y lo que no vendrá, lo que puede venir y lo que no puede, lo que merecen y lo que no merecen; viven esperando y mueren esperando, sin que, en ocasiones, nada de lo que esperan llegue, sólo la muerte, que es siempre -- y según dicen -- inesperada; nadie ha dicho, al morir: "no, no es esto lo que esperaba"; no, nadie;

VI

Tuve cómo comer y dónde dormir, miserablemente, es cierto -- quizás nun-
ca tanto --, mas no pude elegir. Podía, y todo el mundo puede, no estar con-
forme, pero no podía negarme a comer lo que podía comer, a dormir en donde
podía dormir, a hablar con quienes podía hablar y a recoger lo único que
podía recoger. ¿No lo quieres? Déjalo. Es duro dejarlo y parece tanto más
duro cuanto menos vale lo que se tiene o mientras más miserable se es. No
tenía nada más ni nada más podía conseguir. Sabía lo que ocurría a mi lado
y unos pasos más allá y ^{quizás} más lejos -- todo lo veía y lo sentía, los
colores, los sonidos, el olor del viento y de las personas, los rasgos de
los seres y de las cosas y todo se unía en mí, crecía y me hacía crecer,
espera qué?, no lo sabía, pero todo quedaba y nada se iba, las lágrimas, las
risas, las palabras duras y las palabras tiernas, el adormecido tranquilo y el
adormecido violento, la piedad de unos, la cólera o el desprecio de otros, aque-
lla mirada, esta sonrisa --, pero debía quedarme donde estaba y esperar, es-
perar qué?, en verdad, nada, por lo menos nada definido; esperar, nada más,
esperar que pase el tiempo quizás. Toda la gente espera, casi toda por lo
menos, espera esto, espera lo otro, lo ridículo y lo grandioso, lo cierto
y lo falso, lo pedregoso y lo amplio, lo que vendrá y lo que no vendrá, lo
que puede venir y lo que no puede, lo que merecen y lo que no merecen; vi-
ven esperando y mueren esperando, siempre, en ocasiones, nada de lo que es-
peran llega, sólo la muerte, que es siempre -- y según dicen -- inespera-
da; nadie ha dicho, al morir: "no, no es esto lo que esperaba"; no, nadie;

la ha recibido y ha callado, como conforme con ella. Hay, es cierto, algunos que no esperan y otros que, esperando algo, lo esperan a medias, es decir, no confían del todo en el porvenir y ponen algo de su parte para que venga u ocurra luego, trabajan, sudan, velan, luchan, y algunos, incluso, mienten, roban y hasta asesinan, ensuciando así lo que esperan y lo que reciben. Por mi parte no sentía nada que me impulsara a hacer nada de eso: si trabajaba era porque necesitaba comer y si comía era porque, estando vivo, me era necesario. Necesidad, he ahí todo. No esperaba nada, nadie llegaría, mi madre había muerto y mi padre cumplía en un penal una condena por una increíble cantidad de años. No saldría sino muerto, quizá si ya había muerto (durante varios días, con los ojos rojos y los labios pálidos, rodeado de sus hijos, vagó por la casa, mirando las puertas, el piso, los muros, los muebles, las ventanas; después de aquellos días, una noche, salió, y al amanecer, en los momentos en que los más jóvenes dormíamos sin desvestirnos sobre las camas, llegó la policía; pero los agentes no querían nada con nosotros y nos miraron como a ratoncillos que no se quiere matar porque son muy pequeños, y luego, tras de allanar la casa, se fueron, dejando la puerta abierta. Por ella, pocos días después y de uno en uno, salieron al mundo los cuatro hijos de Aniceto Hevia, apodado El Gallego). Alguna vez, en una callejuela de puerto, en una comisaría, en un vagón de carga, quizá en un albergue, un hermano encontraría a otro hermano. En este instante, sin embargo, ese posible encuentro no era ni siquiera una esperanza. No tenía esperanzas, tenía necesidades -- ^{denue} ~~denue~~ de comer, donde dormir y abrigo y ^{quedense} ~~quedase~~ con las esperanzas --, pocas necesidades, pero urgentes, y la gente que me rodeaba tenía las mismas y apenas si una que otra más: comer, no opíparamente; vestir, no elegantemente; dormir, no lujosamente, no, de cualquier modo, pero que no tenga hambre, que no tenga frío, que la gente no me mire porque mis zapatos están rotos, mi pelo largo, mis pantalones destrozados, mi barba crecida. No es fácil conseguirlo, sin embargo: trabajar, sí,

la ha recibido y ha salido, como conforme con ella. Hay, es claro, algu-
nos que no esperan y otros que, esperando algo, lo esperan a medias, es de-
cir, no confían del todo en el porvenir y ponen algo de su parte para que
venza u ocurra luego, trabajan, andan, velan, luchan, y algunos, incluso,
mienten, roban y hasta asesinan, ensuciando así lo que esperan y lo que re-
sulta. Por mi parte no sentía nada que me impulsara a hacer nada de eso:
ni trabajaba era porque necesitaba comer y así comía era porque, estando vi-
vo, me era necesario. Necesidad, he ahí todo. No esperaba nada, nadie lle-
garía, mi madre había muerto y mi padre cumplía en un penal una condena por
una increíble cantidad de años. No sabía si era muerto, quizá si ya había
muerto (durante varios días, con los ojos rojos y los labios pálidos, ro-
deado de sus hijos, vagó por la casa, mirando las puertas, el piso, los mu-
ros, los muebles, las ventanas; después de aquellos días, una noche, salió,
y al amanecer, en los momentos en que los más jóvenes dormíamos sin desve-
stidos sobre las camas, llegó la policía; pero los agentes no querían nada
con nosotros y nos miraron como a ratoncillos que no se quiere matar porque
son muy pequeños, y luego, tras de allanar la casa, se fueron, dejando la
puerta abierta. Por ella, pocos días después y de uno en uno, salieron al
mundo los cuatro hijos de Aniceto Navia, apodado El Gallego). Algunas vez,
en una callejuela de Puerto, en una comisaría, en un vagón de carga, quizá
en un albergue, un hermano encontraría a otro hermano. En este instante,
sin embargo, ese posible encuentro no era ni siquiera una esperanza. No se-
ría esperanza, tenía necesidades -- ^{de comer} -- de comer, donde dormir y vestir
y ^{de} con las esperanzas --, pocas necesidades, pero urgentes, y la ran-
ta que me robaba tenía las mismas y apenas si una que otra más: comer, no
opulentemente; vestir, no elegantemente; dormir, no lujosamente, no, de cual-
quier modo, pero que no tenga hambre, que no tenga frío, que la gente no se
mire porque mis zapatos están rotos, mi pelo largo, mis pantalones gastos-
cos, mi barba crecida. No es fácil conseguirlo, sin embargo: trabajar, sí,

pero a veces no hay trabajo y además hay gente que trabaja y siempre tiene hambre, gente que trabaja y anda siempre mal vestida, gente que trabaja y que ~~dueño~~ en el suelo o en catres y colchones llenos de chinches y de pulgas, ocho en una pieza, tres en una cama, el tuberculoso, el gonocócico, el epileptoide, el invertido, el eczematoso. En otro tiempo parecía todo tan sencillo, sí, todo es sencillo cuando uno lo tiene o cuando sabe dónde tomarlo y puede hacerlo sin que nadie se oponga.

No me quedará siempre aquí. El hombre no se quedará en ninguna parte; se irá siempre, alguna vez para no volver; también alguna vez el pulmón dejará de dolerme y de sangrar y podré irme, irme, irme, irme, parece una orden, una consigna, un deseo, una ilusión y hasta puede ser una esperanza. El que desea irse no necesita nada, nada más que una oportunidad para hacerlo.

--Lo principal es taparse bien; comida caliente, hombre caliente, ropas calientes.

--Mujer caliente.

--Tampoco es mala.

El Filósofo echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y lanzó una carcajada:

--¡Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente! El hombre teme lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, la lluvia fría, el viento frío. Tátese bien, Aniceto.

La colcha no tenía flecos y su color era indefinible; por agujeros, en cambio, no se quedaba; tenía más de los que podía soportar y en algunas partes podía ocurrir que al reunirse dos o más la colcha se terminara, convirtiéndose en un puro agujero. El Filósofo pretendía cubrirme con ella, metiendo la orilla bajo un colchón de paja no más grueso que una moneda y que estaba sobre el suelo de madera, encima de unas hojas de diario. Me acurrugué allí: era un lecho nada de blando y nada de cómodo, a tres centímetros del suelo, oliendo a paja y a tierra y a hombre extraño, sin sábanas, sin

pero a veces no hay trabajo y además hay gente que trabaja y siempre tiene hambre, gente que trabaja y anda siempre mal vestida, gente que trabaja y que duerme en el suelo o en cunas y colchones llenos de chinches y de pulgas, como en una piedad, tres en una cama, el tuberculoso, el gonorréico, el epileptico, el invertido, el excrementoso. En otro tiempo parecía todo tan sencillo, así, todo es sencillo cuando uno lo tiene o cuando sabe dónde tomarlo y puede hacerlo sin que nadie se oponga.

No me quedaré siempre aquí. El hombre no se quedará en ninguna parte; se irá siempre, alguna vez para no volver; también alguna vez el príncipe dejará de dolerse y de sangrar y podrá irme, irme, irme, irme, parece una orden, una consigna, un deseo, una ilusión y hasta puede ser una esperanza. El que desea irse no necesita nada, nada más que una oportunidad para hacerlo.

--Lo principal es taparse bien; comida caliente, hombre caliente, ropas calientes.

--Mujer caliente.

--Tampoco es mala.

El filósofo echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y lanzó una carcajada.

--¡Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente! El hombre se lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, la lluvia fría, el viento frío. Tépas bien, Aniceto.

La colona no tenía flecos y su color era indolible; por cualquier cambio, no se quedaba; tenía más de los que podía soportar y en algunas partes podía ocurrir que al reunirse dos o más la colona se tornara, convirtiéndose en un puro agujero. El filósofo pretendía exprimir con ella, metiendo la orilla bajo un colchón de paja no más grueso que una moneda y estaba sobre el suelo de madera, encima de unas hojas de diario. No ocurría que allí era un lecho nada de blanco y nada de cómodo, a tres centímetros del suelo, caliente a paja y a tierra y a hombre extraño, sin sábanas, sin

fundas, con una almohada que parecía rellena de papas y una frazada delgadísima; pero era una cama, una cama que estaba dentro de una pieza redonda, sin ventana, casi sin techo, sin cielo raso, sólo con unas vigas y unas desnudas paredes de barro y paja, encaladas malamente, sin guardapolvos -- ¿para qué guardapolvos? -- y con un piso de entreabiertas y carcomidas tablas, pero que era una pieza, algo resguardado del frío y del viento. Las murallas, a la altura en que otras personas tienen sus catres, se veían llenas de esputos secos de diversos colores, predominando, sin embargo, el verde, color de la esperanza; algunos, brillantes, parecían querer desprenderse de la pared en la misma forma que se desprende la mala pintura; y en esa cama, colocada dentro de esa pieza, me quedé, apenas acostado, dormido como una piedra: era mi primera noche de libertad.

Oí entre sueños las carcajadas de Echeverría y uno que otro gruñido de Cristián: música celestial. Desperté a medianoche: me parecía que me faltaba el aire y que mi garganta estaba apretada; me incorporé, sentándome; iba a toser y me asusté al recordar el pulmón herido y los desgarros pintados de sangre. Tosí y un gran desgarró me llenó la boca; no había tosido en todo el día. ¿Qué hacer? No tenía pañuelo y allí no había salivadera ni bacín; no quería, por otra parte, tragarme aquello: me repugnaba y necesitaba ver si tenía o no sangre. Me pareció impropio arrojarlo en el suelo; lanzarlo contra la pared, como lo hacían los anteriores habitantes del cuarto, asqueroso; debía levantarme; al día siguiente lo vería en el patio, pero una mano me detuvo y la voz de Echeverría murmuró:

--En un papel.

Lo eché, avergonzado, en un trozo de papel que saqué de debajo del colchón y que coloqué después a un lado. Me acosté de nuevo. A mi lado yacía El Filósofo; más allá Cristián. Tenía los pies calientes y aunque dormía casi desnudo no sentía frío. Echeverría tenía razón:

--Lo principal es taparse bien: comida caliente, cama caliente, hombre

--En un papel.
 lo cogí, avergonzado, en un trozo de papel que saqué de debajo del col-
 chón y que colocó después a un lado. Me acosté de nuevo. A mi lado yacía El
 Místico; más allá Cristóbal. Tenía los pies calientes y sudaba gotas casi
 --Lo principal es taparse bien: comida caliente, cama caliente, hombre
 cuando no sentía frío. Hecheverría tenía razón:
 Místico; más allá Cristóbal. Tenía los pies calientes y sudaba gotas casi
 no; debía levantarme; allá alguien lo veía en el patio, pero una mano
 tus la pared, como lo hacían los anteriores habitantes del cuarto, sudoro-
 tenía o no sudar. Me pareció impropio arrojarlo en el suelo; lanzarlo con-
 guela, por otra parte, traerme aquello: me repugnaba y necesitaba ver al
 día. ¿Qué hacer? No tenía pañuelo y allí no había salivadera ni nada; no
 sudar. Tomé y un gran desgarró me llenó la boca; no había tejido en todo el
 de el aire y que mi garganta estaba apretada; me incorporé, sentándome; in-
 Cristóbal: maldito celestial. Desperté a medianoche: me parecía que me faltaba
 Of entre sueños las carcajadas de Hecheverría y uno que otro gruñido de
 quedaba: era mi primera noche de libertad.
 colocada dentro de esa pieza, me quedé, apenas acostado, dormido como una
 la pared en la misma forma que se desprende la mala pintura; y en esa cama,
 color de la esperanza; algunas, brillantes, parecían querer desprenderse de
 de espantos azules de diversos colores, predominando, sin embargo, el verde,
 lisa, a la altura en que otras personas tienen sus camas, se veían lisas
 pero que era una pieza, algo resguardado del frío y del viento. Las muer-
 ra que guardabais? -- y con un piso de entresuelos y cercomidas tablas,
 andas paredes de parto y paño, encaladas malamente, sin guardapolvos -- apa-
 sin ventanas, casi sin techo, sin cielo raso, sólo con unas vigas y unas das-
 alim; pero era una cama, una cama que estaba dentro de una pieza redonda,
 faldas, con una almohada que parecía rellena de papas y una frazada delatada-

saliente.

--Mujer saliente.

Gracias sonreía como puede sonreír un gato montés. Lo demás no me importa. Lo principal era ser. Me di vuelta y continué durmiendo. El tiempo iba lo demás. Si quería.

Algunos en sus otros momentos eran muy buenos, se veían felices, pero cuando se les daba un momento de silencio, se veían tristes, se veían solos, se veían como si estuvieran en un mundo que no era el suyo. Algunos eran muy buenos, se veían felices, pero cuando se les daba un momento de silencio, se veían tristes, se veían solos, se veían como si estuvieran en un mundo que no era el suyo.

Algunos eran muy buenos, se veían felices, pero cuando se les daba un momento de silencio, se veían tristes, se veían solos, se veían como si estuvieran en un mundo que no era el suyo. Algunos eran muy buenos, se veían felices, pero cuando se les daba un momento de silencio, se veían tristes, se veían solos, se veían como si estuvieran en un mundo que no era el suyo.

Algunos eran muy buenos, se veían felices, pero cuando se les daba un momento de silencio, se veían tristes, se veían solos, se veían como si estuvieran en un mundo que no era el suyo. Algunos eran muy buenos, se veían felices, pero cuando se les daba un momento de silencio, se veían tristes, se veían solos, se veían como si estuvieran en un mundo que no era el suyo.

medida, una mirada a la llave, y hasta el otro día, en que le venaban por el
cuello. ¿No es cierto, Cristián? Tú tampoco eres un tiburón para el agua.

Cristián, en camisa, una camisa rasgada como con una herramienta, abría
su turno. El patio estaba cubierto por un cañón de piedras, piedras de
un corredor con alero; eran casi a diez. Al fondo del patio, en el
centro, se alzaba una especie de VII en forma de puerta; era el crucero, un
arco profundo, negro, del cual surgía un vapor denso, casi palpable y de un

El esputo no tenía pintas de sangre. Lo llevé al patio y lo arrojé de-
trás de unos tarros; me sentí tranquilo: era posible que mi pulmón mejorara
pronto. Me erguí y respiré fuerte, muy fuerte, hasta sentir que las paredes
del tórax me dolían. Desde aquí se veía el mar, desde el patio, es claro,
el muelle, las embarcaciones, la costa enderezándose hacia el norte y do-
blándose hacia el sur, lentamente y como dentro de una clara bruma. Allí, a
pleno aire, en camiseta o con medio cuerpo desnudo, las piernas abiertas,
recogiendo el agua en las manos -- no hay lavatorio ni jarro --, debía uno
lavarse en una llave que dejaba escapar durante todo el día y la noche un
delgado y fuerte chorro; agua fría y jabón bruto, un delgado resto que se
escapaba a cada momento de las manos y caía sobre los guijarros del patio,
unidos entre sí por trozos de fideos, papas, ollejos de porotos, trozos de
papeles, pelotas de cabellos femeninos y mocos y tal cual resto de trapos;
nada de toalla: se sacudía uno las manos, se las pasaba por la cabeza, usan-
do el cabello como secador, y se enjugaba ^{ga} luego con ellas lo mojado, que ta-
ra vez era mucho. Desde muy temprano había oído cómo la gente se lavaba
allí, gargarizando, sonándose con violencia y sin más ayuda que la natu-
ral, tosiendo, lanzando exclamaciones y profiriendo blasfemias cada vez que
el jabón, que no había dónde dejar, caía sobre los fideos, los pelos y los
ollejos. Desde el otro, sentí que podía confiar en ellos, confiar, es de-

--;Para qué le cuento lo que cuesta lavarse aquí en invierno!-- exclamó El Filósofo, que se jabonaba con timidez el pescuezo --. Le damos, de

VII

El sapato no tenía pintas de sangre. Lo llevé al patio y lo arrojé de-
tras de unos tarros; me sentí tranquilo: era posible que mi primo mejorara
pronto. Me agaché y respiré fuerte, muy fuerte, hasta sentir que las paredes
del torax me golpearan. Desde aquí se veía el mar, desde el patio, es claro,
el muelle, las embarcaciones, la costa enderezándose hacia el norte y do-
blándose hacia el sur, lentamente y como dentro de una clara bruma. Allí, a
pleno aire, en camiseta o con medio cuerpo desnudo, las piernas abiertas,
secando el agua en las manos -- no hay lavatorio ni jarro --, debía uno
lavarse en una llave que dejaba escapar durante todo el día y la noche un
delgado y fuerte chorro; agua fría y jabón bruto, un delgado resto que se
escapaba a cada momento de las manos y caía sobre los guijarros del patio,
unidos entre sí por trozos de fideos, papas, olivas de porotos, trozos de
papel, pelotas de cabellos femeninos y mocos y tal cual resto de trozos;
cada de familia: se secaba uno las manos, se las pasaba por la espalda, usán-
do el cabello como secador, y se enjugaba luego con ellas lo mojado, que se
seca muy pronto. Desde muy temprano había oído cómo la gente se lavaba
allí, cargando, sonándose con violencia y aún más aguda que la natu-
ral, tosiendo, lanzando exclamaciones y profiriendo blasfemias cada vez que
el jabón, que no había donde dejar, caía sobre los fideos, los papas y los
olivas.

--¡Para qué la cuento lo que estaba lavando aquí en invierno! -- excla-
mó el filósofo, que se iba con tímido el pesonero --. Le damos, de

pasadita, una mirada a la llave, y hasta el otro día, en que le echamos otro mirotón. ¿No es cierto, Cristián? Tú tampoco eres un tiburón para el agua.

Cristián, en camisa, una camisa rasgada como con una herramienta, esperaba su turno. El patio estaba orillado por un cañón de piezas, metidas dentro de un corredor con alero; eran ocho o diez. Al fondo del patio, en el centro, se alzaba una especie de gran cajón con puerta: era el excusado, un hoyo profundo, negro, del cual surgía un vaho denso, casi palpable y de un extraño olor, un olor disfrazado. A aquel conventillo, trepando el cerro, arribamos como a las once de la noche, después de comer en El Porvenir y tras un largo reposo en los bancos de una sombría plaza.

--Usted, de seguro, no tendrá dónde dormir -- dijo Echeverría --; se viene con nosotros.

Protesté, afirmando que podía ir a dormir a un albergue.

--No; véngase con nosotros. ¿Para qué gastar dinero? Por lo demás, creo que no le ha quedado ni un centavo. ¿No le dije? Se trabaja un día para vivir exactamente un día.

Era cierto a medias: tenía dinero para la cama, pero me faltaba para la frazada.

--No es muy cómodo el alojamiento que le ofrezco: una cama en el suelo, un colchón sin lana, una colcha sin flecos y una frazada como tela de cebolla; es todo lo que tenemos. Pero peor es nada. Sábanas no hay: están en la lavandería.

Acepté sin sobresaltos. Es violento dormir, de buenas a primera y en la misma cama, con un hombre a quien recién se conoce -- y en ese caso no era un hombre: eran dos --, pero no sentí, al aceptar la invitación, desconfianza alguna: viéndolos vivir en el transcurso del día, silencioso el uno, elocuente el otro, sentí que podía confiar en ellos, confiar, es claro, en cierto sentido y hasta cierto punto. En contra de la costumbre no habían dicho, durante todo el día, una sola palabra sobre relaciones entre

pasaditas, una miraba a la llave, y hasta el otro día, en que le echamos otro
 mirón. No es cierto, Cristóbal? Té tampoco eres un fibron para el agua.
 Cristóbal, en cambio, una camisa rasgada como con una herramienta, espe-
 rada su turno. El patio estaba orillado por un cañón de piezas, metidas den-
 tro de un corredor con alero; eran como o diez. Al fondo del patio, en el
 centro, se alzaba una especie de gran cañón con puertas: era el exornado, un
 hoyo profundo, negro, del cual surgía un vaho denso, casi palpable y de un
 extraño olor, un olor distrahido. A aquel conventillo, trepando el alero,
 arribamos como a las once de la noche, después de comer en El Porvenir y
 tras un largo reposo en los bancos de una sombría plaza. --
 --Usted, de seguro, no tendrá dónde dormir -- dijo Bebevernia --; se
 viene con nosotros. Protesté, afirmando que podía ir a dormir a un albergue.
 --No; véngase con nosotros. Para qué gastar dinero? Por lo demás, como
 que no le ha quedado ni un centavo. ¿No le dije? Se trabaja un día para vi-
 vir exactamente un día. Cristóbal me miró con ojos de loco, pero me faltaba para la
 una cierto a medias: tenía dinero para la cama, pero me faltaba para la
 traxda. --No es muy cómodo el alojamiento que le ofrezco; una cama en el sue-
 lo, un colchón sin lana, una colcha sin flecos y una frazada como tela de
 cabolla; es todo lo que tenemos. Pero peor es nada. Séanme no hay: están
 en la lavandería. Acepté sin sobresaltos. Es violento dormir, de buenas a primera y en
 la misma cama, con un hombre a quien recién se conoce -- y en ese caso no
 era un hombre: eran dos --, pero no sentí, al aceptar la invitación, des-
 confianza alguna: viéndolos vivir en el transcurso del día, silenciosos al-
 uno, elocuente el otro, sentí que podía confiar en ellos, confiar, es cla-
 ro, en cierto sentido y hasta cierto punto. En contra de la costumbre no
 hablan mucho, durante toda el día, una sola palabra sobre relaciones entre

hombres y mujeres, una sola palabra buena o una sola palabra mala; parecían estar libres de la obsesión, libres por lo menos verbalmente; era algo y podía ser mucho y digo algo porque el que padece una obsesión difícilmente puede evitar hablar de ella durante todo un día. Me aburría y me asustaba esa gente cuyo tema de conversación y de preocupación gira siempre alrededor de los órganos genitales del hombre y de la mujer, conversación cuyas palabras, frases, observaciones, anécdotas, se repiten indefinidamente y sin gran variedad ni gracia: la tenía así, yo estaba así, le dije: aquí, ahí, ponte de este modo y él se la miró y dijo: no puedo, ja, ja, ja, qué te parece. . . Se reía uno, a veces, con una risa sin alegría ni inteligencia, sintiendo, aunque a medias, que en aquello de que se hablaba existía algo que no se mencionaba, que valía mucho y que estaba distante de las palabras que se decían y que las risas no tocaban, como si fuera extraño a ellas, a las palabras y a las risas y como si a uno le dejaran y uno pudiera hablar de los órganos mismos, nombrándolos con sus infinitos nombres y hasta, a veces, describiéndolos y riéndose de ellos, prohibiéndole, en cambio, hablar de aquéllo; o quizá no se hablaba de aquéllo porque era muy difícil hacerlo, exigía otras palabras, otras expresiones, casi otros labios, casi otras bocas. Por mi parte no tenía experiencia alguna y no podía hablar gran cosa ni sobre esto ni sobre aquéllo; sólo podía repetir lo que había oído, que era mucho, pero que me avergonzaba un poco, pues se trataba siempre de prostitutas o pervertidos u ociosos que vivían monologando sobre el sexo. No tenía interés y me parecía más un vicio que otra cosa, una obsesión y algo confuso también, en lo que no se podía pensar con claridad y sobre lo cual no podía hablar con desenvoltura (mi amigo ^{allí en Mendoza} aseguraba que aquella mujer no me miraba desinteresadamente, por mirarme no más, no; en su mirada había un claro interés y yo era un tonto si no me daba cuenta de ello) y aprovechaba. Era casada con alguien, y en las tardes, cuando pasábamos frente a la casa en que vivía, allí estaba, en la puerta, de pie, mirándome.

Era una casa pobre, con un gran patio. Seguramente ocupaba allí una pieza.

--¿Por qué me mirará? --decía mi amigo -- ya me habría acercado y hubie-

--Ya te lo he dicho, tonto; quiere algo contigo. ¿Y no estabas conmigo?

--¿Algo conmigo? Tenía un marido, sin embargo, ¿y para qué me iba a que-
rer a mí? Me reía, azorado. Era morena, delgada, de triste expresión, tris-
te tal vez no, humilde, apacible, de frente alta, pelo negro, sencilla de
aspecto. Hablaba como si nos conociéramos de años atrás y en el tono de su

--Es turca -- decía mi amigo. -- de lo que mi amigo sospechaba. La mujer

--El marido también será turco. -- dijo de sol y de viento.

--¿Qué importa? Háblale.

--¿Qué le digo?

--¡Cómo le va! -- bar del vagón de carga en que viajaba toda la noche. Y

--¿Qué más? -- eran palabras de hostia endurecida por el frío del momento.

--¡Qué está haciendo por aquí! -- ¡Cómo le va! -- por caminando durante todo

--¡Pero si yo no la conozco y está en su casa! -- decía, era más apresur-

La mujer me miraba y yo correspondía su mirada. La encontraba demasiado
joven y eso me intimidaba un poco. Me habría gustado de más edad, como mi
madre, por ejemplo; entonces me habría acercado a ella sin temor, no para
preguntarle por qué me miraba sino para hablar ^{am} de ella de otras cosas, de
otras vagas cosas. Varío lugar, el único, además, que me sonreía y me mira-

--Si me mirara a mí -- decía mi amigo -- ya me habría acercado y hubie-
se sabido de qué conversarle. No seas tonto. -- en un tren de carga, viajando

Terminé por saludarla. La mujer contestó, un poco sorprendida y sin gran
entusiasmo, aquel saludo que, al parecer, no esperaba. No me atreví a acer-
carme, sin embargo. Mi amigo tenía la culpa: hablaba de aquello en tal forma
que hacía aparecer las miradas de la mujer y mi posible aproximación a ella
como algo peligroso, casi delictuoso. Además, subconscientemente, ~~aparecía~~
~~aparecía~~ la idea del turco me detenía, ~~parando~~, Durante mi viaje a

que una casa pobre, con un gran patio. Seguramente ocupaba allí una pieza.

--¿Por qué me miras?

--Ya te lo he dicho, tonto; quiere algo contigo.

¿Algo conmigo? Tenía un marido, sin embargo, ¿y para qué me iba a que-

rar a mí? Me veía, escorado. Era moreno, delgado, de triste expresión, tris-

ta tal vez no, humilde, apacible, de frente alta, pelo negro, sencilla de

aspecto.

--Es turco -- decía mi amigo.

--Si marido también será turco.

--¿Qué importa? Háblale.

--¿Qué le digo?

--¿Cómo le va?

--¿Qué más?

--¿Qué está haciendo por aquí? ¿Cómo le va?

--¡Pero si yo no la conozco y está en su casa!

La mujer me miraba y yo correspondía su mirada. La encontré hermosa

joven y eso me intimidaba un poco. Me habría gustado de más edad, como mi

madre, por ejemplo; entonces me habría acordado a ella sin temor, no por

preguntarle por qué me miraba sino para hablarle de ella de otras cosas, de

otras vagas cosas.

--Si me miras a mí -- decía mi amigo -- ya me habría acordado y habrí-

se sabido de qué conversarles. No seas tonto.

Terminé por saludarla. La mujer contestó, un poco sorprendida y sin gran

entusiasmo, aquel saludo que, al parecer, no esperaba. No me relevé a con-

gratarme, sin embargo. Mi amigo tenía la culpa: hablaba de aquello en tal forma

que hacía parecer las miradas de la mujer y mi posible aproximación a ella

como algo peligroso, casi delictuoso. Además, subconscientemente, me

había dado la idea del turco me detenia, durante mi viaje a

Chile la encontré, también de pie y también junto a una puerta, en una solitaria estación del ferrocarril. Aunque hacía tiempo que había dejado de verla, no sentí temor alguno al acercarme: mi amigo ya no estaba conmigo. Ví que de nuevo me miraba con un especial interés, como distinguiéndome de los demás hombres. Me preguntó:

--¿Qué hace por aquí? ¿Para dónde va?

Me hablaba como si nos conociéramos de años atrás y en el tono de su voz no se notaba nada raro ni nada de lo que mi amigo sospechaba. La maleta colgaba de mi mano derecha. Era un día de sol y de viento.

Contesté:

--Voy para Chile.

Acababa de saltar del vagón de carga en que viajara toda la noche y mis zapatos estaban verdes de bosta endurecida por el frío del amanecer. Estaba cansado, pero no tanto que no pudiera seguir caminando durante todo ese día y tres días más. Sonrió y me miró. Así, de cerca, era más apreciable que de lejos..

--Y usted, ¿qué hace por aquí?

El viento le azotaba sobre la frente un mechoncito de pelo ensortijado. Sentí, en ese momento, un gran cariño por ella: era el único ser que me conocía en ese solitario lugar, el único, además, que me sonreía y me miraba. Pero aquel cariño no tenía una dirección especial, era, como sus miradas, un cariño en el aire, pasajero, pasajero en un tren de carga, viajando de ~~puma~~ polizón. x

--Mi marido está trabajando aquí.

En la estación no había otra persona que ella. La llegada de un tren, al parecer, no preocupaba a nadie. ¿Quién sería su marido y qué haría allí? Me hubiera gustado saberlo; pero mis amigos me llamaban. La miré y me fui.)

Chile la encontré, también de pie y también juntos a una puerta, en una noche.
Luego estacioné del ferrocarril. Aunque había tiempo que había dejado de
verla, no sentí temor alguno al acercarme: mi amigo ya no estaba conmigo.
Y que de nuevo me miraba con un especial interés, como distinguiéndome de
los demás hombres. Me preguntó: ¿cómo estás? ¿cómo te va?
--¿Qué haces por aquí? ¿para dónde vas?
Me miraba como si nos conociéramos de años atrás y en el tono de su
voz no se notaba nada raro ni nada de lo que mi amigo sospechaba. La mala-
la coligaba de mi mano derecha. Era un día de sol y de viento.

Contesté: ¿para qué?

--Voy para Chile.

Acababa de bajar del vagón de carga en que viajaba toda la noche y
mis zapatos estaban verdes de polvo endurecido por el frío del invierno.
Había pensado, pero no tanto que no hubiera seguido caminando durante todo
ese día y tres días más. Corrí y me limité. Así, de cerca, era más gracio-
sa que de lejos. Y yo correspondí a su mirada. La estación estaba
--Y usted, ¿qué hace por aquí? ¿qué hace en Chile?
El viento le echaba sobre la frente un mechoncito de pelo enmarañado.
Entonces, en ese momento, un gran cariño por ella: era el único ser que me co-
nocía en ese solitario lugar, el único, además, que me sonreía y me miraba.
Pero aquel cariño no tenía una dirección especial, era, como esas miradas
que, en cariño en el aire, pasejando, pasejando en un tren de carga, viajaban
de la mano por dondequiera. Y ella, la mujer desconocida, me miraba y me sonreía.
--El marido está trabajando aquí. ¿no es verdad?
En la estación no había otra persona que ella. La llegada de un tren,
al parecer, no producía nada. ¿Quién sería su marido y qué hacía allí?
No hubiera querido saberlo; pero mis amigos me llamaban. La miré y me fui.

VIII

En el momento de marcharnos, una mujer que tendía unas ropas en el patio nos saludó y dijo:

El día amaneció nublado y en la mañana hizo frío; la primavera no salía así como así. Después de lavarnos y vestirnos, salimos, dejando la puerta abierta. Echeverría dió una mirada al cielo, como examinándolo o pretendiendo adivinar sus intenciones y dijo:

--Aclarará a mediodía.

No había nada que nos aconsejara dejar cerrada la puerta. El conventillo estaba situado en el límite entre la ciudad y la soledad, ya que soledad era aquella, que allí empezaba y allí terminaba, extendiéndose por los cerros o viniendo de ellos, hundiéndose en las quebradas y humedeciéndose en los esteros que aquí y allá corrían entre árboles y rocas y arenas. Para llegar allí desde el plano había que andar casi una hora por calles, callejones y faldeos cubiertos de humildes casas y ranchos. La primera noche llegué jadeando. La habitación más próxima, el grupo de habitaciones más cercano, estaba a no menos de tres o cuatro cuadas de distancia y sólo un ratero muy miserable o muy endurecido por la necesidad llegaría hasta allí a robarnos la delgada frazada con que nos tapábamos, única prenda, además, que tenía en aquella pieza un valor comercial, ya que el cuarto no contaba, fuera de la cama, sino con lo que podía llamarse su propia constitución, además de una mesa destartada, como de empapelador, que se agitaba desesperadamente con sólo acercarse a ella y que no podría venderse a nadie, salvo que se la vendiera como leña, para el fuego. Además, el aislamiento en que se hallaba el conventillo hacía difícil acercarse a él o huir de él sin ser vis-

VIII

El día amaneció nublado y en la mañana hizo frío; la primavera no había
 como así. Después de lavarnos y vestirnos, salimos, dejando la puerta
 abierta. Repentinamente dió una mirada al cielo, como examinándolo o pretendien-
 do adivinar sus intenciones y dijo:

--Adelante a mediodía.

No había nada que nos aconsejara dejar cerrada la puerta. El conventillo
 estaba situado en el límite entre la ciudad y la soledad, ya que soledad
 allí empezaba y allí terminaba, extendiéndose por los co-
 rros o viniendo de ellos, hundiéndose en las quebradas y humedeciéndose en
 los esteros que aquí y allí corrían entre árboles y rocas y arenas. Para lle-
 gar allí desde el plano había que andar casi una hora por calles, callejones
 tales como senderos de humildes casas y ranchos. La primera noche llegué ja-
 gando. La habitación más próxima, el grupo de habitaciones más cercano, es-
 taba a no menos de tres o cuatro cuadras de distancia y sólo un retiro muy
 estrecho o muy endurecido por la necesidad llegaría hasta allí a robarse
 algunas cosas con que nos tapáramos, únicas prendas, además, que tenía
 aquella pieza un valor comercial, ya que el cuarto no contaba, fuera de
 cama, sino con lo que podía llamarse su propia constitución, además de
 una mesa destaralada, como de empapelador, que se agitaba desesperadamen-
 te con sólo acercarse a ella y que no podría venderse a nadie, salvo que se
 vendiera como leña, para el fuego. Además, el aislamiento en que se ha-
 bía el conventillo hacía difícil acercarse a él o huir de él sin ser vis-

to y alcanzado por una piedra. Por otra parte, siempre había en las piezas un obrero sin trabajo o enfermo y en su patio alguna mujeruca tendiendo ropa, lavando o despiojando a un niño. Además, habría sido inútil pretender cerrar la puerta, cosa que advertí al día siguiente: la puerta no tenía cha pa.

En el momento de marcharnos, una mujer que tendía unas ropas en el patio nos saludó y dijo:

--¿Ya se van, vecinos? ¿No quieren tomar una tacita de té?

Aquello me pareció un canto de pájaro o de ángel, si es que los pájaros o los ángeles pueden ofrecer en la mañana o a cualquier hora una tacita de té, no una taza sino una tacita. Con gran sorpresa mía, Cristián no contestó, y Echaverría, que llevaba siempre la voz cantante y que fué el que habló, dijo, sonriendo con esas sonrisas que parecía regalar por debajo del bigote:

--Se la aceptamos si usted acepta que se la paguemos.

La mujer protestó, sonriendo también, en tanto tendía una sábana tan blanca como su sonrisa:

--No, vecino, nada de pagos; no vale la pena; déjeme tender esta ropita y en seguida les doy una taza de te.

Ahora era una taza: la ropita la había hecho crecer. El Filósofo se adelantó a ayudarla y Cristián y yo, que no teníamos nada que hacer, miramos: la mujer engañaba a primera vista. Se parecía algo a la mujer del turco, no sé en qué, en el color, en la humildad de las ropas, en la estatura, en el pelo, pero a esta podía verla de cerca, trabajando, moviéndose, en tanto que a la otra la había visto siempre inmóvil, de pie junto a una puerta, mirando: el cuerpo de ésta era delgado, pero no ruín sino musculoso y bien delineado; bajo las polleras, negras, se advertían unas caderas plenas y se veía claramente que las nalgas y el trasero, menudo él, se movían con una dependencia absoluta de los otros/miembros del cuerpo y no por movimientos de los

to y alarmado por una pluma. Por otra parte, siempre había en las plazas un obrero sin trabajo o enfermo y en su patio algunas mujeres tendiendo ropa, lavando o despijando a un niño. Además, había sido inútil pretender cerrar la puerta, cosa que advertí al día siguiente: la puerta no tenía cerrojo.

En el momento de marcharnos, una mujer que tendía unas ropas en el patio nos saludó y dijo:

--¿Ya se van, vecinos? No quieren tomar una tacita de té? Aquello me pareció un canto de pájaro o de ángel, al ver que los pájaros o los ángeles pueden ofrecer en la mañana o a cualquier hora una tacita de té, no una taza sino una tacita. Con gran sorpresa mía, Cristóbal no contestó, y Rohavertie, que llevaba siempre la voz cantante y que fue el que habló, dijo, sonriendo con esas sonrisas que parecía regalar por debajo del cigote:

--Se la aceptamos si usted acepta que se la paguemos. La mujer protestó, sonriendo también, en tanto tendía una sábana tan blanca como su sonrisa:

--No, vecino, nada de pagos; no vale la pena; déjeme tender esta ropa y en seguida las doy una taza de té.

Ahora era una taza: la ropita la había hecho crecer. El Filósofo se adelantó a ayudarla y yo, que no teníamos nada que hacer, miramos: la mujer enseñaba a primera vista. Se parecía algo a la mujer del túnel, no sé en qué, en el color, en la humildad de las ropas, en la estatura, en el pelo, pero a esta podía verla de cerca, trabajando, moviéndose, en tanto que a la otra la había visto siempre inmóvil, de pie junto a una puerta, mirando: el cuerpo de ésta era delgado, pero no ruin sino monumental y bien delineado; bajo las polseras, negras, se advertían unas cadenas plateadas y se veía claramente que las naipes y el terciopelo, cuando él, se movían con una dependencia absoluta de los otros miembros del cuerpo y no por

su cuenta y riesgo. El pecho era pequeño y duro. Miré a Cristián, creyendo que también hacía sus observaciones, pero Cristián miraba hacia el mar; al parecer, la mujer no le llamaba la atención.

Cuando la mujer y Echeverría terminaron de tender la ropa, entramos a su pieza. Estaba al lado de la nuestra y en ella se sentía el olor que se siente en los cuartos en que duermen niños pequeños y que viene a ser como su olor, un olor combinado de leche, ropa húmeda y caca: lo aspiré profundamente. Era un olor a hogar, y allí estaban, sobre una de las camas, sentado el uno, acostado el otro, de unos dos años aquél, de meses apenas éste; el primero, con tamaños ojos abiertos, nos miraba mientras comía un gran trozo de pan, despeinado, en camisita, la cara morena y reluciente, un mechón de oscuro pelo atravesándole la frente de un lado a otro; no mostró sobresalto alguno, al contrario, saludó agitando una mano. El otro, tendido de espaldas, medio desnudo, no hizo caso alguno de nosotros: miraba hacia el techo y pataleaba furiosamente, como si se le hubiera encargado que lo hiciera, mientras lanzaba pequeños gritos de placer.

--Hola, don Jacinto -- saludó Echeverría al mayor --. ¿Está bueno el pan?

El niño no contestó: un gran bocado se lo impedía, --, pero movió la cabeza asintiendo: estaba bueno.

--Siéntense, por favor -- dijo la mujer, pasando un trapo sobre la mesa llena de migas y rociada con algunas gotas de leche --. En un segundo les sirvo.

Mientras limpiaba la mesa me observó rápidamente: era la primera vez que me veía y quizá quería saber qué clase de bicho era; yo hice lo mismo, mirando su mejilla izquierda, tersa y morena, sobre la cual rolaba un tirabuzón de pelo negro. Su primera mirada fué de reconocimiento, es decir, de curiosidad; la segunda, de sorpresa y de algo más que no habría podido precisar, pero que me recordó la mirada de la mujer de Mendoza, una mirada que

un cuento y riesgo. El pecho era pequeño y duro. Miré a Cristóbal, creyendo que también hacía sus observaciones, pero Cristóbal miraba hacia el mar; al parecer, la mujer no le llamaba la atención.

Quando la mujer y Scheverría terminaron de tender la ropa, entramos a la pieza. Estaba al lado de la nuestra y en ella se sentía el olor que se advierte en los cuartos en que duermen niños pequeños y que viene a ser como un olor, un olor combinado de leche, ropa húmeda y casa: lo aspiré profundamente. Era un olor a hogar, y allí estaban, sobre una de las camas, sentados el uno, acostado el otro, de unos dos años aquel, de meses apenas éste; el primero, con grandes ojos abiertos, nos miraba mientras comía un gran trozo de pan, desmenuado, en camiseta, la cara morena y reluciente, un momento de oscuro pelo atravesándole la frente de un lado a otro; no mostró sorpresa alguna, al contrario, saludó agitando una mano. El otro, tendido de espaldas, medio desnudo, no hizo caso alguno de nosotros: miraba hacia el techo y pateaba furiosamente, como si se le hubiera encerrado que se le oliera, mientras lanzaba pequeños gritos de placer.

--Hola, con tacto -- saludó Scheverría al mayor --. Está bueno el pan?

El niño no contestó: un gran bocado se le impedía, --, pero movió la cabeza asintiendo: estaba bueno.

--Siéntense, por favor -- dijo la mujer, pasando un trapo sobre la mesa llena de migas y rociada con algunas gotas de leche --. En un segundo les sirvo.

Mientras limpiaba la mesa me observó rápidamente: era la primera vez que me veía y quise que él supiera que él era de él; yo hice lo mismo, mirándolo en la mejilla izquierda, tersa y morena, sobre la cual reposaba un trapo de pelo negro. Su primera mirada fue de reconocimiento, se dejó, de curiosidad; la segunda, de sorpresa y de algo más que no habría podido precisar, pero que me recordó la mirada de la mujer de Mendoza, una mirada que

desde lejos parecía tener un interés distinto del que mostraba desde cerca (ni de cerca ni de lejos eres un buen mozo ni nada que se le parezca; estás flaco, demacrado, tienes los ojos hundidos, la frente estrecha, el pelo tieso y revuelto. Tu cuerpo es alto, sí, pero desgarrado y caminas con la cabeza gacha y la espalda encorvada: parece que buscaras algo por el suelo, pero no buscas nada que se te haya perdido o que pienses encontrar; tu ropa, además, no hace nada por tí, al contrario, te desacredita, y visto de lejos y de cerca parecen que sólo te faltara el olor para ser una mata de perejil; de modo que no te hagas ilusiones. No me hago ninguna. Lo que ocurre es que llamas la atención por el contraste que hay entre tu cuerpo y la expresión de tu cara y de tu mirada, una cara de niño y una mirada como de palomo que debe sorprender a las mujeres, a toda la gente, mejor dicho, a mí también. Falta mucho tiempo aún para que atraigas a las mujeres. No pretendo atraerlas; únicamente te preguntaba por qué algunas mujeres me miran así. Debe ser por eso que te digo y porque tienen talvez un espíritu maternal muy desarrollado. A mí no me miran jamás con ninguna mirada agradable: mis bigotes las espantan. Los pobres diablos como yo jamás deberíamos usar bigotes, pero si me los cortara sería peor; tengo un labio superior más horroroso que el bigote. Anda, dame otro poco de vino.)

El cuarto era, comparado con el nuestro, casi elegante; era más amplio y se veían allí dos catres de hierro en buen estado, colchas limpias e intactas, almohadas con fundas y sábanas, ¡sábanas limpias!; aquí y allá dos pequeños aparadores ^{de} cañas de bambú con tablas cubiertas de hule; una mesa, tres o cuatro sillas y un velador entre las dos camas; además, un canastito grande, de lavandera, y una tabla de planchar colocada entre dos caballetes. Era un amoblado humilde, aunque completo y bien tenido. Se suponía, sí, que cuando llegara un tercer niño el matrimonio debería irse de allí; quedarían muy estrechos. Al lado de la mesa, en el suelo y dentro de un brasero de latón, borboteaba una tetera y amenazaba subirse, dentro de un jarro

desde lejos parecía tener un interés distinto del que mostraba desde cerca.
 En la boca ni de lejos era un buen mozo ni nada que se le pareciera; antes
 flaco, demacrado, tienen los ojos hundidos, la frente estrecha, el pelo tieso
 y revuelto. Tu cuerpo es alto, sí, pero desgarbado y camina con la cabeza
 hacia atrás y la espalda encorvada: parece que buscaras algo por el suelo, pero
 no puedes nada que se te haya perdido o que quieras encontrar; tu ropa,
 además, no hace nada por tí, al contrario, te desacredita, y visto de lejos
 y de cerca parecen que sólo te faltara el olor para ser una mata de paja.
 ¡Mí de modo que no te hagas ilusiones. No me hago ilusiones. Lo que ocurre
 es que llamas la atención por el contraste que hay entre tu cuerpo y la ex-
 presión de tu cara y de tu mirada, una cara de niño y una mirada como de
 demonio que debe sorprender a las mujeres, a toda la gente, mejor dicho, a
 mí también. Falta mucho tiempo aún para que atraigas a las mujeres. No pre-
 gúntaslas; únicamente te preguntaba por qué algunas mujeres me miran
 así. Debe ser por eso que te digo y porque tienen tal vez un espíritu ater-
 rado muy descontrolado. A mí no me miran jamás con ninguna mirada aterrada:
 las brujas las espantan. Los pobres diablos como yo jamás deberíamos usar
 brujas, pero al me los cortara sería peor; tengo un labio superior más ho-
 noroso que el bigote. Anda, dame otro poco de vino.)
 El cuarto era, comparado con el nuestro, casi elegante; era más amplio
 y se veían allí dos caires de hierro en buen estado, colchas limpias e in-
 tactas, almohadas con fundas y sábanas limpias; aquí y allí dos
 pequeños aparadores ^{de} con cañas de bambú con tablas curvadas de hueso; una ma-
 ca, tres o cuatro sillas y un velador entre las dos camas; además, un cana-
 to grande, de lavandero, y una tabla de planchar colocada entre dos caballe-
 res. Era un ambiente humilde, aunque completo y bien tendido. Se suponía, al
 que cuando llegara un tercer niño el matrimonio debería irse de allí; que-
 rían muy estrechos. Al lado de la mesa, en el suelo y dentro de un pres-
 to de latón, había una tetera y amenazaba subir, dentro de un jiro

de hierro enlozado, una porción de leche. La mujer removi6 el fuego, puso unas tazas y unos platillos sobre la mesa y unos trozos de pan y un platillo con mantequilla. Era un desayuno en regla, un desayuno que no veía ni comía desde mucho tiempo y me senté, avergonzado y anheloso a la vez, ante la mesa. Me sentía bien: había allí acogimiento, calor, intimidad, olor a niños. En un instante, con sus delgadas manos, la mujer nos sirvió café y leche, tostó unos pedazos de pan, les echó una capa de mantequilla, los puso en un plato que colocó en el centro de la mesa y nos animó:

--Listo: sírvanse antes que se enfríe. Por aquí, don Alfonso.

Echeverría, que había tomado la iniciativa de aceptar la invitación, estaba confuso y torpe; se le enrojeció el rostro e inclinó la cabeza. Cristián, sin apresurarse, pero también sin detenerse, tomó la iniciativa; lo imité, resuelto. La mujer miraba a Alfonso:

--Ya, don Alfonso; sírvase. ¿Está enfermo? --Creí que mi amigo echaría a llorar, tan compungido se le veía. Reaccionó, por fin, y dijo, sentándose ante la mesa:

--¿Y el maestro Jacinto? ¿Está bien? --Muy bien -- afirmó la mujer, que estaba de pie, cerca de la mesa --.

Tiene lejos el trabajo y se va muy temprano. A las seis ya va bajando el cerro.

--Es hombre muy trabajador -- aseguró El Filósofo, sin gran entusiasmo.

La mujer asintió:

--Sí, pero si no hubiese tanto vino en las cantinas trabajaría menos.

Echeverría miró a la mujer:

--¿Sigue gustándole el tinto?

--Es lo único que le gusta: no hay noche que no llegue por lo menos con dos botellas en el cuerpo, y dos botellas no son nada para él, un sorbo que apenas le alcanza para humedecerse las guías del bigote.

Aquello me resultaba divertido.

Al contrario, hablando y cantando una vez que

--¿Y cuántas botellas necesita para sentirse satisfecho? -- pregunté.

--Nadie lo ha sabido hasta ahora, ni él mismo: cuando empieza a beber con dinero en el bolsillo y tiempo por delante, nunca bebe de a medios vasos de una vez, siempre vasos llenos, sean del tamaño que sean; bebe de a medios vasos de una vez sólo cuando va a beber poco, unas dos botellas, o cuando, después de muchas, tiene, según él mismo dice, el vino hasta la manzana; entonces no se puede inclinar, no por miedo de caerse sino por el de que el vino le salga por la nariz.

Reímos.

--Lo más curioso de todo -- agregó la mujer -- es que el vino no le hace nada; lo emborracha, es cierto, pero no lo enferma; creo que si bebiera de una vez tanta agua como bebe de vino, se enfermaría; con vino, no. Otras personas ~~vomitán~~ vomitan, les duele la cabeza, amanecen con el estómago destrozado, les salta el corazón, les tiritita el pulso, pero él... A veces no llega a dormir; tanto se emborracha que no puede llegar hasta su casa; se queda por ahí, despierto o dormido, sentado quizá; pero al día siguiente, a la hora justa está en el trabajo, ~~sintiendo~~ sin un dolor, una molestia, bien serio, tieso todavía de vino y dándole al martillo y el serrucho.

A los pocos días conocí al maestro Jacinto: era un hombretón alto, de gran espalda y alto pecho, muy moreno, de bigotes, largas piernas y seguro andar; me miró de lado y a pesar de que me vió saliendo de una pieza vecina de la suya no me saludó, ~~parecía que no me saludaba~~ ni dijo palabra alguna; parecía hombre muy silencioso; y noches después, mientras Cristian, con aguja e hilo en una mano y su camisa en la otra, intentaba remendarla a la luz de su cabo de vela, y El Filósofo, sentado junto a él, leía un trozo de diario viejo, de un mes o de un año atrás -- lo había sacado de debajo del colchón --, y yo, con la cabeza afirmada en una mano, procuraba adivinar lo que se decía en las páginas de una revista tan vieja como el diario que leía El Filósofo, sentimos que el maestro Jacinto llegaba a su cuarto, no silencioso como lo era corrientemente sino, al contrario, hablando y cantando unos versos que

--¿Y cuántas botellas necesita para sentirse satisfecho? -- pregunté.
--Medio lo ha sabido hasta ahora, ni él mismo: cuando empieza a beber
con dinero en el bolsillo y tiempo por delante, nunca debe de a medias ver-
sas de una vez, siempre vasos llenos, sean del tamaño que sean; debe de a
medios vasos de una vez sólo cuando va a beber poco, unas dos botellas, o
cuando, después de muchas, tiene, según él mismo dice, el vino hasta la
narina; entonces no se puede inclinar, no por miedo de caerse sino por el
hecho de que el vino le salga por la nariz.

Reímos.

--Lo más curioso de todo -- agregó la mujer -- es que el vino no le ha-
ce nada; lo emborracha, es cierto, pero no lo enferma; creo que si bebiera
de una vez tanta agua como bebe de vino, se enfermaría; con vino, no. Otras
personas vomitan, les duele la cabeza, amanecen con el estómago
destrozado, les salta el corazón, les tiritan los pulso, pero él... A veces
no llega a dormir; tanto se emborracha que no puede llegar hasta su casa;
se queda por ahí, despierto o dormido, sentado quizás; pero al día siguiente,
a la hora justa está en el trabajo, ~~sin un dolor~~, una molestia,
bien serio, tiene todavía de vino y dándole al martillo y el serrucho.
A los pocos días conocí al maestro Jacinto: era un hombre alto, de
gran espalda y alto pecho, muy moreno, de bigotes, largas piernas y seguro
andar; me miró de lado y a pesar de que me vió saliendo de una plaza vecina
de la suya no me saludó, ~~pero me dijo~~ me dijo palabras algunas; parecía
hombre muy silencioso; y noches después, mientras Cristóbal, con suja a él
en una mano y su camisa en la otra, intentaba remendarla a la luz de su co-
no de vela, y El Filósofo, sentado junto a él, leía un trozo de diario vie-
jo, de un mes o de un año atrás -- lo había sacado de debajo del colchón --
y yo, con la cabeza afirmada en una mano, procuraba adivinar lo que se decía
en las páginas de una revista tan vieja como el diario que leía El Filósofo,
sentados que el maestro Jacinto llegaba a su cuarto, no silencioso como lo
era corrientemente sino, al contrario, hablando y cantando unos versos que

hablaban del puerto de Valparaíso: "Puerto de Valparaíso --, ventanas y corredores --, donde se embarca el marino -- junto con los cargadores."

Su canto fué recibido con un silencio impresionante; lo repitió y recibió una advertencia:

--Acuéstate, borracho; los niños están durmiendo: no metas bulla.

Pero el carpintero, alegre, siguió cantando con su voz bronca los demás versos de la canción y se paseó de acá para allá; rió después y por fin pareció tropezar; se sintió un golpe atroz y en seguida, en vez de llantos de niños o rezongos de la mujer, un gran silencio, como si el maestro Jacinto, al caer, hubiese aplastado y muerto a toda su familia, lo que no era nada difícil. Después de un instante se sintió jadear a alguien; escuchamos: la mujer dijo:

--¡Borracho perdido! Además de llegar en ese estado viene a hacer tontearías. . .

El Filósofo había dejado de leer y escuchaba con atención; Cristián, escuchando también, pestañeaba ante la luz mientras hacía delicadas maniobras para lograr unir los bordes de un rasgón; estaba cubierto nada más que por una chaqueta y la piel, blanca, se veía llena de picaduras de pulgas. Se oyó un golpecito en el muro y de nuevo la voz de la mujer:

--Vecino. . .

Nadie contestó ni se movió; no sabíamos a quién se dirigía. La mujer insistió, con mucha dulzura ahora:

--Vecino Alfonso. . .

--¿Qué pasa, señora? -- preguntó Echeverría, con igual dulzura.

La mujer respondió, afligida:

--Venga a ayudarme a levantar a este borracho: no lo puedo mover.

Mi amigo dejó a un lado el trozo de diario y salió hacia el patio. Creí que Cristián lo acompañaría, pero Cristián no hizo movimiento alguno; siguió cosiendo. Me erguí, pero Cristián me detuvo, diciendo en voz baja:

... y co-
... --, donde se embarca el marino -- junto con los carabineros.
... el canto del pastoreo con un silencio impresionante; se refugio y volu-
... una advertencia.

--Rememorate, borracho; los rinos están durmiendo no me van a fallar.
... el carabinero, el que, al igual de cuando con la voz de los rinos
... de la canción y se pasó de ese para allá; él desahogado y por fin po-
... se refugio en golpe seco y en seguida, en vez de llamar a
... un gran silencio, como al el maestro de
... mujeres agitando y murio a cada familia, lo que no era
... de un instante se sintió jadear a alguien; cada uno de
... como si algo se vino, se volaron; con una

--¡Borracho perdido! Además de lo que en ese estado viene a hacer tanto
... las...

El silencio había dejado de ser y escuchaba con atención; el silencio
... escuchando también, escuchando ante la luz mientras había delicias
... para poder unir los dedos de un resaca; estaba cubriendo nada más que
... una chaqueta y la piel, blanca, se veía llena de picaduras de
... en el golpeado en el mano y de nuevo la voz de la mujer
... --Vecino...

... se movió; no sabemos a quién se dirigía. La mujer in-
... con mucha fuerza sonora.
... --Vecino Alfonso...

--¿Qué pasa, señora? --preguntó Schweitzer, con igual fuerza.
... la mujer respondió, atenta:
--Vengo a agradecerle a levantar a este borracho; no lo puedo mover.

... un lado al trazo de alfiler y salió hacia el patio. Era
... para cristiano lo acompañaría, pero cristiano no hizo movimiento alguno; si-
... no era cristiano, no era, pero cristiano se detuvo, diciendo en voz baja:

--No vaya.

Aquello me llenó de sorpresa.

--¿Por qué? -- le pregunté.

Cristián respondió con un signo vago.

--¿Podrá él solo?

Hizo ahora un gesto que me dejó más sorprendido aun, un gesto que indicaba algo que en ese instante era difícil comprender. Me encogí de hombros y lo miré, interrogándole:

--¿Qué quieres decir?

Entonces susurró, señalando hacia el cuarto vecino:

--Le gusta.

--¿Le gusta? ¿Qué es lo que le gusta?

Cristián sonrió y puso un dedo sobre sus labios, pidiendo que callara; callé y escuchamos: Echeverría abrió la puerta del cuarto vecino y preguntó:

--¿Qué pasa, vecina?

La mujer contestó, con la misma voz afligida:

--Este hombre, don Alfonso: se ha caído y no lo puedo levantar.

No era raro: el carpintero era un peso difícil de levantar y me figuré que ni siquiera mi amigo lo lograría.

--A ver, a ver. ¡Vaya! Ha elegido la peor postura.

El borracho había caído entre las dos camas y luego, moviéndose, quedó atravesado entre ellas. Era necesario hacerlo girar y levantarlo después. Lo difícil estaba en efectuar el primer movimiento, pero Echeverría, que no tenía mucha fuerza, tenía en cambio inventiva y dijo:

--Corramos la cama.

Se sintió rodar un catre; un niño se quejó y luego oímos un jadeo: El Filósofo cogía al hombre por alguna parte y lo hacía girar o correr.

--Ayúdeme, de ahí, de los pies, así.

...lo voya.
...la llamo de sorpresa.
...lo presunté.
...fue responsable con un alma vacía.
...gracias él solo?
...fue ahora un gesto que me dejó más sorprendido aun, un gesto que indi-
caba algo que en ese instante era difícil comprender. Me encogí de hombros
y lo miré, interrogándole:
...me quieres decir?
...hablando hacia el cuarto vecino:
...lo que.
...lo que? ¿qué es lo que lo quita?
...tristemente miró y puso un dedo sobre sus labios, pidiendo que callara;
...calló y se echó a reír: Revertirle abrió la puerta del cuarto vecino y pregun-
tó:
...me caso, vecinas?
...las voces contestó, con la misma voz estúpida:
...ato hombre, don Alfonso: se me casó y no lo puedo levantar.
...lo que raro: el carpintero era un poco difícil de levantar y me lla-
mó que al almorzar mi amigo lo llevara.
...a ver, ¿vale? En el alba la peor postura.
...el portero había caído entre las dos camas y luego, moviéndose,
...se arrastró entre ellas. Era necesario hacerlo girar y levantarlo des-
pués. Lo difícil estaba en efectuar el primer movimiento, pero conseguí-
do no tenía mucha fuerza, tenía en cambio inventiva y dijo:
...Contra la cama.
...se levantó sobre un codo; un niño se quedó y luego almorzó un poco.
...fue así como el hombre por alguna parte y lo había visto a correr.
...y viene, es así, de los pies, así.

Sonó de nuevo el catre, se sintió un doble quejido y el elástico de una de las camas rechinó bajo el precioso peso del maestro Jacinto. Después de eso todo quedó en silencio, un silencio que duró algunos segundos. Miré a Cristián: seguía cosiendo y escuchando. Sonaron en seguida los pasos de Echeverría, se abrió la puerta de nuestro cuarto y entró, sentándose de nuevo junto a la vela y cogiendo el trozo de diario; no pudo leer, sin embargo: el esfuerzo y la impresión le habían hecho perder la calma; suspiró profundamente, dejó el diario y se levantó, paseándose largo rato por el cuarto, muy silencioso.

(--El sinvergüenza de Cristián tiene razón: me gusta, pero me gusta como me gusta el viento o la luna, ¿para qué?, nada más que para sentirla o mirarla: nunca será mía y jamás se me ocurrirá ni siquiera insinuárselo. Se vinieron a esa pieza cuando yo ya vivía en la mía, hará unos tres años, más o menos. En esa pieza pasaron los dos su luna de miel y en esa pieza ha tenido ella sus dos niños; he sido testigo de todo, aunque sólo de oídas, que es a veces la peor forma de serlo; he oído sus quejas de amor y sus quejidos de dolor. Estaba durmiendo y no sé qué hora sería cuando me despertó un tumulto horroroso: gritos, carcajadas, aullidos de perros, maullidos de gatos, bramidos de toro, cacareos, mugidos, todo lo que la garganta humana y animal puede producir e imitar. Sentí que abrían la puerta del cuarto y eso me sorprendió: en la mañana, al marcharme, ~~había estado desocupado~~ estaba desocupado, pero, sin duda, durante mi ausencia habían traído los muebles; el mayordomo no me había dicho nada y, por lo demás, no tenía por qué decírmelo; en los conventillos se acostumbra uno a vivir al lado de la gente más extraordinaria, ladrones, policías, trabajadores, mendigos, asaltantes, comerciantes, de todo, gente que se cambia de un lugar a otro con más frecuencia que de ropa interior; pero en alguna parte han de vivir; existen y necesitan de todo lo que los demás necesitan. Abrieron la puerta, como te digo, y entraron los gritones, los maulladores, los mugidores, los bramadores y se oían

Conó de nuevo el entre, se sintió un doble pedido y el eléctrico de una de las camas reschó bajo el peso del maestro Jacinto. Después de eso todo quedó en silencio, un silencio que duró algunas segundos. Miró a Cristóbal: seguía acostado y escuchando. Sonaron en seguida los pasos de Koververia, se abrió la puerta de nuestro cuarto y entró, sentándose de nuevo junto a la vela y cogiendo el libro de diario; no pudo leer, sin embargo: el esfuerzo y la impresión le habían hecho perder la calma; suspiró profundamente, dejó el diario y se levantó, paseándose largo rato por el cuarto, muy silencioso.

(--El silencio de Cristóbal tiene razón: me gusta, pero me gusta como me gusta el viento o la luna, ¿para qué?, nada más que para sentirse o mirar las cosas: nunca será más y jamás se me ocurrirá ni siquiera insinuárselo. Se vi-
nieron a esa pieza cuando yo ya vivía en la mía, hará unos tres años, más o menos. En esa pieza pasaron los dos en luna de miel y en esa pieza he tan-
do ella a los niños; he sido testigo de todo, aunque sólo de oídas, que es a veces la peor forma de serlo; he oído sus quejas de amor y sus quejas de dolor. Estaba durmiendo y no sé qué hora sería cuando me despertó un ta-
pido horrible: gritos, carcajadas, alidos de perros, mullidos de gatos, bramidos de toro, cacareos, mugidos, todo lo que la garganta humana y ani-
mal puede producir e imitar. Sentí que abrían la puerta del cuarto y eso me sorprendió: en la mañana, al marcharme, ~~intuitivamente~~ estaba descorpe-
do, pero, sin duda, durante mi ausencia habían traído los muebles; el me-
jor como no me había dicho nada y, por lo demás, no tenía por qué decirme; en los conventillos se acostumbra uno a vivir al lado de la gente más extra-
ordinaria, ladrones, policías, trapajadores, mendigos, asaltantes, comercian-
tes, de todo, gente que se cambia de un lugar a otro con más frecuencia que de ropa interior; pero en alguna parte han de vivir; existen y necesitan de todo lo que los demás necesitan. Abrí la puerta, como te digo, y entra-
ron los gritones, los malhabidos, los mugidores, los bramadores y se oían

voces de hombres y gritos y risas de mujeres que reían y gritaban como si les estuviesen levantando las faldas y se asustaran y les gustara al mismo tiempo. ¿Qué demonios pasaba? Después de un momento caí en la cuenta: alguien repetía, como si le pagaran para ello, un mismo grito en tono menor: ¡vivan los novios! No creí, al principio, que se tratara de novios, es decir, de recién casados; supuse que se trataba de una pareja, es cierto, marido y mujer, casados ya, y que lo de novios era una broma, una pareja, joven o no, que se venía a vivir allí y a la cual sus amistades acompañaban a su nuevo domicilio. Esperé que aquello se calmara; después dormiría; cómo no; se calmó el escándalo, o sea, se fueron los que gritaban, los que aullaban, los que bramaban, los que cacareaban y los que mugían, pero el maestro Jacinto y su mujer, su mujer nuevecita y para él solo, se quedaron. Tú conoces al maestro Jacinto: no habla sino rara veces; cuenta cuando está borracho; aquella noche habló menos que nunca; no era una noche para hablar. No hubo nada previo, nada de aquello que se supone que ocurrirá o se dirá en esas circunstancias: se fué contra la mujer como se va contra las botellas de vino: de un viaje y ni ella ni él intentaron disimular nada ni pretendieron pasar desapercibidos; parecían creer que estaban solos en el conventillo y casi solos en el cerro y en la ciudad. Pensé levantarme e irme a vagar por ahí, a refrescarme, pero pensé: bah, me quedaré ~~dormido~~ dormido pronto; cómo no; imposible dormir, y no porque sea vicioso o curioso, no; lo que ocurrió es que la pasión sexual de esa mujer resultó tan extraordinaria, tan desusada, sobre todo en una mujer como la de aquella noche, virgen y recién desflorada, que me quitó el sueño como con la mano. Jamás había oído hablar de nada semejante y si alguien me lo hubiera contado no lo habría creído; casi me producía temor y te juré que en ningún momento, después de los primeros minutos, desee estar en el lugar del carpintero. Se quedó dormido pronto -- tal vez se había bebido unas dos damajuanas para celebrar su boda -- y ella lo despertó con quejas, arrumacos y besos; gruñó, pero despertó; se volvió

a dormir y lo despertó de nuevo; volvió a gruñir y creo que la amenazó con darle una bofetada; ella insistió. ¿Para qué te digo lo que le decía? Sería ridículo. Toda la noche estuvo despierta; yo también; el maestro Jacinto dormía, roncaba, bufaba, gruñía, se pedía; ella, despierta, lo arrullaba, lo acariciaba, le decía palabritas que me hicieron sonreír cuando después ví a quien fueron dirigidas. . . Hasta este momento no sé si aquello era espontáneo o si alguien, su madre o alguna amiga, le aconsejaron; lo que puedo decirte es que, para desgracia mía y para felicidad del maestro Jacinto, o al revés, no duró mucho tiempo. Al día siguiente él se levantó muy temprano, se lavó, se preparó el desayuno y se fué a trabajar; y se fué sin despedirse de ella, que talvez dormía. Yo oía todo, todo, y lo seguí oyendo durante varias noches, no sé cuántas, no demasiadas, por suerte, pero sí las suficientes. Al otro día, cuando ví a la mujer, me quedé de una pieza: tú la conoces, es una pluma, delgada, ágil, liviana, con una cara que no tiene nada de extraordinario, excepto los ojos, que están llenos de una luz que ilumina desde muy adentro y lejos. ¿De modo que esa era la fiera? No se dió cuenta de nada, es decir, no se dió cuenta de que alguien pudo oírla, y a la noche siguiente -- llegué temprano y silenciosamente a la pieza -- siguió con su pasión. El maestro Jacinto se reía por debajo de los bigotes: jo, jo, jo -- ¿qué más quería un hombre como él que una mujer como ella? --, pero se reía sólo hasta el momento en que, ya satisfecho y cansado, el sueño lo hundía en las tinieblas; ella lo despertaba y él accedía, aunque gruñendo: había trabajado todo el día -- es carpintero de obra -- de pie y colgando del andamio y, además, con seguridad y como lo hace hasta ahora, antes de venirse a su casa se bebía sus dos botellitas de vino; comía, se acostaba y se entretenía un rato con ella, pero a las once de la noche era una piedra, una piedra que la mujer lograba a veces despertar y conmover, pero a la cual no pudo ni siquiera hacer gruñir cuando, varias noches después de la primera, llegó borracho. Rogó, amenazó, suplicó, arru-

lló, en vano: el maestro Jacinto era sólo un inmenso ronquido, un ronquido que estremecía las murallas del cuarto. Allí se acabó: desde esa noche la pasión se fué apagando como un fuego que nadie alimentara sino que, al contrario, apagaba. El vino lo apagó y sólo volvió a encenderse, de vez en cuando, cuando él ponía algo de su parte; pero ya no era el mismo fuego. Yo escuchaba siempre y a veces me sentía feliz de que se apagara y a veces me sentía triste; terminaba algo que me hacía sufrir, pero también algo que me hacía gozar, no de mala manera sino de otra, que no sé explicarte: aquella pasión, en la cual yo no tenía nada que ver -- era sólo un auditor --, me daba una poderosa sensación de vida; no era únicamente carnal, grosera, no; había en ella, en la mujer, algo tan profundamente tierno en medio de algo tan ardiente, algo tan puro en medio de algo tan oscuro, que su desaparición me causó tristeza; era como el fin de una novela cuya vida y sentimientos uno termina por compartir. Algunas noches, solo en mi cuarto, pensaba: me gustaría tener alguna vez una mujer como ésta, cariñosa, tierna, ardiente, de todo; después pensaba: ¿para qué? Me portaría con ella como el maestro Jacinto, quizá peor porque soy un flojo y un enfermo y llegaría el momento en que ante sus besos, sus arrullos, sus cariños, sólo respondería con un gruñido o con una amenaza: ¡déjame, ~~porque me molestas~~ si no quieres que te dé una bofetada! Y aunque Cristián te diga que esa mujer me gusta, no le creas, o créele a medias: me gusta como un recuerdo, como el recuerdo de algo perdido, de una belleza que desapareció. Lo peor de todo es que el maestro Jacinto no se ha dado cuenta ^{que} de aquella mujer y aquella pasión han desaparecido; jamás ha dicho una palabra que se refiera a ello. Es como si no hubieran existido. Es posible que tampoco ella se acuerde. Yo soy el único que las recuerda.)

llo, en vano: el nuestro Jacinto era sólo un hombre conocido, un conocido
 que estremecía las murallas del cuarto. Allí se acabó: desde esa noche la
 vida se fué apagando como un fuego que nadie alimentara más que, al con-
 trario, apagaba. El vino lo apagó y sólo volvió a encenderse, de vez en
 cuando, cuando él ponía algo de su parte; pero ya no era el mismo fuego. Yo
 escuchaba siempre y a veces me sentía feliz de que se apagara y a veces me
 sentía triste; terminaba algo que me hacía sufrir, pero también algo que me
 hacía gozar, no de mala manera sino de otra, que no sé explicar: aquella
 pasión, en la cual yo no tenía nada que ver -- era sólo un auditor --, me
 daba una poderosa sensación de vida; no era únicamente carnal, grosera, no;
 había en ella, en la mujer, algo tan profundamente tierno en medio de algo
 tan ardiente, algo tan puro en medio de algo tan oscuro, que se desparti-
 ción me causó tristeza; era como el fin de una novela cuya vida y sentimen-
 tos uno termina por compartir. Algunas noches, solo en mi cuarto, pensaba:
 ¿gustaría tener alguna vez una mujer como ésta, cariñosa, tierna, ardien-
 te, de todo; después pensaba: ¿para qué? Me portaría con ella como si man-
 dra Jacinto, quizá peor porque soy un flojo y un enfermo y llevaría el mo-
 mento en que ante sus besos, sus artillos, sus cariños, sólo respondería
 con un estudio o con una amenaza: ¡déjame, ~~no me gustas~~ si no quieres
 que te dé una palatada! Y cuando Cristóbal te diga que esa mujer me gusta,
 no la creas, o créela a medias: me gusta como un recuerdo, como el recuerdo
 de algo perdido, de una belleza que desapareció. Lo peor de todo es que el
 nuestro Jacinto no se ha dado cuenta de aquella mujer y aquella pasión han
 desaparecido; jamás ha dicho una palabra que se refiera a ello. Es como si
 no hubieran existido. Es posible que tampoco ella se acuerde. Yo soy el úni-
 co que las recuerda.)

...vanículo; el desnivel lo impide y sólo algún cargador con su caballo o
...cargador con su burro pasa por ellos. Las casas achican y las veredas y
...las calles las ayudan. Cristiana marcha siempre por la orilla próxima a las
...casas -- algunas no son más que ranchos y otras parecen jantes. Para al-
...zar a ellas es preciso trepar tres o cuatro metros de empinada escalera --
...las mira, de pasada, con **IX** sinuosidad, como si en cada una encontrara
...algo a encontrar algo extraordinario; a veces se detiene frente a una de

Bajamos despacio el cerro. El desnivel obliga a la gente a caminar de
prisa, pero no es sólo el desnivel el que la empuja; es también el trabajo
o la cesantía, la comida, la mujer o alguno de los niños, enfermo, la ropa
a punto de perderse en la casa de préstamos, el dinero que se va a pedir
prestado, y estotro y lo de más allá: se tiene ésto y falta aquéllo y siem-
pre es más lo que falta que lo que se tiene. El hombre hace lo que puede:
trabaja y gana algo, pero no tanto que le permita cubrirlo todo; debe en-
tonces trabajar la mujer y el niño mayor si tiene edad suficiente y a veces
aunque no la tenga; lavar, coser, vender diarios, lustrar zapatos, soplar
botellas en una fábrica de vidrios o cargar y descargar tablas en una ba-
rraca: siempre hay alguien que tiene trabajo para un niño; se le paga menos
y eso es ya una ganancia; algunos mendigan, otros roban y así se va vivien-
do o muriendo. Pero nosotros nos reimos del desnivel; no tenemos mujer ni
hijos, no tenemos ropa empeñada -- la que tenemos la llevamos puesta -- y
nadie nos prestará cinco centavos; es una ventaja, una ventaja que nos per-
mite caminar paso a paso, detenernos cuando lo queremos, mirar, reir, con-
versar o sentarnos aquí o allá. Marchamos en fila ~~inmóvil~~ si la vereda es
ancha, de a uno en fondo si es angosta y de a dos adelante y uno atrás o
dos atrás y uno adelante si no es más que mediana. Las calles de los ce-
rros no obedecen a ninguna ley ni cálculo urbanístico, han sido trazadas,
hechas, mejor dicho, calculando gastar el menor esfuerzo en subirlas; por
lo demás, muchas están de sobra, ya que por ~~ninguna~~ ellas rara vez transita

lo demás, muchas están de sobra, ya que por algunas otras se ven transi-
 tas, mejor dicho, calculando gastar el menor esfuerzo en subirlos; por
 eso no obedecen a ninguna ley ni cálculo urbanístico, han sido tirados,
 dos atrás y uno adelante si no es más que mediana. Las calles de los ce-
 rros, de a uno en fondo si es angosta y de a dos adelante y uno atrás o
 verse o sentarse aquí o allá. Marchamos en fila india si la vereda es
 ante caminar paso a paso, deteniéndonos cuando lo queremos, mirar, leer, con-
 sultar nos prestará cinco centavos; es una ventaja, una ventaja que nos per-
 mite, no tenemos ropa empinada -- la que tenemos la llevamos puesta -- y
 lo o mirándolo. Pero nosotros nos reímos del desnivel; no tenemos mujer ni
 y eso es ya una ganancia; algunos mendigan, otros roban y así se va vivien-
 tras: siempre hay alguien que tiene trabajo para un niño; se le paga me-
 dallas en una fábrica de vidrio o cargar y descargar tablas en una pa-
 raque no le faltar; lavar, coser, vender diarios, ilustrar zapatos, repa-
 rañar trabajos la mujer y el niño mayor si tiene edad suficiente y a veces
 trabajo y gana algo, pero no tanto que le permita cubrirlo todo; debe en-
 pre es más lo que falta que lo que se tiene. El hombre hace lo que puede
 prestado, y esto y lo de más allá; se tiene esto y falta aquello y al-
 punto de perderse en la casa de préstamos, el dinero que se va a pedir
 o la casaca, la comida, la mujer o alguno de los niños, enferma, la ropa
 gasta, pero no es sólo el desnivel el que le empuja; es también el trabajo
 de la familia. El desnivel obliga a la gente a caminar de
 para la familia, también obliga a la gente a caminar de
 para la familia, también obliga a la gente a caminar de

un vehículo; el desnivel lo impide y sólo algún cargador con su caballo o un vendedor con su burro pasa por ellas. Las casas achican y las aceras y las calles las ayudan. Cristián marcha siempre por la orilla próxima a las casas -- algunas no son más que ranchos y otras parecen jaulas: para llegar a ellas es preciso trepar tres o cuatro metros de empinada escalera -- y las mira, de pasada, con minuciosidad, como si en cada una encontrara o fuese a encontrar algo extraordinario; a veces se detiene frente a una de ellas y El Filósofo debe llamarle la atención:

--Camine, Cristián: no se detenga.

Le cambia el tratamiento corriente y le habla con suavidad. Cristián vuelve a marchar, contrariado, deteniéndose cuando la casa tiene una ventana o la puerta abierta. Mirando hacia adentro se puede ver alguna ropa ~~de~~ de cama o un traje, un sombrero o un sobretodo; a veces la ropa está tendida sobre el alféizar o cuelga de una percha en el zaguán. El paso de Cristián se hace entonces ~~lento~~ cauteloso, su puesta en marcha más lenta y su contrariedad es mayor. Dentro de la habitación o del zaguán, sin embargo, siempre hay alguien, una señora que hace las camas y canta -- siempre con muy mala voz: los transeúntes se miran y ríen -- o una ~~señora~~ sirvienta que barre; ninguna quita ojo a la ropa tendida en la ventana o colgada de la percha. Echeverría sonríe:

--El zorro pierde el pelo, pero no las mañas. Camine, Cristián, no se detenga.

Cristián parece atornillado al suelo: la ventana está abierta y una colcha de vicuña, ya deteriorada por el uso, cuelga del alféizar: no hay más que andar unos pasos y estirar la mano. Dentro de la pieza no se ve a nadie. Están regalando una colcha usada.

--Cristiancito: olvídense de la colcha y camine

Es necesario tirar de él con fuerza; por fin camina, rezongando, y Echeverría no lo suelta ya del brazo:

un vehículo; el desanivel lo impide y sólo algún cargador con su caballo o un vendedor con su burro pasa por ellas. Las casas se abren a las aceras y las calles las agreden. Cristóbal marcha siempre por la orilla próxima a las casas -- algunas no son más que ranchos y otras parecen jaulas: para ellas par a ellas es preciso trepar tres o cuatro metros de empinada escalera -- y las miras, de pasada, con minuciosidad, como si en cada una encontrara o fuera a encontrar algo extraordinario; a veces se detiene frente a una de ellas y al filósofo debe llamarle la atención:

--Camina, Cristóbal: no se detenga.

Le cambia el tratamiento cortante y le habla con suavidad. Cristóbal vuelve a patear, contrariado, deteniéndose cuando la casa tiene una ventana o la puerta abierta. Mirando hacia dentro se puede ver alguna ropa tendida en una o un trazo, un sombrero o un sobretodo; a veces la ropa está tendida sobre el alfilerar o cuelga de una persona en el zaguán. El paso de Cristóbal se hace entonces ~~involuntario~~ cauteloso, su puesta en marcha más lenta y su curiosidad es mayor. Dentro de la habitación o del zaguán, sin embargo, siempre hay alguien, una señora que hace las cosas y canta -- siempre con muy mala voz: los transeúntes se miran y ríen -- o una ~~muñeca~~ viviente que barre; ninguna mira ojo a la ropa tendida en la ventana o colgada de la persona. Revertiría sonría:

--El torto pierde el pelo, pero no las mañas. Camina, Cristóbal, no se

detenga.

Cristóbal parece atorillado al suelo: la ventana está abierta y una columna de viento, ya deteriorada por el uso, cuelga del alfilerar: no hay más que andar unos pasos y estirar la mano. Dentro de la pieza no se ve a nadie. Están regalando una colcha usada.

--Cristianito: olvídese de la colcha y camine

Es necesario tirar de él con fuerza; por fin camina, resonando, y hace

verlo no lo suelta ya del brazo:

--Lo conozco algo y me ha hecho pasar algunos sustos: a los pocos días de conocerlo y mientras merchábamos juntos por una calle, se metió al zaguán de una casa y salió con una chaqueta; detrás de él y de la chaqueta salió el dueño como una tromba y tuve que huir como un conejo. No quiero enredos y no me gusta correr; me sofoca. *En suerte no ha reincidido.*

La calle es nuestra y parece que la ciudad y el mar también lo son. En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno tenerlo todo, el espacio, el aire, el cielo, el agua, la luz, y es que se tiene tiempo: el tiempo que se tiene es el que da la sensación de ~~haberlo~~ tenerlo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada y de nada puede gozar el apurado, el que va de prisa, el urgido; no tiene más que su apuro, su prisa y su urgencia. No te apures: camina despacio y mira, camina despacio y siente y si no quieres caminar tiéndete en el suelo o siéntate y mira y siente. No es necesario pensar, salvo que pienses en algo que no te obligue a levantarte y a marchar de prisa: me olvidé de esto, tengo que hacer aquello, hasta luego, me espera el gerente, el vendedor vendrá pronto, el patrón me necesita, allá va un tranvía. El mar está al frente, abajo, al margen de la ciudad y de su vida sin descanso ni tiempo; parece reposar, no tener prisa ni urgencia y en verdad no la tiene y en él se ve, sin embargo, todo el cielo y por él corre todo el viento, el terral, que sorprende a la ciudad por la espalda, subiéndola los cerros desde el sur; el norte, que la embiste por su costado derecho, o el oeste, que no tiene remilgos y ataca de frente, echando grandes olas sobre los malecones. Tal vez sea difícil explicarlo y quizá si más difícil comprenderlo, pero así era y así es: dame tiempo para mirar y quédate contando tu mercadería; dame tiempo para ~~mirar~~ sentir y continúa con tu discurso; dame tiempo para escuchar y sigue leyendo las noticias del diario; dame tiempo para gozar del cielo, del mar y del viento y prosigue vendiendo tus quesos o tus preservativos; dame tiempo para vivir y muérete contando tu mercadería, convenciendo a los estúpidos de la bondad de tu programa

--Lo conozco algo y me ha hecho pasar algunos minutos a los pocos días de conocerlo y mientras monchábamos juntos por una calle, se metió al lado de una casa y salió con una chachaca; detrás de él y de la chachaca salió el dueño como una tromba y tuve que huir como un conejo. No quiero enredos y no me gusta correr; me sofoca. *En cuanto a la universidad.*

La calle es nuestra y parece que la ciudad y el mar también lo son. En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno tenerlo todo, el espacio, el cielo, el agua, la luz, y es que se tiene tiempo: el tiempo que se tiene es el que da la sensación de ~~haberlo~~ tenerlo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada y de nada puede gozar el apurado, el que va de prisa, el urgente; no tiene más que un apuro, su prisa y su urgencia. No te apuras: camina despacio y mira, camina despacio y siente y si no quieres caminar, tiéndete en el suelo o siéntate y mira y siente. No es necesario pensar, salvo que pienses en algo que no te obligue a levantarte y a marchar de prisa: me olvidé de esto, tanto que hacer aquello, hasta luego, me apuró el frente, el vendedor vendrá pronto, el patrón me necesita, allí va un tranvía. El mar está al frente, abajo, al margen de la ciudad y de su vida sin cansarse ni tiempo; parece reposar, no tener prisa ni urgencia y en vez de no la tiene y en él se ve, sin embargo, todo el cielo y por él corre todo el viento, el toral, que sorprende a la ciudad por la espalda, ahuyentando los cerros desde el sur; el norte, que la embiste por su costado derecho, o el oeste, que no tiene remilgos y ataca de frente, echando grandes olas sobre las malecones. Tal vez sea difícil explicarlo y quizá si más difícil comprenderlo, pero así era y así es: dame tiempo para mirar y quédate contando tu mercedería; dame tiempo para ~~sentir~~ sentir y continúa con tu diario; dame tiempo para escuchar y sigue leyendo las noticias del diario; dame tiempo para gozar del cielo, del mar y del viento y prosigue vendiendo tus cosas o las preservativas; dame tiempo para vivir y muéstrame contando de tu mercedería, convenciendo a los estúpidos de la bondad de tu programa

político-económico, leyendo tu diario y traficando con tus productos, siempre más baratos de lo que los pagas y de lo que los vendes. Si además de tiempo me das espacio, o, por lo menos, no me lo quitas, tanto mejor; así podré mirar más lejos, caminar más allá de lo que pensaba, sentir la presencia de aquellos árboles y de estas rocas. En cuanto al mar, al cielo y al viento, no podrás quitármelos ni recortarlos; podrás cobrarme por verlos, ponerme trabas, pero siempre encontraremos una manera de burlarte. El hombre agujonea al hombre: anda de prisa, no te demores, el cliente espera, lleva esto, trae lo otro, despacha aquéllo, y agujoneando a los demás, se agujonea a sí mismo.

Vamos hacia el mar y el mar no se moverá de allí, nos espera; hace miles de miles de años que está ahí mismo, dando en las mismas rocas, llevando y trayendo la misma delgada o gruesa, amarilla u oscura arena; vivimos de él como los pájaros, los pescadores y los marineros: para nosotros unos gramos de metal, nada más que unos gramos, es suficiente; para los pájaros un puñado de peces y para los pescadores y marineros un bote, un atado de algas, un canasto de mariscos, puertos lejanos, y ahí está el pato yeco, tiritando sobre la boya, abiertas las negras alas y como afirmado en la cola: es el blanqueador de los lanchones y de las chatas, de las boyas y de los faluchos de la bahía; parece que está por desmayarse de frío e inanición y, sin embargo, se ha comido ya varios kilos de pescado -- sardinas, pejerreyes, jureles, anchovetas, corvinas -- y siempre tiene hambre y siempre vuela de prisa, muy de prisa, como un hombre sin tiempo, y más allá el alcatraz, sobre las rocas, muy serio, con su largo pico terciado sobre el pecho y su bolsa sardinera; parece un fraile mendicante, triste y apesadumbrado, pero tiene la bolsa llena y está contento; pesca de día y de noche, a toda hora, al vuelo y zambulléndose y no hay en el océano bastante pescados para su buche; y el piquero, vagabundo, sin ubicación fija, que no está en las boyas ni en las rocas, volando siempre, vigilando desde el aire, pes

político-económico, llevando su diario y transcribiendo con sus productos, siem-
pre más baratos de lo que los pague y de lo que los vendan. Si además de
tiempo me das espacio, o, por lo menos, no me lo quitas, tanto mejor; así
podré mirar más lejos, examinar más allá de lo que pensaba, sentir la pre-
sencia de aquellos ámbitos y de estas cosas. En cuanto al mar, al oírlo
al viento, no podrás quitármelo ni recordarlo; podrás copiarlo por ver-
los, por una traza, pero siempre encontraremos una manera de hurtarlo. El
hombrón aguijónes al hombre: anda de prisa, no te demores, el cliente espe-
ra, lleva esto, trae lo otro, despacha aquello, y aguijónando a los demás,
se aguijónes a él mismo.

Vamos hacia el mar y el mar no se moverá de allí, nos espera; hace mi-
les de miles de años que está ahí mismo, dando en las mismas rocas, lleván-
do y trayendo la misma delgada o gruesa, amarilla u oscura arena; vivimos
de él como los pájaros, los pescadores y los marineros: para nosotros unos
gramos de metal, nada más que unos gramos, es suficiente; para los pájaros
un puñado de peces y para los pescadores y marineros un bote, un atado de
algas, un canasto de mariscos, puertos lejanos, y ahí está el plato yaco,
dilatando sobre la boyá, abriendo las negras alas y como afirmado en la co-
ra: es el blanqueador de los lanchones y de las chatas, de las boyas y de
los faluchos de la bahía; parece que está por desmayarse de frío e inani-
ción y, sin embargo, se ha comido ya varios kilos de pescado -- sardinas,
pejerreyes, jureles, anchovetas, corvinas -- y siempre tiene hambre y sien-
pre vuelve de prisa, muy de prisa, como un hombre sin tiempo, y más allá el
electro, sobre las rocas, muy serio, con su largo pico terciado sobre el
pecho y su bolsa sardinera; parece un fraile mendicante, triste y apesadum-
brado, pero tiene la bolsa llena y está contento; pesca de día y de noche,
a toda hora, al viento y zambulléndose y no hay en el océano bastante pesca-
dos para su buche; y el piquero, vagabundo, aún más solitario, que no está
en las boyas ni en las rocas, volando siempre, vigilando desde el aire, por

cando de pasada, como los rateros, o dejándose caer, plegadas las alas, sobre la pescada o el robalo; se mata a veces al dar contra las rocas sumergidas, pero un pejerrey bien vale un cabezazo y aun la muerte; y las gaviotas, blancas o grises, de todos tamaños, volando a ras del mar, siguiendo al pez en su marcha y tomándolo al desgaire, sin esfuerzo, casi con elegancia; pero no es elegante: come de todo, hasta cadáveres y su buche es un tarro basurero; y por fin la gaviota salteadora, reina de la costa y de la bahía, terror de los patos yecos y de los liles, de las gaviotas y de los alcatraces, de los piqueros y de los cáhuiles, parásito que vive de lo que los demás hacen. Míralo: persigue al piquero que ha cogido un trozo de jibia y lo picotea hasta que deja caer su presa; la engulle y se prepara para un nuevo atraco.

--Me parece de pronto, Aniceto, que no caminamos por la ~~acera~~ acera de una calle cualquiera de Valparaíso sino que por el medio de una ancha, tranquila y tibia corriente de agua, una corriente de agua clara, además, que nos permite ver lo que hay en el fondo de su lecho: sentimientos que se extienden con soltura hacia todas partes, hacia los hombres y hacia los animales, hacia las cosas pasajeras y hacia las cosas eternas; flotan en la corriente y se mueven en ella como se mueven las ramas y las hojas de las plantas acuáticas, sin esfuerzo. En el fondo hay como una arena gruesa, oscura, como de río, pero sin lodo, que recibe nuestras pisadas. Podemos ver también algo como pececillos, imprevistos en el aparecer y ~~rápidos~~ rápidos en el huir; talvez sean nuestros pensamientos. Esto es el tiempo, Aniceto, la corriente, claro está, y creo que su lecho somos nosotros; el tiempo, Aniceto, que avanza y pasa a través de nosotros, o nosotros pasamos a través del tiempo, y se hunde en lo que un día constituirá nuestra vida, una vida que no hemos podido elegir ni construir según estos deseos o según estos planos; no los tenemos. ¿Qué deseos, qué planos? Nadie nos ha dado planos, nadie nos ha dicho qué deseos debemos tener y, por otra parte, nadie los tiene y todos vi-

cuando se pasan, como los rateros, o dejen las cosas, pidiendo las alas, no-
tra la pensada o el robalo; se mata a veces al dar contra las rocas sumergi-
das, pero un pejerrey bien vale un cabecero y aun la muerte; y las gaviotas
las, blancas o grises, de todos tamaños, volando a ras del mar, mirando
el pez en su mano y tomándolo al desgaire, sin esfuerzo, casi con ele-
gancia; pero no es elegante: come de todo, hasta cadáveres y su huella es
un tanto sucia; y por fin la gaviota saltadora, reina de la costa y de
la bahía, corron de los patos y de los liles, de las gaviotas y de
los alcatrazes, de los piqueros y de los cormoranes, parásito que vive de lo
que los demás hacen. Mismo: persigue al piquero que ha cogido un trozo de
lilia y lo pica hasta que deja caer su presa; la engulle y se prepara
para un nuevo ataque.

--Me parece de pronto, Aniceto, que no caminamos por las aceras de una
calle cualquiera de Valparaíso sino que por el medio de una arboleda, transpi-
ra y tibia corriente de agua, una corriente de agua clara, además, que nos
permite ver lo que hay en el fondo de su lecho: sentimientos que se extien-
den con acritud hacia todas partes, hacia los hombres y hacia los animales,
hacia las cosas pasajeras y hacia las cosas eternas; flotan en la corriente
y se mueven en ella como se mueven las ramas y las hojas de las plantas
sensitivas, sin esfuerzo. En el fondo hay como una arena gruesa, oscura, co-
mo de río, pero sin lodo, que recibe nuestras pisadas. Podemos ver también
algo como pecesillos, imprevistos en el aparecer y en el hundirse en el huir; tal-
vez sean nuestros pensamientos. Esto es el tiempo, Aniceto, la corriente,
clara esta, y otro que en lecho como nosotros; el tiempo, Aniceto, que van-
ta y pasa a través de nosotros, o nosotros pasamos a través del tiempo, y
separando en lo que en la constitución nuestra vida, una vida que no hemos
podido elegir ni controlar según estos datos o según estos planes; no los
tenemos. ¿Qué datos? Nadie nos ha dado planes, nadie nos ha di-
cho que debemos tener y, por otra parte, nadie los tiene y todos vi-

ven de lo que el tiempo trae o no trae. Día vendrá en que miraremos para atrás y veremos que todo lo vivido es una masa sin orden ni armonía, sin profundidad y sin belleza; apenas si aquí o allá habrá una sonrisa, una luz, algunas palabras que recordaremos, el nombre de alguien, quizá una canción. ¿Qué podremos hacer? No podremos cambiar nada de aquel tiempo ni de aquella vida; serán, para siempre, un tiempo y una vida irremediables y lo son y lo serán para todos. ¿Qué verá el carpintero, en su vejez, cuando mire hacia su pasado, hacia aquel pasado hecho de un tiempo irremediable? ¿Qué verá el almacenero, qué el contratista, qué el cajero, qué el gerente, qué la prostituta, qué el carabinero, qué todos y qué cada uno? Puertas y ventanas, muros; cajones de velas, sacos de papas; trabajadores que llegan maldiciendo en la mañana y que se van echando puteadas en la tarde; ~~montones de monedas y de billetes ajenos~~ montones de monedas y de billetes ajenos; empleados con los pantalones lustrosos y las narices llenas de ~~monedas~~ barrillos; hombres desconocidos, con los pantalones en la mano, llenos de deseos y de gonococos; calabozos y hombres borrachos, heridos o acusados de asesinato, de estupro o de maricones, y el millonario con sus millones y a pesar de ellos y el industrial con su industria y a pesar de ella y el comerciante con su comercio y a pesar de él, todos con un pasado hecho de asuntos y de hechos miserables, sin grandeza, sin alegría, sin espacio. ¿Qué hacer? No podremos hacer nada, no podrán hacer nada. ¿Qué hacer contra un tiempo desnudo y sin remedio? Llegará un día, sin embargo, Aniceto, hijo mío, en que este momento, este momento en que navegamos por el río del tiempo, nos parecerá uno de los mejores de nuestra vida, un momento limpio, tranquilo, sin deseos, sin puertas, ventanas ni muros, sin cajones de velas ni sacos de papas (a veces me he preguntado: ¿qué haría yo si algún día, por desgracia mía, llegara a ser almacenero y apareciera por el almacén una viejuca lagrimeante a pedirme que, por favor, le vendiera una velita? No hay duda de que se la regalaría. ¿Como vendérsela? Antes de vendérsela preferiría comérmela.)

van de lo que el tiempo trae o no trae. Más vendrá en que miremos para
atrás y veremos que todo lo vivido es una masa sin orden ni armonía, sin
profundidad y sin belleza; apenas si aquí o allá habrá una sonrisa, una luz,
algunas palabras que recordaremos, el nombre de alguien, quizá una canción.
¿Qué podremos hacer? No podremos cambiar nada de aquel tiempo ni de aquella
vida; serán, para siempre, un tiempo y una vida irremediables y lo son y lo
serán para todos. ¿Qué verá el carpintero, en su vejez, cuando mire hacia su
pasado, hacia aquel pasado hecho de un tiempo irremediable? ¿Qué verá el al-
macenero, que el contratista, que el cajero, que el gerente, que la proli-
tuta, que el carpintero, que todos y que cada uno? Puertas y ventanas, mu-
ros, cajones de velas, sacos de papas; trabajadores que lloran maldecien-
do en la mañana y que se van echando puteadas en la tarde; ~~montones de monedas y de billetes ajenos; enjutas~~
~~don con los pantalones lustrados y las narices llenas de ~~manchas~~ barbillos;~~
hombreros descoloridos, con los pantalones en la mano, llenos de deseos y de
conoceros; calabozos y hombres portachos, heridos o acuchados de asesinato,
de estupro o de maricones, y el millonario con sus millones y a pesar de
ellos y el industrial con su industria y a pesar de ella y el comerciante
con su comercio y a pesar de él, todos con un pasado hecho de asuntos y de
hechos miserables, sin grandezas, sin gloria, sin espacio. ¿Qué hacer? No
podremos hacer nada, no podrán hacer nada. ¿Qué hacer contra un tiempo he-
cho y sin remedio? Llegaré un día, sin embargo, Aniceto, hijo mío, en que
este momento, este momento en que navegamos por el río del tiempo, nos pa-
recerá uno de los mejores de nuestra vida, un momento limpio, tranquilo, sin
deseos, sin puertas, ventanas ni muros, sin cajones de velas ni sacos de
papas (a veces me he preguntado: ¿qué haré yo si algún día, por desgra-
cia, llegara a ser almacenero y aparcerero por el almacén una vieja fabri-
cante a pedirme que, por favor, le vendiera una velita? No hay duda de que
se la regalara. ¿Como vendérsela? Antes de vendérsela preferiría comerme).

~~en términos por mala parte~~, sin monedas y sin billetes propios ni ajenos, sin trabajadores, sin empleados, sin gonococos, sin borrachos y sin puteadas.

Sentía que, en ocasiones, algo como burbujas salían del fondo de la corriente de que hablaba Echeverría. Tal vez al pisar sobre la arena se desprendían y ascendían, rozando la piel de mis piernas y de mis costados y llegando hasta mi conciencia: era el recuerdo de mi vida pasada, ~~el recuerdo de mi vida pasada~~ el recuerdo de mis hermanos, de mi madre, de mi padre sobre todo, de mi infancia; algunas eran de agradable sabor y se desvanecían pronto; otras eran amargas y duraban más, como si fuesen remordimientos; todas desaparecían al fin y yo seguía avanzando. ¿Qué podía hacer? Mis dos hermanos, el segundo y el cuarto, habían quedado en Buenos Aires y atenderían a mi padre como pudieran, como el hijo de un ladrón puede atender a su padre. Yo volvería alguna vez, no sabía cuándo. Tuve mala suerte: fui a dar a manos de un hombre a quien odié desde el momento en que pisé su casa, un hombre al que le faltaba una pierna -- usaba una de palo, con una argolla de hierro en la parte inferior, quizá si para que no se gastase o astillase --, ladrón retirado, que vivía traficando con los pequeños robos que compraba a rateros más infelices que él; pegaba a su mujer, apaleaba a su perro, daba puntapiés a las gallinas y me pegó a mí, también, con su pierna de palo, una espantosa patada. Huí de allí. "¿Este es el hijo de la paisana?", preguntó, con voz compungida, al verme llegar a su casa en compañía de su mujer, que me encontró vagando por las calles; sonrió con una sonrisa que me aterrorizó; olía a grapa y a mugre. "Pobrecito." Era chileno, como mi madre, y había recibido algunos favores de mi padre. Su mujer, flaca, macilenta, con aspecto de gallina vieja, era chilena también y recibía tantos puntapiés ~~más~~ o más puntapiés que los demás. Me convirtió en su sirviente y me hizo comer en la cocina. Al recibir el segundo puntapié tomé una piedra y lo dejé con la cara llena de sangre. "Bandido, mal agradecido." Sin duda pretendía que le agrade-

...sin monedas y sin billetes propios ni ajenos,
sin trabajadores, sin empleados, sin conoceros, sin porros y sin putas-
das.
...en ocasiones, algo como burujas salían del fondo de la co-
rriente de que hablaba Echeverría. Tal vez al pisar sobre la arena se des-
prendían y ascendían, rozando la piel de mis piernas y de mis costados y
llegando hasta mi conciencia: era el recuerdo de mi vida pasada, ~~memorias~~
~~el recuerdo de mis hermanos, de mi madre, de mi padre~~ co-
mo todo, de mi infancia; algunas eran de estrafalio sabor y se desvanecían
pronto; otras eran amargas y duraban más, como si fuesen remordimientos; to-
das desaparecían al fin y yo seguía avanzando. ¿Qué podía hacer? Mis dos
hermanos, el segundo y el cuarto, habían quedado en Buenos Aires y atende-
rían a mi padre como pudieran, como el hijo de un ladrón puede atender a su
padre. Yo volvería alguna vez, no sé si cuando. Tuve mala suerte: fui a dar
a manos de un hombre a quien odié desde el momento en que pisé su casa, un
hombre al que le faltaba una pierna -- usaba una de palo, con una argolla de
hierro en la parte inferior, quizá al para que no se gastase o astillase --,
ladrón retirado, que vivía traficando con los pedernales robos que compraba a
ladrones más infelices que él; pagaba a su mujer, apaleaba a su perro, daba
puntuales a las gallinas y me pagó a mí, también, con su pierna de palo, una
espartosa patada. ¡Mí de sí! "¿Este es el hijo de la palanquilla?", preguntó,
con voz compungida, al verme llegar a su casa en compañía de su mujer, que
me encontró vagando por las calles; sonrió con una sonrisa que me aterro-
zó; él y su mujer y su madre. "¡Proscrito!". Era chileno, como mi madre, y había
recibido algunos favores de mi padre. Su mujer, flaca, macilenta, con aspecto
de gallina vieja, era chilena también y recibía tantos puntapiés como a más
puntuales que los demás. Me convirtió en un alviente y me hizo comer en la
cocina. Al recibir el segundo puntapiés tomé una piedra y lo dejé con la cara
llena de sangre. "¡Habiendo, mi estrafalio!". Sin duda pretendía que lo estrafalio-

ciera los puntapiés, ya que la comida me la ganaba haciendo fuego, yendo al almacén, cortando leña, barriendo. El tren de carga a que me subí iba lleno de gente que viajaba hacia la pampa en busca de trabajo. "Che, muchacho: subí; no tengas miedo." No tenía miedo y allá me fui; no era el primero que salía al mundo en esas condiciones y seguramente no sería el último. No podía hacer nada; volver era más difícil que quedarme.

Me daba cuenta, al avanzar, que algunas personas, a veces hombres, a veces mujeres y muchas veces niños, marchaban con la misma desenvoltura, con la misma ingravidez nuestra, como si nada los tomara o nada les impidiera ir para allá o para acá; aparecían como rodeados de una atmósfera que les perteneciera, impenetrable para los demás, imponderable para ellos, y en ella se movían con la agilidad con que yo me movía dentro de la clara y tranquila corriente; sin duda tenían tiempo o por un instante se habían desprendido de él; pero veía también a otros que marchaban como tomados de todas partes, incluso de sus semejantes, pegados a ellos, pegados a las casas, a los postes, a las moscas, a la basura, a los carretones, densos, sombríos, sometidos, hundidos y como perdidos dentro de una atmósfera común viscosa, como de cola, como de alquitrán, rezumante, en la cual parecía que todos respiraban, a un mismo tiempo, un mismo aire. ¿Cuándo te librarás o te librarás, cuándo podrás levantar la cabeza, cuándo desprenderte de esa atmósfera, mirar el cielo, mirar el mar, mirar la luz? (Déjame tranquilo, mierda. ¿Qué te importa si estoy así o asá? ¿Acaso te estoy pidiendo algo?)

La caleta, por lo demás, seguía siempre igual, con sus pescadores, sus gaviotas, sus botes, sus gruesas piedras, los alcatraces que de pronto emitían sonidos como de matracas y el hombre que tejía o arreglaba en silencio las redes color ladrillo; nos miraba de reojo, a la pasada, y seguía trabajando; parecía que junto con la red se tejía a sí mismo, sus sentimientos, sus pensamientos, sus recuerdos: nunca lograría desprenderse ya de la red. Cristián y El Filósofo eran conocidos de los pescadores, Cristián más que El Fi-

claros los pensamientos, ya que la comida me la ganaba haciendo fuego, yendo
al almuerzo, cortando leña, barriendo. El tren de carga a que me había ido
lleno de gente que viajaba hacia la pampa en busca de trabajo. "Che, muchacho,
cho: audí; no tenés miedo." No tenía miedo y allí me fui; no era el primero
que salía al mundo en esas condiciones y seguramente no sería el último. No
podía hacer nada; volver era más difícil que quedarme.
Me daba cuenta, al avanzar, que algunas personas, a veces hombres, a ve-
ces mujeres y muchas veces niños, marchaban con la misma desamovilidad, con
la misma indiferencia nuestra, como si nada los tomara o nada les importara
ir para allí o para acá; parecían como robados de una atmósfera que les
pertenece, impenetrable para los demás, impenetrable para ellos, y en
ella se movían con la agilidad con que yo me movía dentro de la clara y
tranquila corriente; sin duda tenían tiempo o por un instante se habían des-
prendido de él; pero veía también a otros que marchaban como tomados de to-
das partes, incluidos de sus semejantes, pegados a ellos, pegados a las cosas,
a los postes, a las moscas, a la basura, a los cartones, densos, sombríos,
sombríos y como perdidos dentro de una atmósfera común viscosa,
como de sola, como de alquitrán, resumante, en la cual parecía que todos res-
piraban, a un mismo tiempo, un mismo aire. ¿Cuándo te librarás o te libra-
rás, cuándo podrás levantar la cabeza, cuándo desprenderte de esa atmósfera, mi-
rar al cielo, mirar el mar, mirar la luz? (Déjame tranquilo, mierda. ¿Por qué
importa el estoy así o así? ¿Acaso te estoy pidiendo algo?)
La cacha, por lo demás, seguía siempre igual, con sus pescadores, sus
navíos, sus botes, sus gruesas piedras, los alcatrazes que de pronto emi-
tían sonidos como de matraca y el hombre que tejía o arreglaba en silencio
las redes color ladrillo; nos miraba de reojo, a la pasada, y seguía trabajando
de; parecía que junto con la red se tejía a sí mismo, sus sentimientos, sus
pensamientos, sus recuerdos: nunca lograría desprenderse ya de la red. Crise
tibia y el silencio eran conocidos de los pescadores, Cris también que el ti-

lósofo, ya que Cristián era, dentro de ese ambiente, una personalidad, una triste personalidad, es cierto, pero una al fin. En general, las personalidades son tristes. Uno de los pescadores, recién desembarcado de su bote, se acercó aquella mañana a nosotros y saludó: era un hombre bajo y rechoncho, sólido, como hecho de una pieza y sin articulaciones, moreno, oscuro, de pelo tieso y corto, orejas chicas y escaso bigote. Habló con brusquedad:

--¡Qué hubo, diablos! Buenos días.

Nos detuvimos. Su cara, sus brazos y sus piernas se veían duros, apretados, gruesos de piel.

--Buenos días, Lobo-- contestó Echeverría --. Qué tal vamos.

--Ahí, dándole al remo. Y a ustedes, cómo les va.

--No del todo mal; pasando.

El Lobo juntó sobre el pecho sus brazos regordetes, los refregó un poco entre ellos y los dejó ahí. Rió con sorna después:

--Bah: pasando. . . Muriendo, dirás. ¡Cómo pueden aguantar esta vida!

--Como tú aguantas la tuya.

Sus pantalones estaban ^{recogidos} ~~arrangados~~ hasta más arriba de las rodillas.

Con el dedo gordo de su pie trazó una raya sobre la arena, me miró y preguntó:

--¿Y este chiquillo? ~~pero insistió:~~

Me señaló con el mentón y su mirada y su pregunta fueron inquisidoras.

Tenía los ojos un poco enrojecidos. El Filósofo contestó:

--Acaba de salir de la cárcel.

El Lobo levantó del pecho uno de sus brazos e hizo girar los dedos de la mano:

--¿Amigo de lo ajeno? ~~de alguna parte una cajetilla de cigarrillos.~~

Y lanzó una carcajada.

--No; estuvo pagando un pato. Lo acusaron de asalto a una joyería; tú sabes, cuando ese asunto de los tranvías.

lósoto, ya que Cristóbal era, dentro de ese ambiente, una personalidad, una
triste personalidad, es cierto, pero una al fin. En general, las personali-
dades son tristes! Uno de los pasadotes, recién desembarcado de su bote,
se acercó a aquella mañana a nosotros y saludó: era un hombre bajo y rechon-
cho, sólido, como hecho de una pieza y sin articulaciones, moreno, oscuro,
de pelo tieso y corto, orejas chicas y escasas bigotes. Habló con brusquedad:
--¡Qué hubo, diablo! Buenos días.
Nos detuvimos. En casa, sus brazos y sus piernas se veían duras, apreta-
das, gruesas de piel.
--Buenos días, lobo-- contestó Rebeveria --. Qué tal vamos.
--Ahí, dándole al remo. Y a ustedes, cómo les va.
--No del todo mal; pasando.
El lobo juntó sobre el pecho sus brazos regordetes, los retiró un poco
entre ellos y los dejó ahí. Rió con sorna después:
--Baja: pasando... Muriendo, dirás. ¡Cómo pueden aguantar esta vida!
--Como tú aguantas la tuya.
Sus pantalones estaban ^{recosidos} estirados hasta más arriba de las rodillas.
Con el dedo gordo de su pie tiró una raya sobre la arena, me miró y preguntó:
--¿Y este chipulío? --
Me señaló con el mentón y su mirada y su pregunta fueron insignificantes.
Tante los ojos un poco entrecerrados. El Filósoto contestó:
--Acaba de salir de la cárcel.
El lobo levantó del pecho uno de sus brazos e hizo girar los dedos de la
mano.
--¿Amigo de lo ajeno? --
Y lanzó una carcajada.
--No; estuvo pagando un puto. Lo agarraron de asalto a una joyería; tú
sabes, cuando ese asunto de los tranvías.

--Ah, sí.

Me miró de nuevo, La mirada de sus ojillos rojos producía turbación.

--¿Es cierto?

Contesté:

--Es cierto.

Pareció satisfecho a medias.

--Le pregunto por si acaso. . . Estoy aburrido de recibir visitas de los agentes. Cristián y Echeverría son conocidos y no hay cuestión con ellos; pero en cuanto saben que aparece por aquí una cara nueva -- y no sé cómo lo saben -- vienen a interrogarme o me mandan llamar: quién es, qué hace, por qué está ahí, de dónde viene, para dónde va.

Se detuvo y volvió a mirarme.

--Es joven el chiquillo -- dijo --. ¿Qué edad?

--Diecisiete -- aseguré.

--Aparentas más. ¿Te han enseñado algunas mañas? ¿En la cárcel, por ejemplo?

No supe qué quería decir con aquello y guardé silencio.

--¿Sabes trabajar?

--Sé pintar y he trabajado en Valparaíso.

Aceptó la respuesta, pero insistió:

--¿Te gusta más no trabajar?

--No; pero estoy enfermo.

--¿Enfermo? ¿qué tienes?

--Tuve una pulmonía mientras estuve preso; un pulmón malo.

--Sí, se vé que no andas muy bien; tienes mala cara.

Meneó la cabeza y sacó de alguna parte una cajetilla de cigarrillos.

--Están un poco húmedos -- dijo --, pero se pueden fumar. ¿Quieren pitar?

Echeverría agradeció, pero no aceptó; fumaba poco. Cristián y yo tomamos

uno.

--Ah, sí.

Me miró de nuevo, la mirada de sus ojos rojos produciendo turbación.

--¿Es cierto?

Contestó:

--Es cierto.

Parció satisfecho a medias.

--Le preguntó por el caso... Estoy aburrido de recibir visitas de los

agentes. Cristóbal y Benavente son conocidos y no hay cuestión con ellos; pe-

ro en cuanto saben que aparece por aquí una carta nueva -- y no sé cómo lo sa-

ben -- vienen a interrogarme o me mandan llamar: ¿quién es, qué hace, por qué

está ahí, de dónde viene, para dónde va.

Se detuvo y volvió a mirarme.

--Es joven el chiquillo -- dijo --. ¿Qué edad?

--Diecisiete -- aseguró.

--Aparentes más. Te han enseñado algunas mañas en la cárcel, por ejem-

plo?

No supe qué quería decir con aquello y guardé silencio.

--¿Sabes trabajar?

--Sé pintar y he trabajado en Valparaíso.

Aceptó la respuesta, pero insistió:

--¿Te gusta más no trabajar?

--No; pero estoy enfermo.

--¿Entonces? ¿Qué tienes?

--Tuve una pulmonía mientras estuve preso; un pulmón malo.

--Sí, se ve que no andas muy bien; tienes mala cara.

Miró la cabeza y sacó de alguna parte una cajetilla de cigarrillos.

--¿Están un poco húmedos -- dijo --, pero se pueden fumar. ¿Quiéren pistar?

Benavente agachó, pero no aceptó; fumaba poco. Cristóbal y yo tomamos

--¡El Fatalito! -- exclamó El Lobo, sonriendo y mirando a Cristián, en tanto echaba un chorro de humo por sus cortas narices --. ¿Cuántos años hace que te conozco?

--No sé -- contestó Cristián, desabrido --; pero cuando yo era chiquillo tú ya eras como ahora.

El Lobo rió bondadadamente.

--Sí, es cierto -- aseguró, mirando a Cristián con un ojo y guiñando el otro --; pero es que tú envejeciste muy pronto. El calabozo envejece mucho. La mar, en cambio, lo curte ~~mu~~ a uno.

Volvió a mirarme. Parecía no estar conforme.

--¿Así es que estás enfermo? ¿No será que andas arrancando de la policía?

Aseguré que no; estaba en libertad incondicional y nadie me buscaría para nada; peor aun: nadie me necesitaba.

--Los agentes son muy cargantes -- continuó El Lobo, arrojando al suelo la colilla y aplastándola con el pie desnudo --; creen que me gusta amparar a los ladrones y a los piratas. ¡A la mierda los agentes, los piratas y los ladrones! Aquí mataron al Tripulina, delante de mis ojos, a balazos; venía con un bote lleno de casimires ingleses y quería defenderse con un cortaplumas. De aquí se llevaron preso al Chano: diez años por piratería: todavía le quedan seis, y éste y aquél, hasta compañeros míos, que se dejaron tentar por los faluchos llenos de mercaderías. No tengo nada que ver con ellos. A veces los encuentro, en la noche, remando callados y no los veo. Pero la caleta no es buen lugar para esconderse de los buitres.

Volvió a mirarme.

--Lo mejor es trabajar -- dijo --. ¿Te gustaría ser pescador?

Sonreí sin saber qué contestar; me habría gustado decirle que sí y aceptar, pero, con seguridad, no habría podido hacer ese trabajo.

--Necesito un chiquillo para uno de los botes.

--El Tatalito! -- exclamó El Lobo, sonriendo y mirando a Cristián, en tanto estaba un momento de humor por sus cortas narices --. ¿Cuántos años has que te conoces?

--No se -- contestó Cristián, desahogado --; pero cuando yo era chiquillo tú ya eras como ahora.

El Lobo rió bondadosamente.

--Sí, es cierto -- aseguró, mirando a Cristián con un ojo y guiñando el otro --; pero es que tú envejeciste muy pronto. El calabozo envejece mucho. La mar, en cambio, lo curte más a uno.

Volvíó a mirarme. Parecía no estar conforme.

--¿Así es que estás enfermo? No será que andas arremangado de la policía? Aseguré que no; estaba en libertad incondicional y nadie me buscaba por nada; pero aun: nadie me necesitaba.

--Los agentes son muy cerchantes -- continuó El Lobo, arrojando al suelo la colilla y aplastándola con el pie derecho --; creen que me gusta empapar a los ladrones y a los piratas. ¡A la mierda los agentes, los piratas y los ladrones! Aquí metaron al Tripulino, delante de mis ojos, a palazos; venía con un bote lleno de casimires ingleses y quería defenderse con un cortaplumas. De aquí se llevaron preso al Chano: diez años por piratería: todavía le quedan seis, y ésto y aquél, hasta compañeros míos, que se dejaron tentar por los faluchos llenos de mercaderías. No tengo nada que ver con ellos. A veces los encuentro, en la noche, remando callados y no los veo. Pero la cosa no es buen lugar para esconderse de los buitres.

Volvíó a mirarme.

--Lo mejor es trabajar -- dijo --. ¿Te gustaría ser pescador? Contéstame sin saber qué contestar; me habría gustado decirte que sí y aceptar, pero, con seguridad, no habría podido hacer ese trabajo.

--Necesito un chiquillo para uno de los botes.

De pronto se oyó la voz de Cristián:

--Oye, Lobo -- dijo, secamente --: estás más cargante que los agentes.

El chiquillo te ha dicho que no es rata, que estuvo preso porque le echaron el fardo de otro, que está enfermo y que no puede trabajar. ¿Qué más quieres? ¿Por qué le sigues preguntando esto y lo otro? ¿Estás enfermo o te has comido alguna jaiva podrida?

El Lobo miró con sorpresa a Cristián y después rió:

--No te enojés, Fatalito -- dijo --; no saques el cuchillo todavía. No me gusta joder a la gente, pero tú sabes que algunas veces tengo que hacerlo. Nunca he dicho nada que haya perjudicado a nadie y hasta preso he estado por eso. Cada uno sabe lo que hace, por qué lo hace y cómo lo hace; pero soy alcalde de la caleta y a veces tengo que ser pesado. ¿Otro pucho?

Volvió a ofrecer sus húmedos cigarrillos.

--Gracias.

--Algunos creen que ser pirata o ser ladrón es serlo todo y tenerlo todo. Mentira. Otros creen que nadie ve a los piratas y a los ladrones. Mentira también. Se ve más a un ladrón que a un honrado. Yo veo a un pirata, en la noche más oscura y en la mar, a dos millas de distancia y puedo decir quién es y en qué bote va. El hombre rema como camina, con una remada propia, como el paso, que es también propio. Con los botes pasa lo mismo: tienen movimientos que no son más que de ellos: cargado a babor, cargado a estribor, orzan o quieren virar por redondo; tienen mañas y yo se las conozco.

--Oye, Lobo: estamos listos -- gritaron en ese momento desde uno de los botes.

--Ya voy -- gritó, dando vuelta la cabeza, y después, hacia nosotros --: hasta luego.

Se fué, rechoncho, duro, moreno, moviéndose con poca desenvoltura, envarado, como hombre de bote: sus brazos se movían apenas al caminar y más que brazos parecían aletas. Después de unos pasos se detuvo, se volvió

De pronto se oyó la voz de Cristóbal:

--Oye, lobo -- dijo, secamente --: estás más cerquita que los agentes.

El chiquillo le ha dicho que no es rate, que estuvo preso porque le echaron el tardo de otro, que está enfermo y que no puede trabajar. ¿Qué más quisiera? ¿Por qué le siguen preguntando esto y lo otro? ¿Estás enfermo o te has comido alguna jirafa podrida?

El lobo miró con sorpresa a Cristóbal y después rió:

--No te enojas, fatalito -- dijo --: no sabes el chuchillo todavía. No me gusta jugar a la gente, pero tú sabes que algunas veces tengo que hacer-

lo. Nunca he dicho nada que haya perjudicado a nadie y hasta preso he estado por eso. Cada uno sabe lo que hace, por qué lo hace y cómo lo hace; pero soy alcalde de la calata y a veces tengo que ser pasado. ¿Otro puñito?

Volvio a ofrecer sus húmedos cigarrillos.

--Gracias.

--Algunos creen que ser pirata o ser ladrón es serio todo y tenerlo po-

do. Mentira. Otros creen que nadie ve a los piratas y a los ladrones. Mentira también. Se ve más a un ladrón que a un honrado. Yo veo a un pirata, en

la noche más oscura y en la mar, a dos millas de distancia y puedo decir

quién es y en qué bote va. El hombre rema como camina, con una remada pro-

pio, como el paso, que es también propio. Con los botes pasa lo mismo: tie-

nen movimientos que no son más que de ellos: cargado a vapor, cargado a es-

tridor, orzan o quieren virar por redondo; tienen mañas y yo se las conozco.

--Oye, lobo: estamos listos -- gritaron en ese momento desde uno de los

botes.

--Ya voy -- gritó, dando vuelta la cabeza, y después, hacia nosotros --:

hasta luego.

Se fue, rechoncho, duro, moreno, ~~manito~~ moviéndose con poca desenvoltu-

ra, envarado, como hombre de bote: sus brazos se movían apenas al caminar y

más que brazos parecían alitas. Después de unos pasos se detuvo, se volvió

y gritó:

--Oigan: los espero a almorzar; tengo un atún como un cordero.

No contestamos y le miramos alejarse.

--Camina como un pájaro niño -- comentó Echeverría --. ¡El Lobo! Cuando está como ahora es un alma de dios; cuando está borracho, una tromba; ningún policía se atreve a acercarse a él en los días que bebe, y bebe semanas enteras. Trabaja borracho: se cae al mar, resopla como una foca y sube al bote; le cambian ropa y le dan un trago de aguardiente; sigue trabajando y ni siquiera estornuda. Ha nacido hombre por casualidad; debió haber nacido lobo.

El mar, sin interrupción, seguía echando metal a la playa. Bastaba a veces una hora para llenarse los bolsillos, especialmente cuando la marea había sido alta y no sólo metal encontrábamos: aparecían también cuchillos, tenedores, cucharillas, herramientas, tal cual chuchería y a veces monedas o pequeñas alhajas. Aquel día, al marcharnos, sentimos que alguien daba voces a nuestras espaldas; nos volvimos: era El Lobo. Se acercó, irritado:

--¿No les dije, babosos, que los esperaba a almorzar?

--Perdona -- dijo Echeverría --; creímos que era una broma.

--Nada de bromas: es un atún; la patrona lo ha hecho al horno y está para chuparse los bigotes. Vamos allá.

Volvimos. El Lobo vivía en la misma caleta, en una casucha que se levantaba sobre las rocas, al amparo de San Pedro, patrón de los pescadores. Fuimos allá y nos sentamos alrededor de una mesilla colocada al reparo de una mediagua de plâchas de zinc ya carcomidas por la marea. Los dormitorios -- había dos -- estaban dentro del cuerpo de la casucha; el comedor y la cocina, fuera, al aire libre. El piso era de tierra y desde donde estábamos podían verse las camas y unas sillas, un bacín muy grande y alguna mesa. Tres niños empezaron a girar alrededor de nosotros, negros y duros todos, de firme mirada y resueltos movimientos.

y gritó:

--Oigan: los espero a almorzar; tengo un stún como un cordero.

No contestamos y le miramos alejarse.

--Camina como un pájaro niño -- comentó Reheverría --. ¡El lobo! Guau-

do está como ahora es un alma de dios; cuando está borracho, una trompa;

ningún policía se atreve a acercarse a él en los días que bebe, y debe zama-

nas enteras. Trabaja borracho: se cae al mar, resopla como una foca y sube

al bote; le cambian ropa y le dan un trozo de aguardiente; sigue trabajando

y ni siquiera estornuda. He nacido hombre por casualidad; debió haber nacido

lobo.

El mar, sin interrupción, seguía echando metal a la playa. Bastaba a ve-

ces una hora para llenarse los bolsillos, especialmente cuando la marea ha-

bía sido alta y no sólo metal encontrábamos: aparecían también conchillos, ta-

modores, conchallitas, herramientas, tal cual chuchería y a veces monedas o

pequeñas alhajas. Aquel día, al marcharnos, sentimos que algunas daba voces

a nuestras espaldas; nos volvimos: era El lobo. Se acercó, irritado:

--No les dije, beboso, que los esperaba a almorzar?

--Perdona -- dijo Reheverría --; creímos que era una trompa.

--Nada de trompa: es un stún; la patrona lo ha hecho al horno y está pa-

ra chuparse los bigotes. Vamos allá.

Volvimos. El lobo vivía en la misma cabaña, en una casaca que se levan-

taba sobre las rocas, al amparo de San Pedro, patrón de los pescadores. En-

nos allá y nos sentamos alrededor de una mesita colocada al reparo de una

mediana de pichas de zinc ya escomiditas por la marea. Los dormitorios -- ha-

bía dos -- estaban dentro del cuerpo de la casaca; el comedor y la cocina,

fuera, al aire libre. El piso era de tierra y desde donde estábamos podían

verse las camas y unas alfals, un bañín muy grande y algunas mesas. Tres niños

emperaron a girar alrededor de nosotros, negros y blancos todos, de típicos mira-

da y resaca novatones.

--La familia -- dijo El Lobo, señalándolos --. El mayor ya ha salido conmigo y sabe armar un espinel. Venga, don Rúa, salude a los amigos. Se llama Rudecindo -- explicó --, pero le llamamos Rúa; es más corto.

Don Rúa, de unos doce años, era bajo y rechoncho, como su padre; tenía la cabeza como un erizo y los ojos negros y chicos; la boca, de dientes grandes, muy separados, recordaba la de un escualo. Estaba descalzo, cubierto por un pantaloncito muy delgado y un grueso suéter descolorido. Tenía un aire de importancia, como la de un aprendiz que ya empieza a dominar su oficio. Los otros dos niños no fueron presentados y por su parte no hicieron caso alguno de los amigos de su padre. El mayor ~~mostraba~~ había fabricado con dos palitos y unas carretillas de hilo cortadas por la mitad, una carretita que paseaba de acá para allá, seguido del más pequeño, que abría tamaños ojos ante la maravilla realizada por su hermano. Parecían, también, unos lobatos.

La patrona, una mujer gruesa y joven, de grandes trenzas y voluminosas caderas, morena, de rostro aindiado, trajo una fuente de hierro enlozado, dentro de la cual, rodeado de torrejas de cebolla y zanahoria, flotaba en un aceite dorado la mitad de un atún. Unos granos de pimienta y tal cual diente de ajo, muy tostado, acompañaban ~~alimento~~ la decoración. En la mesa había sal, ají, pan y una garrafa llena de vino tinto.

--Sirvanse, amigos -- mugió El Lobo -- y sirvanse sin compasión. Esto se ve poco cuando uno se dedica a recoger ~~basuras~~ ^{basuras} en la playa.

Rió con una gruesa risa y nos sirvió vino. La mujer, como si no quisiera presenciar lo que iba a ocurrir, se retiró a la cocina, mientras nosotros, imitando a El Lobo, nos inclinábamos sobre la fuente y sobre los platos. Pero no fué un almuerzo: fué una carrera contra el tiempo -- irremediable tiempo, habría dicho El Filósofo -- y contra el atún, los ajíes, el pan y el vino. Comimos callados, como si temiéramos que, al hablar, el atún se marchara con su collar de torrejas de cebolla y zanahoria, sus granos de

--La familia -- dijo El Lobo, señalándolos --. El mayor ya ha salido con amigo y sabe armar un sapinel. Verge, don Rúa, salude a los amigos. Se llama Rubén, -- explicó --, pero le llamamos Rúa; es más corto.

Don Rúa, de unos doce años, era bajo y rechoncho, como su padre; tenía la cabeza como un erizo y los ojos negros y chicos; la boca, de dientes grandes, muy separados, recordaba la de un caballo. Estaba descalzo, cubierto por un pantaloncito muy delgado y un grueso suéter descolorido. Tenía un aire de importancia, como la de un aprendiz que ya empieza a dominar su oficio. Los otros dos niños no fueron presentados y por su parte no hicieron caso alguno de los amigos de su padre. El mayor ~~seguía~~ había fabricado con dos palitos y unas cartellinas de hilo cortadas por la mitad, una cretina que pasaba de acá para allá, seguida del más pequeño, que abría tamaños ojos ante la maravilla realizada por su hermano. Parecían, también, unos lobatos.

La patrona, una mujer gruesa y joven, de grandes trenzas y voluminosas caderas, morena, de rostro almidado, traía una fuente de hierro enlodado, dentro de la cual, rodeado de torrijas de cebolla y zanahoria, flotaba un aceite dorado la mitad de un atún. Unos granos de pimienta y tal cual diente de ajo, muy tostado, acompañaban ~~la decoración~~ la decoración. En la mesa había sal, ají, pan y una galleta llena de vino tinto.

--Sírvase, amigos -- murio El Lobo -- y sírvase sin compasión. Esto se va poco cuando uno se dedica a recoger ~~caracoles~~ en la playa.

Rió con una gruesa risa y nos sirvió vino. La mujer, como si no quisiera presenciar lo que iba a ocurrir, se retiró a la cocina, mientras nosotros, imitando a El Lobo, nos inclinábamos sobre la fuente y sobre los platos. Pero no fue un almuerzo; fue una carrera contra el tiempo -- irremediable tiempo, había dicho El Filósofo -- y contra el atún, los ajíes, el pan y el vino. Comimos callados, como si temiéramos que, al hablar, el atún se marchara con su collar de torrijas de cebolla y zanahoria, que granos de

pimienta y sus tostados dientes de ajo. El Lobo, por lo demás, dió el ejemplo: no habló una sola palabra, devoró únicamente, lanzando cada dos o tres bocados unos regüeldos que hacían oscilar el vino de la garrafa, cuyo nivel descendía a ojos vista. Miraba de reojo con sus ojillos colorados y comía resoplando, engullendo atún, pan, trozos de ají, vasos de vino y chupando cada espina que le tocaba.

Sentía arder la cara y las orejas, como si la sangre hubiese aumentado de pronto ^{su} temperatura. Cristián callaba como de ordinario, y en cuanto a Echeverría, corrientemente tan conversador, parecía haberse tragado la lengua. Sentado frente a mí, me miraba con guiñadas de inteligencia, como queriendo decirme: Aniceto: no hay un minuto que perder; nos queda mucho tiempo para conversar; el atún, en cambio, durará poco y ¿cuándo podremos nosotros, miserables recogedores de basura de la caleta de El Membrillo, hacernos de otro pedazo. No pierdas tu tiempo, Aniceto: no es de oro, es de atún.

Cuando terminamos, cuando se hubo acabado el pan, el ají, el vino y casi hasta la sal, cuando de aquel hermoso trozo de pescado no quedó más que una ridícula sarta de espinas, Echeverría, junto con dejar su tenedor sobre el plato, dijo:

--Se la ganamos al atún.

El Lobo rió de buena gana, se levantó, se golpeó el vientre, echó, de cogollo, un último eructo, y dijo:

--Ya comieron. Ahora, váyanse. Me voy a dormir. Hasta luego.

Y se marchó hacia uno de los dormitorios. Nos levantamos, dijimos unas enredadas palabras de agradecimiento a la patrona, que no dijo esta boca es mía y que se limitó a mover la cabeza como si asintiera a algo que se le proponía, y nos fuimos. Apenas podíamos andar y llegamos nada más que hasta la entrada de la caleta, en donde nos sentamos sobre el murete de piedra, silenciosos y abotargados. Desde lejos, y por nuestra inmovilidad y expresión de plenitud, se nos habría podido tomar por una hilera de alcatraces que aca-

primaria y sus tostados dientes de ajo. El lobo, por lo demás, dió el ejem-
plo: no habló una sola palabra, devoró únicamente, lanzando cada dos o tres
pocasos unos regueros que hacían oscilar el vino de la garrafa, cuyo ni-
vel descendía a ojos vistas. Miraba de reojo con sus ojillos colorados y oc-
ulta respirando, engullendo aún, pan, trozos de ajo, vasos de vino y chupar-
de cada espina que le tocaba.
Sentía arder la cara y las orejas, como si la sangre hubiese aumentado
de pronto la temperatura. Cristóbal callaba como de ordinario, y en cuanto a
Reverría, corrientemente tan conversador, parecía haberse tragado la lan-
gua. Sentado frente a mí, me miraba con guiñadas de inteligencia, como que-
riendo decirme: Aníscot: no hay un minuto que perder; nos queda mucho tiem-
po para conversar; el aún, en cambio, durará poco y cuándo podremos nos-
otros, miserables recogedores de basura de la caseta de El Membrillo, hacer
nos de otro pedazo. No pierdas tu tiempo, Aníscot: no es de oro, es de aún.
Cuando terminamos, cuando se hubo acabado el pan, el ajo, el vino y ca-
si hasta la sal, cuando de aquel hermoso trozo de pescado no quedó más que
una ridícula carta de espinas, Reverría, junto con dejar su tenedor sobre
el plato, dijo: --Se la ganamos al aún.
El lobo rió de buena gana, se levantó, se golpeó el vientre, echó de
cuello, un último eructo, y dijo: --Ya comieron. Ahora, váyanse. Me voy a dormir. Hasta luego.
Y se marchó hacia uno de los dormitorios. Nos levantamos, dijimos unas
enredadas palabras de agradecimiento a la patrona, que no dijo esta boca es
mía y que se limitó a mover la cabeza como si sintiera a algo que se le pro-
ponía, y nos fuimos. Apenas podíamos andar y llegamos nada más que hasta la
entrada de la caseta, en donde nos sentamos sobre el murete de piedra, al-
tamente y abotagados. Desde lejos, y por nuestra inmovilidad y expresión
de plantío, se nos habría podido tomar por una hilera de alcastrces que se-

baran de engullirse un cardúmen de corvinas. Después de mucho rato, Echeverría, reposadamente, habló:

--No hay nada como la amistad y tampoco hay nada como el atún, aunque el atún dure menos, pero ¿quién ha dicho que lo que ^{dura} ~~vale~~ más es lo que más vale? Si nos encontráramos todos los días con un amigo así y un trozo de pescado asá, ¡qué agradable sería la vida!

Sonrió bondadosamente y continuó:

--¡Qué atún! Es un pecado noble, generoso, todo se le va en carne y no escatima nada. No es como la pescada, que es pura espina, o como la cabrilla, pescados para los pobres diablos. Sólo el congrio colorado se le puede acercar un poco y vale tanto como la corvina, que también es generosa.

Divagó durante un rato y le oímos sin comentarios. Calló, por fin, abrumado por el esfuerzo de la digestión. Desde ese día empecé a acercarme a los botes, no porque tuviera la esperanza de otro almuerzo -- los almuerzos y los amigos son escasos, decía Echeverría -- sino porque el hecho de haber sido invitado por El Lobo, alcalde de la caleta, me dió ánimos para ello. El Lobo, por lo demás, no volvió a hacerme preguntas ni a ofrecerme nada, ni trabajo ni atunes al horno; me miraba y me saludaba. Estaba tranquilo: sabía ya que el chiquillo, como él decía, no le procuraría molestias.

Los botes llegaban generalmente a la misma hora y se esperaban unos a otros, no varándose sino cuando ya estaban todos juntos; se ayudaban los hombres entre sí, llevándolos hacia la arena; la playa era violenta y los bogadores debían calcular con justeza el momento en que debían avanzar; un hombre iba en la proa y el otro sentado con los remos poperos; la ola, grande siempre y sin piedad ni espera, lanzaba al bote con fuerza y era necesario que el proero saltara a la arena, sin importar que se mojara poco o mucho, tomara la embarcación y tirara de ella con fuerza y rapidez, de otro modo la resaca se la llevaba de nuevo. A veces, cuando la marea era alta, les ayudábamos, descalzándonos, ^{recogiéndolos} ~~arreglándonos~~ los pantalones y po-

... de engañillos en su camino de corvina. Después de mucho rato, debe-
verría, repentinamente, habló:
--No hay nada como la amistad y tampoco hay nada como el odio, aunque
el odio más menso, pero según he dicho que lo que más me da la gana
vale. Si nos encontramos todos los días con un amigo así y un trozo de
pasado así, ¿qué estúpida sería la vida!
Contra honestamente y continuó:
--Qué stúpido! En un pasado noble, generoso, todo se le va en carne y no
casi nada. No es como la pasada, que es pura sangre, o como la corvi-
la, pasados para los pobres diablos. Sólo el cariño corvino se le fue-
de hacer un poco y vale tanto como la corvina, que también es generosa.
Tuviste durante un rato y le oíste sin comentarios. Calló, por fin, a un-
nada por el estiramiento de la digestión. Desde ese día empezó a acercarse a
los botes, no porque tuviera la esperanza de otro almuerzo -- los almuerzos
y los amigos son escasos, decía Benavente -- sino porque el hecho de haber
sido invitado por el lobo, al lado de la esleta, me dió ánimo para ello.
El lobo, por lo demás, no volvió a hacerme preguntas ni a ofrecermelas.
Al trabajo ni a tener al horno; me miraba y me reía. Estaba tranquilo;
sabía ya que el chipulillo, como él decía, no le procuraría molestias.
Los botes llegaban regularmente a la misma hora y se esperaba unos a
otros, no variándose sino cuando ya estaban todos juntos; se aguardaban los
hommes entre sí, llevándose hasta la arena; la playa era violenta y los
pescadores debían calcular con justesa el momento en que debían avanzar; un
homme iba en la proa y el otro sentado con los remos poperos; la ola,
grande siempre y sin piedad ni espanto, lanzaba al bote con fuerza y era
necesario que el proero saltara a la arena, sin importar que se mojara po-
co o mucho, tomara la embarcación y tirara de ella con fuerza y repelida,
de otro modo la arena se la llevaba de nuevo. A veces, cuando la mar era
alta, los alrededores, desolados, los pantanos y po-

niendo bajo la cuilla rollos de algas o trozos de tablas que permitían que la embarcación se deslizara con suavidad. En el fondo de la chalupa o del bote saltaban los peces, jureles, cabrillas, pescadas, congrios negros y tal cual colorado, corvinas, estirando aquí y allá, una jibia, sus tentáculos. Los pescadores los cogían de uno en uno, dando en la cabeza de éstos, que saltaban demasiado, un palo que los inmovilizaba, amarrándolos luego de a parejas, con cáñamos, y colgándolos de un remo que colocaban, con la pala hacia dentro, en la proa de la embarcación. Aparecían unos cuchillos cortos y filudos, de escasa punta, que entraban con violencia por el orificio anal y corrían después hacia las branquias; por la herida salía un montón de vísceras que se vaciaban sobre las manos de los pescadores, ensuciándolas de sangre y grasa; algunos peces estaban aún vivos y al sentir el cuchillo se retorcían y abrían desmesuradamente las branquias, como si fuesen a prorrumpir en gritos, mostrando unas agallas rojas y dentadas.

Los pescadores eran en general hombres sombríos, silenciosos, de extraña estampa, vestidos con restos de ropas: suéteres en cantidades innumerables y chalecos, muchos chalecos, todos grandes, ^{ajenos} ~~adaptados~~ a sus cuerpos, y bufandas destrozadas. Pasaban toda la noche en el mar, durmiendo a ratitos, sin hablar en medio de la oscuridad o hablando sólo lo indispensable. En el bote, a proa y a popa, se amontonaban trozos de cueros peludos, pedazos de tela, viejas mantas o frazadas, sacos, tiras de arpillera, chaquetas destrozadas y más chalecos y más suéteres. Aquí hay un caldero redondo, en forma de tubo; sirve para calentar la comida o el agua; mira: tiene adentro una tetera; un plato de metal, un jarro, dos jarros de hierro enlozado, muy saltados los dos, un tenedor, dos cucharillas, una caja de lata con un poco de café y otro poco de azúcar, todo junto; se ahorra tiempo: echas el café junto con la azúcar; una botella vacía; tendría agua; bah: a esta hora tiene que estar vacía, pero al partir, ayer en la tarde, seguramente había dentro algo reconfortante: vino o aguardiente. A veces la pesca es buena; otras, re-

gular, y otras, mala; el mar no es siempre generoso y a veces cobra su parte.

A la hora de arribar aparecía siempre gente; parecía brotar de la arena. Mirando uno las embarcaciones que se balanceaban sobre la cima de las olas, como alcetraces, se olvidaba de mirar hacia atrás o hacia los lados y entonces los hombres brotaban de pronto, como del aire: venían tal vez desde el cerro, que estaba a unos cincuenta metros de distancia; bajaban corriendo. En general eran hombres ya de edad, que ayudaban también a varar las embarcaciones, a abrir los peces y a llevar hacia las casuchas los espinales, las redes, los boliches, los garabatos para las jibias, los remos. De seguro eran pescadores retirados o inválidos, reumáticos; venían también niños, hijos de los pescadores o ajenos a ellos, que conversaban entre sí y hacían comentarios sobre la pesca y los nombres de los peces: una morena, un azulejo, un roncador, un robalo; y junto con los niños y los viejos, que recibían por su ayuda lo que se les daba, una pescada con un ojo reventado ^{pejerreyes} o unos ~~merluces~~ ^{pejerreyes} destrozados por los pisotones de los pescadores, llegaban los compradores, hombres con grandes canastos, otros con burros, arrieros, que colgaban de sus animales largos congrios colorados o negros y corvinas que llevaban a vender a los cerros y a los caseríos cercanos; mujeres del pueblo, además, generalmente de edad, que compraban sólo pescados baratos, cabrillas o jureles, sierras o pescadas, regateando en el precio y discutiendo el tamaño:

--¿Y a esto le llama pescada? No es más grande que una sardina. Hay que ponerse anteojos para verla. Deme una más grandecita; no sea miserable, mire que Dios lo va a castigar.

Pero los pescadores, con sueño y hambrientos, hombres de pocas palabras, además, jamás decían más de dos frases sobre un asunto; la tercera se la guardaba y era inútil insistir. Era preciso terminar luego.

--No regatee, señora; no somos paisanos.

...y otros, nada; el mar no es siempre tranquilo y a veces cubre en par-
te.
A la hora de atribuir especies siempre gentes; pareciera brotar de la arena.
Algunas una las embarcaciones que se balanceaban sobre la cima de las olas,
como alcatrazes, se olvidaba de mirar hacia atrás o hacia los lados y en-
tonces los nombres brotaban de pronto, como del aire: venían tal vez desde
el cielo, que estaba a unos cincuenta metros de distancia; bajaban corrien-
do. En general eran nombres ya de edad, que ayudaban también a venir las
embarcaciones, a abrir los pescos y a llevar hacia las casacas los espe-
ces, las redes, los bolichos, los garabatos para las libias, los remos. De
seguro eran pescadores resistentes o inválidos, remáticos; venían también
algunos, hijos de los pescadores o ajenos a ellos, que conversaban entre sí
y hacían comentarios sobre la pesca y los nombres de los pescos: una morena,
un escaño, un tesorero, un robalo; y junto con los niños y los viejos, que
recibían por su ayuda lo que se les daba, una pesca con un ojo roto
o una mancha de sangre por los placentas de los pescadores, llevaban
los comprados, hombres con grandes canastos, otros con burros, arrieros,
que cargaban de sus animales largos concheros colorados o negros y corvinas
que llevaban a vender a los cerros y a los caseríos cercanos; mujeres del
pueblo, algunas, generalmente de edad, que compraban sólo pescados baratos,
sardinas o jureles, sierras o pasaditas, regatando en el precio y dispu-
tiendo el tamaño.
--Y a esto se llama pescada? No es más grande que una sardina. Hay que
ponerse anteojos para verla. Dame una más grandecita; no sea miserable, ni-
si que ésta se va a castigar.
Esto los pescadores, con su grito y hambrientos, hombres de pocos palabras,
algunos, jamás decían más de dos frases sobre un asunto; la tercera se la
guardaba y era inútil insistir. Los precios bajaban luego.
--No pescas, señores; no como nosotros.

El mercado duraba poco, una media hora o un poco más, ya que los botes no eran muchos, y cuando se marchaban los arrieros, las viejas y los niños, los compradores al por mayor y los curiosos, la caleta tomaba de nuevo su soledad y su silencio, no ~~oyéndose~~ ^{oyéndose} más que los gritos de las gaviotas disputándose los restos de los pescados y el golpe de la ola, sordo, sobre la playa. Un hombre, El Filósofo, vagaba por aquí; más allá, Cristián, y más acá, yo; el hombre de la red seguía tejiendo sus palabras no dichas, sus pensamientos no expresados, sus sentimientos guardados y tejía la red, el mar, el cielo, todo junto, y otro hombre, un desconocido -- siempre aparecía por allí un desconocido --, miraba desde la calle hacia la playa, las manos en los agujereados bolsillos, el pelo largo, la barba crecida, los zapatos rotos; parecía preguntarse, asustado: ¿qué haré?, como si él fuese el primero que se lo preguntaba.

Vivir, hermano. Qué otra cosa vas a hacer.

El momento duraba poco, una media hora o un poco más, y en los meses
no eran muchos, y cuando se marchaban los amigos, las visitas y los niños,
los contraban al por mayor y los amigos, la casa estaba de nuevo en
silencio y en silencio, no quedaba más que los gritos de las aves dis-
putándose los restos de los peces y el golpe de la ola, sobre la
playa. Un hombre, El Tibicoro, yacaba por allí, más allá, cristiano, y más
allá, y el hombre de la red estaba soliendo sus redes no chicas, sus
redes estaban no excedidos, sus sentimientos guardados y fijos en red, el
hombre, el chico, todo junto, y otro hombre, un desconocido -- siempre a pe-
queña por allí en desconocido --, miraba desde la orilla hacia la playa, los
barcos en los agujeros de las redes, el pelo largo, la barba crecida, los
ojos fijos; parecía preguntarse, amateado, ¿qué haré, como al él mismo
el primero que se lo preguntaba.

Vivir, hermano, en otra cosa van a hacer.

El filósofo cristian y vo

...No llegué a saber, por aquellos días, lo que había dentro de Cristián y quizá no llegaría a saberlo nunca. Viviendo a su lado, en su contorno, sentí que lo rodeaba una atmósfera de una densidad impenetrable para la simple mirada o la simple cercanía. No irradiaba nada y no supe si lo que los demás irradiaban, El Filósofo u otros, lo tocaba. Por Echeverría supe, en un momento, más de lo que habría podido saber, en muchos años, por Cristián mismo. Echeverría era talvez el único hombre que había logrado aproximarse a él, sólo aproximarse: ~~avanzar a acercarse, por fin, se acercó, y~~ --Se resistió, pero no me importó su resistencia; no quería penetrarlo; quería que me viera hablar, aunque no me entendiera; quería despertar en él la palabra, ver qué color y qué saber tenía. Tú sabes que tiene un color y un sabor como de cosa herrumbrada. Siempre he procurado dar, en cierto sentido, en el sentido de las relaciones mentales humanas, más de lo que posiblemente puedo recibir; me gusta sacar algo de los demás, aunque muchas veces ese algo no valga la pena de tener ojos ni oídos. No lo hago por presunción o por curiosidad; es por naturaleza: me gusta escarbar en el hombre. Logré, al fin, que hablara y que me dijera, con su lenguaje monosilábico -- no lo abandona sino cuando se enoja -- algo de sí mismo, no de lo que piensa, pues creo que no sabe pensar, sino de lo que ha vivido. No fué gran cosa, pero fué algo. No tengo ninguna esperanza de que todo lo que le he dicho desde que lo trato, lo haya comprendido; no me importa. Lo conocí muy hombre ya, mineralizado hasta un punto difícil de apreciar. No podría

I

No llegué a saber, por aquellos días, lo que había dentro de Cristóbal
 y quizá no llegaría a saberlo nunca. Viviendo a su lado, en su contorno,
 sentí que lo rodeaba una atmósfera de una densidad impenetrable para la
 simple mirada o la simple cercanía. No irradiaba nada y no supe si lo que
 los demás irradiaban, El Filósofo u otros, lo recibía. Por Behaveria supe
 en un momento, más de lo que habría podido saber, en muchos años, por Cris-
 tóbal mismo. Behaveria era tal vez el único hombre que había logrado aproxi-
 marse a él, sólo aproximarse:
 --Se resistió, pero no me importó su resistencia; no quería penetrarlo;
 quería que me viera hablar, aunque no me entendiera; quería despertar en él
 la palabra, ver qué color y qué sabor tenía. Tú sabes que tiene un color y
 un sabor como de cosa hermética. Siempre he procurado dar, en cierto sen-
 tido, en el sentido de las relaciones mentales humanas, más de lo que posi-
 blemente pueda recibir; me gusta hacer algo de los demás, aunque muchos ve-
 ran eso algo no valga la pena de tener ojos ni oídos. No lo hago por pre-
 ocupación o por curiosidad; es por naturaleza: me gusta escribir en el pen-
 saje, lo que, al fin, que hablo y que me dijeron, con su lenguaje monosilábico
 --no lo abandono sino cuando se enoja -- algo de sí mismo, no de lo
 que pienso, pues creo que no sabe pensar, sino de lo que ha vivido. No fue
 esta cosa, pero fue algo. No tengo ninguna esperanza de que todo lo que lo
 he dicho desde que lo trato, lo haya comprendido; no me importa. Lo conocí
 muy hombre ya, mineralizado hasta un punto difícil de apreciar. No podría

definírtelo de un modo científico; no soy psicólogo, aunque maldita la falta que me hace. Cuando don Pepe me dió el dato de la mina marítima de El Membrillo y fuí a reconocerla, allí estaba él; estaba como tú, varado en la playa, más que varado, arrojado por la resaca; pero iba desde la tierra hacia el mar, al revés del metal, que viene del mar hacia la tierra. Es otra resaca, más temible que la otra. Estaba ahí como estuviste tú, con la diferencia de que lo que a tí te ocurría puede ser circunstancial, en tanto que lo que le ocurre a él parece definitivo: no sabe trabajar, no puede robar y tampoco quiere irse de su ciudad. Si le das un pincel, un martillo o una llave inglesa, no sabrá qué hacer con ellos, no podrá manejarlos: sus músculos son torpes. Durante varios días me vió entrar y salir, recoger metal y marcharme; mientras iba y venía lo miraba, sospechando lo que le pasaba, y él respondía mis miradas con una expresión tan torva y con unos ojos tan duros, que a pesar de mi valor mental -- que es el único que tengo, además del verbal, por supuesto -- no me atrevía a acercarme. Por fin, me acerqué, dispuesto a recibir una patada o lo que fuese. No le ofrecí ni le pregunté nada; le dije no más que el mar echaba un metal a la playa, que era fácil recogerlo y que alguien lo compraba. No creas que bajó corriendo; bajó paso a paso y demoró un día entero en decidirse a recoger un pedazo; no te mentiría si te dijera que es posible que cuando se agachó le sonara el espinazo como si se le hubiera quebrado. La vida lo ha endurecido hasta el punto de convertirlo en un ser que no es animal ni vegetal; desgraciadamente, tampoco es mineral: debe comer, debe respirar y debe hacer muchas otras cosas, limitadas todas, pero todas necesarias. Tal es Cristián, y no creas que sea el único, no, hay muchos como él y todos necesitan vivir, viven, mejor dicho, y hay que aceptarlos como son. Podemos despreciarlos, podemos vivir separados de ellos, pero no los podemos ignorar; se les podría matar, pero otros vendrían a reemplazarlos; nacen miles todos los días y el mal no está, en algunas ocasiones, en ellos mismos: unos nacen así, otros llegan a

destinados de un modo científico; no soy geólogo, aunque me llaman de tal-
 ta que me hacen. Cuando don Pepe me dió el dato de la mina marítima de El
 Membrillo y fui a reconocerla, allí estaba él; estaba como tú, varado en la
 playa, más que varado, arrojado por la resaca; pero iba desde la tierra ha-
 cia el mar, al revés del metal, que viene del mar hacia la tierra. En otra
 resaca, más tarde que la otra. Estaba ahí como estuviste tú, con la dis-
 tancia de que lo que a ti te ocurre puede ser circunstancial, en tanto que
 lo que le ocurre a él parece definitivo: no sabe trabajar, no puede robar y
 tampoco quiere irse de su ciudad. Él le das un pincel, un martillo o una
 llave inglesa; no sabrás qué hacer con ellos, no podrás manejarlos; una maña-
 los son torpes. Durante varios días me vió entrar y salir, recoger metal y
 marcharme; mientras iba y venía lo miraba, sospechando lo que le pasaba, y
 él respondía mis miradas con una expresión tan torva y con unos ojos tan in-
 com, que a pesar de mi valor mental -- que es el único que tengo, además del
 verbal, por supuesto -- no me atrevía a acercarme. Por fin, me acordé, des-
 pués de recibir una patada o lo que fuese. Me la ofrecí ni le pregunté na-
 da; le dije no más que el mar echaba un metal a la playa, que era fácil re-
 cogerlo y que alguien lo compraba. No creas que bajó corriendo; bajó pa-
 sado y demoró un día entero en decidirse a recoger un pedazo; no te mien-
 tas si te dijera que es posible que cuando se agotó la sonata el esqui-
 como si se la hubiera quebrado. La vida lo ha endurecido hasta el punto de
 convertirlo en un ser que no es animal ni vegetal; desgraciadamente, tam-
 po es mineral: debe comer, debe respirar y debe hacer muchas otras cosas,
 limitadas todas, pero todas necesarias. Tal es Cristóbal, y no creas que sea
 el único, no, hay muchos como él y todos necesitan vivir, viven, mejor di-
 cho, y hay que respetarlos como son. Podemos desgraciarnos, podemos vivir es-
 parados de ellos, pero no los podemos ignorar; se les podría matar, pero
 otros vendrían a reemplazarlos; nacen miles todos los días y el mal no es
 tal, en algunas ocasiones, en ellos mismos; unos nacen así, otros llegan a

ser así. A veces algo los salva, a veces no los salva nada; y no creas que sólo se dan en nuestro medio; nacen en todas partes y algunos llegan a ser personas importantes. ¿Cristián nació así o llegó a ser así? Difícil saberlo y es difícil porque el único que lo podría decir, él mismo, no podría hacerlo. Tú tuviste suerte.

¿Suerte? Le había contado aquello al Filósofo: durante un tiempo mi familia y yo vivimos, en Rosario, en una casa que mi padre arrendó a una señora de apellido italiano, muy anciana ya y viuda. No tenía hijos ni parientes y su única fortuna y medio de vida era aquella casa, que arrendaba, reservándose para ella una pieza de madera, separada del resto del edificio y que su marido, que era contratista, construyera para utilizarla como galpón o depósito de herramientas. Al morir el marido, la señora hizo arreglarla, le agregó una cocina, levantó un gallinero pequeño, donde criaba una media docena de gallinas y algunos patos, y allí se instaló a pasar sus últimos días. La construcción estaba en el fondo del terreno, rodeada de árboles y de un jardincito que la señora hizo con sus propias manos: tenía cardenales, rudas, buenas tardes, don diego de la noche, dos o tres heliotropos muy fragantes y un jarmín del Cabo. Todo ello estaba rodeado por una reja de madera pintada de blanco. A mi padre, al principio, no le agradó la idea de tener en la misma casa una persona extraña, pero la señora resultó tan discreta que mi padre terminó por tolerar su presencia. Mis hermanos y yo íbamos a veces a echar una mirada a la señora, a su jardín y a sus árboles, entre los cuales ~~se~~ erguían algunos duraznos que maduraban a su tiempo. La señora nos ofrecía unos pocos y conversaba con nosotros, sin que nunca ~~me acordara~~ se le ocurriera preguntarnos nada sobre nosotros mismos. No tenía servidumbre y muy rara vez iba alguien a visitarla. Salía a veces, muy atildadita, a visitar a antiguas amigas o vecinas y nos encargaba la casa. Nunca se atrevió a visitarnos y, por su parte, mi madre, que era prudente, no la invitó; pasaba, saludaba y se encerraba en su jardín, entre

ser así. A veces algo los salva, a veces no los salva nada y no creas que
sólo se dan en nuestro medio; nacen en todas partes y algunos llegan a ser
personas importantes. ¿Cristián nació así o llegó a ser así? Difícil saber-
lo y es difícil porque el único que lo podría decir, él mismo, no podría

haberlo. Tú tuviste suerte.

¿Suerte? Le había contado aquello al filósofo: durante un tiempo mi fa-
milia y yo vivimos, en Rosario, en una casa que mi padre arrendó a una se-
ñora de apellido italiano, muy anciana ya y viuda. No tenía hijos ni pa-
rientes y su único fortuna y medio de vida era aquella casa, que arrendaba
reservándose para ella una pieza de madera, separada del resto del edifi-
cio y que en realidad, que era construida, construyera para utilizarla como
depósito o depósito de herramientas. Al morir el marido, la señora hizo arren-
darla, le agregó una cocina, levantó un gallinero pequeño, donde criaba
una media docena de gallinas y algunos patos, y allí se instaló a pasar sus
últimos días. La construcción estaba en el fondo del terreno, rodeada de
árboles y de un jardínito que la señora hizo con sus propias manos: tenía
verdinales, rudas, buenas tardes, bon días de la noche, dos o tres helio-
tropos muy fríos y un jaramil del Cabo. Todo esto estaba rodeado por una
reja de madera pintada de blanco. A mi padre, al principio, no le agradó
la idea de tener en la misma casa una persona extranjera, pero la señora resultó
tan agradable que mi padre terminó por tolerar su presencia. Mis hermanos
y yo íbamos a echar una mirada a la señora, a su jardín y a sus ár-
boles, entre los cuales nos erguían algunos duraznos que maduraban a su
tiempo. La señora nos ofrecía unos pocos y conversaba con nosotros, sin que
nunca ~~ninguna~~ se le ocurriera preguntarnos nada sobre nosotros mismos.
No sería sorprendente y muy rara vez iba alguien a visitarla. Salía a veces,
muy atildada, a visitar a antiguos amigos o vecinas y nos encorvaba la
cabeza. Nunca se olvidó a visitarnos y, por su parte, mi madre, que era gru-
dante, no le invitó; pero, cuando y se encorvaba en su jardín, entre

los árboles. Cocinaba ella misma y ella misma lavaba su ropa; tenía buena salud y era muy alegre de expresión. Un día de verano, maduros ya los duraznos, fui a echar una ojeada: allí estaba la señora, en el jardín, tratando de leer un diario. Me vió, me saludó y me invitó a entrar. Me dijo:

--¿Sabe leer?

--Sí -- respondí.

--Yo -- me confesó -- apenas puedo hacerlo; me cuesta mucho; me canso y me duele la cabeza. Es una suerte ser joven.

Inclinó la cabeza y enderezó el diario, que había dejado sobre su falda, echándole una mirada por encima de los anteojos. Continuó:

--En este diario sale un folletín muy bonito y lo estoy siguiendo desde hace tiempo. Es una novela española.

Yo la oía y miraba una rama llena de duraznos ya enrojecidos por la madurez.

--¿Quiere sacar algunos? Saque no más. Hay muchos.

Saqué dos o tres y mientras los saboreaba se me ocurrió ofrecerme a leer el folletín: era una manera de retribuirle los duraznos y, al mismo tiempo, de asegurarme otros para el futuro; el verano era largo y la fruta estaba más cara cada día.

--¿Quiere que le lea el folletín?

Jamás había leído un folletín y no sabía lo que era; tampoco había leído un libro; en mi casa no los había; nadie, por otra parte, me había dicho que los leyera.

--¿No le molestará leer?

--No -- le contesté, limpiándome las manos en el pañuelo --; no me molestará nada.

--Tome, pues -- y me alcanzó el diario.

Lo tomé, miré el título del folletín, que ya no recuerdo, y leí de un tirón lo que era necesario leer. Mientras leí, la señora lanzó exclamacio-

los árboles. Cocinaba ella misma y ella misma lavaba su ropa; tenía buena salud y era muy alegre de expresión. Un día de verano, cuando ya los días eran largos, fui a comer una ovejada: allí estaba la señora, en el jardín, cuando de leer un diario. Me vió, me saludó y me invitó a entrar. Me dijo:

--¿Babe Jerry?

--Sí -- respondí.

--Yo -- me confesó -- apenas puedo hacerlo; me cuesta mucho; me canso

y me duelen la cabeza. Es una suerte ser joven.

Inclinó la cabeza y enderezó el diario, que había dejado sobre el tal-

da, echándole una mirada por encima de los anteojos. Continué:

--En este diario sale un folletín muy bonito y lo estoy siguiendo des-

de hace tiempo. Es una novela española.

Yo la oía y miraba una trama llena de durzunas y enredos por la ma-

durez.

--¿Quiere sacar algunos? Seguro no más. Hay muchos.

Seguía dos o tres y mientras los sacaba se me ocurría ofrecerme a leer

el folletín: era una manera de retribuirle los durzunas y, al mismo tiempo,

de asegurarme otros para el futuro; el verano era largo y la fruta estaba

más cara cada día.

--¿Quiere que le lee el folletín?

Jamás había leído un folletín y no sabía lo que era; tampoco había le-

ído un libro; en mi casa no los había; nadie, por otra parte, me había dicho

que los leyera.

--No le molestará leer?

--No -- le contesté, limpiéndome las manos en el pañuelo --; no me mo-

lestará nada.

--Toma, pues -- y me alcanzó el diario.

Lo tomé, miré el título del folletín, que ya no recuerdo, y leí de un

aliento lo que era necesario leer. Mientras leí, la señora lanzó exclamacio-

nes e hizo comentarios que no escuché. Terminé de leer y le devolví el diario.

--Gracias -- me dijo --; lee bien, pero muy ligero; parece que lo que lee no le interesa.

Al día siguiente se repitió lo del anterior: comí mis duraznos y leí el folletín y así ocurrió en días sucesivos y siguió ocurriendo hasta mucho después de que se acabara la fruta: la curiosidad me tomó y no contento con saber lo que sucedía en lo que leí, quise enterarme de lo sucedido antes. La señora me facilitó lo anterior; lo tenía recortado y lo guardaba, y no sólo tenía aquél; tenía muchos más. Leí varios y saqué unas notas malísimas en la escuela. En retribución, en poco tiempo conocí un mundo desconocido hasta entonces. Entre los folletines hallé novelas francesas, italianas, españolas, inglesas, alemanas, polacas, rusas, suecas. Ciudades, lagos, ríos, montañas, océanos, costumbres, pasiones, épocas, todo se me hizo familiar. Un día que mi padre hablaba de Madrid, lo interrumpí y le dije algo sobre aquella ciudad, no sé qué.

--¿Cómo te has enterado? -- me preguntó, sonriendo.

--Sé muchas cosas de Madrid -- le contesté -- y también de Galicia, tu provincia.

--Pero ¿dónde lo has aprendido? -- insistió.

--He leído algunas novelas españolas.

--¿Dónde?

--La patrona me las ha prestado. Le leí la que sale en el diario y ella me prestó otras.

--Por eso será que ha sacado tan malas notas en la escuela -- suspiró mi madre.

Mi padre no dijo nada y seguí leyendo. Leí de todo, diarios, revistas, calendarios enteros, libros y contagié con ello a mis hermanos, que empezaron también a leer, aunque no con la misma pasión. Descubrí obras diferentes a las de los folletines y también libros de viaje. Mis notas escolares des-

ness e hizo comentarios que no escuché. Terminé de leer y le devolví el diario.

--Gracias -- me dijo --; lee bien, pero muy ligero; parece que lo que

lee no le interesa.

Al día siguiente se repitió lo del anterior: comí mis duraznos y leí el

folletín y así ocurrió en días sucesivos y siguió ocurriendo hasta mucho

después de que se acabara la fruta: la curiosidad me tomó y no contento con

saber lo que sucedía en lo que leí, puse enteramente de lo sucedido antes.

La señora me facilitó lo anterior; lo tenía rescatado y lo guardaba, y me

odio tenía aquel, tenía muchos más. Del varón y según unas notas mías

en la escuela. En retrospectión, en poco tiempo conocí un mundo desconocido

hasta entonces. Entre los folletines hallé novelas francesas, italianas, es-

pañolas, inglesas, alemanas, polacas, rusas, suecas, cinesas, japonesas, etc.

montañas, océanos, costumbres, pasiones, épocas, todo se me hizo familiar.

Un día que mi padre había de Madrid, lo interrumpí y le dije algo sobre

aquella ciudad, no sé qué.

--¿Cómo te has enterado? -- me preguntó, sonriendo.

--Se muchas cosas de Madrid -- le contesté -- y también de Galicia, de

provincia.

--¿Por dónde le has aprendido? -- insistió.

--He leído algunas novelas españolas.

--¿Dónde?

--La patrona me las ha prestado. La leí la que sale en el diario y ella

me prestó otras.

--Por eso será que ha sabido tan muchas cosas en la escuela -- añadió el

padre.

El padre me dijo nada y seguí leyendo. Leí de todo, diarios, revistas,

calendarios antiguos, libros y cosas así con ellos a mis hermanos, que apenas

son también a leer, aunque no con la misma pasión. Desconcí otras cosas

a las de los folletines y también libros de viajes. Mis notas escolares han-

cendieron hasta un mínimo que alarmó a mis padres, quienes, sin embargo, no me prohibieron leer: no sabían si era bueno o malo hacerlo tan exageradamente; temieron, sin embargo, por mis estudios, unos estudios que no terminaría nunca, y me recomendaron que fuese prudente.

(Nunca conté a Echeverría el verdadero final de mis relaciones con la señora que me abrió, sin sospecharlo, el mundo de la fantasía y del conocimiento: un día, en el diario que la señora acostumbraba a leer, apareció, entre otras, una fotografía de mi padre. Era él, sin duda ni disimulo posible. El diario lo señalaba como ladrón peligroso y daba su nombre, su apodo y sus antecedentes policiales. No se podía hacer nada: la señora leía el diario de cabo a rabo y era indudable que lo vería. No dijo, por cierto, una sola palabra, pero mi padre, que tenía el pudor de ser ladrón, decidió cambiarse de casa y fué a notificárselo a la señora. Se encontró con lo que menos esperaba. La señora le dijo: "¿Quiere usted dejar la casa?" "Sí, señora." Lo miró fijamente y le preguntó: "¿Es por lo del diario?" Mi padre no contestó. La señora dijo: "Si es por lo del diario, don Aniceto, no se vaya usted. No me importa nada. Cada uno se gana la vida como puede y usted es un hombre decente. Quédese." Pero ~~mi~~ mi padre, a quien no favorecía en nada aquella propaganda gratuita, no sólo quería cambiar de casa: quería también cambiar de provincia. Nos fuimos. Cuando fui a despedirme, la señora me abrazó, lloró un poco y me regaló, como recuerdo, tres folletines. Cuando salí de mi casa a correr el mundo, allí estaban todavía.)

--Sí, tú tuviste suerte: aquella viejecita puso en tus manos algo que ni ella misma sabía lo que era y con ello despertó en tí algo que ni tú mismo sabías que tenías: la curiosidad mental. Yo también tuve suerte: mi padre era anarquista y también leía y ¡qué libros! Libros que casi no entendía, de la biblioteca Sempere, y de los que hablaba continuamente; algo pescaba de ellos, una idea, la más pequeña, que rumiaba durante semanas enteras y de las que hablaba no sólo a su mujer y a su hijo sino que también

completaron hasta un punto que elaró a mis padres, quienes, sin embargo,
no me prohibieron leer: no sabían ni era bueno o malo hacerlo tan temprano.
Después, temieron, sin embargo, por mis estudios, unas estadísticas que no ter-
minaría nunca, y me recomendaron que fuese prudente.
(Nunca conté a Schreverle el verdadero final de mis relaciones con la
señora que me enseñó, sin sospecharlo, el mundo de la fantasía y del consuelo-
miento: un día, en el diario que la señora acostumbraba a leer, apareció,
entre otras, una fotografía de mi padre. Era él, sin duda ni siquiera posi-
ble. El diario lo señalaba como ladrón peligroso y daba su nombre, su edad
y sus antecedentes policiales. No se podía hacer nada: la señora leía el
diario de cabo a rabo y era indudable que lo veía. No dijo, por cierto,
nada sobre papas, pero mi padre, que tenía el pudor de ser ladrón, decidió
cambiar de casa y fue a notificárselo a la señora. Se enojó con lo que
nada esperaba. La señora le dijo: "¿quiere usted dejar la casa?" "Sí, se-
ñora." "Lo más tíjamente y le preguntó: "¿Por lo del diario?" "Mi padre
no contestó. La señora dijo: "Si es por lo del diario, don Inés, no se
vaya usted. No me importa nada. Cada uno se gana la vida como puede y usted
es un hombre decente. Cándese." Pero a mi padre, a quien no favorecía en na-
da aquella propaganda gratuita, no sólo quería cambiar de casa: quería tam-
bién cambiar de provincia. Nos fuimos. Cuando fui a despedirme, la señora
me abrazó, llevó un poco y me regaló, como recuerdo, tres folletines. (Una
de ellas se me cayó al salir del mundo, allí estaban todavía.)
--Si, tú viviste antes: aquella viciosa que en tus manos algo que
ni ella misma sabía lo que era y con ello despertó en ti algo que ni tú
mismo sabías que tenías: la curiosidad mental. Yo también tuve antes: mi
padre era anarquista y también leía y José Llorca y libros que casi no se
vendían, de la biblioteca siempre, y de los que hablaba continuamente; algo
recuerdo de ellos, una idea, la más pequeña, que trataba durante semanas en-
tonces y de las que habito no sólo a mi mujer y a mi hijo sino que también

a sus amigos y compañeros. Tenía cierto don oratorio, muy pobre, pues era carpintero y no había tenido tiempo para cultivarse, pero con el poco que tenía se las arreglaba para echar largos discursos. Yo lo acompañaba a las reuniones y le oía con más atención que nadie, aunque también sin entenderle. Con el tiempo, sin embargo, llegué a leer aquellos libros, libros de ciencia todos y todos materialistas, y otras obras. Total: me aficioné a leer y a pensar. Mi padre no había podido hacerlo: el serrucho, ocho o más horas diarias, y el martillo, otras tantas, no son herramientas que le permiten a uno dedicarse a pensar en cosas abstractas: o te cortas un dedo o te aplastas una mano. Pero Cristián, Cristián ¿qué? No sabe leer ni escribir. El padre era vendedor ambulante de parafina, borracho, analfabeto y violento; tuvo tres hijos y quedó viudo; no se volvió a casar -- ¿no son muchas las mujeres de que puede disponer un vendedor de parafina -- y los chiquillos se criaron como pudieron. Dos murieron, supongo que de hambre, y Cristián se hizo ladrón: era una manera de salvarse, malamente, es cierto, pero no todos pueden elegir. Se hizo ladrón, como te digo, pero no tenía habilidad muscular ni mental; además, para desgracia suya, tiene un defecto en la vista: en cuanto se hace de noche no vé nada: el suelo se le transforma en una tembladera, confunde la sombra con la luz y los accidentes del terreno se le convierten en un problema: ¿es esto un hoyo o una mancha de sombra? Comprenderás que no se puede ser ladrón y tener problemas de esa índole; tampoco un ladrón nocturno puede andar con lazarillo. Mientras no lo sorprendían la cosa andaba más o menos bien y podía sacar algo, pero lo sorprendían casi siempre. Le falta finura: tropezaba con los muebles o se le caían al suelo las herramientas. Huía entonces y a los diez metros se estrellaba en el suelo: confundía un ~~mancha~~ bache con una mancha de sombra y el dueño de la casa y la mujer del dueño de la casa y los hijos del dueño de la casa le caían encima y le daban la tremenda paliza: a nadie se pega más fuerte que a un ladrón que se sorprende en la casa; el sentido de propiedad es infinitamente

a sus amigos y compañeros. Tenía gusto del ornato, muy pobre, pues era
carpintero y no había tenido tiempo para cultivarse, pero con el poco que
tenía se las arreglaba para echar largas distracciones. Yo lo acompañaba a las
reuniones y la oía con más atención que nadie, aunque también sin entender-
la. Con el tiempo, sin embargo, llegué a leer aquellos libros, libros de
ciencia todos y todos materialistas, y otras obras. Total: me aficioné a
leer y a pensar. Mi padre no había podido hacerle: el sermoneo, como a más
estas cosas, y el martillo, otras tantas, no son instrumentos que le permit-
tan a uno dedicarse a pensar en cosas abstractas: o te cortas un dedo o te
aplastas una mano. Pero Cristóbal, Cristóbal ¿qué? No sabe leer ni escribir.
El padre era vendedor ambulante de parafina, borseño, abalibato y violen-
to; tuvo tres hijos y quedó viudo; no se volvió a casar -- lo son muchos las
mujeres de que puede disponer un vendedor de parafina -- y los chicos
se criaron como púberes. Dos murieron, aunque que de hambre, y Cristóbal se
hizo ladrón: era una manera de salvarse, malamente, es cierto, pero no todos
pueden elegir. Se hizo ladrón, como te digo, pero no tenía habilidad manua-
lar ni mental; además, para destruir a uno, tiene un defecto en la vista:
en cuanto se hace de noche no ve nada; el suelo se le transforma en una tem-
bladera, confundida la sombra con la luz y los accidentes del terreno se le
convierten en un problema: ¿es esto un hoyo o una mancha de sombra? Com-
prenderás que no se puede ser ladrón y tener problemas de ese índole; tam-
po es un ladrón nocturno puede andar con la vista. Mientras no lo sorprendan
la cosa andaba más o menos bien y podía sacar algo, pero lo sorprendían casi
siempre. La falta física: tropezaba con los muebles o se le caían al suelo
las pertenencias. Haba entonces y a los diez metros se estrellaba en el sue-
lo: confundía un ~~mueble~~ mueble con una mancha de sombra y el dueño de la ca-
sa y la mujer del dueño de la casa y los hijos del dueño de la casa le caían
encima y le daban la tremenda paliza: a nadie se pega más fuerte que a un
ladrón que se sorprendió en la casa; el sentido de propiedad es infinitamente

más fuerte que el sentido de piedad. Y así innumerables veces. Pasó años en prisión y llegaba a las comisarías siempre llenom de chichones, de magulladuras y de heridas. Lo conoció toda la policía de Valparaíso, no sólo la de Investigaciones sino que hasta la de los retenes más alejados; lo tomaban en donde lo encontraban y aunque no hiciera otra cosa que respirar. Además, como es violento, peleaba con los policías, y como los policías tienen también muy desarrollado un sentido ~~especial~~^{prohibido} el de la autoridad, que es casi tan fuerte como el de la ~~autoridad~~^{prohibida}, resultaba que no sólo llegaba a las comisarías lleno de chichones, de magulladuras y de heridas sino que salía de ellas en el mismo estado. La vida se le hizo imposible. ¿Qué hacer? Vagaba por las quebradas y los cerros y sólo el hambre lo bajaba a los barrios apartados en busca de algo que comer. Allí lo tomaban y ¡a la comisaría! Por fin alguien se compadeció de él, un sargento del retén de Playa Ancha, que había conocido a su padre y que jamás lo tomaba preso: se hacía el que no lo veía. Aquella vez lo vió: la figura y la expresión de Cristián deben haber sido tan terribles, que el sargento, impresionado, se acercó a él. Era hombre mucho mayor que Cristián, ~~mucho~~ bondadoso además, y Cristián pudo decirle todo. El sargento habló con su superior, éste con el suyo y se consiguió que no se le tomara ya sin motivo y que se le fijara una residencia. Cristián debió prometer no volver jamás a echar mano a algo que no le perteneciera y no moverse de su barrio. Poco después le conocí yo. No sé hasta cuándo viviré y estaré con él, pero me he hecho el propósito de no abandonarlo, más aun, tengo el oculto deseo de enseñarle a trabajar. En cuanto me sienta con ánimos ~~suficiente~~ suficiente, me iré con él: el trabajo empieza y el buen tiempo viene. Empieza a soplar el sur. Tú podrías venir con nosotros: formaríamos un trío avasallador. Con el pincel en las manos no se no arrimarían ni las moscas.

más fuerte que el sentido de piedad. Y así innumerables veces. Pasó años en
 prisión y llegó a las comisiones siempre llenas de chichones, de magallan-
 duras y de heridas. Lo conocí toda la policía de Valparaíso, no sólo la de
 investigaciones sino que hasta la de los retanos más alejados; lo tomaban en
 donde lo encontraban y aunque no hiciera otra cosa que respirar. Además, co-
 mo es violento, peleaba con los policías, y como los policías tienen también
 muy desarrollado un sentido ~~de~~ ^{de} la autoridad, que es así tan
 fuerte como el de la ~~autoridad~~ ^{autoridad}, resultaba que no sólo llegaba a las comis-
 rías lleno de chichones, de magalladuras y de heridas sino que salía de ellas
 en el mismo estado. La vida se le hizo imposible. ¿Qué hacer? Vacaba por
 las quebradas y los cerros y sólo el hambre lo dejaba a los barrios aparta-
 dos en busca de algo que comer. Allí lo tomaban y lo contrastaban por fin
 alguien se compadeció de él, un sargento del retén de Playa Ancha, que ha-
 bla conocido a su padre y que jamás lo tomaba preso: se hizo el que no lo
 veía. Aquella vez lo vio: la figura y la expresión de Cristián deben haber
 sido tan terribles, que el sargento, impresionado, se acercó a él. Los bar-
 rios mucho mayor que Cristián, ~~eran~~ ^{eran} bondadosos además, y Cristián pudo desah-
 go todo. El sargento habló con su superior, éste con el jefe y se consiguió
 que no se lo tomara ya sin motivo y que se le fijara una residencia. Cristia-
 nán decidió prometer no volver jamás a echar mano a algo que no le pertene-
 ciera y no moverse de su barrio. Poco después lo conocí yo. No sé hasta
 cuándo vivió y estubo con él, pero me he hecho el propósito de no aban-
 donarlo, más aun, tanto el cariño como de enseñarlo a trabajar. En cuanto me
 olenta con ~~animaciones~~ ^{animaciones} suficiente, me iré con él: el trabajo empie-
 za y el buen tiempo viene. Empieza a soplar el sur. Tú podrás verla con no-
 sotros: formaban un círculo alrededor. Con el pino en las manos no se po-
 drían ni las manos.

II

Quién sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aun de aquéllas que viven con nosotros años y años y a las cuales, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegaremos a conocer íntimamente; de algunas conocemos más, de otras menos, pero sea cual sea el grado de conocimiento que lleguemos a adquirir, siempre nos daremos cuenta de que reservan algo que es para nosotros impenetrable y que quizá es imposible entregar: lo que ellas son en sí mismas y para sí mismas, que puede ser poco o que puede ser mucho, pero que es: ese oculto e indivisible núcleo, que se recoge cuando se le toca y que suele matar cuando se le hiere. Por mi parte no tenía esperanza alguna de acercarme a Cristián; era tan monosilábico como él y no tenía, como El Filósofo, audacia mental. Lo que supe, sin embargo, hizo que por lo menos me sintiera cerca de él; él permanecía distante. No me importaba, por cierto: no creía imprescindible penetrar en la vida íntima de las personas; más imprescindible me parecía respetarlas, aunque estuviesen lejos y defendiesen a muerte lo que eran en sí mismas y para sí mismas. ¿No hacíamos todos igual cosa?

Entretanto, los días transcurrieron, no muchos, pero transcurrieron; regresó el barco en que se fué mi amigo y volvió a partir; él no vino; tampoco me escribió; no se lo reprochaba: comprendía que talvez no le había sido fácil hacerlo. El Filósofo me interrogó sobre mis proyectos; le dije que no tenía ninguno, fuera del de buscar trabajo: mi ropa ya no era ropa y echaba de menos algunas cosas. Estaba repuesto y me sentía de nuevo fuerte: Cris-

II

Quien sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aun de aquellas que viven con nosotros años y años y a las cuales, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegamos a conocer íntimamente; de algunas conocemos más, de otras menos, pero nos damos cuenta de que reservan algo que en para nosotros impenetrable y que quizá es imposible enterar: lo que ellas son en sí mismas y para sí mismas, que puede ser poco o que puede ser mucho, pero que es: ese oculto e indivisible núcleo, que se resaca cuando se le toca y que suelta material cuando se le hiere. Por mi parte no tenía esperanzas alguna de acercarme a Cristian; era tan monolítico como él y no tenía, como El Filósofo, nada de mental. Lo que supo, sin embargo, hizo que por lo menos me sintiera cerca de él; él permanecía distante. No me importaba, por cierto: no creía impenetrable penetrar en la vida íntima de las personas; más impenetrable me parecía respirarlas, aunque estuviesen lejos y defendiesen a muerte lo que eran en sí mismas y para sí mismas. ¿No hacemos todos igual cosa?

Entonces, los días transcurrían, no muchos, pero transcurrían; recordé el paseo en que se fué mi amigo y volvió a partir; él no vino; tampoco me escribió; no se lo reprochaba: comprendía que tal vez no le había sido fácil hacerlo. El Filósofo me interrogó sobre mis proyectos; le dije que no tenía ninguno, fuera del de buscar trabajo: mi ropa ya no era ropa y echaba de menos algunas cosas. Estaba dispuesto y me sentía de nuevo fuerte; cris-

tián y Echeverría se quedaron admirados al verme correr y saltar sobre la arena de Playa Ancha, a donde a veces íbamos a bañarnos. Mi pulmón funcionaba bien; no me dolía y ya no tosía ni tenía aquellos desgarrros. Estaba delgado, pero fuerte y animoso.

--No me creerán -- dijo una noche El Filósofo, mientras conversábamos alrededor de la vacilante mesa de nuestro cuarto --, no me creerán, pero desde hace días siento la necesidad de pintar un muro, no un muro cualquiera, uno de adobe y con cal, por ejemplo, sino uno grande, bien enlucido y con pintura al óleo. Me gustaría un color azul -- concluyó.

Después, como guardáramos silencio, continuó:

--Un amigo mío decía que el hombre debería trabajar un día al mes y descansar veintinueve. Yo soy más radical: creo que el hombre debería trabajar nada más que cuando sintiera ganas de hacerlo; y yo tengo ganas: estoy completamente echado a perder.

Rió.

Al día siguiente no nos acompañó a la caleta. Apareció por ella al mediodía, en el momento en que Cristián y yo íbamos a dar por terminada, por ese día, nuestra faena de recogedores de basuras, como decía El Lobo.

--Tendrán que invitarme a almorzar -- declaró --; espero que no se negarán. Recuerden que soy el que puso en sus manos esa riqueza.

Agregó:

--No tengo un centavo. Eso me pasa por meterme a buscar trabajo -- concluyó tristemente.

Había buscado trabajo, en efecto, y no sólo para él: un contratista conocido aceptaba darle un contrato para pintar varias casas en un balneario distante.

--He pensado en ustedes dos -- dijo, a la hora de almuerzo --. Soy un buen maestro y el contratista, que me tiene confianza, me adelantará dinero, pero no aquí; me lo dará cuando esté en el balneario. Su confianza no

tián y volverla se quedaron admirados al verme correr y saltar sobre la arena de Playa Ancha, a donde a veces iban a bañarse. Mi palmon fumaba nada bien; no me podía y ya no podía ni tenía aquellos desgarros. Faltaba del lado, pero fuerte y animoso.

--No me creían -- dijo una noche El Filósofo, mientras conversábamos alrededor de la vacillante mesa de nuestro cuarto --, no me creían, pero donde hace días siento la necesidad de pintar un muro, no un muro pequeño, sino uno grande y con tal, por ejemplo, sino uno grande, bien enlozado y con pintura al óleo. Me gustaría un color azul -- concluyó.

Después, como guardáramos silencio, continuó:

--Un amigo mío decía que el hombre debería trabajar un día al mes y ganar veintinueve. Yo soy más radical: creo que el hombre debería trabajar nada más que cuando sintiera ganas de hacerlo; y yo tengo ganas: estoy cansado. Listamente cobado a perder.

Rid.

Al día siguiente no nos acompañó a la cafetería. Apareció por allí al día siguiente, en el momento en que Cristóbal y yo íbamos a dar por terminada, por esa día, nuestra lección de recordadores de palabras, como decía el lobo.

--Tendrán que invitarme a almorzar -- declaró --; capere que no se van. Recuerden que soy el que paso en una mano esa riqueza.

Interrogó:

--No tengo un centavo. Eso me pasa por meterme a buscar trabajo -- concluyó tristemente.

Hubo buscado trabajo, en efecto, y no sólo para él: un contratista con el que acordaba darle un contrato para pintar varias casas en un barrio distante.

--No pensado en estados dos -- dijo --, a la hora de almorzar --, soy un buen maestro y el contratista, que me tiene confianza, me adelantará diez pesos, pero no aquí; me lo dará cuando esté en el barrio. No he pensado no

es tan grande -- añadió sonriendo.

Agregó:

--¡Qué les parece! Hoy es jueves; nos podríamos ir el sábado.

Cristián no contestó: miraba hacia otra parte. Yo no dije una palabra, pero Echeverría sabía que iría con él: también tenía deseos de pintar, pero no un muro sino una ventana, una ventana amplia, no de azul sino de blanco: la aceitaría primero, le daría después una o dos manos de fijación, la enmasillaría, la lijaría en seguida hasta que la mano no advirtiera en la madera ni la más pequeña aspereza y finalmente extendería sobre ella una, dos o tres capas de albayalde. Resplandecería desde lejos y yo sabía que era yo el que la había pintado.

El día que El Filósofo había indicado como el día de la marcha, amaneció sombrío. Nos levantamos muy temprano, salimos al patio a lavarnos y nos reunimos de nuevo en el cuartucho. Estábamos silenciosos y parecíamos esperar algo doloroso. Por mi parte ignoraba cómo nos iríamos y por dónde e ignoraba también si Cristián había aceptado ir con nosotros. Su rostro no decía nada. El Filósofo dió una mirada alrededor del cuarto, recogió la frazada, única prenda digna de ser recogida allí, la hizo un envoltorio y se la metió bajo el brazo; no abultaba mucho.

--La venderemos por ahí y nos servirá siquiera para comprar un poco de pan -- dijo Echeverría--. Vamos.

Salimos de nuevo al patio, que estaba desierto a esa hora, y partimos. Hacía un poco de frío. Cristián quedó en la puerta del cuarto, de pie, mirando hacia lo lejos. Lo ví al partir. Cuando quise volverme para mirarlo, Echeverría me advirtió:

--No lo mires y no te apures.

Bajamos paso a paso y cada uno era para nosotros más y más doloroso. Creí, durante un momento, que El Filósofo se detendría y volvería hacia

es tan grande -- añadió sonriendo.

Atrás:

--¡Qué les parece! Hoy es jueves; nos podríamos ir al sábado.

Cristián no contestó; miraba hacia otra parte. Yo no dije una palabra, pero Reheverla sabía que iba con él; también tenía ganas de pintar, pero no un muro sino una ventana, una ventana amplia, no de azul sino de blanco; la recibiría primero, la daría después una o dos manos de lijación, la enmasillaría, la lijearía en seguida hasta que la mano no advirtiera en la pared una ni la más pequeña aspereza y finalmente extendería sobre ella una o tres capas de albayalde. Resplandecería desde lejos y yo sabría que era yo el que la había pintado.

El día que El Filósofo había indicado como el día de la marcha, amaneció sombrío. Nos levantamos muy temprano, salimos al patio a lavarnos y nos reunimos de nuevo en el cuartucho. Estábamos silenciosos y parecíamos esperar algo doloroso. Por mi parte ignoraba cómo nos iríamos y por dónde a dónde también al Cristián había aceptado ir con nosotros. En rostro no decía nada. El Filósofo dio una mirada alrededor del cuarto, recogió la franela, única prenda digna de ser recogida allí, la hizo un envoltorio y se la metió bajo el brazo; no abultaba mucho.

--La venderemos por ahí y nos servirá siquiera para comprar un poco de

pan -- dijo Reheverla --. Vamos.

Salimos de nuevo al patio, que estaba desierto a esa hora, y partimos. Hasta un poco de frío. Cristián quedó en la puerta del cuarto, de pie, mirando hacia lo lejos. Yo le vi partir. Cuando quise volverme para mirarlo,

Reheverla me advirtió:

--No lo mires y no te apures.

Bajamos poco a poco y cada uno era para nosotros más y más doloroso.

Oral, durante un momento, que El Filósofo se detendría y volvería hacia

Cristián, pero no lo hizo. Aquello, sin embargo, terminaría pronto: veinte pasos más y llegaríamos al punto en que el camino doblaba; allí perderíamos de vista a Cristián y al conventillo.

--¡Bruto! -- exclamó de pronto Echeverría, estirando los brazos y cerrando los puños. Parecía insultar a alguien.

El grito llegó cuando aún quedaban algunos pasos:

--¡Espérenme!

Era un grito como de desgarramiento: algo se rompía en Cristián.

Nos detuvimos y lo esperamos: era lo menos que podíamos hacer.

F I N

Cristián, pero no lo hizo. Annelie, sin embargo, terminó pronto: veinte
pasos más y llegaríamos al punto en que el camino doblaba; allí paráramos

la vista a Cristián y al conventillo.

--¡Ántes! -- exclamó de pronto Knevevold, sacando los brazos y ca-

trando los puños. Parecía insistir a alguien.

El rifle llegó cuando aún quedaban algunos pasos:

--¡Mueren!

Fue un grito como de desencanto: algo se rompió en Cristián.

Nos detuvimos y lo esperamos: era lo menos que podíamos hacer.

FIN

